



Lady Midnight

CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS

RENACIMIENTO



Lectulandia

Renacimiento: una nueva serie de la saga Cazadores de Sombras, que revelará misteriosos secretos de un universo plagado de seres oscuros y emociones eternas.

Han pasado cinco años desde el final de *Ciudad del Fuego Celestial*. Los padres de la cazadora de sombras Emma Carstairs fueron asesinados y desde entonces su hija no ha dejado de buscar al culpable. Ella, junto a su *parabatai*, Julian, empiezan a investigar una demoníaca trama que se extiende por los lugares más glamurosos: desde Los Ángeles hasta las playas de Santa Mónica..., trama en la que se ve envuelto un hechicero fascinante, Malcolm, que se empeña en recuperar a Annabel, su amada muerta.

Además, Emma no puede evitar la poderosísima atracción que siente hacia su compañero, una relación que las leyes de los cazadores prohíben. Una auténtica caja de sorpresas que enlaza tramas, personajes y conexiones de los descendientes con sus ancestros.

Los muertos se alzan y los perdidos regresan. Llegó su momento.

Lectulandia

Cassandra Clare

Lady Midnight

Cazadores de sombras. Renacimiento - 1

ePub r1.0

Titivillus 01.06.16

Título original: *THE DARK ARTIFICES #1: LADY MIDNIGHT*

Cassandra Clare, 2016

Traducción: Patricia Nunes

Ilustración de portada: Cliff Nielsen

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Holly
De los elfos, él era*

Prólogo

LOS ÁNGELES, 2012

Las noches del Mercado de Sombras eran las favoritas de Kit.

Eran las noches en las que su padre le permitía salir de casa y ayudarlo en el tenderete. Llevaba yendo al Mercado de Sombras desde los siete años. Ocho años después, aún experimentaba la misma sensación de sorpresa y asombro cuando caminaba por Kendall Alley, cruzando la Ciudad Vieja de Pasadena, hacia una pared de ladrillo, que luego dejaba atrás para entrar en un explosivo mundo de color y luz.

A solo unas manzanas había Apple Stores, donde vendían *gadgets* tecnológicos y ordenadores, Cheesecake Factories y mercadillos de comida ecológica, tiendas de American Apparel y boutiques de moda. Pero allí, el callejón se convertía en una enorme plaza, con salvaguardas en todas partes para evitar que los despistados se metieran por error en el Mercado de Sombras.

Este aparecía cuando la luna estaba creciente o menguante, y tanto existía como no existía. Kit sabía que cuando paseaba por las filas de tenderetes, todos con su brillante decoración, estaba caminando por un espacio que se desvanecería en cuanto el sol se alzara por la mañana.

Pero el rato que pasaba allí, lo disfrutaba. Tener el Don, cuando nadie que lo rodeaba lo tenía, era algo muy especial. El Don, así lo llamaba su padre, aunque a Kit no le parecía un gran don. Hyacinth, el adivino del tenderete del borde del mercado, lo llamaba «la Visión».

Kit le encontraba más sentido a ese nombre. Después de todo, lo único que lo diferenciaba de un chaval corriente era que podía «ver» cosas que los otros no. A veces eran visiones inofensivas: duendecillos saliendo de entre la hierba seca que crecía en las resquebrajadas aceras; el pálido rostro de los vampiros en una gasolinera a altas horas de la noche; un hombre chasqueando contra la barra del restaurante unos dedos que, al volver a mirarlo, Kit comprobó que no eran dedos sino garras de lobo. Le ocurría desde que era muy pequeño, y a su padre también. La Visión se heredaba.

Lo más difícil era resistir el impulso de reaccionar. Una tarde, mientras volvía de la escuela, había visto a una manada de lobos luchando por un territorio, haciéndose pedazos en un parque infantil desierto. Se quedó clavado y gritó hasta que llegó la policía, pero ellos no vieron nada. Después de eso, su padre le hacía quedarse en casa, al menos casi siempre, y dejaba que aprendiera con viejos libros. Jugaba a videojuegos en el sótano, y las pocas veces que salía era solo durante el día o cuando había Mercado de Sombras.

Allí no tenía que preocuparse por sus reacciones. El mercado era colorido y

extravagante incluso para sus ocupantes. Había ifrits sujetando por correas a djinns que actuaban, y hermosas chicas peri que bailaban ante los tenderetes y vendían polvos brillantes y peligrosos. Una banshee atendía un tenderete desde el que prometía anunciarle al cliente el momento de su muerte, aunque Kit no podía imaginarse por qué alguien querría saber eso. Un cluricaun se ofrecía a encontrar objetos perdidos, y una bruja joven y bonita, con el cabello corto y verde, vendía brazaletes y colgantes encantados para atraer el amor. Cuando Kit la miró, ella le sonrió.

—Eh, Romeo. —El padre de Kit le dio un ligero codazo en las costillas—. No te he traído aquí para que te dediques a ligar. Ayúdame a colocar el cartel.

Le pasó de una patada el torcido taburete de metal y una placa de madera en la que había grabado a fuego el nombre del tenderete: «JOHNNY ROOK».

No era el nombre más original del mundo, pero el padre de Kit nunca había demostrado tener una gran imaginación. Lo que era raro, pensó Kit mientras se subía para colgar el cartel, en alguien cuya lista de clientes incluía a brujos, licántropos, vampiros, trasgos, necrófagos y, una vez, una sirena (se habían encontrado en secreto en el Mundo Marino).

Sin embargo, un cartel sencillo era lo mejor. El padre de Kit vendía pociones, polvos e incluso, a escondidas, alguna que otra arma de legalidad cuestionable, pero nada de eso era lo que atraía a la gente a su tenderete. Lo cierto era que Johnny Rook resultaba ser un tipo que sabía cosas. No ocurría nada en el mundo subterráneo de Los Ángeles que él no supiera, ni existía nadie tan poderoso como para que Johnny no conociera algún secreto suyo o alguna manera de contactar con él. Era un tipo con información, y si se le ofrecía el dinero suficiente, la compartía.

Kit saltó del taburete y su padre le pasó dos billetes de cincuenta dólares.

—Consigue que alguien te dé cambio —le dijo sin mirarlo. Sacó su libro rojo de cuentas de debajo del mostrador y se puso a revisarlo, probablemente intentando averiguar quién le debía dinero—. Es lo más pequeño que tenemos.

Kit asintió y salió a hacer lo que le pedían, contento de poder marcharse un rato. Un recado era una buena excusa para darse un paseo. Pasó ante un puesto cargado de flores blancas que despedían un olor oscuro, dulzón y ponzoñoso; en otro había un grupo de gente vestida con trajes caros que repartía panfletos ante un cartel que rezaba: «¿MEDIO SOBRENATURAL? ¡NO ESTÁS SOLO, LOS SEGUIDORES DEL GUARDIÁN DESEAN QUE TE APUNTES A LA LOTERÍA! ¡DEJA QUE LA SUERTE ENTRE EN TU VIDA!».

Una chica morena con los labios pintados de rojo intentó colocarle un panfleto en la mano. Al ver que Kit no lo cogía, lanzó una mirada molesta más allá de él, hacia Johnny, que le sonrió de medio lado. Kit puso los ojos en blanco: habían surgido un millón de pequeños cultos alrededor de la adoración de algún demonio o ángel menor. Nunca parecían llegar a nada.

Buscó uno de sus tenderetes favoritos y se compró un tarrito de helado teñido de rojo que sabía a fruta de la pasión, frambuesa y nata, todo junto. Intentaba tener

cuidado al escoger a quién se lo compraba, ya que en el mercado había dulces y bebidas que te podían dejar fastidiado para toda la vida. Aunque nadie iba a correr ningún riesgo con el hijo de Johnny Rook. Johnny Rook sabía algo de todo el mundo. Si lo hacías enfadar, quizá acabarías descubriendo que tus secretos ya no lo eran tanto.

Kit regresó a donde estaba la bruja con bisutería encantada. Esta no tenía un tenderete; estaba, como de costumbre, sentada sobre un sarong estampado, de esa tela barata y brillante que se podía comprar en Venice Beach. La bruja alzó la mirada mientras él se acercaba.

—Hola, Wren —la saludó Kit. No creía que ese fuera su nombre auténtico, pero así la llamaba todo el mundo en el mercado.

—Hola, guapo. —Se echó a un lado para hacerle sitio, y sus brazaletes y tobilleras tintinearón—. ¿Qué te trae a mi humilde morada?

Kit se sentó en el suelo junto a ella. Sus vaqueros estaban gastados y tenían agujeros en las rodillas. Deseó poder quedarse con el dinero que su padre le había dado y comprarse ropa nueva.

—Mi padre quiere que le cambie dos billetes de cincuenta.

—Shhh —chistó Wren mientras agitaba una mano hacia él para hacerlo callar—. Hay gente por aquí que por dos de cincuenta te cortaría el cuello y vendería tu sangre como fuego de dragón.

—A mí no —replicó Kit con mucha seguridad—. Nadie de aquí me tocaría ni un pelo. —Se echó hacia atrás—. A no ser que yo quiera.

—Y yo que pensaba que se me habían agotado todos los amuletos para coqueteos desvergonzados.

—Yo soy tu amuleto para coqueteos desvergonzados.

Sonrió a dos personas que pasaban por delante: un chico alto y guapo con un mechón blanco en el cabello negro y una chica de pelo castaño que se cubría los ojos con unas gafas de sol. No le hicieron ningún caso. Pero Wren se animó al ver a la pareja que iba detrás de ellos: un hombre corpulento y una mujer cuyo cabello castaño le colgaba como una cuerda por la espalda.

—¿Amuletos de protección? —anunció Wren sonriendo—. Garantizados para guardar de todo mal. También tengo de oro y bronce, no solo de plata.

La mujer le compró un anillo con una piedra de la luna engarzada y siguió adelante, charlando con su acompañante.

—¿Cómo has sabido que eran licántropos? —preguntó Kit.

—Por la mirada —contestó Wren—. Los licántropos son compradores compulsivos. Y no quieren nada que sea de plata, ni siquiera lo miran. —Suspiró—. Desde que empezaron esos asesinatos, estoy haciendo el agosto vendiendo amuletos de protección.

—¿Qué asesinatos?

Wren hizo una mueca.

—Algún tipo de magia rara. Cadáveres que aparecen cubiertos de palabras en una

lengua demoníaca. Quemados, ahogados, con las manos cortadas... Todo tipo de rumores. ¿Cómo es que no te has enterado? ¿Es que no prestas atención a lo que se habla por ahí?

—No —respondió Kit—. La verdad es que no.

Estaba observando a la pareja de licántropos, que se dirigía al extremo norte del mercado, donde solían reunirse los de su especie para comprar lo que necesitaran: cuberterías de madera y acero, acónito matalobos, pantalones fácilmente desgarrables (pensaba Kit).

Aunque el mercado pretendía ser un lugar donde los subterráneos se mezclaran, estos tendían a agruparse por especies. Había una zona donde los vampiros se reunían para comprar sangre de sabores o buscar nuevos siervos entre los que habían perdido a sus amos. Había pabellones de plantas trepadoras y flores hacia donde se dirigían los seres mágicos para intercambiar amuletos y susurrar la buenaventura. Se mantenían apartados del resto del mercado porque tenían prohibido hacer negocios como los demás. Los brujos, pocos y temidos, ocupaban los puestos más alejados. Cada brujo poseía una marca que indicaba su herencia demoníaca: algunos tenían cola; otros, alas o cuernos retorcidos. Una vez, Kit había visto a una bruja que tenía toda la piel azul como un pez.

Luego estaban aquellos que tenían la Visión, como Kit y su padre; gente corriente dotada de la capacidad de ver el Mundo de las Sombras, de atravesar los *glamoures*. Wren era uno de ellos: una bruja autodidacta que había pagado a un brujo para que le diera cursos de hechizos básicos y que intentaba pasar bastante desapercibida. Se suponía que los humanos no debían practicar la magia, pero su enseñanza era un floreciente mercado negro. Se podía ganar mucho dinero, si no te pillaban los...

—Cazadores de sombras —dijo Wren.

—¿Cómo sabes que estaba pensando en ellos?

—Porque están justo allí. Dos. —Movi6 la barbilla hacia la derecha, con los ojos brillantes por el nerviosismo.

Lo cierto era que todo el mercado se estaba tensando; la gente se apresuraba a ocultar disimuladamente las botellas de venenos y pociones y los amuletos con calaveras. Las peris habían dejado de bailar y estaban observando a los cazadores de sombras con sus hermosos rostros fríos y tensos.

Eran dos, un chico y una chica, de unos diecisiete o dieciocho años. Él era pelirrojo, alto y de aspecto atlético. Kit no podía verle la cara a la chica; solo una masa de pelo rubio que le llegaba hasta la cintura. Llevaba una espada de oro cruzada a la espalda y caminaba con la clase de seguridad que no se podía fingir.

Los dos iban en traje de combate, la dura ropa protectora de color negro que los identificaba como nefilim: mitad humanos, mitad ángeles, los señores indiscutibles de todas las criaturas sobrenaturales que habitaban el planeta. Tenían Institutos, como enormes cuarteles de policía, en todas las ciudades importantes del mundo, desde Río de Janeiro hasta Bagdad, Lahore o Los Ángeles. La mayoría de los cazadores de

sombras habían nacido siéndolo, pero también podían transformar a los humanos si les apetecía. Desde que habían perdido a tantos en la Guerra Oscura, trataban desesperadamente de aumentar sus filas. Se decía que raptaban a cualquiera menor de dieciocho años que mostrara el más mínimo indicio de ser un cazador de sombras en potencia.

Dicho de otro modo: a cualquiera que tuviera la Visión.

—Van al puesto de tu padre —susurró Wren.

No se equivocaba. Kit se tensó al verlos pasar ante las filas de tenderetes y dirigirse directamente hacia el cartel que decía «Johnny Rook».

—Levántate.

Wren ya estaba de pie y empujaba a Kit para que la imitara. Se inclinó para envolver su mercancía en la tela sobre la que habían estado sentados. Kit se fijó en un dibujo raro que Wren tenía en el dorso de la mano, un símbolo como de líneas de agua bajo una llama. Quizá se lo hubiera dibujado ella misma.

—Tengo que irme.

—¿Por los cazadores de sombras? —preguntó Kit sorprendido, mientras se apartaba un poco para dejarle cerrar su hatillo.

—Shhh —susurró ella, y se alejó a toda prisa con el colorido cabello agitándose sobre su cabeza.

—Qué raro —murmuró Kit, y se dirigió hacia el puesto de su padre. Se acercó por un lado, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Estaba seguro de que su padre lo reñiría si se presentaba ante los cazadores de sombras, sobre todo con los rumores que corrían de que estaban reclutando a la fuerza a cualquiera menor de dieciocho años que tuviera la Visión. Pero le podía más intentar enterarse de lo que decían.

La chica rubia estaba inclinada hacia delante, con los codos sobre el mostrador de madera.

—Me alegro de verte, Rook —dijo con una sonrisa encantadora.

«Es guapa», pensó Kit. Le sacaba unos años, y el chico que la acompañaba era bastante más alto que él. La chica era cazadora de sombras, así que era inaccesible, pero guapa de todas formas. Llevaba los brazos al aire, y se le veía una pálida cicatriz que iba desde el codo hasta la muñeca. Unos tatuajes de símbolos extraños subían y bajaban por sus brazos, dibujándole la piel. Uno le asomaba por el cuello de la camiseta. Eran runas, las marcas encantadas que daban su poder a los cazadores de sombras. Solo ellos podían llevarlas. Si se dibujaban sobre la piel de una persona corriente, o de un subterráneo, este se volvía loco.

—¿Y quién es este? —preguntó Johnny Rook, dirigiendo al chico un movimiento de la cabeza—. ¿El famoso *parabatai*?

Kit miró a la pareja con renovado interés. Todos los que sabían algo sobre los nefilim sabían qué eran los *parabatai*. Dos cazadores de sombras que juraban ser platónicamente fieles el uno al otro para toda la vida, luchar siempre codo con codo,

vivir y morir por el otro. Jace Herondale y Clary Fairchild, los cazadores de sombras más famosos del mundo, tenían un *parabatai*. Hasta Kit sabía eso.

—No —contestó la chica arrastrando la palabra mientras cogía un tarro con un líquido verdoso de la pila que había junto a la caja. Se suponía que era una poción de amor, aunque Kit sabía que varios tarros solo contenían agua mezclada con tinte alimentario—. Este no es exactamente la clase de sitio que le gusta a Julian. —Pasó la mirada por el mercado.

—Soy Cameron Ashdown. —El cazador de sombras le tendió la mano a Johnny, y este, divertido, se la estrechó. Kit aprovechó la oportunidad para colarse tras el mostrador—. Soy el novio de Emma.

La chica rubia, Emma, hizo una mueca casi imperceptible. Quizá Cameron Ashdown fuera su novio ahora, pensó Kit, pero no apostaría a que fuera a seguir siéndolo mucho tiempo.

—Hummm —murmuró Johnny mientras cogía el tarro de la mano a Emma—. Así que supongo que estás aquí para recoger lo que te dejaste.

Se sacó del bolsillo lo que parecía un retal de tela roja. Kit se lo quedó mirando. ¿Qué podía tener de especial un cuadrado de algodón?

Emma se irguió. Parecía muy interesada.

—¿Has averiguado algo?

—Si lo metes en la lavadora de ropa blanca, sin duda tendrás calcetines rosa.

Emma le cogió el retal con el cejo fruncido.

—Hablo en serio. No sabes a la cantidad de gente que he tenido que sobornar para conseguir esto. Estaba en el Laberinto Espiral. Es un trozo de la camisa que llevaba mi madre cuando la mataron.

Johnny alzó la mano.

—Lo sé. Solo estaba...

—No me seas sarcástico. Mi trabajo es ser sarcástica y ocurrente. El tuyo es que te zarandeen para sacarte información.

—O que te paguen —añadió Cameron Ashdown—. Algo de dinero a cambio de información también está bien.

—La verdad es que no puedo ayudarte —contestó el padre de Kit—. No contiene ninguna magia. Solo es algodón. Rasgado y empapado de agua de mar, pero... algodón.

La expresión de decepción que pasó por el rostro de la chica fue vívida e inconfundible. No trató de ocultarla, y se limitó a meterse el trozo de tela en el bolsillo. Kit no pudo evitar sentir pena por ella, lo que lo sorprendió; nunca había pensado que pudiera sentir pena por un cazador de sombras.

Emma lo miró, casi como si hubiera oído lo que pensaba.

—Y bien —le dijo. De repente un brillo se había apoderado de sus ojos—, tienes la Visión, ¿no?, como tu padre. ¿Cuántos años tienes?

Kit se quedó helado. Rápidamente, su padre se puso ante él para apartarlo de

Emma.

—Eh, creía que me ibas a preguntar por los asesinatos. ¿Te falta información, Carstairs?

«Al parecer, Wren estaba en lo cierto», pensó Kit; todo el mundo sabía lo de los asesinatos. Notó, por el tono de advertencia en la voz de su padre, que debía largarse de allí, pero estaba atrapado detrás del mostrador sin ninguna vía de escape.

—He oído rumores sobre mundanos muertos —contestó Emma. La mayoría de los cazadores de sombras empleaban ese término desdeñoso para referirse a los seres humanos. Emma parecía cansada—. No investigamos a los mundanos que se matan entre ellos. Eso es cosa de la policía.

—También ha habido hadas —explicó Johnny—. Varios de los cadáveres eran de seres mágicos.

—Eso no lo podemos investigar —intervino Cameron—. Ya lo sabes. La Paz Fría lo prohíbe.

Kit captó un ligero murmullo procedente de los tenderetes cercanos: un sonido que le hizo saber que no era el único que estaba escuchando disimuladamente.

La Paz Fría era la Ley de los cazadores de sombras. Se había proclamado unos cinco años atrás. Él casi ni recordaba el tiempo anterior a eso. Lo llamaban Ley, pero en realidad era un castigo.

Cuando Kit tenía diez años, una guerra había sacudido el universo de los subterráneos y los cazadores de sombras. Un cazador de sombras, Sebastian Morgenstern, se había vuelto contra los suyos: había ido de Instituto en Instituto, aniquilando a sus ocupantes, controlando sus cuerpos y obligándolos a luchar por él como un indescriptible ejército de esclavos con la mente controlada. La mayoría de los cazadores de sombras del Instituto de Los Ángeles habían muerto o habían sido transformados.

A veces, Kit tenía pesadillas con eso, con la sangre corriendo por pasillos que nunca había visto, pasillos decorados con las runas de los nefilim.

En su intento de destruir a los cazadores de sombras, Sebastian había contado con la ayuda de los seres mágicos. A Kit le habían enseñado en la escuela que las hadas eran unas criaturitas monas que vivían entre los árboles y llevaban sombreritos de flores. Pero en realidad los seres mágicos no eran así. Iban desde las sirenas y los trasgos hasta los kelpies de afilados dientes y las hadas de la nobleza, que ocupaban los más altos cargos en las Cortes de las hadas. Había dos cortes: la corte seelie, un lugar peligroso regido por una reina a la que nadie había visto desde hacía años, y la corte noseelie, un oscuro lugar de traición y magia negra, cuyo rey era un monstruo salido de una leyenda.

Como los seres mágicos formaban parte de los subterráneos y habían jurado lealtad a los cazadores de sombras, su traición era un crimen imperdonable. Estos les impusieron un cruel castigo con algo que dieron en llamar «la Paz Fría»: los obligaron a pagar sumas enormes y a reconstruir los edificios de los cazadores de

sombras que habían destruido, los dejaron sin ejércitos y ordenaron a los otros subterráneos que nunca les prestaran ayuda. El castigo por ayudar a un hada era muy severo.

Los seres mágicos eran orgullosos y antiguos, o eso se decía. Kit solo los había visto con el ánimo quebrado. La mayoría de los subterráneos y los otros habitantes del sombrío espacio entre el mundo de los cazadores de sombras y el de los mundanos no tenía mucho, o nada, contra las hadas. Pero tampoco estaban dispuestos a ir en contra de los cazadores de sombras. Los vampiros, los licántropos y los brujos se mantenían lejos de las hadas, excepto en lugares como el Mercado de Sombras, donde el dinero era más importante que las leyes.

—¿De verdad? —replicó Johnny—. ¿Y si te dijera que los cadáveres se hallaban cubiertos de escritura?

Emma alzó la cabeza de golpe. Tenía los ojos castaños, casi negros, sorprendentes en contraste con su pálida piel.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído.

—¿Qué clase de escritura? ¿La misma que cubría los cadáveres de mis padres?

—No lo sé —contestó Johnny—. Solo es lo que he oído. Aun así, resulta sospechoso, ¿no te parece?

—Emma —advirtió Cameron—, esto no le va a gustar nada a la Clave.

La Clave era el gobierno de los cazadores de sombras. Por lo que Kit sabía, no había nada que le gustase.

—No me importa —replicó Emma. Era evidente que se había olvidado de Kit por completo. Miraba fijamente a su padre con los ojos ardiendo—. Dime todo lo que sepas. Te daré doscientos.

—Bien, pero no sé mucho —contestó Johnny—. Pillan a alguien y unas cuantas noches después aparece muerto.

—¿Y cuándo fue la última vez que... «pillaron» a alguien? —preguntó Cameron.

—Hace dos noches —respondió Johnny, y resultaba evidente que creía estar ganándose su paga—. Probablemente tirarán el cuerpo mañana por la noche. Lo único que tenéis que hacer es aparecer y atrapar al que lo tire.

Emma cruzó los brazos con firmeza.

—¿Y por qué no nos cuentas cómo hacer eso?

Johnny lanzó un resoplido.

—Lo que se dice por la calle es que el próximo cadáver lo tirarán en West Hollywood. En el bar Sepulcro.

Emma aplaudió entusiasmada. Su novio le llamó la atención en un tono de advertencia, pero Kit podría haberle dicho que estaba perdiendo el tiempo. Nunca había visto a una adolescente tan excitada por algo: ni por actores famosos, ni por grupos musicales, ni por joyas. Esa cazadora de sombras parecía estar a punto de romperse en pedazos ante la idea de ver un cadáver.

—¿Y por qué no lo haces tú, si te preocupan tanto esos asesinatos? —le espetó Cameron a Johnny.

Tenía unos ojos verdes muy bonitos, pensó Kit. Hacían una pareja ridículamente atractiva. Era casi molesto. Se preguntó qué pinta tendría el famoso Julian. Si estaba unido por juramento a esa chica como su mejor amigo platónico para toda la eternidad, con toda seguridad se parecería al trasero de un chimpancé.

—Porque no quiero —respondió Johnny—. Parece peligroso. Pero a vosotros os encanta el peligro. ¿No es así, Emma?

Emma sonrió de medio lado. A Kit le pasó por la cabeza que Johnny parecía conocerla muy bien. Era evidente que ya había pasado por allí antes a hacer preguntas, y le pareció raro que fuera la primera vez que la veía, aunque también era verdad que Kit no había acudido a todos los mercados. Mientras ella metía la mano en el bolsillo, sacaba un fajo de billetes y se los entregaba a su padre, Kit se preguntó si alguna vez habría estado en su casa. Siempre que iban clientes a su casa, su padre le hacía meterse en el sótano y quedarse allí sin hacer ruido.

—La clase de gente con la que trato no es a la que tú debas conocer —era todo lo que le decía.

Una vez, Kit había subido por despiste mientras su padre estaba reunido con un grupo de monstruos vestidos con hábitos con capucha. Al menos él había pensado que eran monstruos: tenían los ojos y los labios sellados, la cabeza calva y brillante. Su padre le había dicho que eran gregori, Hermanos Silenciosos: cazadores de sombras que habían sido mutilados y torturados mágicamente hasta que se habían convertido en algo más que humanos; hablaban con la mente y podían leer los pensamientos. Kit nunca había vuelto a subir mientras su padre tenía una «reunión».

Kit sabía que su padre era un delincuente. Sabía que su oficio era vender secretos, pero no mentiras: Johnny se enorgullecía de tener solo información verídica. Kit era consciente de que su propia vida seguiría el mismo patrón. Era difícil tener una vida normal cuando constantemente debías fingir que no veías lo que estaba pasando delante de tus propias narices.

—Bueno, gracias por la información —dijo Emma, y comenzó a alejarse del tenderete. La empuñadura dorada de su espada destelló bajo el sol. Kit se preguntó cómo sería ser nefilim, vivir entre gente que veía lo mismo que tú, no tener miedo de lo que acechaba entre las sombras—. Ya nos veremos, Johnny.

Le guiñó un ojo... a Kit. Johnny se volvió para mirarlo mientras ella desaparecía entre la multitud con su novio.

—¿Le has dicho algo? —quiso saber Johnny—. ¿Por qué se ha fijado tanto en ti? Kit alzó las manos a la defensiva.

—No le he dicho nada —protestó—. Creo que se ha dado cuenta de que estaba escuchando.

Johnny suspiró.

—Intenta que se te note menos.

Después de la marcha de los cazadores de sombras, el mercado fue volviendo a la normalidad. Kit oía música y el murmullo creciente de las voces.

—¿Conoces bien a esa cazadora de sombras?

—¿Emma Carstairs? Lleva años viniendo a preguntarme cosas. No parece importarle estar incumpliendo las reglas de los nefilim. Me cae bien, al menos tan bien como pueda llegar a caerme uno de ellos.

—Quería que averiguaras quién mató a sus padres.

Johnny abrió un cajón.

—No sé quién mató a sus padres, Kit. Las hadas, seguramente. Fue durante la Guerra Oscura. —Puso cara de buena persona—. Quería ayudarla, sí. ¿Y qué? El dinero de los cazadores de sombras es tan bueno como otro cualquiera.

—Y quieres que los cazadores de sombras se concentren en algo que no seas tú —añadió Kit. Era una suposición, pero sospechaba que había acertado—. ¿Tienes algo entre manos?

Johnny cerró el cajón.

—Quizá.

—Para ser alguien que vende secretos, los sabes guardar bien —le espetó Kit mientras se metía las manos en los bolsillos.

Su padre lo abrazó. Un raro gesto de cariño.

—Mi mayor secreto —le dijo— eres tú.

UN SEPULCRO EN ESTE REINO

—No está funcionando —afirmó Emma—. Me refiero a esta relación.

Se oyeron unos ruidos desconsolados al otro lado del teléfono. A Emma le costó descifrar lo que le decían: la cobertura no era especialmente buena en el tejado del bar Sepulcro. Fue de un lado al otro sobre el borde del tejado, sin dejar de echar miradas al patio central. Las luces eléctricas colgaban de los jacarandás, y elegantes sillas y mesas ultramodernas se repartían por todo el patio. Chicos y chicas, igualmente elegantes y ultramodernos, abarrotaban el lugar, con copas de vino destellándoles en la mano como límpidas burbujas de colores rojo, blanco y rosa. Alguien había alquilado el local para una fiesta privada: una pancarta con lentejuelas colgaba entre dos árboles, y los camareros se abrían paso entre la multitud portando bandejas de alpaca con canapés.

Había algo en la elegante escena que hizo que Emma tuviera ganas de estropearla tirándoles algunas tejas o saltando para caer con una pirueta en medio de la gente. Pero la Clave la encerraría durante una buena temporada si se le ocurría hacer algo así. Se suponía que los mundanos no debían ver nunca a los cazadores de sombras. Incluso si Emma saltaba en medio del patio, ninguno de los asistentes a la fiesta la vería. Estaba protegida por runas de *glamour* que Cristina le había dibujado y que la hacían invisible para cualquiera que no poseyera la Visión.

Emma suspiró y volvió a llevarse el móvil a la oreja.

—Vale, nuestra relación —se corrigió—. Nuestra relación no funciona.

—Emma. —El fuerte susurro de Cristina a su espalda hizo que Emma se volviera, con los pies en equilibrio en el mismísimo borde.

Estaba sentada en la parte de arriba del tejado, sacándole brillo a un cuchillo arrojadizo con un trapo azul claro que hacía juego con las cintas que le mantenían el cabello apartado de la cara. Cristina era pulcra y organizada; conseguía estar tan guapa y profesional en su ropa de combate como la mayoría de la gente lo estaría en un traje sastre. Su medallón de la buena suerte relució, dorado, en el hueco del cuello, y el anillo familiar, con un dibujo de rosas, por Rosales, destelló en la mano con la que dejó el cuchillo, envuelto en el trapo, junto a ella.

—Emma, recuerda, sé firme. Tú decides.

Cameron seguía parlotando al otro lado del teléfono, algo sobre verse para hablar, cosa que Emma sabía que no serviría de nada. Se concentró en la escena que se desarrollaba abajo: ¿había una sombra deslizándose entre la gente o se lo estaba imaginando? Quizá solo estuviese viendo lo que quería ver. Por lo general, Johnny

Rook era de fiar, y había parecido bastante seguro de lo de esa noche, pero Emma no soportaba estar preparada esperando que pasara algo y luego encontrarse con que no habría ninguna pelea en la que descargar toda esa energía.

—No eres tú, soy yo —dijo al teléfono. Cristina le mostró los pulgares en alto—. Yo estoy harta de ti. —Sonrió tan alegremente que Cristina dejó caer la cara entre las manos—. Así que ¿por qué no volvemos a ser solo amigos?

Se oyó el clic de Cameron cortando la comunicación. Emma se colgó el móvil del cinturón y volvió a mirar a la gente. Nada. Molesta, subió la pendiente del tejado y se sentó junto a Cristina.

—Bueno, podría haber ido mejor —comentó.

—¿Eso crees? —Cristina apartó la cara de las manos—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

Emma suspiró y cogió su estela, el delicado instrumento de escritura hecho de *adamans* con el que los cazadores de sombras se dibujaban las runas de protección en la piel. Tenía un mango tallado en hueso de demonio y se lo había regalado Jace Herondale, su primer amor. La mayoría de los cazadores de sombras gastaban tan rápidamente sus estelas como los mundanos los lápices, pero esta era especial para Emma, y la cuidaba tanto como su espada.

—Siempre ocurre lo mismo. Todo va bien, y entonces me despierto una mañana y me pongo enferma con solo oírlo. —Miró a Cristina con cara de culpa—. Lo he intentado —añadió—. ¡He esperado semanas! Quería que la cosa mejorara. Pero no ha sido así.

Cristina le palmeó el brazo.

—Lo sé, *cuata* —dijo—. Pero no se te da bien lo de...

—¿El tacto? —sugirió Emma.

Cristina hablaba casi sin acento, y Emma olvidaba a menudo que el inglés no era su lengua materna. Por otro lado, Cristina dominaba varios idiomas además de su español nativo. Emma hablaba inglés y un poco de español, griego y latín; podía leer en tres idiomas demoníacos y maldecir en cinco.

—Iba a decir «las relaciones» —repuso Cristina. Le brillaron los ojos castaño oscuro—. Solo llevo dos meses aquí y te has olvidado de tres citas con Cameron y de su cumpleaños, y ahora cortas con él porque ha sido una patrulla nocturna aburrida.

—Está enganchado a los videojuegos —protestó Emma—. Odio los videojuegos.

—Nadie es perfecto, Emma.

—Pero algunas personas son más perfectas que otras. ¿No crees?

Una extraña expresión pasó por el rostro de Cristina, pero desapareció tan deprisa que Emma llegó a la conclusión de que se la había imaginado. A veces, algo recordaba a Emma que, por muy unida que se sintiera a Cristina, no la conocía; no la conocía del modo que conocía a Jules, del modo que se conoce a alguien con el que se han compartido todos los momentos desde la infancia. Lo que le había sucedido a Cristina en México, lo que fuera que la había hecho salir corriendo hacia Los Ángeles

y alejarse de su familia y sus amigos, era algo que nunca le había contado.

—Bueno —dijo Cristina—, al menos has tenido la buena idea de traerme contigo para darte el apoyo moral que te ayude a superar estos momentos difíciles.

Emma la pinchó con la estela.

—No tenía planeado romper con Cameron. Estábamos aquí y él ha llamado, y su cara ha aparecido en el móvil... Bueno, en realidad ha salido una llama, porque no tenía ninguna foto suya y puse la de una llama... y me ha puesto tan furiosa que no he podido evitarlo.

—Mal momento para ser una llama.

—¿Alguna vez es buen momento?

Emma le dio la vuelta a la estela y comenzó a dibujarse una runa de equilibrio en el brazo. Se enorgullecía de tener un equilibrio perfecto sin necesidad de las runas, pero en lo alto de un tejado no era mala idea asegurarse.

Pensó en Julian, en la lejana Inglaterra, y notó un pinchazo en el corazón. Le habría encantado comprobar que estaba siendo cuidadosa. Le habría dicho algo divertido, cariñoso y que se riera un poco de sí mismo. Lo echaba muchísimo de menos, pero suponía que siempre pasaba así cuando se era *parabatai*; unidos por la magia además de la amistad.

Añoraba a todos los Blackthorn. Había crecido con Julian y sus hermanos; había vivido con ellos desde los doce años, después de la muerte de sus padres y de que Julian, cuya madre había fallecido tiempo atrás, también hubiera perdido a su padre. De ser hija única había pasado a formar parte de una familia numerosa, ruidosa, alborotada y cariñosa. No siempre había sido fácil, pero los adoraba a todos, desde la tímida Drusilla hasta Tiberius, al que le encantaban las novelas de detectives. Se habían ido a principios del verano para visitar a su tía abuela en Sussex, ya que la familia Blackthorn procedía de Gran Bretaña. Marjorie, le había explicado Julian, tenía casi cien años y podía morir en cualquier momento. Tenían que ir a verla. Era un imperativo moral.

Y todos los Blackthorn se habían ido a pasar allí dos meses excepto su tío, el director del Instituto. Emma había sufrido un severo *shock* por la noticia. El Instituto se había cubierto de un gran silencio. Y lo peor era que cuando Julian no estaba, ella sentía su ausencia como un dolor constante aunque ligero en el pecho.

Salir con Cameron no le había servido de nada, pero la llegada de Cristina la había ayudado inmensamente. Era habitual que los cazadores de sombras, al cumplir los dieciocho años, visitaran Institutos en el extranjero para conocer las diferentes costumbres. Cristina había llegado a Los Ángeles desde Ciudad de México. Eso no habría tenido nada de extraño de no ser porque siempre parecía que estuviera escapando de algo. Emma y ella habían conectado de inmediato y se habían convertido en amigas íntimas mucho más rápido de lo que Emma habría creído posible.

—Al menos Diana estará contenta de que hayas cortado con Cameron —comentó

Cristina—. Creo que no le gustaba nada.

Diana Wrayburn era la instructora de la familia Blackthorn. Era muy lista, muy severa y estaba muy harta de que Emma se durmiera en plena clase porque había salido la noche anterior.

—Diana cree que las relaciones solo nos distraen del estudio —afirmó Emma—. ¿Por qué salir con alguien cuando puedes aprender otro idioma demoníaco? Quiero decir, ¿quién no querría saber cómo decir «¿Vienes a menudo por aquí?» en purgático?

Cristina se echó a reír.

—Te pareces a Jaime. No le gustaba nada estudiar.

Emma aguzó el oído: Cristina hablaba muy pocas veces de la familia y los amigos que había dejado atrás en su país. Sabía que el tío de Cristina había dirigido el Instituto de Ciudad de México hasta que lo mataron durante la Guerra Oscura, y que entonces su madre se había hecho cargo de la dirección. Sabía que el padre de Cristina había muerto cuando ella era una niña. Pero poco más.

—Pero no a Diego. A él le encantaba. Estudiaba de más solo para divertirse.

—¿Diego? ¿El tipo perfecto? ¿Al que tu madre adora?

Emma comenzó a dibujarse en la piel con la estela, y la runa de visión distante tomó forma en su antebrazo. Su traje de combate tenía las mangas hasta el codo, y la piel que quedaba a la vista estaba marcada con las tenues cicatrices blancas de las runas empleadas tiempo atrás.

Cristina le cogió la estela a Emma.

—Ven. Deja que te lo haga yo. —Continuó dibujando la runa de visión distante. Cristina tenía mucha mano para las runas, era cuidadosa y precisa—. No quiero hablar de Diego *el Perfecto* —repuso—. Mi madre ya habla de él más que suficiente. ¿Te puedo hacer una pregunta sobre otra cosa?

Emma asintió con la cabeza. La presión de la estela sobre la piel le resultaba familiar, casi placentera.

—Ya sé que querías venir a este lugar porque Johnny Rook te dijo que habían encontrado cadáveres con escrituras en la piel y que cree que esta noche aparecerá uno aquí.

—Así es.

—Y crees que la escritura puede ser la misma que había en los cadáveres de tus padres.

Emma se tensó. No pudo evitarlo. Cualquier mención al asesinato de sus padres le dolía como si hubiera ocurrido el día antes. Incluso cuando la persona que le hablaba de ello era alguien tan amable como Cristina.

—Sí.

—La Clave dice que fue Sebastian Morgenstern quien asesinó a tus padres —continuó Cristina—. Eso fue lo que me dijo Diana. Eso es lo que creen. Pero tú no crees que fuera así.

La Clave. Emma miró hacia la noche de Los Ángeles, hacia la brillante explosión de electricidad de su horizonte, a las filas y filas de vallas publicitarias que flanqueaban Sunset Boulevard. Hacía ya mucho tiempo, cuando la aprendió, le había parecido una palabra inofensiva: «Clave». La Clave solo era el gobierno de los nefilim, constituido por todos los cazadores de sombras en activo mayores de dieciocho años.

En teoría, todos los cazadores de sombras tenían voz y voto por igual. Sin embargo, en realidad algunos eran más influyentes que otros: como en cualquier partido político, la Clave tenía sus corrupciones y sus prejuicios. Para los nefilim, eso significaba un estricto código de honor y unas reglas que todos los cazadores de sombras tenían que cumplir o se enfrentarían a severas consecuencias.

La Clave tenía un lema: «La Ley es dura, pero es la Ley». Todo cazador de sombras sabía lo que eso significaba. Las reglas de la Ley de la Clave debían obedecerse, por muy difícil o doloroso que fuera. La Ley estaba por encima de todo: las necesidades personales, la pena, la muerte, la injusticia, la traición. Era la Ley. Cuando la Clave le dijo a Emma que tenía que aceptar que sus padres habían sido asesinados en el contexto de la Guerra Oscura, le estaba exigiendo que lo hiciera.

Pero no lo había hecho.

—No —contestó Emma lentamente—. No lo creo.

Cristina se quedó sentada con la estela en la mano y la runa sin acabar. El *adamas* brillaba bajo la luna.

—¿Podrías decirme por qué?

—Sebastian Morgenstern estaba creando un ejército —contestó Emma sin dejar de mirar el mar de luces—. Convertía a los cazadores de sombras en monstruos a sus órdenes. No les marcaba el cuerpo con escritos en idiomas demoníacos y luego los tiraba al mar. Cuando los nefilim trataron de mover los cadáveres de mis padres, estos se deshicieron. Eso no ocurrió con ninguna de las víctimas de Sebastian. —Pasó el dedo por una teja—. Y... es una sensación. Pero no una sensación pasajera, sino algo que siempre he creído. Cada día estoy más convencida. Creo que la muerte de mis padres fue diferente. Y atribuirle eso a Sebastian significa... —Se interrumpió con un suspiro—. Lo siento. Estoy divagando. Mira, probablemente esto acabe en nada. No deberías preocuparte.

—Me preocupas tú —repuso Cristina, pero le puso de nuevo la estela sobre la piel y acabó la runa sin decir nada más.

Era algo que a Emma le había gustado de Cristina desde el momento en que la había conocido: nunca presionaba ni insistía.

Se miró complacida mientras Cristina volvía a sentarse, acabado el trabajo. La runa de visión distante destellaba, clara y limpia, en su brazo.

—La única persona que conozco que dibuja las runas mejor que tú es Julian —comentó—. Pero él es un artista...

—Julian, Julian, Julian —repitió Cristina en tono burlón—. Julian es pintor,

Julian es un genio, Julian sabría cómo arreglar esto, Julian podría construir aquello... ¿Sabes?, durante las últimas siete semanas he oído tantas cosas maravillosas sobre Julian que está empezando a preocuparme que, en cuanto lo vea, me enamore de él.

Emma se limpió los restos de tierra de las manos en los pantalones. Se sentía inquieta y tensa. Preparada para la lucha y sin nada contra lo que luchar. No era raro que quisiera saltar a la primera.

—No creo que sea tu tipo —replicó—. Pero es mi *parabatai*, así que no soy objetiva.

—Siempre quise tener un *parabatai* —dijo Cristina un poco melancólica, devolviéndole la estela—. Alguien que ha jurado protegerte y guardarte las espaldas. Un amigo para siempre, para toda la vida.

«Un amigo para siempre, para toda la vida». Cuando sus padres murieron, Emma luchó por quedarse con los Blackthorn. En parte porque había perdido todo lo que le era familiar y no podía soportar la idea de comenzar de nuevo y en parte porque quería permanecer en Los Ángeles e investigar la muerte de sus padres.

Podría haber sido incómodo; podría haberse sentido una intrusa en la familia, siendo ella la única Carstairs, pero nunca había sido así gracias a Jules. *Parabatai* era más que amistad, más que un lazo familiar; era un vínculo que unía de una forma indestructible, de una manera que todos los cazadores de sombras respetaban y reconocían del mismo modo que el que existía entre esposos.

Nadie podía separar a los *parabatai*. Nadie osaría siquiera intentarlo: los *parabatai* eran más fuertes juntos. Luchaban codo con codo como si pudieran leerse el pensamiento. Una runa dibujada por el *parabatai* era más poderosa que diez runas trazadas por cualquier otra persona. A menudo, los *parabatai* hacían que sus cenizas se enterraran en la misma tumba, para no estar separados ni siquiera en la muerte.

No todos tenían un *parabatai*; de hecho, no era muy corriente tenerlo. Era un compromiso de unión para toda la vida. Se juraba estar al lado de la otra persona, se juraba protegerla siempre, ir a donde ella iba, considerar su familia como propia. Las palabras del juramento eran de la Biblia y muy antiguas: «Allí adonde tú vayas, yo iré; tu gente será mi gente; donde tú mueras, yo moriré, y allí seré enterrado».

Si hubiera un término para eso en el idioma mundano, pensó Emma, sería «alma gemela». Un alma gemela platónica. No estaba permitido mantener una relación amorosa con el *parabatai*. Como tantas otras cosas, iba en contra de la Ley. Emma nunca había sabido por qué, le parecía que no tenía ningún sentido, pero en realidad eso pasaba con gran parte de la Ley. No tenía sentido que la Clave hubiera exiliado y abandonado a los medio hermanos de Julian, Helen y Mark, sencillamente porque su madre había sido un hada, pero también habían hecho eso cuando establecieron la Paz Fría.

Emma se puso en pie y se colgó la estela del cinturón de armas.

—Bueno, los Blackthorn vuelven pasado mañana. Conocerás a Jules. —Se acercó de nuevo al borde del tejado, y esta vez oyó un roce de botas sobre las tejas que le

dijo que Cristina estaba detrás de ella—. ¿Ves algo?

—Quizá no esté pasando nada. —Cristina se encogió de hombros—. Tal vez solo sea una fiesta.

—Johnny Rook parecía muy seguro —masculló Emma.

—¿Diana no te había prohibido explícitamente que fueras a verlo?

—Puede que me dijera que dejara de verlo —reconoció Emma—. Incluso puede haberle llamado «un delincuente que comete crímenes», lo que, todo sea dicho, me pareció demasiado duro, pero no dijo que no pudiera ir al Mercado de Sombras.

—Porque todo el mundo sabe ya que los cazadores de sombras no deben ir al Mercado de Sombras.

Emma no hizo caso a eso.

—Y si me encontré a Rook casualmente en el mercado, y él dejó caer cierta información mientras charlábamos y a mí se me cayó algo de dinero, ¿quién puede decir que eso sea «pagar por información»? Solo dos amigos; uno descuidado con sus cotilleos y la otra descuidada con sus finanzas...

—Ese no es el espíritu de la Ley, Emma. ¿Recuerdas?: «La Ley es dura, pero es la Ley».

—Pensaba que era: «La Ley es un engorro, pero también es flexible».

—Ese no es el lema. Y Diana te va a matar.

—No si resolvemos los asesinatos. El fin justifica los medios. Y si no ocurre nada, no tiene por qué enterarse de todo esto. ¿De acuerdo?

Cristina guardó silencio.

—¿De acuerdo...? —insistió Emma.

Cristina soltó un grito ahogado.

—¿Lo ves? —preguntó, señalando.

Emma lo vio. Era un hombre alto, elegante y de pelo lacio, con la piel clara y la ropa hecha a medida, que se movía entre la gente. Al pasar, hombres y mujeres se volvían para mirarlo, boquiabiertos y fascinados.

—Está cubierto por un *glamour* —dijo Cristina.

Emma arqueó una ceja. El *glamour* era una ilusión mágica que solían emplear los subterráneos para ocultarse de los ojos mundanos. Los cazadores de sombras disponían de Marcas que tenían el mismo efecto, aunque los nefilim no las consideraban magia. La magia era cosa de brujos; las runas eran un regalo del Ángel.

—La cuestión es si es vampiro o hada.

Emma vaciló. El hombre se estaba acercando a una joven con unos zapatos de tacón muy altos y una copa de champán en la mano. El rostro de la chica se tornó inexpresivo mientras él le hablaba. La joven asintió amablemente, alzó las manos y se desabrochó el grueso collar de oro que llevaba. Lo dejó caer sobre la mano extendida del hombre y le sonrió mientras este se lo guardaba en el bolsillo.

—Hada —concluyó Emma llevándose las manos al cinturón de armas.

Las hadas lo complicaban todo. De acuerdo con la Ley de la Paz Fría, un cazador

de sombras que no hubiera llegado a la edad adulta no tenía que relacionarse en absoluto con las hadas. Las hadas, la raza maldita y prohibida de los subterráneos, estaban más allá del límite desde la Paz Fría, que les había arrebatado sus derechos, sus ejércitos y sus posesiones. Sus tierras ancestrales ya no se consideraban de su propiedad, y otros subterráneos luchaban por decidir quién podría reclamarlas. Evitar esas batallas representaba una gran parte de los asuntos que ocupaban al Instituto de Los Ángeles, pero era competencia de los cazadores de sombras adultos. Los de la edad de Emma no debían relacionarse directamente con las hadas.

En teoría.

«La Ley es un engorro, pero es flexible». Emma sacó una bolsita de tela de la faltriquera que llevaba en el cinturón y comenzó a abrirla mientras el hada pasaba de la mujer sonriente a un esbelto hombre con una chaqueta negra, quien le cedió amablemente sus carísimos gemelos. El hada se hallaba en ese momento justo bajo Emma y Cristina.

—A los vampiros no les importa el oro, pero los seres mágicos pagan tributo a su rey o su reina en oro, joyas y otros tesoros.

—He oído que la corte noseelie paga en sangre humana —repuso Cristina muy seria.

—Hoy no —replicó Emma mientras abría la bolsa que tenía en la mano y volcaba el contenido sobre la cabeza del hada.

Cristina ahogó un grito de horror cuando el hada soltó un grito grave y el *glamour* comenzó a caérsele como la piel de una serpiente.

Un coro de chillidos se alzó de la multitud cuando se mostró el verdadero aspecto del hada. Le crecían ramas de la frente, como cuernos retorcidos; su piel era del verde oscuro del musgo, agrietada por todas partes como la corteza de un árbol. Sus manos de tres dedos eran garras en forma de espátulas.

—Emma —se alarmó Cristina—. Debemos detener esto ahora... Llama a los Hermanos Silenciosos...

Pero Emma ya había saltado.

Durante un instante se sintió ingrávida, atravesando el aire. Luego aterrizó con las rodillas flexionadas, como le habían enseñado. Qué bien recordaba aquellos primeros saltos desde grandes alturas, las caídas torpes que le provocaban luxaciones, y los días que tenía que esperar para sanar antes de volver a intentarlo.

Ya no. Emma se alzó y miró al hada a través de la multitud que huía despavorida. Brillantes en medio de su rostro rugoso como la corteza de un árbol, los ojos del hada eran amarillos igual que los de un gato.

—Cazador de sombras —masculló siseante.

Los asistentes a la fiesta huían del patio saltando las verjas que daban al aparcamiento. Ninguno de ellos vio a Emma. Aunque el instinto pareció haberseles activado y los hizo esquivarla como el agua rodeando los pilares de un puente.

Emma llevó la mano por encima del hombro y la cerró alrededor de la

empuñadura de su espada, *Cortana*. Desenvainó la hoja, como un haz de luz dorada rasgando el aire, y apuntó con ella al hada.

—No —replicó Emma—. Soy un anuncio. Este es mi disfraz.

El hada la miró confuso.

Emma suspiró.

—Cuesta tanto ser irónica con los seres mágicos... Nunca pilláis las bromas.

—Somos muy conocidos por nuestras befas, burlas y baladas —replicó el hada ofendido—. Tenemos baladas que duran semanas.

—No tengo tanto tiempo —dijo Emma—. Soy cazadora de sombras. Replica rápido y muere joven. —Agitó la punta de *Cortana*, impaciente—. Y ahora, saca todo lo que llevas en los bolsillos.

—No he hecho nada que viole la Paz Fría —le espetó el hada.

—Técnicamente es cierto, pero tampoco nos gusta que se robe a los mundanos —explicó Emma—. Vacíate los bolsillos o te arrancaré un cuerno y te lo meteré por donde la espalda pierde su digno nombre.

El hada la miró con expresión perpleja.

—¿Dónde pierde la espalda su digno nombre? ¿Es una adivinanza?

Emma soltó un suspiro de resignación y alzó la espada.

—Vacíatelos o empezaré a arrancarte la corteza. Acabo de romper con mi novio y no estoy de muy buen humor.

Poco a poco, el hada fue vaciándose los bolsillos y poniéndolo todo en el suelo, sin dejar de mirarla fijamente.

—Así que te has quedado sola —comentó—. Nunca me lo habría imaginado.

Se oyó un grito ahogado desde arriba.

—Vaya, eso sí que es ser grosero —dijo Cristina, asomada por el borde del tejado.

—Muchas gracias, Cristina —dijo Emma—. Eso ha sido un golpe bajo. Y para tu información, chico hada, he sido yo quien ha roto con él.

El hada se encogió de hombros. Fue un gesto que consiguió expresar varios tipos de «no me importa» al mismo tiempo.

—Aunque no sé por qué —añadió Cristina—. Era muy buen chico.

Emma puso los ojos en blanco. El hada seguía depositando su botín: pendientes, carteras de piel caras y anillos de diamantes caían al suelo en una reluciente cacofonía. Emma hizo acopio de toda su paciencia. No le importaban demasiado las joyas, ni tampoco que fueran robadas. Estaba buscando armas, libros de hechizos, cualquier señal de magia negra que pudiera asociar con los escritos sobre la piel de sus padres.

—Los Ashdown y los Carstairs no se tragan —explicó—. Todo el mundo lo sabe.

Y entonces el hombre hada pareció quedarse paralizado.

—Carstairs —barbotó con sus ojos amarillos clavados en ella—. ¿Eres Emma Carstairs?

La cazadora de sombras parpadeó, pillada por sorpresa. Alzó la mirada: Cristina

había desaparecido del borde del tejado.

—Creo que no nos conocemos. Me acordaría de haber hablado con un árbol.

—¿De verdad? —Unas manos espatuladas se sacudían a los costados del hada—. Me habría esperado un tratamiento más amable. ¿O es que tú y tus amigos del Instituto os habéis olvidado tan rápido de Mark Blackthorn?

—¿Mark?

Emma se quedó helada, incapaz de controlar su reacción. En ese momento, algo destelló hacia su cara. El hada le había lanzado un collar de diamantes. Emma lo esquivó, pero el broche le dio en la mejilla. Notó un dolor punzante y el calor de la sangre.

Se irguió rápidamente, pero el hada había desaparecido. Soltó una maldición mientras se limpiaba la sangre del rostro.

—¡Emma! —Era Cristina, que había bajado del tejado y estaba junto a una salida de emergencia—. ¡Ha salido por aquí!

Emma corrió hacia ella, abrieron juntas la puerta de una patada y salieron al callejón de detrás del bar. Estaba sorprendentemente oscuro; alguien había roto las farolas cercanas. Los contenedores junto a las paredes apestaban a comida podrida y a alcohol. Emma notó arder su runa de visión distante y al final del callejón distinguió la delgada silueta del hada que saltaba hacia la izquierda.

Salió corriendo tras él. Cristina seguía a su lado. Emma había pasado tanta parte de su vida corriendo con Julian que le costaba un poco adaptarse a los pasos de otra persona. Aceleró tanto como pudo. Las hadas eran rápidas, muy rápidas. Cristina y ella torcieron la siguiente esquina, donde se estrechaba el callejón. El hada fugitivo había juntado dos contenedores para bloquearles el paso. Emma saltó sobre uno de ellos y lo empleó para impulsarse en una voltereta, con las botas resonando contra el metal.

Cayó hacia delante y aterrizó sobre algo blando. Notó tela bajo los dedos. Ropa. Ropa sobre un cuerpo humano. Ropa mojada. El hedor a sudor y podredumbre lo llenaba todo. Vio ante ella un rostro hinchado y muerto.

Emma contuvo un grito. Un instante después se oyó otro clac y Cristina cayó a su lado. Emma oyó a su amiga soltar para sí una exclamación de asombro en su español nativo. Luego notó que los brazos de Cristina la rodeaban y la apartaban del cadáver. Acabó sobre el asfalto, en una posición rara, incapaz de dejar de mirar el cuerpo.

El muerto era inconfundiblemente humano. Un hombre de mediana edad, con hombros redondos y una mata de cabello plateado como la melena de un león. Tenía trozos de piel quemada, negra y roja, con ampollas donde las quemaduras eran más graves, como la espuma de una pastilla de jabón.

Su camisa gris estaba abierta, y sobre el pecho y los brazos tenía renglones de runas negras, pero no las de los cazadores de sombras, sino la retorcida escritura de algún idioma demoníaco. Eran unas marcas que Emma conocía tan bien como las cicatrices del dorso de sus propias manos. Durante cinco años había estado mirando

de forma obsesiva las fotos de esas marcas: era la escritura que la Clave había hallado en los cadáveres de sus padres.

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina.

Emma estaba apoyada en la pared de ladrillo del callejón, que olía de un modo muy cuestionable y estaba cubierta de pintadas, y lanzaba miradas penetrantes como láseres al cadáver del mundano y a los Hermanos Silenciosos que lo rodeaban.

Lo primero que hizo Emma en cuanto fue capaz de pensar con claridad, fue llamar a los Hermanos y a Diana. En ese momento estaba dudando de que hubiera sido una buena decisión. Los Hermanos Silenciosos habían llegado al instante y estaban examinando el cadáver, a veces volviéndose para hablar entre ellos con sus voces sin sonido; registraban, examinaban y tomaban notas. Habían colocado runas de protección con las que se daban tiempo para trabajar antes de que llegara la policía mundana; pero de un modo muy educado, firme y que solo había requerido un ligero uso de la fuerza telepática, habían impedido a Emma acercarse al cadáver.

—Estoy furiosa —soltó esta—. Tengo que ver esas marcas. Tengo que hacerles fotos. Fue a mis padres a quienes mataron. Pero ¿qué les importa eso a los Hermanos Silenciosos? Solo he conocido a un Hermano Silencioso que valiera la pena, y dejé de serlo.

Cristina abrió mucho los ojos. De algún modo, en medio de todo el jaleo, había conseguido mantener limpio su traje de combate, y se la veía fresca y con las mejillas sonrosadas. Emma se imaginó a sí misma con una pinta espeluznante: el pelo alborotado apuntando en todas direcciones y la ropa llena de manchas de la suciedad del callejón.

—Esto en ti es algo habitual —comentó Cristina.

Los Hermanos Silenciosos eran cazadores de sombras que habían elegido apartarse del mundo, como monjes, y dedicarse por completo al estudio y la curación. Habitaban la Ciudad Silenciosa, enormes cavernas subterráneas donde también se enterraba a la mayoría de los cazadores de sombras muertos. Lucían unas terribles cicatrices que eran el resultado del empleo de unas runas demasiado potentes para la piel humana, incluso la de los cazadores de sombras, pero también eran unas runas que los hacían casi inmortales. Eran consejeros, archiveros y sanadores, y también podían hacer uso del poder de la Espada Mortal.

Habían sido ellos los que habían realizado la ceremonia de *parabatai* entre Emma y Julian. Estaban en las bodas, en los nacimientos y en las muertes. Cualquier momento importante de la vida de un cazador de sombras estaba marcado por la aparición de un Hermano Silencioso.

Emma pensó en el único Hermano Silencioso que le había caído bien. A veces, aún lo echaba de menos.

De repente, el callejón se iluminó como si se hubiera hecho de día. Parpadeando,

Emma se volvió y vio una camioneta que se había detenido en la entrada. Dejando los faros encendidos, Diana Wrayburn saltó del asiento del conductor.

Cuando Diana había comenzado a trabajar como instructora de los niños del Instituto de Los Ángeles, cinco años atrás, Emma pensó que era la mujer más hermosa que había visto nunca. Era alta, esbelta y elegante, el tatuaje de un pez *koi* plateado resaltaba sobre la oscura piel de su anguloso pómulo. En sus ojos castaños había rastros de verde, y en ese momento brillaban con el fuego de la furia. Llevaba un vestido negro hasta los tobillos que le caía en elegantes pliegues. Parecía la peligrosa diosa romana de la caza cuyo nombre llevaba.

—¡Emma! ¡Cristina! —Corrió hacia ellas—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Estáis bien?

Por un momento, Emma dejó de observar el cadáver y se permitió disfrutar del feroz abrazo. Diana era demasiado joven para que Emma pensara en ella como en una madre, pero quizá podría ser como una hermana mayor. Alguien protector. Diana la soltó y abrazó a Cristina, que pareció sorprenderse. Hacía tiempo que Emma tenía la sospecha que en casa de Cristina no se prodigaban demasiado los abrazos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tratando de abrir un agujero en el cráneo del hermano Enoch con la mirada?

—Estábamos de patrulla... —comenzó Emma.

—Hemos visto a un hada robando a humanos —añadió Cristina rápidamente.

—Sí. Lo he detenido y le he dicho que se vaciara los bolsillos...

—¿Un hada? —Una expresión de inquietud cruzó el rostro de Diana—. Emma, ya sabes que no debes enfrentarte a los seres mágicos, incluso aunque estés con Cristina...

—Ya he peleado antes contra los seres mágicos —replicó Emma.

Era cierto. Tanto Diana como ella habían luchado en Alacante cuando el Ejército Oscuro de Sebastian había atacado la ciudad. Las calles estaban llenas de guerreros hada. Para protegerlos, los adultos se había llevado a los niños al interior del Salón de los Acuerdos, donde se suponía que estarían a salvo. Pero las hadas habían roto los cierres...

Diana había estado allí, blandiendo su letal espada a derecha e izquierda, salvando a docenas de niños. Emma era una de ellos. Desde entonces sentía un enorme cariño por Diana.

—He tenido una corazonada —continuó—, la sensación de que algo más importante y peor estaba sucediendo, así que he seguido al hada cuando ha salido huyendo. Ya sé que no debería haberlo hecho, pero... Y entonces me he tropezado con este cuerpo. Está cubierto con las mismas marcas que los cadáveres de mis padres. ¡Las mismas marcas, Diana!

Esta se volvió hacia Cristina.

—¿Puedes dejarnos solas un momento, por favor, Tina?

La muchacha vaciló. Pero como invitada en el Instituto de Los Ángeles, una joven cazadora de sombras de permiso tenía que hacer lo que el personal del Instituto

le pidiera. Echó una mirada a Emma y se apartó, dirigiéndose al lugar donde seguía yaciendo el cadáver. Este se hallaba rodeado de un círculo de Hermanos Silenciosos con sus hábitos de color pergamino, como una bandada de pálidos pájaros. Estaban rociando las marcas con una especie de polvo brillante, o al menos eso parecía. A Emma le habría gustado estar más cerca y poder verlo bien.

Diana dejó escapar el aire.

—Emma, ¿estás segura?

Esta se tragó una réplica furibunda. Entendía por qué se lo preguntaba Diana. Durante esos años habían encontrado tantos rastros falsos..., tantas veces Emma había pensado haber dado con una pista o con una traducción de los escritos o con alguna historia en un periódico mundano... Y siempre había estado equivocada.

—No quiero que te hagas muchas ilusiones —dijo Diana.

—Lo sé —repuso Emma—. Pero no debería pasarlo por alto. No puedo. ¿Tú me crees? Tú siempre me has creído, ¿verdad?

—¿Que Sebastian Morgenstern no mató a tus padres? Cariño, ya sabes que sí. —Diana le dio unas palmaditas en el hombro—. Pero no quiero que sufras, y además sin Julian aquí...

Emma esperó a que continuara.

—Bueno, sin Julian aquí seguro que sufrirás con más facilidad. Los *parabatai* hacen como de amortiguador, el uno para el otro. Sé que eres fuerte, pero esto es algo que te hirió muy profundamente cuando solo eras una niña. Es la Emma de doce años la que reacciona ante cualquier cosa que tenga que ver con tus padres, no la Emma casi adulta. —Diana hizo una mueca y se tocó el costado de la cabeza—. Me llama el hermano Enoch —explicó. Los Hermanos Silenciosos podían comunicarse con los cazadores de sombras por medio de una telepatía que solo estos podían oír, aunque también la podían proyectar en grupo si era necesario—. ¿Te ves con fuerzas para volver sola al Instituto?

—Sí, pero si pudiera ver ese cadáver otra vez...

—Los Hermanos Silenciosos dicen que no —respondió Diana con firmeza—. Me enteraré de todo lo que pueda y te lo contaré luego. ¿De acuerdo?

Emma asintió a regañadientes.

—De acuerdo.

Diana fue hacia los Hermanos Silenciosos y se detuvo un instante a hablar con Cristina. Cuando Emma llegó al coche que tenía aparcado, Cristina ya estaba con ella, y ambas se subieron en silencio.

Emma permaneció quieta en el asiento durante un momento, agotada, con las llaves colgándole de la mano. En el retrovisor veía el callejón, iluminado como un estadio de béisbol por los potentes faros de la camioneta. Diana estaba entre los Hermanos Silenciosos. Los polvos caídos al suelo se veían blancos en medio del resplandor.

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina.

Emma se volvió hacia ella.

—Tienes que contarme lo que has visto —le rogó—. Cuando te has acercado al cadáver. ¿Has oído si Diana les decía algo a los Hermanos? ¿Son las mismas marcas?

—No tengo que decírtelo —contestó Cristina.

—Ehhh... —Emma se interrumpió. Se sentía fatal. Había sido una noche horrible: había perdido a un criminal hada, también su oportunidad de examinar el cadáver, y tal vez hubiera herido los sentimientos de Cristina—. Ya sé que no. Lo siento mucho, Cristina. No pretendía meterte en líos. Pero es que...

—No me refiero a eso. —Cristina buscó algo en el bolsillo del traje—. He dicho que no tengo que decírtelo porque te lo puedo enseñar. Toma. Mira esto. —Le acercó su móvil, y a Emma el corazón le dio un brinco en el pecho; Cristina estaba pasando, una tras otra, las fotos que había hecho del cadáver, de los Hermanos, del callejón, de la sangre... Todo.

—Cristina, ¡te quiero! —exclamó Emma—. ¡Me casaré contigo, te lo prometo!

Cristina soltó una risita.

—Mi madre ya ha elegido con quién me voy a casar, ¿recuerdas? Imagínate lo que diría si volviera a casa contigo.

—¿No crees que yo le gustaría más que Diego *el Perfecto*?

—Creo que se podrían oír sus gritos desde Idris.

Idris era el país de origen de los cazadores de sombras, donde habían sido creados, donde se asentaba la Clave. Era un rincón entre Francia, Alemania y Suiza, oculto mediante hechizos de los ojos de los humanos. La Guerra Oscura había arrasado su capital, Alacante, que aún se estaba reconstruyendo.

Emma se rio. Sentía que el alivio le recorría el cuerpo. Por fin tenía algo. Una pista, como diría Tiberius, que se pasaba el día con la cabeza metida en alguna novela de detectives.

Con la repentina sensación de añorar a Ty, puso en marcha el coche.

—¿De verdad le has dicho a ese hada que has sido tú quien ha roto con Cameron y no al revés? —preguntó Cristina.

—Por favor, no se lo digas a nadie —repuso Emma—. No me siento muy orgullosa.

Cristina soltó un bufido burlón. Totalmente inadecuado para una señorita.

—Cuando lleguemos, ¿puedes venir a mi habitación? —preguntó Emma mientras encendía los faros—. Quiero enseñarte algo.

Cristina frunció el cejo.

—No será una extraña marca de nacimiento o una verruga, ¿verdad? Mi abuela me dijo una vez que quería enseñarme algo y resultó ser una verruga que tenía en...

—¡No es ninguna verruga!

Mientras Emma arrancaba el coche y se mezclaba con el tráfico, notó que la ansiedad le bullía en las venas. Por lo general, se sentía agotada después de una pelea, cuando le bajaba la adrenalina.

Sin embargo, en ese momento estaba a punto de enseñarle a Cristina algo que solo Julian había visto. Algo de lo que ella no estaba exactamente orgullosa. Y no podía evitar preguntarse cómo se lo tomaría Cristina.

2

NI LOS ÁNGELES DEL ALTO CIELO

—Julian lo llama mi «Muro de la Locura» —explicó Emma.

Cristina y ella estaban ante el armario empotrado del dormitorio de Emma, con la puerta abierta de par en par.

Estaba vacío. La ropa de Emma, principalmente vestidos *vintage* y vaqueros que había comprado en tiendas de segunda mano de Silver Lake y Santa Mónica, o estaba colgada en el gran ropero o doblada en la cómoda. Las paredes interiores del armario de su habitación pintada de azul (el mural de la pared del dormitorio, golondrinas volando sobre las torres de un castillo, lo había hecho Julian cuando ella se había trasladado a esa habitación, un guiño al símbolo de la familia Carstairs) estaban cubiertas de fotografías, recortes de periódico y notas adhesivas con la letra de Emma.

—Todo está codificado por colores —explicó señalando las notas adhesivas—. Las historias de los periódicos mundanos, las investigaciones sobre hechizos, las investigaciones sobre idiomas demoníacos, cosas que he podido sacarle a Diana durante estos años... Anoto todo lo que encuentro que de algún modo pueda tener que ver con la muerte de mis padres.

Cristina se acercó para examinar aquellos papeles y luego se volvió de repente hacia Emma.

—Algunos parecen expedientes oficiales de la Clave.

—Lo son —afirmó Emma—. Cuando tenía doce años, robé información del despacho de la Cónsul.

—¿Le robaste información a Jia Penhallow? —Cristina parecía horrorizada.

Emma supuso que no podía culparla. El de Cónsul era el cargo oficial de mayor rango de la Clave; solo el de Inquisidor se le acercaba en términos de poder e influencia.

—¿De dónde si no iba a conseguir las fotos de los cadáveres de mis padres? —preguntó Emma mientras se quitaba la chaqueta y la tiraba sobre la cama. Debajo llevaba una camiseta de tirantes; notó la fresca brisa en los brazos desnudos.

—Y las fotos que he hecho esta noche... ¿dónde van?

Cristina se las pasó a Emma. El tóner aún estaba húmedo; lo primero que habían hecho al volver al Instituto había sido imprimir las dos imágenes más claras que había conseguido del cadáver del callejón. Emma las colgó con cuidado junto a las fotos de la Clave de los cadáveres de sus padres, que ya estaban curvadas en las puntas por el paso del tiempo y habían perdido nitidez.

Se apartó y las comparó. La escritura era fea, puntiaguda; resultaba difícil concentrarse en ella. Parecía como si se negara a ser vista. No eran letras de ningún idioma demoníaco conocido, y daba la sensación de que ninguna mente humana habría sido capaz de concebirlas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cristina—. Quiero decir, ¿qué plan tienes para continuar?

—Esperaré a ver lo que dice Diana mañana —contestó Emma—. Si ha descubierto algo. ¿Sabrán ya los Hermanos Silenciosos lo de los asesinatos de los que hablaba Rook? Si no lo saben, volveré al Mercado de Sombras. Reuniré todo el dinero que tengo, o le deberé un favor a Johnny Rook; lo que sea. Si alguien está matando a gente y cubriendo su cuerpo con esta escritura, eso significa... significa que no fue Sebastian Morgenstern quien asesinó a mis padres hace cinco años. Significa que tengo razón y que sus muertes fueron por otra causa.

—Puede que no signifique exactamente eso, Emma —advirtió Cristina con voz amable.

—Soy una de las pocas personas vivas que vieron a Sebastian Morgenstern atacar el Instituto —explicó Emma.

Era, al mismo tiempo, uno de sus recuerdos más vívidos y uno de los más vagos: recordaba haber cogido a Tavvy y haber huido corriendo por el Instituto, con Dru siguiéndola, mientras los Guerreros Oscuros de Sebastian aullaban; recordaba al propio Sebastian, el cabello blanco y los demoníacos ojos negros y muertos; recordaba la sangre y a Mark; recordaba a Julian esperándola.

—Lo vi. Vi su rostro, sus ojos me miraban. No es que piense que él no podría haber matado a mis padres. Habría matado a cualquiera que se hubiera interpuesto en su camino. Pero es que no creo que se hubiera molestado en hacerlo. —Empezaron a escocerle los ojos—. Tengo que conseguir más pruebas. Convencer a la Clave. Porque mientras sigan culpando a Sebastian por esto, el auténtico asesino, la persona responsable, no será castigada. Y no creo que pueda soportarlo.

—Emma —Cristina le tocó suavemente el brazo—, ya sabes que yo creo que el Ángel tiene un plan para nosotros. Para ti. Y cualquier cosa que pueda hacer para ayudarte, la haré.

Emma no lo sabía. Para muchos cazadores de sombras, el Ángel que había creado la raza de los nefilim era alguien muy distante. Para Cristina, Raziel era una presencia viva. Llevaba al cuello un medallón consagrado al Ángel. Él estaba grabado al frente, y en el dorso había unas palabras en latín: «Bendito sea el Ángel, mi fuerza, que enseña en la guerra a mis manos y a mis dedos a luchar».

Cristina se tocaba el medallón a menudo para reunir fuerzas: antes de un examen, antes de una batalla. En muchos sentidos, Emma envidiaba la fe de Cristina. A veces pensaba que en lo único en lo que creía era en la venganza y en Julian.

Emma se apoyó en la pared; los papeles y las notas adhesivas rodeaban sus hombros desnudos.

—¿Incluso si significa romper las reglas? Sé que eso no te gusta nada.

—No soy tan aburrida como parece creer. —Cristina le dio un golpecito a Emma fingiendo sentirse ofendida—. De todas formas, no hay nada más que podamos hacer esta noche. ¿Qué te distraería? ¿Una peli mala? ¿Helado?

—Presentarte a los Blackthorn —contestó Emma, mientras se apartaba de la pared del armario.

—Pero no están aquí. —Cristina miró a Emma como si creyera que se había dado un golpe en la cabeza.

—No están y sí están. —Emma le tendió la mano—. Ven conmigo.

Cristina permitió que la guiara por el pasillo. Era todo de madera y vidrio, con las ventanas que daban a lo que, durante el día, era una vista de mar, arena y desierto. Cuando Emma llegó por primera vez al Instituto, pensó que acabaría por no notar esas vistas, que no se despertaría todas las mañanas sorprendiéndose por el azul del océano y del cielo. Pero no había ocurrido. El mar aún la fascinaba con su superficie eternamente cambiante, y también el desierto, con sus sombras y sus flores.

En ese momento podía ver el reflejo de la luna en el mar a través de las ventanas: plata y negro.

Emma y Cristina recorrieron el pasillo. Emma se detuvo en lo alto de la enorme escalera que descendía hacia el vestíbulo del Instituto. Estaba situada justo en el centro del edificio y separaba el ala norte de la sur. Hacía años, Emma había elegido deliberadamente un dormitorio que se encontraba en el extremo opuesto de donde dormían los Blackthorn. Era un modo silencioso de declarar que sabía que aún era una Carstairs.

En ese momento se apoyó en la barandilla y miró hacia abajo, con Cristina a su lado. Los Institutos estaban contruidos para impresionar: eran lugares de reunión para los cazadores de sombras; el corazón de los Cónclaves, las comunidades de los nefilim locales. El enorme vestíbulo, una sala cuadrada cuyo punto central era la enorme escalera que llevaba al rellano del primer piso, tenía el suelo de mármol blanco y negro, y estaba decorado con asientos de aspecto incómodo en los que nadie se sentaba nunca. Parecía la entrada de un museo.

Desde el rellano se podía ver que las baldosas blancas y negras del suelo conformaban la figura del ángel Raziel alzándose de las aguas del lago Lyn, en Idris, con dos de los Instrumentos Mortales en las manos: una fulgurante espada y una copa con incrustaciones de oro.

Era una imagen que todo niño cazador de sombras conocía. Mil años atrás, el ángel Raziel había llamado a Jonathan Cazador de Sombras, el padre de todos los nefilim, para acabar con una plaga de demonios. Raziel había regalado a Jonathan los Instrumentos Mortales y el *Libro Gris*, en el que se hallaban todas las runas. También había mezclado su sangre con sangre humana y se la había dado a beber a Jonathan y a sus seguidores, lo que permitió que su piel soportara las runas, creando así los primeros nefilim. La imagen de Raziel alzándose era sagrada para los nefilim: se la

conocía como el Tríptico y se encontraba en lugares donde se reunían los cazadores de sombras o donde habían muerto.

La imagen en el suelo de la entrada del Instituto era un memorial. Cuando Sebastian Morgenstern y su ejército de hadas habían irrumpido en el Instituto, el suelo era de mármol liso. Después de la Guerra Oscura, los niños Blackthorn habían vuelto al Instituto y se habían encontrado con que la sala donde tantos habían muerto ya estaba siendo reparada. Las losas sobre las que los cazadores de sombras habían derramado su sangre estaban siendo reemplazadas, y se colocaba el mural en recuerdo de todos aquellos a los que habían perdido.

Siempre que Emma pasaba por allí, pensaba en sus padres y en el padre de Julian. No le importaba; no quería olvidar.

—Cuando has dicho que están y que no están, ¿te referías a que Arthur está aquí? —preguntó Cristina pensativa, mirando hacia el Ángel.

—Claro que no.

Arthur Blackthorn era el director del Instituto de Los Ángeles. Al menos, ese era su título. Era un experto en la época clásica y estaba obsesionado con la mitología de las antiguas Grecia y Roma. Se pasaba todo su tiempo libre encerrado en el desván con pedazos de loza antigua, libros mohosos e inacabables ensayos y monografías. Emma no recordaba que jamás hubiera mostrado un interés directo en ningún asunto de los cazadores de sombras. Podía contar con los dedos de una mano el número de veces que Cristina y ella lo habían visto desde la llegada de Cristina al Instituto.

—Aunque me ha impresionado que recuerdes que Arthur vive aquí.

Cristina puso los ojos en blanco.

—No hagas eso. Desinflaría mi momento de gloria. Y no quiero que mi momento de gloria se desinfle.

—¿Qué momento de gloria? —quiso saber Cristina—. ¿Por qué me has arrastrado hasta aquí cuando todo lo que quiero es darme una ducha y quitarme este traje de una vez? Además, necesito un café.

—Siempre necesitas un café —replicó Emma, mientras regresaban al pasillo y se encaminaba hacia la otra ala de la casa—. Es una adicción debilitante.

Cristina replicó algo grosero a media voz en su idioma, pero de todas formas siguió a Emma, vencida por la curiosidad. Esta se volvió y continuó caminando de espaldas, como un guía turístico.

—A ver, la mayor parte de la familia está en el ala sur —explicó—. Primera parada, la habitación de Tavvy.

La puerta del dormitorio de Octavian Blackthorn ya estaba abierta. A los siete años, la intimidad aún no le interesaba demasiado. Emma metió la cabeza dentro, y Cristina, con cara de sorpresa, se inclinó junto a ella.

La habitación contenía una pequeña cama con una colcha de rayas brillantes, una casa de juguete casi tan alta como Emma y una tienda de campaña llena de libros y juguetes.

—Tavvy tiene pesadillas —explicó Emma—. A veces, Julian viene y duerme en la tienda con él.

Cristina sonrió.

—Mmm... mi madre solía hacer eso cuando yo era pequeña.

El siguiente dormitorio era el de Drusilla. Dru tenía trece años y estaba obsesionada con las películas de terror. El suelo estaba cubierto de libros sobre películas gore y asesinos en serie. Las paredes eran negras, y antiguos pósteres de terror estaban pegados a las ventanas.

—A Dru le encantan las pelis de miedo —dijo Emma—. Cualquier cosa con la palabra «sangre» o «terror» o «prom». Me pregunto por qué lo llamarán «prom»...

—Es una abreviación de *promenade* —la informó Cristina.

—¿Por qué hablas inglés mejor que yo?

—Eso no es inglés —repuso Cristina mientras Emma corría pasillo abajo—. Es francés.

—Los mellizos tienen las habitaciones una frente a la otra. —Emma señaló dos puertas cerradas—. Esta es la de Livvy.

Abrió la puerta y se vio un dormitorio bonito, limpio y bien decorado. Alguien había cubierto artísticamente el cabezal con una fina tela con dibujos de tazas de té. Relucientes joyas colgaban de unos paneles clavados a la pared. Junto a la cama había pulcras pilas de libros sobre ordenadores y sistemas de programación.

—¡Sistemas de programación! —exclamó Cristina—. ¿Le gustan los ordenadores?

—A ella y a Ty —contestó Emma—. A Ty le gusta el modo en que forman modelos que él puede analizar, pero no se le dan muy bien las matemáticas. Livvy se encarga de los números y así forman un buen equipo.

El siguiente dormitorio era el de Ty.

—Tiberius Nero Blackthorn —informó Emma—. Creo que sus padres se pasaron un poco con el nombre. Es como llamar a alguien Magnífico Cabrón.

Cristina se rio. La habitación de Ty estaba ordenada, con los libros en filas clasificadas no por orden alfabético, sino por colores. Los preferidos de Ty, como el azul, el dorado y el verde, estaban en la parte delantera del dormitorio y cerca de la cama. Los colores que no le gustaban, como el naranja o el púrpura, quedaban relegados a los recovecos y los alféizares de las ventanas. A cualquier otra persona le podría parecer un lío, pero Emma sabía que Ty conocía perfectamente la localización de cada uno de los volúmenes.

En la mesilla de noche estaban sus libros favoritos: las historias de Sherlock Holmes, de Arthur Conan Doyle. Junto a ellos había una colección de pequeños juguetes. Julian se los había hecho años atrás, cuando descubrió que tener algo en la mano calmaba a Ty y lo ayudaba a centrarse. Eran una bola irregular hecha con limpiadores de pipa y un cubo de plástico formado por partes encajadas entre sí que podían moverse para crear formas diferentes.

Cristina echó una mirada a la expresión de Emma, entre irónica y cariñosa.

—Ya me has hablado de Tiberius —dijo—. Es al que le encantan los animales. Emma asintió.

—Siempre está fuera, persiguiendo a las lagartijas y las ardillas. —Movi6 el brazo para señalar el desierto que se abría detr6s del Instituto: una tierra virgen, sin casas ni ninguna ocupaci6n por parte de los humanos, que se extendía hasta las montañas que separaban la playa del valle—. Con suerte, debe de estar pasándose en grande en Inglaterra, coleccionando renacuajos, ranas y sapos en el agujero...

—¡Eso es un plato típico de allí!

—No puede ser —replicó Emma, siguiendo adelante por el pasillo.

—¡Es una especie de *pudding*! —objetó Cristina mientras Emma llegaba a la siguiente puerta y la abría.

Por dentro, el dormitorio estaba pintado casi del mismo azul que el cielo y el mar del exterior. Durante el día parecía como si fuera una parte de ellos, flotando permanentemente en azul. Las paredes estaban cubiertas de murales con dibujos complejos, y a lo largo de toda la que daba al desierto se recortaba la silueta de un castillo rodeado por un alto muro de espinos. Un príncipe cabalgaba hacia él, con la cabeza gacha y la espada rota.

—*La Bella Durmiente* —dijo Cristina—. Pero no recuerdo que fuera tan triste, ni que el príncipe estuviera tan derrotado. —Miró a Emma—. ¿Julian es un chico triste?

—No —contestó esta, que solo le prestaba atención a medias. No había entrado en la habitación de Jules desde que él se había ido. Parecía que no la había limpiado antes de marcharse, y había ropa por el suelo, dibujos sin terminar sobre el escritorio e incluso una taza en la mesilla de noche, que probablemente habría contenido un café, ahora enmohecido—. No está deprimido ni nada de eso.

—Deprimido no es lo mismo que triste —observó Cristina.

Pero Emma no quería pensar en que Julian fuera una persona triste, no en ese momento, no cuando faltaba tan poco para que regresara. Como ya era más de media noche, técnicamente regresaba al día siguiente. Notó un estremecimiento de excitación y alivio.

—Vamos.

Salió de la habitación al pasillo y Cristina la siguió. Emma puso la mano contra una puerta cerrada. Era de madera, como las otras, pero la superficie estaba muy deteriorada, como si nadie la hubiera limpiado ni lijado en mucho tiempo.

—Esta era la habitación de Mark —explicó.

Todos los cazadores de sombras conocían el nombre de Mark Blackthorn. El chico mitad hada mitad cazador de sombras al que habían atrapado durante la Guerra Oscura y las peores hadas habían convertido en parte de la Cacería Salvaje. Las hadas que cruzaban el cielo en carro una vez al mes, acosando a los humanos, visitando los campos de batalla, alimentándose del miedo y de la muerte como halcones asesinos.

Mark era muy amable. Emma se preguntaba si seguiría siéndolo.

—Mark Blackthorn es parte de la razón por la que estoy aquí —explicó Cristina, con algo de timidez—. Siempre he tenido la esperanza de intervenir algún día en el establecimiento de un tratado mejor que la Paz Fría. Algo más justo para los subterráneos y para los cazadores de sombras que pudieran amarlos.

Emma notó que se le abrían mucho los ojos por la sorpresa.

—No lo sabía. Nunca me lo habías dicho.

Cristina hizo un gesto abarcando a su alrededor.

—Tú has compartido algo conmigo —dijo—. Has compartido a los Blackthorn. He pensado que debería compartir algo contigo.

—Me alegro de que hayas venido —soltó Emma impulsivamente, y Cristina se sonrojó—. Aunque fuera en parte por Mark. Y aunque no quieras decirme nada más sobre el porqué.

Cristina se encogió de hombros.

—Me gusta Los Ángeles. —Lanzó a Emma una tímida sonrisa de medio lado—. ¿Estás del todo segura de que no quieres ver una peli mala y comer helado?

Emma respiró hondo. Recordó que Julian una vez le había dicho que cuando las cosas empezaban a sobrepasarlo se imaginaba encerrando ciertas sensaciones y emociones en una caja. «Las guardas y las apartas —le había dicho—, así no te molestarán más. Solo desaparecen».

En ese momento se imaginó cogiendo sus recuerdos del cadáver del callejón, de Sebastian Morgenstern y de la Clave, de su ruptura con Cameron, de su necesidad de respuestas, de su rabia hacia el mundo por la muerte de sus padres, y metiéndolo todo en una caja cerrada. Se imaginó guardando la caja en algún sitio del que pudiera recuperarla con facilidad, algún lugar donde pudiera volver a abrirla.

—¿Emma? —la llamó Cristina, preocupada—. ¿Estás bien? Tienes cara de estar a punto de vomitar.

El cerrojo de la caja hizo clic. En su cabeza, Emma la dejó a un lado. Regresó al presente y sonrió a Cristina.

—Helado y una peli mala es un plan perfecto —respondió—. Vamos.

El cielo reflejado sobre el océano estaba cortado por las rayas rosa y ocre del ocaso. Emma redujo el ritmo de su carrera, jadeando, con el corazón latiéndole con fuerza dentro del pecho.

Por lo general se entrenaba al atardecer y corría por la mañana temprano, pero se había despertado tarde después de quedarse casi toda la noche despierta con Cristina. Había pasado el día reorganizando febrilmente las pruebas, había llamado a Johnny Rook para arrancarle más detalles sobre los asesinatos, había escrito notas en la pared y esperaba con impaciencia a que apareciera Diana.

A diferencia de la mayoría de los instructores, Diana no vivía en el Instituto con los Blackthorn; tenía su propia casa en Santa Mónica. En principio Diana no tendría

por qué haber aparecido en el Instituto ese día, pero Emma le había enviado al menos seis mensajes de texto. Tal vez siete. Cristina la había convencido de que no enviara el octavo y le había sugerido que saliera a correr para quitarse de encima la ansiedad.

Emma se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas dobladas, tratando de recuperar el aliento. La playa estaba casi desierta, solo había unas pocas parejas de mundanos que daban por finalizado su paseo romántico para contemplar la puesta de sol y se dirigían hacia los coches, que habían aparcado a lo largo de la carretera.

Se preguntó cuántos kilómetros habría recorrido en esa playa durante los años que llevaba viviendo en el Instituto. Ocho kilómetros al día todos los días. Y eso sumado a un mínimo de tres horas en la sala de entrenamiento. La mitad de las cicatrices que Emma tenía por todo el cuerpo se las había hecho ella misma aprendiendo a caer desde las vigas más altas, entrenándose para luchar a pesar del dolor, practicando descalza... sobre cristales rotos.

La peor la tenía en el antebrazo, y también se la había hecho ella, en cierto sentido. Fue con *Cortana* el día que habían muerto sus padres. Julian le había puesto la espada en los brazos y ella la había acunado entre la sangre y el dolor, llorando mientras el filo le rasgaba la piel. Le había dejado una larga línea blanca en el brazo, y a veces hacía que le diera un poco de vergüenza llevar vestidos sin mangas o camisetas de tirantes. Se preguntaba si incluso otros cazadores de sombras se le habrían quedado mirando esa cicatriz, y pensarían en cómo se la habría hecho.

Aunque Julian nunca se quedaba mirando.

Se irguió. Desde la orilla podía ver el Instituto, de vidrio y piedra, en lo alto de la colina que daba a la playa. Veía la mansarda del desván de Arthur, incluso la oscura ventana de su propio dormitorio. Ese día había dormido allí, inquieta, soñando sobre el mundano muerto, los escritos sobre su cuerpo, los que habían encontrado sobre los de sus padres. Trató de imaginarse visualmente qué haría cuando descubriera quién los había matado. Ninguna cantidad de dolor físico que pudiera infligirle podría compensar todo lo que había perdido.

Julian también había salido en el sueño. No recordaba muy bien qué había soñado, pero se había despertado con una clara imagen suya en la cabeza: el alto y esbelto Jules, con los rizos castaño oscuro y los brillantes ojos verde azulado. Las largas pestañas y la piel blanca, el modo en que se mordisqueaba las uñas cuando se hallaba bajo presión, su seguridad al manejar las armas, aún mayor con pinceles y pinturas.

Julian, que volvía a casa al día siguiente. Julian, que entendería exactamente cómo se sentía, que sabía cuánto tiempo llevaba esperando encontrar alguna pista sobre la muerte de sus padres. Y que ahora que había encontrado una, de repente, el mundo parecía lleno de posibilidades inquietantemente inminentes. Recordó lo que Jem, el antiguo Hermano Silencioso que había realizado su ceremonia de *parabatai* había dicho sobre lo que Julian era para ella; había una expresión que los definía en

su China natal: *zhi yin*, «el que entiende tu música».

Emma era incapaz de arrancarle ni una nota a cualquier instrumento, pero Julian entendía su música. Incluso la de su venganza.

Se aproximaban nubes oscuras por el horizonte. Iba a llover. Emma trató de sacarse a Jules de la cabeza y comenzó a correr de nuevo, subiendo por la carretera sin asfaltar que daba al Instituto. Cerca de allí, redujo la marcha para observar. Un hombre bajaba por la escalera. Era alto y delgado, y vestía un largo abrigo del color de las plumas del cuervo. Tenía el cabello casi gris. Siempre vestía de negro, y Emma sospechaba que de ahí le venía el nombre^[1]. No era un brujo, aunque tuviera nombre de brujo. Johnny Rook era otra cosa.

Él la vio y abrió sorprendido sus ojos del color del barro. Emma pegó una carrera y le cortó el paso antes de que él pudiera doblar la esquina de la casa y alejarse de ella.

Se paró derrapando y le cerró el paso.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Johnny miró a un lado y a otro con sus extraños ojos, buscando una ruta de escape.

—Nada. Solo pasaba...

—¿Le has dicho algo a Diana de que voy al Mercado de Sombras? Porque si es así...

Johnny se irguió. Había algo raro en su cara, además de los ojos; la tenía como un poco desfigurada, como si algo terrible le hubiera ocurrido en la juventud, algo que le había dejado arrugas en la piel como cicatrices marcadas a cuchillo.

—No eres la directora del Instituto, Emma Carstairs —replicó él—. La información que te di era buena.

—¡Dijiste que tendrías la boca cerrada!

—Emma. —Su nombre pronunciado con firmeza y precisión.

Se volvió lentamente, temerosa, y vio a Diana observándola desde lo alto de la escalera, con el viento azotándole el rizado cabello. Llevaba otro vestido largo y elegante que la hacía alta e imponente. También parecía muy furiosa.

—Supongo que has recibido mis mensajes —dijo. Diana no reaccionó.

—Deja en paz al señor Rook. Tenemos que hablar. Quiero verte en mi despacho exactamente en diez minutos.

Diana volvió a entrar en el Instituto. Emma lanzó a Rook una mirada asesina.

—Se supone que los negocios contigo son secretos —soltó mientras le clavaba el índice en el pecho—. Quizá no me prometieras tener la boca cerrada, pero ambos sabemos que eso es lo que se requiere de ti; lo que se espera.

—No me das miedo, Emma —repuso él con una sonrisita jugándole en los labios.

—Pues quizá debería.

—Eso es lo curioso de vosotros, los nefilim —manifestó Rook—. Conocéis el submundo, pero no vivís en él. —Le acercó los labios a la oreja, demasiado para el

gusto de Emma. Su aliento le erizó los pelos de la nuca—. Hay cosas en este mundo que dan mucho más miedo que tú, Emma Carstairs.

Emma se apartó de él, dio media vuelta y subió corriendo la escalera del Instituto.

Diez minutos después, Emma estaba ante el escritorio de Diana. El cabello, aún mojado de la ducha, goteaba sobre el suelo pulido.

Aunque Diana no vivía en el Instituto, tenía un despacho allí, una cómoda sala en una esquina de la casa con vistas a las montañas. Emma las veía alzarse contra el atardecer, azuladas por los matorrales de salvia costera. Había comenzado a llover y las gotas se deslizaban por las ventanas.

El despacho no tenía mucha decoración. En el escritorio había una fotografía de un hombre alto rodeando con el brazo a una niña que se parecía a Diana a pesar de su corta edad. Estaban ante una tienda con un cartel que decía: «LA FLECHA DE DIANA».

Había flores en el alféizar, colocadas allí por ella misma para alegrar la habitación. Cruzó los brazos sobre el escritorio y miró fijamente a Emma.

—Anoche me mentiste —dijo.

—No es cierto —replicó Emma—, no exactamente. Yo...

—No me digas que fue una omisión, Emma —la cortó Diana—. Sabes que eso no sirve.

—¿Qué te ha contado Johnny Rook? —preguntó, e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho.

La expresión de Diana se ensombreció.

—¿Por qué no me lo dices tú? —repuso—. De hecho, cuéntame qué hiciste y qué castigo mereces. ¿Te parece justo?

Emma cruzó los brazos sobre el pecho, desafiante. No soportaba que la pillaran, y a Diana se le daba muy bien. Diana era lista, lo que a menudo era fantástico, pero no cuando estaba enfadada.

Emma podía explicarle lo que creía que la había hecho enfadar, y así seguramente revelarles más cosas de las que Diana ya sabía, o bien guardar silencio y seguramente hacerla enfurecer más. Se lo pensó un momento.

—Debería ocuparme de una caja con gatitos. Ya sabes lo crueles que son los gatitos, con sus garritas y su terrible actitud.

—Hablando de actitudes terribles... —comenzó Diana. Estaba jugueteando con un lápiz—. Fuiste al Mercado de Sombras contraviniendo unas reglas muy concretas. Hablaste con Johnny Rook. Él te dijo que aparecería un cadáver en Sepulcro que podía tener relación con la muerte de tus padres. No estabas allí por casualidad. No estabas de patrulla.

—Le pagué a Rook para que no dijera nada —masculló Emma—. ¡Confié en él! Diana tiró el lápiz sobre la mesa.

—Emma, a ese tío lo conocen como Rook *el Rufián*. Y lo cierto es que no solo es

un rufián, también está en la lista de personas vigiladas de la Clave porque trabaja con las hadas sin permiso. Cualquier subterráneo o mundano que trabaja en secreto con las hadas tiene vetado hacer negocios con los cazadores de sombras y pierde su protección, ya lo sabes.

Emma echó las manos en alto en un gesto de desacuerdo.

—Pero ¡esa es la gente más útil que hay por ahí! Excluirlos no ayuda a la Clave, ¡es un castigo para los cazadores de sombras!

Diana negó con la cabeza.

—Las reglas son las reglas por una razón. Ser cazador de sombras, y bueno, no es solo entrenar catorce horas al día y conocer sesenta y cinco maneras de matar a un hombre con unas pinzas de servir.

—Sesenta y siete —replicó Emma automáticamente—. Diana, lo siento, de verdad. Sobre todo por meter a Cristina en todo esto. Ella no tiene ninguna culpa.

—Ah, eso ya lo sé. —Diana seguía con el cejo fruncido.

Emma continuó.

—Anoche me dijiste que me creías. En lo de que Sebastian no mató a mis padres; en que había algo más ahí. Su muerte no fue solo... que Sebastian pretendía eliminar al Cónclave. Alguien los quería muertos. Su muerte significa algo...

—Todas las muertes significan algo —replicó Diana en tono seco. Se pasó una mano por los ojos—. Anoche hablé con los Hermanos Silenciosos. Me he enterado de lo que saben. Y... Dios, me he intentado convencer de que debería mentirte... Llevo todo el día dándole vueltas...

—Por favor —susurró Emma—. Por favor, no me mientas.

—Pero no puedo. Recuerdo cuando vine aquí y tú eras una niña, solo tenías doce años y estabas destrozada. Lo habías perdido todo. Lo único a lo que podías agarrarte era a Julian y a tu deseo de venganza. Y a tus ganas de que Sebastian no hubiera sido el responsable de la muerte de tus padres, porque de serlo, ¿cómo podrías castigarlo? —Respiró hondo—. Sé que Johnny Rook te dijo que ha habido una serie de asesinatos. Tiene razón. Doce en total, contando el de anoche. El asesino no ha dejado ninguna pista. Ninguna víctima ha sido identificada. Les han roto los dientes, no llevan cartera y les han borrado las huellas dactilares.

—¿Y los Hermanos Silenciosos no sabían nada? ¿La Clave, el Consejo...?

—Lo sabían. Y eso es lo que no te va a gustar. —Diana tamborileó con las uñas sobre el cristal del escritorio—. Varios de los muertos son seres mágicos. Esto lo convierte en un asunto del Escolamántico, los centuriones y los Hermanos Silenciosos, no de los Institutos. Los Hermanos Silenciosos lo sabían todo. La Clave también. No nos lo han dicho a propósito, porque no quieren que nos involucremos.

—¿El Escolamántico?

El Escolamántico era una parte de la historia de los cazadores de sombras renacida. Un frío castillo de torres y corredores excavados en la ladera de una montaña en los Cárpatos. Existía desde hacía siglos, y era el lugar donde la élite de

los cazadores de sombras se entrenaba para combatir la doble amenaza de los demonios y los subterráneos. Había permanecido cerrado desde la firma de los primeros Acuerdos: una muestra de confianza de los cazadores de sombras hacia los subterráneos, con los que habían dejado de estar en guerra.

Pero con la llegada de la Paz Fría lo habían vuelto a abrir y estaba operativo de nuevo. Había que pasar una serie de duras pruebas para ser admitido, y lo que se aprendía en esa escuela no se podía compartir con nadie. A los que se graduaban allí los llamaban «centuriones»: guerreros y eruditos legendarios. Emma nunca había conocido a ninguno en persona.

—Puede que no sea justo, pero es la verdad.

—Pero las marcas... ¿Han reconocido que son las mismas que las de los cuerpos de mis padres?

—No han reconocido nada —contestó Diana—. Han dicho que ellos se ocuparían. Han dicho que no nos inmiscuyamos, que esa orden viene directamente del Consejo.

—¿Los cadáveres —insistió Emma—... se deshicieron cuando fueron a moverlos, como los de mis padres?

—¡Emma! —Diana se puso en pie—. No nos metemos con lo que les pasa a las hadas. Eso es lo que significa la Paz Fría. La Clave no solo nos ha sugerido que no nos inmiscuyamos. Está prohibido involucrarse en cuestiones de hadas. Si desobedeces, puede que haya consecuencias, y no solo para ti, sino también para Julian.

Fue como si Diana hubiera cogido uno de los pesados pisapapeles del escritorio y se lo hubiera tirado a Emma al pecho.

—¿Julian?

—¿Qué es lo que hace todos los años en el aniversario de la Paz Fría?

Emma pensó en Julian, sentado allí, en ese despacho. Año tras año, desde los doce, cuando aún andaba siempre con los codos pelados y los vaqueros rotos, se sentaba pacientemente con papel y pluma y escribía su carta a la Clave, pidiéndoles que permitieran a su hermana Helen regresar de la isla de Wrangel.

La isla de Wrangel era el centro de todas las salvaguardas del mundo, los hechizos que protegían el globo de ciertos demonios desde hacía mil años. También era un pequeño témpano de hielo a miles de kilómetros de distancia, en el Ártico. Después de la declaración de la Paz Fría, habían enviado allí a Helen; la Clave aseguró que era para que estudiara las salvaguardas, pero nadie se había creído que fuera otra cosa que un exilio.

Desde entonces se le había permitido hacer unas cuantas visitas a casa, incluida la que había hecho a Idris para casarse con Aline Penhallow, la hija de la Cónsul. Pero ni siquiera esa importante relación la podía liberar. Todos los años Julian escribía, y todos los años se le denegaba la petición.

Diana habló en un tono más suave.

—Todos los años la Clave dice que no porque la lealtad de Helen podría estar con los seres mágicos. ¿Qué crees que pensarán si nos ponemos a investigar los asesinatos de hadas en contra de sus órdenes? ¿Cómo crees que afectará eso a cualquier oportunidad que tenga Helen de que la dejen marcharse de allí?

—Julian querría que yo... —comenzó Emma.

—Julian se cortaría la mano derecha si tú se lo pidieras. Pero eso no significa que debas. —Diana se frotó las sienes como si le dolieran—. La venganza no es de la familia, Emma. No es una amiga, sino una compañera despiadada. —Bajó la mano y se fue hacia la ventana. Volvió la cabeza para mirar a Emma—. ¿Sabes por qué acepté este trabajo, aquí, en el Instituto? Y no me sueltes algo sarcástico.

Emma miró al suelo. Estaba hecho de baldosas azules y blancas alternadas; dentro de las blancas había dibujos: una rosa, un castillo, el campanario de una iglesia, el ala de un ángel, una bandada de pájaros... Todos diferentes.

—Porque estuviste en Alacante durante la Guerra Oscura —contestó Emma con un hilo de voz—. Estabas ahí cuando Julian tuvo que... detener a su padre. Nos viste luchar, y pensaste que éramos valientes y quisiste ayudarnos. Eso es lo que siempre has dicho.

—Cuando era joven alguien me ayudó a convertirme en lo que realmente soy —explicó Diana.

Emma aguzó el oído. Diana hablaba muy pocas veces de su vida. Los Wrayburn habían sido famosos cazadores de sombras durante generaciones, pero Diana era la última. Nunca hablaba de su infancia ni de su familia. Era como si su vida hubiera comenzado cuando se había hecho cargo de la tienda de armas de su padre en Alacante.

—Quería ayudarte a convertirte en quien eres de verdad.

—¿Y quién soy realmente?

—El mejor cazador de sombras de tu generación —contestó Diana—. Entrenas y luchas como nadie. Y eso es exactamente por lo que no quiero ver cómo tiras tu potencial por la borda buscando algo que no te curará las heridas.

«¿Tirar mi potencial por la borda?».

Diana no sabía, no lo entendía. Nadie de su familia había muerto en la Guerra Oscura. Y los padres de Emma tampoco habían muerto luchando; los habían torturado, mutilado y asesinado. Quizá llamándola a ella a gritos en aquellos momentos, cortos o largos o infinitos, entre la vida y la muerte.

Llamaron secamente a la puerta. Se abrió de golpe y apareció Cristina. Llevaba vaqueros y un jersey, y tenía las mejillas sonrosadas, como si le diera vergüenza interrumpir.

—Los Blackthorn —anunció—. Han vuelto a casa.

Emma olvidó por completo lo que había estado a punto de decirle a Diana y se volvió hacia la puerta.

—¿Qué? ¿Se suponía que no venían hasta mañana!

Cristina se encogió de hombros.

—Podría ser otra familia numerosa la que acaba de llegar al vestíbulo a través de un Portal.

Emma se llevó la mano al pecho. Cristina tenía razón. Lo notaba: el tenue dolor que había estado sintiendo tras las costillas desde que Julian se había ido de repente era peor y mejor, menos doloroso, más como una mariposa que agitara las alas frenéticamente en su corazón.

Salió corriendo del despacho y sus pies descalzos repicaron contra la madera pulida del pasillo. Llegó a la escalera y bajó los peldaños de dos en dos, deslizándose por los descansillos. Ya oía algo. Le pareció reconocer la aguda voz de Dru haciendo una pregunta, y la de Livvy contestándole.

Y entonces llegó al balcón del primer piso, el que daba a la entrada. El vestíbulo estaba iluminado como si fuera de día por una miríada de colores ondulantes, restos del Portal al desvanecerse. En el centro de la sala estaban los Blackthorn: Julian destacaba por encima de los mellizos de quince años, Livvy y Ty. Junto a estos se hallaba Drusilla, que llevaba cogido de la mano al más pequeño, Tavvy. Este parecía medio dormido, con la cabeza plagada de rizos apoyada en el brazo de Dru y los ojos cerrados.

—¡Habéis vuelto! —gritó Emma.

Todos la miraron. Los Blackthorn siempre se habían parecido mucho entre ellos. Compartían el mismo cabello ondulado castaño oscuro, del color del chocolate amargo, y los mismos ojos verde azulado. Aunque Ty, con sus ojos grises, su delgadez y el alborotado cabello negro, parecía que se hubiera colado allí desde otra rama del clan.

Dru y Livvy sonreían, y el gesto serio con la cabeza de Ty era lo más parecido a un saludo, pero fue a Julian a quien vio Emma. Notó la runa de *parabatai* palparle en el brazo cuando él la miró.

Bajó corriendo la escalera. Julian estaba inclinado diciéndole algo a Dru. Luego se incorporó y dio varios pasos rápidos hacia Emma; él era todo lo que ella podía ver. No solo como en ese momento, avanzando sobre el suelo con el dibujo del Ángel, sino entregándole los cuchillos serafines a los que él había dado nombre; pasándole la manta cuando hacía frío en el coche; frente a ella en la Ciudad Silenciosa, con la llama de un fuego blanco y dorado alzándose entre ambos mientras intercambiaban sus votos de *parabatai*.

Se encontraron en medio del recibidor, y ella lo abrazó.

—Jules —dijo, pero el sonido de su voz quedó apagado contra el hombro de Julian, que le devolvía el abrazo.

Emma oyó los votos de *parabatai* en su cabeza mientras respiraba el familiar olor de Julian: clavo, jabón, sal.

«Allí adonde tú vayas, yo iré».

Por un momento, él la estrechó con tal fuerza que Emma casi no pudo respirar.

Luego la soltó y dio un paso atrás.

Emma casi perdió el equilibrio. No se había esperado ni que la abrazara con tanta fuerza ni que se apartara tan deprisa.

Además, Julian parecía un poco distinto. Emma no acababa de saber por qué.

—Creía que regresabais mañana —le dijo.

Intentó mirar a Julian a los ojos para que él le devolviera la sonrisa de bienvenida. Pero él observaba a sus hermanos como si los contara, para asegurarse de que estaban todos allí.

—Malcolm se ha presentado antes de tiempo —le contestó, volviendo la mirada hacia ella—. De repente apareció en la cocina de la tía abuela Marjorie en pijama. Dijo que se había olvidado de la diferencia horaria. Mi tía casi echa la casa abajo con sus gritos.

Emma sintió que se le aliviaba la tensión en el pecho. Malcolm Fade, el líder de los brujos de Los Ángeles, era un amigo de la familia, y su excentricidad era motivo de diversión entre Julian y ella.

—Luego, accidentalmente, nos transportó a Londres en vez de aquí —explicó Livvy, que corría a abrazar a Emma—. Y tuvimos que buscar a alguien que nos abriera otro Portal... ¡Diana!

Livvy se soltó de Emma y fue a saludar a su instructora. Por un momento todo fue un alboroto de saludos, preguntas, holas y abrazos. Tavvy se había despertado y se movía somnoliento, tirando de la manga a la gente para llamar su atención. Emma le alborotó el pelo.

«Tu gente será mi gente».

Cuando se convirtieron en *parabatai*, la familia de Julian había pasado a ser también la de Emma. En ese sentido era casi como el matrimonio.

Emma miró a Julian. Este observaba a su familia con expresión concentrada. Como si hubiera olvidado que ella estaba allí. Y en ese momento algo pareció reaccionar en la cabeza de Emma, y de repente se le presentó todo un catálogo de en qué le parecía que Julian había cambiado.

Este siempre llevaba el pelo corto y práctico, pero debía de haberse olvidado de cortárselo mientras estaba en Inglaterra: le había crecido y en ese momento mostraba los espesos y abundantes rizos de los Blackthorn. Las puntas le llegaban por debajo de las orejas. Estaba bronceado, y no era que Emma no recordase el color de sus ojos, sin embargo le parecía que eran a la vez más brillantes y más oscuros, el verde azulado intenso del océano a mil metros de la superficie. También le había cambiado la forma de la cara; los rasgos eran más maduros y habían perdido la suavidad de la infancia. Tenía el mentón más afilado, que culminaba en una barbilla un poco puntiaguda, y bajo el cuello de la camiseta se le revelaba la forma alada de la clavícula.

Emma apartó la mirada. Se sorprendió al notar que el corazón le latía acelerado, como si estuviera nerviosa. Aturullada, se arrodilló para abrazar a Tavvy.

—Has perdido unos dientes —le dijo cuando él le sonrió—. Qué descuidado.

—Dru me dijo que las hadas te roban los dientes cuando duermes —replicó Tavvy.

—Eso es porque fue lo que yo le dije cuando le pasó a ella —respondió Emma mientras se ponía en pie. Notó una ligera presión en el brazo.

Era Julian. Con el dedo había comenzado a trazarle palabras sobre la piel. Era algo que llevaban toda la vida haciendo, desde que descubrieron que necesitaban un método silencioso para comunicarse durante las aburridas sesiones de estudio o cuando estaban con los adultos.

«¿E-S-T-Á-S-B-I-E-N?».

Ella asintió. Julian la miraba con una ligera preocupación, lo que era un alivio. Le resultaba familiar. ¿De verdad estaba tan cambiado? Estaba menos delgado y más musculoso, pero aun así seguía esbelto. Se parecía a los nadadores a los que ella siempre había admirado por su sobria belleza. Continuaba llevando la misma pulsera de cuero, conchas y vidrio de mar alrededor de la muñeca. Aún tenía manchas de pintura en las manos. Continuaba siendo Julian.

—Estáis todos morenos —comentaba Diana—. ¿Cómo es que estáis tan morenos? ¡Pensaba que en Inglaterra llovía todo el rato!

—Yo no estoy moreno —afirmó Tiberius.

Y era cierto: él no lo estaba. Ty detestaba el sol. Cuando iban todos a la playa, a él se lo podía encontrar bajo un enorme parasol, leyendo alguna historia de detectives.

—La tía abuela Marjorie nos hacía entrenar fuera todo el día —explicó Livvy—. Bueno, menos a Tavvy. A él lo dejaba quedarse dentro y lo atiborraba de mermelada de moras.

—Tiberius se escondía —añadió Drusilla—. En el pajar.

—No me escondía —replicó Ty—. Era una retirada estratégica.

—Era esconderse —insistió Dru mientras se le iba marcando el ceño en el rostro ovalado. Las trenzas le salían disparadas una por cada lado de la cabeza como a Pippi Calzaslargas. Emma le dio un tirón a una de ellas con cariño.

—No discutas con tu hermano —dijo Julian, y se volvió hacia Ty—. No discutas con tu hermana. Los dos estáis cansados.

—¿Y qué tiene que ver el estar cansado con el no discutir? —preguntó Ty.

—Julian quiere decir que deberíais estar todos durmiendo —explicó Diana.

—Solo son las ocho —protestó Emma—. ¡Si acaban de llegar!

Diana señaló a Tavvy, que estaba acurrucado en el suelo durmiendo bajo el inclinado haz de luz de una lámpara, como un gato.

—En Inglaterra es mucho más tarde.

Livvy cogió a Tavvy en brazos con suavidad. La cabeza del pequeño le cayó sobre el cuello.

—Lo meteré en la cama.

Julian y Diana intercambiaron una rápida mirada.

—Gracias, Livvy —dijo él—. Iré a decirle al tío Arthur que hemos llegado bien. —Miró a su alrededor y suspiró—. Ya nos encargaremos del equipaje por la mañana. Ahora todo el mundo a dormir.

Livvy gruñó algo, pero Emma no entendió bien lo que decía. Se sentía confundida; más que confundida. Aunque Julian había respondido a sus mensajes y sus llamadas con escuetas misivas neutras, nada la había preparado para un Julian que parecía tan diferente. Quería que la mirara como siempre, con la sonrisa que parecía reservada exclusivamente a su relación.

Diana les estaba dando las buenas noches mientras recogía las llaves y el bolso. Aprovechando esa distracción, Emma le trazó unas letras en la piel a Julian con suavidad.

«T-E-N-G-O-Q-U-E-H-A-B-L-A-R-C-O-N-T-I-G-O», escribió.

Sin mirarla, Julian bajó la mano y escribió sobre su antebrazo:

«¿S-O-B-R-E-Q-U-É?».

La puerta del recibidor se abrió y volvió a cerrarse tras salir Diana, dejando entrar una fría ráfaga de viento y lluvia. El agua le salpicó el rostro a Emma cuando se volvió para mirar a Julian.

—Es importante —le dijo. Y se preguntó si le habría parecido ridícula. Nunca antes le había tenido que indicar que algo era importante. Si le decía que quería hablar con él, Julian ya sabía que iba en serio—. Es que... —Bajó la voz—. Ven a mi habitación después de ver a Arthur.

Él vaciló un momento. Los cristales y las conchas de su brazaletes tintinearono cuando se apartó el cabello del rostro. Livvy ya estaba subiendo la escalera con Tavvy en brazos y todos los demás detrás. Al instante, Emma comenzó a reprocharse su enfado. Jules estaba exhausto, evidentemente. Eso era todo.

—A no ser que estés demasiado cansado —añadió.

Él negó con la cabeza; su expresión era inescrutable, y Emma siempre había sido capaz de leer en su rostro.

—Iré —afirmó, y luego le puso una mano en el hombro. Un gesto de lo más normal. Como si no hubieran estado separados dos meses—. Me alegro de volver a verte —dijo, y se dirigió hacia la escalera detrás de Livvy.

Claro que tenía que ir a ver a Arthur, pensó Emma. Alguien tenía que contarle a su excéntrico tutor que los Blackthorn habían regresado. Y claro que estaba cansado. Y claro que parecía diferente: eso sucedía cuando hacía tiempo que no veías a alguien. Podría pasar un día o dos antes de que todo volviera a ser como antes: cómodo, firme, seguro.

Se puso una mano en el pecho. Aunque el dolor que había sentido mientras Julian estaba en Inglaterra, esa sensación como de una goma tensa que tanto odiaba, había desaparecido, notaba un nuevo y extraño dolor junto al corazón.

3

NO LUCE LA LUNA SIN TRAERME SUEÑOS

El desván del Instituto estaba tenuemente iluminado. Había dos tragaluces en el techo, pero el tío Arthur los había cubierto con papel de estraza cuando había subido sus libros y papeles a esa habitación, diciendo que le preocupaba que el sol dañara los delicados instrumentos de sus estudios.

Arthur y su hermano Andrew, el padre de Julian, habían tenido unos padres obsesionados con la época clásica: el griego y el latín antiguo, los cantos a los héroes, la mitología y la historia de Grecia y Roma.

Julian había crecido con los relatos de la *Ilíada* y la *Odisea*, con los Argonautas y la *Eneida*, con historias de hombres y monstruos, dioses y héroes. Pero mientras que Andrew solo había mantenido el cariño por los clásicos, un cariño que alcanzaba, sin duda, a dar a todos sus hijos nombres de emperadores y reinas (Julian aún agradecía a su madre que lo hubieran llamado así y no Julius, como quería su padre), Arthur estaba obsesionado.

Se había llevado cientos de libros desde Inglaterra, y en los años que habían pasado, el desván había quedado atestado con muchísimos más. Estaban ordenados según un sistema de clasificación que solo Arthur entendía: la *Antígona* de Sófocles apoyada en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides; monografías esparcidas y libros con la cubierta arrancada, las páginas colocadas cuidadosamente sobre diferentes superficies. Había no menos de seis escritorios en la sala: cuando uno quedaba demasiado cubierto de papeles, trozos de cerámicas y de estatuas rotas, el tío Arthur compraba otro.

Ahora se hallaba sentado a uno cerca de la pared oeste de la sala. A través de un roto en el papel de estraza que cubría la ventana que había junto a él, Julian captó un destello del azul del océano. Arthur llevaba remangado el viejo jersey. Bajo el borde de los deshilachados chinos, tenía los pies metidos en unas zapatillas roñosas. El bastón, que usaba muy pocas veces, se encontraba apoyado contra la pared.

—Aquiles tenía una forminge —estaba mascullando— con la cruz de plata; Hércules aprendió a tocar la cítara. Ambos instrumentos han sido traducidos como «lira», pero ¿eran realmente iguales? Y si lo eran, ¿por qué emplearon palabras diferentes para describirlos?

—Hola, tío —lo saludó Julian. Alzó la bandeja en la que había colocado una cena preparada en un momento—. Ya hemos vuelto.

Arthur se volvió lentamente, como un viejo perro inclinando la cabeza con cautela al oír un grito.

—Andrew, me alegro de verte —dijo—. Estaba reflexionando sobre los ideales griegos del amor. *Agape*, claro, el amor más elevado, el amor que sienten los dioses. Luego *eros*, el amor romántico; *filia*, el amor de los amigos, y *storge*, el amor de la familia. ¿Cuál dirías que es el del *parabatai*? ¿Se acerca más a *filia* o a *agape*..., estando *eros*, naturalmente, prohibido? Y en tal caso, ¿se nos ha dado el don de algo, como nefilim, que los mundanos nunca podrán entender? Y entonces ¿cómo es que lo conocían los griegos? Una paradoja, Andrew...

Julian soltó aire. Lo último que quería era hablar de la clase de amor que los *parabatai* sentían el uno por el otro. Y tampoco quería que lo llamaran por el nombre de su padre. Deseó estar en otra parte, en cualquier otro lugar menos ahí, pero de todas formas se acercó a donde la luz era más fuerte, a donde su tío pudiera verle la cara.

—Soy Julian. He dicho que ya hemos vuelto. Todos. Tavvy, Dru, los mellizos...

Arthur lo miró con unos ojos verde azulado en los que se veía el desconcierto, y Julian luchó por que no se le cayera el corazón a los pies. No había querido subir allí; prefería irse con Emma. Pero por el último mensaje de fuego que había recibido de Diana sabía que era necesario que subiera al desván en cuanto llegase.

Siempre había sido su tarea. Siempre lo sería.

Dejó la bandeja sobre el escritorio con cuidado de no tocar las pilas de papeles. Junto al codo de Arthur había un montón de correo por enviar y de notas de patrulla garabateadas. El montón no era enorme, pero tampoco había menguado tanto como Julian había esperado.

—Te he traído algo de cenar.

Arthur miró la bandeja de la comida frunciendo el cejo, como si fuera un objeto distante apenas perceptible a través de la niebla. Era un plato de sopa, recalentada rápidamente en la cocina y que se estaba volviendo a enfriar con la fresca temperatura del desván. Julian había envuelto los cubiertos con una servilleta y colocado una cesta de pan en la bandeja, aunque sabía que cuando regresara por la mañana para recoger los restos, la comida seguiría casi intacta.

—¿Crees que es una pista? —preguntó el tío Arthur.

—¿Si creo que es una pista el qué?

—La cítara y la forminge. Encajan en el cuadro, pero este es tan grande...

El tío Arthur se echó hacia atrás con un suspiro y miró a la pared que tenía enfrente, donde había, pegados o enganchados con chinchetas, cientos de papelitos cubiertos de una complicada caligrafía.

—La vida es corta y la sabiduría lenta de ganar —susurró.

—La vida no es tan corta —replicó Julian—. O al menos no tiene por qué serlo.

Pero supuso que sí lo había sido para sus padres. A menudo lo era para los cazadores de sombras. Pero ¿qué podría hacerle daño a Arthur, recluido en su desván? Probablemente viviría más que todos ellos.

Pensó en Emma, en los riesgos que corría; en las cicatrices de su cuerpo, que él

había visto cuando nadaban o entrenaban. Lo llevaba en la sangre, la sangre de los cazadores de sombras que habían arriesgado la vida durante generaciones, que vivían del oxígeno que les proporcionaban la adrenalina y la lucha. Pero apartó la idea de Emma muriendo como sus padres; no era un pensamiento que pudiera soportar.

—Ningún hombre bajo el cielo vive dos veces —murmuró Arthur, probablemente entresacando esta cita de algún texto antiguo. Lo solía hacer.

Había bajado la vista al escritorio y parecía perdido en sus pensamientos. Julian recordó el suelo del desván cubierto de las huellas ensangrentadas de las manos de Arthur. Fue la primera noche que llamó a Malcolm Fade.

—Si tienes todo lo que necesitas, tío... —dijo Julian mientras comenzaba a alejarse.

Arthur levantó la cabeza de golpe. Por un momento su mirada fue clara y centrada.

—Eres un buen chico —le dijo a Julian—. Pero al final no te va a servir de nada.

Julian se quedó parado.

—¿Qué?

Pero Arthur ya había vuelto a perderse entre sus papeles.

Julian bajó la escalera del desván, que crujió como siempre bajo su peso. El Instituto de Los Ángeles no era especialmente viejo, sin duda no tan antiguo como otros Institutos, pero algo hacía que el desván pareciera viejísimo, polvoriento y separado del resto del edificio.

Llegó a la puerta que había al pie de la escalera. Se apoyó un momento contra la pared, en la penumbra y el silencio.

El silencio era algo de lo que disfrutaba raramente, a no ser que estuviera durmiendo. Por lo general estaba rodeado del constante parloteo de sus hermanos. Siempre los tenía a su alrededor, exigiéndole su atención, buscando su ayuda.

También pensó en la casita de Inglaterra, el tranquilo zumbido de las abejas en el jardín, el susurro de los árboles. Todo verde y azul, tan diferente del desierto, con sus marrones secos y sus dorados marchitos. No había querido separarse de Emma, pero al mismo tiempo pensó que le iría bien. Como un adicto alejándose de la fuente de su adicción.

Ya bastaba. Había cosas en las que no valía la pena pensar. En la oscuridad y las sombras, donde moraban los secretos, era donde Julian sobrevivía. Llevaba años haciéndolo.

Respiró hondo y salió al pasillo.

Emma estaba de pie en la playa. No había nadie más; estaba totalmente desierta. Vastas extensiones de arena se extendían a ambos lados, los minúsculos granos de mica relucían obedientes bajo el sol cubierto de nubes.

El océano estaba ante ella. Era hermoso y letal como las criaturas que vivían en

él: los grandes tiburones blancos con sus ásperos y pálidos costados; las ballenas asesinas a rayas blancas y negras, como las tumbonas de jardín eduardianas. Emma miró al océano y sintió lo mismo que siempre: una mezcla de anhelo y terror; un deseo de tirarse al gran frío azul que era como el de conducir demasiado rápido, saltar demasiado alto, lanzarse a la batalla sin armas.

Thanatos lo habría llamado Arthur. El anhelo del corazón por la muerte.

El océano lanzó un gran grito, como el de un animal, y comenzó a retroceder. Se alejó rápidamente de ella, dejando atrás peces moribundos, montones de algas, los restos de barcos hundidos, los detritos del fondo del mar. Emma sabía que debía alejarse a todo correr, pero se quedó paralizada mientras el agua se alzaba como una torre, un muro enorme con límites claros; podía ver delfines indefensos y tiburones sacudiéndose atrapados en las bullentes aguas. Gritó y cayó de rodillas al ver los cuerpos de sus padres, aprisionados en la creciente torre de agua como si estuvieran atrapados en un enorme ataúd de cristal; su madre inerte y ondeante; su padre extendiendo la mano a través de la espuma y el bullir de las olas...

Emma se sentó de golpe y fue a coger a *Cortana*, que estaba sobre la mesilla de noche. Pero la espada se le resbaló de la mano y resonó contra el suelo. Buscó la lámpara y la encendió.

Una cálida luz amarilla llenó el dormitorio. Emma miró a su alrededor, parpadeando. Se había dormido con el pijama puesto, pero encima de la colcha.

Sacó las piernas de la cama mientras se frotaba los ojos. Se había tumbado para esperar a Jules, con la puerta del armario empotrado abierta y la luz de dentro encendida.

Había querido enseñarle las fotos nuevas. Había querido contárselo todo, oír su voz: tranquilizadora, familiar, cariñosa. Oírlo ayudarla a decidir su siguiente paso.

Pero Julian no había aparecido.

Se puso en pie y cogió un jersey del respaldo de una silla. Una rápida mirada al reloj le dijo que eran casi las tres de la mañana. Hizo una mueca dolorida y salió al pasillo.

Estaba oscuro y silencioso. Fue hasta la otra ala de la casa, donde se hallaban los dormitorios de los Blackthorn. No se veían rayitas de luz bajo las puertas, lo que indicaba que todos los demás dormían. Siguió hasta llegar al dormitorio de Julian, abrió la puerta y se metió dentro.

No se esperaba del todo encontrárselo allí. Había pensado que tal vez hubiera ido a su estudio, sin duda echaría de menos pintar, pero lo vio tirado encima de la cama, dormido.

En el cuarto había más luz que en el pasillo. Por la ventana se veía la luna sobre las montañas, y su blanca iluminación perfilaba en plata todo lo que había en la habitación. Los rizos de Julian eran una mancha oscura sobre la almohada. Las pestañas, totalmente negras, descansaban en sus mejillas, finas y suaves como polvo de hollín.

Tenía un brazo bajo la cabeza y se le había levantado la camiseta. Emma apartó la mirada de la piel desnuda que se mostraba bajo el borde de la tela y subió a la cama para tocarle el hombro.

—Julian —lo llamó en voz baja—. Jules.

Él se removió y fue abriendo los ojos lentamente. Bajo la luz de la luna parecían tan plateados como los de Ty.

—Emma —dijo él con una voz espesa por el sueño.

«Pensaba que vendrías a mi cuarto», quiso decirle Emma, pero no pudo: Julian parecía tan cansado que se le derritió el corazón. Fue a apartarle el pelo de los ojos, se detuvo y luego, en vez de eso, le puso la mano sobre el hombro. Él se había vuelto de lado, y Emma reconoció la gastada camiseta y los pantalones de deporte que llevaba.

A Julian se le estaban volviendo a cerrar los ojos.

—Jules —le preguntó ella impulsivamente—. ¿Puedo quedarme?

Era su código, la versión resumida de una petición más larga: «Quédate y hazme olvidar las pesadillas. Quédate y duerme a mi lado. Quédate y aleja los malos sueños, los recuerdos de la sangre, de los padres muertos, de los Guerreros Oscurecidos con ojos sin vida como negro carbón».

Esa petición la habían hecho ambos más de una vez. Desde que eran pequeños, se habían metido en la cama del otro para dormir. Una vez, Emma se había imaginado que sus sueños se mezclaban mientras ambos se iban dejando llevar por la somnolencia, compartiendo trocitos del mundo durmiente del otro. Era una de las cosas de ser *parabatai*, era como una magia a la que ella siempre había querido acceder: en cierto modo, significaba que nunca estabas solo. Despierto o dormido, en medio de la batalla o en la calma, tenías a alguien a tu lado, ligado a ti para toda la vida, a tus esperanzas y tu felicidad, un apoyo casi perfecto.

Julian se hizo a un lado con los ojos medio cerrados.

—Quédate —dijo con voz apagada.

Emma se metió bajo las sábanas a su lado. Él le hizo sitio. En el hueco que había formado su cuerpo, las sábanas estaban calientes y olía a clavo y jabón.

Emma seguía temblando. Se acercó a él un poco más y notó el calor que irradiaba su cuerpo. Julian estaba tumbado boca arriba, con un brazo doblado bajo la cabeza y la otra mano sobre la barriga. Sus pulseras relucían bajo la luz de la luna. Ella sabía que la había visto acercarse. La miró y sus ojos destellaron cuando los cerró deliberadamente.

Al instante, su respiración comenzó a relajarse. Estaba dormido, pero Emma se quedó despierta, mirándolo, observando el modo en que le subía y bajaba el pecho al respirar, como un metrónomo.

No se tocaron. Muy pocas veces se tocaban aunque compartieran la cama. De niños se habían peleado por las mantas, habían apilado libros en medio de los dos para resolver algunas disputas sobre quién se estaba metiendo en el lado de quién. Habían aprendido a dormir en el mismo espacio, pero mantenían la distancia de los

libros entre ambos, un recuerdo compartido.

Emma oía el océano rompiendo en la distancia; veía la verde pared de agua alzándose tras sus párpados en el sueño. Pero todo parecía distante, el aterrador estruendo de las olas apagado por la suave respiración de su *parabatai*.

Algún día, tanto Julian como ella se casarían con otras personas. Ya no se podrían meter en la cama del otro. Ya no podrían intercambiar secretos a medianoche. Su intimidad no se rompería, pero tendría que adoptar una nueva forma. Tendrían que aprender a vivir con ello.

Algún día. Pero aún no.

Cuando Emma se despertó, Julian ya no estaba.

Se sentó, medio grogui. Ya había pasado media mañana. Era mucho más tarde de lo que solía levantarse, y la luz teñía el dormitorio de un tono rosa dorado. Las sábanas y las mantas de color azul marino de Julian estaban hechas un lío a los pies de la cama. Cuando Emma puso la mano sobre su almohada notó que seguía caliente: habría acabado de levantarse.

Dejó de lado la inquietud que le producía que se hubiera ido sin decirle nada. Sin duda no había querido despertarla; Julian siempre había dormido mal, y el cambio horario no debía de haberle hecho ningún favor. Mientras se decía que no era para tanto, volvió a su dormitorio, se cambió el pijama por unos *leggings* y una camiseta, y se calzó unas chanclas.

En circunstancias normales, primero habría ido a buscar a Julian a su estudio, pero echando una mirada a través de la ventana vio que era un luminoso día de verano. El cielo estaba marcado por finas pinceladas de nubes. El mar relucía y su superficie estaba salpicada de bailoteantes puntos dorados. En la distancia, Emma distinguió los puntos negros de los surfistas en equilibrio sobre las olas.

Sabía que Julian había echado de menos el océano; lo sabía por los mensajes, breves y poco frecuentes, que le había enviado mientras estaba en Inglaterra. Abandonó el Instituto y tomó el camino que llevaba a la autovía; luego la cruzó corriendo, esquivando furgonetas de surfers y convertibles de lujo de camino a Nobu.

Julian estaba exactamente donde ella había pensado que estaría: en la playa, de cara al mar y al sol, con el aire salado alborotándole el cabello y sacudiéndole la camiseta. Emma se preguntó cuánto rato llevaría de pie allí, con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Dio un paso vacilante hacia él sobre la húmeda arena.

—¿Jules?

Este se volvió. Por un momento pareció deslumbrado, como si mirara hacia el sol, pero el astro rey ya estaba en su cénit. Emma notaba su calor en la espalda.

Julian sonrió. El alivio la recorrió como una ola. Era la sonrisa del Julian de siempre, la que le iluminaba la cara. Emma trotó hasta la orilla; estaba subiendo la

marea y el agua se deslizaba sobre la arena hasta la punta de los zapatos del chico.

—Has madrugado —comentó Emma mientras avanzaba hacia él salpicando al andar. El agua formaba caminos plateados al adentrarse en la arena.

—Es casi mediodía —contestó Julian. Su voz sonaba como siempre, pero Emma aún lo veía diferente, curiosamente diferente: la forma del rostro, los hombros bajo la camiseta—. ¿De qué querías hablarme?

—¿Qué? —La había pillado desprevenida, tanto por las diferencias que notaba en él como por lo súbito de la pregunta.

—Anoche —contestó él—. Me dijiste que querías hablar conmigo. ¿Te parece buen momento ahora?

—Sí. —Emma miró a las gaviotas que revoloteaban sobre ellos—. Sentémonos. No quiero que se me lleve la marea al subir.

Se sentaron un poco más arriba, donde el sol había calentado la arena. Emma se quitó las chanclas y hundió los pies en ella, disfrutando de la sensación granulosa. Julian se echó a reír.

Ella lo miró de reojo.

—¿Qué pasa?

—Tú y la playa —contestó—. Te encanta la arena, pero no soportas el agua.

—Ya lo sé —repuso Emma, y lo miró abriendo mucho los ojos—. ¿No te parece irónico?

—No es irónico. La ironía es el resultado inesperado de una situación esperada. Esto es solo una de tus manías.

—Me has impresionado —replicó Emma mientras sacaba el móvil—. Estoy impresionada.

—Pillo el sarcasmo —dijo él, y le cogió el móvil con la mano derecha.

En la pantalla aparecieron las fotos que Cristina había hecho la noche anterior. Mientras él las miraba, Emma le explicó que había ido a Sepulcro siguiendo una pista de Johnny Rook, que se había topado con un cadáver, que Diana la había reñido después de que Rook se pasara por el Instituto. Mientras hablaba se fue relajando, y la sensación de extrañeza que le había producido Julian fue desapareciendo. Eso era lo normal, así era como siempre había sido: hablando, escuchando, trabajando como *parabatai*.

—Sé que es la misma escritura, las mismas marcas —concluyó—. No se me ha ido la olla, ¿verdad?

Julian la miró.

—No —contestó—. Pero Diana piensa que si investigas esto afectará a la decisión de la Clave sobre la vuelta de Helen, ¿no?

—Sí. —Emma dudó un momento y luego le cogió la mano. La pulsera de vidrios y conchas que él llevaba en la muñeca izquierda tintineó armoniosamente. Emma notó los dedos callosos, que conocía tan bien como el mapa de su propio dormitorio—. Nunca haría nada que pudiera perjudicar a Helen, ni a Mark, ni a ti —aseguró—.

Si crees que Diana tiene razón, no haré... —Tragó saliva—. No seguiré adelante.

Julian miró sus dedos entrelazados. Estaba quieto, pero una vena se le había disparado en la base del cuello; ella la veía latir con fuerza. Debía de haber sido la mención de su hermana.

—Han pasado cinco años —contestó él, y apartó la mano. No la soltó con brusquedad, solo la deslizó fuera de la de ella mientras se volvía hacia el mar. Un movimiento completamente natural que, sin embargo, hizo que se sintiera incómoda—. La Clave no ha cedido en lo de dejar a Helen volver a casa. No ha cedido en lo de buscar a Mark. Y tampoco en lo de considerar que tal vez tus padres no fueran asesinados por Sebastian. No parece justo sacrificar la posibilidad de descubrir qué le pasó a tu familia por una esperanza inútil.

—No digas que es inútil, Jules...

—También existe otra manera de pensar en esto —continuó él interrumpiéndola, y Emma casi podía ver las ruedas girándole dentro de la cabeza—. Si resolvieras el caso, si lo resolviéramos, la Clave estaría en deuda con nosotros. Yo te creo cuando dices que quien fuera que mató a tus padres no era Sebastian Morgenstern. Estamos buscando demonios o alguna otra fuerza que tiene el poder de asesinar a cazadores de sombras y no pagar por ello. Si derrotáramos a algo así...

A Emma comenzaba a dolerle la cabeza. La goma con la que se sujetaba la coleta estaba muy apretada. Se la soltó un poco.

—Entonces nos darían un trato especial, ¿te refieres a eso? ¿Porque todo el mundo se fijaría y estarían pendientes de nosotros?

—Tendrían que hacerlo —afirmó Julian—. Y podríamos asegurarnos de que todos lo supieran. —Vaciló un momento—. Tenemos buenos contactos.

—No te refieres a Jem, ¿verdad? —preguntó Emma—. Porque no sé cómo localizarlo.

—No hablo de Jem y Tessa.

—Entonces, Clary y Jace —concluyó Emma.

Jace Herondale y Clary Fairchild dirigían el Instituto de Nueva York. Eran unos de los cazadores de sombras más jóvenes en ostentar esa posición. Emma era amiga de Clary desde hacía cinco años, cuando esta la había seguido fuera de la Sala del Consejo en Idris, la única persona de la Clave, al parecer, a la que le importaba que hubiera perdido a sus padres.

Jace era probablemente el mejor cazador de sombras de la historia en cuanto a habilidad para combatir. Clary había nacido con un don diferente: podía crear runas. Algo que ningún otro cazador de sombras había podido hacer nunca. Aunque una vez le había explicado a Emma que no podía crear runas a voluntad, sino que le venían a la mente de forma inesperada. A lo largo de esos años había añadido varias runas muy útiles al *Libro Gris*: una para respirar bajo el agua, otra para correr largas distancias y otra más para el control de la natalidad, que había causado bastante controversia, pero que rápidamente se había convertido en la runa más empleada de

todo el léxico.

Todo el mundo conocía a Jace y a Clary. Solía pasar cuando salvabas el mundo. Para la mayoría, eran héroes; para Emma, eran quienes la habían cogido de la mano en los momentos más oscuros de su vida.

—Sí. —Julian se frotó la nuca. Parecía cansado. La piel bajo los ojos le brillaba un poco, como si la tuviera tensa de agotamiento. Se mordisqueaba los labios, como hacía siempre que estaba nervioso o preocupado—. Quiero decir que los nombraron directores del Instituto a pesar de ser muy jóvenes. Y mira lo que la Clave hizo por Simon, y por Magnus y Alec. Cuando eres un héroe, hacen mucho por ti. —Julian se puso en pie, y Emma se levantó con él mientras se soltaba la coleta. El pelo le cayó libre en grandes ondas sobre los hombros y la espalda. Julian la miró un segundo y apartó la vista.

—Jules... —comenzó ella.

Pero él ya estaba alejándose hacia la carretera.

Emma se puso las chanclas y lo alcanzó donde se acababa la arena y comenzaba el asfalto.

—¿Va todo bien?

—Claro. Toma, perdona. Me había olvidado de devolvértelo. —Le pasó el móvil—. Mira, la Clave hace las reglas. Y viven según esas reglas. Pero eso no significa que, con la presión adecuada, no puedan cambiarse.

—Ahora estás siendo críptico.

Julian sonrió y le aparecieron arruguitas en el rabillo de los ojos.

—No les gusta que cazadores de sombras tan jóvenes como nosotros se metan en cosas serias. Nunca les ha gustado. Pero Jace, Clary, Alec e Isabelle salvaron el mundo cuando tenían nuestra edad. Y por eso les concedieron honores. Conclusión: eso es lo que les hace cambiar de idea.

Habían llegado a la autovía. Emma alzó la mirada hacia las colinas. El Instituto se asentaba en un risco no muy alto sobre la carretera costera.

—Julian Blackthorn —soltó Emma mientras cruzaban la autovía—. Estás hecho todo un revolucionario.

—Así que investigaremos esto, pero lo haremos sin que se enteren —continuó Julian—. El primer paso: comparar las fotos del cadáver que encontraste con las de los de tus padres. Todos querrán ayudarnos. No te preocupes.

Estaban a medio camino del Instituto. Seguía habiendo coches, mundanos que trabajaban en el centro de la ciudad. El sol les salpicaba el parabrisas.

—¿Y si resulta que las marcas son solo garabatos y se trata de algún lunático al que le ha dado por ir por ahí matando?

—No lo creo. En esos casos, los asesinatos se dan el mismo día, pero en sitios diferentes. Como si el tipo fuera conduciendo de un lado a otro disparando a la gente.

—Y entonces ¿esto qué es? ¿Asesinato en masa?

—Los asesinatos en masa también pasan a la vez, pero en el mismo sitio —

replicó Julian en un tono altivo, el mismo que empleaba para explicarle a Tavvy por qué no podía comer más cereales para el desayuno—. Sin duda, esto es obra de un asesino en serie. Eso es cuando los asesinatos están separados en el tiempo.

—Es inquietante que sepas todo eso.

Delante del Instituto, a lo largo del borde del risco, había una zona de hierba quemada por el sol y bordeada de hierba marina y arbustos. La familia pasaba poco tiempo allí: estaba demasiado cerca de la autovía, no había sombra, y la hierba picaba.

—Dru se ha aficionado a los crímenes reales —le explicó Jules. Llegaron a la escalera del Instituto—. No creerías todo lo que me ha contado sobre cómo esconder un cadáver.

Ella lo adelantó de un salto y tres escalones más arriba se volvió para mirarlo.

—Soy más alta que tú —anunció.

Era un juego que les gustaba de pequeños. Emma siempre había afirmado que crecería más que él, pero tuvo que dejarlo a los catorce años, cuando Julian dio un estirón de más de doce centímetros.

Alzó la mirada hacia ella. El sol le daba directamente en los ojos, cubriendo aquel verde azulado de oro. Parecían la pátina que recubría los antiguos cristales romanos que coleccionaba Arthur.

—Emma —dijo—. Por mucho que podamos bromear, ya sabes que me lo tomo muy en serio. Eran tus padres. Mereces saber qué pasó.

Emma notó un repentino nudo en la garganta.

—Esta vez tengo una sensación diferente —susurró—. Sé cuántas veces he pensado que había encontrado algo y luego ha resultado no ser nada, y cuántas he seguido una pista falsa, pero esto es distinto. Esto parece real.

Sonó su teléfono. Emma apartó la mirada de Jules y sacó el móvil del bolsillo. Cuando vio el nombre en la pantalla, hizo una mueca y volvió a guardarlo. Julian alzó una ceja, mostrando una expresión indiferente.

—Cameron Ashdown. ¿Por qué no contestas? —preguntó.

—No tengo ganas. —Las palabras le salieron casi sorprendiéndola, y se preguntó por qué no se lo decía: «Cameron y yo hemos cortado».

La puerta principal se abrió de par en par.

—¡Emma! ¡Jules!

Eran Drusilla y Tavvy, los dos en pijama. Tavvy tenía una piruleta en la mano y la chupaba con dedicación. Cuando vio a Emma, se le iluminaron los ojos y corrió hacia ella.

—¡Emma! —dijo con el caramelo en la boca.

Ella lo cogió por la cintura, apretándolo hasta que el pequeño se echó a reír.

—¡Tavvy! —lo riñó Julian—. No corras con piruletas en la boca. Te podrías ahogar.

Tavvy se sacó la piruleta y la miró como a una pistola cargada.

—¿Y morir?

—De una forma horrible —contestó Julian—. Y morir, morir sin remedio. —Se volvió hacia Drusilla, que estaba con los brazos en jarras. Su pijama negro lucía un estampado de sierras mecánicas y esqueletos—. ¿Qué pasa, Dru?

—Es viernes —contestó Drusilla—. El día de las tortitas. ¿Te acuerdas? Lo prometiste.

—Ay, es verdad, lo prometí. —Julian le tiró cariñosamente de una de las trenzas—. Ve a despertar a Livvy y a Ty, y yo...

—Ya están despiertos —lo cortó Dru—. Están en la cocina. Esperando. —Le lanzó una mirada de reproche.

Julian sonrió.

—Muy bien. Voy enseguida. —Cogió a Tavvy y lo dejó delante de la puerta—. Corred a la cocina y tranquilizad a los mellizos antes de que se desesperen y comiencen a cocinar ellos.

Salieron corriendo entre risitas. Julian se volvió hacia Emma, suspirando.

—Me han *piruleteado* —dijo señalando el cuello de la camiseta, donde Tavvy había conseguido dejarle marcado un círculo de azúcar azul.

—Medalla de honor —bromeó Emma—. Te veo en la cocina. Necesito darme una ducha. —Corrió escaleras arriba y se detuvo ante la puerta abierta para volverse y mirarlo. Recortado contra el azul del cielo y del mar, sus ojos parecían parte del paisaje—. Jules..., ¿me estabas preguntando algo?

Él apartó la mirada y negó con la cabeza.

—No. Nada.

Alguien estaba sacudiendo a Cristina por el hombro. Se despertó lentamente, parpadeando. Había soñado con su casa, con el calor del verano, con la sombra de los frescos jardines del Instituto, con las rosas que su madre cultivaba en un clima que no siempre era adecuado para las flores delicadas. Las rosas amarillas eran sus preferidas, porque habían sido las flores favoritas de su escritor predilecto, pero las de cualquier color eran buenas para iluminar el orgulloso nombre de Rosales.

En su sueño, Cristina estaba paseando por un jardín, a punto de torcer una esquina, cuando oyó el murmullo de unas voces conocidas. Aceleró el paso mientras comenzaba a sonreír. Jaime y Diego... Su amigo más antiguo y su primer amor. Sin duda se alegrarían de verla.

Rebasó el obstáculo y se quedó parada. No había nadie allí. Solo el eco de las voces y el sonido distante de una risa burlona llevado por el viento.

La sombra y los pétalos fueron desapareciendo, y Cristina se encontró con Emma inclinada sobre ella, con uno de sus absurdos vestidos floreados. El pelo le caía sobre los hombros en mechones todavía húmedos por la ducha.

—¡Deja ya de molestarme, estoy despierta! —protestó Cristina en su español

nativo apartándole la mano a Emma de un espaviento.

Se sentó y se llevó las manos a la cabeza. Se enorgullecía de no mezclar nunca su primera lengua con el inglés cuando estaba en Estados Unidos, pero a veces, si estaba muy cansada o medio dormida, no podía evitarlo.

—Ven a desayunar conmigo —la tentó Emma—. O quizá sea a almorzar. Es casi mediodía. Lo que sea... Quiero presentártelos a todos. Quiero que conozcas a Julian...

—Lo vi ayer desde lo alto de la escalera —repuso Cristina bostezando—. Tiene unas manos muy bonitas.

—Perfecto, se lo puedes decir en persona.

—No, gracias.

—Levántate —insistió—. O me sentaré contigo.

Cristina le tiró la almohada.

—Vete a esperarme fuera.

Unos minutos después, Cristina, que se había puesto rápidamente un jersey rosa claro y una falda ceñida, se encontró escoltada por el pasillo. Oía voces charlando en alto provenientes de la cocina. Se tocó el medallón del cuello, como hacía siempre que necesitaba un poco de valor extra.

Había oído hablar tanto de los Blackthorn, sobre todo de Julian, desde que había llegado al Instituto, que los había elevado a una posición casi mítica. Temía conocerlos: no solo eran la gente más importante de la vida de Emma, sino también quienes podían hacer que el resto de su estancia fuera agradable o un calvario.

La cocina era una sala grande con las paredes pintadas y ventanas por las que se veía el océano en la distancia. Una enorme mesa de madera rodeada de bancos y sillas dominaba el espacio. Las encimeras y la isla estaban alicatadas con lo que parecían brillantes diseños españoles, pero si se miraban bien, formaban escenas de la literatura clásica: Jasón y los Argonautas, Aquiles y Patroclo, Ulises y las sirenas. Alguien, en algún momento, había decorado ese espacio con cariño; alguien había elegido la cocina de cobre, el fregadero doble de porcelana, la tonalidad justa de amarillo para las paredes.

Julian estaba junto a los fogones, descalzo, con un trapo de cocina sobre los hombros. Los Blackthorn más pequeños se apiñaban alrededor de la mesa. Emma se acercó a ella y se puso a su lado.

—Escuchadme todos: esta es Cristina —dijo—. Me ha salvado la vida como unas dieciséis veces este verano, así que portaos bien con ella. Cristina, este es Julian...

Julian la miró sonriendo. La sonrisa le hizo parecer la personificación de la luz del sol. No importaba que tuviera un trapo de cocina con gatitos alrededor del cuello, ni que hubiera pasta de tortitas sobre sus manos callosas.

—Gracias por no dejar que mataran a Emma —dijo—. Contrariamente a lo que te haya dicho, la necesitamos por aquí.

—Soy Livvy. —La bonita chica que era la mitad de los mellizos se acercó para

estrecharle la mano a Cristina—. Y este es Ty. —Señaló a un chico de pelo negro que estaba acurrucado en un banco leyendo *Los casos de Sherlock Holmes*—. La de las trenzas es Dru, y el de la piruleta, Tavvy.

—No corras con una piruleta en la boca, Cristina —le aconsejó Tavvy. Parecía tener unos siete años, con un rostro delgado y serio.

—No... no lo haré —le aseguró Cristina confusa.

—Tavvy —lo reprendió Julian. Estaba vertiendo masa de un bol de cerámica blanca en la sartén que estaba sobre el fogón. La cocina se llenó de olor a mantequilla y tortitas—. Levantaos y poned la mesa, vagos inútiles... Tú no, Cristina —añadió avergonzado—. Eres la invitada.

—Estaré aquí un año. No soy lo que se dice una invitada —respondió Cristina, y fue con el resto a buscar los cubiertos y los platos.

Hubo un rumor de agradable actividad, y Cristina notó que se relajaba. Tenía que admitir que había temido que regresaran los Blackthorn, que alteraran el agradable ritmo de su vida con Emma y Diana. Pero ya estaban allí, toda la familia, y se sintió culpable por haber desconfiado.

—Las primeras tortitas ya están —anunció Julian.

Ty dejó el libro y cogió un plato. Cristina, mientras abría la nevera para coger más mantequilla, oyó que le decía a Julian:

—Pensaba que habías olvidado que era el día de las tortitas.

Su tono era de acusación y algo más... ¿quizá un poco nervioso? Recordó que Emma le había dicho de pasada que Ty se alteraba cuando su rutina se veía interrumpida.

—No, Ty —repuso Julian con amabilidad—. Estaba distraído. Pero no me había olvidado.

Ty pareció relajarse.

—Muy bien.

Volvió a la mesa, y Tavvy se levantó después de él. Los Blackthorn estaban organizados, de ese modo inconsciente que solo podía estarlo una familia: sabían quién recibía las primeras tortitas (Ty), quién quería mantequilla y sirope (Dru), quién prefería solo sirope (Livvy) y quién azúcar (Emma).

Cristina tomaba las suyas sin nada. Se notaba mucho la mantequilla, no eran demasiado dulces y tenían el borde crujiente.

—Están muy buenas —le dijo a Julian, que se había sentado junto a Emma. De cerca, vio las arrugas de cansancio alrededor de sus ojos, arrugas que parecían fuera de lugar en un chico tan joven.

—Práctica. —Julian le sonrió—. Las llevo haciendo desde que tenía doce años.

Livvy pegó un bote en su asiento. Llevaba un vestido de tirantes negro y le recordó a Cristina a las elegantes chicas mundanas de Ciudad de México, caminando con decisión por Condesa y Roma con sus vestidos ajustados y sus altos zapatos de tiras. El cabello castaño de Livvy tenía muchas mechas doradas donde el sol se lo

había aclarado.

—Me alegro de haber vuelto —comentó mientras se lamía el sirope de los dedos—. No era lo mismo en casa de la tía abuela Marjorie sin vosotros dos vigilándonos. —Señaló a Emma y a Julian—. Ya veo por qué dicen que no se debe separar a los *parabatai*, sois como...

—Sherlock Holmes y el doctor Watson —intervino Ty, que había vuelto a su libro.

—El chocolate y la mantequilla de cacahuete —aportó Tavvy.

—El capitán Ahab y la ballena —añadió Dru, que estaba dibujando, despistada, en el sirope de su plato vacío.

Emma se atragantó con el zumo.

—Dru, la ballena y el capitán Ahab eran enemigos.

—Cierto —asintió Julian—. La ballena sin Ahab solo es una ballena. Una ballena sin problemas. Una ballena sin estrés.

Dru parecía enfadada.

—Os he oído hablar —les dijo a Emma y a Julian—. Estaba fuera antes de volver para buscar a Tavvy. ¿Algo sobre que Emma ha encontrado un cadáver?

Ty alzó la vista al instante.

—¿Emma ha encontrado un cadáver?

Emma miró a Tavvy un poco preocupada, pero este parecía absorto en su tortita.

—Bueno —respondió—, mientras estabais fuera ha habido una serie de asesinatos...

—¿Asesinatos? ¿Por qué no le dijiste nada a Julian, o a nosotros? —Ty estaba alerta, con el libro en la mano—. Podrías habernos enviado un e-mail o un mensaje de fuego o una postal...

—¿Una postal de asesinato? —soltó Livvy arrugando la nariz.

—Me enteré anteanoche —dijo Emma, y les explicó rápidamente lo que había ocurrido en Sepulcro—. El cadáver estaba cubierto de runas —concluyó—. El mismo tipo de escritura que había en los cuerpos de mis padres cuando los encontraron.

—Nadie ha sido capaz de traducir lo que dicen, ¿verdad? —preguntó Livvy.

—Nadie. —Emma negó con la cabeza—. Todos han intentado descifrarlos: Malcolm, Diana, incluso el Laberinto Espiral —añadió, mencionando el cuartel general subterráneo de los brujos del mundo, donde se ocultaba un montón de conocimientos arcanos.

—Antes, por lo que sabemos, eran únicas —dijo Ty. Sus ojos eran de un gris sorprendente, como el dorso de una cuchara de plata. Del cuello le colgaban unos auriculares cuyo cable desaparecía dentro de la camisa—. Ahora hay otro ejemplo. Si los comparamos, podríamos sacar algo en claro.

—He hecho una lista de todo lo que sabemos del cadáver —explicó Emma, y colocó un papel sobre la mesa. Ty lo cogió inmediatamente—. Parte es lo que vi, parte es lo que me han contado Johnny Rook y Diana. Tenía las huellas borradas, los

dientes rotos y le faltaba la cartera.

—Alguien trataba de ocultar la identidad de la víctima —concluyó Ty.

—Y seguramente no es tan raro —comentó Emma—. Pero también hay que considerar que el cuerpo estaba empapado de agua de mar, mostraba señales de haber sido quemado y yacía en medio de un círculo de tiza con símbolos. Y también estaba cubierto de escritura. Eso sí que parece raro.

—Parece algo que podrías buscar en los archivos de artículos de periódicos mundanos —dijo Ty. Sus ojos grises brillaban de excitación—. Yo me encargaré.

—Gracias —repuso Emma—. Pero... —Miró a Julian y luego a todos los demás con mirada seria—. Diana no se puede enterar.

—¿Por qué no? —preguntó Dru frunciendo el cejo. Tavvy no les estaba prestando ninguna atención: jugaba con unos camiones en el suelo bajo la mesa.

Emma suspiró.

—Varios de los muertos eran hadas. Y eso coloca este asunto fuera de cualquier territorio en el que nos podamos meter. —Miró a Cristina—. Si no quieres participar en esto, no pasa nada. Los asuntos de las hadas son delicados, y Diana no quiere que nos involucremos.

—Ya sabes lo que pienso de la Paz Fría —repuso Cristina—. Claro que ayudaré.

Hubo un murmullo de aprobación.

—Ya te dije que no te preocuparas —dijo Julian, y tocó a Emma suavemente en el hombro antes de ponerse en pie y comenzar a retirar los platos del desayuno. Había algo en ese gesto, por leve y casual que fuera, que hizo estremecer a Cristina—. Hoy no tenéis clase. Diana ha ido a Ojai, así que es un buen momento. Sobre todo ya que tenemos el examen de la Clave este fin de semana.

Un gruñido colectivo. El examen de la Clave era una obligación dos veces al año; en él se los evaluaba para ver si sus habilidades estaban al nivel requerido o si tenían que ser enviados a la Academia de Idris.

Pero Ty no prestó atención al anuncio de Julian. Estaba mirando el papel de Emma.

—¿Cuántos muertos hay, exactamente? ¿Gente y hadas?

—Doce —contestó Emma—. Doce cadáveres.

Tavvy emergió de debajo de la mesa.

—¿Estaban todos corriendo con piruletas en la boca?

Ty pareció confuso; Emma, culpable; Tavvy, compungido.

—Tal vez ya sea suficiente por ahora —dijo Julian, mientras alzaba del suelo a su hermano pequeño—. Veamos lo que encontráis, Tiberius, Livia.

Ty murmuró su asentimiento y se puso en pie.

—Cristina y yo íbamos a entrenar, pero podemos... —dijo Emma.

—¡No! ¡No lo canceles! —Livvy se puso en pie—. ¡Necesito entrenarme! Con otra chica. Que no esté leyendo —añadió, y lanzó una mirada enfadada a Dru— o viendo una peli de terror. —Miró a su mellizo—. Ayudaré a Ty media hora. Luego iré

a entrenar.

Ty asintió y se puso los auriculares mientras se dirigía hacia la puerta. Livvy fue con él, charlando de cuánto había echado de menos el entrenamiento y su sable, y cómo lo que su tía abuela consideraba una sala de entrenamiento era su pajar lleno de arañas.

Cristina miró hacia atrás mientras salía de la cocina. La iluminación de la sala proyectaba un extraño halo sobre Emma y Julian, difuminándoles los rasgos. Julian sujetaba a Tavvy, y cuando Emma se inclinó hacia ellos, formaron una rara foto de familia.

—No tienes que hacer esto por mí —estaba diciendo Emma, con suavidad pero también con firmeza, en un tono que Cristina nunca le había oído antes.

—Creo que sí —repuso Julian—. Creo que recuerdo haber hecho un voto sobre eso.

—«Allí adonde tú vayas, yo iré, cualquier estupidez que cometas, yo también la cometeré» —ironizó Emma—. ¿Era ese el voto?

Julian se rio. Si hubo más palabras entre ellos, Cristina no se las oyó decir. Dejó que la puerta se cerrara a su espalda sin volver a mirarlos. Una vez pensó que tendría un *parabatai*; aunque era un sueño que hacía tiempo que había dejado de lado. Había algo en ese tipo de intimidad que resultaba doloroso oír.

4

Y POR ESTA RAZÓN

Emma cayó a peso muerto sobre la colchoneta y rodó a toda velocidad para que *Cortana*, aún atada a su espalda, no se dañara... o la dañara a ella. En los primeros años de su entrenamiento se había hecho más heridas a sí misma accidentalmente con los filos de *Cortana* que con cualquier ejercicio, debido a su obstinada negativa a dejarla a un lado.

Cortana era suya; había sido de su padre y del padre de su padre. *Cortana* y ella eran todo lo que quedaba de la familia Carstairs. Nunca la dejaba atrás cuando iba a luchar, incluso si planeaban emplear dagas o agua sagrada. Por tanto, necesitaba saber pelear con ella a la espalda en cualquier circunstancia imaginable.

—¿Estás bien? —Cristina cayó en la colchoneta a su lado, aunque con más suavidad; no iba armada y solo llevaba la ropa de entrenamiento. Cristina era sensata, pensó Emma, mientras se sentaba y se frotaba el hombro dolorido.

—Sí. —Emma se puso en pie y se estiró para aliviar la tensión en los músculos—. Otra vez.

El medallón que Cristina llevaba al cuello destelló cuando inclinó la cabeza hacia atrás para observar a Emma trepando por la escalera de cuerda. Una tenue luz dorada entraba por las ventanas. Era tarde. Llevaban horas entrenando, y antes de eso habían estado ocupadas portando el contenido de la Pared de Pruebas de Emma (Cristina se negaba a llamarlo «Muro de la Locura») a la sala del ordenador para que Livvy y Ty lo escanearan todo. Livvy había vuelto a prometer que iría a entrenar con ellas, aunque parecía claro que se había quedado absorta en la búsqueda de pistas online.

—Puedes parar ahí —le dijo Cristina cuando Emma estaba a medio camino, pero ella no le hizo caso y siguió subiendo hasta que la cabeza casi le tocó el techo.

Emma miró hacia abajo. Cristina estaba negando con la cabeza. De algún modo conseguía, al mismo tiempo, mantener la compostura y mirarla con desaprobación.

—No puedes saltar desde esa altura, Emma...

Emma se soltó y cayó como una piedra. Chocó contra la colchoneta, rodó y se quedó sobre los pies con el cuerpo flexionado al mismo tiempo que llevaba la mano hacia atrás por encima del hombro para desenvainar a *Cortana*.

La mano se le cerró en el aire. Se incorporó y vio que Cristina tenía la espada en la mano. Se le había caído a Emma de la vaina cuando se estaba poniendo en pie.

—Luchar es más que saltar desde lo más alto y caer lo más lejos posible —remarcó Cristina, y le tendió el arma.

Emma se irguió del todo y cogió a *Cortana* con una sonrisa forzada.

—Hablas como Jules.

—Porque tiene razón —replicó Cristina—. ¿Siempre te ha importado tan poco tu seguridad?

—Menos desde la Guerra Oscura.

Emma envainó a *Cortana*. Sacó los estiletes de las botas y le tendió uno a Cristina; luego se volvió hacia la diana que estaba pintada en la pared opuesta.

Cristina se colocó junto a Emma y alzó el puñal, apuntando a lo largo de la línea del brazo. Emma nunca había lanzado cuchillos con Cristina, pero no le sorprendió que su postura y su modo de sujetar el puñal, con el pulgar paralelo a la hoja, fueran perfectos.

—A veces lamento saber tan poco de la guerra. Estuve escondida en México. Mi padre estaba convencido de que Idris no sería seguro.

Emma recordó Idris ardiendo, las calles cubiertas de sangre, los cadáveres apilados como leña en la Sala de los Acuerdos.

—Tu padre tenía razón.

Cristina lanzó el estilete. Este cortó el aire y se clavó en el círculo central de la diana.

—Mi madre tenía una casa en San Miguel de Allende. Nos fuimos allí, porque el Instituto tampoco era seguro. Cuando pienso en eso, siempre me siento como un cobarde.

—Eras una niña —repuso Emma—. Hicieron bien enviándote allí donde pudieras estar a salvo.

—Quizá —replicó Cristina sin convicción.

—De verdad. Y no lo digo por decirlo —insistió Emma—. Y... ¿qué piensa de eso Diego *el Perfecto*? ¿También se siente un cobarde?

Cristina hizo una mueca.

—Lo dudo.

—Claro que no. Es totalmente equilibrado. Todos deberíamos ser más como Diego *el Perfecto*.

—¡Hola! —Un saludo resonó en la sala.

Era Livvy, en ropa de entrenamiento y avanzando hacia ellas. Se detuvo para acariciar su sable, que colgaba de la pared cerca de la puerta con las otras espadas de esgrima. Livvy había elegido esa arma cuando tenía unos doce años y desde entonces había practicado tenazmente con ella. Podía hablar sobre diferentes tipos de sables, de empuñaduras de madera frente a las de caucho o cuero, de virolas y pomos, y era mejor que no empezara con las culatas de las pistolas.

Emma admiraba su lealtad. Ella nunca se había visto obligada a elegir un arma: siempre había tenido a *Cortana*. Pero le gustaba tener un conocimiento básico de todas, así que más de una vez había entrenado con Livvy.

—Te he echado de menos —susurró Livvy al sable—. Te quiero tanto...

—Qué tierno —comentó Emma—. Si me hubieras dicho algo así cuando volviste,

me habría echado a llorar.

Livvy dejó el sable y fue hacia ellas. Cogió una colchoneta y comenzó a estirar los músculos. Se podía doblar sin problemas hasta poner las manos bajo los pies.

—A ti también te he echado de menos —dijo con la voz amortiguada—. En Inglaterra me aburría, y no había chicos guapos.

—Julian dice que no había humanos en kilómetros a la redonda —comentó Emma—. Bueno, tampoco es que os hayáis perdido nada aquí.

—Aparte de los asesinatos en serie —replicó Livvy, y cruzó la sala para coger dos cuchillos arrojados. Emma y Cristina se apartaron cuando ella se colocó ante la diana—. Y apuesto a que has salido con Cameron Ashdown de nuevo, y luego lo has dejado.

—Pues sí —exclamó Cristina.

Emma le lanzó una mirada que decía: «traidora».

—¡Ja! —El cuchillo de Livvy falló la diana. Se volvió con la trenza botándole sobre el hombro—. Emma sale con él como cada cuatro meses y luego lo deja.

—¿Cómo? —Cristina le lanzó una mirada a Emma—. ¿Y por qué ha sido el escogido para esa tortura especial?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Emma—. No era nada serio.

—Para ti —replicó Livvy—. Pero apuesto a que sí lo era para él. —Le tendió el segundo puñal a Cristina—. ¿Quieres probar?

Cristina cogió el arma y se colocó en lugar de Livvy.

—¿Quién es Diego *el Perfecto*? —preguntó esta.

Cristina había estado apuntando ceñuda, pero se volvió hacia Livvy y la miró boquiabierta.

—Os he oído —explicó ella alegremente—. Antes de entrar. ¿Quién es? ¿Por qué es tan perfecto? ¿Cómo es que hay un chico perfecto en el mundo y nadie me lo ha dicho?

—Diego es el chico con el que la madre de Cristina quiere casarla —contestó Emma. Y esta vez fue Cristina quien se sintió traicionada—. No es un matrimonio de conveniencia, eso sería muy desagradable; pero su madre lo adora. La madre de él también era una Rosales...

—¿Es pariente tuyo? —le preguntó Livvy—. ¿Y no hay problema? Quiero decir, ya sé que la de Clary Fairchild y Jace Herondale es una historia de amor famosa, pero al final no era cierto que fueran hermanos. De otro modo, creo que probablemente habría habido...

—Una historia de amor menos famosa —concluyó Emma con una sonrisita burlona.

Cristina lanzó el cuchillo. Se clavó cerca del centro de la diana.

—Se llama Diego Rocio Rosales. Rocio es el apellido de su padre y Rosales el de su madre, igual que el de mi madre. Pero eso no significa que seamos primos. Los Rosales son una familia de cazadores de sombras muy extensa. Mi madre piensa que

es perfecto, muy atractivo y listo; el cazador de sombras perfecto, perfecto, perfecto...

—Y ya sabes de dónde le viene el nombre —añadió Emma mientras iba a buscar los puñales a la pared.

—¿Es perfecto? —preguntó Livvy.

—No —contestó Cristina.

Cuando estaba molesta, no se enfadaba; solo dejaba de hablar. Lo estaba haciendo en ese momento: miraba fijamente la diana pintada en la pared. Emma volteó en las manos los cuchillos que había recuperado.

—Te protegeremos de Diego *el Perfecto* —aseguró Emma—. Si viene aquí, lo empalaré. —Se dirigió hacia la línea de tiro.

—Emma es una maestra en las artes del empalamiento —apostilló Livvy.

—Sería mejor que empalases a mi madre —masculló Cristina—. Muy bien, *flaquita*, impresioname. A ver cómo tiras dos a la vez.

Con un cuchillo en cada mano, Emma dio un paso atrás desde la línea de tiro. Había aprendido a lanzar dos cuchillos a la vez durante ese año, practicando una y otra vez; el sonido de las hojas penetrando en la madera era un bálsamo para sus destrozados nervios. Era zurda, así que normalmente habría dado un paso atrás y hacia la derecha, pero se había obligado a ser casi ambidiestra. Su paso era perpendicular al objetivo, no en diagonal. Echó los brazos hacia atrás y luego hacia delante; abrió las manos y los cuchillos volaron como halcones con las pihuelas cortadas. Rasgaron el aire hacia la diana y se clavaron, uno tras otro, en el centro.

Cristina soltó un silbido de admiración.

—Ya entiendo por qué Cameron Ashdown acepta volver contigo. Le da miedo no hacerlo. —Fue a buscar los cuchillos—. Voy a intentarlo de nuevo. Ya veo que estoy muy atrasada.

Emma se rio.

—No, te he engañado. Hace años que practico esa tirada.

—Aun así —insistió Cristina—, si alguna vez cambias de opinión y decides que no te caigo bien, prefiero saber defenderme.

—Buen tiro —susurró Livvy, que se acercó a Emma por detrás mientras Cristina buscaba una buena posición en la línea de tiro.

—Gracias —le contestó Emma también en susurros. Se apoyó contra el colgador de guantes y ropa de protección y miró al alegre rostro de Livvy—. ¿Has llegado a algo con Ty? Me refiero a lo de *parabatai* —preguntó, casi temiendo la respuesta.

A Livvy se le ensombreció el rostro.

—Sigue diciendo que no. Es en lo único en lo que no estamos de acuerdo, como siempre.

—Lo siento.

Emma sabía lo mucho que Livvy quería formar el vínculo de *parabatai* con su mellizo. No era frecuente que dos hermanos se convirtiesen en *parabatai*, pero

tampoco raro. La rotunda negativa de Ty resultaba sorprendente. Muy pocas veces le decía que no a Livvy en ningún asunto, pero en eso era obstinado.

El cuchillo de Cristina dio en la diana, justo en el borde del círculo interior. Emma la vitoreó.

—Me gusta —siguió susurrando Livvy.

—Bien —repuso Emma—. A mí también.

—Y creo que Diego *el Perfecto* puede haberle roto el corazón.

—Es posible —repuso Emma con cautela—. Al menos eso es lo que he supuesto.

—Así que creo que deberíamos liarla con Julian.

Emma casi tira el colgador.

—¿Qué?

Livvy se encogió de hombros.

—Es guapa, y parece muy agradable, y además va a vivir con nosotros. Y Jules nunca ha salido con nadie... ya sabes por qué. —Emma se la quedó mirando. Notaba como si tuviera la cabeza llena de ruido blanco—. Quiero decir, es culpa nuestra, mía y de Ty, y de Dru y Tavvy. Criar a cuatro niños no es que te deje mucho tiempo para salir. Y como parece que le hemos quitado la oportunidad de tener novia...

—Quieres emparejarlos —concluyó Emma sin mostrar ningún entusiasmo—. Pero eso no funciona así, Livvy. Tienen que gustarse...

—Y creo que pueden —replicó Livvy—. Si les damos la oportunidad. ¿Qué te parece?

Sus ojos verde azulado, tan parecidos a los de Julian, brillaban con picardía. Emma abrió la boca para decir algo, aunque no sabía qué, cuando Cristina lanzó el segundo cuchillo. Se estrelló con tal fuerza contra la pared que la madera pareció quebrarse.

Livvy aplaudió.

—¡Asombroso! —Lanzó a Emma una mirada triunfal, como diciéndole: «¿Lo ves?, es perfecta». Luego miró el reloj—. Vale, tengo que ir a ayudar a Ty un rato más. Pégame un grito si ocurre algo terriblemente interesante.

Emma asintió, un poco perpleja, mientras Livvy fue a colgar sus armas para dirigirse a la biblioteca. Casi pegó un bote del sobresalto al oír una voz justo a su espalda; Cristina se le había acercado por detrás y parecía preocupada.

—¿De qué hablabais? —preguntó—. Parece que hayas visto un fantasma.

Emma abrió la boca para decir algo, pero nunca llegaría a saber qué, porque en ese momento se oyó gran un alboroto procedente de abajo. Alguien llamaba con fuerza a la puerta principal, y luego se oyeron los pasos de alguien corriendo.

Cogió a *Cortana* y salió disparada como un rayo.

Los golpes en la puerta del Instituto resonaron por todo el edificio.

—¡Un momento! —gritó Julian, subiéndose la cremallera de la sudadera mientras

trotaba hacia allí.

Casi se alegraba de que hubiera aparecido alguien. Ty y Livvy lo habían hecho salir de la sala del ordenador con la excusa de que les hacía perder la concentración con su ir y venir de un lado a otro, y se estaba aburriendo tanto que hasta se le había pasado por la cabeza ir a visitar a Arthur, lo que sin duda lo pondría de mal humor para el resto del día.

Julian abrió la puerta. Un hombre alto y de pelo claro esperaba tranquilamente al otro lado. Iba vestido con unos pantalones negros ajustados y una camisa desabrochada hasta medio pecho. Una chaqueta a cuadros le colgaba del hombro.

—Pareces un *stripper* de una empresa de mensajería —le dijo Julian a Malcolm Fade, Brujo Supremo de Los Ángeles.

En otro tiempo Julian se había sentido tan impresionado por que Malcolm fuera el Brujo Supremo, el brujo ante el que todos los demás brujos respondían, al menos en el sur de California, que se ponía nervioso en su presencia. Lo había superado después de la Guerra Oscura, cuando las visitas de Malcolm se convirtieron en algo corriente. Malcolm era realmente lo que la mayoría de la gente pensaba que era Arthur: un profesor despistado. Llevaba olvidando cosas importantes durante al menos doscientos años.

Todos los brujos, al ser el fruto de humanos y demonios, eran inmortales. Dejaban de envejecer en diferentes momentos de su vida, dependiendo de sus padres demonios. Malcolm parecía haber dejado de envejecer sobre los veintisiete años, pero, según él, había nacido en 1850.

Como la mayoría de los demonios con los que Julian se había encontrado siempre habían sido muy desagradables, prefería no pensar en cómo se habrían conocido los padres de Malcolm. Este tampoco parecía muy dispuesto a compartir esa información. Julian sabía que había nacido en Inglaterra, y de hecho aún conservaba cierto acento.

—¿Puedes enviarle a alguien un *stripper* con un mensaje? —Malcolm parecía divertido, y luego se miró al pecho—. Perdona, me he olvidado de abrocharme la camisa antes de salir de casa.

Dio un paso hacia el interior del Instituto y al instante se cayó cuan largo era sobre el suelo. Julian se apartó y Malcolm se dio la vuelta hasta quedar boca arriba, disgustado. Se miró todo el cuerpo.

—Y al parecer me he atado los cordones juntos.

A veces, pensó Julian, era difícil no sentirse amargado cuando todos los aliados y amigos que tenía en la vida eran o bien gente a la que tenía que mentir o bien gente ridícula, o ambas cosas.

Emma bajó corriendo la escalera con *Cortana* en la mano. Vestía vaqueros y una camiseta de tirantes; se había recogido el pelo húmedo en una coleta con una goma. La camiseta se le pegaba al cuerpo, lo que Julian deseó no haber notado. Emma aminoró el paso al acercarse, relajándose.

—Hola, Malcolm. ¿Por qué estás en el suelo?

—Me he atado los cordones juntos —contestó él.

Emma se acercó y con un movimiento de *Cortana* seccionó limpiamente los cordones por la mitad, soltándole los pies.

—Ya está.

Malcolm la miró receloso.

—Puede ser peligrosa —le dijo a Julian—. Pero, claro, todas las mujeres son peligrosas.

—Todas las personas son peligrosas —lo corrigió Julian—. ¿A qué has venido, Malcolm? Aunque no creas que no me alegro de verte.

Malcolm se puso en pie torpemente y se abotonó la camisa.

—He traído la medicina de Arthur.

A Julian se le disparó el corazón de tal manera que estaba seguro de que podía oírlo latir. Emma frunció el cejo.

—¿Es que Arthur no se encuentra bien? —preguntó.

Malcolm, que estaba rebuscando en el bolsillo, se quedó quieto. Julian le vio en la cara que se acababa de dar cuenta de que había dicho algo que no debía, y lo maldijo en silencio mil veces por su despiste.

—Anoche Arthur me dijo que no se encontraba del todo bien —contestó Julian—. Lo de siempre molestándolo de nuevo. Es crónico. De todos modos, se sentía en baja forma.

—De haberlo sabido, le habría buscado algo en el Mercado de Sombras —apuntó Emma mientras se sentaba en el primer escalón y estiraba las piernas.

—Pimienta de cayena y sangre de dragón —dijo Malcolm mientras sacaba un frasquito del bolsillo y se lo entregaba a Julian—. Lo animará enseguida.

—Eso animaría a un muerto —comentó Emma.

—La necromancia es ilegal, Emma Carstairs —la riñó Malcolm.

—Era una broma —explicó Julian, y se metió el frasco en el bolsillo sin apartar la vista de Malcolm, rogándole en silencio que no dijera nada.

—¿Cuándo avisaste a Malcolm de que tu tío no estaba bien, Jules? —preguntó Emma—. Te vi anoche y no me dijiste nada.

Julian se alegró de no estar de cara a Emma; estaba seguro de haberse puesto blanco.

—¡Pizza vampiro! —exclamó Malcolm.

—¿Qué? —preguntó Emma.

—Nightshade ha abierto un italiano en Cross Creek Road —informó Malcolm—. La mejor pizza en kilómetros, y las llevan a casa.

—¿No te preocupa qué pueda haber en la salsa? —preguntó Emma, que se había olvidado del asunto de Arthur—. ¡Ah! —Se tapó la boca con la mano—. Eso me recuerda... Malcolm, me preguntaba si podrías echar un vistazo a una cosa.

—¿Es una verruga? —preguntó Malcolm—. Te la puedo curar, pero te cobraré.

—¿Por qué todo el mundo piensa siempre que se trata de una verruga? —Emma sacó su móvil y unos segundos después le estaba enseñando las fotos del cadáver que había encontrado en el bar Sepulcro—. Había estas marcas blancas, aquí y aquí —explicó señalando con el dedo—. Parecen grafitis, pero no con pintura, sino con tiza o algo así...

—Primero: ¡qué asco! —exclamó Malcolm—. Por favor, no me enseñes fotos de cadáveres sin avisar. —Observó con mayor atención—. Segundo: parecen los restos de un círculo ceremonial. Alguien dibujó un círculo protector en el suelo. Quizá para protegerse a sí mismo mientras estaban realizando el asqueroso conjuro que mató a este tipo.

—Lo quemaron —explicó Emma—. Y lo ahogaron, me parece. Al menos tenía la ropa mojada y olía a agua de mar.

Había fruncido el cejo y se le habían oscurecido los ojos. Podría haber sido el recuerdo del cadáver, o solo el pensar en el océano. Era el mismo que tenía al lado de casa, junto al que corría todos los días, pero Julian sabía lo mucho que la aterraba. Se podía forzar a meterse en él, temblorosa y con náuseas, pero Julian no soportaba verla hacerlo, no soportaba contemplar a su fuerte Emma hecha polvo por un terror tan primigenio e indescriptible que ni siquiera podía explicárselo a sí misma.

Lo hacía desear matar, destruir cosas para mantenerla a salvo. A pesar de que ella podía cuidarse perfectamente sola. A pesar de ser la persona más valiente que había conocido.

Julian volvió al presente.

—Envíame las fotos —estaba diciendo Malcolm—. Las miraré con más calma y ya te diré algo.

—¡Ey! —Livvy apareció en lo alto de la escalera. Se había cambiado de ropa—. Ty ha encontrado algo. Sobre los asesinatos.

Malcolm pareció perplejo.

—En el ordenador —amplió la información Livvy—. El que se supone que no deberíamos tener. Ah, hola, Malcolm. —Agitó la mano vigorosamente—. Deberíais subir a verlo.

—¿Te quedas, Malcolm? —preguntó Emma mientras se ponía en pie—. Nos vendría bien tu ayuda.

—Eso depende —contestó Malcolm—. ¿Se pueden ver pelis en ese ordenador?

—Vale, pondremos una película —respondió Julian cauteloso.

Malcolm pareció satisfecho.

—¿Podemos ver *Notting Hill*?

—Podemos ver lo que quieras si estás dispuesto a ayudarnos —respondió Emma. Miró a Jules—. Y podemos enterarnos de lo que ha descubierto Ty. Vienes, ¿no?

En su interior, Jules maldijo la afición de Malcolm por las películas románticas. Le habría gustado poder irse a su estudio y pintar. Pero no podía evitar a Ty ni dejar solo a Malcolm.

—Puedo coger algo de la cocina —propuso Emma, que sonaba esperanzada. Después de todo, durante años habían tenido por costumbre ver películas antiguas en su tele alimentada por luz mágica, comiendo palomitas bajo la parpadeante iluminación.

Jules negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

Casi pudo oír el suspiro de Emma. Al cabo de un momento fue detrás de Livvy, escaleras arriba. Julian hizo ademán de seguirlas, pero Malcolm lo retuvo con una mano en el hombro.

—Ha ido a peor, ¿verdad? —preguntó.

—¿El tío Arthur? —Lo había pillado desprevenido—. Creo que no. Ya sé que no ha ayudado que yo no haya estado aquí, pero si seguíamos negándonos a ir a Inglaterra, alguien habría podido sospechar.

—Lo de Arthur no —dijo Malcolm—. Lo tuyo. ¿Lo sabe ella?

—¿Quién sabe qué?

—No te hagas el tonto —replicó Malcolm—. Emma. ¿Lo sabe?

Julian sintió que se le retorció el corazón. No tenía palabras para la turbulenta sensación que habían despertado en él las palabras de Malcolm. Se parecía demasiado a ser tumbado por una ola: el sólido apoyo se convertía en una corriente de arena.

—Déjalo.

—No lo haré —replicó Malcolm—. Me gustan los finales felices.

Julian refunfuñó entre los dientes apretados.

—Malcolm, esto no es una historia de amor.

—Toda historia es una historia de amor.

Julian se apartó de él y fue hacia la escalera. Pocas veces se enfadaba de verdad con Malcolm, pero en ese momento el corazón le iba a cien. Llegó al descansillo antes de que Malcolm lo llamara; se volvió, sabiendo que no debería, y se encontró con la mirada del brujo.

—Las leyes no significan nada, chico —dijo Malcolm con voz baja y profunda—. No hay nada más importante que el amor. Ninguna ley está por encima de él.

En teoría, en el Instituto no debería haber ningún ordenador.

La Clave se resistía a la modernidad, pero más aún a cualquier relación con la cultura mundana. No obstante, a Tiberius eso nunca le había importado. Había comenzado a pedir un ordenador a los diez años, para poder estar al corriente de los crímenes violentos de los humanos, y al regresar a casa después de la Guerra Oscura, Julian le había instalado uno.

Ty había perdido a sus padres, a sus hermanos mayores, dijo Jules entonces, mientras se hallaban sentados en el suelo en medio de un lío de cables, tratando de averiguar cómo conectar el ordenador a uno de los pocos enchufes de los que

disponían: casi todo en el Instituto funcionaba con luz mágica. Si podía darle eso a Ty, al menos sería algo.

Y como era de esperar, a Ty le encantó el ordenador. Le puso de nombre Watson y se pasó horas él solo aprendiendo a usarlo, ya que nadie tenía ni la menor idea de cómo funcionaba. Julian le dijo que no hiciera nada ilegal, y Arthur, encerrado en su desván, ni se enteró.

Livvy, siempre dedicada a su hermano, también había aprendido a usarlo con la ayuda de Ty, después de que este se hubiera acostumbrado a su funcionamiento. Juntos formaban un equipo formidable.

Al parecer, Ty, Livvy, Dru e incluso Tavvy habían estado muy ocupados. Dru había extendido mapas por todo el suelo. Tavvy estaba junto a una pizarra con un rotulador en la mano, y apuntaba cosas que podrían serles útiles, si lograban descifrar las notas de un niño de siete años.

Ty estaba sentado en la silla giratoria ante el ordenador y movía los dedos rápidamente sobre el teclado. Livvy estaba sentada en la mesa, como hacía a menudo; Ty trabajaba mejor con ella allí, totalmente consciente de su presencia mientras que al mismo tiempo se centraba en la tarea que estuviera realizando.

—Así que has encontrado algo, ¿no? —preguntó Julian cuando entraron.

—Sí. Un segundo. —Ty alzó la mano de forma imperiosa—. Podéis hablar entre vosotros, si queréis.

Julian sonrió de medio lado.

—Eres muy amable.

Cristina entró corriendo, trezándose el pelo húmedo. Se había duchado y se había puesto unos vaqueros y una blusa de flores.

—Livvy me ha dicho...

—Shhh. —Emma se llevó el dedo a los labios y señaló a Ty, que miraba fijamente la pantalla azul del ordenador.

La luz del monitor le iluminaba los delicados rasgos. A Emma le encantaban esos momentos en los que Ty jugaba a ser un detective. Se adaptaba muy bien al papel, al sueño de ser Sherlock Holmes, quien siempre tenía todas las respuestas.

Cristina asintió y se sentó en un pequeño sillón tapizado junto a Drusilla. Dru era casi tan alta como ella, aunque solo tenía trece años. Era una de esas chicas que se desarrollan muy pronto: tenía pechos y caderas con suaves curvas, lo que le había ocasionado algunos momentos difíciles con chicos que le echaban diecisiete o dieciocho años, y unos cuantos incidentes en los que Emma había tenido problemas para impedir que Julian asesinara a algún adolescente mundano.

Malcolm se sentó en un sillón con algunos parches.

—Bueno, si tenemos que esperar... —dijo, y comenzó a escribir en su móvil.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Emma.

—Pedir una pizza a Nightshade —contestó Malcolm—. Tienen una app.

—¿Una qué? —preguntó Dru.

—¿Nightshade? —Livvy se volvió hacia él—. ¿El vampiro?

—Tiene una pizzería. La salsa es divina —aseguró Malcolm, besándose los dedos en un gesto de aprobación.

—¿No te preocupa lo que pueda haber en ella? —preguntó Livvy.

—Los nefilim sois tan paranoicos... —exclamó Malcolm, y siguió con su pedido.

Ty carraspeó para aclararse la garganta, y giró la silla para quedar frente a todos los demás. Los otros se habían instalado en sofás o sillas, excepto Tavvy, que estaba sentado en el suelo bajo la pizarra.

—He encontrado algunas cosas —dijo Ty—. Definitivamente hay noticias de cadáveres que concuerdan con la descripción de Emma. Las huellas dactilares borradas, empapados de agua salada, la piel quemada. —Cargó la portada de un periódico en la pantalla—. Los mundanos creen que se trata de la actividad de algún culto satánico, por las marcas de tiza alrededor de los cuerpos.

—Los mundanos siempre creen que todo está relacionado con algún culto satánico —soltó Malcolm—. La mayoría de los cultos están al servicio de demonios del todo diferentes de Satán. Lucifer es muy famoso y muy difícil de localizar. Muy pocas veces hace favores a nadie. Es un demonio al que no compensa mucho adorar.

Ty movió el ratón y aparecieron imágenes en la pantalla. Rostros de diferentes edades, razas y géneros. Todos ellos muertos.

—Solo hay unos pocos asesinatos que encajen con el perfil —informó Ty. Parecía satisfecho de usar la palabra «perfil»—. Uno al mes durante todo el año pasado. Doce contando el que encontró Emma.

—Pero ¿nada antes de eso?

Ty negó con la cabeza.

—Así que hay un lapso de cuatro años desde que mataron a mis padres. Quienquiera que fuera, suponiendo que sea la misma persona, hizo un alto y luego volvió a comenzar.

—¿Hay algo que relacione a esas personas? —preguntó Julian—. Diana dijo que algunos de los muertos son hadas.

—Bueno, esto son noticias mundanas —explicó Livvy—. Seguramente no lo sabrían, ¿no crees? Si fueran hadas de la nobleza pensarían que los cadáveres son humanos. En cuanto a algo que los relacione..., ninguno ha sido identificado.

—Eso es raro —comentó Dru—. ¿Y qué hay de la sangre? En las pelis pueden identificar a la gente usando la sangre y el ETN.

—ADN —la corrigió Ty—. Bueno, según los periódicos, no se ha identificado ninguno de los cuerpos. Podría ser que los hechizos que emplearon con ellos les hubieran alterado la sangre. O quizá se deshicieron enseguida, como pasó con los padres de Emma. Eso limitaría el alcance de las investigaciones.

—Pero hay algo más —avanzó Livvy—. En todos los casos se dice dónde apareció el cadáver, y los hemos colocado en el mapa. Tienen una cosa en común.

Ty había sacado del bolsillo uno de sus juguetes relajantes, un manojito de

limpiadores de pipas entrelazados que plegaba y desplegabá sin parar. Ty tenía una de las mentes más veloces que Emma había conocido, y lo calmaba tener algo que hacer con las manos para librarse de parte de esa rapidez e intensidad.

—Todos los cuerpos han sido arrojados sobre líneas ley. Todos —explicó, y Emma le notó la excitación en la voz.

—¿Líneas ley? —Dru arrugó la frente.

—Hay una red de antiguos caminos mágicos que rodea el mundo —explicó Malcolm—. Amplifican la magia, así que durante siglos los subterráneos las han empleado para crear entradas en el reino de los seres mágicos y ese tipo de cosas. Alacante está construida en un punto de convergencia de líneas ley. Son invisibles, pero algunos se entrenan para ser capaces de sentir las. —Frunció el cejo mirando la pantalla, donde aparecía una de las imágenes que Cristina había tomado del cadáver de Sepulcro—. ¿Puedes hacer esa cosa? —preguntó—. Ya sabes, eso que hace que la foto sea mayor.

—¿Te refieres a ampliarla con el zoom? —quiso saber Ty.

Antes de que Malcolm pudiera responder, sonó el timbre de la puerta principal. No era un timbre común, con la estridencia habitual, sino que resonaba como un gong por todo el Instituto, haciendo vibrar el vidrio, la puerta y el yeso.

Emma se puso en pie al instante.

—Ya voy yo —dijo, y corrió abajo mientras Julian se levantaba a medias de su asiento para seguirla.

Pero Emma quería estar sola, aunque fuera durante un segundo. Quería reflexionar sobre el hecho de que ninguno de esos asesinatos era anterior al año de la muerte de sus padres. Habían comenzado con ellos. Su padre y su madre habían sido los primeros.

Esos asesinatos estaban relacionados. Podía imaginarse las diferentes partes encajando, formando un conjunto que solo comenzaba a vislumbrar pero que sabía que era real. Alguien había hecho eso. Alguien había torturado y matado a sus padres, les había grabado unas marcas malignas en la piel y los había tirado al océano para que se pudrieran. Alguien le había robado la infancia a Emma, había arrancado el techo y las paredes de la casa de su vida, dejándola expuesta a la fría intemperie.

Ese alguien lo pagaría. «La venganza es una compañera despiadada», le había dicho Diana, pero Emma no lo creía. La venganza les devolvería el aire a los pulmones. La venganza le permitiría pensar en sus padres sin que se le formara un frío nudo en el estómago. Podría soñar sin ver sus rostros convulsos y oír sus voces pidiendo ayuda.

Llegó a la puerta y la abrió. El sol acababa de ponerse. Un taciturno vampiro se hallaba de pie en la entrada con varias cajas apiladas. Parecía un adolescente, con cabello castaño corto y pecas, pero eso no significaba demasiado.

—Vengo a entregar unas pizzas —dijo en un tono que sugería que sus parientes más próximos acababan de morir.

—¿De verdad? —exclamó Emma—. ¿Malcolm no se lo estaba inventando? ¿De verdad repartes pizzas?

Él la miró sin expresión.

—¿Y por qué no iba a repartir pizzas?

Emma buscó en la mesita que estaba al lado de la puerta el dinero que solía haber allí.

—No lo sé. Eres un vampiro. Suponía que tendrías algo mejor que hacer con tu vida. O con tu no vida. Lo que sea.

El vampiro pareció ofenderse.

—¿Sabes lo difícil que es conseguir un empleo cuando tu tarjeta de identidad dice que tienes ciento cincuenta años y solo puedes salir por la noche?

—No —admitió Emma mientras cogía las cajas—. No había pensado en eso.

—Los nefilim nunca piensan.

Se metió un billete de cincuenta en el bolsillo de los vaqueros, y Emma se fijó en que llevaba una camiseta gris en la que ponía LIM por delante.

—¿La Imbecilidad Mata? —preguntó.

El vampiro se animó.

—Los Instrumentos Mortales. Son un grupo de música. De Brooklyn. ¿Los conoces?

Emma sí los conocía. El mejor amigo y *parabatai* de Clary, Simon, había tocado en ese grupo cuando era mundano. Por eso habían acabado utilizando ese nombre, que hacía referencia a los tres objetos más sagrados en el mundo de los cazadores de sombras. Ahora, Simon también era cazador de sombras. Se preguntó qué le parecería que el grupo continuara sin él; que todo continuara sin él.

Volvió a subir la escalera pensando en Clary y los demás del Instituto de Nueva York. Clary había descubierto que era cazadora de sombras cuando tenía quince años. Hubo un tiempo en el que pensaba que llevaría una vida mundana. Había hablado de eso con Emma, del modo que cualquiera hablaría de un camino que no había escogido. Había comenzado su vida de cazadora de sombras con mucho bagaje, incluido su mejor amigo, Simon. Pero no podía haber elegido otra cosa. Nunca habría podido ser una mundana.

De repente, Emma pensó que le gustaría hablar con ella sobre lo que eso podía significar. Simon había sido el mejor amigo de Clary toda su vida, igual que Jules había sido el de Emma. Luego, cuando Simon pasó a ser cazador de sombras, se hicieron *parabatai*. ¿Qué había cambiado? Emma se lo preguntaba. ¿Cómo era pasar de mejores amigos a *parabatai* sin haber sabido desde siempre que lo ibas a ser? ¿En qué era diferente?

¿Y por qué no sabía ella la respuesta a esa pregunta?

Cuando volvió a la sala del ordenador, Malcolm estaba junto al escritorio.

—Verás, no es en absoluto un círculo de protección... —estaba diciendo, pero se calló al entrar Emma—. ¡Es pizza!

—No puede ser pizza —respondió Ty, mirando perplejo la pantalla. Sus largos dedos casi habían desenredado todos los limpiadores de pipas; cuando acabara, volvería a enredarlos y comenzaría de nuevo.

—Muy bien, ya vale —dijo Jules—. Nos vamos a tomar un descanso de asesinatos y perfiles para cenar. —Con una mirada agradecida, le cogió las cajas a Emma y las dejó sobre la mesita de café—. No me importa de lo que habléis mientras que no tenga nada que ver con muerte y sangre. Nada de sangre.

—Pero es una pizza de vampiros —señaló Livvy.

—Irrelevante —replicó Julian—. Al sofá. Ya.

—¿Podemos ver una película? —intervino Malcolm, y sonó igual que Tavvy.

—Sí, podemos ver una peli —contestó Julian—. Venga, Malcolm, ya sé que eres el Brujo Supremo de Los Ángeles, pero sienta el culo de una vez.

La pizza de vampiros era sorprendentemente buena. Emma decidió enseguida que no le importaba lo que llevara la salsa. Cabezas de ratones, trozos de gente estofados, lo que fuera. Era increíble. Tenía un borde crujiente y la cantidad justa de mozzarella fresca. Se lamió el queso de los dedos y le hizo unas muecas a Jules, que tenía unos excelentes modales en la mesa.

La película fue mucho más confusa. Parecía tratar acerca de un hombre que tenía una librería y estaba enamorado de una mujer famosa, pero Emma no reconocía a ninguno de los actores y no estaba segura de si debería. Cristina la miraba con ojos perplejos, Ty se puso los auriculares y cerró los párpados, y Dru y Livvy se sentaron una a cada lado de Malcolm y le dieron amables palmaditas mientras lloraba.

—El amor es hermoso —dijo Malcolm en el momento en que el hombre de la pantalla corría entre el tráfico.

—Eso no es amor —replicó Julian recostándose contra el respaldo del sofá. La luz parpadeante de la pantalla le bailaba sobre la piel y lo hacía parecer diferente, añadiendo manchas de oscuridad e iluminándole las sombras bajo los pómulos y el hueco del cuello—. Es una película.

—Vine a Los Ángeles para recuperar el amor —explicó Malcolm, y sus oscuros ojos de color violeta se veían tristes—. Todas las grandes películas son de amor. El amor perdido, encontrado, destruido, recuperado, vendido, comprado, que muere o renace. Me encantan las películas, pero se han olvidado de lo que son. Explosiones, efectos, eso no era lo importante cuando vine aquí. Lo importante era encender cigarrillos de modo que parecieran el fuego celestial e iluminar a las mujeres de modo que parecieran ángeles. —Malcolm suspiró—. Vine aquí para resucitar el amor verdadero de entre los muertos.

—Ay, Malcolm —exclamó Drusilla, y se echó a llorar. Livvy le pasó una servilleta de las que iban con las pizzas—. ¿Por qué no tienes novio?

—Soy hetero —respondió Malcolm sorprendido.

—Bueno, vale, entonces novia. Deberías encontrar una buena chica subterránea, quizá una vampira, que viviría eternamente.

—Deja en paz la vida amorosa de Malcolm, Dru —la reprendió Livvy.

—El verdadero amor es difícil de encontrar —repuso Malcolm mientras señalaba a la pareja que se besaba en la pantalla.

—El amor de película es difícil de encontrar —replicó Julian—. Porque no es real.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cristina—. ¿Acaso sugieres que no existe el amor verdadero? No me lo creo.

—El amor no es perseguir a alguien hasta el aeropuerto —insistió Julian. Se inclinó hacia delante, y Emma vislumbró el borde de su Marca de *parabatai* en la clavícula, sobre el cuello de la camiseta—. El amor significa que ves a alguien. Eso es todo.

—¿Que lo ves? —repitió Ty, que parecía no entender. Había bajado el volumen de su reproductor, pero seguía con los auriculares puestos aplastándole el cabello negro.

Julian cogió el mando a distancia. La película había acabado, ya se reproducían los créditos.

—Cuando amas a alguien, se convierte en una parte de ti. Está en todo lo que haces. Está en el aire que respiras, en el agua que bebes; su voz permanece en tus oídos y sus ideas en tu cabeza. Conoces sus sueños porque sus pesadillas se te clavan en el corazón, y sus sueños buenos son también los tuyos. Y no crees que es perfecto, sino que conoces sus defectos, la auténtica verdad de sus defectos y las sombras de todos sus secretos, y eso no te hace alejarte; de hecho, lo amas más por eso, porque no quieres que sea perfecto. Tú quieres a ese alguien. Quieres...

Se calló de repente, como si acabara de darse cuenta de que todos lo estaban mirando.

—¿Quieres qué? —preguntó Dru con los ojos muy abiertos.

—Nada —contestó Julian—. Es solo hablar por hablar. —Apagó la tele y recogió las cajas de las pizzas—. Voy a tirar esto —dijo, y se marchó.

—Cuando se enamore... —comentó Dru mirando cómo se marchaba—, va a ser... ¡bufff!

—Claro que entonces seguramente no volveremos a verlo —dijo Livvy—. Una chica con suerte, sea quien sea.

Ty juntó las cejas.

—Lo decís en broma, ¿verdad? —preguntó—. No creéis en serio que no volveremos a verlo, ¿no?

—Claro que no —replicó Emma.

Cuando Ty era mucho más pequeño lo dejaba perplejo el modo en que la gente hablaba y cómo exageraban para afirmar algo. Frases como «dar gato por liebre» lo molestaban, y a veces se sentía hasta un poco traicionado, porque le gustaban más los

gatos que las liebres.

En algún momento, Julian había comenzado una serie de dibujos divertidos en los que le mostraba el sentido literal de ciertas frases y luego el figurado. Ty se había reído de la ilustración de un gato con orejas muy largas o de la gente quedándose con la boca abierta, y también de los dibujitos de animales y personas dentro de un bocadillo explicando lo que quería decir realmente esa expresión. Después de eso, muchas veces se pasaba las horas en la biblioteca, buscando expresiones y su significado, memorizándolos. A Ty no le importaba que le explicaran las cosas, y nunca olvidaba lo que había aprendido, pero prefería hacerlo por sí mismo.

No obstante, a veces le gustaba que le confirmaran que una exageración era una exageración, incluso si estaba casi seguro de que lo era. Livvy, que conocía mejor que nadie la ansiedad que el lenguaje impreciso podía causarle a su hermano, se puso en pie y fue hacia él. Lo rodeó con los brazos y le apoyó la barbilla en el hombro. Ty reposó la cabeza en la de ella y entrecerró los ojos. Le gustaban las muestras físicas de afecto cuando estaba de humor para ellas, mientras no fueran demasiado intensas... Le gustaba que le alborotaran el pelo y que le rascaran o palmearan la espalda. A veces, a Emma le recordaba un poco a su gato, *Iglesia*, cuando este quería que lo acariciaran.

Se hizo la luz. Cristina se levantó y volvió a encender la luz mágica. La claridad fue llenando toda la sala mientras Julian regresaba y miraba a su alrededor; si antes parecía haber perdido la compostura, ya la había recuperado.

—Es tarde —dijo—. Hora de irse a la cama. Sobre todo tú, Tavvy.

—No me gusta irme a la cama —replicó Tavvy, que estaba sentado en el regazo de Malcolm, con un juguete que le había dado este. Era cuadrado y de color lila, y soltaba chispas brillantes.

—Ese es el espíritu de la revolución —dijo Jules—. Malcolm, muchísimas gracias. Estoy seguro de que volveremos a necesitar tu ayuda.

Malcolm bajó a Tavvy al suelo, se puso en pie y se sacudió las migas de la pizza de su arrugada ropa. Cogió la chaqueta y se dirigió al pasillo, con Emma y Julian tras él.

—Bueno, ya sabéis dónde encontrarme —dijo mientras subía la cremallera de la chaqueta—. Mañana iba a hablar con Diana sobre...

—Diana no puede saberlo —lo cortó Emma.

Malcolm la miró, confuso.

—¿No puede saber qué?

—Que estamos investigando esto —explicó Julian, quitándole la palabra a Emma—. No quiere que nos involucremos. Dice que es peligroso.

Malcolm los miró con disgusto.

—Podrías haberlo mencionado antes —replicó—. No me gusta ocultarle las cosas.

—Lo siento —respondió Julian, con la justa expresión de disculpa. Julian era un

mentiroso consumado cuando quería; ni una sombra de lo que sentía realmente le cruzaba la cara—. De todas formas, no podremos avanzar mucho más sin la ayuda de la Clave y de los Hermanos Silenciosos.

—Muy bien. —Malcolm los miró fijamente, y Emma hizo todo lo que pudo para igualar la cara de póquer de Julian—. Pero tenéis que explicárselo a Diana mañana. —Metió las manos en los bolsillos y la luz destelló sobre su pelo de color indeterminado—. Hay una cosa que se me había pasado decir. Esas marcas que Emma encontró alrededor del cadáver no son de un hechizo protector.

—Pero has dicho... —comenzó Emma.

—He cambiado de opinión al verlas más de cerca —explicó Malcolm—. No son runas de protección. Son de invocación. Alguien está empleando la energía de los cadáveres para invocar.

—¿Para invocar qué? —preguntó Jules.

Malcolm negó con la cabeza.

—Algo a este mundo. Un demonio, un ángel, no lo sé. Echaré otra ojeada a las fotos y preguntaré discretamente por el Laberinto Espiral.

—Y si era un hechizo de invocación —inquirió Emma—, ¿funcionó o no?

—¿Un hechizo como ese? —respondió Malcolm—. Si hubiera funcionado, créeme que te habrías enterado.

A Emma la despertó un maullido lastimero.

Abrió los ojos y vio a un gato persa sentado sobre su pecho. Era un persa azul, para ser exactos; una bola peluda con las orejas gachas y grandes ojos amarillos.

Emma soltó un gritito mientras saltaba de la cama. El animal salió volando. Luego siguieron unos instantes de caos, mientras ella buscaba a tientas la lámpara en la mesilla y el gato lanzaba sonoros maullidos. Consiguió encender la luz y lo vio sentado ante la puerta de su dormitorio, con pinta de estar tranquilo y saber que ese era su lugar.

—*Iglesia* —se quejó Emma—. ¿De verdad no puedes ponerte en ningún otro sitio?

Por su expresión, era evidente que *Iglesia* pensaba que no. Hacía cuatro años había aparecido ante la puerta, dentro de una caja con una nota dirigida a Emma y un breve mensaje: «Por favor, cuida de mi gato. Hermano Zachariah».

En aquel momento, Emma no había sido capaz de imaginarse por qué un Hermano Silencioso, incluso retirado, querría que ella le cuidara el gato. Llamó a Clary, que le explicó que el felino había vivido en el Instituto de Nueva York, pero que, en realidad, pertenecía al hermano Zachariah, y que si Emma y Julian querían el gato, que se lo quedaran.

Se llamaba *Iglesia*, les dijo.

Iglesia resultó ser la clase de gato que no se queda donde lo dejan. No paraba de

escaparse por las ventanas y desaparecía durante días, incluso semanas. Al principio, Emma se ponía de los nervios cada vez que se marchaba, pero siempre volvía, más satisfecho que nunca. Cuando Emma cumplió catorce años, el gato siempre regresaba con regalos para ella atados al collar: conchas y trozos de vidrio marino. Emma había colocado las conchas en el alféizar de su ventana. Los vidrios se habían convertido en el brazalete de la suerte de Julian.

Emma ya sabía que los regalos eran de Jem, pero no tenía ningún modo de comunicarse con él para agradecerse. Así que se esforzó por cuidar de *Iglesia* lo mejor posible. Siempre había pienso y agua limpia en la entrada. Ya no se preocupaban por sus desapariciones, pero todos se alegraban de verlo cuando volvía.

Iglesia maulló y rascó la puerta. Emma sabía qué quería: que lo siguiera. Con un suspiro, se puso un jersey sobre la camiseta y se calzó las chanclas.

—Más vale que valga la pena —le dijo a *Iglesia* mientras cogía la estela—. O te convertiré en una raqueta de tenis.

Iglesia no pareció preocuparse. Guio a Emma por el pasillo y escaleras abajo hasta la puerta principal. La luna estaba alta y brillante y se reflejaba en el agua a lo lejos. Dibujaba un camino hacia el que Emma se dirigía divertida, mientras *Iglesia* mantenía su trotecillo. Emma lo cogió para cruzar la autovía, y luego lo dejó en la playa al llegar al otro lado.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo—. La caja de arena más grande del mundo.

Iglesia le lanzó una mirada diciéndole que no lo impresionaba su ingenio, y se dirigió hacia la orilla. Avanzaron juntos por encima de la marca del agua. Era una noche tranquila, con menos olas que viento. De vez en cuando, *Iglesia* corría para alcanzar un cangrejo, pero siempre regresaba para trotar delante de ella, hacia las constelaciones del norte. Emma estaba comenzando a preguntarse si realmente la estaría llevando a algún lugar cuando se dio cuenta de que habían rodeado la curva de rocas que ocultaba la playa secreta que compartía con Julian, y que no estaba vacía.

Aminoró el paso. La luna iluminaba la arena, y Julian estaba sentado en medio, alejado de la orilla. Emma fue hacia él. Los pies se le hundían en la arena sin hacer ruido. Julian no alzó la mirada.

Pocas veces Emma tenía la oportunidad de contemplar a Julian sin que él se diera cuenta de que lo estaba mirando. Le resultó raro, incluso un poco inquietante. La luna brillaba lo suficiente para permitirle ver el color de su camiseta (roja) y que llevaba unos vaqueros viejos e iba descalzo. El brazalete de vidrio marino parecía despedir un halo de luz. Pocas veces había deseado saber dibujar, pero sí en ese momento, solo para poder trazar la línea única y perfecta que iba desde el ángulo de la pierna doblada hasta la curva de la espalda de Julian, que se hallaba inclinado hacia delante.

Se detuvo a solo unos pasos de él.

—¿Jules?

Este alzó la mirada. No pareció sorprenderse lo más mínimo.

—¿Era *Iglesia*?

Emma miró a su alrededor. Tardó un momento en localizar al gato, que se había colocado en lo alto de una roca y se lamía la pata.

—Sí, ha vuelto —dijo Emma, y se sentó al lado de Julian—. Ha venido de visita.

—Te he visto cuando rodeabas las rocas. —Esbozó una media sonrisa—. Creía que estaba soñando.

—¿No puedes dormir?

Julian se frotó los ojos con el dorso de la mano. Tenía los nudillos manchados de pintura.

—Se podría decir que no. —Negó con la cabeza—. Pesadillas raras. Demonios, hadas...

—Lo habitual para los cazadores de sombras —indicó Emma—. Quiero decir que suena como un martes normal.

—Ayúdame, Emma. —Se tumbó sobre la arena y el cabello le formó un halo alrededor de la cabeza.

—Si yo solo quiero ayudar.

Se tendió junto a él, mirando el cielo. La contaminación lumínica de Los Ángeles alcanzaba también la playa, y las estrellas se veían muy tenues. La luna iba apareciendo a ratos entre las nubes. Una extraña sensación de paz había inundado a Emma, algo que le decía que estaba en casa. No había sentido eso desde que Julian y los otros se habían marchado a Inglaterra.

—Estaba pensando en lo que has dicho antes —explicó Julian—. Sobre todos los puntos muertos. Siempre que creemos que hemos descubierto algo que apunta hacia lo que les sucedió a tus padres, ha resultado quedar en nada.

Emma lo miró. La luz de la luna le afilaba el perfil.

—Estaba pensando que quizá eso signifique algo —continuó—; que tal vez tuviésemos que esperar hasta ahora para descubrir quién lo hizo. Hasta que estuvieras preparada. Te he visto entrenar, te he visto mejorar y mejorar. Sea quien sea, sea lo que sea, ahora estás preparada. Ahora puedes enfrentarte a ello. Puedes ganar.

Algo aleteó en el pecho de Emma. La familiaridad, pensó. Ese era Jules, el Jules que ella conocía, el que tenía más fe en ella que ella misma.

—Me gusta pensar que las cosas tienen un sentido —repuso Emma en voz baja.

—Lo tienen. —Calló un momento, mirando al cielo—. He estado contando estrellas. Creo que, a veces, hacer algo inútil ayuda.

—¿Recuerdas cuando éramos pequeños y hablábamos de escaparnos? ¿De dejarnos guiar por la estrella Polar? —preguntó ella—. Antes de la guerra.

Julian dobló los brazos bajo la cabeza. La luna le iluminó las pestañas.

—Cierto. Quería escaparme, unirme a la Legión Extranjera. Cambiarme el nombre por el de Julien.

—No creo que con ese cambio hubieras conseguido despistar a nadie. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Jules, ¿qué te preocupa? Sé que le estás dando vueltas a algo.

Julian guardó silencio. Emma veía cómo su pecho subía y bajaba lentamente. El sonido de su respiración quedaba ahogado por el del mar.

Le puso la mano sobre el brazo y dibujó suavemente con el dedo.

«¿Q-U-É-T-E-P-A-S-A?».

Él volvió el rostro hacia el otro lado. Lo vio estremecerse, como si hubiera sentido frío.

—Es por Mark —contestó él.

Julian seguía con la mirada apartada de ella. Emma solo le veía la curva del cuello y la barbilla.

—¿Mark?

—He estado pensando en él —explicó Julian—. Más de lo habitual. Helen siempre está al otro lado del teléfono si la necesito, aunque se halle en la isla de Wrangel. Pero Mark es como si hubiera muerto.

Emma se incorporó.

—No digas eso. No está muerto.

—Lo sé. ¿Y sabes cómo lo sé? —preguntó Jules con voz tensa—. Todas las noches solía esperar a la Cacería Salvaje. Pero nunca aparecía. Estadísticamente, deberían haber pasado por aquí al menos una vez en los últimos cinco años. Pero no lo han hecho. Creo que Mark no les deja.

—¿Por qué no? —Emma lo miraba fijamente. Jules casi nunca hablaba así, con tanta amargura en la voz.

—Porque no quiere vernos. Ni saber nada de nosotros.

—¿Porque os quiere?

—O porque nos odia. No lo sé. —Julian escarbó inquieto en la arena—. Yo si fuera él nos odiaría. A veces yo lo odio.

Emma tragó saliva.

—Y yo también a mis padres, por morir. A veces. Eso... no significa nada, Jules.

Al fin, él volvió el rostro hacia ella. Tenía los ojos enormes, anillos negros alrededor de los iris verde azulado.

—No me refiero a ese tipo de odio —dijo en voz baja—. Si estuviera aquí, todo sería diferente. Habría sido diferente. Yo no tendría que estar en casa por si Tavvy se despierta. No estaría haciendo algo malo al caminar por la playa porque necesito alejarme de todo. Tavvy, Dru, Livvy, Ty... habrían tenido a alguien que los cuidara. Mark tenía dieciséis años; yo tenía doce.

—Ninguno de vosotros escogisteis...

—No, no lo escogimos. —Julian se incorporó. Llevaba el cuello de la camisa abierto y tenía arena en la piel y el pelo—. No escogimos esto. Porque si hubiera podido hacerlo, habría tomado unas decisiones muy diferentes.

Emma sabía que no debía preguntarle cuando estaba así. Pero no tenía experiencia en verlo de este modo; no sabía muy bien cómo reaccionar, cómo ser.

—¿Qué habrías hecho diferente? —susurró.

—No sé si habría querido tener un *parabatai*. —Las palabras le salieron claras, precisas y brutales.

Emma se echó hacia atrás. Fue como si estuviera metida en el agua hasta la rodilla y que una ola repentina e inesperada la hubiese golpeado en toda la cara.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó—. ¿No lo habrías querido? ¿Conmigo?

Julian se puso en pie. La luna había escapado de la cortina de nubes y brillaba con toda su fuerza, tanto que Emma pudo distinguir el color de la pintura que manchaba las manos de Julian; las tenues pecas sobre los pómulos; la tirantez de la piel alrededor de la boca y las sienas. El color entrañable de sus ojos.

—No —respondió—. Sin duda no lo habría querido.

—Jules —exclamó ella, perpleja, dolida y enfadada, pero él ya se alejaba hacia la orilla.

Para cuando Emma se puso en pie, Julian ya había llegado a las rocas. Era una larga y fina sombra subiendo por ellas. Y luego desapareció.

Emma podría haberlo alcanzado, de haber querido; lo sabía. Pero no quiso. Por primera vez en su vida no le apetecía hablar con Julian.

Algo le rozó los tobillos. Miró hacia abajo y vio a *Iglesia*. Sus ojos amarillos parecían compadecerla, así que lo cogió y lo estrechó contra sí, escuchando su ronroneo mientras subía la marea.

IDRIS, 2007, LA GUERRA OSCURA

A los doce años, Julian Blackthorn mató a su padre.

Hubo, claro, circunstancias atenuantes. Su padre ya no era su padre. Era un monstruo con la cara de su padre. Pero cuando llegaban las pesadillas, en lo profundo de la noche, eso no importaba. Julian veía el rostro de Andrew Blackthorn y su mano sujetando la espada, y la hoja iba a atravesar a su padre, y él lo sabía.

Estaba maldito.

Eso era lo que pasaba cuando matabas a tu padre. Los dioses te maldecían. Se lo había dicho su tío, y su tío sabía muchas cosas, sobre todo cosas que tenían que ver con las maldiciones de los dioses y el precio de la sangre derramada.

Julian había visto mucha sangre derramada, más de la que cualquier niño de doce años debería ver. La culpa era de Sebastian Morgenstern. Él había sido el cazador de sombras que había iniciado la Guerra Oscura, el que había empleado hechizos y trucos para transformar a cazadores de sombras normales en máquinas de matar sin voluntad. Un ejército a su servicio. Un ejército para destruir a todo nefilim que no se uniera a él.

Julian, sus hermanos y Emma habían estado refugiados en la Sala de los Acuerdos. Era la más grande de Idris, y se suponía que podía impedir la entrada a los monstruos. Pero no pudo evitar que entraran cazadores de sombras, aunque hubieran perdido el alma.

La enorme puerta de doble hoja había reventado y los Oscurecidos habían entrado en avalancha, y como un veneno liberado en el aire, allí adonde iban los seguía la muerte. Abatieron a los guardias, abatieron a los niños a los que estos protegían. No les importaba. No tenían conciencia.

Estaban adentrándose en la sala. Julian había tratado de reunir a sus hermanos en un grupo: Ty y Livvy, los serios mellizos, Dru, que solo tenía ocho años, y Tavvy, el bebé. Se plantó ante ellos con los brazos abiertos, como si así pudiera protegerlos, como si pudiera crear una muralla con su cuerpo para detener a la muerte.

Y entonces la muerte se puso ante él. Un Oscurecido, con las runas demoníacas ardiéndole en la piel, enredado cabello castaño y ojos de color verde azulado inyectados en sangre, el mismo color que los de Julian.

Su padre.

Julian buscó a Emma con la mirada, pero ella estaba luchando contra un guerrero hada, feroz como el fuego, con su espada, Cortana, destellándole en las manos. Julian quería ir a su lado, lo necesitaba desesperadamente, pero no podía

dejar a los niños. Alguien tenía que protegerlos. Su hermana mayor estaba fuera; a su hermano mayor se lo había llevado la Cacería. Tendría que ser él.

Entonces fue cuando Andrew Blackthorn llegó hasta ellos. Cortes ensangrentados le marcaban la cara. Su piel parecía floja y grisácea, pero agarraba la espada con firmeza y tenía la mirada clavada en sus hijos.

—Ty —llamó, con una voz grave y áspera. Y miró a Tiberius, su hijo, con un ansia rapaz en su mirada—. Tiberius. Mi Ty. Ven aquí.

Ty abrió mucho los ojos. Su melliza, Livia, lo agarró, pero él trató de avanzar hacia su padre.

—¿Papá? —dijo.

El rostro de Andrew Blackthorn pareció partirse en dos con su mueca risueña, y Julian pensó que podía ver a través de ella la maldad y la oscuridad de su interior, el pestilente núcleo de horror y caos que era lo único que animaba el cuerpo del que en un tiempo había sido su padre. La voz de su padre se alzó en una especie de canturreo: «Ven aquí, hijo mío, mi Tiberius...».

Ty dio otro paso adelante, y Julian desenvainó la espada que le colgaba del cinto y la lanzó.

Tenía doce años. No era especialmente fuerte ni especialmente hábil. Pero los dioses que pronto lo odiarían debieron de sonreírle en ese tiro, porque la espada voló como una flecha, como una bala, y se clavó en el pecho de Andrew Blackthorn, tirándolo al suelo. Murió antes de chocar contra el mármol, y su sangre se extendió como un charco rojo oscuro.

—¡Te odio! —Ty se lanzó sobre Julian, y este abrazó a su hermanito, dando gracias al Ángel una y otra vez de que Ty estuviera bien, respirara, pataleara, le golpeará el pecho y lo mirara con ojos llorosos y enfadados—. Lo has matado. Te odio. Te odio...

Livvy lo cogió por la espalda y trató de apartarlo. Julian notaba la sangre de Ty corriéndole por las venas, el ir y venir de su pecho; notó la fuerza del odio de su hermano y supo que eso significaba que Ty estaba vivo. Todos estaban vivos. Livvy, con sus suaves palabras y sus manos tranquilizadoras; Dru, con sus enormes ojos aterrorizados, y Tavvy, con sus lágrimas de incompreensión.

Y Emma. Su Emma.

Había cometido el más antiguo y fatal de los pecados: había matado a su propio padre, a la persona que le había dado la vida.

Y volvería a hacerlo.

¿Qué clase de persona era?

5

NOBLE PARENTELA

—Bien, ¿cuándo se firmaron los primeros Acuerdos? —preguntó Diana—. ¿Y qué efecto tuvieron?

Era un día demasiado luminoso para concentrarse. El sol entraba por las altas ventanas e iluminaba la pizarra ante la cual Diana iba de un lado a otro dándose golpecitos en la palma de la mano con su estela. El tema de la lección estaba escrito en la pizarra en una letra casi ilegible: Emma distinguía las palabras «Acuerdos», «Paz Fría» y «evolución de la Ley».

Miró a Jules de reojo, pero este se hallaba inclinado sobre unos papeles. No habían hablado aún, sin contar las frases durante el desayuno a las que obligaba la educación. Emma se había despertado con una sensación de vacío en el estómago y las manos doloridas de estrujar las sábanas.

También *Iglesia* la había abandonado en algún momento de la noche. Estúpido gato.

—Se firmaron en 1872 —contestó Cristina—. Eran una serie de pactos entre las diferentes especies del Mundo de las Sombras y los nefilim, destinados a mantener la paz entre ellos y establecer unas reglas comunes.

—También protegían a los subterráneos —añadió Jules—. Antes de los Acuerdos, si los subterráneos se peleaban entre ellos, los cazadores de sombras ni podían ni querían intervenir. Los Acuerdos garantizaron nuestra protección a los subterráneos. —Calló un instante—. Al menos hasta la Paz Fría.

Emma recordó la primera vez que había oído lo de la Paz Fría. Julian y ella se hallaban en la Sala de los Acuerdos cuando se propuso. El castigo a las hadas por su papel en la Guerra Oscura de Sebastian Morgenstern. Recordó sus propios sentimientos contradictorios. Su padres habían muerto debido a la guerra, pero ¿por qué Mark y Helen, a los que quería, debían sufrir ese castigo tan solo por tener sangre de hada en las venas?

—¿Y dónde se firmaron los términos de la Paz Fría? —preguntó Diana.

—En Idris —respondió Livvy—. En la Sala de los Acuerdos. Todo el mundo que suele asistir a los Acuerdos debía estar allí, pero la reina seelie y el rey noseelie no se presentaron, así que se modificó y se firmó sin ellos.

—¿Y qué significa la Paz Fría para las hadas? —Diana miró directamente a Emma. Ella posó la mirada en la mesa.

—Los Acuerdos ya no protegen a las hadas —contestó Ty—. Está prohibido ayudarlas, y ellas no deben tratar con los cazadores de sombras. Solo el

Escolamántico y los centuriones pueden tratar con las hadas..., y la Cónsul y el Inquisidor.

—Cualquier hada con un arma será castigada con la muerte —añadió Jules. Parecía agotado. Tenía unas profundas ojeras.

Emma deseó que la mirara. Julian y ella no discutían nunca. Se preguntó si estaría tan anonadado como ella. No paraba de oír en su cabeza lo que le había dicho: que no habría querido ser su *parabatai*. ¿Se refería a que no quería ningún *parabatai* o no la quería a ella, específicamente?

—¿Y qué es la Clave, Tavvy? —Era una pregunta demasiado elemental para el resto, pero Tavvy parecía alegrarse de poder contestar algo.

—El gobierno de los cazadores de sombras —dijo—. Todos los cazadores de sombras en activo están en la Clave. Los que toman decisiones forman el Consejo. Hay tres subterráneos en el Consejo, cada uno representa a una raza diferente de subterráneos. Brujos, licántropos y vampiros. No ha habido un representante de las hadas desde la Guerra Oscura.

—Muy bien —aprobó Diana, y Tavvy sonrió de oreja a oreja—. ¿Puede decirme alguien qué otros cambios ha introducido el Consejo desde el final de la guerra?

—Bueno, la Academia de cazadores de sombras se volvió a abrir —respondió Emma. Ese era un territorio conocido para ella. La Cónsul la había invitado a ser uno de los primeros alumnos. Pero ella había elegido quedarse con los Blackthorn—. Ahora se entrena allí a muchos cazadores de sombras, y también a un montón de aspirantes a la Ascensión, mundanos que quieren convertirse en nefilim.

—Se ha restablecido el Escolamántico —añadió Julian. Los rizos, oscuros y brillantes, le cayeron sobre la mejilla cuando alzó la cabeza—. Existía antes de la firma de los primeros Acuerdos, y cuando las hadas traicionaron al Consejo, este insistió en reabrirlo. El Escolamántico se dedica a la investigación, forma centuriones...

—Imaginad cómo debía de ser el Escolamántico durante todos esos años que ha estado cerrado —dijo Dru, con los ojos brillantes como si estuviera viendo una película de terror—. Perdido en las montañas, del todo abandonado y oscuro, lleno de arañas, fantasmas y sombras...

—Si quieres pensar en algo que realmente da miedo, piensa en la Ciudad de Hueso —intervino Livvy.

La Ciudad de Hueso era donde vivían los Hermanos Silenciosos: una red de túneles subterráneos contruidos con las cenizas de los cazadores de sombras muertos.

—Me gustaría ir al Escolamántico —intervino Ty.

—A mí no —replicó Livvy—. Los centuriones no pueden tener *parabatai*.

—De todas formas, me gustaría ir —insistió Ty—. Podrías venir tú también, si quieres.

—No quiero ir al Escolamántico —afirmó Livvy—. Está en medio de los

Cárpatos. Hace mucho frío, y hay osos.

A Ty se le iluminó el rostro al oír hablar de animales.

—¿Hay osos?

—Basta de charla —terció Diana—. ¿Cuándo se reabrió el Escolamántico?

Cristina, que ocupaba el asiento más cercano a la ventana, alzó la mano para interrumpir.

—Hay alguien subiendo por el camino hacia la puerta —informó—. De hecho, son varios.

Emma volvió a mirar a Jules. Era raro que alguien hiciera una visita no anunciada al Instituto. Solo había unas cuantas personas que serían capaces, pero incluso la mayoría de los miembros del Cónclave habrían concertado una cita con Arthur. Claro que alguien podía haber quedado con Arthur. Aunque, por la expresión de Julian, si ese era el caso, se trataba de una cita de la que él no sabía nada.

Cristina, que se había puesto en pie, soltó un bufido.

—¡Eh! —exclamó—, venid a ver.

Todos corrieron hacia la larga ventana que había en la pared principal de la sala. Estaba situada al frente del Instituto y daba al serpenteante camino que llevaba desde la puerta hasta la autovía que los separaba de la playa y el mar. El cielo estaba azul y sin nubes. El sol destellaba sobre las bridas de plata de los tres caballos, cada uno con un silencioso jinete montando a pelo.

—Hadas —dijo Cristina, y la palabra le salió con el tono seco del asombro.

Sin duda no se equivocaba. El primer caballo era negro y el jinete portaba una armadura negra que parecía de hojas quemadas. El segundo caballo era del mismo color y el jinete vestía una túnica en tono marfil. El tercer caballo era castaño y su jinete iba envuelto de pies a cabeza en un hábito con capucha del color de la tierra. Emma no podía decir si se trataba de un hombre o de una mujer, de un niño o de un adulto.

—«Y primero dejad pasar a los caballos negros y luego dejad pasar los castaños» —murmuró Jules, citando un antiguo poema feérico—. Uno vestido de negro, otro de marrón, y el otro de blanco... Es una legación oficial. De las Cortes. —Julian miró a Diana—. No sabía que Arthur tuviera una reunión con una legación de los seres mágicos. ¿Crees que se lo habrá dicho a la Clave?

Diana negó con la cabeza, claramente perpleja.

—No lo sé. No me ha comentado nada.

Julian se tensó como un arco. Emma pudo notar cómo emanaba de él esa tensión. Una legación de los seres mágicos era algo serio y raro. La Clave tenía que conceder su permiso antes de poder mantener ninguna reunión con ellos. Aunque fuera con el director de un Instituto.

—Diana, tengo que ir.

Cañuda, Diana se dio unos golpecitos con la estela contra la palma de la mano y luego asintió.

—Muy bien. Adelante.

—Voy contigo. —Emma saltó del asiento de la ventana.

Julian, que ya se dirigía a la puerta, se detuvo y se dio la vuelta.

—No —dijo—. No pasa nada. Ya me ocupo yo.

Salió del aula. Por un momento, Emma permaneció inmóvil.

Normalmente, si Julian le hubiera dicho que no hacía falta que lo acompañara, o que tenía que hacer algo él solo, Emma no le habría dado más vueltas. A veces, las circunstancias hacían necesario que se separaran.

Pero la noche anterior había aumentado su sensación de intranquilidad. No sabía qué le pasaba a Jules. No sabía si no quería que estuviera con él, o sí quería pero estaba enfadado con ella, o consigo mismo, o ambas cosas.

Pero sabía que los seres mágicos eran peligrosos, y no iba a permitir de ninguna manera que Julian se enfrentase a ellos solo.

—Voy a ir —dijo, y fue hacia la puerta. Se detuvo para coger a *Cortana*, que colgaba de un gancho.

—Emma —dijo Diana con una voz que transmitía mucho más—. Ten cuidado.

La última vez que habían entrado hadas en el Instituto fue para ayudar a Sebastian Morgenstern a arrancar el alma del cuerpo del padre de Julian. Y se habían llevado a Mark.

Emma había llevado a Tavvy y a Dru a un lugar seguro. Había ayudado a salvar las vidas de los hermanos pequeños de Julian. Se habían librado por los pelos.

Pero entonces Emma no llevaba tanto tiempo entrenándose. A los doce años no había matado ni a un solo demonio. No se había pasado años preparándose para luchar, matar y defender.

De ningún modo se iba a quedar atrás.

Hadas.

Julian corrió por el pasillo hasta su cuarto, con la cabeza dándole vueltas.

Hadas en la puerta del Instituto. Tres corceles: dos negros y uno castaño. Una legación de una corte de hadas, pero no sabría decir si de la seelie o de la noseelie. No llevaban ningún estandarte.

Querrían hablar. Si había algo que se les daba bien a las hadas era liar a los humanos hablando, incluso a los cazadores de sombras. Podían hallar la verdad en una mentira, y ver la mentira en el corazón de la verdad.

Cogió la chaqueta que llevaba el día anterior. Ahí estaba, en el bolsillo de dentro. El frasco que Malcolm le había dado. No esperaba necesitarlo tan pronto. Había tenido la esperanza de...

Bueno, no importaba qué esperanza hubiera tenido. Pensó en Emma por un instante, y en el caos de esperanzas truncadas que ella representaba. Pero no era el momento de pensar en eso. Con el frasco en la mano, Julian volvió a salir corriendo.

Llegó al final del pasillo y abrió de golpe la puerta del desván. Corrió escaleras arriba e irrumpió en el estudio de su tío.

El tío Arthur estaba sentado ante su mesa, enfundado en una camiseta algo gastada, vaqueros y mocasines. Estaba comparando dos enormes libros, mascullando algo y tomando notas.

—Tío Arthur. —Julian se acercó a la mesa—. ¡Tío Arthur!

Este le hizo un gesto indicándole que se marchara.

—Estoy metido en algo importante. Algo muy importante, Andrew.

—Soy Julian. —Se puso detrás de su tío y le cerró los dos libros. Arthur alzó la vista sorprendido, mientras abría mucho sus cansados ojos verde azulado—. Ha venido una legación. De las hadas. ¿Sabías que iban a venir?

Arthur pareció encogerse sobre sí mismo.

—Sí —contestó—. Han enviado mensajes... muchos mensajes. —Negó con la cabeza—. Pero ¿por qué? Está prohibido. Las hadas no pueden... contactar con nosotros.

Julian rogó en silencio para que se le concediera paciencia.

—Los mensajes, ¿dónde están los mensajes?

—Los escribieron sobre hojas —respondió Arthur—. Las hojas se deshicieron. Como todo lo que tocan las hadas, se marchita, se deshace y muere.

—Pero ¿qué decían los mensajes?

—Insistían en concertar una reunión.

Julian respiró hondo.

—¿Sabes de qué querían hablar en esa reunión, tío Arthur?

—Estoy seguro de que lo mencionaron en la correspondencia... —respondió Arthur nervioso—. Pero no me acuerdo. —Miró a Julian—. Quizá lo sepa Nerissa.

Julian se tensó. Nerissa era la madre de Mark y Helen. Julian sabía muy poco sobre ella: una princesa entre la nobleza. Era muy hermosa, según contaba Helen, y despiadada. Había muerto hacía muchos años, y en sus días buenos, Arthur la recordaba.

Arthur tenía diferentes tipos de días: los silenciosos, en los que se quedaba sentado sin responder a ninguna pregunta, y los días malos, en los que estaba enfadado, deprimido e incluso, a menudo, llegaba a ser cruel. Mencionar a los muertos representaba que no tenía un día ni malo ni silencioso, sino uno de los peores: un día caótico, un día en el que Arthur no haría nada de lo que Julian pudiera esperar, un día en que podía revolverse furioso o echarse a llorar. El tipo de día que hacía sentir a Julian el amargo sabor del pánico en la garganta.

El tío de Julian no siempre había sido así. Su sobrino lo recordaba como un hombre tranquilo y silencioso, una presencia vaga que de vez en cuando aparecía en las vacaciones familiares. Había sido lo suficientemente locuaz en la Sala de los Acuerdos, cuando había hablado para decir que aceptaba la dirección del Instituto. Nadie que no lo hubiera conocido muy muy bien se habría dado cuenta de que tenía

algo raro.

Julian sabía que Arthur y su padre habían sido prisioneros de las hadas, que Andrew se había enamorado de lady Nerissa y que habían tenido dos hijos: Mark y Helen. Pero lo que le había ocurrido a Arthur durante esos años estaba cubierto por el velo del misterio. Su lunatismo, como la Clave lo habría llamado, era, para Julian, algo producido por las hadas. Si no habían acabado con su cordura sí que habían plantado las semillas de su destrucción. Habían hecho de su mente un frágil castillo, de modo que años más tarde, cuando el Instituto de Londres fue atacado y Arthur resultó herido, se destrozó como si fuera de cristal.

Julian puso la mano sobre la de su tío. Era fina y huesuda; parecía de un hombre mucho más viejo.

—Ojalá no tuvieras que asistir a esa reunión. Pero sospecharán si no lo haces.

Arthur se quitó las gafas y se frotó el tabique nasal.

—Mi monografía...

—Lo sé —repuso Julian—. Es importante. Pero esto también lo es. No solo para la Paz Fría, sino para nosotros. Para Helen. Para Mark.

—¿Te acuerdas de Mark? —preguntó Arthur. Sin las gafas sus ojos parecían más brillantes—. Hace ya tanto tiempo...

—No tanto, tío —replicó Julian—. Lo recuerdo perfectamente.

—Parece que fue ayer. —Arthur se estremeció—. Recuerdo a los guerreros hada. Llegaron al Instituto de Londres con la armadura cubierta de sangre. Tanta como si hubieran estado entre las líneas aqueas cuando Zeus hizo llover sangre. —La mano con que sujetaba las gafas le temblaba—. No puedo volver a verlos.

—No te queda más remedio —dijo Julian. Pensó en todo lo que nunca se había dicho: que él era un crío durante la Guerra Oscura, que había visto a las hadas asesinar a niños, oído los gritos de la Cacería Salvaje. Pero no dijo nada—. Tío, debes hacerlo.

—Si tuviera mi medicación... —gimió Arthur—. Pero hace tiempo que se me acabó.

—Yo tengo. —Jules sacó el frasco del bolsillo—. Deberías haberle pedido más a Malcolm.

—No me he acordado. —Arthur volvió a colocarse las gafas mientras observaba a Julian vaciar el contenido del frasco en el vaso de agua que había sobre la mesa—. Cómo saber... en quién confiar.

—Puedes confiar en mí —afirmó Julian, casi atragantándose con las palabras, y le pasó el vaso a su tío—. Toma. Ya sabes cómo son los seres mágicos. Se alimentan de la inquietud humana y se aprovechan de ella. Esto te mantendrá tranquilo, incluso si tratan de emplear sus trucos.

—Sí.

Arthur miró el vaso, en parte con ansia y en parte con miedo. El contenido le haría efecto durante una hora, quizá menos. Después tendría un horrible dolor de

cabeza que lo obligaría a guardar cama durante días. Julian casi nunca se la daba: esos efectos posteriores hacían que muy pocas veces valiera la pena, pero en ese momento tenía que valerla.

El tío Arthur vaciló un instante. Lentamente, se llevó el vaso a la boca, lo inclinó y fue bebiendo.

El efecto fue inmediato. De repente, todo en Arthur pareció agudizarse, se volvió más claro y preciso, como un esbozo que se ha ido acabando para convertirlo en un detallado dibujo. Se puso en pie y cogió la chaqueta que colgaba de un gancho junto a la mesa.

—Ayúdame a buscar ropa para cambiarme, Julian —dijo—. En el Santuario debemos ir vestidos con decencia.

Todos los Institutos tenían su Santuario.

Siempre había sido así. El Instituto era una mezcla de ayuntamiento y residencia, un lugar donde cazadores de sombras y subterráneos por igual iban a reunirse con el director del Instituto. El director era el representante local de la Clave. En todo el sur de California no había ningún cazador de sombras más importante que el director del Instituto de Los Ángeles. Y el lugar más seguro para reunirse era el Santuario, donde los vampiros no debían temer pisar suelo consagrado y los otros subterráneos estaban protegidos por juramentos.

El Santuario tenía dos puertas. Una daba al exterior, y cualquiera podía atravesarla para entrar en una enorme sala de piedra. La otra puerta conectaba con el interior del Instituto. Al igual que la entrada principal del edificio, esa solo se abría a aquellos con sangre de cazadores de sombras.

Emma se detuvo en el descansillo de la escalera para mirar por la ventana a la legación de los seres mágicos. Había visto los caballos, sin jinete, esperando cerca de la escalera de entrada. Si la legación conocía a los cazadores de sombras, y lo más seguro era que así fuese, entonces ya estarían dentro del Santuario.

La puerta interior del Santuario se hallaba al final del pasillo que conducía a la entrada principal del Instituto. Estaba hecha de dos hojas de cobre que ya hacía tiempo que se habían puesto verdosas; las runas de protección y bienvenida se extendían alrededor del marco como si de hiedra se tratase.

Emma oyó voces desconocidas dentro del Santuario: una, clara como el agua; otra, seca como una ramita al quebrarse bajo el pie. Cerró con fuerza la mano con la que sostenía a *Cortana* y abrió la puerta.

El Santuario tenía la forma de una medialuna y estaba encarado hacia las montañas, hacia los sombríos cañones y los matorrales de color plata verdosa que salpicaban el paisaje. Las montañas tapaban el sol, pero la sala estaba bien iluminada gracias a una gran araña que colgaba del techo. La luz se reflejaba en el cristal tallado e iluminaba el suelo ajedrezado en el que se alternaban los cuadrados de madera

oscura y clara. Si uno se subía a la araña y miraba hacia abajo, descubriría que describían la forma de la runa de poder.

Claro que Emma nunca admitiría haberse subido. Aunque, desde ese ángulo, se tenía una vista excelente del enorme sillón de piedra del director del Instituto.

En el centro de la sala se hallaban las hadas. Solo dos: el de la túnica blanca y el de la armadura negra. Al tercer jinete no se lo veía por ningún lado. Tampoco sus rostros eran visibles. Podía distinguir la punta de los dedos de unas manos largas y blancas que sobresalían por debajo de las mangas, pero ni siquiera podía saber si eran femeninas o masculinas.

Emma percibía el poder salvaje e indómito que surgía de ellos, la sutil sensación de hallarse ante seres de otro mundo. Una sensación como la frialdad húmeda de la tierra contra la piel, como el olor a raíces, hojas y flores de jacarandá.

El hada de negro se rio y se retiró la capucha. Emma se lo quedó mirando. La piel era del verde oscuro de las hojas, las manos como garras, los ojos amarillos como los de una lechuza. Llevaba una capa bordada con el dibujo de un serbal.

Era el hada al que había visto en Sepulcro la otra noche.

—Nos encontramos de nuevo, hermosa —dijo, y su boca, que era como una grieta en la corteza de un árbol, sonrió—. Soy Iarlath, de la corte noseelie. Mi compañero de blanco es Kieran, de la Cacería. Kieran, quítate la capucha.

El otro ser mágico alzó dos delgadas manos, cada uno de los dedos acabado en una uña cuadrada, translúcida. Agarró los bordes de la capucha y la echó hacia atrás con un gesto imperioso, casi rebelde.

Emma contuvo un suspiro. Era hermoso. No como Julian o Cristina, de un modo humano, sino como el filo de *Cortana*. Parecía joven, de no más de dieciséis o diecisiete años, aunque Emma supuso que sería mucho mayor. Un cabello oscuro con un ligero brillo azulado enmarcaba un rostro que parecía esculpido. Su ligera túnica y los pantalones estaban desteñidos y gastados; hubo un tiempo en que debieron de ser elegantes, pero las mangas y los bajos le quedaban un poco cortos sobre el esbelto y grácil cuerpo. Los ojos, muy separados, eran de dos colores: el izquierdo, negro, y el derecho, de un profundo tono plateado. Llevaba unos gastados guanteletes blancos que lo señalaban como príncipe de las hadas, pero sus ojos... Sus ojos decían que formaba parte de la Cacería Salvaje.

—¿Esto es por lo de la otra noche? —preguntó Emma, mientras pasaba la mirada de Iarlath a Kieran—. ¿En Sepulcro?

—En parte —contestó el primero. Su voz sonaba como ramas quebrándose bajo el viento. Como las oscuras profundidades de los bosques de los cuentos de hadas, donde solo vivían los monstruos. Emma se sorprendió de no haberlo notado en el bar.

—¿Es esta la chica? —La voz de Kieran era muy diferente: como olas alcanzando la orilla. Como agua cálida bajo una tenue luz. Era seductora, con un toque frío. Miró a Emma como si esta fuera algún tipo de flor nueva que no sabía si le gustaba—. Es bonita. No creía que fuera guapa. No lo mencionaste.

Iarlath se encogió de hombros.

—A ti siempre te han gustado las rubias —repuso.

—Vale, ya está bien. —Emma chasqueó los dedos—. Eh, estoy aquí. Y no me había enterado de que me habían invitado a venir aquí para jugar a «¿Quién está más bueno?».

—Y yo no me había enterado de que te habían invitado a venir aquí en absoluto —replicó Kieran. Hablaba de una forma normal, como si estuviera acostumbrado a tratar con humanos.

—Grosero —le espetó Emma—. Esta es mi casa. Y ¿qué estáis haciendo aquí, si no es mucho preguntar? ¿Os habéis presentado para decirme que él —señaló a Iarlath— no es el responsable del asesinato en Sepulcro? Porque parece que os habéis tomado demasiadas molestias solo para decir que eres inocente.

—Claro que soy inocente —replicó Iarlath—. No seas ridícula.

En otras circunstancias, Emma habría pasado por alto ese comentario. Sin embargo, las hadas no podían mentir. Al menos no las hadas de pura sangre. Las medio hadas, como Mark y Helen, podían contar cosas que no eran del todo ciertas, pero de esos no había muchos.

Emma cruzó los brazos sobre el pecho.

—Repite conmigo: «No asesiné a la víctima de la que hablas, Emma Carstairs» —dijo—. Así sabré que es cierto.

Iarlath la miró fijamente con desagrado.

—No asesiné a la víctima de la que hablas, Emma Carstairs.

—Entonces ¿por qué estáis aquí? —preguntó Emma—. No me digas que esto va de amor a primera vista. ¿Nos encontramos la otra noche y sentiste algo especial? Lo siento, pero no salgo con árboles.

—No soy un árbol. —Iarlath parecía enfadado; la corteza se le pelaba ligeramente.

—Emma —la reprendió una voz desde la puerta.

Emma se sorprendió al ver que era Arthur Blackthorn. Se hallaba en la entrada del Santuario con un serio traje gris y el cabello bien peinado. Verlo así la sobresaltó; hacía mucho tiempo que no lo recordaba vestido con otra cosa que no fuera una gastada túnica o unos viejos vaqueros manchados de café.

Junto a él estaba Julian, con el cabello alborotado. Emma buscó en su rostro alguna señal de enfado, pero no la encontró. Lo cierto era que parecía que acabara de correr una maratón y estuviera haciendo un esfuerzo para no caer al suelo de agotamiento y alivio.

—Mis disculpas por el comportamiento de mi pupila —dijo Arthur entrando en la sala—. Aunque no está prohibido discutir en el Santuario, va contra el espíritu del lugar. —Se sentó en el enorme sillón de piedra bajo la araña—. Soy Arthur Blackthorn. Este es mi sobrino, Julian Blackthorn. —Julian, que se había colocado a un lado del sillón de Arthur, inclinó la cabeza mientras Kieran e Iarlath se

presentaban—. Y ahora, por favor, explicadnos a qué habéis venido.

Las hadas intercambiaron miradas.

—¿Cómo? —exclamó Kieran—. ¿Ni una palabra sobre la Paz Fría ni sobre que esta visita incumple vuestra Ley?

—Mi tío no es el guardián de la Paz Fría —respondió Julian—. Y no es eso lo que deseamos discutir. Conocéis las reglas tan bien como nosotros; si habéis elegido saltároslas debe de haber una buena razón. Si no queréis compartir esa información, mi tío tendrá que pedirnos que os marchéis.

Kieran lo miró altivo.

—Muy bien —contestó—. Hemos venido a pedir un favor.

—¿Un favor? —preguntó Emma atónita.

Los términos de la Paz Fría eran muy claros: los cazadores de sombras no debían ayudar ni a la corte seelie ni a la noseelie. Los representantes de las cortes no se habían presentado para firmar el tratado de los nefilim; lo habían menospreciado, y ese era su castigo.

—Quizá os halléis confusos —repuso Arthur fríamente—. Debéis de haber oído hablar de mis sobrinos. Quizá creáis que porque nuestros familiares, Mark y Helen, tienen sangre de hada encontraríais aquí quien os escuchara con mayor benevolencia que en cualquier otro Instituto. Pero a mi sobrina la enviaron lejos debido a la Paz Fría, y a mi sobrino nos lo robasteis.

Kieran torció la boca.

—El exilio de tu sobrina fue decretado por los cazadores de sombras, no por las hadas —replicó—. Y en cuanto a tu sobrino...

Arthur suspiró. Agarraba con fuerza los brazos del sillón.

—La mano de la Cónsul se vio forzada por la traición de la reina seelie —repuso Arthur—. Guerreros noseelie lucharon a su lado. Ninguna hada tiene las manos limpias de sangre. No tenemos una buena disposición hacia las hadas.

—La Paz Fría no fue lo que apartó a Mark de nosotros —afirmó Julian, con las mejillas ardiendo—. Fuisteis vosotros. La Cacería Salvaje. Podemos ver en tus ojos que cabalgas con Gwyn, no lo niegues.

—Claro —replicó Kieran con una ligera sonrisita sarcástica—. No lo negaría.

Emma se preguntó si alguien más había oído a Julian inspirar con fuerza.

—Así que conoces a mi hermano.

La sonrisita se borró del rostro de Kieran.

—Claro que lo conozco.

A Julian parecía costarle contenerse.

—¿Qué sabes de Mark?

—¿Por qué finges sorpresa? —preguntó Iarlath—. Es una tontería. Mencionábamos a Mark de la Cacería en la carta que enviamos.

Emma vio la expresión de sobresalto en el rostro de Julian. Intervino rápidamente porque no quería que fuese él quien tuviera que preguntarlo.

—¿Qué carta?

—Estaba escrita sobre una hoja —explicó Arthur—. Una hoja que se deshizo. — Estaba sudando. Sacó un pañuelo del bolsillo interior de la chaqueta y se enjugó la frente—. Hablaba de asesinatos. De Mark. No creí que fuera real. Estaba...

Julian dio un paso adelante, medio tapando a su tío.

—¿Asesinatos?

Kieran lo miró y los ojos se le ensombrecieron. Emma tuvo la incómoda sensación de que Kieran pensaba saber algo sobre su *parabatai*, algo que ella ignoraba.

—Ya sabes lo de los asesinatos —contestó Kieran—. Emma Carstairs encontró uno de los cadáveres. Sabemos que conocéis la existencia de otros.

—¿Y qué os importa? —preguntó Julian—. Por lo general, las hadas no se involucran en la sangre derramada del mundo de los humanos.

—Lo hacemos si la sangre derramada es sangre de hada —repuso Kieran, y vio la sorpresa en sus rostros—. Como sabéis, el asesino ha estado matando y mutilando también a hadas. Por eso Iarlath estaba en Sepulcro. Por eso Emma Carstairs se lo encontró allí. Estabais siguiendo el rastro de la misma presa.

Iarlath metió la mano dentro de la capa y sacó un puñado de reluciente mica. Lo tiró al aire, donde las partículas se quedaron colgando y se separaron, formando imágenes tridimensionales. Imágenes de cadáveres, cadáveres de hadas, de hadas nobles de aspecto humano. Todos tenían la piel grabada con las puntiagudas marcas que poseía el cadáver que Emma había encontrado en el callejón.

Emma se encontró inclinándose inconscientemente hacia delante, tratando de ver mejor el espejismo.

—¿Qué es esto? ¿Fotos mágicas?

—Recuerdos, conservados con magia —explicó Iarlath.

—Ilusiones ópticas —replicó Julian—. Y las ilusiones pueden mentir.

Iarlath hizo un movimiento con la mano y las imágenes cambiaron. De repente, Emma estaba viendo al hombre muerto que había encontrado en el callejón tres noches atrás. Era una imagen exacta, hasta en la retorcida expresión de horror en el rostro del muerto.

—¿Es esto una mentira?

Emma clavó la mirada en Iarlath.

—Lo viste. Probablemente lo encontraste antes que yo, ¿no es así?

Iarlath cerró la mano y los brillantes granos de mica cayeron al suelo como gotas de lluvia, deshaciendo la ilusión.

—Sí. Ya estaba muerto. No podía ayudarlo. Lo dejé para que lo encontraras tú.

Emma no dijo nada. Era evidente que Iarlath estaba diciendo la verdad.

Y las hadas no mentían.

—También han matado a cazadores de sombras, lo sabemos —añadió Kieran.

—A menudo matan a cazadores de sombras —replicó el tío Arthur—. No hay

ningún lugar seguro.

—No es cierto —repuso Kieran—. Hay protección donde hay protectores.

—Mis padres —comenzó Emma, sin hacer caso a Julian, que la miraba negando con la cabeza. «No se lo digas, no se lo cuentes, no les des nada». Emma sabía que Julian tenía razón; estaba en la naturaleza de las hadas arrancarte los secretos y usarlos en tu contra. Pero si existía una posibilidad, por remota que fuera, de que supieran algo...—. Sus cuerpos se hallaron con esas mismas marcas, hace cinco años. Cuando los cazadores de sombras trataron de moverlos, se convirtieron en ceniza. La única razón de que conozcamos esas marcas es porque los nefilim hicieron fotos antes.

Kieran la miró entonces con ojos relucientes. Ninguno de los dos parecía humano: el negro era demasiado oscuro; el plateado, demasiado metálico. Sin embargo, el conjunto era inquietante e inhumanamente hermoso.

—Sabemos lo de tus padres —dijo—. Conocemos su muerte. Sabemos lo del lenguaje demoníaco con el que habían inscrito sus cuerpos.

—Mutilados —soltó Emma casi sin poder respirar, y notó la mirada de Julian sobre ella, recordándole que estaba ahí, un apoyo silencioso—. Desfigurados. No inscritos.

La expresión de Kieran no cambió.

—También sabemos que durante años habéis tratado de traducir o entender los escritos, sin éxito. Podemos ayudaros a que eso cambie.

—¿Qué estás diciendo exactamente? —quiso saber Julian.

Había recelo en sus ojos, en toda su actitud. La tensión que emanaba del cuerpo de Julian impidió que Emma soltara mil preguntas.

—Los eruditos de la corte noseelie han estudiado las marcas —explicó Iarlath—. Parece ser una lengua de Feéra, la tierra de las hadas, empleada en un tiempo muy remoto, mucho anterior a la memoria humana. Antes de que hubiera nefilim.

—De cuando las hadas estaban más unidas a sus antepasados demoníacos —soltó Arthur con voz áspera.

Kieran torció el gesto, como si Arthur hubiera dicho algo desagradable.

—Nuestros eruditos comenzaron a traducirlas —continuó.

De debajo de la capa sacó varias hojas de un papel apergaminado muy fino. Emma vio en ellas las marcas que tan bien conocía. Bajo ellas había palabras, escritas en una complicada letra.

A Emma se le detuvo el corazón.

—Han traducido la primera línea —dijo Kieran—. Parece que quizá sea parte de un hechizo. Ahí nos faltan conocimientos. Los seres mágicos no tratan con hechizos, eso es territorio de los brujos...

—¿Habéis traducido la primera línea? —preguntó Emma con impaciencia—. ¿Qué dice?

—Te lo diremos —contestó Iarlath—, y te entregaremos el trabajo que han

realizado nuestros eruditos hasta el momento, si aceptáis nuestras condiciones.

Julian los miró con recelo.

—¿Por qué solo habéis traducido la primera línea? ¿Por qué no todo?

—Los eruditos casi ni habían acabado de averiguar el significado de esa primera línea cuando el rey noseelie les prohibió continuar —explicó Kieran—. La magia de este hechizo es negra, de origen demoníaco. No quería que esa magia despertara en Feéra.

—Podrías haber continuado con ese trabajo tú mismo —repuso Emma.

—El rey ha prohibido a todas las hadas que toquen esas palabras —replicó Iarlath—. Pero eso no quiere decir que dejemos de involucrarnos. Creemos que ese texto, esas marcas, pueden llevar hasta el asesino una vez se comprendan.

—¿Y queréis que nosotros traduzcamos el resto de las palabras? —preguntó Julian—. ¿Empleando como clave la línea que habéis traducido?

—Más que eso —respondió Iarlath—. La traducción es solo el primer paso. Os llevará hasta el asesino. Cuando hayáis encontrado a esa persona, se la entregaréis al rey noseelie para ser juzgada por el asesinato de las hadas y recibir justicia.

—¿Queréis que hagamos esta investigación para vosotros? —soltó Julian—. Somos cazadores de sombras. Estamos sometidos a la Paz Fría, igual que vosotros. Tenemos prohibido ayudar a los seres mágicos, incluso recibirlos aquí va contra las normas. Sabéis lo que estamos arriesgando. ¿Cómo os atrevéis a pedirnos eso?

La voz de Julian estaba cargada de rabia, una rabia desproporcionada a la propuesta, pero Emma no podía culparlo. Sabía lo que veía cuando miraba a las hadas, sobre todo a las de la Cacería Salvaje. Veía las frías aguas de la isla de Wrangel. Veía el dormitorio vacío del Instituto donde ya no estaba Mark.

—No solo es su investigación —intentó tranquilizarlo Emma con voz calmada—. También es la mía. Esto tiene que ver con mis padres.

—Lo sé —repuso Julian, y su rabia desapareció, sustituida por dolor—. Pero así no podemos, Emma...

—¿Por qué habéis venido aquí? —intervino Arthur, que parecía estar sufriendo y tenía el rostro ceniciento—. ¿Por qué no habéis acudido a un brujo?

Una expresión de decepción se dibujó en la hermosa cara de Kieran.

—No podemos consultar a un brujo —contestó—. Ninguno de los Hijos de Lilith tratará con nosotros. La Paz Fría nos ha apartado de los otros subterráneos. Pero vosotros podéis visitar al Brujo Supremo Malcolm Fade, o incluso al propio Magnus Bane, y pedirles una respuesta a esta pregunta. Nosotros estamos atados de pies y manos, pero vosotros sois... —soltó la palabra con desprecio— libres.

—Os habéis equivocado de familia —repuso Arthur—. Nos pedís que violemos la Ley por vosotros, como si tuviéramos algún cariño especial a los seres mágicos. Pero los Blackthorn no hemos olvidado lo que nos habéis arrebatado...

—No —lo cortó Emma—. Necesitamos esos papeles, necesitamos...

—Emma. —La mirada de Arthur era dura—. Ya basta.

Ella bajó la mirada, pero la sangre le corría deprisa por las venas, cantando una melodía de obstinada rebelión. Si las hadas se iban y se llevaban con ellas esos papeles, hallaría la manera de localizarlos, de recuperar la información, de averiguar lo que necesitaba. De alguna manera. Aunque el Instituto no pudiera arriesgarse, ella sí.

Iarlath miró a Arthur.

—Creo que no quieres tomar esa decisión de manera precipitada.

Arthur apretó los dientes.

—¿Por qué crees que cambiaré de opinión, vecino?

«Los buenos vecinos». Un término muy antiguo para los seres mágicos.

—Porque tenemos algo que queréis más que nada —contestó Kieran—. Y si nos ayudáis, estamos dispuestos a dároslo.

Julian palideció. Emma, que lo miraba, se quedó por un momento tan atrapada por su reacción que no se dio cuenta de lo que esas palabras implicaban. Cuando lo hizo, el corazón le dio un brinco dentro del pecho.

—¿Y qué es? —susurró Julian—. ¿Qué tenéis que nosotros queramos?

—¡Venga, no fastidies! —soltó Kieran—. ¿Qué te parece que es?

La puerta del Santuario, la que daba al exterior del Instituto, se abrió y entró el hada de manto marrón. Se movía con agilidad y en silencio, sin vacilación pero tampoco prisa; sin nada humano en sus movimientos. Al entrar en el dibujo de la runa angelical del suelo, se detuvo. La sala estaba en completo silencio cuando se llevó la mano a la capucha y, por primera vez, vaciló.

Las manos eran humanas, de dedos largos, bronceadas.

Conocidas.

Emma no respiraba. No podía. Julian parecía estar como soñando. El rostro de Arthur era inexpresivo, perplejo.

—Bájate la capucha, muchacho —dijo Iarlath—. Muestra tu rostro.

Las manos conocidas se cerraron sobre la capucha y la bajaron de golpe, apartando el manto de los hombros como si la tela le resultara desagradable. Emma vio el destello de un cuerpo ágil y alto, de un cabello claro, de unas manos delgadas, mientras la capa caía al suelo formando un charco oscuro.

El chico se hallaba en el centro de la runa, jadeando. Un chico que parecía tener unos diecisiete años, con el cabello claro rizado como las parras de acanto. Los ojos mostraban el desdoblamiento de la Cacería Salvaje: dos colores, uno dorado y el otro del azul de los Blackthorn. Iba descalzo y con los pies negros y sucios. Su ropa estaba rasgada y vieja.

Emma sintió como si le rodara la cabeza por una terrible mezcla de horror, alivio y perplejidad. Julian estaba tenso, como si lo hubiera atravesado una corriente eléctrica. Emma vio la rigidez de su mentón, el temblor de un músculo en la mejilla. Julian no abrió la boca; fue Arthur quien habló, medio alzado de su asiento, con una voz frágil e insegura.

—¿Mark?

Mark lo miró con unos ojos cargados de confusión. Abrió la boca para responder, pero Iarlath se volvió hacia él.

—Mark Blackthorn de la Cacería Salvaje —dijo con aspereza—. No hables hasta que se te dé permiso.

Mark cerró los labios. Su rostro era totalmente inexpresivo.

—Y tú —ordenó Kieran, alzando una mano cuando Julian comenzó a avanzar—, quédate donde estás.

—¿Qué le habéis hecho? —A Julian le saltaban chispas de los ojos—. ¿Qué le habéis hecho a mi hermano?

—Mark pertenece a la Cacería Salvaje —contestó Iarlath—. Si elegimos entregárselo, será bajo palabra.

Arthur se había hundido en la silla. Parpadeaba como un búho, pasando la mirada de Mark a los guerreros hada. Su rostro seguía ceniciento.

—Los muertos se alzan y los perdidos regresan —dijo—. Deberíamos hacer ondear estandartes azules desde lo alto de las torres.

Kieran lo contempló con fría perplejidad.

—¿Qué está diciendo?

Julian miró a Arthur, luego a Mark, y finalmente a las dos hadas.

—Se halla en estado de *shock* —contestó—. Está delicado de salud; así ha sido desde la guerra.

—Es de un viejo poema de los cazadores de sombras —intervino Emma—. Me sorprende que no lo conozcas.

—Los poemas contienen muchas verdades —dijo Iarlath, y había un rastro de humor en su voz, pero un humor amargo.

Emma se preguntó si se estaba burlando de ellos o de sí mismo.

Julian miraba fijamente a Mark, con una expresión de absoluta sorpresa y anhelo.

—¿Mark? —llamó.

Este apartó la mirada.

Pareció como si a Julian lo hubiesen asaetado con flechas de elfo, los arteros dardos de las hadas que se hundían bajo la piel y soltaban un veneno letal. Cualquier rabia que Emma hubiera sentido hacia él por lo de la noche anterior se evaporó. Por la expresión del rostro de Julian parecía que unos cuchillos le atravesaran el corazón.

—Mark —repitió, y luego medio susurró—: ¿Por qué? ¿Por qué no puede hablarme?

—Gwyn le ha prohibido hablar hasta que nuestro trato esté sellado —explicó Kieran.

Miró a Mark, y había algo frío en su expresión. ¿Odio? ¿Envidia? ¿Despreciaría a Mark por ser medio humano? ¿Lo harían todos? ¿Cómo le habrían demostrado ese

odio durante todos esos años en los que había estado a su merced?

Emma notaba el esfuerzo que estaba haciendo Julian por contenerse y no salir corriendo hacia su hermano. Habló por él.

—Así que Mark es vuestra moneda de cambio.

Una rabia súbita y sorprendente cruzó el rostro de Kieran.

—¿Por qué debéis afirmar lo evidente? ¿Por qué tienen que hacerlo todos los humanos? Serás tonta...

La actitud de Julian cambió: apartó su atención de Mark, se irguió estirando la espalda y se le endureció la voz. Sonaba tranquilo, pero Emma, que lo conocía muy bien, percibía el hielo en su tono.

—Emma es mi *parabatai* —dijo—. Si vuelves a hablarle así, el suelo del Santuario se manchará de sangre, y no me importa si después me ejecutan por ello.

Los extraños y hermosos ojos de Kieran destellaron.

—Los nefilim sois leales a vuestro compañero escogido, eso os lo concedo. —Agitó una mano, quitando importancia a la situación—. Supongo que Mark es nuestra moneda de cambio, como has dicho tú, pero no olvidéis que es por culpa de los nefilim que necesitamos tenerla. Hubo un tiempo en que los cazadores de sombras habrían investigado los asesinatos de nuestros hermanos porque creían que su obligación era protegernos incluso por encima de su odio.

—Hubo un tiempo en que los seres mágicos nos habrían devuelto sin más a uno de los nuestros —replicó Arthur—. El dolor por la pérdida va en ambos sentidos, al igual que la falta de confianza.

—Bueno, tendréis que confiar en nosotros —manifestó Kieran—. No tenéis a nadie más. ¿O sí?

Hubo un largo silencio. Julian volvió a mirar a su hermano, y en ese momento Emma odió a los seres mágicos, porque al retener a Mark también retenían el corazón, humano y frágil, de Julian.

—Así que queréis que averigüemos quién es el responsable de esos asesinatos —confirmó—. Que detengamos las muertes de hadas y humanos. Y a cambio, ¿nos devolveréis a Mark si lo logramos?

—La Corte está dispuesta a ser mucho más generosa —respondió Kieran—. Os daremos a Mark ahora. Él os ayudará en la investigación. Y cuando esta acabe, podrá escoger entre permanecer con vosotros o regresar a la Cacería.

—Nos elegirá a nosotros —afirmó Julian—. Somos su familia.

A Kieran le brillaron los ojos.

—Yo no estaría tan seguro, joven cazador. Los de la Cacería son leales.

—Él no es de la Cacería —replicó Emma—. Es un Blackthorn.

—Su madre, lady Nerissa, era hada —le recordó Kieran—. Y él ha cabalgado con nosotros, ha recogido a los muertos con nosotros, se ha hecho experto en el uso del arco y las flechas élficas. Es un guerrero formidable al estilo de las hadas, pero no es como vosotros. No luchará como vosotros. No es nefilim.

—Sí, lo es —lo contradijo Julian—. La sangre de los cazadores de sombras produce cazadores de sombras. Su piel soporta las Marcas. Ya conoces las leyes.

Kieran no contestó a eso, simplemente miró a Arthur.

—Solo el director del Instituto puede decidir sobre esto. Debes dejar que tu tío hable libremente.

Emma miró a Arthur. Todos la imitaron. Él pellizcaba nervioso el brazo del sillón.

—Queréis que el chico hada os informe sobre nosotros —dijo finalmente con voz temblorosa—. Será vuestro espía.

El chico hada. No Mark. Emma miró a Mark, pero si un destello de pena le cruzó el pétreo rostro, fue invisible para ella.

—Si quisiéramos espiaros, hay formas más fáciles —replicó Kieran en un frío tono de reproche—. No sería necesario que renunciáramos a Mark, que es uno de los mejores guerreros de la Cacería. Gwyn lo echará mucho en falta. El chico no será nuestro espía.

Julian se apartó de Emma y se puso de rodillas junto al sillón de su tío. Se inclinó hacia él y le habló en susurros. Emma aguzó el oído para ver si podía enterarse lo que decía, pero solo captó unas cuantas palabras sueltas: «hermano», «investigación», «asesinato», «medicina» y «Clave».

Arthur alzó una temblorosa mano, como para silenciar a su sobrino, y se volvió hacia las hadas.

—Aceptaremos vuestra oferta —dijo— con la condición de que no habrá trucos. Al final de la investigación, cuando atrapemos al asesino, Mark podrá elegir libremente si quedarse o marcharse.

—Sin duda —repuso Iarlath—. Siempre y cuando el asesino sea identificado con claridad. Queremos saber quién tiene sangre en las manos; no bastará con que digáis: «lo hizo este o aquel», o «los responsables son los vampiros». El asesino o asesinos quedarán bajo la custodia de las Cortes. Nosotros impartiremos justicia.

«No si soy yo quien encuentra en primer lugar al asesino —pensó Emma—. Os entregaré su cadáver, y eso tendrá que ser más que suficiente».

—Primero júralo —exigió Julian, con una dura mirada en sus brillantes ojos verde azulado—. Di: «Juro que cuando se hayan cumplido los términos de nuestro acuerdo, Mark Blackthorn podrá elegir libremente si desea formar parte de la Cacería o regresar a su vida de nefilim».

La boca de Kieran se tensó.

—Juro que cuando se hayan cumplido los términos de nuestro acuerdo, Mark Blackthorn podrá elegir libremente si desea formar parte de la Cacería o regresar a su vida de nefilim.

Mark no mostraba ninguna expresión en el rostro y permanecía inmóvil, igual que durante toda la reunión; era como si estuvieran hablando de otra persona y no de él. Parecía como si su mirada atravesara las paredes del Santuario y pudiera ver, quizá, el distante océano, o un lugar todavía más lejano.

—Entonces, creo que tenemos un trato —concluyó Julian.

Las dos hadas se miraron, y luego Kieran se acercó a Mark. Le puso las blancas manos sobre los hombros y le dijo algo en un idioma gutural que Emma no entendió: Diana no les había enseñado nada parecido; no era en absoluto el agudo y aflautado idioma de la Corte de las hadas, ni ninguna otra lengua mágica. Mark no se movió, y Kieran se apartó de él sin mostrar ninguna sorpresa.

—Ahora es todo vuestro —dijo—. Le dejaremos su corcel. Se han hecho muy... amigos.

—No podrá ir a caballo —replicó Julian con voz tensa—. Al menos no en Los Ángeles.

La sonrisa de Kieran estaba cargada de desdén.

—Creo que ya averiguarás que este sí lo puede montar.

—¡Dios! —gritó Arthur. Se echó hacia delante con las manos en la cabeza—. Duele...

Julian fue junto a su tío, tratando de cogerlo del brazo, pero Arthur lo apartó y se puso en pie, medio jadeando.

—Si me disculpan... —dijo—. Migraña. Es insoportable.

Se lo veía horriblemente mal. La piel se la había puesto del color de la tiza sucia y tenía el cuello de la camisa empapado de sudor.

Ni Kieran ni Iarlath dijeron nada. Tampoco Mark, que seguía de pie, balanceándose ligeramente sin prestar atención a nada en particular. Las hadas observaron a Arthur con una ávida curiosidad ardiéndoles en los ojos. Emma podía leerles el pensamiento: «El director del Instituto de Los Ángeles. Es débil, enfermizo...».

La puerta interior se abrió y entró Diana. Parecía tan tranquila y controlada como siempre. Sus oscuros ojos abarcaron la escena que tenía ante sí. Su mirada se posó sobre Emma brevemente; estaba cargada de una fría furia.

—Arthur —dijo—. Se te necesita arriba. Ve. Yo escoltaré a la legación para finalizar el acuerdo.

«¿Cuánto rato llevará escuchando fuera?», pensó Emma mientras Arthur, con una mirada de desesperada gratitud, cojeaba hacia la puerta. Diana era silenciosa como un gato cuando quería.

—¿Se está muriendo? —preguntó Iarlath con cierta curiosidad mientras seguía con la mirada la salida de Arthur del Santuario.

—Somos mortales —contestó Emma—. Enfermamos, envejecemos. No somos como vosotros. Pero eso no debería sorprenderos.

—Ya basta —cortó Diana—. Os acompañaré fuera del Santuario, pero primero... la traducción. —Tendió una delgada mano.

Kieran le pasó los papeles casi translúcidos con una mirada irónica. Diana les echó una rápida ojeada.

—¿Qué dice la primera línea? —preguntó Emma, incapaz de contenerse.

Diana frunció el cejo.

—«Fuego al agua» —contestó—. ¿Qué significa?

Iarlath le lanzó una fría mirada y se acercó a ella.

—Será trabajo de tu gente averiguarlo.

Fuego al agua. Emma pensó en los cadáveres de sus padres, ahogados y después deshaciéndose como ceniza; en el cuerpo del hombre del callejón, abrasado y luego empapado de agua salada. Miró a Julian y se preguntó si sus pensamientos estarían siguiendo el mismo camino que los de ella; pero no, él estaba contemplando a su hermano, inmóvil, clavado en el sitio.

Emma estaba deseando poner las manos en los papeles, pero estos se hallaban doblados en la chaqueta de Diana, y esta acompañaba a los dos hombres hasta hacia la salida del Santuario.

—Comprenderéis que debemos investigar sin que lo sepa la Clave —le dijo a Iarlath, que caminaba a su lado. Kieran iba detrás, ceñudo.

—Comprendemos que teméis a vuestro gobierno, sí —respondió Iarlath—. Nosotros también les tenemos miedo: son los arquitectos de la Paz Fría.

Diana no mordió el anzuelo.

—Si tenéis que poneros en contacto con nosotros durante la investigación, debéis hacerlo con cuidado.

—Solo vendremos al Santuario, y podéis dejarnos mensajes aquí —dijo Kieran—. Si nos enteramos de que habéis hablado de nuestro acuerdo fuera de estas paredes, especialmente a alguien que no sea nefilim, nos desagradará sobremanera. Mark también tiene órdenes de la Cacería de mantener el secreto. Puedes estar segura de que no las desobedecerá.

El sol penetró en el Santuario cuando Diana abrió la puerta. Mientras ella y las dos hadas salían al exterior, Emma se sintió muy agradecida con su instructora. Agradecida por haberle evitado el mal trago a Arthur y por ahorrar a Julian el tener que seguir fingiendo que estaba bien.

Porque Jules estaba contemplando a su hermano; mirándolo al fin, sin nadie que viera o juzgara su debilidad. Sin nadie que, en el último momento, lo apartara de Mark.

Este alzó la cabeza despacio. Estaba delgado como un palo, mucho más fino y anguloso de lo que Emma lo recordaba. No parecía haber envejecido, sino más bien haberse afilado, como si le hubieran tallado los huesos del mentón con delicadas herramientas. Era flaco y grácil, como las hadas.

—Mark —susurró Julian, y Emma pensó en las pesadillas que habían despertado a Jules durante años; en sus gritos llamando a su hermano, a Mark; en lo desesperada que sonaba su voz y en lo perdido que parecía.

En ese momento, Mark estaba muy pálido, pero los ojos le brillaban como si estuviera presenciando un milagro. Y era una especie de milagro, pensó Emma: las hadas nunca devolvían lo que habían arrebatado.

O al menos nunca lo devolvían sin que hubiera sufrido cambios.

Emma sintió que un repentino estremecimiento le recorría las venas, pero no hizo ni el más mínimo ruido. No se movió cuando Julian dio un paso hacia su hermano, y luego otro, y luego le habló, con la voz quebrada.

—Mark —susurró—. Mark. Soy yo.

Este miró a Julian directamente a la cara. Había algo en sus ojos de diferente color; ambos eran azules la última vez que Emma lo había visto, y esa diferencia parecía indicar que había algo roto en su interior, como un jarrón con el esmalte agrietado. Mark miró a Julian; se fijó en su altura, sus hombros anchos, su delgadez, su cabello castaño alborotado, sus ojos Blackthorn, y habló por primera vez.

Su voz sonó áspera, rasposa, como si no la hubiera usado desde hacía días.

—¿Padre? —dijo, y entonces, mientras Julian dejaba escapar un grito ahogado de sorpresa, Mark puso los ojos en blanco y se desplomó sobre el suelo, inconsciente.

6

MUCHOS MÁS SABIOS

El dormitorio de Mark estaba lleno de polvo.

Después de su desaparición, nada se había tocado durante años. Finalmente, el día en que Mark cumplió dieciocho años, Julian abrió la puerta y lo limpió en un arrebato salvaje. Guardó en un trastero la ropa, los juguetes y los juegos de Mark. Vació la habitación, dejando un espacio desnudo a la espera de volver a ser llenado.

Emma corrió las polvorientas cortinas y abrió las ventanas para que entrara la luz mientras Julian dejaba a su hermano en la cama.

Las mantas estaban estiradas y remetidas bajo el colchón, y una fina capa de polvo cubría la colcha. Se elevó en una nubecilla cuando Julian dejó a Mark sobre ella. Este tosió, pero no se despertó.

Emma se apartó de las ventanas. Con ellas abiertas, el dormitorio se llenó de luz y convirtió las motas de polvo suspendidas en pequeñas criaturas danzantes.

—Está tan delgado... —dijo Julian—. No pesa casi nada.

Alguien que no lo conociera podría haber pensado que su rostro carecía de expresión. Su cara solo mostraba cierta tensión en los músculos, y tenía los labios apretados en una fina línea. Así era siempre cuando alguna emoción fuerte le turbaba el corazón y trataba de ocultarlo, normalmente a sus hermanos pequeños.

Emma se acercó a la cama. Durante un momento, ambos se quedaron mirando a Mark. Las curvas de los codos, las rodillas y los hombros resaltaban dolorosamente agudas bajo la ropa que llevaba: unos vaqueros raídos, unas botas de cuero atadas por encima de ellos hasta la rodilla y una camiseta casi transparente de vieja y lavada. El cabello rubio enmarañado le tapaba media cara.

—¿Es verdad? —preguntó una vocecita desde la puerta.

Emma se volvió en redondo. Ty y Livvy entraron en el dormitorio, pero solo un poco. Cristina estaba en la puerta, tras ellos, y miró a Emma como si tratara de decirle que había intentado retenerlos. Emma asintió con la cabeza. Sabía lo imposible que resultaba detener a los mellizos cuando querían formar parte de algo.

Era Livvy la que había hablado. Miró más allá de Emma, hacia donde yacía Mark. Inspiró profundamente.

—Es verdad.

—No puede ser. —Ty agitaba las manos, que le colgaban a los costados. Estaba contando con los dedos, de uno a diez, de diez a uno. La mirada que había clavado sobre su hermano inconsciente estaba cargada de incredulidad—. Las hadas no devuelven lo que han quitado.

—No —coincidió Julian con voz suave, y Emma se preguntó, no por primera vez, cómo podía actuar con tanta calma cuando debía de estar deseando gritar y saltar frenéticamente—. Pero a veces te devuelven lo que te pertenece.

Ty no dijo nada. Seguía agitando las manos en un movimiento repetitivo. Hubo un tiempo en el que el padre de Ty había tratado de educarlo para que permaneciera quieto, que le había sujetado las manos con fuerza contra los costados cuando el niño se alteraba mientras le decía: «Quieto, quieto». Ty solía entrar en tal estado de pánico que acababa por vomitar. Julian nunca se lo hacía. Solo le dijo que toda la gente notaba como mariposas por dentro cuando se ponía nerviosa; algunas personas las notaban en el estómago, y Ty las notaba en las manos. Al muchacho le había gustado esa explicación. Adoraba las mariposas, las polillas, las abejas..., cualquier cosa que tuviera alas.

—No es como lo recordaba —dijo otra vocecita. Era Dru, que se había colado en el dormitorio pasando junto a Cristina. Llevaba a Tavvy de la mano.

—Bueno —repuso Emma—. Ahora Mark tiene cinco años más.

—No parece mayor —replicó Dru—. Solo distinto.

Se hizo el silencio. Dru tenía razón. Mark no parecía mayor, y sin duda, no tenía cinco años más. En parte porque estaba muy delgado, pero no era solo eso.

—Ha pasado todos estos años en la tierra de las hadas —explicó Julian—. Y allí el tiempo... funciona diferente.

Ty avanzó. Recorrió a su hermano con la mirada, examinándolo. Drusilla se quedó atrás. Solo tenía ocho años cuando Mark se fue; Emma no alcanzaba a imaginarse cómo serían sus recuerdos de entonces: nebulosos e imprecisos, probablemente. Y en cuanto a Tavvy... Tavvy solo tenía dos años. Para él, el chico que había en la cama era un completo desconocido.

Pero Ty... Ty lo recordaría bien. Se acercó a la cama, y Emma casi pudo ver cómo le funcionaba el cerebro tras sus ojos grises.

—Eso tendría sentido. Hay todo tipo de historias sobre gente que pasa una noche con las hadas y al regresar han transcurrido cien años. Para él, cinco años pueden haber sido como dos. Parece tener la misma edad que tú, Jules.

Julian carraspeó para aclararse la garganta.

—Sí, es verdad.

Ty inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué lo han devuelto?

Julian vaciló. Emma no se movió; ella tampoco sabía cómo decirles a los niños, que los miraban con los ojos muy abiertos y expectantes, que el hermano perdido que había vuelto con ellos quizá no lo hubiera hecho para siempre, sino solo temporalmente.

—Está sangrando —dijo Dru.

—¿Qué? —Julian tocó la lámpara de luz mágica que había en la mesita de noche y el tenue resplandor de la habitación se intensificó.

Emma inspiró con fuerza. La camiseta de Mark, a la altura del hombro, estaba teñida de rojo por la sangre, y la mancha se extendía.

—¡Una estela! —ladró Julian, tendiendo la mano.

Empezó a quitarle la camiseta a su hermano para dejar el hombro y la clavícula al desnudo; se le había abierto un corte medio curado. La sangre manaba lentamente de la herida, pero Tavvy hacía sonidos inarticulados de inquietud.

Emma se sacó la estela del cinturón y se la lanzó. No tuvo que decir nada; no hacía falta. Julian alzó la mano y la cogió al vuelo. Se inclinó y presionó la punta contra la piel de Mark para comenzar a dibujar la runa curativa...

Mark gritó.

Abrió los ojos de golpe, brillantes y enloquecidos; sacudió las manos, sucias y manchadas de sangre, y le hizo soltar la estela.

—Quítamela —rugió, incorporándose con dificultad—. ¡Quítamela, quítame esa cosa de encima!

—Mark...

Julian fue a coger a su hermano, pero él lo apartó de un golpe. Estaría delgado, pero era fuerte. Julian se tambaleó, y Emma lo notó como un repentino dolor en la nuca. Corrió a interponerse entre los dos.

Estaba a punto de gritarle a Mark, de decirle que parara, cuando se fijó en su rostro. Tenía los ojos abiertos y blancos de miedo, y las manos cerradas sobre el pecho. Guardaba algo ahí, algo que brillaba al final de un cordón que le colgaba del cuello. Entonces se tiró de la cama, sacudiéndose, arañando la madera con las manos y los pies.

—Apartaos —ordenó Julian a sus hermanos, sin gritar pero con voz autoritaria.

Estos se alejaron, repartiéndose por la sala. Emma captó un atisbo del rostro entristecido de Tavvy mientras Dru lo cogía en brazos y lo sacaba del dormitorio.

Mark se había ido a un rincón de la habitación, donde permanecía acurrucado e inmóvil, con las manos alrededor de las rodillas dobladas y la espalda contra la pared. Julian hizo ademán de ir hacia él, pero se detuvo, con la estela todavía en la mano.

—No me toques con eso —dijo Mark. Y su voz, ya reconocible, fría y precisa, resultó chocante e incongruente con su aspecto de espantapájaros desharrapado. Los mantuvo alejados con la mirada.

—¿Qué le pasa? —preguntó Livvy casi en un susurro.

—Es la estela —contestó Julian, también en voz baja.

—Pero ¿por qué? —dijo Emma—. ¿Cómo puede ser que un cazador de sombras tenga miedo de una estela?

—¿Me llamas cobarde? —reaccionó Mark—. Insúltame de nuevo y te encontrarás con tu sangre derramada, chica.

—Mark, es Emma —dijo Julian—. Emma Carstairs.

Mark se apretó aún más contra la pared.

—Mentiras —espetó—. Mentiras y sueños.

—Soy Julian —continuó Jules—. Tu hermano Julian. Y este es Tiberius...

—¡Mi hermano Tiberius es un niño! —gritó Mark, lívido de repente, rascando con las manos la pared que tenía detrás—. ¡Es casi un bebé!

Se hizo un silencio horrorizado.

—No —dijo Ty finalmente. Agitaba las manos a los costados, como pálidas mariposas bajo la tenue luz—. No soy un niño.

Mark no dijo nada. Cerró los ojos. Por debajo de los párpados le brotaron unas lágrimas que fueron descendiendo por las mejillas, mezclándose con la suciedad.

—Ya basta. —Para sorpresa de todos, había hablado Cristina. Pareció incómoda cuando todos se volvieron para mirarla, pero se mantuvo en su sitio, con la barbilla en alto y la espalda recta—. ¿No veis que lo estáis atormentando? Si bajáramos todos al salón...

—Id vosotros —replicó Julian mirando a Mark—. Yo me quedo aquí.

Cristina negó con la cabeza.

—No —insistió, en un tono de disculpa pero con firmeza—. Todos. —Julian vaciló—. Por favor.

Cristina cruzó la habitación y abrió la puerta. Emma observó asombrada cómo los Blackthorn, uno a uno, fueron desfilando fuera del dormitorio; al cabo de un momento estaban todos en el pasillo, y Cristina cerraba la puerta del cuarto de Mark.

—No sé... —dijo Julian dubitativo en cuanto la puerta se cerró—. Dejarlo solo ahí...

—Es su habitación —repuso Cristina.

Emma la miró asombrada: ¿cómo podía estar tan tranquila?

—Pero no la recuerda —intervino Livvy agitada—. No recuerda... nada.

—Sí que recuerda —replicó Emma, y le puso la mano en el hombro a Livvy—. Pero todo está cambiado.

—Nosotros no. —Livvy parecía tan abatida que Emma la acercó a su cuerpo y le besó la coronilla, lo que no le resultó fácil, ya que Livvy solo era un par de centímetros más baja que ella.

—Claro que hemos cambiado —le aseguró—. Todos. Y Mark también.

Ty estaba nervioso.

—Pero el dormitorio está lleno de polvo —dijo—. Hemos tirado sus cosas. Creerá que lo hemos olvidado, que no nos importa.

Julian hizo una mueca de dolor.

—Tengo sus cosas guardadas. Están en uno de los trasteros de la planta baja.

—Bien. —Cristina dio una palmada seca—. Las necesitará. Y más. Ropa para cambiarse. Cualquier cosa suya que se haya guardado. Cualquier cosa que le resulte familiar. Fotos, u objetos que pueda recordar.

—Nosotros nos ocuparemos de eso —exclamó Livvy—. Ty y yo.

Ty pareció aliviado de tener unas instrucciones concretas. Livvy y él se dirigieron abajo, hablando en un suave murmullo.

Julian, viéndolos marchar, dejó escapar el aire; una mezcla de tensión y alivio.

—Gracias por darles algo que hacer.

Emma le cogió la mano a Cristina y se la apretó. Se sentía extrañamente orgullosa, como si quisiera señalarla y decir: «¡Mirad, mi amiga sabe con exactitud lo que hay que hacer!».

—¿Cómo es que sabes con exactitud lo que hay que hacer? —preguntó en voz alta, y Cristina la miró sorprendida.

—Este es mi campo de estudio, ¿recuerdas? —contestó ella—. Las hadas y los resultados de la Paz Fría. Claro que los seres mágicos os lo han devuelto con condiciones, eso forma parte de su crueldad. Necesita tiempo para recuperarse, para comenzar a reconocer este mundo y su vida de nuevo. Y en vez de eso, ellos van y lo sueltan así, de golpe, como si fuera a serle fácil volver a ser cazador de sombras.

Julian se apoyó en la pared junto a la puerta. Emma veía un fuego oscuro en sus ojos, oculto bajo los párpados inferiores.

—Lo han herido —dijo—. ¿Por qué?

—Para que hicieras lo que has hecho —contestó Emma—. Para que cogieras una estela.

Maldijo por lo bajo.

—¿Para que viera lo que le han hecho, lo mucho que me odia?

—No te odia —repuso Cristina—. Se odia a sí mismo. Odia ser un nefilim, porque es lo que le habrán enseñado. Odio por odio. Son un pueblo muy antiguo y esa es su idea de justicia.

—¿Cómo está Mark? —Era Diana, que apareció en lo alto de la escalera. Corrió hacia ellos, con las faldas susurrándole alrededor de los tobillos—. ¿Hay alguien dentro con él?

Julian le explicó lo que había pasado y Diana lo escuchó con atención. Se estaba abrochando el cinturón de armas. Se había puesto botas y recogido el cabello. Una mochila de cuero le colgaba del hombro.

—Ojalá pueda descansar —dijo cuando Julian acabó la explicación—. Kieran ha dicho que han tardado dos días en llegar aquí desde Feéra, sin dormir. Seguramente estará agotado.

—¿Kieran? —preguntó Emma—. Es raro llamar a las hadas de la nobleza por su nombre de pila. Es de la nobleza, ¿verdad?

Diana asintió.

—Kieran es un príncipe de Feéra; no lo ha dicho, pero es evidente. Iarlath también es de la corte noseelie, pero no es un príncipe, sino algún tipo de cortesano. Se le nota.

Julian miró la puerta de la habitación de su hermano.

—Debería volver ahí dentro...

—No —le ordenó Diana—. Emma y tú vais a ir a ver a Malcolm Fade. —Sacó de la mochila los papeles que Kieran le había dado. De cerca, Emma vio que eran dos

hojas de pergamino, finas como el papel de fumar. La tinta parecía como si estuviera tallada en ellos—. Llévadle eso, a ver qué puede sacar en claro.

—¿Ahora? —replicó Emma—. Pero...

—Ahora —ordenó Diana seca—. Los seres mágicos os han dado... nos han dado tres semanas. Tres semanas con Mark para resolver esto. Luego se lo volverán a llevar.

—¿Tres semanas? —repitió Julian—. Eso no es suficiente ni de lejos.

—Podría ir con ellos —propuso Cristina.

—Te necesito aquí, Cristina —repuso Diana—. Alguien tiene que vigilar a Mark, y no puede ser ninguno de los niños. Tampoco puedo ser yo. Tengo que irme.

—¿Adónde? —quiso saber Emma.

Pero Diana solo negó con la cabeza, sin decir nada. Era un muro conocido. Emma se había estrellado contra él más de una vez.

—Es importante —fue todo lo que Diana dijo—. Tendrás que fiarte de mí, Emma.

—Siempre lo hago —masculló esta. Julian no dijo nada. Emma sospechaba que la altivez de Diana lo molestaba tanto como a ella, si no más, pero nunca lo demostraba—. Pero esto lo cambia todo —continuó, y trató de ocultar la emoción en su voz, la chispa de alivio, incluso de triunfo, que sabía que no debería sentir—. Por Mark. Por Mark estás dispuesta a dejar que intentemos averiguar quién lo hizo.

—Sí. —Por primera vez desde que había llegado al pasillo, Diana miró directamente a Emma—. Debes de estar contenta —le dijo—. Has conseguido lo que querías. Ahora no tenemos elección. Hemos de investigar esos asesinatos, y lo tenemos que hacer sin que la Clave se entere.

—Yo no he creado esta situación —protestó Emma.

—Ninguna situación en la que no tienes elección es buena, Emma —prosiguió Diana—. Acabarás por darte cuenta. Solo espero que no sea demasiado tarde. Puedes pensar que esto que ha pasado es bueno, pero te aseguro que no lo es. —Apartó los ojos de Emma y los clavó en Julian—. Como bien sabes, Julian, esta es una investigación ilegal. La Paz Fría prohíbe cualquier colaboración con los seres mágicos, y sin duda prohíbe lo que en el fondo es trabajar para ellos, sea cual sea el motivo. Es mejor para nosotros averiguar esto lo más rápida y limpiamente posible, para que la Clave tenga las mínimas oportunidades de descubrir lo que estamos haciendo.

—¿Y cuando hayamos acabado —preguntó Julian— y Mark esté de vuelta? ¿Cómo lo explicaremos?

Algo destelló en los ojos de Diana.

—Nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento.

—Así que vamos a hacerles la pirula tanto a la Clave como a las Cortes —soltó Julian—. Fantástico. Quizá haya alguien más a quien podamos cabrear. ¿El Laberinto Espiral? ¿El Escolamántico? ¿La Interpol?

—Aún no hay nadie cabreado —respondió Diana—. Y hagamos que siga siendo

así. —Le pasó los papeles a Emma—. Y para que quede claro: no podemos cooperar con los seres mágicos y no podemos albergar a Mark sin informar de ello, aunque es evidente que vamos a hacer las dos cosas, así que la conclusión es que nadie fuera de este edificio puede saber que él está aquí. Y me niego a mentirle a la Clave directamente, así que espero que podamos acabar con esto antes de que comiencen a hacer preguntas. —Los miró uno a uno con expresión muy seria—. Tenemos que trabajar juntos. Emma, deja de ir contra mí. Cristina, si quieres que te cambien a otro Instituto, lo entenderemos. Solo te pedimos que guardes el secreto.

Emma ahogó un grito.

—¡No!

Cristina ya estaba negando con la cabeza.

—No necesito cambiar de centro —dijo—. Guardaré vuestro secreto. Y lo convertiré también en el mío.

—Bien —repuso Diana—. Y hablando de guardar secretos, no le digáis a Malcolm cómo nos hemos hecho con esos papeles. No mencionéis a Mark ni a la legación de las hadas. Si protesta, tendrá que vérselas conmigo.

—Malcolm es nuestro amigo —replicó Julian—. Podemos confiar en él.

—Estoy tratando de asegurarme de que no se meta en un lío si todo esto se descubre —explicó ella—. Necesita poder negar que supiera lo que estábamos haciendo. —Se subió la cremallera de la chaqueta—. Muy bien, volveré mañana. Buena suerte.

—Amenazando al Brujo Supremo —masculló Julian mientras Diana desaparecía al final del pasillo—. Esto se pone cada vez mejor. Quizá deberíamos ir directamente al cuartel del clan de los vampiros y darle un puñetazo en la cara a Anselm Nightshade.

—Pero piensa en las consecuencias —soltó Emma—. No habría más pizza.

Julian le dedicó una sonrisa irónica de medio lado.

—Puedo ir a ver a Malcolm yo sola —propuso Emma—. Tú podrías quedarte aquí, Jules, a esperar que Mark...

No acabó la frase. No estaba segura de saber qué esperaban exactamente que hiciera Mark, y no creía que tampoco los otros lo supieran.

—No —contestó Julian—. Malcolm confía en mí. Soy quien mejor lo conoce. Puedo convencerlo de que mantenga esto en secreto. —Se irguió—. Iremos juntos.

«Como *parabatai*. Como debe ser».

Emma asintió y le cogió la mano a Cristina.

—Tardaremos lo menos posible —le prometió—. ¿Te las arreglarás?

Cristina asintió. Tenía la otra mano en el cuello, con los dedos apoyados en el colgante.

—Yo vigilaré a Mark —dijo—. No pasará nada. Todo irá bien.

Y Emma casi la creyó.

El cargo de Brujo Supremo debía de ser muy rentable, pensó Emma, como siempre que veía la casa de Malcolm Fade. Parecía un castillo.

Malcolm vivía cogiendo la autovía desde el Instituto, pasada la Kanan Dume Road. Era un lugar donde los riscos se alzaban mucho, salpicados de verde hierba marina. La casa estaba cubierta de hechizos de *glamour* que la ocultaban de los mundanos. Si se llegaba conduciendo, como Emma, había que mirar bien a un punto entre dos riscos y se veía aparecer una escalera plateada colgante que subía hacia las colinas.

Emma se detuvo en el arcén. Había filas de coches aparcados a ambos lados en esa zona de la autovía de la Costa del Pacífico; la mayoría era de los surferos atraídos por la amplia playa que quedaba al oeste.

Emma resopló y apagó el motor.

—Muy bien —dijo—. Ahora...

—Emma —la cortó Julian.

Ella se calló. Julian había guardado casi un completo silencio desde que salieron del Instituto. No podía culparlo. Ella misma no sabía qué decir. Se había distraído con la conducción, con la necesidad de concentrarse en la carretera. Aunque en ningún momento olvidó que lo tenía al lado, con la cabeza reclinada hacia atrás, los ojos cerrados, los puños apretados contra las rodillas de los vaqueros.

—Mark ha pensado que yo era nuestro padre —dijo Julian de repente, y Emma supo que estaba recordando aquel horrible momento, la mirada de esperanza en los ojos de su hermano, una esperanza que no tenía nada que ver con Julian—. No me ha reconocido.

—Te recuerda como eras a los doce años —explicó Emma—. Os recuerda a todos mucho más pequeños.

—Y a ti también.

—Dudo que se acuerde de mí.

Julian se soltó el cinturón de seguridad. La luz destelló sobre el brazalete de vidrio marino que llevaba en la muñeca izquierda, haciendo aparecer sus colores brillantes: rojo llama, dorado fuego, azul Blackthorn.

—Te recuerda —afirmó Julian—. Nadie podría olvidarte.

Ella lo miró sorprendida. Cuando se dio cuenta, Julian ya había salido del coche. Se apresuró a seguirlo, cerrando de golpe la puerta mientras otros vehículos pasaban a toda velocidad a solo un carril de distancia.

Jules estaba al pie de la escalera de Malcolm, mirando hacia la casa situada en lo alto. Emma podía verle los omóplatos bajo la fina camiseta, y la nuca, un poco más pálida que el resto de la piel, donde el pelo había impedido que le diera el sol.

—Los seres mágicos son unos embaucadores —dijo Julian sin volverse—. No tienen ninguna intención de devolvernos a Mark: sangre de hada y sangre de cazador de sombras juntas; eso es demasiado valioso. Habrá alguna cláusula que les permita volver a llevárselo cuando acabemos.

—Bueno, depende de él —repuso Emma—. Él es quien elige si quedarse o irse. Julian negó con la cabeza.

—Una elección que parece simple, lo sé. Pero muchas elecciones no son sencillas por más que lo parezcan.

Comenzaron a subir la escalera. Esta tenía forma helicoidal, retorciéndose al ir subiendo colina arriba. Estaba cubierta por un *glamour* que la hacía visible solo para las criaturas sobrenaturales. La primera vez que Emma lo había visitado, Malcolm la precedió en la subida, y ella estaba maravillada por los coches que pasaban a toda velocidad bajo sus pies, con sus ocupantes mundanos totalmente ignorantes de que, sobre ellos, una escalera de cristal se alzaba de un modo imposible hacia el cielo.

Pero ya se había acostumbrado. Una vez vista la escalera por primera vez, nunca más volvía a ser invisible.

Julian no dijo nada más mientras subían, pero Emma se dio cuenta de que no le importaba. Lo que había dicho en el coche, lo había dicho en serio. Su mirada fue clara y directa. Sin duda fue él quien hablaba, su Jules, el que vivía en sus huesos, en su cabeza y en lo más profundo de su ser, el que estaba tejido en su cuerpo como las venas o los nervios.

La escalera acababa de repente por encima de un camino que daba a la puerta principal de la casa de Malcolm. Se suponía que había que descender hasta él, pero Emma saltó y aterrizó sobre el terreno al lado del camino. Un instante después, Julian aterrizó junto a ella y le puso la mano en la espalda para estabilizarla, sus dedos como cinco rayas cálidas sobre la piel. Emma no necesitaba su ayuda; de los dos, seguramente era ella la que tenía mejor equilibrio, pero se dio cuenta de que era algo que él siempre hacía, sin pensarlo, un acto reflejo protector.

Lo miró, pero Julian parecía perdido en sus pensamientos, ni siquiera se daba cuenta de que se estaban tocando. Se alejó, y la escalera volvió a desaparecer bajo su *glamour*.

Se hallaban ante dos obeliscos que surgían del polvoriento suelo formando una entrada. Ambos estaban grabados con símbolos alquímicos: fuego, tierra, aire, agua. El camino que llevaba hasta la casa del brujo estaba flanqueado por plantas del desierto: cactus, salvia, lilas de California. Las abejas zumbaban entre las flores. La tierra se fue convirtiendo en pedacitos de conchas machacadas al acercarse a la pulida puerta de metal.

Emma llamó y la puerta se abrió, deslizándose con un siseo casi inaudible. Los pasillos de la casa de Malcolm se abrían en una docena de direcciones; eran blancos y estaban decorados con reproducciones de obras de arte pop. Julian estaba a su lado. No había llevado su ballesta, pero Emma, cuando él la tocó con el brazo, notó el borde de un cuchillo sujeto a la muñeca.

—Por ese pasillo —dijo—. Oigo voces.

Fueron hacia la sala. Era totalmente circular, hecha de acero y vidrio, con vistas al mar. Emma pensó que parecía la casa de alguna estrella de cine; todo era moderno,

desde el sistema de sonido del que salía música clásica hasta la piscina desbordante que colgaba sobre los acantilados.

Malcolm estaba tumbado en un largo sofá que iba de extremo a extremo de la sala, de espaldas al Pacífico. Llevaba un traje negro, sobrio y sin duda caro. Asentía y sonreía agradablemente a dos hombres vestidos con trajes oscuros del mismo estilo que estaban cerca de él con sendos maletines en la mano y le hablaban en un tono bajo y urgente.

Malcolm, al ver a Julian y a Emma, los saludó con la mano. Los visitantes eran hombres blancos, de unos cuarenta años y rostros corrientes. Malcolm hizo un gesto despreocupado con los dedos, y los hombres se quedaron inmóviles, mirando al vacío.

—Siempre me da repelús cuando haces eso —comentó Emma.

Fue hasta uno de los hombres inmóviles y le dio un intencionado empujón. Este se inclinó ligeramente.

—No te cargues al productor —dijo Malcolm—. Tendría que ocultar el cuerpo en el jardín de rocas.

—Tú has sido quien los ha paralizado. —Julian se sentó en el brazo del sofá.

Emma se tumbó sobre los cojines junto a él, con los pies encima de la mesita de centro. Movié los dedos dentro de las sandalias.

Malcolm los miró sorprendido.

—¿Y cómo si no voy a hablar con vosotros sin que ellos nos oigan?

—Podrías habernos pedido que esperáramos hasta que acabases la reunión —respondió Julian—. Y seguramente su vida no correría ningún peligro.

—Sois cazadores de sombras. Siempre puede ser un caso de vida o muerte —lo rebatió Malcolm, con bastante razón—. Además, no estoy seguro de querer el trabajo. Son productores de cine y desean que realice un hechizo para asegurar el éxito de su nuevo estreno. Pero parece una película malísima. —Miró tristemente el póster que había en el sofá junto a él. Mostraba varios pájaros volando hacia el espectador con un título en grandes caracteres que rezaba: «EXPLOSIÓN ÁGUILA TRES: VUELAN PLUMAS».

—¿Y pasa algo en esta peli que no haya sido tratado adecuadamente en *Explosión Águila Uno y Dos*? —preguntó Julian.

—Más águilas.

—¿Importa que sea malísima? Hay un montón de pelis horribles que han tenido mucho éxito —señaló Emma.

Sabía más sobre películas de lo que le gustaría. La mayoría de los cazadores de sombras prestaban muy poca atención a la cultura mundana, pero no se podía vivir en Los Ángeles y evitarla por completo.

—Significa que el hechizo tiene que ser más potente. Más trabajo para mí. Pero pagan bien. Y he estado pensando en instalar un tren en casa. Podría hacer que me trajera galletitas con sabor a gamba desde la cocina.

—¿Un tren? —repitió Julian—. ¿Y de qué tamaño?

—Pequeño. Mediano. Como esto. —Malcolm señaló con una mano una altura relativamente baja desde el suelo—. Haría chú chú... —Chasqueó los dedos para marcar el ritmo y los productores volvieron a la vida—. Ups —exclamó Malcolm cuando los vio parpadear—. No pretendía hacer eso.

—Señor Fade —dijo el productor de más edad—. ¿Considerará nuestra oferta?

Malcolm miró el póster con pocas ganas.

—Estaremos en contacto.

Los productores se volvieron hacia la puerta y el más joven pegó un brinco al ver a Emma y a Julian. Emma lo compadeció. Desde su perspectiva, debían de haberse materializado de la nada.

—Perdón, señores —se disculpó Malcolm—. Mi sobrino y mi sobrina. Día familiar, ya saben.

Los mundanos pasaron la mirada de Malcolm a Jules y a Emma, y luego de vuelta al brujo, preguntándose, sin duda, cómo alguien que parecía tener unos veintisiete años podía tener unos sobrinos adolescentes. El mayor se encogió de hombros.

—Disfrutad de la playa —dijo, y ambos se marcharon, pasando ante ellos rodeados de un halo de colonia cara y repiqueteo de maletines.

Malcolm se puso en pie, un poco inclinado hacia un lado. Tenía una manera algo rara de andar que hacía que Emma se preguntase si alguna vez habría sufrido alguna herida de la que no se hubiera recuperado por completo.

—¿Todo bien con Arthur?

Julian se tensó al lado de Emma, de modo casi imperceptible, pero ella lo notó.

—Bien, gracias.

Los ojos de color violeta de Malcolm, su marca de brujo, se ensombrecieron antes de aclararse de nuevo como un cielo rozado brevemente por las nubes. Su expresión, mientras se dirigía hacia el bar que había en una pared y se servía una copa de un líquido claro, era amistosa.

—Entonces ¿en qué puedo ayudaros?

Emma fue hacia el sofá. Habían hecho copias de los papeles que las hadas les habían dado. Los puso sobre la mesita de centro.

—Recuerdas lo que estábamos hablando la otra noche...

Malcolm dejó la copa y cogió los papeles.

—Otra vez ese lenguaje demoníaco —dijo—. El que estaba sobre el cuerpo que te encontraste en el callejón y sobre los cadáveres de tus padres... —Lanzó un silbido—. ¡Mira eso! —exclamó, y clavó el dedo sobre la primera página—. Alguien ha traducido la primera línea: «Fuego al agua».

—Es un gran avance, ¿verdad? —dijo Emma.

Malcolm sacudió su melena blanca como el hueso.

—Quizá, pero yo no puedo hacer nada con esto si es un secreto que no comparten ni Diana ni Arthur. No puedo involucrarme en algo así.

—No hay problema con Diana —contestó Emma. Malcolm la miró dudoso—. De verdad. Llámala y pregúntaselo...

Se calló de golpe cuando un hombre entró tranquilamente en la habitación con las manos en los bolsillos. Parecía tener unos veinte años, y era alto, con el pelo negro y de punta y los ojos de gato. Llevaba un traje blanco que contrastaba de forma agradable con su piel oscura.

—¡Magnus! —exclamó Emma mientras se ponía en pie de un salto.

Magnus Bane era el Brujo Supremo de Brooklyn, y también ocupaba el asiento de los brujos en el Consejo de los cazadores de sombras. Posiblemente fuera el mago más famoso del mundo, aunque nunca nadie se lo habría imaginado; parecía joven y había sido muy amable y amistoso con Emma y los Blackthorn desde que se habían conocido durante la Guerra Oscura.

A Emma siempre le había caído bien Magnus. Allí adonde fuera parecía llevar con él una sensación de infinitas posibilidades. Estaba igual que la última vez que Emma lo había visto, la misma sonrisa sardónica y los enjorjados anillos en los dedos.

—Emma, Julian. Un placer. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Ella miró rápidamente a su *parabatai*. Podían tenerle mucho aprecio a Magnus, pero por la expresión de Julian, que disimuló enseguida bajo otra de normal curiosidad pero que ella podía seguir viendo, Emma se dio cuenta de que no lo entusiasmaba haberse encontrado allí al brujo. El asunto que los había llevado allí ya iba a ser un secreto que Malcolm debería guardar. Añadir a alguien más..., sobre todo a alguien del Consejo...

—¿Qué estás haciendo en la ciudad? —preguntó Julian en un tono desenfadado.

—Desde la Guerra Oscura, la Clave ha estado siguiendo acontecimientos del mismo tipo de magia que usaba Sebastian Morgenstern —contestó Magnus—. Energía procedente de fuentes malignas, dimensiones infernales y cosas así, destinadas a conseguir poder y una larga vida. *Nekromanteia*, lo llamaban los griegos.

—Nigromancia —tradujo Emma.

Magnus asintió.

—Hemos elaborado un mapa —continuó— con la ayuda del Laberinto Espiral, los Hermanos Silenciosos, incluyendo a Zachariah, que nos informa de dónde se emplea la magia nigromántica. Hemos detectado un destello aquí, en Los Ángeles, en medio del desierto, así que he decidido acercarme y ver si Malcolm sabía algo.

—Era un nigromante rebelde —contestó Malcolm—. Diana me dijo que se había ocupado de él.

—Dios, odio a los nigromantes rebeldes —exclamó Magnus—. ¿Por qué no se limitan a seguir las reglas?

—Quizá porque la regla más importante es «Nada de nigromancia» —sugirió Emma.

Magnus le sonrió de medio lado.

—Bueno, tampoco me ha representado ningún problema detenerme aquí de

camino a Buenos Aires.

—¿Qué hay en Buenos Aires?

—Alec —contestó Magnus.

Alexander Lightwood era la pareja de Magnus desde hacía un lustro. Podrían haberse casado bajo las nuevas leyes, que permitían a los cazadores de sombras casarse con subterráneos (excepto con hadas), pero no lo habían hecho. Emma no sabía por qué.

—Una comprobación de rutina sobre un culto de adoración a los vampiros, pero se ha encontrado con ciertos problemas.

—¿Algo grave? —preguntó Julian.

Conocía a Alec Lightwood desde hacía más tiempo que Emma; los Blackthorn y los Lightwood eran amigos desde hacía muchos años.

—Complicado, pero no grave —contestó Magnus justo cuando Malcolm se despegaba de la pared.

—Voy a llamar a Diana. Vuelvo enseguida —informó, y se fue por el pasillo.

—Y bien... —Magnus se sentó en el sofá, justo en el lugar que había dejado Malcolm—. ¿Qué os trae ante el Brujo Supremo de la ciudad de Los Ángeles?

Emma intercambió una mirada preocupada con Julian, pero aparte de saltar por encima de la mesa y darle a Magnus en la cabeza, algo que no era nada recomendable por muchas razones, no se le ocurría nada que decir.

—Algo que se supone que no debéis contarme, ya lo veo. —Magnus apoyó la barbilla en la mano—. ¿Sobre los asesinatos? —Al ver sus miradas de sorpresa, añadió—: Tengo amigos en el Escolamántico; Catarina Loss, para empezar. Cualquier cosa sobre magia rebelde o sobre los seres mágicos me interesa. ¿Os está ayudando Malcolm?

Julian negó con la cabeza en un gesto casi imperceptible.

—Algunos de los cadáveres eran de hadas —explicó Emma—. Se supone que no debemos involucrarnos. La Paz Fría...

—La Paz Fría es una vergüenza —la interrumpió Magnus, y no había ningún humor en su voz—. Castigar a toda una especie por las acciones de unos cuantos. Negarles sus derechos. Exiliar a tu hermana —añadió, mirando a Julian—. He hablado con ella. Me ayudó a elaborar el mapa del que os he hablado; cualquier magia tan global tiene importancia para las salvaguardas. ¿Cada cuánto hablas con ella?

—Todas las semanas —respondió Jules.

—Dice que siempre le aseguras que todo va bien —continuó Magnus—. Creo que le preocupa que no le estés diciendo la verdad.

Julian guardó silencio. Era cierto que hablaba con Helen todas las semanas; todos lo hacían, pasándose el teléfono o el ordenador por turnos. Y también era cierto que Julian nunca le contaba nada y siempre le decía que todo iba bien, que todos estaban bien, que no tenía de qué preocuparse.

—Recuerdo su boda —dijo Magnus. Había ternura en sus ojos—. ¡Qué jóvenes erais los dos! Aunque no ha sido la última boda en la que nos hemos visto, ¿verdad?

Emma y Julian intercambiaron una mirada desconcertada.

—Me parece que sí —contestó Julian—. ¿En qué otra boda puede haber sido?

—Ehhh —repuso Magnus—. Quizá esté perdiendo la memoria en mi vejez. —Sin embargo, no parecía que pensara que eso fuera posible. Se recostó en el sofá y estiró las largas piernas bajo la mesa de centro—. En cuanto a Helen, estoy convencido de que solo es la ansiedad normal de una hermana mayor. Seguro que Alec se preocupa por Isabelle, con razón o sin ella.

—¿Qué opinas de las líneas ley? —preguntó Emma de repente.

Magnus alzó las cejas.

—¿Qué pasa con las líneas ley? Amplifican los conjuros que se realizan sobre ellas.

—¿Importa el tipo de magia? ¿Magia negra, magia de brujo, magia de hada?

Magnus frunció el cejo.

—Depende. Pero es raro emplear las líneas ley para amplificar la magia negra. Por lo general se emplean para trasladar poder. Como un sistema de reparto para la magia...

—¡Bueno, ya está! —Malcolm, al regresar a la sala, le lanzó una mirada divertida a Emma—. Diana corrobora tu historia. Me he quedado pasmado. —Miró a Magnus—. ¿Qué pasa?

Una luz destelló en sus ojos, aunque Emma no habría sido capaz de decir si había sido de diversión o de otra cosa. A veces Malcolm parecía totalmente infantil, con sus trenes, sus galletitas con sabor a gamba y sus películas de águilas. Sin embargo, por lo general se mostraba tan agudo y centrado como cualquier otra persona.

Magnus estiró los brazos sobre el respaldo del sofá.

—Estábamos hablando de las líneas ley. Les decía que amplifican la magia, pero solo cierta clase: la que tiene que ver con las transferencias de energía. ¿No tuvisteis Catarina Loss y tú algún tipo de problema con las líneas ley cuando vivíais en Cornwall, Malcolm?

Una vaga expresión cruzó el rostro de Malcolm.

—No lo recuerdo. Magnus, deja de molestar a Emma y a Julian —dijo, y había un tonillo de enfado en su voz. Celos profesionales, supuso Emma—. Este es mi territorio. Tú tienes tus propios humanos inútiles en Nueva York.

—Uno de esos humanos inútiles es el padre de mi hijo —señaló Magnus.

Este nunca había estado embarazado, aunque habría resultado interesante, pensó Emma. Alec Lightwood y él tenían un hijo adoptivo, llamado Max, que era de un chispeante color azul marino.

—Y el resto ha salvado al mundo, al menos una vez —añadió.

Malcolm señaló a Julian y a Emma con un gesto.

—Tengo muchas esperanzas puestas en estos dos.

Magnus esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro de que no te equivocas —repuso—. Bueno, debería irme. Aún me queda mucho camino por delante y a Alec no le gusta que llegue tarde.

Hubo un frenesí de despedidas. Magnus palmeó a Malcolm en el brazo y abrazó a Julian y a Emma. Al inclinar la cabeza, Magnus le dio con el hombro en la frente, y ella lo oyó susurrarle al oído. Lo miró sorprendida, pero él la soltó y se encaminó silbando hacia la puerta. A mitad de camino se vio el familiar centelleo y el olor a azúcar quemado de un Portal, y Magnus desapareció.

—¿Le habéis dicho algo sobre la investigación? —Malcolm parecía nervioso—. Ha mencionado las líneas ley.

—Le he preguntado por ellas —admitió Emma—. Pero no le he dicho por qué. Y no he mencionado nada de la traducción de los escritos.

Malcolm rodeó la mesa para mirar de nuevo el papel.

—Supongo que no me vais a decir quién ha descifrado la primera línea, ¿no? «Fuego al agua». Ayudaría si supiéramos a qué se refiere.

—No podemos decírtelo —contestó Julian—. Aunque creo que el traductor tampoco sabía su significado. Pero te puede servir, ¿verdad? Para descifrar el resto del hechizo o mensaje o lo que sea.

—Probablemente, aunque sería de gran ayuda si conociera el idioma.

—Es un idioma muy antiguo —explicó Emma con cautela—. Más antiguo que los nefilim.

Malcolm suspiró.

—No me das mucho. De acuerdo, un viejo idioma demoníaco muy antiguo. Hablaré con el Laberinto Espiral.

—Ten cuidado con lo que les dices —le advirtió Julian—. Como te hemos dicho, la Clave no puede saber que estamos investigando esto.

—Lo que significa que hay hadas de por medio —concluyó Malcolm, y se le notó en la cara que le divertía ver la horrorizada expresión de los chicos—. No os preocupéis. No diré nada. No me gusta la Paz Fría más que a cualquier otro subterráneo.

Julian mantenía el rostro inexpresivo. Debería dedicarse a jugar al póquer, pensó Emma.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitarás? —preguntó—. Para traducirlo, quiero decir.

—Dame unos cuantos días.

Unos cuantos días. Emma no pudo ocultar su decepción.

—Perdona, pero no puedo hacerlo más rápido. —Malcolm parecía lamentarlo de verdad—. Vamos. Os acompaño fuera. Necesito tomar el aire.

El sol había salido de detrás de las nubes y brillaba con fuerza en el patio delantero de Malcolm. Las flores del desierto se agitaban, bordeadas de plata, bajo el viento de los cañones. Una lagartija salió corriendo de un seto y fue hacia ellos.

Emma le sacó la lengua.

—Estoy preocupado —dijo Malcolm de repente—. No me gusta eso. Magia negra, idiomas demoníacos, una serie de asesinatos que nadie entiende, trabajar sin que lo sepa la Clave... Me atrevería a decir que es peligroso.

Julian miró hacia las distantes colinas en silencio. Fue Emma la que respondió.

—Malcolm, el año pasado nos enfrentamos a un batallón de demonios Forneus, con tentáculos y sin rostro. No intentes asustarnos para que abandonemos.

—Yo solo lo dejo ahí. La mayoría de la gente evita el peligro.

—Nosotros no —replicó Emma alegremente—. Tentáculos, Malcolm. Y sin cara.

—Tozuda. —Malcolm suspiró—. Pero prométeme que me llamarás si me necesitas o si averiguas algo más.

—Claro que sí —aseguró Julian.

Emma se preguntó si él también notaría en el pecho el mismo frío nudo de culpabilidad que sentía ella por ocultarle cosas a Malcolm. El viento procedente del océano había arceciado. Alzaba la tierra del jardín en pequeños torbellinos. Julian se apartó el pelo de los ojos.

—Gracias por ayudarnos —añadió—. Sabemos que podemos confiar en ti.

Se dirigió hacia el camino y los escalones que daban a la escalera plateada, que se fue haciendo visible al acercarse él.

A Malcolm se le había ensombrecido el rostro a pesar del brillante sol del mediodía que se reflejaba en el océano.

—No confiéis tanto en mí —dijo, tan bajo que Emma se preguntó si él sabría que ella podía oírlo.

—¿Por qué no? —Emma volvió el rostro hacia él, frente al sol, y parpadeó. Los ojos de Malcolm eran del color de las flores del jacarandá.

—Porque os decepcionaré. Todo el mundo decepciona —contestó Malcolm, y volvió a entrar en la casa.

EL FRAGOROSO MAR

Cristina estaba sentada en el suelo ante el dormitorio de Mark Blackthorn.

No había oído ningún ruido en el interior desde hacía lo que parecían ser horas. La puerta estaba abierta y lo podía ver, hecho un ovillo en un rincón de la habitación, como un animal salvaje atrapado.

Las hadas había sido su campo de estudio en México. Siempre la habían fascinado los cuentos de hadas, desde los nobles guerreros de las Cortes hasta los duendes que se burlaban de los humanos y los atormentaban. No estaba en Idris cuando se declaró la Paz Fría, pero su padre sí, y la historia le producía escalofríos. Siempre había querido conocer a Mark y a Helen Blackthorn, para decirles...

Tiberius apareció en el pasillo con una caja de cartón en la mano. Su melliza estaba con él y llevaba una colcha de *patchwork*.

—Mi madre hizo esto para Mark cuando lo dejaron con nosotros —explicó Livvy al ver la mirada de Cristina—. He pensado que podría recordarlo.

—No hemos podido entrar en el almacén, así que le hemos traído unos regalos a Mark. Para que sepa que queremos que se quede aquí —dijo Ty mientras recorría el pasillo con una mirada inquieta—. ¿Podemos entrar?

Cristina miró hacia el dormitorio. Mark seguía inmóvil.

—No veo por qué no. Pero tratad de no hacer ruido para no despertarlo.

Livvy entró primero y dejó la colcha sobre la cama. Ty puso la caja de cartón en el suelo y luego fue hacia donde se encontraba Mark. Cogió la colcha que Livvy había dejado y se arrodilló junto a su hermano. Con cierta torpeza, lo cubrió con ella.

Mark se irguió de golpe. Sus ojos azul y dorado se abrieron y agarró a Ty, que lanzó un grito seco y asustado, como el de una gaviota. Mark se movió a una velocidad increíble para tirar a Ty al suelo. Livvy gritó y salió corriendo de la habitación justo cuando entraba Cristina.

Mark estaba sobre Tiberius, inmovilizándolo con las rodillas.

—¿Quién eres? —preguntaba Mark—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Soy tu hermano! ¡Soy Tiberius! —Ty se agitaba desesperado; se le resbalaron los auriculares y cayeron al suelo—. ¡Te estaba tapando con una manta!

—¡Mientes! —Mark respiraba agitadamente—. ¡Mi hermano Ty es un niño! Es un niño, mi hermanito, mi...

La puerta se abrió detrás de Cristina. Livvy había vuelto a entrar, con el cabello castaño alborotado.

—¡Suéltalo! —Había un cuchillo serafín en su mano. Le habló a Mark con los

dientes apretados, como si nunca lo hubiera visto antes, como si no le hubiese llevado una manta hacía solo unos instantes—. Si le haces daño a Tiberius te mataré. No me importa que seas Mark. Te mataré.

Mark se quedó inmóvil. Ty se debatía de un lado a otro, pero Mark había dejado de moverse del todo. Lentamente, volvió la cabeza hacia su hermana.

—¿Livia?

Livvy soltó un grito ahogado y comenzó a sollozar. A pesar de eso, Julian estaría orgulloso, pensó Cristina: Livvy lloraba sin moverse, con el cuchillo firme en la mano.

Ty aprovechó la distracción de Mark para golpearlo con fuerza en el hombro. Mark hizo un gesto de dolor y se apartó de él sin devolverle el golpe. Ty se puso en pie de un salto y corrió junto a Livvy; hombro con hombro, miraron a su hermano con ojos espantados.

—Marchaos los dos —les dijo Cristina. Notaba el miedo y la preocupación que manaba de ellos como en oleadas; Mark también lo percibía. Tenía una mueca en el rostro, y abría y cerraba las manos como si sintiera dolor. Cristina se inclinó hacia los mellizos y les susurró—: Tiene miedo. No pretendía haceros daño.

Livvy asintió y envainó el cuchillo. Cogió a Ty de la mano y le dijo algo en el lenguaje silencioso y privado que compartían. Él la siguió fuera de la habitación, aunque se detuvo un momento para mirar hacia atrás, a Mark, con una expresión dolida y perpleja.

Este estaba sentado, jadeando, inclinado sobre las rodillas. Se le había vuelto a abrir la herida del hombro y la sangre le manchaba la camisa. Cristina comenzó a salir lentamente del dormitorio.

Mark se tensó.

—Por favor, no te vayas.

Cristina lo miró fijamente. Si no se equivocaba, esa era la primera frase coherente que había dicho desde su llegada al Instituto.

Alzó la barbilla y, durante un instante, Cristina distinguió bajo la suciedad, los moratones y los rasguños al Mark Blackthorn que había visto en fotos, el Mark Blackthorn que era familia de Julian, Livvy y Ty.

—Tengo sed —dijo él. Había algo oxidado, algo como falto de uso, en su voz; era como un viejo motor volviendo a ponerse en marcha—. ¿Hay agua?

—Claro. —Cristina cogió un vaso de la cómoda y fue al pequeño cuarto de baño adyacente. Cuando volvió y le pasó el agua a Mark, este seguía sentado, pero se apoyaba contra los pies de la cama. Miró el vaso con una media sonrisa.

—Agua del grifo —dijo—. Casi lo había olvidado. —Bebió un largo trago y se secó la boca con el dorso de la mano—. ¿Sabes quién soy?

—Eres Mark —contestó ella—. Mark Blackthorn.

Hubo un largo silencio antes de que él asintiera con la cabeza en un gesto casi imperceptible.

—Hace mucho tiempo que nadie me llama así.

—Sigue siendo tu nombre.

—¿Y quién eres tú? —preguntó él—. Seguramente debería recordarte, pero...

—Soy Cristina Mendoza Rosales —contestó ella—. No hay ninguna razón por la que debas recordarme, porque no nos conocíamos.

—Es un alivio.

Cristina se sorprendió.

—¿De verdad?

—Si no me conoces y no te conozco, entonces no tendrás ninguna... expectativa.

—De repente pareció exhausto—. Sobre quién soy o cómo soy. Para ti podría ser cualquiera.

—Antes —dijo Cristina—, cuando estabas en el rincón, ¿dormías o lo fingías?

—¿Acaso importa? —repuso, y Cristina no pudo evitar pensar que era una respuesta muy propia de las hadas, pues no contestaba su pregunta. Él se removió contra los pies de la cama—. ¿Por qué estás en el Instituto?

Cristina se arrodilló para ponerse al nivel de Mark. Se alisó la falda. Aunque no quería, las palabras de su madre diciéndole que un cazador de sombras fuera de servicio siempre debía estar arreglado y presentable le resonaron en la cabeza.

—Tengo dieciocho años —explicó ella—. Se me asignó al Instituto de Los Ángeles para conocer su funcionamiento como parte de mi año de viaje. ¿Qué edad tienes tú?

Esta vez, Mark tardaba tanto en responder que Cristina se preguntó si lo haría.

—No lo sé —contestó él finalmente—. He estado fuera..., creo que he estado fuera mucho tiempo. Julian tenía doce años. Los otros eran pequeños. Diez, ocho y dos. Tavvy tenía dos años.

—Para ellos han pasado cinco años —explicó Cristina—. Cinco años sin ti.

—Helen —dijo Mark—. Julian. Tiberius. Livia. Drusilla. Octavian. Todas las noches contaba sus nombres en las estrellas, para no olvidarlos. ¿Están todos vivos?

—Sí, todos, aunque Helen no está aquí... Está casada y vive con su esposa.

—Entonces ¿están vivas y felices juntas? Me alegro. Oí la noticia de su boda en la tierra de las hadas, aunque ahora parece como si hiciera mucho tiempo.

—Sí. —Cristina observó el rostro de Mark. Ángulos, planos, picos, esa curva en la punta de la oreja que delataba su sangre de hada—. Te has perdido muchas cosas.

—¿Crees que no lo sé? —Su voz mezclaba la rabia y el asombro—. No sé qué edad tengo. No reconozco a mis propios hermanos. No sé por qué estoy aquí.

—Sí que lo sabes —replicó Cristina—. Estabas allí cuando la legación de las hadas habló con Arthur en el Santuario.

Mark inclinó el rostro hacia ella. Tenía una cicatriz en un lado del cuello; no la marca de una runa al desvanecerse, sino un verdugón hinchado. Llevaba el pelo sucio y parecía no habérselo cortado en muchos meses, incluso años. Las puntas le llegaban a los hombros.

—¿Confías en ellos? ¿En las hadas?

Cristina negó con la cabeza.

—Bien. —Apartó la mirada de ella—. No debes hacerlo. —Cogió la caja de cartón que Ty había dejado en el suelo y se la acercó—. ¿Qué es esto?

—Cosas que han pensado que podías querer —contestó Cristina—. De parte de tus hermanos.

—Regalos de bienvenida —dijo Mark en un tono de confusión.

Se arrodilló junto a la caja y comenzó a remover el batiburrillo de objetos que contenía: unas camisetas y unos vaqueros, que seguramente eran de Julian; un microscopio; pan y mantequilla; un puñado de flores del desierto, cogidas en el jardín de detrás del Instituto.

Mark alzó la cabeza para mirar a Cristina. Los ojos le brillaron, cargados de lágrimas contenidas.

La camiseta que llevaba estaba muy gastada y era muy fina; Cristina podía ver bajo la tela más verdugones y cicatrices en su piel.

—¿Y qué les digo? —preguntó Mark.

—¿A quiénes?

—A mi familia. A mis hermanos. A mi tío. —Negó con la cabeza—. Los recuerdo y al mismo tiempo no los recuerdo. Siento como si hubiera vivido aquí toda mi vida, y sin embargo también me parece haber estado siempre con la Cacería Salvaje. Su rugido me resuena en los oídos, la llamada de los cuernos, el sonido del viento tapan las voces de mi familia. ¿Cómo se lo explico?

—No se lo expliques —respondió Cristina—. Solo diles que los quieres y que los has echado de menos todos los días. Diles que odiabas la Cacería Salvaje. Diles que te alegras de estar de vuelta.

—Pero ¿por qué voy a hacerlo? ¿No notarán que estoy mintiendo?

—¿No los has echado de menos? ¿No te alegras de haber vuelto?

—No lo sé —contestó Mark—. No puedo oírme el corazón ni lo que me dice. Solo oigo el viento.

Antes de que Cristina pudiera responder, se oyó un seco golpecito en la ventana. Otra vez. Una serie de golpecitos que sonaron casi como un código.

Mark se puso en pie. Fue a la ventana, la abrió y se inclinó hacia fuera. Cuando volvió a meterse tenía algo en la mano.

Una bellota. Cristina la miró sorprendida. Las bellotas eran uno de los métodos con los que las hadas se enviaban mensajes. Escondidos en hojas, flores y otras cosas silvestres.

—¿Ya? —dijo Cristina, incapaz de contenerse. ¿Acaso no podían dejarlo en paz ni un rato, solo con su familia y en su casa?

Mark, pálido y agobiado, chafó la bellota dentro del puño. Había un rollito de pergamino claro. Lo cogió y leyó el mensaje en silencio.

Abrió la mano y lo dejó caer. Se sentó en el suelo, con las rodillas contra el pecho

y la cabeza entre las manos. Dejó caer hacia delante el largo cabello claro mientras el pergamino llegaba lentamente al suelo. Lanzó un apagado sonido gutural, algo entre un gruñido y un gemido de dolor.

Cristina cogió el pergamino. En él estaba escrito: «Recuerda tu promesa. Recuerda que nada de esto es real».

—Fuego al agua —dijo Emma mientras avanzaban rápido por la autovía hacia el Instituto—. Después de todos estos años, por fin sé lo que significan algunas de las marcas.

Julian conducía. Emma tenía los pies sobre el salpicadero y la ventanilla bajada; el aire salado del mar entraba en el coche y le alborotaba el cabello de las sienes. Así era como siempre iba en el coche con Julian, con los pies en alto y el viento en el pelo.

Era algo que Julian adoraba: Emma junto a él en el coche, conducir con el cielo azul en lo alto y el mar turquesa al lado. Era una imagen que parecía cargada de infinitas posibilidades, como si pudieran seguir viajando para siempre, con el horizonte como único destino.

Era una fantasía en la que a veces pensaba mientras se iba quedando dormido. Emma y él metían sus cosas en el maletero de un coche y dejaban el Instituto, hacia un mundo sin niños y sin Ley, y sin Cameron Ashdown, donde nada los frenaba excepto los límites de su amor y su imaginación.

Y si había dos cosas que creía ilimitadas, eran el amor y la imaginación.

—Parece un hechizo —comentó Julian, forzándose a volver al presente.

Apretó el acelerador y el viento entró con aún más fuerza por la ventanilla de Emma. Se le alzó el cabello, y unos claros mechones del color del trigo se le escaparon de las trenzas, haciendo que pareciera más joven y vulnerable.

—Pero ¿por qué inscribirían el hechizo sobre los cuerpos? —preguntó Emma.

Julian sentía un dolor en el pecho ante la sola idea de que algo pudiera hacerle daño a su compañera.

Y sin embargo, él le estaba haciendo daño. Lo sabía. Lo sabía y no lo soportaba. Cuando se le ocurrió llevarse a los niños ocho semanas a Inglaterra pensó que era una idea brillante. Sabía que Cristina Rosales iría al Instituto, que Emma no estaría sola y triste. Le había parecido perfecto.

Creó que las cosas serían diferentes a su regreso. Que él sería diferente.

Pero no lo era.

—¿Qué te ha dicho Magnus? —le preguntó mientras ella miraba por la ventanilla y tamborileaba con los dedos sobre la rodilla—. Te susurró algo.

Emma arrugó la frente.

—Dijo que hay lugares donde las líneas ley convergen, que hay puntos donde se encuentran varias. Quizá todas...

—Y esto es importante porque...

Emma negó con la cabeza.

—No lo sé. Tenemos claro que todos los cadáveres han sido arrojados sobre líneas ley. Seguro que Arthur sabe dónde encontrar más información en la biblioteca. Si no, podemos buscarlo nosotros.

—Bien.

—¿Bien? —Pareció sorprendida.

—Malcolm va a tardar unos días en traducir esos papeles, y no quiero pasármelos sentado en el Instituto, mirando a Mark, esperando que... Es mejor que sigamos trabajando, que tengamos algo que hacer. —Incluso a él mismo su voz le parecía poco convincente. Odiaba eso, odiaba cualquier señal audible o visible de debilidad.

Aunque por suerte estaba solo con Emma, y a ella podía mostrárselo. Emma era la única persona en su vida que no necesitaba que se ocupara de ella, que no necesitaba que fuera perfecto o perfectamente fuerte.

Antes de que Julian pudiera decir nada, el móvil de Emma comenzó a sonar con un zumbido grave. Lo sacó del bolsillo.

«Cameron Ashdown». Ceñuda, miró la llama en la pantalla.

—Ahora no —dijo, y volvió a guardarse el teléfono.

—¿Se lo vas a decir? —preguntó Julian, y notó la tensión en su propia voz, y no le gustó—. ¿Le vas a contar esto?

—¿Lo de Mark? Nunca se lo diré. Nunca.

Él agarró el volante con fuerza, apretando los dientes.

—Eres mi *parabatai* —dijo Emma, y había enfado en su voz—. Sabes que no lo haría.

Julian pisó el freno a fondo. El coche saltó hacia delante y el volante giró en sus manos. Emma soltó un gemido mientras se salían de la carretera derrapando y caían a la cuneta que separaba la autovía del camino y de las dunas que daban al mar.

El polvo se alzaba en gruesos tirabuzones alrededor del coche. Julian se volvió hacia Emma. Esta se había quedado pálida.

—Jules.

—No es lo que pienso de verdad —dijo él.

Ella se lo quedó mirando.

—¿El qué?

—Que seas mi *parabatai* es lo mejor de mi vida —afirmó Julian. Las palabras eran simples y firmes, dichas sin guardarse nada detrás. Había estado conteniéndose tanto que el alivio le resultó casi insoportable.

Llevada por un impulso, Emma se soltó el cinturón de seguridad, bajó los pies y se incorporó en el asiento para mirarlo con solemnidad. El sol estaba en lo alto. Desde tan cerca, Julian veía las líneas doradas dentro de los ojos castaños de Emma, las tenues pecas que le salpicaban la nariz, los mechones de cabello aclarado por el sol que se le enredaban con los más oscuros en la nuca. Ocre oscuro y amarillo

Nápoles mezclado con blanco. Olía a agua de rosas y detergente de la ropa.

—Pero dijiste...

—Ya sé lo que dije. —Volvió todo el cuerpo hacia ella—. En Inglaterra comprendí algunas cosas. Cosas difíciles. Quizá me había dado cuenta ya antes de marcharme.

—Puedes contármelas. —Le tocó la mejilla suavemente. Él notó que todo su cuerpo se tensaba—. Recuerdo lo que dijiste anoche sobre Mark —continuó Emma—. Nunca has sido el hermano mayor. Lo era él. Si no se lo hubieran llevado, o si Helen hubiera podido quedarse, habrías tomado otras decisiones porque habría habido quien se ocupara de ti.

Julian dejó escapar el aire.

—Emma. —Dolor intenso—. Emma, dije lo que dije porque... porque a veces pienso que te pedí que fueras mi *parabatai* porque quería tenerte unida a mí. La Cónsul tenía intención de enviarte a la Academia y yo no podía soportar esa idea. Había perdido ya a tanta gente... No quería perderte también a ti.

Estaba tan cerca que Julian notaba el calor que radiaba su piel caldeada por el sol. Durante un momento, ella guardó silencio, y él se sintió como si estuviera en el patíbulo, con la soga alrededor del cuello. Esperando solo que se abriera la trampilla bajo sus pies.

Entonces Emma puso la mano sobre la suya en la parte del salpicadero que quedaba entre ellos.

Las manos de los dos, juntas. Las de ella tenían una forma más delicada, pero estaban aún más marcadas que las de él, eran más callosas, con la piel más áspera. El brazalete de vidrios de Julian destellaba como una joya bajo el sol.

—La gente hace cosas complicadas porque la gente es complicada —dijo Emma—. Toda esa historia de que tienes que tomar la decisión de ser *parabatai* solo por razones puras es una tontería.

—Quería atarte a mí —continuó él—, porque yo estaba atado aquí. Quizá deberías haberte ido a la Academia. Quizá habría sido el mejor sitio para ti. Tal vez te arrebaté algo.

Emma lo miró, y su rostro era sincero y totalmente confiado. Julian casi pensó que notaba que todas sus convicciones se iban al traste, las convicciones que se había construido antes de marcharse a principios del verano y que había llevado con él hasta regresar a casa y volver a verla. Las notaba deshaciéndose en su interior, como madera seca destrozándose contra las rocas.

—Jules —repuso ella—. Me diste una familia. Me lo diste todo.

Un móvil sonó de nuevo. El de Emma. Julian se recostó en el asiento, con el corazón disparado, mientras ella se sacaba el teléfono del bolsillo. Vio cómo se ponía seria.

—Es un mensaje de Livvy —explicó—. Dice que Mark se ha despertado. Y que está gritando.

Julian pisó el acelerador a fondo hasta llegar a casa, con Emma cogiéndose las rodillas mientras el velocímetro superaba los ciento treinta. Entró derrapando en el aparcamiento de detrás del Instituto y clavó los frenos. Julian saltó del coche y Emma corrió tras él.

Al llegar al primer piso encontraron a los jóvenes Blackthorn sentados en el suelo ante la puerta de Mark. Dru estaba acurrucada con Tavvy contra el costado de Livvy; Ty estaba solo, con las largas manos colgándole entre las rodillas. Todos miraban fijamente la puerta entreabierta. Emma oía la voz de Mark, alta y enfadada, y luego otra más suave y calmada, la de Cristina.

—Perdón por el mensaje —dijo Livvy con un hilillo de voz—. Es que estaba gritando y gritando. Por fin ha parado, pero... Cristina está con él. Si entramos cualquiera de nosotros, se pone a dar gritos.

—Ay, Dios. —Emma fue hacia la puerta, pero Julian la sujetó y la hizo volverse.

Ella miró a su alrededor y vio que Ty había comenzado a mecerse hacia delante y hacia atrás, con los ojos cerrados. Era algo que hacía cuando las cosas eran demasiado algo: demasiado ruidosas, demasiado bruscas, o duras, o rápidas, o dolorosas.

Para Ty el mundo era superintenso, decía siempre Julian. Era como si sus oídos oyeran con más intensidad, como si sus ojos viesan más, y a veces todo eso era demasiado para él. Necesitaba tapar el ruido, notar algo en la mano para distraerse. Necesitaba mecerse para tranquilizarse. Cada uno procesaba el estrés de una forma diferente, decía Julian. Esa era la de Ty, y no hacía daño a nadie.

—Emma —dijo Julian. Tenía el rostro tenso—. Tengo que entrar solo.

Ella asintió. La soltó casi a regañadientes.

—Chicos —dijo Julian mirando a sus hermanos: al rostro ovalado y preocupado de Dru, a la expresión confusa de Tavvy, a los tristes ojos de Livvy y a los hombros inclinados de Ty—. Esto va a ser muy duro para Mark. No podemos esperar que esté bien de golpe. Va a necesitar mucho tiempo. Tiene que acostumbrarse a estar aquí.

—Pero somos su familia —replicó Livvy—. ¿Por qué tiene alguien que acostumbrarse a su propia familia?

—Puede que sea necesario —repuso Julian, con una voz paciente que, a veces, asombraba a Emma— si has estado lejos mucho tiempo y en un sitio donde la cabeza te juega malas pasadas.

—Como la tierra de las hadas —añadió Ty. Había dejado de mecerse y estaba apoyado contra la pared, con el cabello húmedo sobre la cara.

—Exacto —asintió Julian—. Así que vamos a darle tiempo. Quizá a dejarlo solo un rato. —Miró a Emma.

Ella dibujó una sonrisa en el rostro. (¡Dios, se le daba mucho peor fingir que a Jules!).

—Malcolm está trabajando en la investigación de los asesinatos —dijo—. He

pensado que podíamos ir a la biblioteca y buscar cosas sobre las líneas ley.

—¿Yo también? —preguntó Dru.

—Puedes ayudarnos a dibujar un mapa. ¿Vale?

Dru asintió.

—Vale.

Se puso en pie y los otros la siguieron. Mientras Emma los llevaba por el pasillo, en un grupo apagado y silencioso, miró hacia atrás una vez. Julian estaba ante la puerta del dormitorio de Mark, contemplando cómo se marchaban. Sus ojos se encontraron durante un instante antes de que él apartara la mirada, como si no la hubiera visto observarlo.

Si Emma estuviera con él, pensó Julian mientras abría la puerta, sería más fácil. Tendría que serlo. Cuando estaban juntos era como si respirara el doble de oxígeno, como si tuviera el doble de sangre, como si dispusiera de dos corazones para impulsar los movimientos de su cuerpo. Lo achacó a la magia duplicadora de *parabatai*, que lo hacía ser el doble de lo que sería sin ella.

Pero había tenido que enviarla con los niños; no confiaba en nadie más, y mucho menos en Arthur. Arthur, pensó con amargura; Arthur, que estaba escondido en su desván mientras sus sobrinos trataban desesperadamente de mantener unida a su familia y otro...

—¿Mark? —llamó Julian.

El dormitorio estaba en penumbra, con las cortinas corridas. Vio a Cristina sentada en el suelo, de espaldas a la pared. Tenía una mano en el colgante del cuello y la otra en la cadera, donde algo le brillaba entre los dedos.

Mark iba de un lado a otro a los pies de la cama, con el cabello cayéndole ante la cara. Se veía lo dolorosamente delgado que estaba; era todo músculo fibroso, pero del tipo que se consigue pasando hambre de vez en cuando y ejercitándose sin parar. Alzó la cabeza de golpe cuando Julian lo llamó.

Sus ojos se encontraron, y Julian vio un destello momentáneo de reconocimiento en los de su hermano.

—Mark —repitió, y se le acercó con la mano extendida—. Soy yo. Jules.

—No... —comenzó Cristina, pero era demasiado tarde. Mark ya le estaba enseñando los dientes mientras siseaba furioso.

—¡Mentiras! —rugió—. Alucinaciones... Sé quién eres... Gwyn te ha enviado para engañarme.

—Soy tu hermano —repitió Julian.

Mark tenía una expresión salvaje en el rostro.

—Conoces los deseos de mi corazón —continuó Mark—. Y los usas contra mí como cuchillos.

Julian miró a Cristina. Esta se estaba poniendo en pie lentamente, como si se

preparase para interponerse entre los dos hermanos, de ser necesario.

Mark se volvió hacia Jules con ojos ciegos, sin verlo.

—Traes a los mellizos ante mí y los matas una y otra vez. Mi Ty no entiende por qué no puedo salvarlo. Me traes a Dru, y cuando ríe y pide ver el castillo de cuento de hadas rodeado de setos, la lanzas contra los espinos hasta que le atraviesan el cuerpecito. Y me haces lavar la sangre de Octavian, porque la sangre de un niño inocente es magia bajo la colina.

Julian no se acercó más. Estaba recordando lo que Jace Herondale y Clary Fairchild les habían explicado a su hermana y a él, su encuentro con Mark años atrás bajo las colinas de las hadas, los ojos quebrados y las marcas de latigazos en el cuerpo.

Mark era fuerte, se había dicho Julian después, en la oscuridad de las mil noches siguientes. Podría soportarlo. Julian solo había pensado en la tortura del cuerpo. No se le había ocurrido pensar en la de la mente.

—Y Julian —continuó Mark— es demasiado fuerte para que puedas con él. Intentas someterlo en el torno, y lo torturas con pinchos y afiladas hojas, pero incluso así, no se rinde. Así que le llevas a Emma, porque los deseos de nuestros corazones son como cuchillos para ti.

Era demasiado para Julian. Tuvo que agarrarse a uno de los postes de la cama para mantener el equilibrio.

—Mark —repitió—. Mark Anthony Blackthorn. Por favor. No es un sueño. Es verdad que estás en casa. En tu casa.

Fue a cogerle la mano. Mark se la apartó.

—Solo eres un humo embustero.

—Soy tu hermano.

—No tengo ni hermanos ni hermanas, no tengo familia. Estoy solo. Formo parte de la Cacería Salvaje. Soy leal a Gwyn *el Cazador* —recitó Mark como si se lo hubiera aprendido de memoria.

—No soy Gwyn —insistió Julian—. Soy un Blackthorn. Tengo sangre Blackthorn en las venas, igual que tú.

—Eres un fantasma y una sombra. Eres la crueldad de la esperanza. —Mark apartó el rostro—. ¿Por qué me castigas? No he hecho nada para disgustar a la Cacería.

—Esto no es ningún castigo. —Julian dio un paso hacia Mark. Este no se movió, pero comenzó a temblar—. Esto es tu casa. Te lo puedo demostrar.

Miró hacia atrás. Cristina estaba muy quieta, pegada a la pared, y Julian pudo ver que el brillo entre sus manos era de un cuchillo. Era evidente que estaba esperando por si Mark lo atacaba. Julian se preguntó por qué había estado dispuesta a quedarse en la habitación sola con Mark; ¿acaso no había tenido miedo?

—No hay ninguna prueba —susurró Mark—. No cuando puedes plantarme un espejismo ante los ojos.

—Soy tu hermano —repitió Julian—. Y te lo probaré, te diré algo que solo tu hermano sabría.

Al oír eso, Mark alzó los ojos. Algo brilló en ellos, como una luz en la distancia del mar.

—Recuerdo el día en que se te llevaron —dijo Julian.

Mark se echó hacia atrás.

—Cualquier hada sabría eso...

—Estábamos en la sala de entrenamiento. Oímos ruidos y tú bajaste. Pero antes de irte me dijiste algo. ¿Lo recuerdas?

Mark se quedó muy quieto.

—Me dijiste: «Quédate con Emma» —continuó Julian—. Me dijiste que me quedara con ella, y lo he hecho. Ahora somos *parabatai*. Hace años que cuido de ella y siempre lo haré, porque me lo pediste, porque fue lo último que me dijiste, porque...

Entonces recordó que Cristina estaba allí y se interrumpió de golpe. Mark lo miraba fijamente, en silencio. Julian notó la desesperación crecer en su interior. Quizá fuera un truco de las hadas; quizá le habían devuelto a Mark, pero tan dañado y vacío por dentro que ya no era Mark. Tal vez...

Mark se derrumbó hacia delante y se agarró a Julian.

Este estuvo a punto de caer, pero consiguió mantener el equilibrio. Mark estaba delgado como un látigo, pero fuerte, y agarraba entre los puños la camisa de Julian. Este notó el corazón de su hermano golpeándole dentro del pecho, notó sus huesos bajo la piel. Mark olía a tierra y a rocío, a hierba y aire nocturno.

—Julian —dijo Mark con una voz apagada y el cuerpo tembloroso—. Julian, mi hermano, mi hermano.

En algún punto de la distancia, Julian oyó cerrarse la puerta; Cristina los había dejado solos.

Suspiró. Quería relajarse entre los brazos de su hermano, dejar que lo abrazara como lo había hecho una vez antes. Pero Mark era un poco más bajo que él, frágil bajo sus manos. En adelante, sería él quien sujetara a Mark. No era lo que se había imaginado, ni lo que había soñado, pero era la realidad. Era su hermano. Abrazó con fuerza a Mark y ajustó su corazón para soportar esa nueva carga.

La biblioteca del Instituto de Los Ángeles era pequeña; nada que ver con las famosas bibliotecas de los Institutos de Nueva York y Londres; sin embargo, era conocida por su enorme colección de libros en griego clásico y latín. Tenían más libros sobre la magia y el ocultismo del período clásico que el Instituto de la Ciudad del Vaticano.

Antes, la biblioteca tenía un suelo de terracota y ventanas de celosía; pero ahora era una habitación muy moderna. La antigua biblioteca había sido destruida durante el ataque de Sebastian Morgenstern, y los libros esparcidos entre los ladrillos rotos y

el desierto. La reconstrucción era de vidrio y acero. El suelo era de madera de serbal, liso y brillante por los diferentes hechizos de protección.

Una rampa en espiral comenzaba en el lado norte de la planta baja y subía pegada a las paredes; el lado que daba al exterior estaba cubierto de libros y ventanas, mientras que el que daba al interior tenía una barandilla hasta la altura del hombro. En lo más alto había un tragaluz, cubierto con un vidrio de treinta centímetros de grosor decorado con runas de protección y cerrado con un enorme candado de cobre.

Los mapas se guardaban en un gran baúl decorado con el escudo de la familia Blackthorn, una corona de espinas y su divisa: *Lex malla, lex nulla*. «Una mala ley no es ley».

Emma sospechaba que los Blackthorn no siempre se habían llevado bien con el Consejo.

Drusilla estaba rebuscando en el baúl de los mapas. Livvy y Ty estaban en la mesa con más planos, y Tavvy jugaba debajo con unos soldaditos de plástico.

—¿Sabes si Julian está bien? —preguntó Livvy mientras apoyaba la cabeza en la mano y miraba a Emma, preocupada—. ¿Cómo se siente...?

Emma negó con la cabeza.

—Lo de *parabatai* no funciona así. Quiero decir, puedo sentir si está herido físicamente, pero no tanto sus emociones.

Livvy suspiró.

—Sería fantástico tener un *parabatai*.

—La verdad es que no veo por qué —repuso Ty.

—Siempre tienes a alguien que te guarda las espaldas —explicó Livvy—. Alguien que te protege.

—Yo haría eso por ti de todos modos —replicó Ty mientras estudiaba otro mapa.

Ya habían tenido esa conversación; Emma había oído como una docena de variaciones sobre el mismo tema.

—No todo el mundo está hecho para tener un *parabatai* —dijo.

Durante un momento deseó tener las palabras para explicarlo adecuadamente: cómo amar a alguien más que a uno mismo daba valor y coraje; cómo verse en los ojos del *parabatai* significaba ver lo mejor de uno mismo; cómo, en el mejor de los casos, luchar con el *parabatai* era como armonizar dos instrumentos para hacer música, cada una de las piezas mejorando la otra.

—Tener a alguien que ha jurado protegerte del peligro —continuó Livvy, con los ojos brillantes—. Alguien que pondría la mano en el fuego por ti.

Emma recordó que Jem le había dicho una vez que su *parabatai*, Will, había metido las manos en el fuego para recuperar un paquete que contenía la medicina que salvaría la vida de Jem. Quizá no debería haberle contado esa historia a Livvy.

—En las pelis, Watson siempre se pone delante de Sherlock cuando hay tiros —comentó Ty pensativo—. Son como *parabatai*.

Livvy pareció quedarse sin argumentos, y Emma lo sintió por ella. Si Livvy decía

que eso no era lo mismo que *parabatai*, Ty se lo discutiría. Si aceptaba que lo era, él señalaría que no hacía falta ser *parabatai* para proteger a alguien en caso de peligro. Y no le faltaba razón, pero Emma comprendía el deseo de Livvy de ser *parabatai* de su hermano, de asegurarse de que Ty estaría siempre a su lado.

—¡Lo tengo! —anunció Drusilla de repente. Dejó de rebuscar en el baúl de los mapas y se alzó con un largo pergamino en las manos.

Livvy dejó la discusión sobre *parabatai* y corrió a ayudarla a llevarlo a la mesa.

En un cuenco transparente en el centro de la mesa había un montón de vidrios marinos que los Blackthorn habían ido recogiendo durante años: trozos de azul lechoso, verde, cobrizo y rojo. Emma y Ty emplearon los trozos azules para sujetar las puntas del mapa de las líneas ley.

Tavvy, que se había sentado al borde de la mesa, había comenzado a ordenar el resto de los vidrios por colores. Emma lo dejó hacer; así no tenía que pensar en cómo tenerlo distraído en ese momento.

—Líneas ley —dijo Emma mientras pasaba el índice sobre los largos trazos negros marcados en el mapa.

Era un plano de Los Ángeles que seguramente databa de los años cuarenta del siglo pasado. Había lugares relevantes visibles bajo las líneas: el Cruce de los Mundos en Hollywood, el edificio Bullocks en Wilshire, el ferrocarril Angeles Flight en Bunker Hill, el muelle de Santa Mónica, la permanente curva de la costa y el océano.

—Todos los cuerpos se hallaron en un punto sobre alguna línea ley. Pero lo que Magnus me dijo es que hay lugares donde todas las líneas ley convergen.

—¿Y qué tiene eso que ver con todo lo demás? —preguntó Livvy, práctica como siempre.

—No lo sé, pero no creo que me lo hubiera dicho si no tuviese importancia. Y supongo que el lugar de convergencia debe poseer una magia muy poderosa.

Mientras Ty se dedicaba al mapa con renovado vigor, Cristina entró en la biblioteca y le hizo un gesto a Emma para que fuera a hablar con ella. Emma se apartó de la mesa y la siguió hasta la máquina de café que había junto a la ventana. Funcionaba con luz mágica, lo que significaba que siempre había café, aunque no necesariamente muy bueno.

—¿Julian está bien? —preguntó Emma—. ¿Y Mark?

—Estaban hablando cuando los he dejado. —Cristina sirvió dos tazas de café solo y les puso azúcar de un pequeño cuenco de cerámica que había en el alféizar—. Julian ha conseguido calmarlo.

—Julian podría calmar a cualquiera.

Emma cogió su taza, disfrutando del calor contra la piel, aunque no le gustaba mucho el café y no solía tomarlo. Además, tenía tantos nudos en el estómago que no creía ser capaz de beber nada.

Volvió a la mesa donde los Blackthorn discutían sobre el mapa de líneas ley.

—Bueno, yo no tengo la culpa de que no tenga ningún sentido —estaba diciendo Ty de mal humor—. Aquí es donde dice que está la convergencia.

—¿Dónde? —preguntó Emma, que se le acercaba por detrás.

—Aquí. —Dru señaló el círculo que Ty había dibujado en el mapa con un lápiz. Estaba sobre el océano, más lejos de Los Ángeles que de la isla Catalina—. No creo que nadie pueda hacer magia en este punto.

—Supongo que Magnus hablaba por hablar —sugirió Livvy.

—Seguramente no sabía... —comenzó Emma, y se calló al oír abrirse la puerta de la biblioteca.

Era Julian. Entró en la sala y luego se hizo a un lado con timidez, como un prestidigitador presentando el resultado de un truco.

Mark cruzó la puerta tras él. Julian debía de haber recuperado las cosas de Mark del trastero, porque este llevaba unos vaqueros que le quedaban un poco cortos, seguramente alguno de los suyos viejos, y una de las camisetas de Julian, grisácea y tan lavada que estaba muy suave y descolorida. En contraste, el cabello se le veía muy rubio, casi plata. Le llegaba a los hombros y parecía menos enredado, como si al menos se hubiera limpiado las ramitas.

—Hola —dijo Mark.

Sus hermanos lo miraron en silencio, con los ojos muy abiertos de asombro.

—Mark quería veros —explicó Julian. Se rascó la nuca, desconcertado, como si no supiera qué hacer.

—Gracias —dijo Mark—. Por los regalos de bienvenida que me habéis traído.

Los Blackthorn continuaban mirándolo fijamente. Nadie se movió excepto Tavvy, que dejó lentamente su vidrio marino sobre la mesa.

—La caja —aclaró Mark— que habéis dejado en mi cuarto.

Emma notó que le cogían el café que tenía en la mano. Iba a protestar, pero Cristina ya cruzaba la sala muy tiesa y con ella en la mano, pasando más allá de la mesa para acercarse a Mark. Le tendió la taza.

—¿Quieres? —le preguntó.

Mark la cogió agradecido. Se la llevó a la boca y bebió, mientras toda su familia lo miraba con sorprendida fascinación, como si estuviera haciendo algo que nadie hubiera hecho nunca.

Mark hizo una mueca. Se apartó de Cristina, tosió y escupió.

—¿Qué es esto?

—Café. —Cristina parecía sorprendida.

—Sabe como el más amargo de los venenos —dijo Mark indignado.

De repente, Livvy soltó una risita. El sonido rompió el silencio de la sala, el retablo congelado que formaban los demás.

—Te gustaba mucho el café —dijo—. ¡De eso sí me acuerdo!

—No puedo imaginarme por qué. Nunca he probado nada más asqueroso. — Mark hizo una mueca.

Ty iba mirando a Julian y a Livvy; parecía entusiasmado y excitado, y tamborileaba con sus largos dedos sobre la mesa.

—Ya no está acostumbrado al café —le dijo a Cristina—. Las hadas no tienen.

—Toma. —Livvy se levantó y cogió una manzana de la mesa—. Mejor prueba esto. —Avanzó y le tendió la fruta a su hermano. Emma pensó que parecía una Blancanieves moderna, con su largo cabello negro y la manzana en la pálida mano—. Te gustan las manzanas, ¿verdad?

—Muchas gracias, amable hermana. —Mark hizo una reverencia y cogió la fruta, mientras Livvy se lo quedaba mirando medio boquiabierto.

—Nunca me habías llamado «amable hermana» —dijo, echándole a Julian una mirada acusadora.

Este sonrió de medio lado.

—Te conozco demasiado bien, pillá.

Mark se quitó la cadena que llevaba al cuello. Colgando en el extremo había lo que parecía una punta de flecha. Era clara, como hecha de vidrio, y Emma recordó haber visto algo así en unos dibujos que Diana le había mostrado.

Mark comenzó a pelar la manzana con ella, como si fuera la cosa más normal. Tavvy, que de nuevo se había metido bajo la mesa y observaba desde allí, hizo un ruidito de interés. Mark lo miró y le guiñó un ojo. Tavvy se escondió más, pero Emma vio que estaba sonriendo.

Ella no podía dejar de mirar a Jules. Pensó en cómo había limpiado la habitación de Mark, lanzando furioso las cosas de su hermano a una pila, como si pudiera así romper su recuerdo. Solo había tardado un día, pero desde entonces había tenido sombras en los ojos. Se preguntó si, en el caso de que Mark se quedara, esas sombras se borrarían.

—¿Te han gustado los regalos? —preguntó Dru mientras se daba la vuelta sentada sobre la mesa, con una expresión ansiosa en el rostro—. Te he puesto pan y mantequilla por si tenías hambre.

—Algunos no he sabido lo que eran —explicó Mark sinceramente—. La ropa ha sido muy útil. El objeto de metal negro...

—Eso era mi microscopio —lo interrumpió Ty, mirando a Julian en busca de su aprobación—. He pensado que podría gustarte.

Julian se apoyó en la mesa. No preguntó a Ty por qué pensaba que Mark querría tener un microscopio; solo le sonrió dulcemente de medio lado.

—Has sido muy amable, Ty.

—Tiberius quiere ser detective —le explicó Livvy a Mark—. Como Sherlock Holmes.

Mark la miró confuso.

—¿Es un amigo de la familia? ¿Algún brujo?

—Es el personaje de una novela —contestó Dru riendo.

—Tengo todos los libros de Sherlock Holmes —dijo Ty—. Me sé todas sus

aventuras. Hay cincuenta y tres relatos cortos y cuatro novelas. Te las puedo contar. Y te enseñaré a usar el microscopio.

—Creo que lo he manchado de mantequilla —admitió Mark avergonzado—. No recordaba que era un aparato científico.

Emma miró a Ty con cierta preocupación; este era meticuloso con sus cosas y se podía alterar mucho si alguien se las tocaba o las cambiaba de sitio. Pero no parecía enfadado. El candor de Mark parecía encantarle, del mismo modo que, a veces, le gustaba algún tipo de icor demoníaco extraño o el ciclo de la vida de las abejas.

Mark había cortado la manzana en limpios trozos y se la estaba comiendo despacio, como alguien acostumbrado a hacer que le durara la comida. Estaba muy delgado, más de lo que cualquier cazador de sombras lo estaría a su edad. A estos los animaban para que se entrenaran y comieran, comieran y se entrenaran, ganando músculo y resistencia. La mayoría de los cazadores de sombras, debido a su entrenamiento constante e intenso, iban de fibrosos a musculosos, aunque Drusilla era más bien gordita, algo que le molestaba cada vez más al ir haciéndose mayor. A Emma siempre le apenaba ver el rubor que coloreaba las mejillas de Dru cuando el uniforme diseñado para las chicas de su grupo de edad no le valía.

—Os he oído hablar de convergencias —dijo Mark acercándose a los otros, aunque con cuidado, como inseguro de que lo aceptaran. Alzó los ojos y, para sorpresa de Emma, miró a Cristina—. La convergencia de las líneas ley es un lugar donde se puede hacer magia negra sin ser detectado. Los seres mágicos saben mucho de líneas ley, y las emplean a menudo. —Se había vuelto a colgar la punta de flecha en el cuello; esta destelló cuando él inclinó la cabeza para mirar el mapa que se hallaba sobre la mesa.

—Es el mapa de las líneas ley de Los Ángeles —explicó Cristina—. Todos los cadáveres se han encontrado en algún punto de ellas.

—Falso —replicó Mark, inclinándose hacia delante.

—No, dice la verdad —repuso Ty ceñudo—. Este es un mapa de líneas ley, y los cuerpos se abandonaron sobre ellas.

—Pero el mapa no es correcto —afirmó Mark—. Las líneas no son exactas, y tampoco los puntos de convergencia. —Con los largos dedos de la mano derecha rozó el círculo de lápiz que Ty había trazado—. Esto es totalmente incorrecto. ¿Quién trazó este mapa?

Julian se acercó y, por un momento, su hermano y él quedaron hombro con hombro; el cabello claro de uno y el negro de los otros contrastaban con fuerza.

—Supongo que es un mapa del Instituto.

—Lo hemos sacado del baúl —explicó Emma, y se inclinó sobre él desde el otro lado de la mesa—. Estaba con todos los demás.

—Bueno, pues lo han alterado —afirmó Mark—. Necesitamos uno que esté bien.

—Quizá Diana pueda conseguirnos uno —sugirió Julian, y cogió una libreta y un lápiz—. O se lo podríamos pedir a Malcolm.

—O ver qué hay en el Mercado de Sombras —añadió Emma, y sonrió impertinente ante la mirada de Julian—. Solo era una sugerencia.

Mark miró a su hermano y luego a los otros, claramente preocupado.

—¿Os he ayudado? —preguntó—. ¿No debería haberlo dicho?

—¿Estás seguro? —inquirió Ty, pasando la mirada del mapa a su hermano, y algo en su rostro se mostraba tan abierto como una puerta—. ¿Estás seguro de que el mapa está mal?

Mark asintió.

—Entonces nos has ayudado —le aseguró Ty—. Podríamos haber perdido días utilizando un mapa incorrecto. Quizá incluso más.

Mark respiró aliviado. Julian le puso la mano en la espalda. Livvy y Dru sonrieron de oreja a oreja. Tavvy estaba mirando con curiosidad desde debajo de la mesa. Emma miró a Cristina. Los Blackthorn parecían estar unidos por una especie de fuerza invisible; en ese momento eran una familia, y a Emma ni siquiera le importó que Cristina y ella se hubieran quedado fuera.

—Podría tratar de corregirlo —propuso Mark—. Pero no sé si tendré la habilidad suficiente. Helen... Helen sí sería capaz. —Miró a Julian—. Está casada y lejos, pero ¿puedo suponer que regresará para esto? ¿Y para verme?

Fue como ver un cristal romperse a cámara lenta. Ninguno de los Blackthorn se movió, ni siquiera Tavvy, pero sus rostros se ensombrecieron al darse cuenta de lo mucho que Mark no sabía.

Este palideció y lentamente dejó el corazón de la manzana sobre la mesa.

—¿Qué pasa?

—Mark —dijo Julian, mirando hacia la puerta—, ven, hablemos en tu habitación, no aquí...

—No —lo interrumpió Mark, y su voz se alzó con miedo—. Me lo dirás ahora. ¿Dónde está mi hermana, la hija de lady Nerissa? ¿Dónde está Helen?

Hubo un silencio tenso y doloroso. Mark miraba a Julian. Ya no estaban el uno junto al otro. Mark se había apartado, tan sigiloso y rápido que Emma ni lo había visto.

—Me has dicho que está viva —continuó Mark, y en su voz había miedo y una acusación.

—Lo está —se apresuró a decir Emma—. Está bien.

Mark hizo un ruido de impaciencia.

—Entonces quiero saber dónde está mi hermana. ¿Julian?

Pero no fue este quien respondió.

—La alejaron cuando se instauró la Paz Fría —dijo Ty, para sorpresa de Emma. Habló en un tono directo y práctico—. La exiliaron.

—Hubo una votación —continuó Livvy—. Parte de la Clave quería matarla, por su sangre de hada, pero Magnus Bane defendió los derechos de los subterráneos. Enviaron a Helen a la isla de Wrangel a estudiar las salvaguardas.

Mark apoyó las palmas sobre la mesa y se inclinó hacia delante, como si estuviera tratando de recuperar el aliento después de recibir un golpe.

—La isla de Wrangel —susurró—. Es un lugar frío, de hielo y nieve. He cabalgado sobre esas tierras con la Cacería. No sabía que mi hermana estaba allí abajo, entre los páramos helados.

—No te habrían dejado verla, aunque lo hubieras sabido —afirmó Julian.

—Pero tú permitiste que la enviaran lejos. —Los ojos heterocrómicos de Mark destellaban—. Dejaste que la exiliaran.

—Éramos niños. Yo tenía doce años. —Julian no alzó la voz; sus ojos eran de un azul seco y frío—. No tuvimos elección. Hablamos con ella todas las semanas, y todos los años enviamos una petición a la Clave para que pueda volver.

—Discursos y peticiones —gruñó Mark—. Sería lo mismo no hacer nada. Sabía... sabía que habían decidido no ir a buscarme. Sabía que me habían abandonado con la Cacería Salvaje. —Tragó dolorosamente—. Pensaba que era porque temían a Gwyn y la venganza de la Cacería; no pensé que fuera porque me odiaban y me despreciaban.

—No era odio —repuso Julian—. Era miedo.

—Dijeron que no podíamos buscarte —explicó Ty. Había sacado uno de sus juguetes del bolsillo: un trozo de cuerda que solía pasarse por los dedos, formando ochos—. Que estaba prohibido. También nos está prohibido visitar a Helen.

Mark miró a Julian, y sus ojos estaban oscurecidos por la furia, negro y bronce.

—¿Y lo has intentado alguna vez?

—No discutiré contigo, Mark —respondió Julian. La comisura de la boca le tironeaba un poco; era algo que solo le pasaba cuando estaba muy agitado, y algo, suponía Emma, que solo ella notaba.

—Y tampoco vas a pelear por mí —replicó Mark—. Eso ha quedado claro. —Recorrió la sala con la mirada—. Al parecer, he regresado a un mundo donde no se me quiere —soltó, y salió de la biblioteca dando un portazo.

Se hizo un horrible silencio.

—Ya voy yo —dijo Cristina, y salió corriendo de la sala.

En el silencio que dejó su marcha, los Blackthorn centraron sus ojos en Jules, y Emma tuvo que contener el impulso de correr a ponerse entre él y la mirada de ruego de sus hermanos. Lo observaban como si él pudiera solucionarlo, como si pudiera solucionarlo todo, como siempre había hecho.

Pero Julian se había quedado muy quieto, con los ojos entrecerrados, los puños apretados. Emma recordó cómo lo había visto en el coche, la desesperación que mostraba su expresión. Pocas cosas en la vida podían acabar con la calma de Julian, pero Mark era una de ellas, y siempre lo había sido.

—Todo irá bien —dijo Emma, y le palmeó el brazo a Dru—. Claro que está enfadado; tiene todo el derecho del mundo a estarlo, pero no es con ninguno de vosotros. —Emma miró a Julian por encima de la cabeza de Drusilla, tratando de

verle los ojos, de tranquilizarlo—. Todo irá bien.

La puerta se abrió y Cristina entró de nuevo en la sala. Julian volvió hacia ella la mirada.

Cristina llevaba las trenzas, oscuras y brillantes, enrolladas alrededor de la cabeza, y parecieron relucir cuando negó con la cabeza.

—Está bien —les dijo—, pero se ha encerrado en su habitación, y creo que es mejor que lo dejemos en paz. Puedo esperar en el pasillo, si lo preferís.

Julian negó con la cabeza.

—Gracias —respondió—, pero no hace falta que nadie lo vigile. Puede ir y venir a su antojo.

—Pero ¿y si se hace daño? —Era Tavvy, que habló con su fina vocecilla.

Julian se inclinó, cogió a su hermano pequeño en brazos y lo abrazó con fuerza antes de volver a dejarlo en el suelo. Tavvy siguió agarrado a la camisa de Jules.

—No se lo hará —le aseguró este.

—Quiero ir al estudio —dijo Tavvy—. No quiero estar aquí.

Julian vaciló un instante, pero luego asintió. A menudo, cuando su hermanito tenía miedo, llevaba a Tavvy al estudio donde pintaba: las pinturas, los papeles e incluso los pinceles calmaban a Tavvy.

—Yo te llevo —le dijo—. Hay restos de pizza en la cocina, si alguien quiere, y bocadillos, y...

—No te preocupes, Jules —lo interrumpió Livvy. Se había sentado sobre la mesa, junto a su mellizo, mientras este miraba el mapa de líneas ley con los labios apretados—. Nos podemos ocupar de la comida. Nos las arreglaremos.

—Te subiré algo de comer —prometió Emma—. Y para Tavvy también.

Julian hizo un gesto de agradecimiento y comenzó a ir hacia la puerta. Antes de llegar a ella, Ty rompió el silencio en el que había estado sumido desde que Mark se había marchado.

—No lo castigarás, ¿verdad? —preguntó, con el cordón enrollado en los dedos de la mano izquierda.

Julian se volvió sorprendido.

—¿Castigar a Mark? ¿Por qué?

—Por todo lo que ha dicho. —Ty estaba agitado y desenrollaba el cordón lentamente, dejando que se le deslizara entre los dedos.

Después de años de observar a su hermano, tratando de aprender, Julian había llegado a comprender que Ty era mucho más sensible a los ruidos y las luces que la mayoría de la gente. Pero el tacto lo fascinaba. Por eso Julian había aprendido a crear distracciones y herramientas de mano para Ty; lo había observado pasar las horas investigando la textura de la seda o del papel de lija, las arrugas de las conchas o la aspereza de las rocas.

—Todo era cierto —continuó Ty—; era la verdad. Nos ha dicho la verdad y nos ha ayudado en la investigación. No se lo debe castigar por eso.

—Claro que no —le aseguró Julian—. Ninguno de nosotros lo va a castigar.

—No es su culpa si no lo entiende todo —siguió Ty—. O si las cosas lo superan. No es su culpa.

—Ty-Ty —dijo Livvy. Ese era el apodo que Emma le había puesto a Tiberius cuando este era un bebé. Desde entonces, toda la familia lo había adoptado. Le apretó el hombro cariñosamente—. Todo irá bien.

—No quiero que Mark se vuelva a marchar —afirmó Ty—. Lo entiendes, ¿verdad, Julian?

Emma observó cómo el peso de ese deseo, la responsabilidad que conllevaba, caía sobre Julian.

—Lo entiendo, Ty —le contestó.

8

PARTIERA DE LA NUBE ESA NOCHE

Emma abrió la puerta del estudio de Julian empujándola con el hombro mientras intentaba que no se le derramara ninguno de los dos tazones llenos de sopa que llevaba.

El estudio de Julian constaba de dos habitaciones: la que él dejaba ver a la gente y la que no. Su madre, Eleanor, había usado la más grande como estudio y la pequeña como cuarto oscuro para revelar fotos. Ty había preguntado muchas veces si los productos químicos y el equipo seguían allí, y si podría usarlos.

Pero el segundo cuarto del estudio era el único asunto en el que Julian no quería ceder a la voluntad de sus hermanos pequeños, y tampoco se ofrecía a renunciar por ellos a lo que era suyo. La puerta negra seguía cerrada con llave, y ni siquiera Emma tenía permitido entrar.

Ni lo pedía. Julian gozaba de tan poca intimidad que no deseaba reprocharle lo único que lograba reclamar.

El estudio principal era muy bonito. Dos de las paredes eran de vidrio; una miraba al océano y la otra al desierto. Las otras estaban pintadas de color visón, y los lienzos de la madre de Julian, abstractos de brillantes colores, seguían adornándolas.

Jules estaba junto a la isla central, un enorme bloque de granito cubierto de fajos de papeles, cajas de acuarelas y pilas de tubos de pintura con sugestivos nombres: rojo de alizarina, púrpura cardenal, naranja de cadmio, azul ultramarino.

Julian se llevó un dedo a los labios mientras miraba hacia un lado. Sentado ante un pequeño caballete estaba Tavvy, armado con una caja de pinturas no tóxicas. Las extendía sobre una larga hoja de papel de estraza, y parecía contento con su creación multicolor. Tenía pintura naranja en los rizos castaños.

—Acabo de conseguir que se calme —dijo Julian cuando Emma se acercó y dejó los tazones sobre la isla—. ¿Cómo va todo? ¿Ha hablado alguien con Mark?

—Sigue con la puerta cerrada —contestó Emma—. Los otros están en la biblioteca. —Empujó uno de los tazones hacia él—. Come —le dijo—. La ha hecho Cristina. Sopa de tortilla. Aunque dice que no tenemos los chiles adecuados.

Julian cogió el tazón y se arrodilló para dejarlo junto a Tavvy. Su hermanito alzó la mirada y parpadeó al ver a Emma, como si acabara de darse cuenta de que estaba ahí.

—¿Te ha enseñado Jules los dibujos? —preguntó. El azul se había unido al naranja y al amarillo en su pelo. Parecía una puesta de sol.

—¿Qué dibujos? —preguntó Emma mientras Julian se incorporaba.

—Los de nosotros. Los de las cartas.

Emma miró a Jules con una ceja alzada.

—¿Qué cartas?

Julian se sonrojó.

—Retratos —contestó—. Los hice con el estilo de Rider-Waite, como el tarot.

—¿El tarot mundano? —preguntó Emma mientras Jules cogía un portafolio.

Los cazadores de sombras tendían a evitar los objetos de las supersticiones mundanas: quiromancia, astrología, bolas de cristal, cartas del tarot. No estaba prohibido tenerlos ni tocarlos, pero se asociaban con los desagradables moradores de los límites de la magia, como Johnny Rook.

—Le he hecho algunos cambios —explicó Julian, y abrió el portafolio.

Le mostró una serie de papeles, cada uno con una ilustración colorida y distintiva. Estaba Livvy con su sable, el pelo al viento, pero en vez de su nombre, debajo ponía «LA PROTECTORA». Como siempre, los dibujos de Julian parecían tener una línea directa al corazón de Emma, y le hacían sentir que entendía lo que Julian había experimentado al hacerlos. Al mirar el dibujo de Livvy, Emma sintió admiración, amor, incluso miedo a la pérdida; Julian nunca hablaba de ello, pero Emma sospechaba que observaba con bastante temor cómo Livvy y Ty se convertían en adultos.

Luego estaba Tiberius, con una mariposa esfinge calavera aleteando en la mano, y su hermoso rostro apartado del espectador. El dibujo produjo en Emma una sensación de amor fiero, inteligencia y vulnerabilidad, todo mezclado. Debajo ponía «EL GENIO».

Pasó a «LA SOÑADORA», Dru con la cabeza metida en un libro, y a «EL INOCENTE», Tavvy en pijama, medio dormido con la cabeza entre las manos. Los colores eran cálidos, afectuosos, suaves.

Y luego estaba Mark. Con los brazos cruzados sobre el pecho y el cabello tan claro como la paja. Lo había dibujado con una camisa con un estampado de alas extendidas. En cada ala había un ojo: dorado o azul. Una cuerda le rodeaba el tobillo e iba más allá del borde del dibujo.

«EL PRISIONERO», decía.

Jules la rozó con el hombro cuando Emma se inclinó para observar detenidamente la imagen. Como todos los dibujos de Julian, parecía susurrarle en un lenguaje sin palabras: pérdida, decía, y tristeza, y años que no se podrían recuperar.

—¿Es en esto en lo que estuviste trabajando en Inglaterra? —preguntó.

—Sí. Esperaba poder hacerlas todas. —Se pasó la mano por los rizos castaños—. Tendría que cambiar el nombre de la carta de Mark. Ahora que está libre.

—Si sigue libre.

Emma apartó el dibujo de Mark y vio que el siguiente era el de Helen, entre témpanos de hielo, el cabello claro cubierto con un gorro tejido. «LA SEPARADA»,

decía. Y había otra carta, «LA FIEL», para su esposa Aline, con el oscuro cabello como una nube alrededor de ella. Llevaba el anillo Blackthorn en la mano. Y la última era de Arthur, sentado ante su escritorio. Una cinta roja del color de la sangre cubría el suelo ante él. No tenía título.

Julian las cogió y las metió de nuevo en el portafolio.

—Aún no están acabadas.

—¿Y yo tendré una carta? —bromeó Emma—. ¿O es solo de los Blackthorn de sangre y los que lo son por casamiento?

—¿Por qué no dibujas a Emma? —preguntó Tavvy, mirando a su hermano—. Nunca dibujas a Emma.

Ella vio que Julian se tensaba. Era cierto. Julian pocas veces dibujaba personas, pero incluso si lo hacía, había dejado de dibujar a Emma hacía años. La última vez que recordaba haberla dibujado fue para el retrato familiar de la boda de Aline y Helen.

—¿Estás bien? —le preguntó, en un susurro que confió que Tavvy no oyera.

Julian dejó escapar el aire con fuerza, abrió los ojos y relajó los músculos. Sus miradas se encontraron, y el rizo de enfado que había comenzado a desenrollarse en el estómago de Emma desapareció. La mirada de Jules era directa y vulnerable.

—Lo siento —dijo—. Es que... siempre he pensado que cuando volviera..., cuando Mark volviera, me ayudaría. Que se haría cargo de todo. Nunca se me ocurrió pensar que tendría que ocuparme de él también.

En ese momento, Emma sintió como si volviera a aquel tiempo, a todas las semanas y los meses después de que se llevaran a Mark y exiliaran a Helen, cuando Julian se despertaba llamando a gritos a sus hermanos mayores, que no estaban allí, que nunca volverían. Recordó el pánico que lo enviaba tambaleante hasta el lavabo para vomitar, las noches que ella lo había sujetado sobre las frías baldosas del suelo mientras él se estremecía como si tuviera fiebre.

«No puedo —le había dicho Julian—. No puedo hacerlo solo. No puedo criarlos. No puedo ocuparme de cuatro niños».

Emma notó que la rabia volvía a apoderarse de su estómago, pero esta vez iba dirigida a Mark.

—¿Jules? —preguntó Tavvy inquieto.

Julian se pasó la mano por la cara; era casi un tic nervioso, como si estuviera limpiando la pintura de un caballete. Cuando bajó la mano, se habían borrado de su rostro el temor y la emoción.

—Aquí estoy —contestó, y cogió a Tavvy en brazos.

Este apoyó la cabeza en el hombro de su hermano, somnoliento, y le manchó la camiseta de pintura. Pero a Jules no pareció importarle. Apoyó la barbilla sobre los rizos de su hermano y sonrió a Emma.

—Olvídalo —le pidió—. Voy a meter a este en la cama. Seguramente tú también deberías dormir un poco.

Pero a Emma le hervía en las venas un elixir de rabia y de instinto de protección. Nadie haría sufrir a Julian. Nadie, ni siquiera su tan amado y añorado hermano.

—Luego dormiré —contestó—. Tengo que hacer algo antes.

Julian pareció alarmarse.

—Emma, no intentes...

Pero ella ya se había ido.

Emma se plantó delante de la puerta de Mark con los brazos en jarras.

—¡Mark! —gritó mientras llamaba a la puerta con los nudillos por quinta vez—. Mark Blackthorn, sé que estás ahí. Abre la puerta.

Silencio. La curiosidad y el enfado de Emma luchaban contra el respeto a la intimidad de Mark, y ganaron. Las runas de apertura no funcionaban en las puertas interiores del Instituto, así que sacó un fino cuchillo del cinturón y lo metió entre el marco de la puerta y la jamba. El pestillo saltó y la puerta se abrió de par en par.

Emma metió la cabeza. Las luces estaban encendidas y las cortinas corridas mantenían fuera la oscuridad del exterior. Las sábanas estaban arrugadas, y la cama, vacía.

Lo cierto era que todo el dormitorio estaba vacío. Mark no se encontraba allí.

Emma cerró la puerta de golpe y se volvió con un suspiro de exasperación... y casi pegó un grito. Dru estaba detrás de ella con los ojos muy abiertos. Apretaba un libro contra el pecho.

—¡Dru! ¿Sabes?, por lo general, cuando la gente se me acerca tan sigilosamente por la espalda, suelo clavarles el puñal. —Dejó escapar un suspiro tembloroso.

Dru parecía triste.

—Estás buscando a Mark.

Emma no vio que tuviera sentido negarlo.

—Cierto.

—No está aquí —dijo Dru.

—Cierto también. Gran noche para las obviedades, ¿eh? —Emma sonrió a Dru y sintió una punzada de pena. Los mellizos estaban muy unidos, y Tavvy era tan pequeño y dependía tanto de Jules que, para Dru, pensó, resultaba difícil encontrar su lugar en la familia—. Seguro que está bien. Lo sabes, ¿no?

—Está en el tejado —dijo la niña.

Emma alzó una ceja.

—¿Y por qué dices eso?

—Siempre subía cuando estaba enfadado —contestó Dru. Miró hacia la ventana al fondo del pasillo—. Y allí arriba estará bajo el cielo. Podrá ver la Cacería si pasa por aquí.

Emma se quedó helada.

—No lo harán —afirmó—. No pasarán por aquí. No se lo volverán a llevar.

—¿Aunque quiera irse?

—Dru...

—Sube y hazlo bajar —le pidió Drusilla—. Por favor, Emma.

Emma se preguntó si parecería perpleja, pues así era como se sentía.

—¿Por qué yo?

—Porque eres una chica guapa —respondió Dru con cierta tristeza mirándose el cuerpecillo rechoncho—. Y los chicos hacen lo que les dicen las chicas bonitas. La tía abuela Marjorie me lo dijo. Dijo que si yo no fuera una bola sería una chica guapa y los chicos harían lo que yo quisiera.

Emma estaba horrorizada.

—¿Esa vieja pu... esa vieja burra dijo qué?

Dru apretó el libro con más fuerza.

—No suena tan mal, ¿verdad? Bola. Podría ser algo mono, como un conejito o una ardilla.

—Eres mucho más mona que una ardilla —dijo Emma—. Tienen unos dientes raros, y me ha dicho alguien que lo sabe que hablan con unas voces muy chillonas y agudas. —Le alborotó el suave cabello—. Eres muy guapa —le dijo—. Siempre serás muy guapa. Y ahora, voy a ver qué puedo hacer con tu hermano.

Las bisagras de la trampilla que daba al tejado no se habían engrasado desde hacía meses, y chirriaron con fuerza cuando Emma, apoyada en el último peldaño de la escalera, la empujó hacia arriba. La trampilla cedió y ella salió al tejado.

Se puso en pie temblando. El viento procedente del océano era frío, y ella solo se había puesto una chaqueta de lanilla sobre la camiseta de tirantes y los vaqueros. Notó la aspereza de las tejas bajo los pies descalzos.

Había estado allí arriba incontables veces. El tejado era plano, solo con un poco de inclinación en los extremos, donde las tejas desaguaban sobre los canalones de cobre, y resultaba fácil andar por él. Siempre había allí una silla plegable, en la que Julian se sentaba a veces a pintar. Había pasado por una fase de capturar la puesta de sol sobre el océano, y finalmente se había hartado cuando, al ir cambiando los colores para plasmar el cielo, convencido de que cada momento del ocaso era mejor que el anterior, el lienzo había acabado totalmente negro.

Ahí arriba había poco sitio donde resguardarse, y enseguida divisó a Mark, sentado en el borde del tejado con las piernas colgando, contemplando el océano.

Emma fue hacia él; el viento le azotaba las trenzas agitándoselas ante la cara. Se las apartó impaciente, y se preguntó si Mark estaba pasando de ella o si realmente no se había dado cuenta de que se le acercaba. Se detuvo a unos cuantos pasos al recordar que antes había apartado a Julian de un golpe.

—Mark —lo llamó.

Él volvió poco a poco la cabeza. La luz de la luna lo pintaba de blanco y negro;

era imposible apreciar que sus ojos fueran de colores diferentes.

—Emma Carstairs.

Su nombre completo. Eso no auguraba nada bueno. Emma cruzó los brazos sobre el pecho.

—He venido a llevarte abajo —dijo—. Estás asustando a tu familia y has disgustado a Jules.

—Jules —repitió él lentamente.

—Julian. Tu hermano.

—Quiero hablar con mi hermana —repuso él—. Quiero hablar con Helen.

—Muy bien —respondió Emma—. Puedes hablar con ella cuando quieras. Puedes llamarla, o podemos hacer que te llame, o podemos utilizar el puto Skype, si eso es lo que quieres. Te lo habríamos dicho antes si no te hubieras puesto como un energúmeno.

—¿Skype? —Mark la miró como si de repente le hubieran crecido varias cabezas.

—Es una cosa de los ordenadores. Ty sabe cómo va. Podrás verla al mismo tiempo que hablas con ella.

—¿Cómo la bola de cristal de las hadas?

—Algo parecido. —Emma se le acercó un poco más, como si se aproximara a un animal salvaje que se pudiera asustar con su presencia—. ¿Volvemos abajo?

—Prefiero permanecer aquí. Me estaba ahogando por dentro con todo ese aire muerto, aplastado por el peso del edificio: techo, vigas, vidrio y piedra. ¿Cómo podéis vivir así?

—Tú fuiste muy feliz aquí durante dieciséis años.

—Casi no lo recuerdo —repuso él—. Es como un sueño. —Miró otra vez el océano—. Tanta agua —dijo—. Puedo verla y también a través de ella. Veo los demonios bajo el mar. La contemplo y no parece real.

Emma podía entenderlo. El mar fue lo que se llevó los cadáveres de sus padres y los devolvió destrozados y vacíos. Por los informes, sabía que estaban muertos antes de que los lanzaran al mar, pero eso no la ayudaba. Recordó las palabras de un poema que Arthur les había recitado una vez sobre el océano: «El agua embiste, y altos veleros zozobran y una muerte profunda espera».

Más allá de las olas, eso era para ella el mar: una muerte profunda que esperaba.

—Hay agua en Feéra, ¿no? —preguntó.

—No hay mares. Y el agua nunca es suficiente. La Cacería Salvaje suele cabalgar durante días sin agua. Solo si estamos desvaneciéndonos nos permite Gwyn parar a beber. Y hay fuentes en los bosques de Feéra, pero de ellas mana sangre.

—«Porque toda la sangre que se derrama sobre la tierra corre por los arroyos de ese país» —citó Emma—. Nunca había pensado que eso fuera literal.

—Y yo no sabía que conocieras los viejos poemas —repuso Mark, mirándola con interés por primera vez desde que había llegado.

—Siempre hemos tratado de aprender todo lo que podemos sobre la tierra de las

hadas —explicó Emma mientras se sentaba a su lado—. Diana nos lo lleva enseñando desde que regresamos de la Guerra Oscura. Incluso los pequeños querían saberlo todo de los seres mágicos. Por ti.

—Esa debe de ser una parte muy poco valorada del programa educativo de los cazadores de sombras —bromeó Mark—. A la vista de la historia reciente.

—Lo que piense la Clave de las hadas no es culpa tuya —dijo Emma—. Eres cazador de sombras, y nunca formaste parte de la traición.

—Soy cazador de sombras —aceptó Mark—. Pero también soy hada, al igual que mi hermana. Mi madre fue lady Nerissa. Falleció después de nacer yo, y al no tener a nadie que nos pudiera criar, a Helen y a mí nos entregaron a nuestro padre. No obstante, mi madre era de la nobleza de las hadas, de las de más alto rango.

—¿Te trataron mejor en la Cacería por ser hijo de ella?

Mark negó con la cabeza una vez.

—Al parecer, creen que nuestro padre fue el responsable de su muerte. Por romperle el corazón al abandonarla. Eso no los predispuso a que les cayera demasiado bien. —Se acomodó un mechón de pelo tras la oreja—. Pero nada de lo que las hadas le hicieron a mi cuerpo o a mi mente fue tan cruel como el momento en el que supe que la Clave no iría a buscarme, que no tenía intención de enviar grupo de rescate alguno. Así me lo dijo Jace, al hallarme en Feéra. «Demuéstrales de qué está hecho un cazador de sombras». Pero ¿de qué están hechos los cazadores de sombras si abandonan a uno de los suyos?

—El Consejo no son todos los cazadores de sombras del mundo —dijo Emma—. Muchos nefilim pensaron que se había cometido una injusticia contigo. Y Julian nunca ha dejado de intentar que la Clave cambiara de opinión. —Pensó en ponerle la mano sobre el brazo, pero decidió no hacerlo. Aún había algo salvaje en su actitud; habría sido como poner la mano sobre un leopardo—. Ya lo verás, ahora que has vuelto a casa.

—¿Estoy en casa? —preguntó Mark. Negó con la cabeza, como un perro sacudiéndose el agua—. Tal vez no haya sido justo con mi hermano —dijo—. Quizá no debería haberme enfadado. Me siento... como en un sueño. Parece que hayan transcurrido semanas desde que fueron a buscarme a la Cacería y me dijeron que iba a volver al mundo.

—¿Te dijeron que ibas a volver a tu casa?

—No —contestó—. Me dijeron que no tenía más opción que dejar la Cacería. Que así lo había ordenado el rey de la corte noseelie. Me bajaron de mi caballo y me ataron las manos. Luego estuvimos semanas cabalgando. Me dieron algo de beber que me hizo alucinar y ver cosas que no estaban ahí. —Se miró las manos—. Fue para que no pudiera encontrar el camino de vuelta, pero ojalá no lo hubieran hecho. Desearía haber llegado aquí tal y como he sido durante años, un miembro muy capaz de la Cacería. Desearía que mis hermanos me hubieran visto erguido y orgulloso, no temeroso y arrastrándome.

—Ahora pareces muy diferente —dijo Emma.

Era cierto. Parecía que se hubiera despertado después de dormir cien años, sacudiéndose de los pies el polvo de un siglo de sueños. Había estado aterrado, pero sus manos ya eran firmes, y su expresión, sombría.

De repente, sonrió irónico.

—Cuando me ordenaron que me mostrara en el Santuario, pensé que era otro sueño.

—¿Un sueño bueno? —preguntó Emma.

Mark vaciló un instante y luego negó con la cabeza.

—Durante los primeros días en la Cacería, si desobedecía, me provocaban sueños, horrores, visiones de mi familia muriendo. Pensé que eso era lo que iba a ver de nuevo. Estaba aterrado, pero no por mí, sino por Julian.

—Pero ahora sabes que no es un sueño. Ver a tu familia, tu casa...

—Detente, Emma. —Apretó los párpados como si le doliera algo—. Puedo contarte esto porque no eres una Blackthorn. La sangre de los Blackthorn no corre por tus venas. Durante años, he morado en la tierra de las hadas, y es un lugar donde la sangre de los mortales se transforma en fuego. Es un lugar de una belleza y un horror inimaginables desde aquí. He cabalgado con la Cacería Salvaje. He trazado un claro sendero de libertad entre las estrellas y le he ganado la carrera al viento. Y ahora se me exige que vuelva a caminar por la tierra.

—Tu sitio está donde se te quiere —repuso Emma. Era algo que su padre le había dicho y ella siempre había creído. Su sitio estaba allí porque Jules la quería y los niños también—. ¿Te querían en la tierra de las hadas?

Una sombra pareció cubrir los ojos de Mark, como cortinas cerrándose en una sala oscura.

—Deseaba decírtelo. Lamento profundamente lo de tus padres.

Emma esperó la habitual sensación de furia ciega que la mención de sus padres por parte de cualquiera que no fuera Jules le producía, pero esta vez no apareció. Había algo en la forma en que Mark lo había dicho, en la extraña mezcla de la formalidad al hablar de las hadas con una sincera pena, que le resultó curiosamente calmante.

—Y yo lamento lo de tu padre —repuso Emma.

—Lo vi transformarse —explicó Mark—. Pero no lo vi morir en la Guerra Oscura. Espero que no sufriera.

Emma sintió un escalofrío en la columna. ¿Acaso no sabía cómo había muerto su padre? ¿Nadie se lo había explicado?

—Tu pa... —comenzó—. Fue en medio de la batalla. Fue muy rápido.

—¿Lo viste?

Emma se puso en pie.

—Es muy tarde —dijo—. Deberíamos irnos a dormir.

Él la miró con sus extraños ojos.

—Tú no deseas dormir —afirmó, y de repente, a Emma le pareció salvaje, salvaje como las estrellas o el desierto, salvaje como todas las cosas naturales sin someter—. Siempre te había llamado la aventura, Emma, y no creo que eso haya cambiado, ¿o sí? Por muy atada que estés a mi hermanito, tan poco aventurero.

—Julian no es poco aventurero —replicó Emma, molesta por el comentario—. Es responsable.

—¿Y pretendes hacerme creer que existe una diferencia?

Emma miró la luna, y luego otra vez a Mark.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Se me ha ocurrido mientras contemplaba el océano —contestó—. Quizá pudiera hallar el lugar donde convergen las líneas ley. Ya he visto antes lugares así, con la Cacería. Despiden cierta energía que las hadas pueden notar.

—¿Qué? Pero ¿cómo...?

—Te lo mostraré. Ven conmigo. ¿Por qué esperar? La investigación es urgente, ¿no? ¿No debemos encontrar ya al asesino?

Un nuevo entusiasmo se despertó en Emma y también un intenso deseo; trató de no mostrar en el rostro lo mucho que necesitaba saber, lo mucho que quería dar el siguiente paso, lanzarse a la búsqueda, luchar, averiguar.

—Jules —dijo—. Tenemos que buscar a Jules para que venga.

Mark se puso serio.

—No deseo verlo.

Emma se mantuvo firme.

—Entonces no nos vamos —replicó—. Es mi *parabatai*; allí adonde yo voy, él va.

Algo brilló en los ojos de Mark.

—Si no estás dispuesta a partir sin él, no iremos —dijo—. No puedes obligarme a revelar esa información.

—¿Obligarte? Mark... —Emma se calló exasperada—. Vale, vale. Nos vamos. Los dos solos.

—Los dos solos —repitió él. Se puso en pie. Sus movimientos eran increíblemente sutiles y rápidos—. Pero primero debes probar tu valía. —Y dio un paso fuera del tejado.

Emma corrió hasta el borde de las tejas y miró hacia abajo. Ahí estaba Mark, agarrado a la pared del Instituto, a un brazo de distancia por debajo de ella. Miró hacia arriba con una sonrisa feroz que hablaba de aire libre y vientos fríos, de la rasgada superficie del océano, del quebrado perfil de las nubes. Una sonrisa que apelaba a la parte salvaje y libre de Emma, la parte que soñaba con fuego, batallas, sangre y venganza.

—Baja conmigo —dijo Mark, y había un tonillo de burla en su voz.

—Estás loco —soltó Emma, apretando los dientes; pero él ya había comenzado a deslizarse por la pared, apoyándose en salientes que Emma no podía ver.

El suelo le dio vueltas. Alturas reales: si caía desde el tejado del Instituto, sin duda moriría; no había ninguna garantía de que un *iratze* pudiera salvarla.

Se puso de rodillas, de espaldas al mar. Se arrastró sobre las tejas, arañándolas con las uñas, y luego se agarró al canalón con las dos manos, los pies colgando en el vacío.

Rascó la pared con los pies descalzos. Dio gracias al Ángel por no llevar botas. Tenía los pies endurecidos de caminar y luchar; los movió por la pared hasta que encontraron una grieta en la superficie. Metió los dedos en ella y apoyó parte de su peso, así pudo relajar un poco la fuerza que hacía con los brazos.

«No mires abajo».

Hasta donde le alcanzaba la memoria, la voz en su cabeza que le calmaba el miedo había sido siempre la de Jules. La oyó en ese momento, mientras iba deslizándose las manos y metía los dedos en el espacio entre dos piedras. Primero descendió solo unos centímetros, pero luego más al encontrar otro punto de apoyo para los pies. Oía a Jules: «Estás escalando las rocas de Leo Carrillo. Solo hay unos cuantos metros hasta la arena blanda. Todo va bien».

El viento le lanzaba el pelo contra la cara. Movié la cabeza para apartárselo de los ojos y se dio cuenta de que estaba pasando ante una ventana. Una tenue luz brillaba tras las cortinas. ¿La habitación de Cristina, quizá?

«—¿Siempre te ha importado tan poco tu seguridad?

»—Solo desde la Guerra Oscura...».

Ya estaba a medio camino; lo calculó mirando hacia arriba, hacia el tejado que se alejaba. Había comenzado a aumentar el ritmo; los dedos de las manos y de los pies encontraban apoyo con rapidez. El cemento entre las piedras ayudaba, impedía que se le escurrieran las manos por el sudor mientras se agarraba y soltaba, se agarraba y soltaba, apretando el cuerpo contra la pared, hasta que, de repente, mientras tanteaba con el pie, tocó tierra firme.

Se soltó, se dejó caer y aterrizó sobre un montón de arena. Se hallaban en el lado este de la casa, de cara al jardín, al pequeño aparcamiento y, más allá, al desierto.

Mark ya estaba allí, por supuesto. La luna lo emblanquecía y lo hacía parecer parte del desierto; una curiosa talla en piedra clara. Emma jadeó al separarse de la pared, pero era de entusiasmo. El corazón le golpeaba dentro del pecho, la sangre le resonaba en los oídos, notaba la sal del viento en la boca.

Mark se meció con las manos en los bolsillos.

—Ven conmigo —susurró, y dio la espalda al edificio para ir hacia la arena y los matorrales del desierto.

—Espera —dijo Emma. Mark se detuvo y volvió la cabeza hacia ella—. Armas. Y calzado.

Fue al coche. Una rápida runa de apertura le permitió acceder al maletero, donde había montones de armas y ropa protectora. Buscó un cinturón y un par de botas. Se abrochó el cinturón y lo cargó con cuchillos y dagas, cogió algunas cosas más y

metió los pies en las botas.

Por suerte, con las prisas, al volver de casa de Malcolm se había dejado a *Cortana* sujeta al interior del maletero. Soltó la espada y se la colgó a la espalda antes de regresar rápidamente con Mark, que aceptó en silencio el cuchillo serafín y los puñales que ella le ofrecía antes de hacerle un gesto para que lo siguiera.

Detrás del muro bajo que bordeaba el aparcamiento había un jardín de cactus y rocas, salpicado aquí y allá con estatuas de yeso de héroes clásicos colocadas por Arthur.

Y en ese momento había algo más: una oscura sombra abultada cubierta con una lona. Mark fue hacia allí, de nuevo esbozando su extraña sonrisa. Emma lo dejó pasar delante, y cuando llegó junto al bulto, Mark apartó la tela negra.

Debajo había una motocicleta.

Emma soltó un gritito ahogado. No era de ninguna marca que ella conociera: el color era blanco plateado, como si estuviera tallada en hueso. Brillaba bajo la luna, y por un momento Emma llegó a pensar que podía ver en ella, del mismo modo que a veces veía a través de los *glamoures*, una forma con una alborotada melena y unos grandes ojos...

—Cuando se saca un corcel de Feéra, cuya sustancia es la magia, su naturaleza puede cambiar para adaptarse al mundo de los mundanos —explicó Mark, sonriendo ante la expresión anonadada de Emma.

—¿Quieres decir que esto era antes un caballo? ¿Es una *ponicicleta*? —preguntó Emma, olvidándose de susurrar.

La sonrisa de Mark se hizo más amplia.

—Hay muchos tipos de corceles que cabalgan con la Cacería Salvaje.

Emma ya estaba junto a la moto y le pasaba la mano por encima. El metal parecía tan fino como el vidrio, frío al tacto, de un blanco lechoso y reluciente. Toda su vida había querido ir en una motocicleta. Jace y Clary habían montado en una voladora. Había cuadros sobre ello.

—¿Vuela?

Mark asintió, y ella ya estuvo perdida.

—Quiero conducirla —exigió—. Quiero conducirla yo.

Él le dedicó una complicada reverencia. Era un gesto grácil y antiguo, de los que podían haber estado de moda en la corte de algún rey hacía cientos de años.

—Entonces, sé complacida.

—Julian me matará —dijo Emma pensativa mientras seguía acariciando la máquina.

Era muy bonita, pero la idea de conducirla resultaba inquietante; no tenía ni tubo de escape, ni velocímetro ni ninguno de los chismes habituales que asociaba con una moto.

—No me parece que seas fácil de matar —bromeó Mark, y ya no sonreía, sino que la miraba directamente, como retándola.

Sin decir nada más, Emma se subió a la moto. Agarró el manillar, y este pareció doblarse hacia dentro para ajustarse a sus manos. Miró a Mark.

—Súbete detrás, si quieres dar una vuelta.

Notó que la moto se agitaba bajo ella cuando él subió detrás y se le agarró con suavidad a la cintura. Emma soltó aire y se le tensaron los hombros.

—Está viva —susurró Mark—. Responderá a tus órdenes si le impones tu voluntad.

Emma cerró las manos alrededor del manillar.

«Vuela».

La moto se lanzó hacia arriba, y Emma gritó, tanto de sorpresa como de entusiasmo. Mark se agarró a su cintura con más fuerza mientras subían y el suelo se alejaba de ellos. El viento los rodeaba. Sin la traba de la gravedad, la moto avanzó cuando Emma se lo indicó inclinando el cuerpo hacia delante.

Pasaron como una exhalación ante el Instituto, y la carretera que daba a la autovía se abrió bajo ellos. La sobrevolaron, con el viento del desierto convirtiéndose en sal en la lengua de Emma al llegar a la autovía de la Costa del Pacífico, donde los coches pasaban bajo ellos como estruendosas líneas de faros plateados. Emma gritó entusiasmada y obligó a la moto a seguir adelante.

«Más deprisa, ve más deprisa».

La playa pasó bajo ellos, arena dorada pintada de blanco por la luz de las estrellas, y luego volaron sobre el océano. La luna iluminaba un camino plateado; Emma oyó que Mark le gritaba algo pegado a su oído, pero en ese momento no había nada más que el océano y la moto bajo ella, con el viento azotándole el cabello y haciéndola lagrimear.

Y entonces miró hacia abajo.

A ambos lados del camino de luz de luna había agua, agua de un azul marino profundo en la oscuridad. La tierra era una línea distante de luces, la recortada silueta de las montañas contra el cielo. Y por debajo, el océano, kilómetros de océano, y Emma notó el acostumbrado frío del miedo, como un témpano de hielo contra la nuca y extendiéndosele por las venas.

«Millas de océano, y ¡oh, su gran extensión! Sombras y sal, feroz agua oscura llena de un vacío desconocido y de los monstruos que lo habitan. Imagínate caer al agua sabiendo que está por debajo de ti, incluso mientras braceas en ella, tratando desesperadamente de mantenerte en la superficie; el terror de darte cuenta de lo que tienes por debajo: millas y millas de nada y de monstruos, de oscuridad que se extiende hacia todas partes y el fondo del mar tan tan abajo... Eso te destrozaría la mente».

La moto se sacudió bajo sus manos, rebelándose. Emma se mordió el labio con fuerza, haciéndose sangre, tratando de concentrarse.

La moto viró bajo su voluntad y se lanzó hacia la playa.

«Más deprisa», le ordenó Emma, ansiosa de repente por tener tierra firme bajo

ella. Pensó que veía sombras moviéndose bajo la piel del mar. Pensó en las viejas historias de marineros cuyos botes se habían alzado de las aguas sobre el lomo de ballenas y monstruos marinos. De pequeños barcos destrozados por los demonios del mar; sus tripulaciones, pasto para los tiburones...

Se le cortó la respiración. La moto se sacudió bajo ella y se le escapó el manillar de las manos. Comenzaron a caer. Mark gritó mientras volaban como una bala por encima de las olas hacia la playa. Emma consiguió agarrar de nuevo el manillar y lo apretó con fuerza cuando la rueda delantera ya tocaba la arena; entonces la moto comenzó a alzarse de nuevo, rozando la playa, y cogió altura para cruzar la autovía por encima.

Oyó reír a Mark. Era una risa salvaje; en él resonaba el eco de la Cacería, el rugido del cuerno y el trapaleo de los cascos. Inhaló el aire fresco y limpio; su cabello se sacudía hacia atrás; no había reglas. Era libre.

—Ya has probado tu valía, Emma —dijo Mark—. Podrías cabalgar con Gwyn, de quererlo así.

—La Cacería Salvaje no admite mujeres —indicó ella, y el viento le arrancó las palabras de la boca.

—Más tontos son —repuso él—. Las mujeres son mucho más fieras que los hombres. —Señaló hacia la orilla, hacia las crestas de las montañas que flanqueaban la costa—. Ve hacia allí. Te llevaré a la convergencia.

9

REINO JUNTO AL MAR

«¡Cómo no iba a aprovechar Jace la oportunidad de volar en moto!», pensó Emma. Proporcionaba un punto de vista del mundo totalmente diferente.

Habían seguido la autovía hacia el norte, volando sobre mansiones con enormes piscinas que colgaban encima del océano, sobre castillos encajados en cañones y peñascos, y en una ocasión habían descendido lo suficiente para ver una fiesta en el jardín de una casa, con brillantes farolillos de colores.

Mark la guiaba desde atrás dándole toques en la muñeca; el viento era demasiado fuerte para que pudieran oírse. Pasaron por encima de un chiringuito de marisco abierto hasta tarde del que salía música y luz por las ventanas. Emma había comido allí y recordaba haberse sentado con Jules a una de las largas mesas del merendero para disfrutar de ostras fritas con salsa tártara. Docenas de Harley-Davidson estaban aparcadas fuera, aunque Emma no creía que pudieran volar.

Sonrió para sí, incapaz de evitarlo, sintiéndose borracha de altura y aire frío.

Mark le tocó la muñeca derecha. Una franja de arena iba desde la playa hasta la mitad de unos altos peñascos. Emma inclinó la moto y subieron casi en vertical, paralelos al costado del acantilado. Superaron el borde del peñasco, pasando a solo un par de palmos, y siguieron adelante, con las ruedas arañando la punta de los cardos de California que crecían entre los matojos.

Un pico de granito se alzó ante ellos, una colina con forma de cúpula en lo alto de los riscos. Emma se echó hacia atrás, preparándose para acelerar la moto, pero Mark se acercó mucho a ella y le gritó al oído:

—¡Para! ¡Para!

La moto se detuvo justo después de pasar los matojos que bordeaban el acantilado. Al otro lado del límite que formaban los arbustos costeros se abría una extensión de hierba que llegaba hasta la colina baja de granito. Había puntos en que la hierba parecía pisoteada, como si hubieran caminado sobre ella, y en la distancia, hacia la derecha del campo, Emma vislumbró un estrecho camino de tierra que serpenteaba entre los riscos y descendía hacia la autovía.

Emma bajó de la moto. Mark la siguió, y por un momento se quedaron parados, con el mar como un resplandor en la distancia y la colina alzándose oscura ante ellos.

—Conduces demasiado rápido —dijo Mark.

Emma soltó un resoplido y comprobó la correa sobre el pecho que sujetaba a *Cortana*.

—Ya pareces Julian.

—Me he sentido contento —dijo Mark mientras se ponía a su lado—. Ha sido como si volviera a volar con la Cacería y probara la sangre del cielo.

—Vale, ahora pareces Julian drogado —masculló Emma. Miró a su alrededor—. ¿Dónde estamos? ¿Está aquí la convergencia de las líneas ley?

—Allí. —Mark señaló una oscura abertura en la roca de la montaña.

Mientras se dirigían a ella, Emma echó la mano hacia atrás para tocar la empuñadura de *Cortana*. Había algo en ese lugar que la hacía estremecerse; quizá fuera solo el poder de la convergencia, pero al irse acercando a la cueva se le erizó el vello de la nuca, y dudó que fuera solo eso.

—La hierba está aplastada —dijo, y señaló un área alrededor de la cueva con un amplio gesto de la mano—. Pisoteada. Alguien ha estado andando por aquí. Muchos. Pero en la carretera no hay marcas recientes de neumáticos.

Mark miró a su alrededor, con la cabeza echada hacia atrás, como un lobo olfateando el aire. Seguía descalzo, pero no parecía tener ningún problema para andar sobre el áspero suelo, los cardos y las afiladas piedras que asomaban entre la hierba.

Se oyó un fuerte trino: el móvil de Emma.

«Jules», pensó, y lo sacó del bolsillo.

—¿Emma? —Era Cristina, y su voz, grave y dulce, le resultó sorprendente; la devolvió de golpe a la realidad después del irreal vuelo por los cielos—. ¿Dónde estás? ¿Has encontrado a Mark?

—Sí, lo he encontrado —contestó Emma mirándolo. Este parecía estar examinando las plantas que crecían alrededor de la entrada de la cueva—. Estamos en la convergencia.

—¿¡Qué?! ¿Dónde está? ¿Es peligrosa?

—Aún no —respondió Emma mientras Mark se metía en la cueva—. ¡Mark! —lo llamó—. Mark, no te... ¡Mark!

Se cortó la conexión del móvil. Emma soltó un taco, se guardó el teléfono en el bolsillo y sacó su luz mágica. Enseguida, unos rayos, suaves e intensos, salieron de entre sus dedos e iluminaron la entrada de la cueva. Se dirigió hacia allí, maldiciendo a Mark entre dientes.

Él se hallaba en el borde interior de la cueva, mirando las plantas que se apiñaban alrededor de la piedra, seca y suave al tacto.

—*Atropa belladonna* —dijo—. Significa «dama hermosa». Es venenosa.

Emma hizo una mueca.

—¿Suele crecer por aquí?

—No en esta cantidad. —Se inclinó para tocarla. Emma lo agarró por la muñeca.

—No. Has dicho que era venenosa.

—Solo si la ingieres —explicó él—. ¿Acaso el tío Arthur no os ha enseñado nada sobre la muerte de Augusto?

—Nada que no me haya esforzado en olvidar.

Mark se incorporó y ella lo soltó. Flexionó los dedos. Los brazos de Mark

despedían una fuerza electrizante.

Fueron avanzando por la cueva, que comenzó a estrecharse y a convertirse en un túnel. Emma no pudo evitar recordar la última vez que había visto a Mark antes de que Sebastian Morgenstern se lo llevara. Sonriente, de ojos azules, con el cabello claro que se le rizaba sobre las puntiagudas orejas. De ancha espalda, o al menos, a sus doce años, eso había pensado ella. Era mayor que Julian, más alto y grande que todos ellos. Casi adulto.

Pero en ese momento, mientras avanzaba sigiloso delante de ella, parecía un niño salvaje, con el cabello reluciéndole bajo la luz mágica. Se movía como una nube en el cielo, vapor a merced de un viento que podía hacerlo pedazos.

Desapareció tras un recodo de la roca, y Emma casi cerró los ojos para no captar la imagen de un Mark desvaneciéndose. Eso pertenecía a un pasado del que también formaban parte sus padres, y uno podía ahogarse en el pasado si permitía que lo atrapara mientras estaba trabajando.

Y ella era cazadora de sombras. Siempre estaba trabajando.

—¡Emma! —la llamó Mark, y su voz resonó en las paredes—. Ven a ver esto.

Ella se apresuró a dirigirse hacia él por el túnel. Este se abría para formar una cámara circular forrada de metal. Emma fue describiendo un lento círculo, observándola. No estaba segura de qué se había esperado encontrar, pero sin duda nada que pareciera el interior de un transatlántico oculto. Las paredes eran de bronce, cubiertas de extrañas escrituras, una mezcla de diferentes idiomas: algunos demoníacos y otros muy antiguos, pero humanos. Reconoció el griego demótico, el latín, unos cuantos pasajes de la Biblia...

En una pared había dos enormes puertas de vidrio, como cristaleras, cerradas y aseguradas con remaches. Un extraño ornamento de metal se hallaba fijado al trozo de la pared que quedaba entre ellas. A través del vidrio, Emma solo pudo ver una profunda oscuridad, como si se hallaran bajo el agua.

No había ningún mueble, tan solo un círculo de símbolos dibujado con tiza sobre la lisa superficie del suelo de piedra negra. Emma sacó el móvil y comenzó a hacer fotos. La luz del flash al dispararse producía una inquietante sensación en medio de la penumbra.

Mark se encaminó hacia el círculo.

—No... —Emma bajó el móvil—. No vayas ahí —dijo en un susurro.

Pero él ya estaba dentro del círculo, mirando a su alrededor con curiosidad. Emma no vio nada con él excepto el suelo.

—Por favor, sal de ahí —le pidió amablemente—. Si hay algún conjuro mágico ahí dentro y te mata, me va a resultar muy difícil explicárselo a Jules.

Se vio un leve resplandor cuando Mark salió del círculo.

—«Difícil» parece quedarse corto —dijo con calma.

—Exacto —repuso Emma—. Por eso es divertido. —Él la miró sin entender—. No importa.

—Una vez leí que explicar un chiste es como diseccionar una rana —comentó Mark—. Averiguas cómo funciona, pero la rana muere durante el proceso.

—Quizá deberíamos salir de aquí antes de que seamos nosotros los que muramos durante el proceso. He hecho fotos con el móvil, así que...

—He encontrado esto. —Mark le enseñó un objeto cuadrado de cuero—. Estaba dentro del círculo, sobre un montón de ropa y lo que parecían ser —frunció el cejo— dientes rotos.

Emma le cogió el objeto de la mano. Era una cartera, la cartera medio quemada de un hombre.

—Yo no he visto nada —comentó Emma—. El círculo parecía vacío.

—Un *glamour*. Lo he notado al atravesarlo.

Emma abrió la cartera y el corazón le dio un brinco. Detrás del plástico había un carnet de conducir con la foto de alguien conocido. El hombre cuyo cadáver había encontrado en el callejón.

En la cartera había dinero y tarjetas de crédito, pero ella tenía los ojos clavados en el carnet y en el nombre: Stanley Albert Wells. El mismo cabello largo y canoso y la cara redonda que Emma recordaba; solo que, en esta ocasión, los rasgos no estaban retorcidos y manchados de sangre. La dirección bajo el nombre se había chamuscado y resultaba ilegible, pero la fecha de nacimiento y los otros datos se veían claramente.

—¡Mark! ¡Mark! —Agitó la cartera por encima de la cabeza—. Esto es una pista. Una pista de verdad. ¡Cuánto te quiero!

Mark alzó las cejas.

—En la tierra de las hadas, si dijeras eso, tendríamos que comprometernos y podrías ponerme un *geas* para que no pudiera apartarme de ti sin morir.

Emma se metió la cartera en el bolsillo.

—Bueno, pues aquí solo es una expresión que significa «me caes muy bien» o incluso «gracias por la cartera ensangrentada».

—Qué específicos sois los humanos.

—Tú eres humano, Mark Blackthorn.

Un ruido resonó en la cueva. Mark apartó la mirada de ella y alzó la cabeza. Emma casi se imaginó sus puntiagudas orejas moviéndose hacia el sonido y contuvo una sonrisa.

—Fuera —dijo él—. Hay algo fuera.

La incipiente sonrisa de Emma desapareció. Se metió en el túnel y se guardó la luz mágica en el bolsillo para quedarse a oscuras. Mark fue tras ella. Emma sacó la estela con la mano izquierda y se dibujó varias runas rápidas en los brazos: puntería, velocidad, furia de batalla, sigilo. Se volvió hacia Mark, ya cerca de la entrada, con la estela en la mano, pero él negó con la cabeza. No. Nada de runas.

Volvió a guardarse la estela en el cinturón. Habían llegado a la entrada de la caverna. Ahí el aire era más fresco; se podía ver el cielo cargado de estrellas y la hierba plateada bajo la luz de la luna. El campo ante la cueva parecía vacío y

despejado. Emma solo veía hierba y cardos, aplastados como por pisadas de botas, que llegaban hasta el borde del peñasco. Había un agudo sonido musical en el aire, como el zumbido de los insectos.

Oyó a Mark inspirar profundamente a su lado.

—*Remiel* —dijo.

Y su cuchillo serafín se iluminó, cobrando vida. Como si de repente la luz hubiera rasgado el *glamour*. Emma pudo verlos silbando y cuchicheando sobre la alta hierba.

Demonios.

Desenvainó a *Cortana* con tal rapidez que pareció que esta le hubiera saltado a la mano. Había docenas de demonios esparcidos entre la cueva y el acantilado. Parecían enormes insectos: mantis religiosas, para ser exactos. Cabeza triangular, cuerpo alargado, grandes patas delanteras provistas de pinzas y con crestas de quitina afiladas como cuchillas. Sus ojos eran pálidos, inexpresivos y lechosos.

Se hallaban entre ellos y la motocicleta.

—Demonios Mantid —susurró Emma—. No podemos luchar contra todos. —Miró a Mark, que tenía el rostro iluminado por *Remiel*—. Tenemos que llegar a la moto.

Mark asintió.

—Vamos —contestó este sucinto.

Emma saltó hacia delante. En cuanto tocó la hierba con las botas, cayó sobre ella como una jaula: una ola de frío que parecía ralentizar el tiempo. Vio uno de los Mantid volverse en su dirección, tratando de golpearla con sus patas anteriores dentadas. Emma dobló las rodillas y saltó, alzándose en el aire mientras lanzaba un tajo que separó la cabeza del Mantid de su cuerpo.

Saltó un chorro de icor verde. Emma cayó sobre la tierra empapada mientras el cuerpo del demonio se plegaba sobre sí mismo y desaparecía, absorbido de vuelta a su dimensión de origen. Captó un movimiento con la visión periférica. Se volvió y asestó otro golpe: la punta de *Cortana* se hundió en el tórax de otro Mantid. Tiró de la espada, la clavó de nuevo y contempló cómo el demonio se deshacía alrededor de la hoja.

Notaba los latidos del corazón en los oídos. Esto era la aguda punta de la espada, el momento cuando todo el entrenamiento, todas las horas de trabajo, de pasión y de odio, se condensaban en un único objetivo. Matar demonios. Salvar a Mark. Eso era lo que importaba.

A Mark se lo veía fácilmente; el cuchillo serafín iluminaba la hierba a su alrededor. Lanzó un tajo a un Mantid y le cortó las patas delanteras. Este se bamboleó, mascullando, aún vivo. Mark hizo una mueca de asco. Emma corrió hacia un montón de rocas, subió por el lado y saltó, partiendo al mutilado Mantid en dos. El demonio desapareció mientras ella aterrizaba delante de Mark.

—Ese era mío —dijo él con una fría mirada.

—No te preocupes —replicó Emma—, hay de sobra. —Lo agarró con la mano

libre y le hizo dar la vuelta. Cinco Mantid iban hacia ellos desde las grietas de la colina de granito—. Mata a esos —le indicó—. Yo iré a por la moto.

Mark saltó mientras lanzaba un grito que sonaba como un cuerno de caza. Les cortó las patas a los Mantid, que cayeron a su alrededor salpicando icor verde. Apestaba como la gasolina quemada.

Emma comenzó a correr hacia el borde del acantilado. Los demonios se alzaban ante ella a su paso. Les golpeaba donde eran más débiles, en el tejido conectivo donde la quitina era más fina, e iba separando las cabezas del tórax; las patas de los cuerpos. Los vaqueros y la chaqueta se le empaparon de sangre de demonio. Esquivó a un Mantid agonizante y corrió hacia el borde del peñasco...

Y se quedó helada. Un Mantid estaba levantando la moto con las patas delanteras. Emma habría jurado que le sonreía malicioso, con el triángulo de la cabeza abriéndose para mostrar varias hileras de dientes finos como agujas. Rodeó la moto con sus patas delanteras y la hizo pedazos. El metal chirrió y se resquebrajó, las ruedas estallaron, y el Mantid gorjeó de alegría mientras los trozos de la máquina iban cayendo por el acantilado, llevándose con ellos la esperanza de Emma de una huida fácil.

Miró furiosa al demonio.

—Eso —dijo— era una moto de fábula. —Se sacó un cuchillo del cinturón y se lo lanzó.

Este penetró en el cuerpo del Mantid, separándole el tórax del abdomen. El diablo soltó un chorro de icor por la boca mientras caía hacia atrás, entre espasmos, y su cuerpo seguía a la moto risco abajo.

—Gilipollas —masculló Emma mientras se volvía en redondo hacia el campo de batalla.

No le gustaba nada emplear cuchillos arrojados para matar a un enemigo, sobre todo porque era muy poco probable recuperarlos. Tenía tres más en el cinturón, además de un cuchillo serafín y *Cortana*.

Y sabía que no era suficiente ni de lejos para acabar con las dos docenas de Mantid que seguían en pie. Pero era lo que tenía. Así que debería bastar.

Vio que Mark había escalado la pared de granito de la colina y estaba en lo alto de un saliente, lanzando estocadas hacia abajo con su cuchillo. Comenzó a correr hacia él. Esquivó una pata que bajaba hacia ella y con un giro de *Cortana* la seccionó sin detenerse. Oyó gritar de dolor al Mantid.

Uno de los demonios más altos estaba subiendo hacia donde estaba Mark, agarrándose con las pinzas delanteras. Mark lanzó un fuerte tajo descendente con *Remiel* y le cortó la cabeza; mientras el Mantid se desplomaba, apareció un segundo y mordió la hoja con las fauces. Cayó hacia atrás con un agudo chillido de insecto. Estaba muriendo, pero se había llevado a *Remiel* con él. Se deshicieron juntos en un burbujeante charco de icor y *adamás*.

Mark había acabado con todas las armas que Emma le había dado. Se aplastó

contra la pared de granito mientras otro Mantid lo atacaba. A Emma se le subió el corazón a la boca. Corrió a toda prisa y saltó sobre la pared, escalando hacia Mark. Un enorme Mantid se alzaba ante él. Mark se le tiró al cuello cuando el Mantid se inclinó con las fauces abiertas, y Emma quiso gritarle que retrocediera, que huyera.

Algo le brilló a Mark entre los dedos. Una cadena de plata de la que colgaba una reluciente punta de flecha. La lanzó hacia la cabeza del Mantid y le cortó los protuberantes ojos. Un fluido lechoso salió a chorros de las heridas. El demonio retrocedió aullando justo cuando Emma saltaba sobre el saliente al lado de Mark y blandía a *Cortana* para seccionarlo en dos.

Mark se volvió a colgar la cadena al cuello mientras Emma maldecía y le ponía su último cuchillo serafín en la mano. El icor corría por la hoja de *Cortana* hasta llegarle a la mano y le quemaba la piel. Emma apretó los dientes y trató de olvidarse del dolor mientras Mark alzaba su nueva arma.

—Dale nombre —dijo ella jadeante, al tiempo que soltaba otra daga del cinturón. La sostuvo firmemente en la mano derecha con *Cortana* en la izquierda.

Mark asintió.

—*Raguel* —dijo, y el cuchillo se iluminó radiante.

Los Mantid chillaron, acurrucándose, protegiéndose del resplandor. Emma saltó de la roca.

Mientras caía agitaba a *Cortana* y la daga como las aspas de un helicóptero. El aire se llenó de chillidos de insecto en cuanto sus armas comenzaron a conectar con quitina y carne.

La escena se había ralentizado. Ella seguía cayendo. Tenía todo el tiempo del mundo. Descendió dando tajos con la mano derecha y la izquierda; separó cabezas de tórax, mesotórax de metatórax, y atravesó las fauces de dos Mantid, que murieron ahogándose en su propia sangre. Una pata delantera se le acercó. La segó con un giro angular de *Cortana*. Cuando llegó al suelo, seis cadáveres Mantid se desplomaron tras ella, todos chocando con un golpe seco y desapareciendo.

A uno le faltaba la pata delantera.

Miró a Mark. Este seguía de pie sobre el saliente de roca. No podía culparlo, era una excelente posición fija desde la que luchar. Mientras lo observaba, un Mantid fue hacia él y le plantó las afiladas patas delanteras ante el pecho; Mark le atravesó el abdomen con *Raguel*. El bicho rugió mientras se tambaleaba hacia atrás.

Bajo la brillante luz del cuchillo serafín, Emma vio que la camisa de Mark se iba manchando de sangre, de un rojo oscuro.

—Mark —susurró.

Este dio una grácil vuelta. Su cuchillo serafín cortó en dos al Mantid, que se desvaneció justo en el instante en que la noche estallaba de luz.

Un vehículo apareció por el camino y avanzó hasta el centro del claro. Un conocido coche rojo. Los faros evaporaron la oscuridad y trazaron una línea sobre el campo, iluminando a los Mantid.

Alguien estaba arrodillado sobre el techo del coche con una ballesta ligera apoyada contra el hombro.

Julian.

El coche avanzó y Julian se puso en pie alzando la ballesta. Era un arma compleja, capaz de disparar muchas flechas en muy poco tiempo. Fue pivotando hacia los demonios, disparando una flecha tras otra, mientras se mantenía afincado en el techo del coche como si estuviera sobre una tabla de surf, con los pies firmes a pesar de que el vehículo se bamboleaba sobre el suelo irregular.

Emma se llenó de orgullo. La gente a menudo actuaba como si Julian no pudiera ser un guerrero porque era amable en la vida corriente, dulce con su familia y sus amigos.

Se equivocaban.

Todas las flechas dieron en el blanco, todas se hundieron en el cuerpo de un demonio. Las flechas estaban grabadas con runas: en cuanto se clavaban, el Mantid estallaba entre aullidos silenciosos.

El coche atravesó el claro chirriando. Emma vio a Cristina al volante, con una expresión firme. Los demonios Mantid estaban huyendo; desaparecían entre las sombras. Cristina aceleró y arremetió contra varios de ellos, aplastándolos. Mark saltó de la roca, aterrizó en cuclillas y acabó con un demonio que aún se removía espasmódico, chafándole la cabeza de yunque con el talón; luego se limpió en la hierba. La pechera de su camisa estaba empapada de sangre. Mientras el demonio desaparecía con un ruido húmedo y pastoso, Mark cayó de rodillas y el cuchillo serafín se le escapó de las manos.

El coche se detuvo en seco. Cristina acababa de abrir la puerta del conductor cuando uno de los Mantid se deslizó desde debajo del vehículo. Fue hacia Mark.

Julian gritó algo mientras saltaba del coche. El Mantid se alzó sobre Mark, que intentó incorporarse buscando la cadena que llevaba al cuello...

La energía tiraba de Emma como un subidón de cafeína. La presencia de Julian la hacía más fuerte. Agarró la pata seccionada que había quedado en el suelo ante ella y la lanzó. Esta cortó el aire, girando como una hélice, y golpeó con fuerza el cuerpo del Mantid. El demonio chilló agónicamente y desapareció entre una nube de icor.

Mark se dejó caer sobre la hierba. Julian estaba inclinado sobre él y Emma ya corría hacia allí. Jules había sacado la estela.

—Mark —estaba diciendo cuando Emma llegó a su lado—. Mark, por favor...

—No —rehusó Mark con voz pastosa. Apartó la estela de un manotazo—. Nada de runas. —Se fue poniendo de rodillas y luego de pie, y se quedó así, bamboleándose un poco—. Nada de runas, Julian. —Miró a Emma—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —contestó esta, mientras envainaba a *Cortana*.

La furia de la batalla se había evaporado y se sentía un poco mareada. Bajo la luna, los ojos de Julian eran de un frío azul ardiente. Llevaba puesto el traje de combate, el cabello revuelto por el viento, y con la mano derecha agarraba la culata

de la ballesta.

Le puso una mano en la cara a Emma, que sintió como si su mirada fuera arrastrada hacia la de él. Podía ver el cielo nocturno en sus pupilas.

—¿Perfectamente? —preguntó con voz áspera—. Estás sangrando.

Bajó la mano. Tenía los dedos manchados de rojo. De forma instintiva, Emma se llevó la mano libre a la mejilla. Notó un corte irregular, la sangre, el escozor.

—No me había dado cuenta —dijo, y luego se le escaparon las palabras a toda prisa—: ¿Cómo nos habéis encontrado? Jules, ¿cómo sabías adónde ir?

Antes de que Julian pudiera responder, el coche retrocedió con un gran estruendo, dio media vuelta y fue hacia ellos. Cristina sacó la cabeza por la ventanilla del conductor. Su medallón le relucía en el cuello.

—Vámonos —dijo—. Deprisa. Es peligroso quedarse aquí.

—Los demonios no se han ido —coincidió Mark—. Solo se han retirado.

No se equivocaba. A su alrededor, la noche se llenó de sombras en movimiento. Subieron rápidamente al coche: Emma junto a Cristina; Julian y Mark en el asiento trasero. Mientras el vehículo se alejaba de la cueva, Emma se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, buscando el duro cuadrado de cuero.

La cartera. Seguía allí. Notó un gran alivio. Estaba a salvo en el coche, con Julian a su lado, y una prueba en la mano. Todo era perfecto.

—Necesitas un *iratze* —insistió Julian—. Mark...

—No te acerques a mí con esa cosa —replicó su hermano en voz baja y decidida mientras miraba con el gesto torcido a Julian y la estela que este tenía en la mano— o saltaré por la ventana de este vehículo en movimiento.

—No lo harás —afirmó Cristina con su voz dulce y calmada mientras pulsaba el botón que cerraba todas las puertas.

—Estás sangrando —replicó Julian—. Y mucho.

Emma se volvió en el asiento para mirarlos. Mark tenía la camisa manchada de sangre, pero no parecía que le doliera mucho. Los ojos le brillaban con enfado.

—Estoy hechizado por la Cacería Salvaje —explicó—. Mis heridas sanan rápidamente. No necesitas preocuparte por mí. —Cogió el faldón de la camisa y se limpió la sangre del pecho. Emma captó un retazo de piel blanca tensa sobre un duro estómago y los bordes de viejas cicatrices.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Emma, mirando primero a Cristina y luego a Julian—. No sé cómo os habéis enterado de lo que estaba pasando, pero...

—No lo sabíamos —replicó Julian seco—. Después de que le colgaras a Cristina, comprobamos el GPS de tu móvil y vimos que estabas aquí. Nos pareció lo suficientemente extraño como para seguirte.

—Pero no sabíais que teníamos problemas —repuso Emma—. Solo que estábamos en la convergencia.

Cristina le lanzó una mirada muy expresiva. Julian no dijo nada.

Emma se bajó la cremallera de la chaqueta y se la quitó; pasó la cartera de Wells al bolsillo de los vaqueros. La lucha le producía una especie de ausencia, una falta de sensaciones que hacía que no notara las heridas y le permitía continuar. Los dolores llegaban después, e hizo una mueca cuando se miró el antebrazo. Un largo corte le iba del codo hasta la muñeca, con bordes rojizos y negros.

Miró por el retrovisor y vio que Jules se fijaba en la herida. Este se inclinó hacia delante.

—¿Puedes parar allí, Cristina?

El educado Jules de siempre. Emma trató de sonreírle en el espejo, pero él no la estaba mirando. Cristina salió de la autovía y se metió en el aparcamiento del chiringuito de marisco sobre el que Emma y Mark habían volado antes. Un enorme cartel de neón sobre el destartado edificio decía: «EL TRIDENTE DE POSEIDÓN».

Los cuatro salieron del coche. El chiringuito estaba casi vacío, excepto por unas cuantas mesas de camioneros y gente de los campings de los alrededores, todos concentrados en sus cafés y sus platos de ostras.

Cristina insistió en entrar para pedir algo de comer y bebidas. Después de una corta discusión, aceptaron. Julian tiró la chaqueta sobre una mesa, apropiándose.

—Hay una ducha exterior en la parte de atrás —informó—. Y algo de intimidad. Vamos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Emma, que se puso a su lado mientras doblaba la esquina del edificio.

Julian no respondió. Emma notaba su enfado, no solo en el modo en que la miraba, sino en el nudo que sentía bajo las costillas.

El camino de tierra que rodeaba el chiringuito daba a un área delimitada por contenedores de basura. Había un enorme fregadero de doble pila, y como Jules había prometido, una ducha abierta con un equipo de surf apilado al lado.

Mark cruzó la arena hasta la ducha y abrió el grifo.

—Espera —comenzó Julian—. Te vas a...

El agua cayó y empapó a Mark al instante. Alzó la cara hacia el chorro con la misma calma que si se estuviera bañando bajo una lluvia tropical y no en una ducha de agua fría en una noche fresca.

—... empapar. —Julian suspiró.

Se pasó los dedos por el enredado cabello. Cabello de color chocolate, había pensado Emma cuando era pequeña. La gente creía que el pelo castaño era aburrido, pero no: el de Julian tenía algo de dorado, y algo de rojizo y café.

Emma se acercó al fregadero y dejó caer el agua sobre el corte del brazo, luego se enjuagó la cara y el cuello para limpiarse el icor. La sangre de demonio era tóxica: podía quemar la piel, y no era buena idea dejar que entrara en la boca ni en los ojos.

Mark cerró el grifo de la ducha y salió con el cuerpo humeando. Emma se preguntó si estaría incómodo: los vaqueros se le pegaban a la piel, igual que la

camisa. Tenía el pelo aplastado contra el cuello.

Sus ojos se encontraron. Frío azul intenso y dorado más frío aún. En ellos Emma vio la naturaleza salvaje de la Cacería: el vacío y la libertad de los cielos. La hizo estremecerse.

Vio que Julian la miraba con dureza. Le dijo algo a Mark, que asintió y desapareció por la esquina del edificio.

Emma fue a cerrar el grifo del fregadero e hizo una mueca de dolor: tenía un arañazo en la palma. Cogió la estela.

—No —dijo la voz de Jules, y de repente notó una cálida presencia tras ella. Se agarró al borde del fregadero y cerró los ojos al sentir un mareo momentáneo. El calor del cuerpo de Jules, casi pegado a su espalda, la hizo temblar—. Déjame a mí.

Las runas curativas, cualquier runa, en realidad, dibujadas por el *parabatai* funcionaban mejor, amplificadas por la magia del hechizo de unión.

Emma se volvió de espaldas al fregadero. Tenía la piel y la punta del pelo mojados. Julian estaba tan cerca que tuvo que volverse con cuidado para no chocar con él. Olía ligeramente a fuego y a clavo. Se le puso la piel de gallina por todo el cuerpo cuando él le rodeó la muñeca con la mano y sacó la estela. Notó el recorrido que cada uno de los dedos de Julian le trazaba sobre la sensible piel del antebrazo. Sus dedos eran callosos, endurecidos por la trementina.

—Jules —dijo—. Lo siento.

Él le puso la estela sobre la piel.

—¿Por qué?

—Por ir a la convergencia sin ti —contestó ella—. No estaba tratando de...

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó él, y la estela comenzó su camino sobre la piel de Emma, dibujando las líneas de la runa curativa—. ¿Por qué te has ido con Mark?

—La moto —respondió Emma—. Solo podía llevar a dos. La moto —repitió al ver la mirada de incompreensión de Julian, y luego recordó que un demonio Mantid la había destrozado con sus patas dentadas y cortantes—. Vale —continuó—. El corcel de Mark, del que hablaban las hadas en el Santuario, era una moto. Uno de los Mantid la destrozó, así que supongo que ahora es una exmoto.

El *iratze* estaba acabado. Emma levantó la mano y observó cómo el corte comenzaba a curarse, cerrándose como una costura.

—Ni siquiera llevas el traje protector —dijo Julian. Parecía tranquilo, concentrado, pero le temblaban los dedos cuando guardó la estela—. Sigues siendo humana, Emma.

—No me ha pasado nada...

—No puedes hacerme esto. —Las palabras sonaron como si las hubieran dragado del fondo del océano.

Emma se quedó parada.

—¿Hacerte qué?

—Soy tu *parabatai* —dijo, como si aquellas palabras fueran definitivas, y en cierto modo lo eran—. Te estabas enfrentando ¿a qué?, ¿a dos docenas de demonios Mantid, antes de que llegáramos nosotros? Si Cristina no te hubiera llamado...

—Me habría librado de ellos —replicó Emma empezando a enfurecerse—. Me alegro de que aparecierais, gracias, pero habríamos conseguido salir de esa...

—¡Quizá! —Julian alzó la voz—. Quizá habrías podido, quizá habrías sido capaz, pero ¿y si no? ¿Y si hubieras muerto? Eso me mataría, Emma, acabaría con mi vida. Ya sabes lo que pasa...

No acabó la frase. «Ya sabes lo que pasa cuando a alguien se le muere el *parabatai*».

Se quedaron mirándose fijamente, jadeantes.

—Cuando no estabas, lo sentía aquí —dijo Emma al final, tocándose la parte superior del brazo, donde tenía grabada la runa de *parabatai*—. ¿Lo sentías tú? —Le colocó la mano abierta sobre la camiseta, que transmitía el calor de su cuerpo. La runa de Julian estaba en el borde exterior de la clavícula, a unos quince centímetros por encima del corazón.

—Sí —respondió él, y bajó las pestañas porque su mirada seguía el movimiento de los dedos de Emma—. Me duele estar lejos de ti. Es como si se me clavara un gancho en las costillas y alguien tirase de él. Como si estuviera atado a ti, sin importar la distancia.

Emma inspiró con fuerza. Estaba recordando a Julian, a los catorce años, en los círculos concéntricos de fuego de la Ciudad Silenciosa, donde se realizó el ritual de *parabatai*. Rememoró la expresión de su rostro cuando se colocaron en el círculo central y el fuego se alzó a su alrededor, y él se desabrochó la camisa para que Emma pudiera grabarle la runa que los uniría para toda la vida. Sabía que si en ese momento movía la mano, tocaría la runa grabada en su pecho, la que ella le había puesto ahí...

Le tocó la clavícula. Notaba el calor de su piel a través de la camiseta. Él entrecerró los ojos, como si su contacto le hiciera daño.

«Por favor, no te enfades, Jules —pensó ella—. Por favor».

—No soy una Blackthorn —dijo con voz quebrada.

—¿Qué?

—No soy una Blackthorn —repitió Emma. Esas palabras le dolían: surgían de un profundo lugar de sinceridad, uno al que ella no quería mirar demasiado—. El Instituto no es mi casa. Estoy allí por ti, porque soy tu *parabatai*, así que tuvieron que dejar que me quedara. El resto no tenéis que demostrar nada. Yo sí. Todo lo que hago es... una prueba.

El rostro de Julian había cambiado; la miraba bajo la luna, con los labios entreabiertos. Alzó las manos y le rodeó suavemente los brazos. A veces, pensó Emma, se sentía como si fuera una cometa, y Julian el que la hacía volar: volaba por encima del suelo y él la mantenía ligada a la tierra. Sin él, estaría perdida entre las nubes.

Emma alzó la cabeza. Notaba en la cara el aliento de Julian. Había algo en sus ojos, algo que se estaba abriendo; no como una grieta en la pared, sino como una puerta girando sobre las bisagras, y podía ver la luz.

—No te estoy probando, Emma —repuso él—. Ya me lo has probado todo.

Una salvaje sensación corría por las venas de Emma, el deseo de coger a Julian, de hacer algo, lo que fuera, de estrujarle las manos entre las suyas, de rodearlo con los brazos, de provocarle dolor y también a ella, de hacer que ambos saborearan la misma desesperación anhelante. No podía entenderlo, y la aterrorizaba.

Se apartó, soltándose suavemente de Julian.

—Deberíamos volver con Mark y Cristina —murmuró—. Ya llevamos aquí un rato.

Le dio la espalda, pero no antes de ver cómo desaparecía la expresión de su rostro, una puerta cerrándose de golpe. Lo sintió como un vacío en el estómago, la incurable certeza de que por muchos demonios que hubiera matado esa noche, el valor le había fallado cuando más lo necesitaba.

Cuando volvieron a la parte delantera del restaurante, encontraron a Mark y a Cristina sentados sobre una mesa de pícnic, rodeados de cajas de cartón llenas de patatas fritas, pan, almejas fritas y tacos de pescado. Cristina tenía en la mano un refresco de lima y sonreía por algo que había dicho Mark.

El viento del océano le había secado el pelo a Mark. Le azotaba la cara y remarcaba lo mucho que parecía un hada y lo poco que parecía un nefilim.

—Mark me estaba contando la pelea en el punto de convergencia —explicó Cristina mientras Emma se sentaba a la mesa y cogía una patata. Julian se acercó después y agarró un refresco.

Emma se lanzó a explicar su versión de los hechos, desde el descubrimiento de la cueva hasta la aparición de los demonios Mantid.

—Destrozaron la moto de Mark para que no pudiéramos escapar —explicó.

Mark parecía triste.

—Vuestro corcel ya no está, me aventuro a decir —bromeó Emma en un lenguaje un poco trasnochado—. ¿Te darán otro?

—No cabe esperarlo —respondió Mark—. Los seres mágicos no son generosos.

Julian miró a Emma con las cejas arqueadas.

—«¿Aventuro a decir?» —repitió.

—No puedo evitarlo. —Se encogió de hombros—. Todo se pega.

Cristina alzó la mano.

—Veamos qué has encontrado —propuso—. Ya que has sacrificado tanto para conseguirlo.

Emma sacó la cartera de cuero del bolsillo y dejó que se la fueran pasando. Luego cogió el móvil y les mostró las fotos del interior de la caverna con los idiomas

extraños escritos en las paredes.

—Podemos traducir el griego y el latín —dijo—. Pero tendremos que ir a la biblioteca para los otros.

—Stanley Wells —leyó Julian, mirando la cartera medio quemada—. Me suena ese nombre.

—Cuando lleguemos a casa, Ty y Livvy pueden averiguar quién es —propuso Emma—. Y conseguiremos su dirección, a ver qué encontramos en su casa. Descubriremos si hay alguna razón por la que pueda haber sido elegido para el sacrificio.

—Podrían escogerlos al azar —sugirió Julian.

—No es así —afirmó Mark.

Todos callaron un instante, Julian con la botella a medio camino de la boca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Emma.

—No vale cualquier persona para ser sacrificada en un hechizo de invocación —explicó Mark—. No puede ser completamente aleatorio.

—¿Te enseñan mucho sobre magia negra en la Cacería Salvaje? —inquirió Julian.

—La propia Cacería Salvaje es magia negra —respondió Mark—. He reconocido el círculo de la cueva. —Puso el dedo sobre la pantalla del móvil de Emma—. Es un círculo de sacrificio. Esto es nigromancia. El poder de la muerte dominado con algún propósito.

Por un momento, todos guardaron silencio. El frío viento del océano le alborotaba el pelo húmedo a Emma.

—Los Mantid son vigilantes —dijo finalmente—. Sea quien sea el nigromante, no quiere que nadie encuentre la cámara ceremonial secreta.

—Porque la necesita —añadió Jules.

—Podría ser una mujer —indicó Emma—. No son solo los hombres los posibles asesinos en serie psicópatas mágicos.

—Sin duda —asintió Julian—. De cualquier manera, no hay ningún otro lugar cerca de la ciudad con una convergencia de líneas ley como este. La nigromancia que se realice sobre una línea ley seguramente aparecerá en el mapa de Magnus, pero ¿y si se realiza en una convergencia...?

—Entonces quedaría oculta a los nefilim —respondió Mark—. El asesino podría estar realizando los asesinatos rituales en el punto de convergencia...

—Y luego se deshace de los cadáveres en las prolongaciones de las líneas ley —concluyó Cristina—. Pero ¿por qué? ¿Por qué no los deja en la cueva?

—Quizá desee que los cadáveres sean hallados —sugirió Mark—. No olvidemos que las marcas que hay sobre ellos son textos. Podría ser un mensaje. Un mensaje que desea comunicar.

—Entonces debería haberlo escrito en un idioma que conociéramos —masculló Emma.

—Quizá el mensaje no sea para nosotros —añadió Mark.

—Hay que vigilar la convergencia —dijo Cristina—. Tendremos que observarla de algún modo. No hay otro punto de convergencia. El asesino tendrá que regresar en algún momento.

—De acuerdo —aceptó Julian—. Necesitamos colocar algo en la convergencia. Algo que nos avise.

—Mañana, durante el día —indicó Emma—. Los demonios Mantid tendrían que estar inactivos...

Julian se rio.

—¿Sabes lo que nos toca mañana? Examen —le recordó.

A Diana le exigían que los examinara dos veces al año sobre ciertos temas básicos, desde el dibujo de runas hasta su conocimiento de idiomas, y luego debía informar a la Clave de sus progresos.

Hubo un coro de protestas. Julian alzó las manos.

—Le enviaré un mensaje a Diana —dijo—. Pero si no hacemos el examen, la Clave sospechará.

Mark dijo algo impublicable sobre lo que podía hacer la Clave con sus sospechas.

—Creo que no conozco esa palabra —dijo Cristina divertida.

—Yo tampoco estoy segura de conocerla —repuso Emma—. Y sé un montón de palabrotas.

Mark se inclinó hacia atrás con el comienzo de una sonrisa en los labios, y entonces inspiró. Se apartó el ensangrentado cuello de la camisa y se miró con tristeza el pecho herido.

Julian dejó la botella.

—Déjame ver.

Mark soltó el cuello.

—No hay nada que puedas hacer. Se curará.

—Es una herida de demonio —insistió Julian—. Déjame verla.

Mark lo miró sorprendido. El sonido de las olas los rodeaba como un suave susurro. No quedaba nadie en el restaurante excepto ellos; las otras mesas se habían ido vaciando. Mark no había oído nunca esa voz de Julian, pensó Emma, la que no permitía discusión, la que sonaba como la de un adulto. La clase de hombre al que se escuchaba.

Mark se levantó la camisa. El corte le cruzaba el pecho. Ya no sangraba, pero la visión de la pálida piel rasgada hizo que Emma apretara los dientes.

—Déjame que... —comenzó Julian.

Mark saltó de la mesa.

—Estoy bien —insistió—. No necesito tu magia curativa. No necesito tus runas de seguridad. —Se tocó el hombro, donde una Marca negra se extendía como una mariposa: una runa permanente de protección—. Tengo esto desde los diez años —dijo—. Lo tenía cuando se me llevaron, y también cuando me quebraron y me hicieron uno de los suyos. Nunca me ha ayudado. Las runas del Ángel son mentiras

que se lanzan a los dientes del cielo.

El dolor apareció y desapareció de los ojos de Julian.

—No son perfectas —replicó—. Nada es perfecto. Pero ayudan. Es que no quiero verte herido.

—Mark —lo llamó Cristina con voz suave.

Pero Mark se había ido a algún lugar donde sus voces no lo alcanzaban. Se quedó con los ojos destellando, abriendo y cerrando los puños.

Lentamente alzó la mano y cogió el borde de la camisa. Se la sacó por la cabeza y la tiró a la arena. Emma vio su piel blanca, mucho más blanca que la de ella; el duro pecho y la estrecha cintura, marcada con las finas líneas de viejas cicatrices. Luego, Mark se volvió.

Tenía la espalda cubierta de runas, desde la nuca hasta la cintura. Pero no eran como las de un cazador de sombras normal, no eran las Marcas negras que acababan desvaneciéndose hasta convertirse en finas líneas blancas en la piel. Esas tenían relieve, eran gruesas y lívidas.

Jules había palidecido.

—¿Qué...?

—Cuando llegué a Feéra se burlaron de mí por mi sangre nefilim —explicó Mark—. La gente de la corte noseelie me cogió la estela y la rompió; dijeron que solo era un palo sucio. Y cuando luché por recuperarla, emplearon cuchillos para grabarme las runas del Ángel en la piel. Después de eso dejé de pelearme con ellos por los cazadores de sombras. Y juré que ninguna runa más me tocaría la piel.

Se inclinó, recogió su ensangrentada camisa, aún mojada, y se quedó mirándolos, ya sin rabia, vulnerable de nuevo.

—Quizá aún podrían curarse —dijo Emma—. Los Hermanos Silenciosos...

—No necesito que se curen —replicó Mark—. Me sirven para recordar.

Julian bajó de la mesa.

—¿Recordar qué?

—No confiar —contestó Mark.

Cristina miró a Emma por encima de las cabezas de los chicos. Había una terrible tristeza en su rostro.

—Lamento que tu runa de protección te fallara —repuso Julian. Su voz era baja y cautelosa, y Emma nunca había tenido tantas ganas de rodearlo con los brazos como en ese momento, mientras él miraba a su hermano contra un océano bañado por la luz de la luna, con el corazón en los ojos. Tenía el pelo enredado, sus suaves rizos como signos de interrogación en la frente—. Pero hay otras clases de protección. Tu familia te protege. Siempre te protegeremos, Mark. No dejaremos que te obliguen a regresar.

Mark sonrió, con una sonrisa extraña y triste.

—Lo sé —contestó—, mi gentil hermano, lo sé.

10

Y ELLA ERA UNA NIÑA

—Ya está —dijo Diana mientras dejaba su bolsa de viaje sobre la isla de la cocina con un ruido metálico.

Emma alzó la mirada. Estaba junto a la ventana con Cristina, revisando los vendajes que llevaba en las manos. Las runas curativas de Julian se habían ocupado de la mayoría de las heridas, pero había algunas quemaduras de icor que aún le dolían.

Livvy, Dru y Tavvy estaban apiñados alrededor de la mesa de la cocina, peleándose por la leche con chocolate. Ty tenía puestos los auriculares y estaba leyendo, tranquilamente perdido en su mundo. Julian estaba ante los fogones, preparando beicon, tostadas y huevos, con trocitos quemados, como le gustaba a Dru.

Diana fue al fregadero y se lavó las manos. Iba vestida con vaqueros y camiseta, y tenía tierra en la ropa y manchas en la cara. Llevaba el pelo recogido en un apretado moño.

—¿Has colocado el dispositivo de vigilancia en la convergencia? —preguntó Emma.

Diana asintió mientras cogía un trapo de cocina para secarse las manos.

—Julian me envió un mensaje contándomelo. ¿Crees que iba a dejar que os saltarais el examen de la Clave?

Se oyeron gruñidos.

—Crearlos, no —contestó Emma—. Tener la esperanza, quizá.

—Bueno, lo he hecho yo misma —explicó Diana—. Si alguien entra o sale de la cueva, recibiremos una llamada al teléfono del Instituto.

—¿Y si no estamos en casa? —preguntó Julian.

—Tú, Emma y yo recibiremos mensajes de texto —respondió Diana poniéndose de espaldas al fregadero.

—¿Y por qué no Arthur? —inquirió Cristina—. ¿Acaso no tiene móvil?

Por lo que Emma sabía, no tenía, pero Diana no respondió.

—Y hay otra cosa más —continuó—. Los demonios Mantid vigilan la convergencia durante la noche, pero como sabéis, los demonios no salen al exterior durante el día. No soportan la luz del sol.

—Me lo había preguntado —dijo Emma—. No tiene sentido que quien sea que está haciendo esto deje la convergencia sin vigilancia durante la mitad del tiempo.

—Y hacías bien en preguntártelo —repuso Diana. Su voz era neutra, y Emma buscó en su rostro alguna señal que le indicara si aún continuaba enfadada—.

Durante el día la puerta de la cueva se sella. He visto desaparecer la entrada con la salida del sol. No ha interferido con la colocación de las runas de seguimiento y las salvaguardas, porque las he puesto fuera de la cueva, pero nadie va a entrar en la convergencia mientras el sol esté en lo alto.

—Los asesinatos, el arrojar los cadáveres, todo ha tenido lugar durante la noche —indicó Livvy—. Quizá sí que haya un demonio detrás de todo esto, ¿no?

Diana suspiró.

—No lo sabemos. Por el Ángel, necesito un café.

Cristina se apresuró a llevarle una taza mientras Diana se sacudía la tierra de la ropa, ceñuda.

—¿Te ha ayudado Malcolm a colocarlo? —preguntó Julian.

Agradecida, Diana cogió la taza que le ofrecía Cristina y sonrió.

—Lo único que necesitáis saber es que ya me he ocupado de ello —respondió—. Bien, hoy tenéis examen, así que os veré en el aula después del desayuno.

Se marchó con su bolsa y su café. Dru estaba sombría.

—No puedo creer que tengamos clase —dijo. Llevaba vaqueros y una camiseta con una cara gritando y el texto: «CASA DE LOS HORRORES DEL DOCTOR TERROR».

—Estamos en plena investigación —la secundó Livvy—. No deberíamos tener que hacer exámenes.

—Es una afrenta —añadió Ty—. Me siento afrentado.

Se quitó los auriculares, pero tenía la mano debajo de la mesa. Emma oyó los clics de un bolígrafo al sacar la punta y retraerla sin cesar; era algo que Ty hacía a menudo antes de que Julian le preparara objetos mejores para centrar su atención, pero aún lo hacía cuando estaba nervioso.

Con las protestas de todos de fondo, sonó el móvil de Emma. Miró la pantalla y vio el nombre: «Cameron Ashdown».

Julian la miró un momento y luego siguió con los huevos. Iba ataviado con una combinación de traje de combate, delantal y camiseta rota que en otro momento habría hecho que Emma se metiera con él. Pero en vez de eso, fue hacia la ventana y contestó la llamada.

—¿Cam? —respondió—. ¿Pasa algo?

Livvy la miró y puso los ojos en blanco, luego se levantó y comenzó a llevar platos de la cocina a la mesa. El resto de los niños seguían discutiendo, aunque Tavvy había acabado quedándose con la leche con chocolate.

—No llamo para pedirte que volvamos, si eso es lo que estás pensando —dijo Cameron. Emma se lo imaginó mientras lo escuchaba: ceñudo, con el cabello rojo revuelto y hacia un lado, como siempre por las mañanas.

—Vaya —soltó Emma—. Buenos días para ti también.

—Ladrón de leche —le dijo Dru a Tavvy, y le puso una tostada en la cabeza.

Emma contuvo una sonrisa.

—Me he pasado por el Mercado de Sombras —explicó Cam—. Ayer.

—¡Oh! ¡Qué vergüenza!

—Y oí cosas por el puesto de Johnny Rook —continuó—. Hablaba de ti. Decía que había discutido contigo hacía unos días. —Bajó la voz—. No deberías verlo fuera del mercado, Emma.

Emma se apoyó en la pared. Cristina la miró inquisitiva y luego se sentó con los otros. Al instante todos se estaban poniendo mantequilla en la tostada y comiéndose los huevos.

—Lo sé, lo sé. Johnny Rook es un delincuente. Ya me sé esa lección.

Cam parecía molesto.

—Otra persona dijo que estabas metiendo las narices en algo que no era de tu incumbencia. Y que si seguías así, acabarían yendo a por ti. Pero no el tipo que lo dijo. A ese lo zarandé un poco y me aseguró que se refería a otros, que había oído cosas. ¿En qué andas metida, Emma?

Julian seguía ante la cocina, y, por su postura, Emma supo que estaba escuchando.

—Pueden ser tantas cosas...

Cameron suspiró.

—Bien, tómatelo como quieras. Estaba preocupado por ti. Ten cuidado.

—Siempre lo tengo —respondió, y colgó el teléfono.

En silencio, Julian le pasó un plato de huevos. Emma lo aceptó, sabiendo que todos la estaban mirando. Dejó el plato sobre la isla de la cocina, se sentó en uno de los taburetes y comenzó a removerlos con una cuchara.

—Vale —dijo Livvy—. Si nadie más lo pregunta, lo haré yo. ¿De qué iba eso?

Emma alzó la mirada con la intención de replicarle enfadada, pero las palabras se le quedaron en la garganta.

Mark estaba en la puerta. La tensión del altercado de la noche anterior en la biblioteca pareció reaparecer, e hizo caer un pesado silencio sobre la cocina. Los Blackthorn miraron a su hermano expectantes; Cristina miró su café.

Mark parecía... normal. Llevaba una camiseta azul claro de manga larga con unos cuantos botones por delante y unos vaqueros oscuros que eran de su talla, junto con un cinturón de armas, aunque sin ellas, alrededor de la cintura. Aun así, era, sin duda, un cinturón de cazador de sombras, con runas de poder angélico y de precisión grabadas en el cuero. También llevaba guantes protectores.

Todos se lo quedaron mirando. Julian con la espátula en el aire. Mark cuadró los hombros, y por un momento Emma pensó que iba a hacer otra reverencia, como la noche anterior. En vez de eso, habló:

—Ruego que me disculpéis por lo de anoche —dijo—. No debería haberos culpado a vosotros, mi familia. La política de la Clave es compleja y a menudo siniestra, pero no es vuestra culpa. Desearía, con vuestro permiso, comenzar de nuevo y presentarme a vosotros.

—Pero ya sabemos quién eres —repuso Ty.

Livvy se inclinó sobre él y le susurró algo al oído. Ty volvió a mirar a Mark,

claramente confuso, pero también expectante.

Este dio un paso adelante.

—Soy Mark Blackthorn —comenzó—. Procedo de una larga estirpe de cazadores de sombras. He servido en la Cacería Salvaje durante años que no sé contar. He cabalgado por el cielo sobre un caballo blanco hecho de humo, he recogido los cuerpos de los muertos y los he llevado a Feéra, la tierra de las hadas, donde los huesos y la piel han alimentado la tierra salvaje. Nunca me he sentido culpable, aunque quizá debería. —Soltó las manos, que tenía cogidas a la espalda—. No sé cuál es mi sitio. Pero si me lo permitís, intentaré que sea este.

Hubo un momento de silencio. Los niños lo miraban desde la mesa; Emma se había quedado con la cuchara en alto, conteniendo el aliento. Mark miró a Jules.

Este se frotó la nuca.

—¿Por qué no te sientas, Mark? —dijo con la voz un poco ronca—. Te prepararé unos huevos.

Mark estuvo callado durante todo el desayuno mientras Julian, Emma y Cristina explicaban a los otros lo que habían descubierto la noche anterior. Emma pasó por alto los detalles del ataque de los Mantid; no quería que Tavvy tuviera pesadillas.

La cartera de Stanley Wells acabó en manos de Ty, que parecía encantado de encargarse de la prueba. Prometió realizar una investigación completa sobre el desafortunado Stanley después del examen. Como Mark no tenía que hacer el examen, Julian le preguntó si podía encargarse de Tavvy en la biblioteca.

—No se lo daré a un árbol para que se lo coma, como se hace con los niños malos en la corte noseelie —prometió Mark.

—Menudo alivio —replicó Julian en tono seco.

Mark se inclinó hacia Tavvy, al que le brillaban los ojos.

—Ven conmigo, pequeño —le dijo—. Hay libros en la biblioteca que recuerdo que de pequeño me encantaban. Te los mostraré.

Tavvy asintió y le cogió la mano a Mark con total confianza. En ese momento, algo cruzó los ojos de Mark, un destello de emoción. Salió de la cocina con Tavvy sin decir nada más.

Emma no pudo dejar de pensar en el aviso de Cameron ni durante el resto del desayuno, ni mientras recogían la cocina, ni mientras entraban en el aula, donde los esperaba Diana con una gruesa pila de exámenes. No podía sacárselo de la cabeza, y como resultado le salió fatal la parte de idiomas y no recordó bien los diferentes tipos de demonios y subterráneos. Confundió a Azazel con Asmodeus, el Purgático y el Cthonico, y los nixies con los pixies. Diana la miró enfadada mientras puntuaba el examen con el nombre de Emma con un grueso rotulador rojo.

Los demás sacaron buena nota, y Emma sospechó que los pocos errores de Julian habían sido a propósito para que ella no se sintiera tan mal.

Le alivió acabar la parte escrita y oral del examen. Pararon para comer y luego fueron a la sala de entrenamiento. Diana ya había preparado el espacio. Había dianas para el lanzamiento de cuchillos, espadas de varios tamaños y, en medio de la sala, un monigote de entrenamiento. Tenía el tronco de madera, varios brazos que podían colocarse en diferentes posiciones y una cabeza de saco rellena, como la de un espantapájaros.

Un círculo de polvo negro y blanco rodeaba el maniquí: sal de roca mezclada con ceniza.

—Atacad a distancia con cuidado y precisión —explicó Diana—. Si tocáis el círculo, suspendidos.

Se fue hacia la caja negra que había en el suelo y le dio a un interruptor. Parecía como si alguien hubiera grabado a una muchedumbre en acción: voces fuertes, chillidos, ventanas rotas.

Livvy parecía horrorizada. Ty hizo una mueca y se puso los auriculares.

—¡Distracción! —gritó Diana—. Tendréis que trabajar con ella...

Antes de que pudiera acabar, llamaron a la puerta: era Mark, que entró tímidamente.

—Tavvy está entretenido con los libros —le explicó a Diana, que había bajado un poco el volumen—, y tú me preguntaste si podía participar en esta parte del examen. He pensado que lo mejor es acceder.

—Pero Mark no necesita examinarse —protestó Julian—. No podemos pasarle sus resultados a la Clave.

—Los resultados de Cristina tampoco los tenemos que enviar —replicó Diana—, pero también va a venir. Quiero ver cómo lo hacéis todos. Si vais a trabajar juntos, será mejor que sepáis a qué nivel están vuestras capacidades.

—Sé luchar —dijo Mark. No añadió nada sobre la noche anterior, ni sobre haber contenido a los demonios Mantid él solo, sin runas—. La Cacería Salvaje la forman guerreros.

—Sí, pero luchan de un modo diferente del de los cazadores de sombras —remarcó Diana, mientras con un gesto abarcaba la sala de entrenamiento, los cuchillos con runas, las espadas de *adamas*—. Estas son las armas de tu gente. —Se volvió hacia los demás—. Escoged una cada uno.

Mark se puso serio, pero no dijo nada. Tampoco se movió cuando el resto fue a buscar el arma elegida: Emma cogió a *Cortana*, Cristina, sus navajas mariposa, Livvy, su sable y Dru, un largo y fino estilete. Julian se hizo con un par de *chakhrams*, estrellas afiladas para lanzar.

Ty se quedó atrás. Emma no pudo evitar preguntarse si Diana se habría fijado en que era Livvy la que escogía una daga para Ty y se la ponía en la mano. Emma había visto a Ty lanzar cuchillos: era bueno, a veces excelente, pero solo cuando le apetecía. Cuando no, no había manera de moverlo.

—Julian —dijo Diana mientras volvía a subir el volumen—. Tú primero.

Julian se echó hacia atrás y lanzó: las *chakhrams* salieron girando de sus manos como círculos de luz. Una le cortó el brazo derecho al monigote, y la otra el izquierdo, antes de clavarse en la pared.

—Tu objetivo no está muerto —señaló Diana—. Solo sin brazos.

—Exactamente —respondió Julian—. Así puedo interrogarlo.

—Muy estratégico. —Diana intentó ocultar una sonrisa mientras tomaba nota en su libreta. Cogió los brazos del monigote y se los volvió a poner.

—¿Livvy?

Livvy se encargó del monigote con un tajo de su sable sin traspasar la barrera de ceniza. Dru obtuvo un resultado decente con el lanzamiento del estilete, y Cristina abrió sus *balisongs* con un rápido movimiento y las lanzó de forma que cada una de las navajas se clavó en la cabeza del monigote justo donde hubieran estado los ojos.

—Asqueroso —exclamó Livvy con admiración—. Me gusta.

Cristina recuperó las navajas y le guiñó el ojo a Emma, que se había subido hasta la mitad de la escalerilla de cuerda, con *Cortana* en la mano libre.

—¿Emma? —la llamó Diana volviendo hacia atrás la cabeza—. ¿Qué estás haciendo?

Ella se lanzó desde la escalerilla. No era la fría furia de la batalla, pero sintió un momento de libertad al caer que fue todo un placer, y que alejó de su mente la inquietud por el aviso de Cameron. Cayó sobre el monigote, con los pies sobre sus hombros, y bajó la espada. Le hundió a *Cortana* hasta la empuñadura en el tronco. Luego dio un mortal hacia atrás y aterrizó de pie fuera del círculo de ceniza.

—Eso ha sido para fardar —soltó Diana, pero sonreía mientras tomaba otra nota. Alzó la mirada—. ¿Tiberius? Es tu turno.

Ty dio un paso hacia el círculo. La cinta blanca de los auriculares contrastaba contra su pelo negro. Emma se dio cuenta sorprendida, de que era más alto que el monigote. Solía pensar en Ty como en el niño que había sido. Pero ya no lo era; tenía quince años, mayor de lo que ella era cuando realizó con Julian la ceremonia de *parabatai*. Su rostro ya no era el de un niño. Sus facciones se habían afilado para perder la redondez de la infancia.

Ty alzó la daga.

—Tiberius —dijo una voz desde la puerta—, quítate los auriculares.

Era el tío Arthur. Todos lo miraron sorprendidos: Arthur raramente se aventuraba a bajar, y cuando lo hacía, evitaba las conversaciones, las comidas y todo contacto en general. Resultaba raro verlo en la puerta como un fantasma gris: túnica gris, barba incipiente también gris, y pantalones gastados grises.

—La polución de la tecnología mundana se halla por todas partes —refunfuñó Arthur—. En esos auriculares que llevas. Coches... En el Instituto de Londres no teníamos ese ordenador del que creéis que no sé nada. —Una extraña rabia le cruzó el rostro—. No vas a poder luchar con auriculares.

Dijo esas palabras como si fueran veneno.

Diana cerró los ojos.

—Ty —dijo—. Quítatelos.

Ty se bajó los cascos sobre los hombros. Hizo una mueca cuando el ruido y las voces de la radio le llenaron los oídos.

—Entonces no voy a poder hacerlo.

—Entonces suspenderás —replicó Arthur—. Esto tiene que ser justo.

—Si no le dejas usarlos no será justo —intervino Emma.

—Así es el examen. Todos tenéis que hacerlo —indicó Diana—. Las batallas no siempre se dan en condiciones óptimas. Hay ruido, sangre, distracciones...

—Yo no lucharé en batallas —dijo Ty—. No quiero ser esa clase de cazador de sombras.

—Tiberius —lo reprendió Arthur con brusquedad—. Haz lo que se te ordena.

Ty se puso serio. Alzó el cuchillo y lo lanzó con deliberada torpeza, pero con gran fuerza. Se clavó en la radio de plástico, que saltó en mil pedazos.

Se hizo el silencio.

Ty se miró la mano derecha; le sangraba. Un trozo de la radio le había hecho un arañazo. Enfadado, se fue a apoyar contra una de las columnas. Livvy lo miró con tristeza; Julian se disponía a ir hacia él, pero Emma lo cogió por la muñeca.

—No —dijo—. Dale un minuto.

—Me toca —saltó Mark.

Diana se volvió hacia él sorprendida. Mark ya se acercaba con sigilo al monigote de entrenamiento. Fue directamente hacia él y sus botas pisotearon la ceniza y la sal del suelo.

—Mark —dijo Diana—, se supone que no debes...

Mark agarró el monigote y tiró de él hacia sí, arrancándole la cabeza. Llovió paja a su alrededor. Lanzó la cabeza a un lado, agarró los brazos y los retorció hasta que se quebraron. Dio un paso atrás, alzó la pierna hasta poner el pie sobre el tronco y empujó. El monigote se desplomó con un estruendo.

Si no hubiera sido por la expresión en su rostro, pensó Emma, hasta podría haber sido divertido.

—Estas son las armas de mi gente —dijo Mark extendiendo la mano derecha. Se le había abierto un corte y sangraba.

—Se suponía que no debías tocar el círculo —replicó Diana—. Esas son las reglas, y no las he puesto yo. La Clave...

—*Lex malla, lex nulla* —soltó Mark fríamente, y se alejó del monigote.

Emma oyó a Arthur inspirar hondo al oír el lema de la divisa de la familia Blackthorn. Este se volvió sin decir nada y se marchó de la sala.

Julian siguió con la mirada a Mark mientras este iba hasta Ty y se apoyaba en la columna junto a él.

El muchacho, que apoyaba la mano derecha sobre la izquierda con expresión hosca, pareció sorprendido.

—¿Mark?

Este le tocó ligeramente las manos a su hermano, y Ty no las apartó. Ambos tenían los dedos de los Blackthorn, largos y delicados, con marcados nudillos.

Poco a poco, la expresión de enfado fue borrándose del rostro de Ty. Miró de reojo a su hermano, como si la respuesta a una pregunta que Emma no pudo adivinar se hallara en el rostro de Mark.

Emma recordó lo que Ty había dicho de su hermano en la biblioteca.

«No es su culpa si no lo entiende todo. O si las cosas lo superan. No es su culpa».

—Ahora los dos tenemos las manos heridas —dijo Mark.

—Julian —dijo Diana—. Tenemos que hablar de Ty.

Julian se hallaba de pie ante el escritorio de Diana. Podía ver detrás de ella, por los ventanales que había a su espalda, la autovía y la playa, y más allá, el océano.

Tenía un vívido recuerdo, aunque ya no se acordaba de qué edad tenía exactamente, de cuando ocurrió el incidente. Se hallaba en la playa, dibujando la puesta de sol y a los surfistas en el agua. Un esbozo que quería reflejar más la alegría del momento que copiar exactamente el paisaje. Ty también estaba allí, jugando. Había hecho una fila de pequeños cubos perfectos con la arena, todos del mismo tamaño.

Julian había mirado su propio trabajo, inexacto y descuidado, y la metódica fila de Ty, y pensó: «Ambos vemos el mismo mundo, pero de una forma diferente. Ty siente la misma alegría que yo, la alegría de la creación. Sentimos lo mismo, solo es diferente la forma de nuestros sentimientos».

—Ha sido culpa de Arthur —dijo Julian—. No... no sé por qué lo ha hecho. — Sabía que parecía preocupado. No podía evitarlo. Por lo general, cuando Arthur tenía uno de sus días malos, volvía su odio y su furia hacia sí mismo. No había pensado que su tío ni siquiera supiera que Ty llevaba auriculares; no creía que Arthur prestara la atención suficiente a ninguno de ellos para notar esas cosas, y menos aún a Ty—. No sé por qué ha tratado así a Ty.

—Podemos ser de lo más crueles con los que nos recuerdan a nosotros mismos.

—Ty no es como Arthur. —La voz de Julian se hizo más cortante—. Y Ty no tendría que pagar por las acciones de Arthur. Deberías dejarle repetir el examen con los auriculares puestos.

—No será necesario —repuso Diana—. Sé lo que puede hacer Ty. Corregiré su puntuación para arreglarlo. No tienes que preocuparte por la Clave.

Julian la miró confuso.

—Si esto no es sobre la puntuación de Ty, entonces ¿para qué querías verme?

—Ya has oído lo que ha dicho Ty antes —explicó Diana—. No quiere ser «esa clase de cazador de sombras». Quiere ir al Escolamántico. Por eso se niega a ser el *parabatai* de Livvy. Y sabes que haría casi cualquier cosa por ella.

En ese momento, Ty y Livvy se hallaban en la sala con el ordenador, buscando todo lo que pudieran sobre Stanley Wells. Ty parecía haber dejado de lado su enfado del examen, incluso había sonreído después de que Mark fuera a hablar con él.

Julian se preguntó si estaría mal sentirse irracionalmente celoso de Mark, que había reaparecido en su vida hacía solo un par de días y ya era capaz de hablar con su hermano menor cuando él no había podido. Julian quería a Ty más que a su propia vida, y sin embargo, no se le había ocurrido nada tan elegante y simple como decirle: «Ahora los dos tenemos las manos heridas».

—No puede ir —dijo Julian—. Solo tiene quince años. Los otros alumnos tienen dieciocho como mínimo. Se supone que es para los que han acabado la Academia.

—Ty es más inteligente que cualquiera que haya acabado la Academia —repuso Diana—. Y sabe lo mismo que ellos.

Se inclinó hacia delante con los codos apoyados sobre su escritorio de cristal. Tal ella, el océano se extendía hasta el horizonte. Caía la tarde, y el agua tenía un color entre azul oscuro y plata. Julian pensó en lo que pasaría si le daba un golpe fuerte al escritorio; ¿tendría fuerza suficiente para romper el cristal?

—No se trata de lo que sabe —replicó Julian, y se calló. Estaban acercándose peligrosamente a lo que nunca habían comentado: el modo en que Ty era diferente.

A menudo, Julian pensaba que la Clave era una oscura sombra que se cernía sobre su vida. Le había robado a sus hermanos mayores tanto como las hadas. A través de los siglos, el modo en que los cazadores de sombras podían y debían comportarse había estado estrictamente reglamentado. Hablarle a un mundano sobre el Mundo de las Sombras comportaba un castigo, incluso el exilio. Enamorarse de un mundano, o del *parabatai*, representaba ser despojado de las Marcas, un proceso dolorosísimo al que no todos sobrevivían.

El arte de Julian, el interés de su padre por los clásicos: todo eso se había considerado sospechoso. Se suponía que los cazadores de sombras no debían tener intereses fuera de su mundo. Los cazadores de sombras no eran artistas. Los cazadores de sombras eran guerreros, nacidos y criados para la lucha, como los espartanos. Y la individualidad no era algo que se valorara.

Los pensamientos de Ty, su mente hermosa y curiosa, no eran como los de los demás. Julian había oído historias, o más bien susurros, de otros niños cazadores de sombras que pensaban o sentían de forma diferente. Los que tenían dificultad para concentrarse. Los que aseguraban que las letras cambiaban de sitio en la página cuando intentaban leerlas. Los que caían presa de una profunda tristeza para la que no parecía haber razón, o de una energía que no podían controlar.

Pero solo eran susurros, porque la Clave no quería admitir que existían nefilim así. Se los hacía desaparecer en la parte de los «desechos» de la Academia, y se los enseñaba a mantenerse alejados de los otros cazadores de sombras. Los enviaban a los rincones más lejanos del globo, como si fueran vergonzosos secretos que debían ocultarse. No había palabras para describir a los cazadores de sombras con una mente

diferente, ninguna palabra para describir las diferencias.

Porque de haber palabras, pensó Julian, tendrían que reconocer la existencia de las diferencias. Y había cosas que la Clave se negaba a reconocer.

—Lo harán sentirse como si le pasara algo malo —dijo Julian. «Y no le pasa nada malo».

—Lo sé. —Diana parecía pesarosa. Cansada.

Julian se preguntó adónde habría ido el día anterior, mientras ellos visitaban a Malcolm; quién la habría ayudado a poner las salvaguardas en la convergencia.

—Tratarán de hacerlo cuadrar dentro de su molde de lo que debe ser un cazador de sombras. No sabe lo que le harán...

—Porque no se lo has dicho —concluyó Diana—. Si tiene una visión idílica de lo que es el Escolamántico, es porque nunca se la has corregido. Sí, es muy duro estar allí. Brutal. Cuéntaselo.

—Quieres que le diga que es diferente —afirmó Julian con frialdad—. No es estúpido, Diana. Ya lo sabe.

—No —replicó Diana mientras se ponía en pie—. Quiero que le digas lo que opina la Clave de la gente que es diferente; de los cazadores de sombras que son diferentes. Porque ¿cómo puede tomar una decisión acertada si no tiene toda la información?

—Es mi hermano pequeño —soltó Julian. En el exterior se había levantado una neblina; partes de la ventana parecían un espejo, y Julian podía ver trozos de sí mismo reflejados en ella: una punta de pómulo, un mentón apretado, el cabello revuelto. La mirada de sus ojos lo asustó—. Le faltan tres años para acabar los estudios...

Los ojos de Diana eran implacables.

—Ya sé que lo has criado desde que tenía diez años, Julian. Sé que es como si todos fueran tus propios hijos. Y lo son, pero Livvy y Ty ya no son niños. Tendrás que dejar que vivan su vida...

—¿Me estás diciendo que sea más abierto? —quiso saber Julian—. ¿De verdad? Diana tensó el mentón.

—Caminas sobre el filo de una cuchilla, Julian, con todo lo que ocultas. Créeme. Me he pasado media vida caminando sobre esa misma hoja. Te acostumbras, tanto que a veces te olvidas de que estás sangrando.

—Supongo que no querrás ser un poco más específica, ¿verdad?

—Tú tienes tus secretos. Yo tengo los míos.

—No puedo creerlo. —Julian habría querido gritar, golpear la pared—. Lo único que tienes son secretos. ¿Recuerdas cuando te pregunté si querías dirigir el Instituto? ¿Recuerdas que me respondiste que no y que no te preguntara el porqué?

Diana suspiró y pasó un dedo sobre el respaldo de su silla.

—Enfadarte conmigo no te va a servir de nada, Jules.

—Quizá tengas razón —replicó él—. Pero eso es lo único que podrías haber

hecho que me hubiera ayudado de verdad. Y no lo hiciste. Así que perdóname si me siento totalmente solo. Adoro a Ty, créeme, y deseo que tenga lo que quiere. Pero pongamos por caso que le explico a Ty lo duro que es el Escolamántico y él quiere ir de todas formas. ¿Podrías prometerme que no le ocurrirá nada? ¿Podrías jurarme que Livvy y él serán capaces de vivir separados cuando nunca han pasado ni un solo día el uno sin la otra en toda su vida? ¿Me lo puedes garantizar?

Diana negó con la cabeza. Parecía derrotada, y Julian no tenía sensación de triunfo alguna.

—Te podría decir que en la vida no hay ninguna garantía de nada, Julian Blackthorn, pero ya veo que no quieres escuchar lo que te pueda decir sobre Ty. Así que te hablaré de otra cosa. Eres la persona más resuelta que he conocido. Durante cinco años has mantenido unidos a todos y todo en esta casa de un modo que no creí que fuera posible. —Lo miró directamente—. Pero esta situación no puede continuar. Es como una falla en la tierra. Se desmoronará bajo presión, y entonces ¿qué? ¿Qué perderás, qué perderemos todos, cuando eso ocurra?

—¿Qué es esto? —preguntó Mark, cogiendo el lémur de peluche de Tavvy, el *señor Limpet*, y sujetándolo suspicaz por una pata.

Mark estaba sentado en el suelo de la sala del ordenador con Emma, Tavvy y Dru. Esta tenía en la mano un libro llamado *Danza Macabra* y no prestaba atención a los demás. Tavvy estaba intentando que Mark, con el cabello mojado y descalzo, jugara con él.

Cristina aún no había regresado de cambiarse la ropa de entrenamiento. Ty y Livvy, mientras tanto, estaban en el escritorio; Ty tecleaba y Livvy estaba sentada sobre la mesa junto al teclado, dándole órdenes y haciéndole sugerencias. Stanley Wells había resultado no tener dirección registrada, y Emma sospechaba que lo que estaban haciendo para rastrearlo seguramente fuera ilegal.

—Ven —dijo Emma tendiéndole la mano a Mark—. Dame al *señor Limpet*.

Se sentía ansiosa e inquieta. Diana había puesto fin al examen poco después de que Arthur se marchara y le había dicho a Julian que fuera a su despacho. El modo en que Julian había tirado su equipo en un rincón de la sala de entrenamiento antes de seguirla, le hacía pensar que no era una reunión que le apeteciera tener.

Cristina entró en la sala pasándose los largos dedos por el negro cabello mojado. Mark, que le tendía a Emma el *señor Limpet*, alzó la mirada; y se oyó el ruido de algo al rasgarse. La pata del lémur se separó y el cuerpo cayó al suelo esparciendo el relleno.

Mark soltó un impropio en un idioma irreconocible.

—¡Has matado al *señor Limpet*! —exclamó Tavvy.

—Creo que ha muerto de viejo, Tavvy —repuso Emma mientras recogía el cuerpo del lémur—. Lo has tenido desde que naciste.

—O de gangrena —intervino Drusilla, alzando la mirada del libro—. Puede haber sido gangrena.

—¡Ay, no! —Cristina parecía compungida—. Esperad aquí..., ahora vuelvo.

—No... —comenzó Mark, pero Cristina ya había salido—. Soy un manazas —dijo triste. Le alborotó el cabello a Tavvy—. Perdóname, pequeño.

—¿Habéis encontrado la dirección de Wells? —preguntó Julian entrando en la sala.

Livvy alzó los brazos triunfal.

—Sí. Está en Hollywood Hills.

—Era de esperar —dijo Emma.

Los ricos solían vivir en las Hills. A ella misma le gustaba esa zona, a pesar de lo cara que era. Le gustaban las carreteras serpenteantes, las enormes plantas que rebosaban flores que subían por las paredes de las casas y la vista sobre la ciudad iluminada. Por la noche, el aire que soplaba por las Hills olía a flores blancas: adelfas y madreselva, y llevaba con él la árida promesa del desierto a varios kilómetros.

—Hay dieciséis personas llamadas «Stanley Wells» en el área de Los Ángeles —informó Ty, volviéndose en la silla—. Hemos acotado las posibilidades.

—Buen trabajo —lo felicitó Julian mientras Tavvy se ponía en pie y se acercaba a él.

—El *señor Limpet* ha muerto —dijo tirándole de los vaqueros.

Jules se agachó y lo cogió en brazos.

—Lo siento, pequeño —repuso Julian, y apoyó la barbilla en los rizos de Tavvy—. Te conseguiremos otra cosa.

—Soy un asesino —dijo Mark con voz triste.

—No seas trágico —le susurró Emma dándole una patada a su desnudo tobillo.

Mark pareció molestarse.

—La hadas son trágicas. Somos así.

—Quería mucho al *señor Limpet* —explicó Tavvy—. Era un buen lémur.

—Hay muchos otros animales buenos —le aseguró Tiberius muy serio. Los animales eran uno de sus temas favoritos, junto con los detectives y los crímenes. Tavvy le sonrió, con un rostro cargado de amor y confianza—. Los zorros son más listos que los perros. Puedes oír a un león rugir a cuarenta kilómetros. Los pingüinos...

—Y los osos —lo interrumpió Cristina, que había aparecido en la puerta, jadeante. Le dio a Tavvy un oso gris de peluche. Este lo miró vacilante—. Es mío, de cuando era pequeña —explicó.

—¿Cómo se llama? —inquirió Tavvy.

—Oso —contestó Cristina, y se encogió de hombros—. Es como los llamamos en México. No fui muy original.

—Oso. —Tavvy cogió el osito y esbozó una sonrisa desdentada.

Julian miró a Cristina como si esta le hubiera ofrecido agua en el desierto. Emma

pensó en lo que Livvy había dicho sobre Julian y Cristina en la sala de entrenamiento, y sintió una pequeña e inexplicable punzada en el corazón.

Livvy estaba charlando con Jules, mientras balanceaba alegremente las piernas.

—Deberíamos ir todos —proponía—. Ty y yo podemos ir en el coche con Emma y Mark; tú puedes ir con Cristina, y Diana se puede quedar aquí...

Julian dejó a su hermanito en el suelo.

—Muy lista —repuso—. Pero es un trabajo para dos personas. Emma y yo entraremos y saldremos en un momento, solo para ver si hay algo raro en la casa.

—Nunca nos dejas hacer nada divertido —protestó Livvy.

—Deberías permitirme examinar la casa —dijo Ty—. Os pasaréis por alto lo importante. Todas las pistas.

—Gracias por la confianza —replicó Julian—. Mirad, Livvy y Ty-Ty, os necesitamos aquí para revisar las fotos de la cueva del punto de convergencia. Ved si podéis identificar los idiomas, traducirlos...

—Más traducciones —protestó Livvy—. Qué emocionante.

—Será divertido —intervino Cristina—. Podemos preparar chocolate caliente y trabajar en la biblioteca. —Sonrió, y Julian le envió una segunda mirada agradecida.

—Es un trabajo importante —aseguró Julian—. Y vosotros sois capaces de hacer cosas que nosotros no podemos. —Señaló el ordenador con un gesto de la barbilla.

Livvy se sonrojó y Ty pareció complacido.

Pero Mark no.

—Debería ir con vosotros —le dijo a Jules—. Las Cortes quieren que forme parte de la investigación, que os acompañe.

Julian negó con la cabeza.

—Esta noche no. Tenemos que averiguar qué hacer si no puedes emplear las runas.

—No las necesito... —comenzó Mark.

—Sí las necesitas. —La voz de Julian fue como el acero—. Necesitas runas de *glamour* si quieres mezclarte entre la gente. Y aún no se te ha cerrado la herida de anoche. Aunque te cures rápido, vi que se te volvía a abrir la herida en la sala de entrenamiento. Estabas sangrando.

—Mi sangre no es asunto tuyo —replicó Mark.

—Lo es —afirmó Julian—. Eso es lo que significa ser una familia.

—Familia... —comenzó Mark con amargura, y luego se dio cuenta de que los pequeños estaban allí y lo miraban quietos y callados. Cristina también estaba en silencio, observando a Emma con una mirada sombría y preocupada.

Mark pareció tragarse lo que había estado a punto de decir.

—Si quisiera recibir órdenes, me habría quedado con la Cacería —dijo en voz baja, y salió por la puerta.

HABITÓ ALLÍ UNA DONCELLA

—Creo que Ty está leyendo sobre detectives el doble que antes —comentó Julian sonriendo. Tenía la ventanilla abierta y el aire que entraba en el coche le alborotaba los rizos de la frente—. Me ha preguntado si los asesinatos los habría cometido alguien de dentro.

—¿De dentro de qué? —Emma sonrió.

Estaba recostada en el asiento del pasajero, con los pies sobre el salpicadero. Las ventanillas estaban abiertas a la noche, y Emma oyó los sonidos de la ciudad alzarse a su alrededor cuando se detuvieron ante un semáforo en rojo.

Habían dejado la autovía de la Costa y torcido hacia Sunset. Al principio, mientras serpenteaban entre los cañones y pasaban por Beverly Hills y Bel Air, había bastante silencio, pero ya se hallaban en el corazón de Hollywood, en el Sunset Strip, flanqueado de restaurantes caros y enormes vallas publicitarias de treinta metros de alto, con anuncios de películas y programas de televisión. Las calles estaban abarrotadas y había mucho ruido: turistas posando para hacerse fotos con imitadores de famosos, músicos callejeros recogiendo monedas, peatones yendo o viniendo del trabajo.

Julian parecía más tranquilo que en los últimos días, recostado en el asiento, las manos relajadas sobre el volante. Emma sabía exactamente cómo se sentía ella. Allí, con una chaqueta y vaqueros, con Julian a su lado y *Cortana* en el maletero, sabía que ese era su sitio.

Emma había tratado de hablar sobre Mark cuando se subieron al coche. Julian solo negó con la cabeza diciendo: «Se está adaptando», y eso había sido todo. Emma notó que no quería hablar de su hermano, y le pareció bien: tampoco creía tener ninguna solución que ofrecer. Y era fácil, muy fácil, volver a sus bromas de siempre. Por primera vez en mucho tiempo, Emma sintió que estaba donde debía.

—Creo que estaba preguntando si el asesino podría ser cazador de sombras. —El tráfico fue aumentando a medida que se acercaban al cruce de Sunset con Vine, y el coche avanzaba lentamente bajo las palmeras y el neón—. Le he dicho que no. Resulta evidente que es alguien que sabe de magia negra, y no creo que ningún cazador de sombras contratara a un brujo para que matase por él. Por lo general, solemos hacerlo nosotros mismos.

Emma soltó una risita.

—¿Le has dicho que los cazadores de sombras hacen «bricolaje» para sus asesinatos?

—Hacemos «bricolaje» para todo.

Los coches volvieron a moverse. Emma miró hacia abajo observando el juego de músculos y tendones de la mano de Jules al cambiar de marcha. El coche avanzó, y Emma miró por la ventanilla a la gente que hacía cola delante del Teatro Chino Grauman. Se preguntó qué pensarían si supieran que los dos adolescentes del coche rojo eran en realidad cazadores de demonios con el maletero lleno de ballestas, picas, dagas, catanas y cuchillos arrojadizos.

—¿Todo bien con Diana? —preguntó Emma.

—Quería hablar sobre Ty —respondió Julian con voz neutra, pero Emma lo vio tragar saliva—. Quiere ir al Escolamántico a estudiar. Tienen acceso a las bibliotecas del Laberinto Espiral, a los archivos de los Hermanos Silenciosos... Piensa en todo lo que no sabemos sobre las runas y los rituales, los misterios y los interrogantes que podría resolver. Pero al mismo tiempo...

—Sería el más joven —concluyó Emma—. Eso sería difícil para cualquiera. Ty solo ha convivido con nosotros. —Le tocó ligeramente la muñeca a Julian—. Me alegro de no haber ido a la Academia. Y el Escolamántico se supone que es mucho más duro. Y más solitario. Algunos de los alumnos han acabado con... bueno, Clary lo llamó un ataque de nervios. Creo que es un término mundano.

Julian miró el GPS y torció a la izquierda, hacia las colinas.

—¿Con qué frecuencia hablas con Clary últimamente?

—Una vez al mes.

Desde que se conocieron en Idris, cuando Emma tenía doce años, Clary la llamaba para asegurarse de que estuviera bien. Era una de las pocas cosas de las que Emma no hablaba mucho con Jules: las conversaciones con Clary eran algo que parecía ser solo suyo.

—¿Sigue con Jace?

Emma se echó a reír y notó que la tensión se relajaba. Clary y Jace eran una institución, una leyenda. Se pertenecían el uno a la otra.

—¿Y quién rompería con él?

—Yo podría, si no se ocupara lo suficiente de mí.

—Bueno, Clary no me habla de su vida amorosa. Pero sí, siguen juntos. Si rompieran, tendría que dejar de creer del todo en el amor.

—No sabía que creyeras en el amor —replicó Jules, y se calló, como si se hubiera dado cuenta de lo que acababa de decir—. Eso ha sonado muy mal.

Emma estaba indignada.

—Solo porque no estuviera enamorada de Cameron...

—¿No lo estabas? —El tráfico aceleró. El coche dio un acelerón. Julian le propinó una palmada al volante—. Mira, nada de esto es asunto mío. Olvídalo. Olvida que te he preguntado por Jace y Clary, o por Simon e Isabelle...

—No me has preguntado por Simon e Isabelle.

—¿No? —Torció la boca en una sonrisa—. Isabelle fue mi primer cuelgue, ya lo

sabes.

—Claro que lo sé. —Le tiró el tapón de la botella de agua—. ¡Era evidente! En la boda de Aline y Helen no dejaste de mirarla durante toda la fiesta.

Él esquivó el proyectil.

—No es verdad.

—Claro que sí —insistió Emma—. ¿No tendríamos que hablar de qué buscamos en casa de Wells?

—Creo que tendremos que dejarnos guiar por el instinto.

—«La cualidad de la decisión es como el descenso del halcón, que realiza en el momento justo, y que le permite atacar y destruir a su víctima» —citó Emma.

Julian la miró con incredulidad.

—¿Es una cita de *El arte de la guerra*?

—Quizá.

Emma sentía una felicidad tan intensa que casi era pena: estaba con Jules, bromeaban, todo era como debía ser entre *parabatai*. Estaban pasando por una serie de calles residenciales: grandes mansiones cubiertas de flores se alzaban por encima de los cuidados setos, acurrucadas entre rápidas autovías.

—¿Estás siendo concisa? Porque ya sabes lo que opino de la concisión en mi coche —dijo Julian.

—No es tu coche.

—Sea como sea, ya hemos llegado —indicó Jules mientras aparcaba junto a la acera y paraba el motor.

Estaba anocheciendo, pero aún no estaba totalmente oscuro, y Emma podía ver la casa de Wells, con el mismo aspecto que tenía en las fotos de satélite que habían visto en el ordenador: las partes más elevadas del tejado justo sobrepasaban los enormes muros cubiertos con enrejados de buganvilla que la rodeaban.

Julian apretó el botón que subía las ventanillas del coche. Emma lo miró.

—Acaba de oscurecer. ¿Deberíamos comprobar si hay actividad demoníaca?

—Quizá sí. —Buscó en la guantera—. El sensor no detecta nada, pero para estar seguros, será mejor que nos dibujemos unas runas.

—De acuerdo.

Emma se subió la manga y le tendió un pálido brazo mientras Julian sacaba la estela, de un blanco claro y reluciente, del bolsillo. En la oscuridad del coche, se inclinó, le puso la punta de la estela sobre la piel y comenzó a dibujar. Emma notó su pelo rozándole la mejilla y el cuello, y el leve olor a clavo que lo envolvía.

Miró hacia abajo, y mientras las líneas negras de las runas se le extendían por la piel, Emma recordó lo que Cristina le había dicho de Jules: «Tiene las manos bonitas». Se preguntó si alguna vez se había fijado realmente en ellas. ¿Eran bonitas? Eran las manos de Julian. Manos que pintaban y luchaban; nunca le habían fallado. En ese sentido, sí, eran bonitas.

—Muy bien. —Julian se echó hacia atrás admirando su trabajo.

Unas claras runas de precisión y sigilo, silencio y equilibrio decoraban el antebrazo de Emma. Esta se bajó la manga y sacó su propia estela.

Él se estremeció cuando la estela le tocó la piel. Debía de estar fría.

—Perdona —susurró Emma, y le puso la mano en el hombro.

Notó el filo de su clavícula bajo el pulgar, el algodón acanalado de la camiseta suave al tacto; apretó la mano y los dedos le resbalaron sobre la piel desnuda en el borde del cuello de la camiseta. Él inspiró con fuerza.

Emma se detuvo.

—¿Te he hecho daño?

Julian negó con la cabeza. Emma no le veía la cara.

—Estoy bien. —Llevó la mano hacia atrás y abrió la puerta del conductor. Un segundo después estaba fuera del coche, poniéndose la chaqueta.

Emma lo siguió.

—Pero no he acabado la runa de precisión...

Julian se acercó hasta el maletero y lo abrió. Sacó su ballesta grabada con runas y le pasó a *Cortana* en su vaina.

—Así está bien. —Cerró el maletero. No parecía alterado: el mismo Julian, la misma tranquila sonrisa—. Además, no la necesito.

Alzó la ballesta como si nada y disparó. El dardo cortó el aire y se hundió directamente en la cámara de seguridad que había sobre la verja. Esta saltó en pedazos con un gemido de metal rasgado y un hilillo de humo.

—No te hagas el chulo —bromeó Emma mientras se colgaba la espada.

—Soy tu *parabatai*. Tengo que fardar de vez en cuando. Si no lo hiciera nadie entendería por qué me aguantas.

Una pareja mayor bajó por el camino de una de las casas cercanas a ellos paseando un perro alsaciano. Emma tuvo que contener el impulso de esconder a *Cortana*, aunque sabía que la espada estaba oculta por un *glamour*. Para los mundanos que paseaban, Julian y ella serían como cualquier otro par de adolescentes, y nunca sabrían que las mangas largas les cubrían las runas propias de su condición. La pareja torció la esquina de la calle y se perdió de vista.

—Te aguanto porque necesito público para mis agudos comentarios —repuso ella.

Llegaron a la verja y Jules sacó la estela para dibujar una runa de apertura.

La verja se abrió. Julian se puso de lado para pasar.

—¿Qué comentarios agudos?

—Huy, eso lo vas a pagar muy caro —masculló Emma mientras lo seguía—. Soy increíblemente aguda.

Julian rio por lo bajo. Habían entrado en un sendero que llevaba a una gran casa de estuco con una enorme puerta principal arqueada, formada por dos hojas con enormes vidrios. Las luces que flanqueaban el camino estaban encendidas, pero la casa estaba oscura y en silencio.

Emma subió los escalones y miró por una de las ventanas. Solo pudo ver formas oscuras y borrosas.

—No hay nadie en casa... ¡Ah!

Pegó un bote hasta el escalón de abajo cuando algo se arrojó contra la ventana: una bola peluda e irregular. Un surco de baba manchó el vidrio. Emma ya se había agazapado y estaba a punto de sacar uno de los estiletes de la bota.

—¿Qué es? —Se irguió—. ¿Un demonio Raum? ¿Un...?

—Creo que es un caniche enano —respondió Julian, sonriendo de medio lado—. No creo que esté armado —se burló mientras ella lanzaba una mirada acusadora a lo que era, definitivamente, un perrito, con la cara apretada contra el vidrio—. Estoy seguro.

Emma le dio en el hombro y luego dibujó una runa de apertura en la puerta. Se oyó el chasquido del cerrojo y esta se abrió.

El perrito dejó de lamer la ventana y salió corriendo con feroces ladridos. Corrió en círculo alrededor de ellos y luego se arrojó hacia una zona vallada al fondo del patio. Julian salió detrás del pequeño animal.

Emma los siguió a través de la alta hierba. Era un bonito jardín, pero nadie se ocupaba de él. Las plantas estaban asilvestradas y los setos florecidos y descuidados. La piscina estaba rodeada de una valla de hierro forjado alta hasta la cintura, con la verja abierta. Mientras Emma se aproximaba, vio que Julian permanecía muy quieto junto a la verja. Era la clase de piscina con luces LED en su interior, bordeándola de un arco iris de colores chillones. Había una serie de filas de sillas de jardín alrededor, hechas de metal blanco y con cojines del mismo color cubiertos de pinaza y flores de jacarandá caídas.

Emma se fue deteniendo al acercarse al agua. El perro estaba en lo alto de la escalerilla; había dejado de ladrar y gemía. Al principio, Emma pensó que estaba viendo una sombra en el agua, pero luego se dio cuenta de que se trataba de un cuerpo. Una mujer en un biquini blanco, muerta, flotando en la superficie de la piscina. Estaba boca abajo, el largo cabello negro le rodeaba la cabeza, los brazos le colgaban a los lados. Bajo el resplandor de las luces de la piscina parecía tener el cuerpo amoratado.

—Por el Ángel, Jules... —susurró Emma.

Emma había visto cadáveres antes. Muchos. De mundanos, de cazadores de sombras, de niños asesinados en la Sala de los Acuerdos. Aun así, ese tenía algo especialmente triste: la mujer era muy menuda y tan delgada que se le marcaban los huesos de la columna.

Había algo rojo en una de las sillas de la piscina. Emma fue hacia allí, pensando que sería sangre, pero vio que se trataba de un bolso Valentino hecho de cuero grabado, con la cremallera un poco abierta. Una cartera dorada y un móvil rosa se habían caído de su interior.

Miró el móvil, luego cogió la cartera y la abrió.

—Se llamaba Ava Leigh —informó—. Tiene... tenía veintidós años. Su dirección está aquí. Debía de ser su novia.

El perro gimió de nuevo y se tumbó con las patas sobre el borde de la piscina.

—Cree que se está ahogando —dijo Julian—. Quiere que la salvemos.

—No hubiéramos podido —repuso Emma a media voz—. Mira su teléfono. Hace dos días que no se ha respondido a ninguna llamada. Creo que lleva muerta todo ese tiempo, como mínimo. No podríamos haber hecho nada, Jules.

Metió la cartera en el bolso. Iba a cogerlo por las asas cuando lo oyó: el clic de una ballesta al cargarse.

Sin mirar ni pensar, se lanzó sobre Jules y lo tiró a tierra. Cayeron con fuerza sobre las baldosas mientras un dardo silbaba sobre ellos y desaparecía entre los setos.

Julian dio una patada al suelo y ambos rodaron entre dos sillas. El teléfono se le cayó a Emma de las manos, y oyó el ruido que hizo al introducirse en el agua. Soltó una palabrota para sí. Julian se irguió a medias, cogiéndola por los hombros; la miró como enloquecido, su cuerpo presionando el de ella contra el suelo.

—¿Estás bien? ¿Te ha alcanzado?

—No estaba... Estoy bien... —dijo con voz ahogada.

El perro se había pegado al seto y aullaba. Otro dardo silbó y se clavó en el cadáver de la piscina. El cuerpo de Ava se dio la vuelta, mostrando el rostro hinchado y ennegrecido al cielo nocturno. Uno de los brazos flotó hacia arriba, como si lo alzara para protegerse. En un instante de horror, Emma vio que le faltaba la mano derecha; no solo le faltaba, sino que parecía que se la habían cortado recientemente; la piel de la muñeca se veía rasgada y aún sangraba en el agua con cloro.

Emma rodó desde debajo de Julian y se puso en pie. Había alguien en el techo de la casa, aunque solo alcanzó a ver la silueta. Alto, seguramente un hombre, vestido totalmente de negro y con una ballesta en la mano. La alzó y apuntó. Otro dardo cortó el aire.

Emma sintió que la invadía una furia fría e intensa. ¿Cómo osaba dispararles, cómo osaba disparar a Jules? Cogió impulso, saltó y cayó al otro lado de la piscina. Salvó la verja y corrió hacia la casa; dio otro salto y se agarró a las rejas de hierro forjado que protegían las ventanas. Fue subiendo, consciente de que Julian le gritaba que bajara, sin prestar atención a los trozos de metal que se le clavaban en las palmas. Se impulsó hacia arriba, y luego un poco más, hasta apoyarse en la pared con los pies y saltar al techo.

Las tejas crujieron bajo su peso cuando aterrizó agazapada. Miró hacia arriba y vislumbró una silueta de negro en lo alto del tejado. Estaba retrocediendo. Tenía el rostro cubierto con una máscara.

Emma desenvainó a *Cortana*. La espada relució, larga y peligrosa, bajo la escasa luz.

—¿Qué eres? —preguntó—. ¿Un vampiro? ¿Un subterráneo? ¿Has matado a Ava Leigh? —Dio un paso hacia delante.

La extraña figura retrocedió. Se movió sin mostrar alarma en absoluto, con mucha deliberación, lo que cabreó aún más a Emma. Había una chica muerta en la piscina y Emma había llegado demasiado tarde para salvarla. Le palpitaba el cuerpo por el ansia de hacer algo, lo que fuera, para arreglar la situación.

Entrecerró los ojos.

—Escúchame bien. Soy cazadora de sombras. O te rindes a la autoridad de la Clave o te hundiré esta espada en el corazón. Tú eliges.

El desconocido dio un paso hacia ella, y por un momento Emma pensó que sus palabras habían funcionado, que se estaba rindiendo. Pero entonces él se fue hacia un lado. Emma se lanzó hacia delante mientras el desconocido bajaba de un salto del tejado. Cayó silencioso como una estrella.

Emma soltó un taco y corrió al borde del tejado. No había nada. Silencio, oscuridad; ni rastro de nada ni de nadie. Vio el resplandor de la piscina. Avanzó y se fijó en Julian, agachado, con la mano sobre la cabeza del perro.

Típico de Julian: tranquilizar al perrito en un momento como ese. Se preparó y saltó; la imagen de la sala de entrenamiento le pasó ante los ojos mientras caía y aterrizaba sobre la crecida hierba con solo un leve dolor.

—¿Jules? —lo llamó mientras se acercaba. Gimiendo, el perrito corrió hacia las sombras—. Se me ha escapado.

—¿Sí? —Julian se incorporó preocupado—. ¿Qué crees que estaría haciendo aquí?

—No lo sé. Me ha parecido que era vampiro, pero Nightshade los tiene muy controlados... ¿Jules? —Notó que la voz se le subía una octava cuando, al acercarse, vio que él tenía una mano apretada contra el costado. Su chaqueta negra estaba rasgada—. ¿Jules? ¿Estás bien?

Él apartó la mano. Tenía la palma manchada de sangre, negra bajo las luces LED de la piscina.

—Estoy bien —dijo. Se puso en pie, dio un paso hacia ella... y se tambaleó—. Estoy bien.

Emma notó que el corazón se le encogía. Julian sujetaba algo con la mano ensangrentada, y a Emma se le heló la sangre cuando vio lo que era. Un corto dardo de metal para ballesta, con una ancha punta triangular, como la de una flecha de caza, manchada de sangre. Julian se lo debía de haber arrancado del costado.

Nunca, nunca debías arrancarte una flecha: te causaba más daño al salir que al entrar. Y Julian lo sabía.

—¿Qué has hecho? —susurró Emma. Se le había secado la boca.

No paraba de manarle sangre por el roto de la chaqueta.

—Estaba ardiendo —contestó él—. No es una flecha normal. Emma...

Cayó de rodillas. Se lo veía mareado, aunque estaba tratando de controlarse.

—Tenemos que salir de aquí —dijo con voz ronca—. Ese tipo puede volver, solo o con más...

Se le apagó la voz y cayó hacia atrás sobre la hierba. Emma se movió más deprisa que nunca. Saltó por encima de la piscina, pero no llegó a tiempo de cogerlo antes de que se estrellara contra el suelo.

El cielo se estaba nublando sobre el océano. En el tejado, el viento era fresco, con el mar actuando como una gigantesca máquina de aire acondicionado. Cristina oía el ruido de las olas al romper en la distancia mientras caminaba sobre las tejas. ¿Qué tenían los Blackthorn y Emma que hacía que, desde que había llegado a Los Ángeles, se pasara la mitad del tiempo en tejados de edificios?

Mark estaba sentado cerca de uno de los canalones de cobre, con las piernas colgando en el aire. El viento le agitaba el cabello rubio alrededor de la cara. Sus manos eran largas, blancas y huesudas; se apoyaba con una de ellas sobre las tejas de detrás de él.

Estaba hablando por el móvil. Resultaba incongruente..., era incongruente, un chico hada con el largo cabello revuelto, un tapiz de estrellas a su espalda y un móvil en la mano.

—Lo siento mucho, Helen —lo oyó decir, y el nombre resonó con un amor tan profundo y con tal soledad que Cristina estuvo a punto de retirarse.

Pero marcharse en silencio no parecía ser una opción. Mark la había oído acercarse: se volvió un poco y le hizo un gesto para que se quedara.

Cristina permaneció allí sin saber muy bien qué hacer. Fue Dru la que le dijo que encontraría a Mark en el tejado, y los otros le pidieron que fuera a ver si estaba bien. Se preguntó si era ella la que debía hacerlo, pero Ty y Livvy estaban absortos en su traducción, y notó que Dru tenía miedo de las duras palabras que pudiera decir Mark. Y tampoco era cuestión de enviar a Tavvy a buscar a su hermano. Así que, con cierta reticencia, Cristina había subido por la escalera hasta el tejado.

Pero una vez allí, sintió una dolorosa compasión por el muchacho sentado al borde del mismo. Su expresión mientras hablaba con Helen... No podía ni imaginarse por lo que estaría pasando, sabiendo que solo había otra persona en su familia igual que él, con la que compartía la sangre y la ascendencia, y que una Ley cruel e inviolable los separaba.

—Y yo a ti, hermana —dijo Mark, y bajó el móvil. Era uno antiguo, con una pantalla que parpadeó y se oscureció al acabar la llamada.

Se lo metió en el bolsillo y miró a Cristina, con el viento agitándole el claro cabello.

—Si has venido a decirme que mi comportamiento no ha sido adecuado, ya lo sé —dijo.

—No he venido por eso —contestó ella, y se acercó, aunque sin sentarse.

—Pero eso es lo que opinas —repuso él—. Mi comportamiento ha sido incorrecto. No debería haberle hablado a Julian como lo hice, sobre todo delante de

los pequeños.

Cristina eligió las palabras.

—No lo conozco muy bien. Pero creo que estaba preocupado por ti, y por eso no quería que fueras con ellos.

—Eso lo sé —dijo Mark, sorprendiéndola—. Pero ¿sabes lo que es que tu hermano pequeño se preocupe por ti como si fueras un niño? —Se pasó los dedos por el pelo—. Durante mi ausencia, pensé que Helen se haría cargo de ellos —explicó—. Nunca se me ocurrió que toda la responsabilidad había caído sobre Julian. Y ahora es como un padre. E incomprensible para mí.

Cristina pensó en Julian, en su silenciosa competencia y sus guardadas sonrisas. Recordó haberle dicho a Emma, bromeando, que quizá se enamorara de Julian al conocerlo. Y él había resultado ser mucho más hermoso de lo que había imaginado, de lo que las fotos movidas o las vagas descripciones de Emma la habían llevado a suponer. Pero aunque le caía muy bien, no creía que pudiera amarlo. Ocultaba demasiado de sí mismo.

—Creo que oculta una gran parte de sí mismo —comentó—. ¿Has visto el mural en la pared de su cuarto? ¿El del cuento de hadas? Él es como ese castillo, me parece, rodeado de espinos que ha dejado crecer para protegerse. Pero con el tiempo podrías cortar esas zarzas. Creo que volverás a conocer a tu hermano.

—No sé de cuánto tiempo dispongo —indicó—. Si no resolvemos el enigma, la Cacería Salvaje me reclamará.

—¿Es eso lo que quieres? —le preguntó Cristina en voz baja.

Él no contestó; solo miró hacia el cielo.

—¿Por eso subes al tejado? ¿Porque desde aquí podrás ver la Cacería si pasa?

Mark guardó silencio un buen rato.

—En ocasiones imagino que la oigo —contestó finalmente—. Que oigo el trapaleo de los cascos contra las nubes.

Cristina sonrió.

—Me gusta cómo hablas —dijo—. Siempre suena como poesía.

—Hablo como me enseñaron las hadas. He pasado muchos años bajo su tutela. —Puso las manos sobre las rodillas con las palmas hacia arriba. Sus muñecas tenían unas extrañas y largas cicatrices.

—¿Cuántos años? ¿Lo sabes?

Se encogió de hombros.

—El tiempo no se mide igual que aquí. No podría decirlo.

—Los años no se te reflejan en la cara —repuso ella—. A veces pareces más joven que Julian, y otras eres como las hadas: sin edad.

Él la miró de reojo.

—¿Crees que no parezco un cazador de sombras?

—¿Quieres parecerlo?

—Quiero parecerme a mi familia —respondió—. No puedo tener el color de los

Blackthorn, pero puedo parecerme lo más posible a un nefilim. Julian tenía razón: si deseo formar parte de la investigación, no puedo destacar.

Cristina no le dijo que no habría mundo donde él no destacara.

—Puedo hacer que tengas el aspecto de un cazador de sombras. Si bajas conmigo.

Mark hizo tan poco ruido al andar por las tejas como si tuviera los pies almohadillados de un gato o estuviera empleando una runa de silencio. Se apartó para que ella fuera delante. Incluso eso fue silencioso, y cuando Cristina lo rozó al pasar, notó que su piel estaba fría como el aire de la noche.

Fueron a la habitación de Mark. Tenía la luz apagada, así que ella encendió su luz mágica y la dejó sobre la cama.

—Esa silla —dijo señalándola—. Ponla en medio del cuarto y siéntate. Vuelvo enseguida.

Él la miró inquisitivo mientras Cristina salía de la habitación. Cuando regresó, con un peine mojado, una toalla y unas tijeras, él estaba sentado, aún con la misma expresión interrogante. No se sentaba como los adolescentes, recostado y con las piernas y los brazos de cualquier manera. Se sentaba como los reyes de los dibujos, erguido, como si la corona se le fuera a caer de la cabeza.

—¿Vas a cortarme el cuello? —preguntó él cuando Cristina se le acercó con la toalla y las afiladas tijeras destellando.

—Voy a cortarte el pelo. —Le colocó la toalla sobre los hombros y se puso detrás de él.

Mark giró la cabeza hacia atrás para seguir sus movimientos cuando ella le cogió el pelo y le pasó los dedos por él. Era el tipo de cabello que debía de ser rizado, pero que se estiraba por el peso de su propia longitud y los enredos.

—Quédate quieto —le dijo.

—Lo que demande mi dama.

Cristina le peinó el cabello y comenzó a cortárselo, con cuidado de mantener las puntas a la misma longitud. Mientras le iba aligerando la melena se le formaban bonitos rizos, como los de Julian. Se le enroscaban en la nuca como si quisieran estar cerca de él.

Cristina recordó el tacto del cabello de Diego: grueso, oscuro y con textura. El de Mark era fino, como seda del color del trigo. Era como reluciente cascarilla reflejando la luz mágica.

—Háblame de la Corte de las hadas —le pidió—. Siempre he oído historias. Mi madre me explicó algunas, y mi tío también.

—No la he visto mucho —contestó él, y en ese momento sonaba muy normal—. Gwyn y los Cazadores no pertenecen a la Corte. Y prefiere permanecer al margen. Nos uníamos a la Corte y a la nobleza solo las noches en las que había festejos. Pero esas eran...

Calló durante tanto rato que Cristina se preguntó si se habría quedado dormido o si simplemente estaba aburrido.

—Si hubieras estado allí no podrías olvidarla —continuó—. Grandes cuevas relucientes o arboledas desiertas en bosques iluminados por las luces de los fuegos fatuos. Existen partes de este mundo que no han sido descubiertas por nadie excepto por las hadas. Había baile hasta que te quedabas sin pies, y hermosos chicos y chicas, y los besos eran más baratos que el vino, pero el vino era dulce y las frutas aún más. Y por la mañana, al despertar, todo había desaparecido, aunque seguías oyendo la música dentro de la cabeza.

—Creo que me resultaría intimidante. —Se puso delante de él. Mark la miró con sus ojos de diferente color, y ella notó un temblor en la mano, uno que nunca había notado cuando le cortaba el pelo a Diego ni a su hermano Jaime, ni a sus sobrinos. Claro que estos tenían doce años entonces, y lo hacía para practicar lo que su madre le había enseñado, así que igual, al ser él mayor, era diferente—. ¿Es todo tan glamuroso y bonito? ¿Cómo se compara con lo humano?

Mark pareció sorprenderse.

—Tú sí que estarías hermosa en la Corte —dijo—. Convertirían hojas y flores en coronas y sandalias de joyas para ti. Deslumbrarías y se te admiraría. Porque las hadas aman la belleza de los mortales por encima de todo.

—Porque se marchita —añadió ella.

—Sí —admitió él—. Es cierto que acabarás con el cabello gris, encorvada y marchita, y hasta es posible que te salgan pelos en la barbilla. Además, también está la cuestión de las verrugas. —Le pilló la mirada ceñuda—. Pero eso será dentro de mucho tiempo —añadió rápidamente.

Cristina resopló.

—Y yo que creía que las hadas eran encantadoras... —Le puso una mano bajo la barbilla para alzarle la cabeza mientras recortaba los últimos mechones rebeldes. Eso también era diferente; su piel era tan suave como la de ella, ni rastro de barba ni aspereza. Mark entrecerró los ojos y su color se convirtió solo en un leve brillo mientras ella dejaba las tijeras a un lado y carraspeaba—. Ya está —dijo—. ¿Quieres verte?

Él se irguió en la silla. Cristina se estaba inclinando hacia abajo y sus cabezas quedaron al mismo nivel.

—Acércate más —le dijo él—. Durante años no he tenido ningún espejo; he aprendido a apañarme. Los ojos de otro pueden ser tan eficaces como el agua. Si me miras, podré contemplar mi reflejo en los tuyos.

«He aprendido a apañarme». ¿En los ojos de quién se habría estado mirando todos esos años?, se preguntó Cristina mientras se inclinaba hacia delante. No supo exactamente por qué lo hacía; quizá por el modo en que él clavaba los ojos en los suyos, como si no hubiera nada más fascinante que mirarla. Y mientras ella lo observaba de forma directa, la mirada de Mark no se desvió hacia ningún otro lugar, ni hacia la abertura de la camisa de Cristina, ni hacia sus piernas desnudas, ni siquiera hacia sus manos.

—Hermoso —dijo él por último.

—¿Te refieres al corte de pelo? —preguntó ella tratando de que se le notara el tono de broma en la voz, pero esta la traicionó a la mitad de la frase. Quizá no debería haberse ofrecido a acercarse tan íntimamente a un desconocido, incluso si le parecía inofensivo, incluso si le parecía que no había ninguna segunda intención..., ¿o sí?

—No —respondió él exhalando con suavidad.

Cristina notó la calidez de su aliento en el cuello y la mano de él sobre la suya. Era áspera y callosa, con cicatrices en la palma. El corazón le dio un trémulo brinco dentro del pecho..., y justo en ese momento se abrió la puerta del dormitorio de Mark.

Cristina casi pegó un salto para alejarse de él cuando Ty y Livvy aparecieron en el umbral. Livvy tenía su móvil en la mano y los miraba con los ojos muy abiertos y preocupados.

—Es Emma —dijo alzando el móvil—. Ha enviado un mensaje con el código de emergencia. Tenemos que ir a buscarlos inmediatamente.

12

MUCHO MÁS FUERTE

Con los neumáticos chirriando, Emma torció a la derecha saliendo de Fairfax para meterse en un aparcamiento un poco más abajo del Canter's Deli, perteneciente a un almacén de pinturas que había cerrado. Llevó el coche hasta el fondo, donde el lugar estaba totalmente vacío, y lo detuvo con una sacudida que hizo que Jules soltara un taco.

Emma lo miró torciendo la cabeza mientras se quitaba el cinturón de seguridad. Julian estaba pálido y se apretaba el costado. Emma no podía ver mucho, entre la oscuridad de dentro del coche y la ropa negra que él llevaba, pero sí lo suficiente para darse cuenta de que la sangre se le escapaba de entre los dedos a pequeños latidos. Se le heló el alma.

Cuando Julian se desplomó en casa de Wells, lo primero que hizo Emma fue dibujarle una runa curativa en la piel. Lo segundo, ponerlo en pie y arrastrarlo a él, las armas y el bolso de Ava al asiento trasero del coche.

Solo después de haber recorrido unas cuantas manzanas él gimió; Emma miró hacia atrás y comprobó que seguía sangrando. Paró entonces el coche y le dibujó otra runa curativa, y luego otra más. Eso funcionaría. Tenía que funcionar.

Había muy pocos tipos de heridas que los *iratzes* no pudieran resolver: las causadas por veneno de demonio y las tan graves que mataban directamente. Emma se dio cuenta de que el cerebro se le paralizaba al pensar en cualquiera de esas dos posibilidades, e inmediatamente sacó su teléfono para enviarle un mensaje a Livvy, indicándole que fueran a buscarla al primer sitio que se le había ocurrido que todos conocieran (a todos les encantaba el Canter's). Luego condujo hacia allí tan deprisa como pudo.

Paró el motor y pasó al asiento trasero junto a Jules. Este se hallaba acurrucado en un rincón, pálido y sudando por el evidente dolor.

—Muy bien —dijo Emma con voz temblorosa—. Tienes que dejar que te eche un vistazo.

Julian se mordía el labio. Las farolas de Fairfax iluminaban el asiento trasero, pero no lo suficiente como para que Emma pudiera verlo bien. Él se llevó la mano al bajo de la camiseta... y vaciló.

Emma sacó su luz mágica del bolsillo y la encendió: un brillante resplandor inundó el coche. La camisa de Jules estaba empapada de sangre, y peor aún: las runas curativas que le había dibujado ya habían desaparecido de su piel.

No estaban dando resultado.

—Jules —comenzó Emma—, tengo que llamar a los Hermanos Silenciosos. Ellos podrán ayudarte. Tengo que hacerlo.

Él cerró los ojos en una mueca de dolor.

—No puedes —dijo—. Sabes que no podemos avisar a los Hermanos Silenciosos. Informarían directamente a la Clave.

—Pues les mentiremos. Diremos que era una patrulla rutinaria. Voy a llamar —dijo, y fue a sacar el móvil.

—¡No! —chilló Julian con suficiente decisión como para detenerla—. ¡Los Hermanos Silenciosos saben si mientes! Tienen la Espada Mortal, Emma. Pueden descubrir lo de la investigación. Lo de Mark...

—¡No te vas a desangrar en un coche por Mark!

—No —repuso él mirándola. Sus ojos eran de aquel extraño verde azulado, el único color intenso en el interior del coche iluminado con luz mágica—. Tú me vas a curar.

Emma podía sentir cuando Jules estaba herido; era como si tuviera una astilla clavada en la piel. Pero el dolor físico no le importaba; era el terror, el único terror que era peor que su miedo al océano. El miedo a que Julian estuviera herido, a que muriera. Daría lo que fuera, soportaría cualquier herida por evitarlo.

—De acuerdo —dijo. Y su propia voz le sonó seca y sin fuerza—. De acuerdo. —Respiró hondo—. Aguanta.

Se desabrochó la chaqueta, se la quitó y la tiró a un lado. Se apoyó con una mano entre los dos asientos para colocar la luz mágica en el salpicadero. Luego se volvió hacia Jules. Durante los siguientes segundos, con la sangre de Jules en las manos y oyendo su agitada respiración, Emma no pudo pensar con claridad, pero logró incorporarlo a medias y apoyarlo contra la puerta trasera. Julian no hizo ni el más mínimo ruido mientras ella lo movía, pero se mordía el labio y ya tenía sangre en la boca y la barbilla. Emma sintió como si los huesos se le quebraran bajo la piel.

—Tu chaqueta —dijo ella con los dientes apretados—. Tengo que cortarla.

Él asintió y dejó caer la cabeza hacia atrás. Emma cogió a *Cortana*.

A pesar de la dureza del tejido, la espada atravesó la chaqueta de combate como un cuchillo el papel haciéndola caer a pedazos. Emma cortó la camiseta por delante y la abrió como si estuviera pelando una fruta.

Había visto sangre antes, y bastante a menudo, pero esto era diferente. Era la de Julian, y parecía haber mucha. Le manchaba el pecho y el abdomen, y vio por dónde había penetrado la flecha y dónde se había rasgado la piel al arrancársela.

—¿Por qué te has arrancado la flecha? —preguntó ella mientras se sacaba el jersey por encima de la cabeza. Debajo llevaba una camiseta de tirantes. Con el jersey le limpió el pecho y el costado, absorbiendo toda la sangre que pudo.

Jules respiraba con dificultad.

—Porque cuando alguien... te dispara una flecha... —jadeó—, tu primera reacción no es: «Gracias por la flecha, me la dejaré puesta un rato».

—Me alegra saber que tu sentido del humor continúa intacto.

—Como ya te he dicho, estaba ardiendo —prosiguió Julian—. No es una herida normal. Era como si hubiera algo en la punta, ácido o algo así.

Emma le enjugó toda la sangre que pudo. Aún le manaba desde la herida; le bajaba en finos hilillos por el estómago y se estancaba entre los pliegues de los abdominales. También tenía unos profundos huecos sobre las caderas, y sus costados eran duros y suaves al tacto.

Emma respiró hondo.

—Estás demasiado delgado —comentó intentando sonar despreocupada—. Mucho café y muy pocas tortitas.

—Espero que pongan eso en mi tumba. —Soltó un grito ahogado cuando ella se movió hacia delante, y Emma se dio cuenta de que estaba plantada a horcajadas sobre el regazo de Julian, con las rodillas rodeándole las caderas. Era una posición extrañamente íntima.

—¿Te... te hago daño? —preguntó.

Julian tragó saliva.

—Prueba de nuevo con el *iratze*.

—De acuerdo —contestó ella—. Agárrate a la barra del pánico.

—¿A qué? —Julian abrió los ojos y la miró.

—¡Esa asa de plástico! ¡Ahí arriba, sobre la ventanilla! —La señaló—. Es para agarrarse cuando el coche va demasiado rápido por las curvas.

—¿Estás segura? Siempre había pensado que era para colgar cosas —bromeó él—. Como la ropa de la tintorería.

—Julian, no es el momento de ser pedante. Agárrate al asa o te aseguro...

—¡Vale, vale! —Alzó las manos, se sujetó e hizo una mueca de dolor—. Estoy listo.

Emma asintió, dejó a *Cortana* a un lado y cogió la estela. Quizá había dibujado demasiado rápido los *iratzes* previos, o con poco cuidado. Siempre se había centrado en los aspectos más físicos de la caza de sombras y no en los más mentales y artísticos, como ver a través de *glamoures* o trazar runas.

Le colocó la punta de la estela sobre el hombro y comenzó a dibujar, lenta y cuidadosamente. Tuvo que apoyar una mano en el cuerpo de Julian para estabilizarse. Trató de apretar lo menos posible, pero notó que él se tensaba bajo sus dedos. La piel del hombro era suave al tacto, y ella deseó acercarse más a él, ponerle la mano sobre la herida del costado y cerrársela por pura fuerza de voluntad...

«Para».

Había acabado el *iratze*. Se echó hacia atrás y apretó la estela en el puño. Julian se irguió con los jirones de la camiseta colgándole de los hombros. Respiró hondo y se miró... y el *iratze* se desvaneció de su piel, como hielo negro deshaciéndose, absorbido por el mar.

Miró a Emma, que vio su propio reflejo en los ojos de él: desesperada, asustada,

con sangre en el cuello y en la camiseta blanca.

—Me duele menos —susurró Julian.

La herida latió de nuevo; la sangre volvió a bajar por el costado del tórax y le manchó el cinturón de cuero y la parte de arriba de los pantalones. Emma le puso las manos sobre la piel desnuda, notando que el pánico se estaba apoderando de ella. Tenía la piel caliente, demasiado caliente. Caliente de fiebre.

—Es mentira —replicó—. Jules. Ya basta. Voy a pedir ayuda...

Fue a bajarse de él, pero Julian la agarró por la muñeca.

—Emma —dijo—. Emma, mírame.

Ella lo miró. Tenía un poco de sangre en la mejilla y los rizos pegados a la frente por el sudor, pero aparte de eso, era el Jules de siempre. Se apretaba la herida con la mano izquierda, pero la derecha se la puso a Emma en la nuca.

—Emma —repitió, y sus ojos parecían más grandes y de un azul muy oscuro bajo la tenue luz—. ¿Besaste a Mark la otra noche?

—¿Qué? —Emma se lo quedó mirando—. Vale, has perdido demasiada sangre.

Él se movió muy levemente bajo ella, y dejó la mano donde la tenía, produciéndole un suave cosquilleo.

—Vi cómo lo mirabas —explicó Julian—. Cuando estábamos fuera de Poseidon's

—Si te preocupa el bienestar de Mark, no le des más vueltas. Está hecho un lío. Lo sé. No creo que necesite que lo confundan más.

—No es eso. No estaba preocupado por Mark. —Cerró los ojos, como si estuviera contando lentamente en silencio. Cuando los abrió, sus pupilas eran grandes círculos negros sobre el iris—. Quizá debería haber sido eso, pero no lo era.

¿Estaba alucinando de verdad?, pensó Emma asustada. Julian no solía divagar así, decir cosas sin sentido.

—Tengo que avisar a los Hermanos Silenciosos —insistió Emma—. No me importa si me odias para siempre o si se tiene que cancelar la investigación...

—Por favor —le rogó él, y la desesperación era evidente en su voz—. Solo... probemos una vez más.

—¿Una más? —repitió ella.

—Tú lo arreglarás. Tú me arreglarás, porque somos *parabatai*. Somos para siempre. Te lo dije una vez, ¿lo recuerdas?

Ella asintió preocupada, con el móvil en la mano.

—Y la fuerza de la runa que te dibuja tu *parabatai* es especial. Lo que sea que tuviese esa punta de flecha estaba pensado para que la magia curativa no funcionase, pero, Emma, tú puedes hacerlo. Tú puedes curarme. Somos *parabatai*, y eso significa que lo que podemos hacer juntos es... extraordinario.

La sangre ya empapaba los pantalones de Julian, había en las manos de Emma y en su camiseta, y seguía manando de la herida abierta, un agujero incongruente con la suave piel que lo rodeaba.

—Inténtalo —le pidió Jules en un seco susurro—. ¿Lo intentarás por mí?

Su tono acabó siendo el de una pregunta, y en él Emma oyó la voz del niño que Julian había sido; lo recordó más bajo, más delgado, más joven, de pie ante sus hermanos en la Sala de los Acuerdos de Alacante mientras su padre avanzaba hacia él con la espada desenvainada.

Y recordó lo que Julian había hecho entonces. Lo que había hecho para protegerla, para protegerlos a todos, porque él siempre haría lo que fuera para protegerlos.

Soltó el móvil y cogió la estela, con tanta fuerza que notó que se le clavaba en la palma.

—Mírame, Jules —le pidió, y sus ojos se encontraron.

Le puso la estela sobre la piel, y por un instante la mantuvo inmóvil allí, respirando, solo respirando y recordando.

Julian. Presente en su vida desde que podía recordar, juntos, salpicándose en el océano, cavando en la arena, él poniendo la mano sobre la de ella y maravillándose ante la diferencia de forma y longitud de los dedos. Julian cantando, horriblemente desafinado, mientras conducía, y quitándole del cabello, con sus largos dedos, una hoja enredada; sus manos cogiéndola en la sala de entrenamiento cuando ella caía, y caía, y caía. Y después de la ceremonia de *parabatai*, cuando ella había pegado un puñetazo a la pared rabiosa porque no le salía una maniobra con la espada y él se le había acercado, la había rodeado con los brazos, con ella aún temblando, y le había dicho: «Emma, Emma, no te hagas daño. Cuando te duele, yo también lo siento».

Algo en su pecho pareció quebrarse; se maravilló de que no hubiera sido audible. Una nueva energía le corrió por las venas y la estela se movió en su mano, trazando la delicada silueta de una runa curativa sobre el pecho de Julian. Lo oyó contener un grito, y lo vio abrir los ojos. Le bajó la mano por la espalda y la estrechó contra sí, con los dientes apretados.

—No pares —le dijo.

Emma no habría podido parar incluso de haberlo querido. La estela parecía estar moviéndose por su propia voluntad; los recuerdos la cegaban, todo un caleidoscopio de recuerdos, todos de Julian. El sol en sus ojos y Julian dormido en la playa vestido con una vieja camiseta, y ella que no quería despertarlo, pero él se había despertado de todas maneras cuando el sol se había puesto y la había buscado inmediatamente con la mirada, sin sonreír hasta verla y cerciorarse de que ella estaba allí. Quedándose dormidos hablando y despertarse con las manos entrelazadas. Habían sido niños, juntos en la oscuridad, pero ahora eran algo más, algo íntimo y poderoso, algo que Emma sintió estar solo rozando mientras acababa la runa y la estela se le caía de las manos.

—Oh —murmuró.

La runa parecía estar iluminada desde dentro por un suave resplandor. La respiración de Julian era agitada, los músculos del estómago le subían y bajaban con

rapidez, pero ya no sangraba. La herida se estaba cerrando, sellándose sobre sí misma como un sobre.

—¿Te... te duele?

Una sonrisa se extendió por el rostro de Julian. Seguía con la mano sobre la cadera de Emma, agarrándola con fuerza; debía de haberla olvidado allí.

—No —contestó. Su voz era apagada, baja, como si estuviera hablando en el interior de una iglesia—. Lo has logrado, me has curado. —La miraba como si ella fuera un extraño milagro—. Emma, Dios mío, Emma.

Se dejó caer sobre su hombro mientras desaparecía toda la tensión. Se permitió dejar la cabeza allí mientras él la rodeaba con los brazos.

—Ya está, todo va bien. —Él le acarició la espalda, notando claramente que ella estaba temblando—. Todo va bien, yo estoy bien.

—Jules —susurró Emma.

El rostro de Julian estaba muy cerca del suyo; Emma podía verle las tenues pecas de los pómulos bajo las manchas de sangre. Notaba su cuerpo contra el de ella, intensamente vivo, los golpes que el corazón le daba bajo las costillas, el calor de su piel, como si ardiera por el poder del *iratze*. Su propio corazón latía con fuerza cuando, con las manos, halló los hombros de él...

La puerta delantera del coche se abrió de golpe. La luz entró a raudales y Emma se apartó de un salto de Julian mientras Livvy subía al asiento delantero.

Llevaba una luz mágica en la mano derecha, y sus rayos irregulares iluminaron la extraña escena en el asiento trasero del coche: Emma con la ropa ensangrentada; Julian, sin camisa, encajado contra la puerta trasera. Apartó las manos de Emma y las dejó caer.

—¿Va todo bien? —preguntó Livvy. Agarraba el teléfono con una mano. Debía de haber esperado recibir noticias, pensó Emma, sintiéndose culpable—. Has enviado un mensaje de emergencia...

—Todo va bien. —Emma se movió en el asiento, alejándose de Jules.

Este se incorporó con dificultad y se miró los restos de la camisa, dubitativo.

—Alguien me ha disparado un dardo de ballesta. Los *iratzes* no funcionaban.

—Bueno, pues a mí me parece que estás bien. —Livvy lo miró, algo confusa—. Ensangrentado, pero...

—Un poco de magia de *parabatai* —explicó Jules—. Al principio no funcionaba, pero después sí. Perdón por asustarte.

—Esto parece el laboratorio de un científico loco. —El alivio era visible en el rostro de Livvy—. ¿Y quién te ha disparado?

—Es una historia muy larga —respondió Jules—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? No habrás conducido tú, ¿verdad?

Otra cabeza apareció junto a la de Livvy. Mark, con un halo alrededor del rubio cabello bajo la luz mágica.

—La he traído yo —anunció—. Sobre un corcel hada.

—¿Qué? Pero... pero ¡tu corcel hada lo destrozaron los demonios!

—Hay tantos corceles hadas como jinetes —respondió Mark, que parecía complacerse en ser misterioso—. No he dicho que fuera mi corcel hada. Solo un corcel hada.

Mark desapareció del lado del coche. Antes de que Emma pudiera ver adónde había ido, la puerta en la que estaba apoyado Julian se abrió. Mark se inclinó hacia dentro, cogió a su hermano menor y lo sacó del coche.

—¿Qué...? —Emma agarró su estela y salió tras ellos.

Había dos personas más sobre el asfalto del aparcamiento: Cristina y Ty, iluminados por los faros de la motocicleta. De hecho, toda ella relucía. No era la de Mark. Era negra con un dibujo de cuernos sobre el chasis.

—¿Jules? —Ty parecía pálido y asustado cuando Julian se soltó de Mark y se arrancó los restos destrozados de la camiseta.

Cristina corrió hacia Emma mientras Julian se volvía hacia su hermano.

—Ty, todo va bien —lo tranquilizó—. Estoy bien.

—Pero estás cubierto de sangre —replicó Ty. No lo miraba directamente, pero Emma no pudo evitar preguntarse si estaría recordando la Guerra Oscura y la sangre y los muertos que lo rodearon—. La gente solo puede perder cierta cantidad de sangre antes de...

—Me pondré unas runas de aumento de sangre —le prometió—. Recuerda, Ty, somos cazadores de sombras. Podemos soportar muchas cosas.

—Tú también estás cubierta de sangre —le murmuró Cristina a Emma mientras se quitaba la chaqueta. Se la puso a Emma y le subió la cremallera, cubriendo la camiseta ensangrentada. Le pasó las manos por el cabello, mirándola preocupada—. ¿Seguro que no estás herida?

—Es sangre de Julian —susurró Emma, y Cristina murmuró algo mientras la abrazaba. Le frotó la espalda y Emma se aferró a ella como si de eso dependiera su vida, y en ese momento decidió que si alguien trataba alguna vez de hacerle daño a Cristina lo machacaría hasta reducirlo a polvo y se divertiría haciendo castillos de arena con los restos.

Livvy se había puesto junto a Ty y lo cogía de la mano mientras le murmuraba que la sangre solo era sangre, que Julian no estaba herido, que todo iba bien. Ty respiraba muy deprisa y abría y cerraba la mano sobre la de Livvy.

—Toma. —Mark se quitó la camiseta azul. Llevaba otra debajo, gris. Julian lo miró sorprendido—. Vestimenta adecuada. —Se la ofreció a su hermano.

—¿Y por qué llevas una camiseta debajo de otra? —preguntó Livvy, momentáneamente distraída.

—Por si me roban una —contestó Mark, como si fuera lo más normal.

Todos se lo quedaron mirando, incluso Julian, que se había puesto la prenda azul de su hermano.

—Gracias —dijo Julian mientras se metía la camiseta bajo el cinturón.

Tiró los restos de su antigua vestimenta a una papelera. Mark parecía complacido y se lo veía diferente. Emma había tardado en darse cuenta, pero notó que el pelo ya no le llegaba a los hombros, sino que ahora lo llevaba más corto y se le rizaba a la altura de las orejas. Lo hacía parecer más joven y más moderno, menos incongruente con los vaqueros y las botas.

Más como un cazador de sombras.

Mark le devolvió la mirada. Emma aún le veía el viento en los ojos, y las estrellas y los amplios campos de nubes vacías. Salvajismo y libertad. Se preguntó lo profunda que sería la transformación que le había permitido volver a ser cazador de sombras. Y lo profunda que podría llegar a ser.

Se llevó la mano a la cabeza.

—Estoy mareada.

—Necesitas comer algo —dijo Livvy cogiéndola de la mano—. Todos lo necesitamos. Nadie ha comido esta noche, y, Jules, hoy tienes prohibido cocinar. Vamos a Canter's a cenar algo y a decidir qué hacemos.

Dentro de Canter's todo era amarillo. Las paredes eran amarillas, las mesas eran amarillas y la mayor parte de la comida tenía un tono amarillento. Pero a Emma no le importaba; llevaba frecuentando ese local desde que tenía cuatro años y sus padres la llevaban a comer tortitas de chocolate y tostadas francesas.

Se apiñaron en una mesa del rincón y durante unos cuantos minutos todo fue totalmente normal. La camarera, una mujer alta de pelo canoso, fue a dejarles una pila de cartas plastificadas sobre la mesa; Livvy y Ty compartieron una. Cristina le preguntó a Emma en un susurro qué era *matzo brei*. Estaban muy apretados en la mesa, y Emma se encontró pegada contra el costado de Julian. Lo notaba caliente, como si el *iratze* aún no hubiera podido acabar el trabajo en su interior.

Y también seguía notando su propia piel supersensible, como si fuera a saltar o gritar en cuanto alguien la tocara. Y casi lo hizo cuando la camarera regresó a tomarles nota. Se quedó con la mirada perdida hasta que Julian pidió gofres y chocolate caliente para ella y le devolvió la carta con prisa a la camarera. Luego la miró preocupado.

«¿E-S-T-Á-S-B-I-E-N?», le escribió en la espalda.

Ella asintió y fue a coger su vaso de plástico con agua helada. Justo en ese momento, Mark sonrió a la camarera y le pidió un plato de fresas.

La camarera, que se llamaba Jean, según el cartelito que llevaba en el pecho, lo miró sorprendida.

—No tenemos eso en la carta.

—Pero sí tenéis fresas en la carta —replicó Mark—. Y he visto llevar platos de aquí para allá. Así que es de lógica pensar que las fresas se puedan colocar sobre un plato para servírmelas.

Jean se lo quedó mirando.

—No le falta razón —intervino Ty—. Las fresas se ofrecen como decoración de varios platos. Sin duda las pueden separar.

—Un plato de fresas —repitió Jean.

—Las preferiría en un cuenco —dijo Mark con una sonrisa encantadora—. Llevo muchos años sin poder comer libremente y a mi antojo, querida, y un plato de fresas es todo lo que deseo.

Jean parecía aturdida.

—Bien —dijo, y desapareció con las cartas.

—Mark —lo reprendió Julian—. ¿Era necesario?

—¿Si era necesario el qué?

—No tienes por qué hablar como un poema medieval —replicó Julian—. La mayor parte del tiempo usas palabras perfectamente normales. Quizá deberíamos tener una charla sobre pasar desapercibidos.

—No puedo evitarlo —se disculpó Mark con una sonrisita—. Los mundanos tienen algo que...

—Tienes que actuar como un ser humano —insistió Jules—. Cuando estemos en público.

—No tiene por qué actuar normal —salió en su ayuda Ty, seco.

—De camino aquí ha chocado con un teléfono público y le ha dicho: «Mis excusas, señorita» —replicó Julian.

—Es educado disculparse —repuso Mark con la misma sonrisita.

—No con los objetos inanimados.

—Muy bien, ya basta —cortó Emma. Y les resumió rápidamente lo ocurrido en la casa de Stanley Wells, incluyendo lo del cadáver de Ava y el misterioso personaje en el tejado.

—¿Así que estaba muerta pero no se parecía en nada a los otros asesinatos? —preguntó Livvy ceñuda—. No parece tener relación. Ninguna marca, el cuerpo en la piscina en vez de fuera de la propiedad, no estaba sobre una línea ley...

—¿Y el tipo del tejado? —inquirió Cristina—. ¿Creéis que era el asesino?

—Lo dudo —contestó Emma—. Tenía una ballesta, y en ningún otro asesinato era esa el arma homicida. Pero hirió a Jules, así que cuando lo encuentre lo voy a cortar en pedazos y tirárselos a mis peces.

—No tienes peces —remarcó Julian.

—Bueno, pues me compraré unos cuantos —replicó Emma—. Compraré carpas y las alimentaré con sangre hasta que le cojan el gusto a la carne humana.

—¡Qué asco! —protestó Livvy—. ¿Significa esto que aún tenemos que ir a casa de Wells para registrarla?

—Mientras antes de hacerlo comprobemos el tejado... —respondió Emma.

—No podemos —dijo Ty. Alzó su móvil—. He visto las noticias. Alguien ha llamado por lo del cadáver. La policía mundana está por toda la casa. Pasarán unos

días antes de que podamos acercarnos.

Emma soltó un suspiro exasperado.

—Bueno —dijo—, al menos tengo esto. —Y echó la mano hacia atrás para coger el bolso de Ava. Lo puso boca abajo sobre la mesa y el contenido repicó al caer: cartera, cajita de maquillaje, protector labial, espejo, cepillo del pelo y algo plano, dorado y reluciente.

—No hay móvil —observó Ty, y una arruga de enfado se le fue marcando entre las cejas.

Emma no podía culparlo. Ty podría haber sacado mucha información del teléfono. Una pena; se hallaba en el fondo de la piscina de Wells.

—¿Qué es esto? —Livvy cogió el cuadrado reluciente. No tenía nada.

—No estoy segura.

Emma abrió la cartera y la registró: tarjetas de crédito, carnet de conducir y unos once dólares en monedas, que le revolvieron un poco el estómago. Coger pruebas era una cosa; coger dinero, otra diferente. Aunque tampoco era que se lo pudieran devolver a Ava.

—¿Ninguna foto ni nada por el estilo? —preguntó Julian, mirando por encima del hombro de Emma.

—No creo que la gente lleve fotos en la cartera excepto en las pelis —repuso Emma—. No desde que hay móviles con cámara.

—Hablando de pelis. —Livvy frunció el cejo, y por un momento, como pasaba a veces, se pareció a Ty—. Esta cosa parece un Ticket Dorado. Como el de *Charlie y la fábrica de chocolate*. —Agitó el brillante papelito laminado.

—Déjame verlo. —Cristina tendió la mano.

Livvy se lo pasó justo cuando volvía la camarera con la comida: sándwich de queso fundido para Ty; un bocadillo de pavo para Cristina; uno de beicon, lechuga y tomate para Julian; gofres para Emma y Livvy, y el plato de fresas de Mark.

Cristina cogió su estela y garabateó, tarareando, en una esquina del papel dorado. Mark, con aspecto beatífico, se apoderó del bote de sirope de arce de la mesa y roció sus fresas. Cogió una y se la metió en la boca, con rabo y todo. Julian se lo quedó mirando.

—¿Qué? —preguntó Mark—. Es perfectamente normal comer esto.

—Claro —replicó Julian—. Si eres un colibrí.

Mark alzó una ceja.

—Mirad —exclamó Cristina, y empujó el papelito dorado hacia el centro de la mesa. Se veía la reluciente foto de un edificio, y junto a él unas palabras en letras mayúsculas:

LOS SEGUIDORES DEL GUARDIÁN

OS INVITAN A LA LOTERÍA

SORTEO DE ESTE MES: 11 DE AGOSTO, 19.00.

MIDNIGHT THEATER

Esta entrada admite a un grupo. Se ruega media etiqueta.

—¿*La Lotería*? —repitió Julian—. Es el título de un cuento de miedo famoso. ¿Han hecho una obra de teatro o algo así?

—No parece teatro —repuso Livvy—. Asusta un poco.

—Podría ser una obra de terror —aportó Ty.

—Era un cuento de miedo. —Julian cogió la entrada. Tenía pintura bajo las uñas, unos tenues crecientes azules—. Y lo que da más miedo es que ese teatro está cerrado. Lo conozco; está más allá de Highland Park. Lleva años clausurado.

—Dieciséis años, y en realidad era un cine —indicó Ty. Se había hecho un experto en el arte de dominar el móvil con una sola mano y estaba mirando la pantalla con los ojos entrecerrados—. Cerró después de un incendio y nunca ha vuelto a abrir.

—He pasado en coche por delante —dijo Emma—. Está todo tapiado, ¿verdad? Julian asintió.

—Una vez lo pinté. Estaba plasmando edificios abandonados, lugares como el Murphy Ranch y negocios cerrados. Recuerdo ese lugar. Ponía los pelos de punta.

—Es interesante —comentó Mark—. Pero ¿tiene algo que ver con la investigación? ¿Con los asesinatos?

Todos lo miraron, un poco sorprendidos de que Mark preguntara algo tan práctico.

—Pudiera ser —contestó Emma—. La semana pasada estuve en el Mercado de Sombras...

—Me gustaría que dejaras de ir al Mercado de Sombras —masculló Julian—. Es peligroso...

—¡Ay, no! —replicó Emma—. ¡Peligro, dice el señor que casi se muere desangrado en el coche!

Julian suspiró y cogió su refresco.

—Tal vez deberíamos hablar del Mercado de Sombras —se apresuró a proponer Cristina—. Emma sacó la primera información sobre los asesinatos de allí.

—Bueno, ya podéis imaginaros lo contentos que se pusieron los del mercado al vernos a Cameron y a mí...

—¿Fuiste con Cameron? —preguntó Julian.

Livvy alzó la mano.

—Diré, en defensa de Emma, que Cameron es un pesado, pero está bueno. —Julian le lanzó una mirada asesina—. Es decir, si te gustan los tíos que parecen el Capitán América en pelirrojo, que no... es mi caso...

—Sin duda, el Capitán América es el más apuesto de los Vengadores —comentó

Cristina—. Pero prefiero a la Masa. Me encantaría curarle el corazón roto.

—¡Somos nefilim! —exclamó Julian—. Se supone que ni deberíamos saber quiénes son los Vengadores. Además —añadió—, Iron Man es, evidentemente, el más guapo.

—¿Puedo acabar lo que estaba contando? —preguntó Emma sarcástica—. Estaba en el mercado con Cameron, y ahora he recordado que vi un puesto con un cartel que ponía algo así como «Apúntate a la Lotería». Así que creo que es algo sobrenatural, no teatro experimental ni nada de eso.

—No tengo ni idea de quiénes son los Vengadores —observó Mark, que se había acabado las fresas y estaba comiendo azúcar directamente del sobrecito. Ty pareció agradecido; él no tenía tiempo para superhéroes—. Pero coincido contigo. Es una pista. Alguien asesinó a Stanley Wells y ahora su novia también está muerta. Aunque sea de un modo totalmente diferente.

—Creo que todos estaremos de acuerdo en que no puede ser una coincidencia —dijo Emma—. El que los dos murieran.

—No creo que lo sea —insistió Mark—. Pero a ella puede que la hayan matado porque supiera algo, no como sacrificio, como a él, ni como parte del mismo ritual. Después de todo, la muerte llama a la muerte. —Se quedó pensativo—. La invitaron a ese sorteo de la Lotería. Y ella lo consideró lo suficientemente importante como para llevar la entrada consigo. Creo que es un hilo que podemos seguir.

—O podría no ser nada —replicó Jules.

—No tenemos mucho más que investigar —recordó Emma.

—Lo cierto es que sí —dijo Jules—. Aún tenemos que ocuparnos de las fotos que hiciste dentro de la cueva de la convergencia. Y ahora, además, tenemos a quien fuera que estuviera en la casa de Wells y me ha disparado... Mi chaqueta de cuero, manchada con el veneno que ha empleado, sigue en el coche. Quizá Malcolm pueda descubrir si está asociado a algún demonio o brujo en particular que lo esté vendiendo.

—Perfecto —contestó Emma—. Podemos hacer ambas cosas. Mañana es 11 de agosto. —Miró la entrada con el cejo fruncido—. Ay, Dios, media etiqueta. Creo que no tengo ningún vestido elegante, y Mark va a necesitar un traje...

—Mark no tiene por qué ir —repuso Julian rápidamente—. Se puede quedar en el Instituto.

—No —dijo Mark. Su voz era tranquila, pero le brillaban los ojos—. No me quedaré. Se me trajo aquí para ayudaros a investigar los asesinatos, y eso es lo que voy a hacer.

Julian se recostó en su asiento.

—No irás si no podemos dibujarte runas. No es seguro.

—Llevo años protegiéndome sin runas. Si no voy con vosotros, las hadas que me enviaron aquí se enterarán, y no les agrada. El castigo será severo.

—Va, dejadlo que vaya —intervino Livvy con cara preocupada—. Jules...

Julian se tocó el borde de la camiseta, un gesto medio inconsciente.

—¿Cómo van a saber que tienen que castigarte si tú no se lo dices?

—¿Crees que es fácil mentir cuando has vivido con gente que siempre dice la verdad? —replicó Mark, y las mejillas se le sonrojaron de rabia—. ¿Y crees que no tienen su propia manera de descubrir las mentiras de los humanos?

—Eres humano —repuso Julian acaloradamente—. Si no eres uno de ellos, no actúes como uno de ellos.

Mark se levantó de la mesa y cruzó el local.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Emma, mirándolo.

Mark fue hasta una mesa cercana, donde había un grupo de chicas con tatuajes y *piercings* que parecían acabadas de salir de una discoteca y que se rieron como tontas cuando él les habló.

—Por el Ángel —exclamó Julian. Dejó dinero sobre la mesa y se puso en pie.

Emma volvió a meter en el bolso de Ava todo lo que había caído de él y se apresuró a seguir a Julian, con los otros detrás.

—¿Puedo disponer de su lechuga, mi encantadora dama? —estaba diciéndole Mark a una chica de cabello rosa brillante con un montón de ensalada en el plato. Ella se lo acercó, sonriendo.

—Eres guapísimo —dijo ella—. Incluso con las orejas falsas de elfo. Olvida la lechuga, puedes disponer de mí...

—Muy bien, ya lo hemos captado. Suficiente. —Julian cogió por la muñeca a Mark, que comía alegremente una zanahoria, e intentó llevarlo hacia la puerta—. Lo siento, chicas —dijo mientras se alzaba un coro de protestas.

La chica del pelo rosa se levantó.

—Si quiere quedarse, puede —dijo—. Y además, ¿quién eres tú?

—Soy su hermano —respondió Julian.

—Tío, pues no os parecéis en nada —soltó en un tono que molestó a Emma.

Había llamado «guapo» a Mark. Julian era igual de guapo, solo que de un modo más tranquilo, menos llamativo. No tenía los afilados pómulos de Mark ni su encanto de hada, pero sí unos ojos luminosos y una bonita boca que...

Se quedó parada. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué les estaba pasando a sus pensamientos?

Livvy soltó un bufido exasperado, avanzó con decisión y agarró a Mark por detrás de la camiseta.

—No quieres que se quede —le dijo a la chica del pelo rosa—. Tiene la sífilis.

La chica se la quedó mirando.

—¿La sífilis?

—El cinco por ciento de la gente en Estados Unidos la tiene —añadió Ty solícito.

—No tengo la sífilis —replicó Mark enfadado—. ¡No hay enfermedades de transmisión sexual en la tierra de las hadas!

Las chicas mundanas callaron al momento.

—Perdonad —se disculpó Julian—. Ya sabéis cómo es la sífilis. Afecta al cerebro.

Las chicas de la mesa se habían quedado boquiabiertas. Livvy se llevó a Mark cogido por la camiseta hasta la salida, con los otros detrás.

En cuanto estuvieron fuera y con la puerta cerrada, Emma se echó a reír. Se apoyó en Cristina, que también reía, mientras Livvy soltaba a Mark y le alisaba la camiseta, sin parecer alterada en lo más mínimo.

—Perdona —dijo Emma—. Pero es que... ¿sífilis?

—Ty estaba leyendo hoy sobre eso —explicó Livvy.

Julian, que había tratado de disimular una sonrisa, miró a Ty.

—¿Has estado leyendo sobre la sífilis?

Ty se encogió de hombros.

—Investigación.

—¿Era necesario sacarme de allí a empujones? —quiso saber Mark—. Solo estaba conversando. Pensé en practicar mi parla gentil con ellas.

—Estabas haciendo el ridículo a propósito —replicó Emma—. Estoy empezando a pensar que crees que las hadas parecen tontas.

—Al principio sí lo pensé —respondió Mark, sincero—. Luego te acostumbras. Ahora... ahora ya no sé qué pensar. —Parecía un poco perdido.

—Se supone que no debes hablar con mundanos —indicó Julian, ya sin sonreír—. Es... algo básico, Mark. Es una de las primeras cosas que aprendemos. Y especialmente no se debe mencionar la tierra de las hadas.

—He hablado con esas mundanas y nadie ha explotado ni ardido en llamas —protestó Mark—. No ha caído sobre nosotros ninguna maldición. Se han pensado que iba disfrazado. —Agachó la cabeza y luego miró a Julian—. Tienes razón cuando dices que no paso desapercibido, pero la gente ve lo que quiere.

—Quizá las reglas sobre no entrar en batalla sin runas sean tontas —dijo Ty, y Emma pensó en lo que le había dicho Mark a su hermano menor en la sala de entrenamiento: «Ambos tenemos las manos heridas».

—Quizá haya un montón de reglas tontas —replicó Julian, y había un tono de amargura en su voz que sorprendió a Emma—. Tal vez solo tengamos que seguirlas a pesar de ello. Quizá sea eso lo que nos convierte en cazadores de sombras.

Livvy parecía confusa.

—¿Tener que seguir reglas tontas nos convierte en cazadores de sombras?

—No las reglas —contestó Julian—. El castigo por no cumplirlas.

—El castigo por romper las reglas en Feéra era igual de severo, si no más —indicó Mark—. Debes confiar en mí, Julian. Si creen que no estoy formando parte de la investigación, no solo me castigarán a mí, sino también a todos vosotros. No hace falta que yo se lo diga. Lo sabrán. —Le ardían los ojos—. ¿Me entiendes, Jules?

—Te entiendo, Mark —respondió este en voz baja—. Y confío en ti. —Sonrió a su hermano, y entonces, por inesperada, esa sonrisa pareció mucho más brillante—.

Bueno. Todos al coche, ¿vale? Volvemos a casa.

—Yo debo regresar con el corcel —dijo Mark—. No lo... la puedo dejar aquí. Si se perdiera, la Cacería Salvaje se lo tomaría mal.

—De acuerdo —asintió Julian—. Vuelve con ella tú solo. Ty y Livvy no se subirán de nuevo, ¿queda claro? Es demasiado peligroso.

Livvy pareció decepcionada, y Ty aliviado. Mark asintió casi imperceptiblemente.

—Yo iré con Mark —anunció Cristina de repente.

Emma vio que el rostro de Mark se iluminaba de un modo que la sorprendió.

—Iré a recoger el corcel —dijo Mark—. Siento el deseo de volar.

—¡Y no te saltes el límite de velocidad! —le gritó Julian mientras Mark desaparecía por la esquina del edificio.

—Van por el cielo, Julian —le recordó Emma—. No es que allí haya un límite de velocidad.

—Lo sé —respondió él, y sonrió.

Era la sonrisa que Emma adoraba, la que sentía que era solo para ella, la que decía que aunque la vida lo obligaba a menudo a ser serio, Julian no tenía un carácter serio en realidad. De repente, Emma quiso abrazarlo, o tocarle el hombro; un impulso tan fuerte que se obligó a bajar las manos y cogerse la una con la otra. Se miró los dedos. Por alguna razón los había entrelazado, como si formaran una jaula que pudiera contener sus sentimientos.

La luna llena estaba alta en el cielo cuando Mark detuvo con delicadeza la moto en la arena detrás del Instituto.

El viaje hacia la ciudad había sido difícil, con Livvy aferrándose al cinturón de Cristina con sus manitas preocupadas, y Ty diciéndole a Mark que no fuera muy rápido mientras la autovía desaparecía bajo sus pies. Casi se habían estrellado contra el contenedor de basuras que había en el aparcamiento.

El viaje de regreso fue tranquilo, con Cristina cogida suavemente a la cintura de Mark, pensando en lo cerca que parecían de estar volando entre las nubes. La ciudad bajo ellos formaba un dibujo de luces de colores entrelazadas. A Cristina nunca le habían gustado los parques de atracciones ni los vuelos en avión, pero eso no era ninguna de las dos cosas: se sentía parte del aire, flotando por él como un barquito en el agua.

Mark bajó de la moto y le tendió la mano para ayudarla. Ella se la cogió, con los ojos repletos de la vista del muelle de Santa Mónica, más abajo, y las brillantes luces de la noria. Nunca se había sentido más lejos de su madre, del Instituto de Ciudad de México, de los Rosales.

Y le gustaba.

—Mi señora —dijo Mark cuando ella puso los pies sobre la arena.

Cristina notó que se le curvaban los labios en una sonrisa.

—Eso suena tan solemne...

—Las Cortes son muy solemnes —reconoció él—. Te agradezco que hayas regresado conmigo. No tenías por qué hacerlo.

—Me daba la sensación de que quizá no quisieras estar solo —repuso Cristina.

La brisa llegaba del desierto; removía la arena y le alborotaba a Mark el cabello recién cortado. Parecía un halo, tan rubio que era casi plata.

—Notas muchas cosas.

Lo miró a la cara, y Cristina se preguntó qué aspecto habría tenido cuando sus dos ojos eran los de los Blackthorn, verde azulados como el mar. Se preguntó si la rareza de esos ojos dispares aumentaba su belleza.

—Cuando nadie que conoces dice la verdad, aprendes a leer entre líneas —explicó ella, y pensó en su madre y en las rosas de pétalos amarillos.

—Sí —repuso él—. Pero yo vengo de un lugar donde todo el mundo dice la verdad, por horrible que sea.

—¿Y añoras eso de Feéra? —preguntó Cristina—. Lo de que allí no había mentiras.

—¿Cómo sabes que añoro la tierra de las hadas?

—Tu corazón no está del todo aquí —contestó Cristina—. Y creo que es algo más que la costumbre lo que te impulsa a volver. Has dicho que te sentías libre allí, pero también que te dibujaron a cuchillo las runas en la espalda. Intento entender cómo puedes echar eso de menos.

—Eso fue la Corte noseelie, no la Cacería —explicó Mark—. Y no puedo hablar de lo que echo de menos. No puedo hablar de la Cacería. En serio. Está prohibido.

—Pero eso es terrible. ¿Cómo eres capaz de elegir si no puedes hablar de tu elección?

—El mundo es terrible —replicó Mark con voz neutra—. Algunos son arrastrados a él y se ahogan, y otros se alzan y llevan a unos terceros con ellos. Pero no muchos. No todo el mundo puede ser Julian.

—¿Julian? —Cristina se sorprendió—. Pero si pensaba que ni siquiera te caía bien. Pensaba...

—¿Pensabas...? —Mark arqueó sus cejas plateadas.

—Pensaba que no te agradábamos ninguno de nosotros —contestó ella con timidez. Parecía una tontería, pero el rostro de Mark se dulcificó. Fue a cogerle la mano y le rozó la palma con los dedos. Un escalofrío le recorrió el brazo; el roce de su mano fue como una corriente eléctrica.

—Me gustas tú. Cristina Mendoza Rosales. Me gustas mucho.

Se inclinó hacia ella. Cristina solo podía ver sus ojos, azul y dorado...

—Mark Blackthorn. —La voz que pronunció su nombre era seca, cortante. Tanto Cristina como él se volvieron en redondo.

El alto guerrero hada que había llevado a Mark al Instituto se hallaba ante ellos, como si simplemente hubiera surgido de la arena blanca y negra, o del cielo. Él

mismo parecía blanco y negro, su cabello del color de la tinta se le rizaba sobre las sienes. Su ojo plateado relucía bajo la luz de la luna; el negro parecía carecer de pupila. Llevaba una túnica negra sobre los pantalones y varias dagas colgando del cinturón. Era tan inhumanamente hermoso como una estatua.

—Kieran —dijo Mark en una especie de exhalación de sorpresa—. Pero yo...

—Deberías haber estado esperándome. —Kieran avanzó hacia ellos—. Me pediste que te prestara mi corcel, y te lo cedí. Cuanto más tiempo esté sin él, más suspicaz se vuelve Gwyn. ¿Acaso querías despertar sus sospechas?

—Tenía la intención de devolverlo —afirmó Mark en voz baja.

—¿De verdad? —Kieran cruzó los brazos sobre el pecho.

—Cristina, ve adentro —le pidió Mark. Había dejado caer la mano y miraba a Kieran, no a ella, con una expresión seria.

—Mark...

—Por favor —insistió él—. Si respetas mi intimidad, por favor, vete adentro.

Cristina vaciló. Pero la expresión de Mark era clara. Sabía lo que le estaba pidiendo. Cristina se volvió y entró en el Instituto por la puerta trasera, que dejó que se cerrara con un fuerte golpe.

La escalera se alzó ante ella, pero no se vio capaz de subirla. Casi no conocía a Mark Blackthorn, pero cuando fue a poner el pie en el primer escalón, pensó en las cicatrices que tenía en la espalda, en el modo en que se había hecho un ovillo en su dormitorio el primer día y en cómo había acusado a Julian de ser un sueño o una pesadilla enviada por la Cacería Salvaje para acosarlo.

Cristina no creía en la Paz Fría, nunca había creído en ella, pero el tormento de Mark había fracturado sus otras creencias. Quizá las hadas fueran realmente crueles. Tal vez no hubiera nada bueno en ellas, ningún honor. Y en tal caso, ¿cómo iba a dejar a Mark allí fuera, solo, con uno de ellos?

Se volvió en redondo y abrió la puerta... Y se quedó helada.

Tardó un momento en localizarlos, pero cuando lo hizo, le pareció como si Mark y Kieran saltaran hacia ella como las imágenes de una pantalla iluminada. Se hallaban bajo un charco de luz de luna en el borde de la zona de arena. Mark apoyaba la espalda contra una de las pequeñas encinas. Kieran se inclinaba sobre él, inmovilizándolo contra el árbol, y se estaban besando.

Cristina vaciló durante un momento y la sangre le fue subiendo al rostro, pero resultaba evidente que Mark lo estaba haciendo por voluntad propia. Tenía las manos hundidas en el cabello de Kieran, y lo besaba de un modo tan fiero que parecía estar muriéndose de hambre. Sus cuerpos se apretaban el uno contra el otro; sin embargo, Kieran agarraba fuertemente por la cintura a Mark, moviendo las manos sin parar, con desesperación, como si pudiera acercarlo aún más a él. Subió las manos, le quitó la chaqueta a Mark y le acarició la piel justo en el borde del cuello de la camiseta. Hizo un ruido gutural y lastimero, como un grito ahogado de dolor, y se apartó de él.

Lo miraba con unos ojos tan ansiosos como desesperados. Nunca un hada le había

parecido a Cristina tan humana como Kieran en ese momento. Mark le devolvió la mirada, con los ojos muy abiertos, brillantes bajo la luz de la luna. Una mirada de amor compartido, de deseo y de una terrible tristeza. Fue demasiado. Ya antes había sido demasiado: Cristina sabía que no debería haberse quedado mirándolos, pero no había sido capaz de parar; una mezcla de sorpresa y fascinación la había dejado clavada en el sitio.

Y de deseo. También había deseo. No estaba segura de si hacia Mark o hacia ambos, o solo hacia la idea de desear tanto a alguien. Retrocedió, con el corazón saltándole dentro del pecho, dispuesta a cerrar la puerta...

Y todo el aparcamiento se iluminó como un estadio cuando un coche apareció por la curva y avanzó hacia el Instituto. Salía música a todo volumen por las ventanillas. Cristina oyó las voces de Emma y de Julian.

Su mirada volvió hacia Mark y Kieran, pero este ya había desaparecido, una sombra entre las sombras. Mark se estaba inclinando para coger la chaqueta cuando Emma y los demás salieron del coche.

Cristina cerró la puerta. A través de la madera oyó a Emma preguntarle a Mark por ella, y a este contestándole que Cristina había entrado en la casa. Su voz era normal, tranquila, como si nada hubiera pasado.

Pero había pasado todo.

Se había preguntado, cuando él la miró a los ojos y le dijo que en la Cacería Salvaje se había tenido que arreglar sin espejos, en qué ojos se habría estado mirando todos esos años.

Y ya tenía la respuesta.

LA CACERÍA SALVAJE, UNOS AÑOS ATRÁS

Mark Blackthorn se incorporó a la Cacería Salvaje cuando tenía dieciséis años, y no por voluntad propia.

Solo recordaba oscuridad después de que se lo llevaran del Instituto que había sido su hogar y antes de despertarse en las cavernas subterráneas, en medio de líquenes y musgo goteante. Un hombre enorme con los ojos de diferente color se hallaba sobre él, con un casco con cuernos en la mano.

Mark lo reconoció, claro. No se podía ser cazador de sombras y no conocer la existencia de la Cacería Salvaje. No se podía ser medio hada y no haber leído sobre Gwyn el Cazador, que había dirigido la Cacería durante siglos. Llevaba una gran espada de metal batido en la cintura, ennegrecida y retorcida como si hubiera pasado por muchos fuegos. «Mark Blackthorn —le había dicho—. Ahora estás en la Cacería, porque tu familia está muerta. Ahora nosotros somos tu familia de sangre». Y sacando la espada, se había pasado el filo por la palma hasta hacerse sangre, que luego había mezclado con agua para que Mark la bebiera.

En los años que siguieron, Mark vio a otros unirse a la Cacería, y a Gwyn decirles lo mismo y darles a beber su sangre. Y contempló cómo les cambiaban los ojos, cómo se les volvían de dos colores diferentes, como para simbolizar la división de sus almas.

Gwyn creía que un nuevo recluta debía ser destrozado para poder reconstruirlo como Cazador, alguien que cabalgaría por la noche sin dormir, alguien que sufriría un hambre cercana a la muerte y que soportaría un dolor que acabaría con un mundano. Y creía que su lealtad debía ser inquebrantable. No se podía poner a nadie por encima de la Cacería.

Mark dio toda su lealtad a Gwyn, y todo su servicio, pero no hizo amigos entre los miembros de la Cacería Salvaje. No eran cazadores de sombras, y él sí. Los otros procedían de las Cortes de las hadas, obligados a servir en la Cacería como castigo. No les gustaba que él fuera nefilim, y sintió su desprecio, que era recíproco.

Cabalgaba por las noches solo, sobre una yegua plateada que Gwyn le había dado. De algún modo perverso, Gwyn parecía apreciarlo, quizá para fastidiar a los otros miembros de la Cacería. Le enseñó a Mark a orientarse por las estrellas y a captar los sonidos de una batalla, que podían resonar a través de cientos, incluso miles de kilómetros: los gritos de furia y los gemidos de agonía de los moribundos. Recorrían el campo de batalla, e invisibles al ojo mundano, despojaban a los cadáveres de los objetos preciosos. La mayoría de ellos se entregaban como tributo a

las cortes seelie y noseelie, pero Gwyn se quedaba algunos para sí.

Mark dormía solo, todas las noches, sobre el gélido suelo, envuelto en una manta y con una piedra como almohada. Cuando tenía frío, temblaba, y soñaba con las runas que lo harían entrar en calor, con el ardiente resplandor de los cuchillos serafines. En el bolsillo guardaba la piedra runa de luz mágica que Jace Herondale le había dado, aunque no se atrevía a encenderla excepto cuando estaba completamente solo.

Todas las noches, al ir quedándose dormido, recitaba los nombres de sus hermanos por orden de edad. Cada uno pesaba como un ancla, aferrándolo a la tierra, manteniéndolo vivo.

Helen. Julian. Tiberius. Livia. Drusilla. Octavian.

Los días se confundieron con los meses. El tiempo no pasaba de igual modo que en el mundo de los mundanos. Mark había dejado de contar los días; no había manera de anotarlos, y Gwyn odiaba esas cosas. Por lo tanto, no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba con la Cacería cuando apareció Kieran.

Ya sabía que iba a añadirse un nuevo Cazador; los rumores corrían rápidos y, además, Gwyn siempre transformaba al nuevo en el mismo lugar: una cueva cerca de la entrada a la corte noseelie, cuyas paredes estaban cubiertas de una gruesa capa de líquen de color esmeralda y un pequeño estanque natural se formaba entre las rocas.

Lo encontraron cuando llegaron allí; Gwyn lo había dejado a propósito para que lo hallaran. Al principio, Mark solo podía ver la silueta de un muchacho de alborotada melena negra y cuerpo delgado; las cadenas que lo ataban de pies y manos lo obligaban a mantener una extraña torsión. Parecía ser todo huesos y ángulos.

—Príncipe Kieran —dijo Gwyn mientras se aproximaban al muchacho, y un murmullo corrió por la Cacería.

Si el recién llegado era un príncipe, tenía la máxima categoría entre la nobleza hada. ¿Y qué habría hecho un príncipe para conseguir que lo expulsaran con tal brutalidad de la Corte, privado de familia, nombre, amigos y clan?

El chico alzó la cabeza cuando Gwyn lo llamó, y mostró su rostro. Sin duda pertenecía a la nobleza. Tenía sus extraños rasgos característicos, luminosos y casi inhumanamente hermosos, con pómulos marcados y ojos negros. El cabello negro mostraba un brillo azulado y verdoso, el color del océano por la noche. Cuando Gwyn trató de hacerle beber el agua mezclada con sangre, él apartó el rostro, pero Gwyn se la metió en la garganta. Mark observó fascinado cómo el ojo derecho de Kieran pasaba del negro al plateado y las cadenas se desprendían de sus lacerados muñecas y tobillos.

—Ahora perteneces a la Cacería —le dijo Gwyn con su habitual tono lúgubre—. Alzate y únete a nosotros.

Kieran fue una extraña adición al grupo. Aunque había sido despojado del rango

de príncipe al ser exiliado a la Cacería, aún se movía con un indefinible aire de arrogancia y realeza que no gustaba a los demás. Se burlaban de él, lo llamaban «principito», y habrían hecho cosas peores de no haberlos detenido Gwyn. Parecía haber alguien en las Cortes que se preocupaba por Kieran, a pesar de su exilio.

Mark no podía evitar mirarlo. Algo en él lo fascinaba. Pronto descubrió que el cabello del príncipe cambiaba de color según su estado de ánimo, de negro como la noche (cuando desesperaba) a azul claro (cuando reía, lo que no sucedía a menudo), pero siempre colores del mar. Era espeso y rizado, y a veces Mark sentía ganas de tocárselo y ver si era como pelo o como otra cosa, seda suave o alguna tela que cambiara de color con la luz. Kieran montaba un caballo que le había dado Gwyn; era el más fiero que Mark había visto en su vida. Al igual que Mark, parecía decidido a cabalgar solo hasta librarse del dolor del exilio y de la falta de amistad, y raramente hablaba con los otros miembros de la Cacería, e incluso era poco habitual que los mirara.

Solo posaba la vista a veces en Mark, cuando los otros lo llamaban «nefilim», o «engendro de las sombras», o «chico ángel», u otros nombres mucho peores. Y llegó un día en el que corrió la noticia de que la Clave había colgado en Idris a un grupo de hadas acusadas de traición. Tenían amigos entre la Cacería y, enfurecidos, los compañeros de Mark le exigieron que se arrodillara y dijera: «No soy cazador de sombras».

Cuando él se negó, le arrancaron la camisa del cuerpo y lo azotaron hasta hacerlo sangrar. Luego lo dejaron bajo un árbol en un campo nevado, donde su sangre tiñó de rojo los blancos copos de nieve.

Cuando se despertó, notó el calor y la luz de una hoguera, y también que se hallaba apoyado sobre el regazo de alguien. Aunque aturdido, llegó a recobrar la suficiente conciencia como para darse cuenta de que se trataba de Kieran. Este lo cogió entre sus brazos, le dio agua y le puso una manta alrededor de los hombros. Sus manos eran suaves y ligeras.

—Tengo entendido que entre tu gente existen runas curativas —dijo.

—Sí —contestó Mark con la voz quebrada, moviéndose solo un poco. El dolor de su piel lacerada lo hizo estremecerse—. Se llaman iratzes. Uno me sanaría estas heridas. Pero no se pueden realizar sin una estela, y la mía la rompieron hace años.

—Es una lástima —repuso Kieran—. Creo que tu piel quedará marcada para siempre.

—¿Y qué más da? —replicó Mark, sin fuerzas—. Aquí, en la Cacería, no importa si soy hermoso o no.

Kieran esbozó una media sonrisa y le acarició el pelo suavemente. Mark cerró los ojos. Hacía muchos años que nadie lo tocaba, y una agradable sensación le recorrió todo el cuerpo a pesar del dolor de los cortes.

Después de eso, cuando salían a cabalgar, lo hacían juntos. Kieran transformó la Cacería en una aventura para ambos. Le mostró a Mark maravillas que solo los

seres mágicos conocían: láminas de hielo extendidas en el silencio, brillando plateadas bajo la luz de la luna, y valles ocultos cubiertos de flores nocturnas. Cabalgaron entre el rocío de las cascadas y en medio de torres de nubes. Y Mark se sentía si no feliz, ya no torturado por la soledad.

Las noches las pasaban bajo la manta de Kieran, hecha de un grueso material que siempre despedía calor. Una noche se detuvieron en lo alto de una colina, en un lugar verde y boreal. En lo alto de la colina había un túmulo de piedra, algo construido por mundanos miles de años atrás. Mark se apoyó contra él y miró a través del verde campo, plateado en la oscuridad, hacia el distante mar. En todas partes, pensó, el mar era el mismo, el mismo océano que rompía contra la orilla en el lugar que aún recordaba como su hogar.

—Tus cicatrices se han curado —dijo Kieran; y puso su largo y delgado dedo en un agujero de la camisa de Mark, por donde se le veía la piel.

—Pero aún son feas —repuso Mark. Estaba esperando a que salieran las primeras estrellas para poder ponerles los nombres de su familia. No vio a Kieran acercarse hasta que lo tuvo frente a él, su rostro elegantemente ensombrecido por el ocaso.

—Nada en ti es feo —dijo este. Se inclinó para besar a Mark, y él, después de un instante de sorpresa, alzó el rostro para buscar los labios de Kieran con los suyos.

Fue la primera vez que lo besaban, y jamás había pensado que sería un chico, pero se alegró de que fuese Kieran. Nunca había esperado que un beso fuera tan angustioso y placentero al mismo tiempo. Hacía meses que deseaba tocarle el pelo a Kieran, y por fin lo hizo; le hundió los dedos entre los mechones, que estaban pasando del negro al azul con tonos dorados. Eran como la caricia de las llamas contra la piel.

Esa noche se cubrieron con la manta como siempre, pero durmieron poco, y Mark olvidó enumerar los nombres de su familia sobre las estrellas; esa noche y la mayoría de las que siguieron. Mark no tardó en acostumbrarse a despertar con el brazo sobre el cuerpo de Kieran o la mano hundida en un rizo azul claro.

Aprendió que los besos, las caricias y las manifestaciones de amor podían hacerle olvidar, y que cuanto más estaba con Kieran, más quería estar con él y con nadie más. Vivía para el tiempo que pasaban solos, normalmente por la noche, susurrando para que nadie los oyera.

—Háblame de la corte noseelie —solía decirle Mark. Y Kieran le murmuraba cuentos de la corte oscura y del pálido rey, su padre, que reinaba allí.

—Háblame de los nefilim —solía decirle Kieran, y Mark le hablaba del Ángel y de la Guerra Oscura, y de lo que les había pasado a él y a sus hermanos.

—¿No me odias? —dijo Mark, tendido en brazos de Kieran, en algún lugar de un alto prado alpino. Su alborotado cabello rubio rozó el hombro de Kieran al volver la cabeza—. ¿Por ser nefilim? Los otros sí.

—No tienes por qué seguir siendo nefilim. Podrías elegir ser de la Cacería

Salvaje. Acepta tu naturaleza de hada.

Mark negó con la cabeza.

—Cuando me maltrataron por decir que era cazador de sombras, solo conseguieron que me reafirmara más. Sé lo que soy, aunque no pueda decirlo.

—Puedes decírmelo solo a mí —repuso Kieran mientras rozaba con sus largos dedos el pecho de Mark—. Aquí, en este espacio entre nosotros, estás seguro.

Y Mark se apretó contra su amante y único amigo y susurró en el espacio entre ellos, donde su frío cuerpo se tocaba con el cálido cuerpo de Kieran:

—Soy cazador de sombras. Soy cazador de sombras. Soy cazador de sombras.

SIN PENSAR EN NADA MÁS

Emma se hallaba ante el espejo de su cuarto de baño y se quitaba lentamente la camiseta.

Veinte minutos con una botella de lejía habían sido suficientes para limpiar la sangre del interior del coche. Estaba acostumbrada a ese tipo de manchas, pero había algo más visceral en todo eso, en la sangre de Julian que se le había secado sobre el cuerpo, en las manchas marrón rojizo sobre sus costillas y hombro. Mientras se bajaba la cremallera de los vaqueros y se los quitaba, vio salpicaduras de sangre seca en la cintura y reveladoras gotitas por las costuras.

Hizo una bola con los pantalones y los tiró a la basura.

En la ducha, con el agua muy caliente, se lavó la sangre, la suciedad y el sudor. Vio el agua correr rosa por el desagüe. No podía ni contar cuántas veces le había ocurrido, cuán a menudo había sangrado durante entrenamientos y batallas. Las cicatrices le marcaban el torso y los hombros, le bajaban por los brazos y la parte posterior de las rodillas.

Pero la sangre de Julian era diferente.

Cuando la vio, pensó en él, desmoronándose herido, y en el modo en que su sangre corría como agua entre sus dedos. Era la primera vez desde hacía años que había pensado que él podía morir, que podía perderlo. Sabía lo que la gente decía sobre los *parabatai*, sabía que la pérdida era tan profunda como la del cónyuge o la de un hermano. Emma había perdido a sus padres, y creía saber lo que era la pérdida.

Pero nada la había preparado para la sensación que la idea de perder a Jules le había producido: que el cielo se oscurecería para siempre, que nunca volvería a pisar tierra firme. Y más extraña aún había sido la sensación que la había recorrido al darse cuenta de que Julian se iba a salvar. Había notado su presencia física de un modo casi doloroso. Había deseado rodearlo con los brazos, agarrarlo con los dedos y clavárselos como si así pudiera apretarlo contra sí hasta unir sus pieles y entretejer sus huesos. Sabía que no tenía sentido, pero no podía explicarlo de otra manera.

Solo sabía que había sido muy intenso y doloroso, y algo que nunca había sentido antes por Julian. Y eso la asustaba.

El agua se había enfriado. Cerró el grifo de la ducha con un brusco giro de la muñeca, salió y se secó el pelo con la toalla. Encontró una camisa limpia y unos pantalones cortos en la cesta de la colada y, ya vestida, salió del cuarto de baño.

Cristina estaba sentada en la cama.

—¡Vaya! —exclamó Emma—. ¡No sabía que estabas aquí! Podría haber salido

del baño totalmente desnuda o algo así.

—Dudo que tengas algo que no tenga yo. —Cristina parecía nerviosa; su oscuro cabello caía en dos trenzas y entrelazaba los dedos como hacía cuando estaba preocupada.

—¿Va todo bien? —preguntó Emma, mientras se sentaba en el borde de la cama—. Pareces... molesta.

—¿Crees que Mark tenía amigos en la Cacería Salvaje? —preguntó Cristina de repente.

—No. —Emma se quedó parada—. Al menos no ha mencionado a ninguno. Y creo que lo habría hecho si echara de menos a alguien. —Frunció el cejo—. ¿Por qué?

Cristina vaciló.

—Bueno, esta noche alguien le ha prestado la motocicleta. Espero que no se haya metido en ningún lío.

—Mark es listo —repuso Emma—. Dudo que haya vendido su alma por el uso temporal de una motocicleta o nada por el estilo.

—Seguro que tienes razón —murmuró Cristina, y miró hacia el armario de Emma—. ¿Puedes prestarme un vestido?

—¿Ahora? —le preguntó—. ¿Acaso tienes una cita a medianoche?

—No, para mañana por la noche. —Cristina se puso en pie para mirar por el armario. Varios vestidos de rayón mal colgados cayeron de sus perchas—. Se supone que hay que ir bien vestidos. Y no me he traído ningún vestido elegante de casa.

—No entrarás en ninguno de los míos —indicó Emma mientras Cristina alzaba un vestido negro con un estampado de cohetes y lo miraba ceñuda—. Tenemos un tipo muy diferente. Tú eres mucho más... *bum-chaca-bum*.

—¿Es eso una palabra? —Cristina frunció el cejo, dejó el vestido de cohetes en un estante y cerró la puerta del armario—. No creo que sea una palabra.

Emma le sonrió.

—Mañana te llevo de compras —le propuso—. ¿Vale?

—Eso parece tan normal... —Cristina se echó las trenzas hacia atrás—. Después de lo de esta noche...

—Cameron me ha llamado —dijo Emma.

—Lo sé —contestó Cristina—. Estaba en la cocina. ¿Por qué me lo dices ahora? ¿Habéis vuelto?

Emma se balanceó sobre la cama.

—¡No! Me estaba avisando. Me dijo que hay gente que no quiere que investigue estos asesinatos.

—Emma. —Cristina suspiró—. ¿Y no nos has dicho nada?

—Él ha hablado de mí —contestó Emma—. Supuse que cualquier peligro lo sería para mí.

—Pero han herido a Julian —repuso Cristina, sabiendo lo que iba a decir Emma

antes de que lo hiciera—. Así que crees que es tu culpa.

Emma pellizcaba el borde de la manta.

—¿Y no lo es? Cameron me advirtió, dijo que lo había oído en el Mercado de Sombras, así que no sé si los que hablaban eran mundanos, hadas, brujos o cualquier otra cosa, pero lo cierto es que él me avisó y yo no le hice caso.

—No es culpa tuya. Ya sabemos que hay alguien, seguramente un nigromante, que mata y sacrifica humanos y subterráneos. Ya sabemos que tiene un ejército de demonios Mantid a sus órdenes. Por tanto, no es que Julian no se esperara el peligro ni estuviera preparado para afrontarlo.

—Casi se me muere —repuso Emma—. Había muchísima sangre.

—Y tú lo has curado. Está bien. Le has salvado la vida. —Cristina agitó una mano; tenía las uñas perfectas, como brillantes óvalos, mientras que Emma las llevaba mal cortadas—. ¿Por qué te cuestionas, Emma? ¿Es porque Julian ha resultado herido y eso te ha asustado? Porque desde que te conozco no has parado de jugarte el cuello. Y Julian lo sabe. Y no solo lo sabe, sino que le gusta.

—¿Le gusta? Siempre me está diciendo que no me arriesgue...

—Tiene que hacerlo —dijo Cristina—. Sois dos mitades de un todo. Debéis ser diferentes, como la luz y la sombra; él te aporta cautela para paliar tu temeridad, y tú le aportas temeridad para paliar su cautela. Sin el otro, no funcionaríais tan bien. Eso es lo que significa ser *parabatai*. —Le tiró suavemente de las puntas del húmedo pelo—. No creo que sea Cameron lo que te inquieta. Eso solo es una excusa para machacarte. Creo que lo que te inquieta es que Julian resultara herido.

—Quizá —repuso Emma con voz tensa.

—¿Seguro que estás bien? —Los ojos oscuros de Cristina mostraban preocupación.

—Sí, estoy bien. —Emma se recostó en los cojines.

Coleccionaba cojines de recuerdo de California: algunos imitaban una postal, otros tenían la forma del estado o decían: «I love Cali».

—Pues no lo parece —replicó Cristina—. Parece como si... Mi madre solía decir que cuando la gente se daba cuenta de algo, se le notaba.

Emma quiso cerrar los ojos, esconder sus pensamientos a Cristina. Pensamientos que eran traidores, peligrosos y fuera de lugar.

—Es solo el susto —explicó—. No he perdido a Julian por los pelos, y eso me ha dejado totalmente descolocada. Mañana estaré bien. —Se obligó a sonreír.

—Si tú lo dices, *manita*, será verdad. —Cristina suspiró—. Si tú lo dices...

Después de lavarse, quitarse toda la sangre y preparar para enviar los restos de su chaqueta de combate, quemada por el veneno, a Malcolm, Julian iba por el pasillo hacia la habitación de Emma.

Y se detuvo a medio camino. Quería tumbarse a su lado, charlar sobre lo que

había pasado esa noche y cerrar los ojos juntos, con el sonido de la respiración de Emma como el del océano, marcando su ritmo hacia el sueño.

Pero cuando pensaba en lo que había sucedido en el asiento trasero del coche, Emma sobre él, con pánico en el rostro y sangre en las manos, no sentía lo que debería: miedo, el recuerdo del dolor, alivio por que ella lo hubiera salvado.

En vez de eso, sentía una tensión por todo el cuerpo que hacía que le doliera el interior de los huesos. Cuando cerraba los ojos, veía a Emma bajo la luz mágica, con el cabello escapándosele de las gomas, las farolas brillando entre los mechones y transformándolos en una especie de cortina de hielo claro.

El cabello de Emma. Quizá porque se lo soltaba tan pocas veces, tal vez porque Emma con el pelo suelto era una de las primeras cosas que había querido pintar, pero sus largos mechones claros siempre habían sido como cuerdas que se ataban directamente a sus nervios.

Le dolía la cabeza y sentía un irracional malestar por todo el cuerpo. Deseaba volver a estar en el coche con ella. Eso no tenía sentido, así que se obligó a seguir por el pasillo, alejándose de su puerta, hacia la biblioteca. Esa sala estaba a oscuras, fría y olía a papel. Pero Julian no necesitaba luz; sabía exactamente hacia qué sección quería dirigirse.

Ley.

Estaba bajando un libro con tapas rojas de un alto estante cuando un grito atiplado resonó por el pasillo. Agarró el volumen y un instante después ya estaba fuera de la sala, apresurándose por el corredor. Torció la esquina y vio abierta la puerta del cuarto de Drusilla. Esta se asomaba al exterior, con la luz mágica en la mano iluminándole el rostro ovalado. Su pijama tenía un estampado de máscaras tenebrosas.

—Tavvy está llorando —explicó—. Ha parado un rato, pero acaba de empezar otra vez.

—Gracias por decírmelo. —Le dio un beso en la frente—. Vuelve a la cama. Ya me ocupo yo.

Drusilla se metió en su cuarto. Julian entró en el de Tavvy y cerró la puerta.

El pequeño estaba hecho un ovillo bajo las mantas. Dormía agarrado a una de las almohadas, con la boca abierta como en un grito. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Julian se sentó en la cama y le puso una mano en el hombro.

—Octavian —lo llamó—. Despierta. Tienes una pesadilla. Despierta.

Tavvy se sentó de golpe, con el cabello castaño totalmente revuelto. Al ver a Julian, soltó un hipido y se abrazó con fuerza a su hermano.

Jules lo rodeó con los brazos, le acarició la espalda y le palmeó con suavidad las marcadas vértebras de la columna. Era demasiado pequeño, demasiado delgado, se repetía una y otra vez. Desde la Guerra Oscura, había peleado constantemente por conseguir que comiera y durmiera.

Recordó correr por las calles de Alacante con Tavvy en brazos mientras tropezaba con el destrozado pavimento e intentaba mantener el rostro de su hermanito contra su hombro, tapándoselo para que no viera toda la sangre y la muerte que los rodeaba. Pensaba que si podían pasar por todo eso sin que Tavvy viera lo que estaba ocurriendo, todo iría bien. Así no lo recordaría. No podría recordarlo.

Sin embargo, todas las semanas, a Tavvy seguían despertándolo las pesadillas, tembloroso, sudado y llorando. Y siempre que eso ocurría, Julian volvía a darse cuenta, como si lo atravesaran mil espadas, de que en realidad no había conseguido salvar a su hermano.

La respiración de Tavvy se fue haciendo más regular mientras Jules lo abrazaba. Quiso tumbarse, quiso acurrucarse con su hermano pequeño y dormir. Necesitaba descansar, el agotamiento lo estaba hundiendo, lo arrastraba al fondo como una ola.

Pero no podía. Su cuerpo estaba inquieto, nervioso. El dolor de la flecha clavada le había resultado insoportable; arrancársela había sido aún peor. Había sentido cómo se le rasgaba la piel y un momento de puro pánico animal, la seguridad de que iba a morir, y entonces ¿qué sería de ellos, livvytydrusillatavvyymark?

Y luego la voz de Emma en el oído, sus manos sobre él, y darse cuenta de que iba a vivir. Se miró en ese momento; la marca de las costillas le había desaparecido por completo... Bueno, había algo, una tenue línea blanca sobre su bronceada piel, pero eso no era nada. Los cazadores de sombras sobrevivían a las cicatrices. A veces, Julian pensaba que incluso vivían para ellas.

Sin proponérselo, le pasó una imagen por la cabeza que había estado tratando de olvidar desde que habían regresado al Instituto. Emma sentada sobre su regazo, con las manos sobre sus hombros; su cabello como chorros de oro claro rodeándole el rostro.

Recordó haber pensado que si moría, al menos ella estaba tan cerca como era posible. Lo más cerca que la Ley les permitía.

Mientras Tavvy dormía, Julian cogió el libro de leyes que había sacado de la biblioteca. Lo había consultado tantas veces que ya siempre se abría por la misma página.

«Sobre *parabatai*», decía.

Se decreta que los que hayan realizado la ceremonia de *parabatai* y se hallen para siempre unidos por las palabras de los juramentos de Saul y David, de Ruth y Naomi, no contraerán matrimonio, no concebirán descendencia y no se amarán al modo de *eros*, sino solo en *filia* y *ágape*.

El castigo de contravenir esta ley será, a discreción de la Clave: la separación de los *parabatai* en cuestión, el exilio de sus familias y, de mantener tal comportamiento criminal, se los desvestirá de las Marcas y se los expulsará de las filas de los nefilim. Y nunca más serán cazadores de sombras.

Así lo decreta Raziél.

Sed lex, dura lex. La Ley es dura, pero es la Ley.

Cuando Emma entró en la cocina, Julian estaba en el fregadero, lavando los platos del desayuno. Mark se hallaba apoyado en la isla de la cocina, vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa negra. Con su nuevo corte de pelo, bajo la luz del sol, resultaba impresionante el cambio que había dado el chico salvaje que se había bajado la capucha en el Santuario.

Esa mañana, Emma había salido a correr un trecho deliberadamente largo en la playa, y se había perdido a propósito el desayuno en familia en un intento de aclararse las ideas. Cogió una botella de zumo de la nevera. Cuando se volvió, Mark estaba sonriendo de medio lado.

—Por lo que sé, lo que llevo puesto en este momento no es lo suficientemente correcto para la reunión de esta noche, ¿verdad?

Emma pasó la mirada de él a Julian.

—Bien, ¿entonces el señor de las reglas se ha relajado y ha decidido que puedes venir esta noche?

Julian se encogió de hombros.

—Soy un hombre razonable.

—Ty y Livvy me han prometido que me ayudarán a buscar algo que ponerme —explicó Mark mientras iba hacia la puerta.

—No te fíes de ellos —le advirtió Julian—. No... —Negó con la cabeza al ver cerrarse la puerta—. Bueno, supongo que tendrá que aprenderlo por sí mismo.

—Eso me recuerda que tenemos una emergencia —exclamó Emma mientras se inclinaba sobre la encimera.

—¿Una emergencia? —Cerró el grifo y se volvió para mirarla, preocupado.

Emma dejó la botella de la que estaba bebiendo. Jules tenía espuma en los antebrazos y la camiseta húmeda. Emma no pudo evitar recordar una imagen: Julian en el asiento trasero del coche, mirándola con los dientes apretados. La sensación de la piel bajo sus dedos, el tacto resbaloso de su sangre.

—¿Es por Diana? —preguntó mientras cogía un trozo de papel de cocina.

—¿Qué? —Emma volvió a la realidad—. ¿Le pasa algo a Diana?

—No creo —contestó él—. Ha dejado una nota diciendo que hoy estaría en Ojai para ver a su amigo brujo.

—No sabe lo de esta noche —Emma se apartó de la encimera—, ¿verdad?

Jules negó con la cabeza. Un rizo húmedo se le pegó al pómulos.

—No es que haya tenido la oportunidad de decírselo.

—Le podrías haber enviado un mensaje —le recordó Emma—. O haberla llamado.

—Sí —asintió él inexpresivo—. Pero entonces me sentiría en la obligación de explicarle que anoche me hirieron.

—Quizá deberías.

—Estoy bien —replicó él—. De verdad, estoy bien. Como si nada hubiera ocurrido. —Negó con la cabeza—. No quiero que Diana insista en que me quede aquí esta noche. Lo del cine podría no ser nada, pero quiero ir. —Tiró el papel a la basura—. Si tú vas, yo quiero estar allí.

—Me encanta cuando intentas engañarme. —Emma se estiró hasta ponerse de puntillas, con las manos en la nuca, tratando de eliminar los nudos de los músculos de la espalda. El aire fresco le rozó la piel del estómago al levantársele la camiseta—. Y si estás totalmente recuperado quizá no haga falta que le cuentes a Diana lo que pasó, ¿no? Solo es una sugerencia.

Al ver que Julian no respondía, alzó la mirada hacia él.

Este se había quedado parado a medio gesto, mirándola. Cada una de sus pestañas era una perfecta línea oscura, su rostro no tenía expresión, sus ojos no revelaban nada, como si lo hubiera pillado en medio de una peculiar parálisis.

Era hermoso. Lo más hermoso que ella había visto. Sintió el deseo de meterse bajo su piel, de vivir donde él respiraba. Lo deseaba.

Se sintió aterrorizada. Ella nunca antes había deseado cosas así con Julian. Y se dijo que era porque casi lo había visto morir. Todo su ser era como un circuito integrado diseñado para controlar la supervivencia de Julian. Necesitaba que él viviera. Y él había estado a punto de morir, y todo en el interior de Emma había sufrido un cortocircuito.

Él se sentiría horrorizado, pensó Emma; si supiera lo que estaba sintiendo, le asquearía. Las cosas volverían a ser como cuando Julian acababa de regresar de Londres, cuando ella llegó a pensar que él estaba enfadado, que tal vez la odiara.

«Lo sabía ya entonces —le dijo una vocecita en la cabeza—. Conocía tus sentimientos. Sabía lo que tú no sabías».

Apoyó las manos con fuerza sobre la encimera; el mármol se le clavó en las palmas y el dolor le aclaró la cabeza.

«Cállate —le dijo a la vocecita de su cabeza—. Cállate».

—Una emergencia. —Julian habló lentamente—. Has dicho que teníamos una emergencia.

—Una emergencia de indumentaria: Cristina necesita un vestido para esta noche y no hay nada en casa. —Se miró el reloj—. Deberíamos tardar unos treinta minutos, máximo.

Julian se relajó, obviamente aliviado.

—¿Tesoros Ocultos? —preguntó.

Era una buena suposición: la tienda *vintage* favorita de Emma la conocía toda la familia. Siempre que iba allí les llevaba algo: una pajarita para Tavvy, una cinta de pelo floreada para Livvy, un póster de alguna vieja película de terror para Dru...

—Sí. ¿Quieres algo?

—Siempre he querido tener un reloj de Batman que diga: «DESPIERTA, CHICO MARAVILLA» cuando suene la alarma —contestó—. Animaría mi habitación.

—¡Lo tenemos! —exclamó Livvy entrando a toda prisa en la cocina—. Bueno, más o menos. Pero es raro.

Emma se volvió hacia ella aliviada.

—¿Qué tenéis?

—Con calma, Livvy —repuso Julian—. ¿Qué es raro?

—Hemos traducido algunos de los textos de la cueva —explicó Ty, que entró detrás de Livvy. Llevaba una sudadera tan grande que las manos le desaparecían bajo las mangas. Su cabello negro le sobresalía por debajo de la capucha alzada—. Pero no tienen ningún sentido.

—¿Son algún tipo de mensaje? —preguntó Emma.

Livvy negó con la cabeza.

—Versos de un poema —contestó, y desplegó el papel que llevaba en la mano.

*Pero nuestro amor era más fuerte que el amor
de los que eran mayores que nosotros,
de los muchos más sabios que nosotros.
Y ni los ángeles del alto cielo
ni los demonios del profundo mar
podrán desunir jamás mi alma del alma
de la hermosa Annabel Lee...*

—¡«Annabel Lee»! —dijo Julian—. Edgar Allan Poe.

—Conozco ese poema —replicó Livvy frunciendo las cejas—. Lo que no sé es por qué está escrito en las paredes de la cueva.

—He pensado que quizá fuera como un libro de claves —explicó Ty—. Pero eso significaría que tendría que haber una segunda parte. Algo en otro lugar, quizá. Tal vez valga la pena hablarlo con Malcolm.

—Lo añadiré a la lista —dijo Julian.

Cristina asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Emma? —preguntó—. ¿Estás lista?

—Pareces preocupada —comentó Livvy—. ¿Emma te lleva al matadero?

—Peor —respondió Emma, y fue hacia la puerta para reunirse con Cristina—. De compras.

—¿Para esta noche? Primero, me muero de celos, y segundo, no dejes que te lleve a esa tienda en Topanga Canyon...

—¡Ya basta! —Emma le cubrió las orejas a Cristina con las manos—. Ni la escuches. Se le ha ido la cabeza con tanto descifrar códigos.

—Cómprame unos gemelos —le pidió Jules mientras volvía al fregadero.

—¿De qué color? —Emma se detuvo a medio camino con Cristina.

—Del que sea mientras me sujeten los puños. Si no se quedarán tristes y sueltos —bromeó Jules—. Y volved lo antes posible.

El sonido del agua en el fregadero quedó apagado por Livvy, que había comenzado a recitar otra parte del poema.

*Hace muchos muchos años
en un reino junto al mar...*

—¿Aquí quieres comprar ropa? —preguntó Cristina, ceñuda, cuando Emma detuvo el coche en un aparcamiento de tierra rodeado de árboles.

—Es la tienda más cercana —contestó esta, y apagó el motor.

Ante ellas había un edificio solitario con un cartel hecho con letras de casi dos palmos cubiertas de purpurina que decía: «Tesoros Ocultos». Una enorme máquina de palomitas, roja y blanca, se hallaba cerca de la puerta de la tienda, junto a una maqueta pintada de una caravana con cortinas que anunciaba los servicios de *Gargantua el Grande*.

—Y además, es una pasada.

—No parece un sitio donde comprar vestidos elegantes —comentó Cristina, arrugando la nariz—. Más bien parece uno donde te raptan y te venden a un circo.

Emma la cogió por la muñeca.

—¿No te fías de mí?

—Claro que no —respondió Cristina—. Estás loca.

Pero dejó que Emma la arrastrara a la tienda, que estaba abarrotada de todo un batiburrillo de objetos *kitsch*: menaje de fiesta, antiguas muñecas de porcelana, y junto a la caja, estantes llenos de joyas y relojes antiguos. Otra sala se abría a continuación de la primera. Estaba llena de ropa increíble. Pantalones Levi's *vintage* de segunda mano, faldas tubo de los cincuenta hechas de *tweed* y sarga, y blusas de seda, encaje y terciopelo arrugado.

Y en otra sala más pequeña, los vestidos. Parecían mariposas colgadas: vuelos de organdí rojo; *charmeuse* teñido en tonos acuarela; el bajo de un vestido largo Balmain; el blanco de un corpiño de tul, como espuma en el agua.

—¿No ha dicho Julian que necesitaba unos gemelos? —preguntó Cristina, haciendo que Emma se detuviera en un mostrador.

La dependienta que había detrás, con unas gafas de ojos de gato y una etiqueta que ponía «SARAH», las ignoró deliberadamente.

Emma pasó la vista por los gemelos expuestos: la mayoría eran muy informales, con formas de dados, pistolas o gatos, pero había una parte con algunos mejores: de marca Paul Smith, Burberry y Lanvin.

Mientras los miraba, de repente se sintió avergonzada. Escoger unos gemelos parecía algo propio de una novia. Claro que nunca había hecho algo así para Cameron, ni para nadie con quien hubiera salido aunque fuera poco tiempo, pero

nunca nadie le había importado lo suficiente como para querer hacerlo. Cuando Julian tuviera novia, Emma sabía que sería la clase de chica que le elegiría los gemelos, que recordaría su cumpleaños y que lo llamaría todos los días. Lo adoraría. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Casi sin pensar, Emma eligió un par de gemelos de oro blanco con piedras negras engastadas. La idea de Julian con novia le causó un dolor que no pudo comprender.

Dejó los gemelos en el mostrador y entró en la sala pequeña de los vestidos. Cristina la siguió; parecía preocupada.

«Solía venir aquí con mamá —pensó Emma, mientras pasaba el dorso de la mano por la fila de vestidos de satén, seda y brillante rayón—. Le encantaban las cosas antiguas, las viejas chaquetas de Chanel, los vestidos años veinte con pedrería...».

—Tenemos que darnos prisa —dijo enseguida en voz alta—. No deberíamos permanecer mucho rato fuera del Instituto mientras estemos en plena investigación.

Cristina cogió un brillante vestido de cóctel con brocado rosa salpicado de pequeñas florecitas.

—Voy a probarme este.

Desapareció en un probador con una cortina hecha a partir de una sábana de *La Guerra de las Galaxias*. Emma cogió otro vestido del colgador: seda clara con tirantes de pedrería plateada. Mirándolo, se sintió como cuando contemplaba un ocaso glorioso o uno de los cuadros de Julian, o las manos de este sobre los pinceles y los tubos de pintura.

Fue al probador. Cuando salió, Cristina estaba en medio de la sala, mirando el vestido con las cejas fruncidas. Le resaltaba todas las curvas.

—Creo que es demasiado ajustado.

—Creo que esa es la intención —repuso Emma—. Te hace unas tetas magníficas.

—¡Emma! —Cristina la miró escandalizada, y ahogó un grito—. ¡Hala, estás preciosa!

Emma tocó la tela plata y marfil del vestido con manos inseguras. El blanco significaba muerte y luto para los cazadores de sombras, y muy pocos lo usaban para vestir de diario, aunque como era color marfil, podría pasar.

—¿Te parece?

Cristina le sonreía.

—¿Sabes? A veces eres exactamente como pensé que serías, y otras veces tan diferente...

Emma fue a mirarse al espejo.

—¿Qué quieres decir con «como pensabas que sería»?

Cristina cogió un globo de nieve y lo miró ceñuda.

—Bueno, cuando vine aquí no solo había oído hablar de Mark, sino también de ti. Todo el mundo decía que serías la siguiente Jace Herondale. El siguiente gran guerrero de los cazadores de sombras.

—No voy a ser eso —replicó Emma. Su propia voz le sonó tranquila, débil y

distante. No podía creer que estuviera diciendo lo que estaba diciendo. Las palabras parecían salirle sin que se formaran primero en su cabeza, como si crearan su propia realidad al ser pronunciadas—. No soy diferente, Cristina. No tengo sangre del Ángel extra ni poderes especiales. Soy una cazadora de sombras normal y corriente.

—No eres nada corriente.

—Lo soy. No tengo poderes mágicos. No tengo maldiciones ni bendiciones. Puedo hacer lo mismo que cualquier otro. La única razón por la que soy buena es porque me entreno.

La dependienta, Sarah, asomó la cabeza por la puerta con los ojos como platos. Emma se había olvidado de ella.

—¿Necesitáis ayuda?

—No tienes ni idea de toda la ayuda que necesito —respondió Emma.

Asustada, Sarah se retiró a su mostrador.

—Esto es muy incómodo —dijo Cristina en un susurro—. Probablemente piense que estamos chaladas. Deberíamos irnos.

Emma suspiró.

—Lo siento, Tina. Ya pago yo.

—Pero ¡no sé si me gusta este vestido! —exclamó Cristina mientras Emma desaparecía de nuevo en el probador.

Emma sacó la cabeza por detrás de la cortina y la señaló.

—Sí que te gusta. Lo de las tetas lo decía en serio. Son increíbles. Creo que no te había visto tanta teta nunca. Si yo tuviera esas tetas, puedes creerte que las enseñaría.

—Por favor, para de decir «tetas» —gimió Cristina—. Es una palabra horrible. Suena ridículo.

—Puede ser —replicó Emma mientras cerraba la cortina del probador—. Pero son fantásticas.

Diez minutos después, con los vestidos en sus respectivas bolsas, iban en el coche por la carretera del cañón hacia el océano. Cristina, en el asiento del copiloto, se sentaba con las piernas cruzadas recatadamente por los tobillos, no como Emma habría estado, con los pies sobre el salpicadero.

Alrededor se alzaba el conocido paisaje del cañón: rocas grises, matorrales verdes y chaparral. Robles y zanahorias silvestres. Una vez, Emma había escalado esas montañas con Jules y habían encontrado un nido de águilas, con un montoncito de huesos de ratón y murciélago en el interior.

—Te equivocas en por qué eres buena en lo que haces —comentó Cristina—. No es solo el entrenamiento. Todo el mundo se entrena, Emma.

—Sí, pero yo me mato a entrenar —repuso ella—. Es casi lo único que hago. Me levanto y entreno, y corro, y me parto las manos contra el saco de boxeo, y entreno hasta altas horas de la noche. No me queda más remedio, porque yo no tengo nada de extraordinario y nada más importa. Es lo único que tengo: entrenar y descubrir quién mató a mis padres. Porque ellos pensaban que yo era extraordinaria, y quien sea que

me los arrebató...

—Hay más gente que piensa que eres extraordinaria, Emma —insistió Cristina, que parecía, más que nunca, una hermana mayor.

—Lo que tengo es entrenamiento —repitió Emma con la voz cargada de amargura. Estaba pensando en los huesitos del nido, en lo frágiles que parecían, en lo fácil que habría resultado quebrarlos con dos dedos—. Puedo trabajar más duro que nadie. Puedo hacer que la venganza sea el centro de mi vida. Y puedo porque debo. Pero significa que es lo único que tengo.

—No es lo único que tienes —replicó Cristina—. Lo que no has tenido es tu momento. Tu oportunidad de demostrar lo que vales. Jace Herondale y Clary Fairchild no fueron héroes así sin más; había una guerra. Se vieron obligados a tomar decisiones. Momentos como ese nos llegan a todos. También te llegarán a ti. —Entrelazó los dedos—. El Ángel tiene planes para ti. Te lo prometo. Estás más preparada de lo que crees. Te has mantenido fuerte no solo por el entrenamiento, sino también por la gente que te rodea: queriéndolos y dejándote querer. Julian y los demás no han permitido que te aislaras, que te quedaras sola con tu venganza y tu amargura. El mar desgasta los acantilados, Emma, los convierte en arena; del mismo modo, el cariño nos desgasta y rompe nuestras defensas. No sabes lo mucho que significa tener a gente que luchará por ti cuando las cosas vayan mal...

Se le quebró la voz y miró por la ventanilla. Llegaron a la autovía y Emma casi se metió sin mirar, alarmada.

—¿Cristina? ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Ella negó con la cabeza.

—Ya sé que te pasó algo en México —dijo Emma—. Sé que alguien te hizo daño. Por favor, explícame qué fue y lo que te hicieron. Te prometo que no intentaré cazarlos y echárselos a mis peces imaginarios. Es solo que... —suspiró— quiero ayudarte.

—Imposible. —Cristina se miró los dedos entrelazados—. Algunas traiciones no se pueden perdonar.

—¿Fue Diego *el Perfecto*?

—Déjalo, Emma —insistió Cristina, y ella lo hizo.

Durante el resto del camino hasta el Instituto hablaron de vestidos y de la mejor manera de esconder armas en prendas que no estaban pensadas para ocultar un arsenal. Pero Emma se había fijado en la mueca de dolor de Cristina cuando había mencionado a Diego. Quizá aún no, quizá no ese día, pensó, pero descubriría lo que había sucedido.

Julian bajó la escalera a toda prisa al oír que llamaban a la puerta del Instituto, con fuerza y sin parar. Aún iba descalzo; no había tenido un momento para ponerse los zapatos. Después de limpiar lo del desayuno, se había pasado una hora tratando de

convencer a tío Arthur de que nadie le había robado su busto de Hermes (lo tenía debajo del escritorio), y luego descubrió que Drusilla se había encerrado en la casita de juguete de Tavvy, enfadada porque no la habían llamado para cenar la noche anterior. Livvy estaba ocupada intentando convencer a Ty para que soltara la mofeta en el desierto, pero este pensaba que su traducción de los versos de Poe le había otorgado el derecho de quedarse con ella.

Mark, el único hermano que no le había dado problemas en todo el día, estaba oculto en alguna parte.

Julian abrió la puerta. Malcolm Fade estaba al otro lado, con vaqueros y un tipo de sudadera que se veía que era cara, porque parecía estar sucia y rota de un modo muy elaborado. Alguien se había gastado tiempo y dinero en estropear esa sudadera.

—Oye, no es buena idea golpear la puerta de esa manera —protestó Julian—. Tenemos en casa un montón de armas, por si acaso alguien intenta allanarla.

—Mmm —soltó Malcolm—. No estoy muy seguro de qué tiene que ver la primera oración con la segunda.

—¿Ah, no? Pues creía que era evidente.

Los ojos de Malcolm eran de un color violeta brillante, lo que solía significar que estaba de un humor peculiar.

—¿No vas a dejarme entrar?

—No —contestó Julian.

No dejaba de pensar en Mark. Este estaba arriba, y Malcolm no podía verlo. El regreso de su hermano era un secreto demasiado grande para pedirle que lo guardara, y también una pista demasiado clara del motivo de su investigación.

Julian se obligó a adoptar una expresión agradable, pero no se movió de la puerta.

—Ty ha traído una mofeta —explicó—. Créeme, será mejor que no entres.

Malcolm pareció alarmarse.

—¿Una mofeta?

—Una mofeta —repitió Julian. Creía que las mejores mentiras eran las que se basaban en la verdad—. ¿Has conseguido traducir algo de los escritos?

—Aún no —contestó Malcolm. Movié la mano; no mucho, solo un pequeño gesto, pero las copias de los textos a medio traducir que le habían dado aparecieron entre sus dedos. A veces, Julian pensaba que era fácil olvidarse de que Malcolm era un poderoso mago—. Pero he descubierto su procedencia.

—¿De verdad? —Julian intentó parecer sorprendido. Ya sabían que se trataba de un antiguo idioma de las hadas, aunque no habían podido decírselo a Malcolm.

Por otro lado, esa era una oportunidad para comprobar si los seres mágicos les habían dicho la verdad. Julian miró a Malcolm con renovado interés.

—Espera, creo que esto no son los escritos. —Malcolm miró los papeles—. Parece la receta de un pastel de naranja.

Julian cruzó los brazos sobre el pecho.

—No, no lo es.

Malcolm frunció el cejo.

—Recuerdo con claridad haber consultado recientemente una receta de pastel de naranja.

Julian puso los ojos en blanco y guardó silencio. A veces, con Malcolm solo se podía ser paciente.

—No importa —dijo el brujo—. Eso estaba en la revista *O*. Esto... —Tocó el papel con el dedo—. Un antiguo idioma de las hadas; tenías razón. Es anterior a los cazadores de sombras. Bueno, pues ese es el origen del idioma. Seguramente podré conseguir algo más en los próximos días. Pero he venido por eso.

Julian se animó.

—He examinado por encima el veneno que había en la tela que me enviaste anoche. Lo he comparado con varias toxinas. Era una cataplasma con un concentrado de una clase rara de belladona mezclada con veneno de demonio. Debería haberte matado.

—Sin embargo, Emma me curó —repuso Julian—. Con un *iratze*. Pero me estás diciendo que tenemos que buscar...

—No decía nada sobre buscar —lo interrumpió Malcolm—. Solo te lo cuento. Ningún *iratze* debería haber sido capaz de curarte. Incluso contando con la fuerza de las runas de *parabatai*, no deberías haber sobrevivido. —Sus extraños ojos lila se clavaron en Julian—. No sé si es algo que hiciste tú o que hizo Emma, pero fuera lo que fuese... era imposible. En este momento no deberías estar respirando.

Julian subió despacio la escalera. Oía gritos en lo alto, pero no de los que hacían pensar que alguien tenía problemas. Saber diferenciar entre gritos de juego y gritos de verdad era absolutamente necesario estando al cargo de cuatro críos.

Aún tenía la cabeza en lo que Malcolm le había explicado sobre la cataplasma. Le resultaba muy inquietante que le hubiera dicho que tendría que estar muerto. Siempre existía la posibilidad de que Malcolm se equivocara, pero Julian lo dudaba bastante. ¿No había dicho Emma algo sobre haber encontrado la planta de la belladona cerca de la convergencia?

Toda idea de venenos y convergencias se le fue de la cabeza en cuanto torció hacia el pasillo desde la escalera. De la habitación donde se hallaba el ordenador de Tiberius salían muchas luces y mucho ruido. Julian se acercó a la puerta y se quedó mirando.

En la pantalla se veía un videojuego. Mark se hallaba sentado delante, machacando con bastante desesperación los botones de un mando mientras un camión se lanzaba contra él en la pantalla. Aplastó a su personaje con un chof, y Mark tiró el mando al lado.

—¡Esta caja sirve al Señor de las Mentiras! —exclamó indignado.

Ty se rio, y Julian notó que algo le tiraba del corazón. La risa de su hermano era

uno de los sonidos favoritos de Julian, en parte porque Ty se reía con muchas ganas, sin ningún intento de disimular ni con la menor idea de ocultarla. Los juegos de palabras y la ironía no le resultaban divertidos muchas veces, pero la gente haciendo el tonto, sí, y lo divertía tan sinceramente el comportamiento de los animales, como cuando *Iglesia* se caía de la mesa y trataba de recuperar su dignidad, que Julian disfrutaba observándolo.

Por la noche, tumbado en la cama contemplando sus murales de espinos, a veces Julian deseaba poder salirse de su papel, que requería que fuera siempre él quien le decía a Ty que no podía tener mofetas en su cuarto, o le recordaba que era la hora de estudiar, o entraba a apagarle las luces cuando estaba leyendo en vez de durmiendo. ¿Y si, como un hermano normal, pudiera ver pelis de Sherlock Holmes con Ty, ayudarlo a coger lagartos sin preocuparse de que pudieran escaparse y meterse por todo el Instituto? ¿Y si...?

La madre de Julian siempre había remarcado la diferencia entre hacer algo por alguien y darle a ese alguien los instrumentos para hacerlo por sí mismo. Así había enseñado a pintar a Julian, que a su vez había intentado hacer eso con Ty, aunque a menudo parecía que estaba tanteando el camino en la oscuridad: preparando libros, juguetes y lecciones hechos a la medida especial de su hermano, pero ¿era eso lo mejor? Pensaba que eso lo ayudaba. Así lo esperaba. Y a veces la esperanza era lo único que se tenía.

Esperanza y observar a Ty. Era un placer verlo ir adquiriendo seguridad, necesitar menos ayuda y consejo. Sin embargo, también era triste, porque un día ya no le haría ninguna falta. A veces, en lo más profundo de su corazón, Julian se preguntaba si una vez llegado el día Ty querría verlo y pasar el rato con él, con el hermano que siempre lo había estado obligando a hacer cosas y que no era nada divertido.

—No es una caja —explicó Ty—. Es un mando de control.

—Bueno, pues miente —insistió Mark mientras se volvía con la silla. Vio a Julian apoyado en la pared y lo saludó con un gesto de cabeza—. Bien hallado, Jules.

Julian sabía que era un saludo hada y luchó internamente para no decirle a Mark que ya se habían visto esa mañana en la cocina, por no mencionar las otras miles de veces anteriores. Ganó a sus instintos más bajos, pero solo por los pelos.

—Hola, Mark.

—¿Va todo bien?

Julian asintió.

—¿Podría hablar un momento con Ty?

Tiberius se puso en pie. Su cabello negro estaba alborotado y demasiado largo. Julian pensó que tenía que programar un corte de pelo para los mellizos. Otra cosa que añadir a la agenda.

Ty salió al pasillo y cerró la puerta del cuarto del ordenador. Su expresión era de inquietud.

—¿Es por la mofeta? Porque Livvy ya se la ha llevado.

Julian negó con la cabeza.

—No es por la mofeta.

Ty alzó el rostro. Siempre había tenido unos rasgos muy finos, casi más élficos que Helen o Mark. Su padre siempre decía que había salido a las antiguas generaciones de Blackthorn, y que se parecía bastante a algunos de los retratos familiares del comedor que casi no usaban: esbeltos hombres victorianos con trajes a medida, rostros de porcelana y pelo negro y rizado.

—Entonces ¿qué pasa?

Julian vaciló un momento. La casa estaba en silencio. Podía oír el tenue zumbido del ordenador al otro lado de la puerta.

Había pensado en pedirle a Ty que investigara sobre el veneno con el que le habían disparado. Pero eso requería decirle: «Me estaba muriendo; debería estar muerto». No le salían las palabras. Eran como un dique, porque detrás de ellas había muchas otras más: «No estoy seguro de nada. Detesto estar al mando. Me agobia tomar decisiones. Me aterroriza pensar que todos vais a acabar odiándome. Me asusta la idea de perderos. Me da pavor perder a Mark. Me aterra perder a Emma. Quiero que alguien tome mi puesto. No soy tan fuerte como creéis. Quiero cosas que no debería».

Sabía que no podía decir nada de eso. La máscara que les enseñaba a sus chicos tenía que ser perfecta. Para ellos, una grieta en él sería como una grieta en el mundo.

—Sabes que te quiero —dijo en vez de todo lo otro, y Ty, sorprendido, lo miró a los ojos durante una fracción de segundo.

A lo largo de los años, Julian había llegado a comprender por qué Ty no miraba a la gente a los ojos. Había en ellos demasiado movimiento, color, expresión; era como ver la televisión a todo volumen. Ty podía hacerlo; él sabía que era algo que le gustaba a la gente y que le parecía importante, pero no comprendía a qué venía tanto revuelo.

Pero en ese momento Ty estaba buscando en el rostro de Julian la respuesta a su extraña vacilación.

—Lo sé —dijo finalmente.

Julian no pudo evitar la sombra de una sonrisa. Eso era lo que se quería oír de los niños, ¿no? Que sabían que se les quería. Recordó una vez que había subido a Tavvy en brazos a su habitación cuando solo tenía trece años. Había tropezado y se había caído, girando el cuerpo para aterrizar sobre la espalda y la cabeza, sin importarle hacerse daño para evitar que le pasara algo a Tavvy. Se había dado un buen golpe en la cabeza, pero se había sentado rápidamente con un único pensamiento: «Tavvy, mi bebé, ¿está bien?».

Fue la primera vez que pensó «mi bebé» y no «el bebé».

—Pero no entiendo por qué querías hablar conmigo —dijo Ty, con las cejas fruncidas por la perplejidad—. ¿Hay alguna razón?

Julian negó con la cabeza. En la distancia, oyó abrirse la puerta principal, el tenue

sonido de las risas de Emma y Cristina. Habían vuelto.
—Ninguna —contestó.

BRILLANTES OJOS

En el recibidor de mármol, Julian se echó una última mirada en el espejo.

Había pedido a Livvy que buscara qué quería decir exactamente «media etiqueta» y sus sospechas habían sido confirmadas: significaba llevar un traje oscuro. El único que tenía era uno negro *vintage* de Sy Devore que Emma había encontrado en una de las cajas de Tesoros Ocultos. Tenía el forro de seda negra y botones de nácar en el chaleco. Cuando se lo había probado en la tienda, Emma había aplaudido y le había dicho que parecía una estrella de cine, así que lo había comprado.

—Estás muy elegante, Andrew.

Julian se volvió en redondo. Era el tío Arthur. Llevaba su manchada túnica gris sujeta con un cinturón alrededor de unos vaqueros raídos y sobre una camiseta rota. Una incipiente barba gris le erizaba el mentón.

Julian no se molestó en corregirlo. Sabía lo mucho que se parecía a su padre de joven. Quizá a Arthur lo reconfortaba imaginarse que su hermano seguía vivo. Quizá ver a Julian con ropa elegante le recordaba tiempos pasados, cuando los dos hermanos habían sido jóvenes y habían asistido a fiestas, antes de que todo se desmoronara. Julian sabía que Arthur lloraba a su hermano a su manera: de un modo oculto bajo las capas de encantamientos feéricos y traumas que le habían destrozado la mente. De no haber sido porque Arthur era tan retraído y estudioso, Julian solo podía suponer que su estado se habría descubierto antes, cuando vivía en el Instituto de Londres. También suponía que su tío habría empeorado desde el trauma de la Guerra Oscura. Aun así, algunas veces, cuando Arthur se tomaba la medicina que le proporcionaba Malcolm, Julian podía llegar a entrever al cazador de sombras que debía de haber sido muchos años atrás: valiente, inteligente y con un sentido del honor como el de Aquiles o Eneas.

—Hola, Arthur —lo saludó.

Este movió la cabeza con decisión en un gesto de asentimiento. Colocó la palma de la mano abierta sobre el pecho de Julian.

—Tengo una reunión con Anselm Nightshade —le dijo con voz profunda.

—Bueno es saberlo —repuso Julian.

Sí que era bueno saberlo. Arthur y Anselm eran amigos y compartían su amor por los clásicos. Todo lo que mantuviera ocupado a su tío era bueno.

Entonces se volvió con una precisión casi militar y atravesó el vestíbulo para cruzar la puerta del Santuario. Esta se cerró con un ruido metálico.

Se oían risas en la entrada. Julian se apartó del espejo y vio a Cristina bajando por

la escalera. Su piel morena relucía en contraste con el vestido de brocado rosa pasado de moda. Unos largos pendientes de oro le colgaban de las orejas.

Detrás iba Emma. Julian se fijó en su vestido, pero poco; notó que era de color marfil, que le flotaba alrededor como las alas de un ángel. El bajo le llegaba a los tobillos, y Julian vio la punta de unas botas blancas. Sabía que había cuchillos metidos en las cañas, con las empuñaduras pegadas a las pantorrillas.

Llevaba el cabello suelto y le caía sobre la espalda en ondas de oro oscuro. Tenía un movimiento, una suavidad que él sabía que jamás podría capturar en un cuadro. Quizá con pan de oro, si pintara como Klimt, pero incluso así palidecería en comparación con la realidad.

Emma alcanzó el final de la escalera, y Julian se dio cuenta de que la tela de su vestido era tan fina que dejaba entrever la silueta de su cuerpo. El pulso comenzó a latirle con fuerza dentro de los puños de la camisa. Notaba el traje demasiado ajustado; le daba calor y le picaba.

Emma le sonrió. Se había delineado los ojos con color dorado, que reflejaba los puntos más claros de sus iris, esos círculos cobrizos que él se había pasado la infancia contando, memorizando.

—Te los he traído —dijo ella, y por un momento Julian no supo de lo que le hablaba. Luego lo recordó y alzó las muñecas.

Emma abrió los dedos. En la palma brillaron los gemelos de oro con piedras negras. Con suavidad, le cogió las manos, les dio la vuelta y le colocó con cuidado los gemelos en la camisa. Fue rápida y eficiente, pero Julian notó cada inclinación y cada movimiento de sus dedos contra la piel de la muñeca como si lo tocaran hierros ardientes.

Emma dejó caer las manos, retrocedió un poco y fingió que lo examinaba pensativa.

—Supongo que servirá —dijo.

Cristina soltó un grito ahogado. Miraba hacia arriba, a lo alto de la escalera; Julian le siguió la mirada.

Mark estaba bajando. Julian parpadeó sin acabar de creerse lo que veían sus ojos. Su hermano mayor parecía llevar un abrigo de pieles, largo y algo gastado... y nada más.

Cierto que no podía verlo todo; pero sí lo suficiente, y lo suficiente ya era demasiado.

—Mark —preguntó—. ¿Qué te has puesto?

Mark se detuvo a media escalera. Tenía las piernas desnudas e iba descalzo. Julian estaba casi totalmente seguro de que iba desnudo excepto por el abrigo, que le quedaba bastante suelto. Era la vez que Julian más veía de Mark desde que habían compartido habitación cuando él tenía dos años.

Mark parecía confuso.

—Ty y Livvy me han dicho que esto era media etiqueta.

Fue entonces cuando Julian oyó la risa cantarina que llegaba de arriba. Ty y Livvy estaban sentados en la barandilla de la parte alta de la escalera, tronchándose por lo bajo.

—¡Y yo te dije que no te fiaras de ellos!

Emma estaba conteniendo la risa como podía.

—Mark, será mejor... —Emma alzó una mano. Cristina estaba mirando a Mark con las mejillas arreboladas y las manos sobre la boca—. Vuelve arriba. —Se volvió hacia Jules y bajó la voz—: ¡Tendrás que buscarle algo para ponerse!

—¿Tú crees?

Emma le lanzó una mirada furibunda.

—Jules. Sube a mi habitación. Dentro del baúl que está a los pies de la cama hay ropa vieja de mis padres. Encontrarás el esmoquin de su boda. Alrededor de los puños hay unas cintas con runas, pero las podemos arrancar.

—Pero el esmoquin de tu padre...

Ella lo miró de medio lado.

—No te preocupes.

Una docena de puntos dorados en el ojo izquierdo, solo siete en el derecho. Cada uno como una minúscula explosión sideral.

—Vuelvo enseguida —dijo Julian, y corrió escaleras arriba hacia su hermano.

Mark había vuelto al descansillo y parecía confuso; tenía los brazos extendidos como si estuviera examinando las mangas de su abrigo de pieles y hubiera decidido que, de hecho, ese era precisamente el problema.

Dru, con Tavvy de la mano, se había unido a los mellizos. Todos se reían. El resplandor en el rostro de Ty cuando miró a Mark hizo que Julian sintiera calor y frío al mismo tiempo.

¿Y si Mark decidía no quedarse? ¿Y si no podían encontrar al asesino y se lo llevaban de vuelta a la Cacería Salvaje? ¿Y si...?

—¿Dirías que estoy demasiado bien vestido o no lo suficiente? —inquirió Mark, arqueando las cejas.

Emma estalló en carcajadas. Se dejó caer sobre el último escalón. Un instante después, Cristina se unió a ella. Se apoyaban la una en la otra, riendo sin poder parar.

Julian también quería reír. Deseó poder hacerlo. Deseó poder olvidar la oscuridad que vislumbraba con el rabillo del ojo. Deseó poder cerrar los ojos y dejarse caer, olvidando por un momento que no había ninguna red extendida debajo para recogerlo.

—¿Aún no estás listo? —preguntó Julian a través de la puerta cerrada del cuarto de baño.

Había cogido el esmoquin de John Carstairs del baúl de Emma y había arrastrado a Mark a su propia habitación para que se cambiara. La idea de su hermano desnudo

en la habitación de Emma no lo convencía, aunque Emma no estuviera allí.

La puerta del baño al fin se abrió y Mark apareció en el umbral. El esmoquin era negro, sencillo. No se notaba que le había quitado las cintas con runas. Su elegante corte daba la sensación de estilizarlo y hacerlo más alto. Por primera vez desde su regreso, hasta el último rastro del salvaje niño hada que había en él parecía haber sido barrido como las telarañas. Tenía el aspecto de un humano. Como si siempre hubiera sido humano.

—¿Por qué te muerdes las uñas? —preguntó Mark.

Julian, que ni se había dado cuenta de que se estaba mordisqueando el pulgar («el satisfactorio dolor de la piel entre los dientes, el metal de la sangre en la boca»), dejó caer la mano.

—Una mala costumbre.

—La gente lo hace cuando está estresada —dijo Mark—. Hasta yo sé eso. —Trató de hacerse el nudo de la corbata, sin éxito. La miró frunciendo el cejo.

Julian se puso en pie, se acercó a él y cogió los dos extremos de la corbata. No recordaba quién le había enseñado a hacer el nudo. Malcolm, supuso. Seguramente habría sido Malcolm.

—Pero ¿qué motivo tienes para estar estresado, hermanito? —continuó Mark—. No se te llevaron las hadas. Has pasado aquí toda tu existencia. No digo que la vida de un cazador de sombras no sea estresante, pero ¿por qué eres tú el que tiene sangre en las manos?

A Julian le fallaron los dedos un momento.

—No lo sabes todo de mí, Mark. Igual que apostarías a que no lo sé todo de ti.

Mark lo miró y sus ojos azul y dorado no mostraban ninguna doblez.

—Pregúntame.

—Prefiero ir enterándome a su debido tiempo. —Julian dio un último tirón a la corbata y se apartó para examinar su obra.

Mark parecía haber salido de un catálogo de publicidad de esmóquines, suponiendo que los modelos tuvieran las orejas acabadas en punta.

—Yo no —replicó Mark—. Dime una sola cosa que yo no sepa que te hace morderte las uñas.

Julian se volvió hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el picaporte.

—Nuestro padre —contestó—. ¿Sabes lo que le pasó?

—Sebastian Morgenstern lo transformó en uno de sus Oscurecidos —contestó Mark—. ¿Cómo iba a olvidarlo?

—¿Y luego?

—¿Luego? —Mark parecía confuso—. Luego murió en la Guerra Oscura.

—Sí, así fue —afirmó Julian—. Porque yo lo maté.

Mark emitió un breve jadeo. Fue un grito ahogado de impresión y de pena. Julian se tensó. No soportaba que le tuvieran lástima.

—Iba a por Ty —explicó Julian—. Hice lo que tenía que hacer.

—No era él —se apresuró a replicar Mark.

—Eso es lo que me dice todo el mundo. —Julian seguía de cara a la puerta. Notó que Mark lo tocaba en el hombro y se volvió para mirarlo.

—Pero no todo el mundo lo presencié, Julian, no vieron cómo se transformaba. Yo sí —dijo Mark, y de repente su voz fue como la del hermano mayor que había sido, el que sabía más, el que había vivido más—. La luz de sus ojos se apagó como la de una vela en la oscuridad. Ya estaba muerto por dentro. Lo único que hiciste fue enterrar el cadáver.

Los ojos de Mark reflejaban tristeza y conocimiento, el conocimiento de las cosas oscuras. Mark también tenía sangre en las manos, pensó Julian, y por un momento esa idea le causó tal alivio que sintió que se aligeraba el peso que cargaba a la espalda.

—Gracias por tu ayuda con mi indumentaria —dijo Mark—. No volveré a confiar en los mellizos en asuntos importantes de las tradiciones humanas.

Julian notó que se le escapaba una sonrisa.

—Sí, yo no lo haría.

Mark se miró.

—¿Estoy presentable?

—Pareces James Bond.

Mark sonrió, y Julian sintió una absurda alegría crecerle en el pecho al ver que su hermano había entendido la referencia, y que le había gustado.

Fueron hacia el vestíbulo en silencio, un silencio que alguien rompió a gritos cuando llegaron a lo alto de la escalera. Se detuvieron de golpe.

—¿Tus ojos coinciden con los míos, hermano? —preguntó Mark.

—Si quieres decir si veo lo mismo que tú... —aventuró Julian—, entonces sí, si te refieres a que el vestíbulo está lleno de chihuahuas.

—No son solo chihuahuas —explicó Ty, que estaba sentado en el escalón, disfrutando del espectáculo—. Son varios perros pequeños de diferentes razas.

Julian resopló. El recibidor estaba atestado de perritos. Gemían, ladraba y saltaban.

—No te preocupes por los perros —le dijo a Mark—. A Nightshade le gusta dejarlos en la entrada cuando visita al tío Arthur.

—¿Nightshade? —Mark alzó las cejas—. ¿Anselm Nightshade? ¿El jefe del clan de los vampiros de Los Ángeles?

—Exacto —contestó Julian—. Viene de vez en cuando. El tío Arthur y él se llevan sorprendentemente bien.

—¿Y los perros...?

—Le gustan los perros —respondió Ty. Uno de los chihuahuas se había dormido ante la puerta, con las cuatro patas en alto—. Este parece muerto.

—No está muerto. Está relajado. —Julian le alborotó el pelo a su hermano, que daba la impresión de estar divirtiéndose y se dejó hacer, como un gato—. ¿Dónde

están Emma y Cristina?

—Han ido a buscar el coche —contestó Ty—. Y Livvy ha vuelto a su cuarto. ¿Por qué no puedo ir contigo?

—Si somos muchos, llamaremos la atención —explicó Julian—. Tienes que quedarte aquí y vigilar el Instituto.

Ty no parecía muy convencido. Observó ceñudo cómo Mark y Julian corrían hacia la puerta. El coche estaba delante del Instituto con el motor en marcha.

Desde el asiento del conductor, Emma abrió la puerta del pasajero y lanzó un silbido.

—Mark. Estás increíble.

Mark se miró sorprendido. Un picor caliente recorrió las muñecas de Julian. Cristina estaba en el asiento trasero, también mirando a Mark. Julian no pudo descifrar su expresión.

Emma dio unas palmaditas al asiento junto a ella. En la tenue luz del coche, era una aparición: vestido blanco, cabello dorado, como una ilustración desvaída en un libro infantil.

—Adentro, Jules. Eres mío... mi copiloto.

«Eres mío».

Julian se sentó junto a ella.

—Tuerce a la derecha aquí —indicó Julian, inclinándose sobre Emma para señalar.

—¿No te parece que el Instituto podría permitirse instalar un GPS decente en este estúpido coche? —masculló Emma, mientras giraba el volante hacia la derecha.

Intentó programar el que había al subir al coche, pero el trasto se había negado a funcionar. Una vez, el GPS se pasó semanas hablando únicamente con un marcado acento alemán. Julian decidió que estaba poseído.

Cristina soltó un gemido y se calló. Emma la veía por el retrovisor. Parecía apartarse disimuladamente de Mark; no era algo que nadie que no la conociera bien hubiera notado. Mark no pareció darse cuenta. Miraba por la ventanilla bajada, con el rubio cabello al viento, tarareando nada en particular.

—¡Eh, tranquilo, muchacho! —exclamó Julian cuando alguien tocó la bocina a su espalda apremiándolos.

—Llegamos tarde —repuso Emma—. El espectáculo comienza en diez minutos. Si algunos individuos no hubieran decidido que «media etiqueta» quería decir «medio desnudo»...

—¿Por qué me estás llamando «algunos individuos»? —preguntó Mark—. Solo soy una persona.

—Esto es raro —observó Julian mientras se volvía para mirar hacia delante—. No hay nadie en esta calle.

—Hay casas —indicó Cristina.

—Están todas a oscuras. —Julian recorrió la calle con la mirada—. Es un poco pronto para que todos estén durmiendo, ¿no creéis? Ahí está la sala de cine —comentó.

Tenía razón. Emma vio las luces más adelante, con un cartel de neón en forma de flecha: «MIDNIGHT THEATER». Hollywood Hills relucía en la distancia como si hubieran salpicado las colinas con la luz de las estrellas. Todo lo demás estaba a oscuras, incluso las farolas.

Al acercarse a la sala de cine fueron viendo más coches aparcados en los arcenes. Coches caros, BMW, Porsche y deportivos italianos cuyos nombres Emma no conseguía recordar. Aparcó en un hueco frente al edificio y apagó el motor.

—¿Estamos listos? —Se volvió hacia atrás. Cristina le guiñó un ojo. Mark asintió con la cabeza—. Entonces, adelante.

Julian ya estaba fuera del coche y abría el maletero. Rebuscó entre las armas y las estelas, y le tendió a Cristina un par de estiletos.

—¿Los necesitas?

Cristina se bajó el tirante del vestido. Cogida al sujetador llevaba una de sus navajas mariposa, con una reluciente rosa grabada en el mango.

—He venido preparada.

—Yo no. —Mark cogió los dos estiletos enfundados y se desabrochó la camisa para colocárselos bajo el cinturón. Luego se tocó la punta de flecha que le colgaba del cuello.

Julian se lo quedó mirando como hipnotizado. Sus ojos verde azulado se habían oscurecido, inseguros. Emma comprendía el significado de su expresión: Julian no sabía si su hermano estaba listo para enfrentarse a un posible peligro. No le gustaba. No veía otra salida.

—Muy bien —dijo—. Armas escondidas; cualquier runa que os queráis poner, hacedlo en algún sitio que no se vea. Comprobad que tenéis cubiertas las runas permanentes. No podemos arriesgarnos a meternos en una situación en la que cualquiera con la Visión nos reconozca.

Emma asintió. Ya se había cubierto con maquillaje sus runas de videncia y de *parabatai* en el Instituto. Incluso había hecho lo que había podido para disimular las pequeñas cicatrices que dejaban las runas al desvanecerse.

Algunas eran permanentes y otras temporales. Videncia, que era como un ojo abierto y ayudaba a ver a través de los *glamoures*, era permanente. También lo eran las del matrimonio y las de *parabatai*. Las runas temporales desaparecían lentamente a medida que se iban usando; los *iratzes* curativos, por ejemplo, desaparecían a diferentes velocidades dependiendo de la gravedad de la herida. Una runa de pie firme podía durar el tiempo que se tardaba en escalar una montaña. Para asegurarse los mejores resultados al entrar en combate, la runa tenía que ser lo más reciente posible.

Jules se levantó la manga y tendió el brazo hacia Emma.

—¿Me haces los honores? —preguntó.

Emma cogió una estela del maletero y se la pasó sobre el antebrazo desnudo. Puntería, velocidad y coraje. Cuando hubo terminado, se alzó el cabello y se volvió, ofreciéndole a Jules la espalda desnuda.

—Si me las dibujas entre los omóplatos, el pelo me las cubrirá —indicó.

Julian guardó silencio. Ella lo notó vacilar, y luego un ligerísimo roce de la mano de él en su espalda, sujetándola. La respiración de Julian era agitada. Los nervios, pensó Emma. Se enfrentaban a una situación extraña, y Julian estaba preocupado por Mark.

Empezó la segunda runa, y Emma sintió unos ligeros pinchazos bajo el movimiento de la estela. Frunció el cejo. Por lo general, aunque las runas podían picar o quemar cuando se aplicaban, las dibujadas por el *parabatai* no hacían daño. Al contrario, el proceso solía ser casi agradable; era como ser envuelto en la protección de la amistad, la seguridad de que alguien te había sellado su dedicación en la piel.

Era raro que le hiciera daño.

Julian acabó, se apartó y Emma dejó caer su melena. Se volvió y le dibujó una rápida runa de agilidad a Cristina en el hombro, bajo el tirante del vestido. Luego miró a Mark.

Él negó con la cabeza, igual que todas las veces anteriores en que le habían ofrecido una runa.

—Nada de runas —dijo con voz tensa.

—Bien —repuso Julian antes de que nadie más pudiera hablar—. No lleva Marcas en el cuerpo, excepto la runa de videncia, que ya se ha cubierto con maquillaje. Parece normal.

—Bueno, más o menos —replicó Emma—. Las orejas y los ojos...

Cristina se acercó y le arregló el pelo para que los rizos le cubrieran las orejas en punta.

—No podemos hacer nada con los ojos, pero...

—Los mundanos también padecen de heterocromía —dijo Jules—. Lo importante, Mark, es que intentes comportarte con normalidad.

Este pareció ofendido.

—¿Y cuándo no hago tal cosa?

Nadie respondió, ni siquiera Cristina. Después de envainar un par de dagas en la funda que llevaba bajo el brazo por dentro de la camisa, Julian cerró el maletero del coche, y juntos cruzaron la calle.

Las puertas de la sala de cine estaban abiertas de par en par. La luz caía sobre el oscuro pavimento. Emma oyó risas y música, olió los aromas mezclados de perfume, vino y humo.

En la puerta, una joven con un vestido rojo ajustado recogía las entradas y ponía un sello en la mano a los invitados. Llevaba el cabello recogido al estilo de los años

cuarenta, con tirabuzones en lo alto de la cabeza, y los labios pintados de rojo sangre. Unos guantes de satén de color marfil le llegaban hasta los codos.

Emma la reconoció al instante. La había visto en el Mercado de Sombras, guiñándole un ojo a Johnny Rook.

—La he visto antes —le susurró a Jules—. En el Mercado de Sombras.

Él asintió y le rodeó la mano con la suya. Emma se sobresaltó un poco, tanto por el repentino calor que sintió como por la sorpresa.

Lo miró de reojo y vio la expresión en el rostro de Julian mientras sonreía a la chica de las entradas. Una sonrisa un poco aburrida, un poco arrogante, y con todo el derecho. La de alguien convencido de que no iba a tener ningún problema para entrar. Jules estaba interpretando un papel, y cogerla de la mano era parte de él, eso era todo.

Julian le tendió la entrada.

—Señor Smith con tres invitados —dijo.

Hubo un pequeño alboroto tras él cuando Mark abrió la boca, sin duda para preguntar quién era el señor Smith, y Cristina le dio un fuerte pisotón.

La chica de la entrada sonrió y sus labios rojos se curvaron formando un arco mientras cortaba la entrada por la mitad.

—Señor Smith —dijo—. Extienda la mano. —Julian le ofreció la mano libre y la chica se la estampó con tinta roja y negra. El sello era un símbolo raro, como líneas de agua bajo una llama—. El sorteo se retrasará un poco esta noche. Verá que la fila y el número de sus asientos aparecen en la entrada. Por favor, no ocupen ningún otro sitio. —Su mirada fue hacia Mark; una mirada aguda, inteligente, asesina—. Y bienvenidos. Estoy segura de que encontrarán que los Seguidores son un grupo... muy comprensivo.

Mark parecía perplejo.

Con las manos selladas y la entrada rota, los cuatro accedieron al vestíbulo del antiguo cine. En cuanto cruzaron el umbral, la música se alzó a un volumen ensordecedor, y Emma la reconoció: era el tipo de música de jazz de big-band que le encantaba a su padre. «Que toque el violín no significa que no me guste bailar», recordó oírle decir mientras arrastraba a su madre a un espontáneo foxtrot en la cocina.

Julian se volvió hacia ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó con voz amable.

Emma deseó que él no supiera captar su humor con tanta perfección. Apartó la mirada para ocultar su expresión. Mark y Cristina iban tras ellos, mirando a su alrededor. Había un puesto donde vendían palomitas y caramelos. Un cartel colgaba sobre el puesto: «SALA DE BAILE / SALA DE PROYECCIÓN», con una flecha apuntando hacia la izquierda. Gente elegante pululaba excitada por el vestíbulo.

—Nada. Debemos ir para allí —contestó Emma, y le tiró de la mano—. Seguir a la gente.

—Está abarrotado —murmuró él. Y no se equivocaba; Emma no creía haber visto

nunca antes tanta gente con ropa tan cara junta en el mismo sitio—. Es como meterse en una película de cine negro.

Por todas partes había gente guapa, la clase de belleza de Hollywood que Emma estaba acostumbrada a ver por Los Ángeles: personas que tenían acceso al gimnasio, a los rayos uva, a peluqueros caros y a la mejor ropa. Parecían haberse caracterizado para hacer de extras en una película del Rat Pack. Vestidos de seda y medias sin costura, sombreros de fieltro, corbatas estrechas y solapas de punta. Al parecer, el traje Sy Devore de Julian había sido una elección profética.

La sala era elegante, con un techo de placas de cobre grabado, ventanas de arco y unas puertas cerradas con los rótulos: «PLATEA IZQUIERDA» y «PLATEA DERECHA». Habían retirado una alfombra para poder bailar, y las parejas giraban al ritmo de una banda de música situada sobre un escenario al fondo de la sala. Gracias a las enseñanzas de su padre, Emma reconoció los trombones y las trompetas, los tambores y las guitarras, un contrabajo y (para esto no hacía falta ningún conocimiento especial) un piano. También había un clarinetista, que apartó los labios del instrumento el tiempo suficiente para sonreírle a Emma. Tenía el cabello castaño rojizo y algo raro en los ojos.

—Es un hada —dijo Mark, y su voz se tensó de repente—. Al menos en parte.

Emma echó una segunda ojeada a la sala, pasando la mirada por las parejas que bailaban. Había dado por sentado que eran mundanos, pero... al mirar a la gente fue viendo una oreja puntiaguda por aquí, un destello de ojos de color naranja o de garras en vez de uñas por allá.

«¿Q-U-É-E-S-E-S-T-O?», le escribió Jules en la espalda. Notó sus dedos cálidos a través de la fina tela del vestido.

—Todos son algo —contestó Emma. Recordó el cartel en el Mercado de Sombras: «¿MEDIO SOBRENATURAL? ¡NO ESTÁS SOLO!»—. Qué bien que nos hemos ocultado las runas. Todos tienen la Visión o pueden hacer algún tipo de magia.

—Los músicos son una mezcla de hadas de la nobleza —explicó Mark—, lo que no me sorprende, porque no hay nada que los seres brillantes valoren más que la música. Pero otros tienen en la sangre mezcla de hadas de mar, y otros, de licántropo.

—¡Venid aquí, recién llegados! —gritó el clarinetista, y de repente la luz de un foco cayó sobre los cazadores de sombras—. ¡Dejaos llevar por el ritmo!

Cuando Emma lo miró, él agitó las cejas, y entonces se dio cuenta de qué tenían de raro sus ojos. Eran como los de las cabras, con pupilas negras y ovaladas.

—¡Bailad! —gritó él, y el resto de los asistentes aplaudió y vitoreó.

El brillo del foco en movimiento desdibujó el rostro de Julian cuando este se volvió hacia Cristina y la metió entre el gentío. El corazón de Emma palpitó pesadamente.

Desoyó esa sensación, se volvió hacia Mark y le tendió las manos.

—¿Bailas?

—No sé. —Había algo en su expresión, entre desconcierto y ansiedad, que

despertó una punzada de compasión en Emma. Él le cogió las manos, inseguro—. Los bailes de las hadas no... son así.

Emma lo llevó entre la gente. Los dedos de Mark eran delgados y fríos, no como el cálido tacto de Jules.

—No pasa nada. Yo te llevo.

Bailaron mezclados con los otros. Emma lo llevaba, intentando recordar los bailes de ese estilo que había visto en las películas. A pesar de su intención de ser ella quien dirigiera, se preguntó si no sería mejor dejar que fuera Mark el que se ocupara de eso. Él se movía con una gracia increíble, mientras que todos los años de entrenamiento hacían que Emma tendiera a moverse bruscamente y a girar de golpe en vez de balancearse al compás de la música.

Emma miró a una chica con el pelo corto y verde.

—¿Sabes lo que es cada uno? —le preguntó a Mark.

Él parpadeó y la luz rebotó en sus pálidas pestañas.

—Esa es parte dríade —contestó Mark—. Un hada del bosque. Seguramente no de manera directa. La sangre de hada puede aparecer después de generaciones. La mayoría de los mundanos con la Visión tienen sangre de hada de algún antepasado lejano.

—¿Y los músicos?

Mark le hizo dar una vuelta. Había comenzado a llevarla de forma instintiva. Había algo triste en la música, pensó Emma, como si proviniera de un lugar alto y distante.

—El del clarinete tiene algo de sátiro. El del contrabajo con la piel azul claro, algún tipo de hada del mar. La madre de Kieran era una náyade, un hada del agua, y...

Se calló de repente. Emma vio a Jules y a Cristina; su vestido rosa intenso resaltaba contra el traje negro. Julian la llevaba y le hizo dar una vuelta. Emma se mordió el labio por dentro.

—¿Kieran? ¿El príncipe hada que te trajo al Instituto?

Bajo la iluminación destellante, Mark era luces y sombras huesudas. El aire olía a incienso, de aquel barato que quemaban en los paseos de Venice.

—Éramos amigos en la Cacería Salvaje.

—Bueno, pues entonces podría haber sido menos borde contigo —masculló Emma.

—Lo cierto es que no habría podido. —Mark sonrió, y Emma pudo ver al humano mezclado con la sangre de hada en él; según su experiencia, las hadas nunca sonreían tan abiertamente.

Emma hizo una mueca.

—¿Hubo algo en la Cacería Salvaje que no fuera horrible? ¿Había, no sé, alguna diversión?

—Algunas veces. —Rio y la hizo girar. De nuevo vio al hada, su parte salvaje.

Emma redujo el ritmo de su baile.

—¿Qué veces?

—Se supone que no debo hablar de eso. Es un *geas*.

Emma resopló.

—¿Si me lo cuentas después tendrías que matarme?

—¿Por qué iba a matarte? —Mark parecía realmente perplejo.

Emma echó la cabeza hacia atrás y le sonrió. A veces, hablar con él era como hablar con Ty. Hacía bromas que creía evidentes y luego se daba cuenta de que no lo eran tanto a no ser que la otra persona entendiera los sutiles códigos de la comunicación social. Ella no sabía cómo los había aprendido, pero así era, y a Ty aún le costaban, como, al parecer, también le costaban a Mark.

Jules había dicho una vez que tratar de ver el mundo a través de los ojos de Ty era como mirar por un caleidoscopio, agitarlo y volver a mirar. Eran los mismos cristales brillantes, pero la distribución era diferente.

—La Cacería Salvaje era la libertad —dijo Mark—. Y la libertad es necesaria.

En los ojos de Mark, Emma vio estrellas y copas de árboles, el feroz brillo de los glaciares, y todo el destellante detrito del techo del mundo.

La hizo pensar en la motocicleta sobre el océano. En la libertad de ser salvaje y sin ataduras. Del ansia que a veces sentía en el alma de no estar conectada a nada, no tener que responder ante nadie, no estar ligada a nada.

—Mark... —comenzó.

La expresión cambió en el rostro de Mark. De repente, miró más allá de ella y se le tensaron las manos. Emma siguió la dirección de sus ojos y vio solo el guardarropa. Una chica con aspecto aburrido estaba apoyada en el mostrador, fumando un cigarrillo a través de una boquilla de plata.

—¿Mark? —Emma volvió a mirarlo, pero él ya se había separado de ella, corría hacia el mostrador del guardarropa, saltaba por encima (lo que divirtió por un instante a la aburrida chica) y desaparecía en su interior.

Emma estaba a punto de seguirlo cuando Cristina y Julian se pusieron delante de ella bailando, impidiéndole el paso.

—Mark ha salido corriendo —les dijo.

—Sí, aún no se le da bien jugar en equipo —repuso Julian. Tenía las mejillas sonrosadas de bailar y el traje un poco desarreglado. Cristina no tenía ni un pelo fuera del sitio—. Yo iré tras él mientras vosotras bailáis...

—¿Puedo interrumpir? —Un joven alto apareció ante ellos. Parecía tener unos veinticinco años, muy bien vestido con un traje de punto de espiga y un sombrero de fieltro a juego. Tenía el cabello rubio casi blanco y llevaba unos zapatos caros con suelas rojas que destellaban como el fuego al andar. Un llamativo anillo con una piedra le brillaba en un dedo. Había clavado la mirada en Cristina—. ¿Quieres bailar?

—Si no te importa —intervino Julian, con voz tranquila y educada, mientras le ponía la mano a Cristina en el brazo—. Mi novia y yo estamos...

La amistosa expresión del hombre cambió, un cambio mínimo, pero Emma lo percibió. Una tensión en su mirada hizo que Julian dejara la frase a medias.

—Si no te importa a ti —replicó el hombre—. Creo que no te has dado cuenta de que soy un Azul. —Se tocó el bolsillo, donde tenía doblada una invitación como la que habían encontrado en el bolso de Ava, aunque esta era de un color azul pálido. Puso los ojos en blanco al ver sus caras de desconcierto—. Novatos —masculló, y había desagrado, casi desprecio, en sus oscuros ojos.

—Naturalmente. —Cristina lanzó una rápida mirada a Julian y a Emma y luego se volvió hacia el desconocido, sonriéndole—. Sentimos mucho habernos equivocado.

Julian se quedó con cara de pocos amigos mientras Cristina iba hacia la pista de baile con el hombre que se había presentado como un Azul. Emma lo comprendía, pero la tranquilizaba saber que si él intentaba algo mientras bailaban, Cristina lo haría filetes con su navaja mariposa.

—Será mejor que nosotros también bailemos —propuso Julian—. Parece ser el único modo de no llamar la atención.

«Ya hemos llamado la atención», pensó Emma.

Era cierto: aunque su llegada no había provocado ningún revuelo, mucha gente les lanzaba miradas de reojo. Había un buen puñado de Seguidores que parecían completamente humanos, y aunque Emma no sabía cuáles serían sus reglas con respecto a la admisión de humanos, como recién llegados suponía que eran objeto de atención. Sin duda, el comportamiento del clarinetista así parecía demostrarlo.

Le cogió la mano a Julian y fueron hacia el fondo de la sala, en el borde del gentío, donde las sombras eran más profundas.

—Medio hadas, ifrits, licántropos... —murmuró Emma mientras le cogía la otra mano para quedar cara a cara. Julian parecía más agitado que antes, con un rubor en las mejillas. Emma no podía culparlo por estar inquieto. Para la mayoría de los grupos, las runas, si se las descubrían, no significarían nada. Pero sentía que ese grupo era diferente—. ¿Por qué están aquí?

—No es fácil tener la Visión si no sabes que hay otros que también la tienen —dijo Julian en voz baja—. Ves cosas que nadie más ve. No puedes decir nada porque nadie te entendería. Tienes que guardar secretos, y los secretos... acaban contigo. Te parten en dos. Te hacen vulnerable.

El timbre bajo de su voz hizo estremecerse a Emma. Había algo en él que la asustaba. Algo que le recordaba los glaciares en los ojos de Mark, distantes y solitarios.

—Jules... —comenzó.

Mascullando algo como «no importa», él la alejó de sí y la acercó de nuevo. Sorprendida, Emma se dio cuenta de que años de práctica luchando juntos los convertían en una pareja de baile casi perfecta. Podían predecir los movimientos del otro, balancearse al ritmo del otro. Sabía lo que iba a hacer Julian por la cadencia de

su respiración, por la leve presión de sus dedos sobre los de ella.

Julian tenía los rizos alborotados, y cuando la acercó a él, Emma olió el clavo de su especiada colonia, con un leve toque de pintura por debajo.

Acabó la canción. Emma miró hacia la banda. El del clarinete los estaba observando. Inesperadamente, les guiñó un ojo. La música comenzó de nuevo, esta vez con un tema más lento y suave. Las parejas se juntaron como magnetizadas, brazos rodeando cuellos, manos sobre caderas, frentes juntas.

Julian se quedó inmóvil. Emma, aún cogiéndole las manos, también se quedó parada, sin moverse, sin respirar.

El momento se alargó interminable. Los ojos de Julian buscaron los de ella, y lo que fuera que vio en ellos pareció hacerle tomar una decisión. La rodeó con los brazos y la acercó a sí. La barbilla de Emma chocó torpemente contra el hombro de Julian. Era la primera torpeza que habían cometido juntos.

Lo notó inspirar, una respiración entrecortada contra ella. Julian le puso las manos, abiertas, bajo los omóplatos, y ella apoyó en él la cabeza. Oía cómo le latía el corazón, rápido y furioso; sentía la dureza de su pecho.

Emma alzó los brazos para rodearle el cuello. Había la suficiente diferencia de altura para que, al enlazar los dedos, se le enredaran en el cabello de la nuca de Julian.

Emma notó que la recorría un escalofrío. Ya le había tocado el pelo antes, claro, pero ahí era tan suave, ahí, en el punto vulnerable bajo la cascada de rizos. Y la piel también era suave. Lo acarició hacia abajo con los dedos, sin pensarlo, y notó al mismo tiempo el primer hueso de la columna y cómo él inspiraba profundamente.

Lo miró. Estaba blanco, con los ojos bajos, las pestañas sobre los pómulos. Se mordía el labio inferior, como hacía siempre que estaba nervioso. Emma vio las marcas de los dientes sobre la suave piel del labio.

Si lo besaba, ¿notaría el sabor a sangre o a clavo, o a una mezcla de ambos? ¿Dulce y especiado? ¿Amargo y cálido?

Se obligó a deshacerse de esas ideas. Era su *parabatai*. No era para besar. Era...

Julian le bajó la mano izquierda hasta la cintura y le acarició con suavidad la cadera. Emma pegó un brinco. Había oído a gente que hablaba de sensaciones de cosquilleo en el estómago, de mariposas, y sabía lo que querían decir: esa sensación de inquietud y temblor en las entrañas. Pero en ese momento la sentía por todas partes. Mariposas bajo la piel, agitando las alas, produciéndole escalofríos que recorrían su cuerpo de arriba abajo. Comenzó a mover los dedos sobre la muñeca de Julian para escribirle: «¿J-U-L-I-A-N-Q-U-É-E-S-T-Á-S-H-A-C-I-E-N-D-O?».

Pero él no pareció notarlo. Por primera vez no oía su lenguaje secreto. Emma se detuvo y lo miró a la cara. Cuando sus ojos se encontraron, los de él estaban como desenfocados, soñadores. Con la mano derecha le acariciaba el pelo, dejando resbalar los mechones entre los dedos. Emma sintió como si cada cabello fuera un cable eléctrico conectado a una de sus terminaciones nerviosas.

—Esta noche, cuando has bajado la escalera —dijo él, con una voz grave y baja —, estaba pensando en pintarte. Pintar tu cabello. Tendría que emplear blanco de titanio para conseguir el color, la forma en que atrapa la luz y casi reluce. Pero no funcionaría, ¿verdad? No es de un solo color, tu pelo no solo es dorado: es ámbar y león y caramelo y trigo y miel.

La Emma normal habría hecho un chiste: «Haces que parezca los cereales del desayuno». La Emma normal y el Julian normal se habrían reído. Pero ese no era el Julian normal; ese era un Julian al que ella nunca había visto, un Julian con una expresión turbada que le desnudaba los huesos del rostro. Sintió que la inundaba un deseo desesperado, perdida en las pálidas llamas que veía sus ojos, en las curvas de sus pómulos y del mentón, en la inesperada suavidad de la boca.

—Pero nunca me pintas —susurró ella.

Julian no contestó. Parecía estar sufriendo. El pulso le iba el triple de rápido. Ella se lo veía en la vena del cuello. Julian tenía los brazos como bloqueados. Emma se dio cuenta de que quería tenerla justo donde estaba, no dejarla acercarse ni un centímetro más. El espacio entre ellos estaba caldeado, electrificado. Julian curvó los dedos sobre su cadera. Su otra mano le bajó por la espalda, poco a poco, deslizándose sobre el pelo hasta alcanzar la piel desnuda donde la espalda del vestido la dejaba expuesta.

Julian cerró los ojos.

Había dejado de bailar. Estaban quietos, Emma casi sin respirar, con las manos de Julian moviéndose sobre ella. Julian la había tocado mil veces: mientras entrenaban, mientras luchaban o mientras se curaban mutuamente las heridas.

Pero nunca así.

Parecía estar bajo un hechizo. Alguien que supiera que se hallaba bajo un hechizo y estuviera luchando contra el tirón que este le causaba en cada nervio y fibra de su ser, la percusión de una terrible lucha interna golpeándolo en las venas. Emma le notó el pulso a Julian a través de las manos, que apoyaba contra la piel desnuda de su espalda.

Se acercó más a él, solo un poco, no más de un par de centímetros. Él ahogó un grito. Su pecho se expandió hacia ella y le rozó los pezones a través de la fina tela de su vestido. La sensación fue como un latigazo eléctrico. Emma dejó de pensar.

—Emma —dijo con voz ahogada.

Contrajo las manos de golpe, como si lo hubieran apuñalado. Tiraba de ella hacia sí. El cuerpo de Emma chocó contra el suyo. El gentío era una mancha de luz y color a su alrededor. Julian bajó la cabeza hacia la de ella. Respiraron el mismo aliento.

Se oyó un estruendo de címbalos: resonante y ensordecedor. Se apartaron de golpe mientras las puertas del cine se abrían hacia una gran sala inundada de brillante luz. La música paró.

Se oyó el crepitar de un altavoz: «Por favor, si son tan amables de acceder a la sala... —dijo una sensual voz femenina—. El sorteo de la Lotería está a punto de

comenzar».

Cristina se había apartado del hombre con el traje de espiga e iba hacia ellos, con el rostro sonrojado. A Emma le latía el corazón con fuerza. Se atrevió a mirar a Julian. Durante un brevísimo instante, él fue como alguien que, atravesando el desierto de Mojave, medio abrasado por el sol, hubiera captado el destello del agua más adelante, solo para que resultara ser un espejismo.

—¿Aún no ha aparecido Mark? —preguntó Emma apresuradamente, cuando Cristina llegó.

No había ninguna razón por la que Cristina pudiera saber dónde estaba Mark, pero Emma no quería que mirara a Julian. No con el aspecto que él tenía en ese momento.

Cristina negó con la cabeza.

—Entonces, será mejor que entremos —dijo Julian. Su voz era normal, su expresión relajada—. Mark ya nos encontrará.

Emma no pudo evitar mirarlo sorprendida. Siempre había sabido que Julian era un buen actor, los cazadores de sombras tenían que mentir y actuar todo el rato, pero era como si hubiera imaginado la expresión que había visto en su rostro hacía solo unos segundos. Como si se hubiera imaginado los últimos diez minutos.

Como si nada hubiera ocurrido.

LOS ÁNGELES, NI LA MITAD DE FELICES

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó Mark en la oscuridad.

Se hallaba en el armario de los abrigos, rodeado de prendas caras. Por la noche, la temperatura de Los Ángeles bajaba en picado, incluso en verano, pero los abrigos eran ligeros: chaquetas de hombre de lino y lana fría, chales de mujeres de seda y gasa. No había casi luz, pero Mark no se había resistido cuando una mano blanca salió de detrás de una gabardina de cuero y tiró desde el otro lado del estante donde colgaban los abrigos.

Kieran. Ese día, su pelo era del azul más oscuro, casi negro, el color de las olas durante una furiosa tormenta. Lo que significaba que estaba de muy mal humor. Sus ojos, dorado y plata, brillaban en la oscuridad.

—¿Y cómo si no voy a poder verte? —preguntó mientras empujaba a Mark contra la pared. Había muy poco sitio detrás de los abrigos; el espacio era cerrado y caluroso. Mark se oyó conteniendo un grito, y no solo por el fuerte golpe contra la pared. La furia manaba de Kieran en oleadas arrolladoras; se retorcían en su interior, en lo profundo de un lugar donde las frías aguas de Feéra le habían helado tiempo atrás el corazón—. No puedo entrar en el Instituto, excepto en el Santuario, y me matarían si me encontraran allí. ¿Y se supone que debo pasarme todas las noches entre las sombras del desierto con la esperanza de que te dignes a visitarme?

—No —contestó Mark mientras Kieran lo apretaba aún más contra la pared y le metía la rodilla entre las piernas. Sus palabras eran furiosas, pero sus manos sobre el cuerpo de Mark eran las de siempre: dedos fríos y delgados que le desabrochaban los botones de la camisa, que se metían debajo para acariciarle la piel—. Se supone que no debemos vernos hasta que esto acabe.

Los ojos de Kieran echaron chispas.

—¿Y luego qué? ¿Volverás voluntariamente a la Cacería por mí? ¿Crees que soy tan estúpido? Siempre la has odiado.

—Pero no te odiaba a ti —replicó Mark.

El guardarropa olía a un millón de perfumes mezclados: colonias que habían absorbido los abrigos y las chaquetas y que le hacían cosquillas en la nariz. Eran olores sintéticos, no reales: falso nardo, falso jazmín, falsa lavanda. Nada en el mundo de los mundanos era real. Pero claro, ¿era más real en la tierra de las hadas?

—¿No me odiabas? —repitió Kieran con frialdad—. Qué honor. Que halagado me siento. ¿Ni siquiera me echas de menos?

—Te echo de menos —respondió Mark.

—¿Y debo creerte? Recuerda, mestizo, sé muy bien que puedes mentir.

Mark miró a Kieran a los ojos. Vio la tormenta en su interior, pero detrás de ella también vio a dos chicos tan pequeños como las estrellas de un cielo distante unidos bajo una manta. Eran de la misma altura; solo tuvo que moverse un poco para poner sus labios sobre los de Kieran.

El príncipe hada se tensó contra él. No se movió, vacilante más que impasible. Mark le tomó el rostro entre ambas manos y entonces Kieran sí que se movió, y lo besó con tal intensidad que a Mark se le fue la cabeza hacia atrás, contra la pared.

Kieran sabía a sangre y al frío cielo nocturno, y por un momento Mark voló libre con la Cacería. El cielo nocturno era el camino que debía conquistar. Cabalgaba sobre un caballo plateado hecho de luz de luna por un sendero de estrellas. Rodeado de gritos, risas y llantos, se abrió camino por la noche que extendía el mundo ante sus ojos escrutadores; vio lugares que ningún humano había visto, cascadas ocultas y valles secretos. Se detuvo a descansar sobre lo alto de icebergs y galopó a lomos de su caballo sobre la espuma de las cascadas, mientras los blancos brazos de las ninfas trataban de atraparlo. Yació con Kieran sobre la hierba de un alto prado alpino, mano a mano, y contó mil millones de estrellas.

Kieran fue el primero en separarse.

Mark respiraba pesadamente.

—¿Había mentira en este beso?

—No. Pero... —Kieran parecía inseguro—. ¿Las estrellas en tus ojos son por mí o por la Cacería?

—La Cacería era dolor y gloria —contestó Mark—. Pero tú eras lo que me permitía ver la gloria y no solo el dolor.

—Esa chica —comenzó Kieran—. Regresaste con ella la otra noche, sobre mi corcel. —Mark se sorprendió al darse cuenta de que se refería a Cristina—. Pensé que quizá la amaras.

Había bajado los ojos. Su cabello se había aclarado hasta adquirir un tono azul plateado: el océano después de la tormenta. Mark recordó que Kieran no era mayor que él. Aunque fuera un hada atemporal, había vivido menos de veinte años. Y sabía aún menos de los humanos que Mark.

—No creo que uno se enamore tan rápido —repuso Mark—. Me gusta.

—No puedes entregarle tu corazón —dijo Kieran—, aunque puedes hacer cualquier otra cosa que quieras con ella.

Mark tuvo que contener una carcajada. Kieran, amable a su manera. Las hadas creían en promesas de fidelidad del cuerpo o del corazón. Se hacía una promesa al ser amado, y se cumplía.

Exigir una promesa de fidelidad física no era habitual, pero sí la del corazón, y las hadas solían hacerlo. El castigo por romper una promesa de amor era muy severo.

—Es la hija de una antigua familia —explicó Mark—. Una especie de princesa. No creo ni que me mire dos veces.

—Te ha mirado varias veces mientras bailabas con la chica rubia.

Mark parpadeó. En parte por la sorpresa de lo rápido que había olvidado la literalidad de las hadas, y en parte por la sorpresa de haber recordado una expresión tan humana y haberla empleado de un modo inconsciente.

No tenía ningún sentido intentar explicarle a Kieran todas las razones por las que Cristina nunca lo querría. Era demasiado amable para mostrar su repulsión por su sangre de hada, pero él estaba seguro de que debía de sentirla por dentro. En vez de eso, metió las manos por la cintura de las calzas de Kieran y lo atrajo hacia sí para compartir otro beso, y con él, los recuerdos de la Cacería, como un vino dulce.

Sus besos eran apasionados, profundos. Dos chicos bajo una manta intentando no hacer ruido, no despertar a los otros. Besándose para borrar los recuerdos, para deshacerse de la sangre y la tierra, para olvidar las lágrimas. Mark fue metiendo las manos bajo la camisa de Kieran, trazando las líneas de las cicatrices en su espalda. Ahí, su dolor se igualaba, aunque los que habían azotado a Mark no habían sido los miembros de su propia familia.

Las manos de Kieran no conseguían desabrochar los botones de nácar.

—Esta ropa mundana... —masculló entre dientes—. La odio.

—Entonces, quítamela —murmuró Mark, perdido en el olvido y la Cacería. Tenía las manos sobre Kieran, pero en su cabeza estaba cruzando la aurora boreal, con un cielo pintado de azul y verde como el corazón del océano. Como los ojos Blackthorn.

—No. —Kieran sonrió mientras se apartaba. Estaba desarreglado, con la camisa abierta. La sangre de Mark latía por el ansia de perderse en Kieran y olvidar—. Una vez me dijiste que los humanos deseaban lo que no podían tener. Y tú eres medio humano.

—Deseamos lo que no podemos tener —repuso Mark—. Pero amamos lo que nos ofrece bondad.

—Por ahora, me quedaré con el deseo —replicó Kieran, y puso la mano sobre el colgante que Mark llevaba al cuello—. Y el recuerdo de mi regalo.

Las flechas de elfo necesitaban mucha magia para fabricarse y eran muy valiosas. Kieran se la había dado no mucho después de unirse a la Cacería Salvaje, y había colgado la punta de una cadena para que Mark pudiera llevarla cerca del corazón.

—Que tu puntería sea certera —dijo Kieran—. Encuentra al asesino y luego regresa a mí.

—Pero mi familia... —comenzó Mark, y su mano se cerró instintivamente sobre la de él—. Kieran, debes...

—Regresa a mí —repitió este.

Besó la mano cerrada de Mark y se marchó pasando bajo los abrigos colgados. Aunque Mark fue tras él inmediatamente, ya no lo encontró: había desaparecido.

El interior de la sala de proyección era espectacular, una oda romántica a los días de

gloria de la época dorada del cine. Un techo curvado dividido en octavos por vigas pintadas de oro, y cada sección decorada con una escena de una película clásica. Emma reconoció *Lo que el viento se llevó* y *Casablanca*, pero no las otras: un hombre cargando con otro sobre ardientes arenas doradas, una chica arrodillada a los pies de un chico con una escopeta cruzada sobre los hombros, una mujer con un vestido blanco alzado a su alrededor como los pétalos de una orquídea.

Un pesado olor dulzón colgaba en el aire mientras la gente se apresuraba a ocupar sus localidades en el espacio semicircular. Los asientos estaban tapizados con terciopelo de color púrpura, cada uno con una «M» bordada en el respaldo. Como les habían prometido, el resto de su entrada mostraba la fila y el número de los asientos que les correspondían. Los encontraron y se sentaron: Cristina primero, luego Emma y después Julian, a su lado.

—¿«M» de Midnight? —preguntó Emma, señalando los respaldos.

—Seguramente —contestó él, y volvió a mirar al estrado.

El telón estaba abierto y un enorme cuadro de un panorama del océano cubría la pared del fondo. El estrado estaba vacío, y las pulidas maderas del suelo brillaban.

Emma se sentía acalorada. La voz de Julian había sonado tranquila, neutral. Pero la expresión de su rostro hacía solo unos cuantos minutos seguía ante los ojos de Emma; su aspecto cuando la había cogido en la pista de baile; su mirada, desnuda de todo fingimiento.

Había vislumbrado un Julian intenso y torturado al que nunca había conocido. Un rostro oculto que nunca había visto, que no creía que nadie hubiera visto.

Notó que Cristina se removía en su asiento y se volvió hacia ella con una punzada de culpa: había estado tan perdida en su propio desconcierto que se había olvidado de preguntarle por qué parecía tan agitada.

Cristina estaba mirando hacia el otro extremo de la sala de butacas. Tenía los ojos clavados en el hombre del traje de espiga. Este se hallaba sentado junto a una elegante mujer rubia con un vestido plateado y altos zapatos de tacón.

—Aggg —exclamó Cristina—. He tenido que sacármelo de encima. Qué pervertido. Mi madre lo habría apuñalado.

—¿Quieres que lo matemos? —sugirió Emma, bromeando solo a medias—. Podríamos hacerlo después del sorteo.

—Sería un desperdicio de energía —repuso Cristina, restándole importancia—. Te diré lo que he descubierto: es medio licántropo. Y forma parte de los Seguidores, así es como los ha llamado, desde hace seis meses. Eso era lo que quería decir con lo de ser un Azul.

—¿Por llevar todo ese tiempo con los Seguidores o por ser parte licántropo? —preguntó Julian.

—Ambas cosas, me parece —contestó Cristina—. Se ha esforzado mucho en explicarme lo que significaba ser en parte licántropo. Que es más fuerte y más veloz que cualquier humano. Dice que podría tirar una pared de una patada. —Puso los ojos

en blanco.

—No acabo de entenderlo —dijo Emma—. ¿Cómo acabas siendo medio licántropo?

—Significa que tienes el virus de la licantropía, pero inactivo —contestó Jules—. Puedes contagiarlo, pero no puedes transformarte. Nunca te convertirás en lobo, pero tienes más fuerza y velocidad.

—Ha dicho que todos tienen más fuerza y velocidad —explicó Cristina—. Siempre que montan una Lotería, ha explicado, los Seguidores se hacen más fuertes.

—Magia simpática —dijo Julian.

De repente hubo movimiento en su fila.

—¿Llego tarde? —Era Mark, que parecía agitado. Su rubio cabello parecía haber estado ante un ventilador—. Perdón, me he distraído.

Julian lo miró durante un largo momento.

—No digas nada —declaró finalmente—. No quiero saberlo.

Mark pareció sorprendido.

—¿De verdad? —exclamó—. Pues yo querría.

—Y yo quiero —intervino Emma, pero antes de que Mark pudiera decir nada, las luces se atenuaron.

Al instante se hizo el silencio; no fueron los murmullos que se van apagando lentamente que Emma se habría esperado, sino una repentina ausencia total de sonido, brusca y extraña.

Notó un escalofrío en la nuca cuando un solitario foco iluminó el estrado.

La banda se había colocado en el foso de la orquesta. Comenzaron a tocar una melodía suave, casi lúgubre, mientras dos hombres uniformados entraban haciendo rodar sobre el escenario un objeto envuelto en terciopelo negro. La música fue acabando y se oyó el repiqueteo de unos tacones; al cabo de un momento, apareció la mujer que estaba recogiendo las entradas. Se había cambiado y llevaba un bonito vestido largo de encaje, negro y azul marino, que era como la espuma del océano. Incluso a distancia, Emma vio el oscuro *kohl* que le bordeaba los ojos.

La mujer tendió una mano con las uñas de un rojo intenso y cogió el terciopelo negro; lo apartó de un tirón y lo lanzó al suelo con un ademán teatral.

Bajo él había una máquina. Un gran tambor transparente sobre un pedestal de metal; dentro había cientos de bolas de colores numeradas. Un conducto de metal salía de la máquina y ante él había una bandeja.

—Damas y caballeros —comenzó la mujer sobre el escenario—. Soy Belinda Belle.

—¿Belinda Belle? —susurró Julian—. Un nombre inventado.

—Eres un detective genial —le contestó Emma, también susurrando—. Genial.

Él le hizo una mueca, y Emma se sintió aliviada. Esos eran Julian y ella, haciéndose muecas, haciéndose reír. Eso era lo normal.

—Bienvenidos a la Lotería —prosiguió la mujer del escenario.

La sala estaba en silencio. Belinda sonrió y puso la mano sobre el artefacto, totalmente inmóvil.

—Un bombo de lotería —murmuró Julian—. Eso es literalidad.

—El Guardián no ha podido acompañarnos esta noche —siguió Belinda—. La seguridad ha tenido que ser reforzada. Los nefilim interrumpieron la última cacería y se puso en peligro el valor del sacrificio.

Se levantó un murmullo contenido. Emma se sobresaltó. Nefilim. La mujer había dicho «nefilim». Esa gente sabía de la existencia de los cazadores de sombras. Más que una sorpresa era una confirmación de lo que había sospechado todo el rato. Ahí estaba pasando algo, algo que extendía sus tentáculos hacia el Inframundo y arañaba las raíces de todo lo que conocían.

—¿El sacrificio? —susurró Emma—. ¿Se refiere a un sacrificio humano?

«C-H-I-S», le escribió Julian en el brazo. Cuando le tocó la piel con los dedos, Emma sintió una punzada de dolor al ver que se había comido las uñas hasta la raíz.

La música comenzó de nuevo. En el escenario, Belinda apretó un botón situado en un lado de la máquina. Las barras de metal cobraron vida. Las bolas saltaban en el interior del bombo, convertidas en una mancha de color en un caleidoscopio.

«Vueltas y vueltas. Emma en la playa, los brazos de su padre rodeándola. “Los caleidoscopios son casi mágicos, Emma. No hay dos personas que vean lo mismo al mirar en su interior”».

Emma sintió un dolor en el corazón ante ese recuerdo. La máquina giró más deprisa, y luego aún más, y soltó una bola roja, que bajó por el conducto hasta caer en la bandeja.

Belinda la cogió con delicadeza. Una tensa quietud se había apoderado del gentío. Era la serenidad de los gatos a punto de saltar.

—Azul —anunció Belinda, y su voz resonó en el silencio—. Azul 304.

El momento se alargó, helado y en suspenso. Lo rompió un hombre al ponerse en pie. Se movió con cautela, como una estatua que, de repente, hubiera cobrado una vida a la que era reacia.

Era el hombre con el que había bailado Cristina, el del traje de tela de espiga. Se había puesto muy pálido, y la mujer del vestido plateado se apartaba de él.

—Señor Sterling —dijo Belinda, y volvió a dejar caer la bola en la bandeja con un clic—. La Lotería lo ha elegido.

Emma no pudo evitar mirar a su alrededor, e intentó disimular que lo hacía. El público estaba sentado inmóvil, casi sin expresión. Algunos tenían cara de alivio. El hombre del traje de espiga, Sterling, parecía aturdido, como si hubiera recibido un golpe en el plexo solar y estuviera a punto de intentar respirar.

—Ya conocen las reglas —continuó Belinda—. El señor Sterling tiene dos días de libertad antes de que comience la cacería. Nadie puede ayudarlo. Nadie puede interferir con la cacería. —Su mirada recorrió el público—. Que Los Que Son Más Viejos nos concedan buena fortuna.

La música comenzó de nuevo. Todos fueron poniéndose en pie y la sala se llenó con el zumbido de conversaciones a media voz. Emma se puso en pie al instante, pero Julian la cogió por el brazo antes de que pudiera salir corriendo de la sala. Sonreía. Para ella era evidente que se trataba de una sonrisa falsa, pero seguramente convencería a cualquiera que no lo conociera.

—Lo van a matar —susurró Emma con urgencia—. Todo lo que ha dicho la chica... la cacería...

—Eso no lo sabemos —repuso Julian sin mover los labios.

—Emma tiene razón —dijo Mark. Avanzaban deprisa, empujados hacia las salidas por el público abandonando el lugar en masa. La banda tocaba *As Time Goes By*, de *Casablanca*, la dulce melodía totalmente incongruente con la sensación de ansiedad que recorría la sala—. Una cacería significa la muerte.

—Tenemos que ofrecerle ayuda —intervino Cristina. Su tono era seco.

—Incluso si es un perverso —confirmó Emma—. Es nuestro trabajo...

—Ya habéis oído las reglas —replicó Julian—. No se puede interferir.

Emma se volvió hacia él y se paró de golpe. Miró a Julian a los ojos.

—Esas reglas... —comenzó, y le cogió la mano, dibujando con los dedos sobre su piel: «N-O-V-A-N-C-O-N-N-O-S-O-T-R-O-S».

La oscuridad floreció en los iris verde azulado que tan bien conocía: una admisión de la derrota.

—Ve —dijo Julian—. Llévate a Cristina.

Emma cogió a Cristina de la mano y ambas comenzaron a abrirse paso entre la multitud con los codos y las botas, pisando con saña algunos pies para apartar a los otros espectadores. Llegaron al pasillo central. Se dio cuenta de que Cristina le preguntaba en un susurro cómo iban a encontrar luego a Mark y a Julian.

—En el coche —contestó Emma.

Vio la mirada confusa de Cristina, pero no se molestó en explicarle que conocía ese plan del mismo modo que siempre sabía los planes de Julian. Porque lo conocía.

—Ahí está. —Cristina señaló con la mano libre.

Habían conseguido llegar al vestíbulo. Emma siguió la indicación de Cristina y vio el destello de las suelas rojas de unos zapatos. El señor Sterling escapando por la puerta. La mujer que antes lo acompañaba no se veía por ninguna parte.

Corrieron tras él entre la muchedumbre. Emma chocó contra una chica con el pelo teñido de los colores del arco iris, que lanzó un sorprendido «¡Oh!».

—¡Perdón! —gritó Emma justo cuando Cristina y ella salían a través del pequeño círculo de gente que se había formado alrededor de la entrada del cine.

El cartel de Hollywood parpadeaba, brillante, sobre sus cabezas. Emma vio a Sterling desapareciendo por la esquina de la calle. Salió corriendo a toda velocidad, con Cristina detrás.

Por eso corría todos los días por la playa. Para poder galopar sobre el pavimento sin notarlo, para que no le fallara el aliento y correr fuera como volar. Cristina iba

detrás de ella. Su oscura melena se había soltado del pulido moño y le ondeaba a la espalda como un negro estandarte.

Doblaron la esquina. Se encontraron en el otro lado de la calle; casas de una sola planta flanqueaban la carretera, con la mayoría de las ventanas a oscuras. Sterling se hallaba junto a un enorme Jeep plateado, que parecía muy caro, con las llaves en la mano. Las miró totalmente perplejo cuando las chicas frenaron de golpe ante él.

—¿Qué...? —farfulló. De tan cerca, podían ver lo afectado que estaba. Se lo veía pálido, sudaba y tragaba compulsivamente—. ¿Qué estáis haciendo?

Bajo la luz de las farolas, sus ojos lanzaron destellos de un color amarillo verdoso. Quizá fuera un medio licántropo, pensó Emma, pero parecía un mundano asustado.

—Podemos ayudarte —contestó.

Sterling tragó saliva otra vez.

—¿De qué estás hablando? —preguntó en un tono tan salvaje que Emma oyó un chirrido a su izquierda y se dio cuenta de que Cristina había abierto su navaja mariposa.

No se había movido, pero la navaja le brillaba en la mano, una silenciosa amenaza por si a Sterling se le ocurría dar un paso hacia Emma.

—La Lotería —explicó Emma—. Te ha tocado.

—Sí, claro. ¿Crees que no lo sé? —gruñó él—. Ni siquiera deberías estar hablando conmigo. —Se pasó la mano por el pelo, distraído. Se le resbalaron las llaves de la mano y repicaron sobre el suelo. Emma dio un paso adelante y las cogió. Se las tendió—. ¡No! —gritó con voz ronca, y retrocedió como un cangrejo—. ¡No me toques! ¡No te acerques a mí!

Emma le tiró las llaves a los pies y levantó las manos, mostrándole las palmas. Pensó en dónde se hallaban todas sus armas: las dagas en las botas, bajo la falda del vestido.

Pero echaba de menos a *Cortana*.

—No queremos hacerte daño —dijo—. Queremos ayudarte, eso es todo.

Él se agachó y recogió las llaves.

—No podéis ayudarme. Ni vosotras ni nadie.

—Tu falta de confianza me duele —soltó Emma.

—No tienes ni idea de lo que está ocurriendo. —Soltó una carcajada forzada y seca—. ¿No lo entiendes? Nadie puede ayudarme, y menos aún unas niñas estúpidas...

Se calló y miró a Emma. En concreto le miró el brazo. Ella se miró también y maldijo en voz baja. Se le había corrido el maquillaje que le cubría la runa de *parabatai* (seguramente al chocar con aquella chica en el vestíbulo) y la Marca resultaba claramente visible.

Sterling parecía todo lo contrario a encantado.

—Nefilim —gruñó—. ¡Dios!, justo lo que necesitaba.

—Ya sabemos que Belinda dijo que no había que interferir —comenzó Emma apresurada—, pero como somos nefilim...

—Ese ni siquiera es su nombre. —Escupió hacia la alcantarilla—. No sabéis nada, ¿verdad? Malditos cazadores de sombras, creyéndose los reyes de Inframundo y fastidiándolo todo. Belinda nunca debería haberos dejado entrar.

—Podrías ser un poco más amable teniendo en cuenta que estamos tratando de ayudarte. —Emma notó que su voz tenía cierto tonillo de cabreo—. Y que le has metido mano a Cristina.

—Yo no he hecho eso —replicó él, y su mirada fue de la una a la otra.

—Sí lo has hecho —afirmó ella—. Ha sido muy desagradable.

—Entonces ¿por qué queréis ayudarme? —preguntó Sterling.

—Porque nadie merece morir —contestó Emma—. Y para ser sinceros, porque quiero saber unas cuantas cosas. ¿De qué va eso de la Lotería? ¿Cómo os hace más fuertes a todos?

Él las miró negando con la cabeza.

—Estás loca. —Accionó el mando con el pulgar y los faros de Jeep destellaron al desbloquearse las puertas—. Alejaos de mí. Como ha dicho Belinda: nada de interferir.

Abrió la puerta y se metió en el coche. Un segundo después, las ruedas del todoterreno chirriaban por la calzada, dejando marcas negras sobre el asfalto.

Emma bufó.

—Cuesta bastante estar preocupada por su bienestar, ¿verdad?

Cristina miró hacia el Jeep.

—Es una prueba —dijo. La navaja había desaparecido, de vuelta bajo el tirante—. El Ángel diría que se nos puso aquí para salvar no solo a los que nos caen bien, sino también a los desagradables y groseros.

—Has dicho antes que tu madre lo habría acuchillado.

—Sí, bueno —repuso Cristina—. No siempre estamos de acuerdo en todo.

Antes de que Emma pudiera contestar, el coche del Instituto paró ante ellas. Mark se asomó por la ventanilla trasera. Incluso en medio de todo lo que estaba sucediendo, Emma sintió una punzada de alegría al ver que Jules le había guardado el asiento a su lado.

—Su carruaje, gentiles damas —dijo Mark—. Entrad y aviarnos hemos antes de que nos persigan.

—¿Qué has dicho? —preguntó Cristina mientras se sentaba a su lado.

Emma corrió hasta el coche y se subió delante.

Julian la miró.

—Parecía una conversación muy interesante.

El coche avanzó y fue alejándose de la extraña calle y del peculiar cine. Pasaron sobre las rodadas que el Jeep había dejado en el asfalto.

—No quería que lo ayudáramos —explicó Emma.

—Pero lo vamos a hacer de todos modos —concluyó Julian—. ¿Verdad?

—Si podemos localizarlo —dijo Emma—. Quizá todos usen nombres falsos. — Puso los pies sobre el salpicadero—. Quizá valga la pena preguntar a Johnny Rook. Como se anunciaban en el Mercado de Sombras y él sabe todo lo que pasa allí...

—¿No te ha dicho Diana que no te acerques a Johnny Rook? —preguntó Julian.

—¿Y no resulta que Diana está muy lejos hoy? —repuso Emma dulcemente.

Julian pareció resignado, pero también divertido.

—De acuerdo. Confío en ti. Si crees que hay motivo, iremos a preguntarle a Rook.

Estaban entrando en La Ciénaga. Las luces, el ruido y el tráfico de Los Ángeles estallaron a su alrededor. Emma aplaudió.

—Y por eso te quiero tanto.

Las palabras le salieron sin pensar. Ni Cristina ni Mark parecieron darse cuenta, ya que estaban discutiendo sobre si «aviar» era una palabra o no, pero las mejillas de Julian se volvieron de un apagado rojo telón y cerró las manos con fuerza alrededor del volante.

Cuando llegaron al Instituto se estaba formando una tormenta sobre el océano: ominosas nubes azul oscuro salpicadas de relámpagos. Había luz en el interior del edificio. Cristina comenzó a subir la escalera pesadamente. Estaba acostumbrada a las largas noches de patrulla, pero algo de la experiencia en el cine le había cansado el alma.

—Cristina.

Era Mark, un escalón tras ella. Una de las primeras cosas que Cristina había notado en el Instituto era que, dependiendo de la dirección del viento, olía a océano o a desierto. A sal marina o salvia. Esa noche era salvia. El viento le alborotaba el pelo a Mark: rizos Blackthorn carentes de todo color, plateados como la luz sobre el mar.

—Se te ha caído esto fuera del teatro —dijo él, y le tendió la mano.

Cristina miró hacia abajo, más allá de él, hacia donde Julian y Emma se hallaban, al pie de la escalera. Julian había levantado la tapa del maletero y estaba sacando a *Cortana*. Esta reflejó la luz y destelló como el cabello de Emma. La cogió y miró hacia abajo mientras pasaba la mano por la hoja envainada, y Cristina vio a Julian mirarle involuntariamente la curva del cuello. Como si no pudiera evitarlo.

Cristina sintió un miedo frío en el estómago; se sintió como si estuviera observando dos trenes lanzados uno contra otro en la misma vía, sin que hubiera modo de detener a ninguno de los dos.

—¿Cristina? —volvió a llamarla Mark, con una pregunta en la voz.

Algo le brillaba en la palma de la mano. Dos algos. Los pendientes de oro que se le habían caído mientras corría y que ella había supuesto que se habrían perdido en alguna parte del asfalto de Los Ángeles.

—¡Oh! —Los cogió y se los metió en el bolsillo de la chaqueta. Él la observó, con curiosidad en sus ojos dispares—. Son un regalo —explicó—. De alguien..., de un viejo amigo.

Recordó a Diego poniéndoselos en la mano, y la mirada nerviosa de sus oscuros ojos, preguntándose si le gustarían. Pero le habían gustado, porque él se los había regalado.

—Son bonitos —comentó Mark—. Sobre todo con un pelo como el tuyo. Parece seda negra.

Cristina soltó aire. Emma miraba a Julian sonriendo. Su rostro reflejaba incertidumbre, una incertidumbre que le llegó a Cristina al corazón. Emma le recordaba a sí misma justo antes de doblar aquella esquina del jardín donde había oído hablar a Jaime y a Diego. Antes de que todo se fuera al traste.

—No deberías decirme esas cosas —le dijo a Mark.

El viento le puso el pelo en la cara, y él se lo apartó.

—Pensaba que a las mujeres mortales les gustaban los cumplidos. —Su desconcierto parecía auténtico.

—¿A las mujeres hada les gustan?

—No conozco a muchas —contestó Mark—. A la reina seelie sí que le gustan los cumplidos. Pero no había mujeres en la Cacería.

—Pero estaba Kieran —repuso ella—. ¿Y qué diría si supiera que vas diciéndome que soy guapa? Porque por el modo en que te mira...

Mark puso cara de sorpresa. Lanzó una rápida mirada a Julian, pero su hermano estaba absorto con Emma.

—¿Cómo sabes...?

—Os vi —contestó ella—. En el aparcamiento. Y esta noche, cuando has desaparecido en el cine, ¿debería suponer que también ha sido por él?

—Por favor, no se lo digas a nadie, Cristina. —El miedo que vio en su rostro le rompió el corazón a Cristina—. Lo castigarían, y también a mí. Ahora que no estoy en la Cacería, tiene prohibido verme.

—No se lo diré a nadie —aseguró Cristina—. No se lo he contado a nadie, ni siquiera a Emma.

—Eres tan amable como bonita —dijo él, pero parecían palabras ensayadas.

—Sé que crees que no puedes confiar en los mortales, pero no te traicionaré.

No había nada ensayado en la mirada que él le lanzó.

—Cuando he dicho que eras bonita lo decía en serio. Te deseo, y a Kieran no le importaría...

—¿Me deseas?

—Sí —contestó Mark, y Cristina apartó la mirada, repentinamente consciente de lo cerca que estaba su cuerpo del de él; de la forma de sus hombros bajo la chaqueta. Era hermoso como lo eran las hadas, con una especie de sobrenaturalidad, como el mercurio, como la luna rielando sobre el mar. No parecía muy tocable, pero lo había

visto besar a Kieran y sabía la verdad—. ¿No deseas ser deseada?

En otro tiempo, mucho antes, Cristina se habría sonrojado.

—No es la clase de cumplidos que gustan a las mujeres mortales.

—Pero ¿por qué no? —preguntó Mark.

—Porque suena como si yo fuera una cosa que quieres usar. Y cuando dices que a Kieran no le importaría, parece que es porque yo no importo.

—Eso es muy humano —replicó Mark—. Tener celos de un cuerpo pero no de un corazón.

Cristina había estudiado a las hadas a fondo. Era cierto que los seres mágicos solteros, fuera cual fuese su orientación sexual, daban muy poco valor a la fidelidad física, aunque otorgaban mucha más importancia que los humanos a la lealtad emocional. Muy pocos o ninguno de sus votos tenían que ver con el sexo, pero muchos hablaban del amor verdadero.

—Verás, yo no quiero un cuerpo sin corazón —explicó ella.

Mark no contestó, pero Cristina entendió su mirada. Con solo decirlo, podría tener a Mark Blackthorn. Le resultaba raro saberlo, incluso si no quería lo que él le ofrecía. Pero si le estuviera ofreciendo más... Bueno, hubo un tiempo en el que había pensado que nunca volvería a desear a nadie.

La alegraba saber que no era así.

—¿Es por Kieran? —preguntó—. ¿Es por él que podrías regresar a la Cacería, incluso si atrapamos al asesino?

—Kieran me salvó la vida —contestó Mark—. En la Cacería Salvaje yo no era nada.

—Eso no es cierto. Eres el hijo de lady Nerissa.

—Y Kieran es el hijo del rey de la corte noseelie —repuso Mark—. Lo dio todo por mí en la Cacería. Me protegió y me mantuvo vivo. Y solo me tiene a mí. Julian y los demás se tienen los unos a los otros. No me necesitan.

Pero no parecía convencido. Hablaba como si las palabras fueran hojas muertas, volando por un espacio vacío y dolorido en su interior. Y en ese momento Cristina se sintió atraída por él más que nunca, porque conocía esa sensación, la de estar tan vacío por dentro debido a la pérdida que sentías que el viento podría soplar a través de ti.

—Eso no es amor —afirmó Cristina—. Eso es una deuda.

Mark apretó los dientes. Nunca había sido más Blackthorn.

—Si he aprendido algo en esta vida, y acepto que no he aprendido mucho, es esto: ni los seres mágicos ni los mortales saben lo que es o no es el amor. Nadie lo sabe.

16

JUNTO A

—Así que, básicamente, habéis resuelto el caso —dijo Livvy.

Estaba tumbada sobre la alfombra de la habitación de Julian. Todos estaba repartidos por su cuarto: Cristina, sentada pulcramente en una silla; Ty, contra la pared con los auriculares puestos; Julian, sobre la cama con las piernas cruzadas. Se había quitado la chaqueta y subido las mangas. Los gemelos que Emma le había regalado brillaban sobre la mesilla de noche. Mark estaba tumbado boca abajo al pie de la cama, mirando a la cara a *Iglesia*, que había decidido hacerles una visita, seguramente debido al mal tiempo.

—O sea, ahora sabemos quién cometió los asesinatos.

—No exactamente —repuso Emma. Estaba sentada en el suelo, apoyada contra la mesilla de noche—. Esto es lo que sabemos: ese grupo, los Seguidores, o como se llamen, son los responsables de la muerte de Stanley Wells. Los Seguidores son, sobre todo, gente que tiene algo de sobrenatural. Tienen la Visión, son subterráneos en parte; Sterling es una especie de hombre lobo. Todos los meses hacen una lotería. Eligen a alguien, y esa persona se convierte en la víctima de un sacrificio.

—Wells fue víctima de un sacrificio —repuso Julian—. Así que lo lógico sería que los otros once asesinatos también hubieran sido cometidos por ese culto.

—Eso también explica lo de los cadáveres de hada —continuó Cristina—. Como muchos de ellos son medio hadas, no parece raro que hayan salido elegidos.

Julian miró a Mark.

—¿Crees que las Cortes sabrán si los cadáveres eran de hadas mestizas o de pura sangre?

—No sabría decírtelo —contestó Mark, que seguía mirando al gato—. A menudo no se distingue a simple vista, y algunos de los Seguidores son hadas de pura sangre.

—Se diría que las hadas de pura sangre tienen mejores cosas que hacer —aportó Ty, que se había quitado los auriculares. Emma oía salir una tenue música clásica de ellos—. ¿Por qué iban a unirse a algo así?

—Es un sitio para almas perdidas —dijo Mark—. Y desde la Paz Fría, muchos de los seres mágicos están perdidos. Tiene su lógica.

—Vi el anuncio en el Mercado de Sombras —aseguró Emma—. Y también a Belinda. Parecía buscar concretamente a cualquiera que tuviese la Visión, a cualquiera que pareciese asustado o solo. Pertener a un grupo, que te prometan buena suerte y salud, conseguir fuerza por medio de los sacrificios... Es fácil verle el atractivo.

—Parecen muy seguros de ellos mismos —dijo Cristina—. ¿Y cómo es que saben de la existencia de los nefilim?

—Sterling parecía tenernos miedo —apuntó Emma—. Es raro. Salió elegido, y eso significa que lo van a sacrificar. Tendría que querer toda la ayuda que le puedan prestar, aunque sea de los cazadores de sombras.

—Pero está prohibido obtener ayuda, ¿no? —recordó Livvy—. Si lo pillan aceptándola, podrían torturarlo; hacerle algo peor que matarlo.

Cristina se estremeció.

—O podría ser un verdadero devoto. Quizá piense que aceptar ayuda es un pecado.

—Muchos hombres han muerto por menos —repuso Mark.

—¿Cuántos crees que eran los Seguidores?

—Unos trescientos —contestó Julian.

—Bueno, si aún no podemos ir a ver a las hadas, tenemos dos opciones —dijo Emma—. O localizamos a cada uno de esos trescientos burros y los machacamos hasta que nos digan quién fue el autor material de los asesinatos...

—Parece muy poco práctico —repuso Ty—. Y perderíamos mucho tiempo.

—... o vamos directos a averiguar quién es el jefe —continuó Emma—. Y si alguien lo sabe, seguro que es esa tal Belinda.

Julian se pasó los dedos por el pelo.

—Belinda no es su nombre de verdad...

—Ya te he dicho que Johnny Rook la conoce —insistió Emma—. Lo más seguro es que sepa mucho más, ya que ese tipo de información sobre el Mundo de las Sombras es su negocio. Vamos a hablar con él.

—Sí, ya acordamos eso en el coche —repuso Mark, y frunció el ceño—. Este gato me mira como si me estuviera juzgando.

—No te juzga —contestó Jules—. Tiene esa cara.

—Tú me miras igual —dijo Mark clavando los ojos en Julian—. Con cara de juzgarme.

—Pero hemos progresado —insistió Livvy obstinada. Miró a Mark de reojo, y Emma vio la ansiedad en su mirada. Era tan raro que Livvy mostrara la preocupación que sentía que Emma se incorporó de golpe—. Deberíamos llamar a la legación de las hadas y decirles que los Seguidores son los responsables...

—No podemos —dijo Diana, que apareció en la puerta en ese momento—. Las hadas fueron muy concretas: «El que tenga sangre en las manos». Te puede parecer que querrían informes de los avances, pero yo no lo creo. Quieren resultados, eso es todo.

—¿Cuánto rato hace que nos estás escuchando? —preguntó Julian, aunque no había hostilidad en la pregunta. Se miró el reloj—. Es muy tarde.

Diana suspiró. Parecía cansada hasta la médula. Llevaba el pelo desarreglado e iba vestida de un modo poco corriente en ella, con una sudadera y vaqueros. Tenía un

largo arañazo en la mejilla.

—He pasado por la convergencia de vuelta de Ojai —explicó—. He entrado y he salido enseguida. Solo he tenido que matar a un Mantid. —Suspiró de nuevo—. No parece que nadie haya pasado por allí desde la noche que fuisteis vosotros. Me preocupa que nuestro nigromante se haya buscado un sitio nuevo.

—Bueno, si no lo hace en una convergencia, la próxima vez que emplee la magia negra aparecerá en el mapa de Magnus —dijo Ty.

—¿Has encontrado algo útil en Ojai? —preguntó Emma—. ¿Qué brujo había allí? Nadie que conozcamos, ¿verdad?

—No. —Diana se apoyó en el marco de la puerta; resultaba evidente que no pensaba dar más información—. He oído hablar de los Seguidores. Supongo que no debería sorprenderme que los hayáis localizado por aquí. Ojalá me lo hubierais dicho, pero...

—Ya te habías ido —explicó Jules. Se apoyó hacia atrás en las manos. Se había quitado la chaqueta; la camisa de vestir le quedaba tensa sobre el pecho. Darse cuenta de cómo era su cuerpo bajo la tela de algodón no estaba ayudando nada a Emma a concentrarse. Apartó la mirada, odiando sus descontrolados pensamientos—. Pero te puedo hacer un resumen.

Mientras él comenzaba su explicación, Emma se apartó en silencio y salió de la habitación. Oía la voz de Julian a su espalda, relatando lo que había ocurrido esa noche. Sabía que contaría la historia exactamente como había sucedido; no tenía que preocuparse por eso. Pero en aquel momento había dos personas con las que necesitaba hablar urgentemente, y tenía que hacerlo a solas.

—Mamá —susurró Emma—. Papá. Necesito que me ayudéis.

Se había quitado las botas y el vestido y los había dejado en un rincón junto a las armas. El tiempo había empeorado: fuertes rachas de viento cargadas de lluvia golpeaban el Instituto, hacían repicar los canalones de cobre y trazaban sobre los vidrios finos dibujos de plata. En la distancia, los relámpagos destellaban sobre el agua y la iluminaban como si fuera un cristal. Ya en pijama, Emma se sentó con las piernas cruzadas, mirando hacia el armario abierto.

Para una persona cualquiera el armario podría parecer un revoltijo de fotos, cuerdas y notas garabateadas, pero para ella era una carta de amor. Una carta de amor a sus padres, cuya fotografía ocupaba el centro del conjunto. Una foto de ellos sonriéndose, su padre pillado a media carcajada, su cabello rubio brillando bajo el sol.

—Estoy muy perdida —empezó—. Comencé esto porque pensaba que había alguna conexión entre esos asesinatos y lo que os ocurrió a vosotros. Pero si la hay, no la encuentro. Nada los relaciona con el ataque al Instituto. Me siento como si estuviera perdida en la niebla y no pudiera ver nada con claridad.

Era como si tuviera algo atascado en el cuello, algo duro y doloroso. Una parte de ella solo quería salir corriendo bajo la lluvia, sentirla caer sobre sí. Caminar o correr hasta la playa, donde el mar y el cielo se fundirían en uno, y dejar que el trueno cubriera sus gritos.

—Y hay más —continuó, susurrando—. Creo que la estoy fastidiando. Como... como cazadora de sombras. Desde la noche que hirieron a Jules, cuando lo curé..., desde entonces cuando lo miro, siento... cosas que no debería sentir. Pienso en él como no se debe pensar en un *parabatai*. Estoy segura de que él no siente lo mismo, pero esta noche, durante unos pocos minutos, cuando estábamos bailando, he sido... feliz. —Cerró los ojos—. Se supone que el amor te hace feliz, ¿no es cierto? No debe doler, ¿verdad?

Llamaron a la puerta.

«Jules», pensó. Se puso en pie justo cuando la puerta se abría.

Era Mark.

Aún llevaba el traje oscuro que contrastaba con su cabello rubio. Cualquiera otra persona se habría sentido cohibida, se dijo Emma mientras él entraba en la habitación, miraba el armario y luego a ella. Cualquiera otra persona habría preguntado si interrumpía o si molestaba, ya que ella estaba en pijama. Pero Mark se comportaba de la forma más natural del mundo.

—El día que se me llevaron —comenzó— fue el mismo día que mataron a tus padres.

Ella asintió, mirando el armario. Tenerlo abierto la hacía sentirse expuesta.

—Ya te dije que lamentaba lo que les había ocurrido —continuó Mark—. Pero no es suficiente. No había pensado que esta investigación acabaría siendo sobre mí. Para que mi familia tratase de mantenerme aquí. Que mi presencia relegaría a segundo plano la importancia de lo que llevas haciendo todos estos años.

Emma se sentó al pie de la cama.

—Mark..., no es eso.

—Sí es eso —insistió él. Sus ojos se veían luminosos bajo la extraña luz: la ventana estaba abierta y el destello de los relámpagos iluminaba la habitación—. No deberíais estar trabajando en esto solo para que yo me quede, cuando quizá no lo haga.

—No volverás a Feéra, ¿verdad?

—Lo único que se prometió fue que yo podría escoger —repuso Mark—. No he... no puedo... —Apretó los puños a los costados, con una clara expresión de frustración—. Pensé que tú lo entenderías. Tú no eres Blackthorn.

—Soy la *parabatai* de Julian —replicó ella—. Y Julian necesita que te quedes.

—Julian es fuerte.

—Sí, es fuerte —aceptó ella—, pero tú eres su hermano. Y si te vas... no sé si podré recoger los pedazos.

Él volvió a mirar el armario.

—Sobrevivimos a las pérdidas —susurró.

—Sí —asintió Emma—. Pero mis padres no me abandonaron de forma voluntaria. No sé qué habría sido de mí si lo hubieran hecho.

El estruendo de un trueno sacudió la habitación. Mark se llevó la mano al cuello.

—Cuando oigo truenos y veo rayos, pienso que debería estar cabalgando entre ellos —explicó—. Mi sangre me pide el cielo.

—¿Quién te dio ese colgante? —preguntó Emma—. Es un dardo élfico, ¿verdad?

—En la Cacería demostré mucha habilidad con ellos —explicó Mark—. Incluso cabalgando, podía dispararle a un enemigo y dar en la diana nueve de cada diez veces. Me llamaban el «tiro élfico» porque... —Mark se interrumpió y miró a Emma, sentada en la cama—. Tú y yo somos iguales —dijo—. La tormenta te llama como a mí, ¿verdad? Te lo he visto antes en los ojos; querías estar fuera, con ella. Correr hacia la playa, quizá, mientras caen los rayos.

Emma tragó con fuerza, temblorosa.

—Mark, yo no...

—¿Qué está pasando? —Era Julian. Se había cambiado de ropa y estaba en la puerta. La expresión de su rostro mientras pasaba la mirada de uno a la otra... Emma no podía describirla. Nunca antes lo había visto así—. Si interrumpo puedo volver en otro momento —dijo, y su voz era cortante como el filo de una navaja.

Mark lo miró confuso. Emma, fijamente.

—Mark y yo estábamos hablando —dijo—. Nada más.

—Y ya hemos acabado. —Mark se puso en pie, con una mano sobre el dardo élfico.

Julian los miró a los dos sin perder la calma.

—Mañana por la tarde, Diana llevará a Cristina a ver a Malcolm —informó—. Parece que Cristina quiere hablar con el Gran Mago sobre cómo hacemos las cosas aquí en comparación con Ciudad de México. Seguramente Diana solo quiere comprobar cómo va la traducción de Malcolm y necesita una excusa.

—Vale, entonces podremos ir a casa de Rook —dijo Emma—. O podría ir yo sola, si lo prefieres; está acostumbrado a mí. Aunque la última vez que nos vimos no fue demasiado bien. —Frunció el cejo al recordarlo.

—No, iré contigo —contestó Julian—. Rook tiene que entender que esto es serio.

—¿Y yo? —preguntó Mark—. ¿Voy a formar parte de esa expedición?

—No —respondió Julian—. Johnny Rook no puede saber que has vuelto. La Clave no lo sabe, y Rook no guarda secretos; los vende.

Mark miró a su hermano a través del flequillo, con sus dispares ojos brillando.

—Entonces supongo que me quedaré durmiendo —dijo. Lanzó una última mirada al armario de Emma, y en su expresión había algo raro, algo inquietante; luego salió y cerró la puerta tras de sí.

—Jules —dijo Emma—, ¿qué te pasa? ¿A qué venía eso de «si interrumpo»? ¿Acaso crees que Mark y yo nos estábamos enrollando en el suelo antes de que

entraras?

—Si ese fuera el caso, tampoco sería asunto mío —replicó Julian—. Solo estaba respetando tu intimidad.

—Solo estabas siendo un idiota. —Emma bajó de la cama y fue al tocador para quitarse los pendientes sin dejar de mirar a Julian por el espejo—. Y sé por qué.

Vio que la expresión de Julian cambiaba y se tensaba, y luego la sorpresa dejó paso a la impenetrabilidad.

—¿Por qué?

—Porque estás preocupado —contestó ella—. No te gusta saltarte las normas, y no crees que ir a ver a Rook sea buena idea.

Nervioso, Julian entró en la habitación y se sentó en la cama.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —inquirió—. Emma, si tenemos que ir a ver a Rook, entonces me apunto al plan. Estoy contigo al ciento por ciento.

Emma se miró en el espejo. La melena larga no le ocultaba las Marcas de los hombros; tenía los brazos musculados; las muñecas gruesas y fuertes. Era un mapa de cicatrices: las viejas y blancas de las runas usadas, sinuosos recorridos de cortes y las manchas de las quemaduras del ácido de la sangre de los demonios.

De repente se sintió vieja, no solo con diecisiete años en vez de doce, sino vieja. Vieja de corazón y quedándose sin tiempo. Seguro que de ser posible encontrar al asesino de sus padres ya debería haberlo hecho.

—Perdona —dijo.

Él se apoyó en el cabezal. Llevaba una vieja camiseta y los pantalones de pijama.

—¿Por qué?

«Por lo que siento». Se tragó las palabras. Si tenía sentimientos raros hacia Jules, no era justo decírselo. Era ella la que fallaba.

Y él sufría. Lo podía ver en el gesto de su boca, en la oscuridad tras sus ojos.

—Por dudar de ti —fue lo que dijo.

—Lo mismo digo. —Se tiró sobre las almohadas. La camiseta se le levantó y le dio a Emma una clara visión del estómago, de los abultados músculos, de las doradas pecas que le salpicaban la cadera...

—Creo que nunca voy a averiguar lo que les pasó a mis padres.

Él se incorporó, lo que fue un alivio.

—Emma —exclamó, y luego se calló. No dijo: «¿Por qué dices eso?» ni «¿Qué quieres decir?» ni nada de lo que se solía responder en estos casos. En vez de eso, dijo—: Lo averiguarás. Eres la persona más decidida que he conocido.

—Me siento más lejos de lograrlo que nunca. Aunque tenemos una conexión, aunque estamos siguiendo una pista, no veo cómo la muerte de mis padres puede estar relacionada con el Midnight Theater o la Lotería. No veo...

—Tienes miedo —dijo Julian.

Emma se apoyó en el tocador.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de descubrir algo sobre ellos que prefieras no saber —contestó él—. En tu cabeza tus padres son perfectos. Ahora que nos estamos acercando a la respuesta, te preocupa descubrir que eran...

—¿Imperfectos? —Emma trató de que no se le notara la tensión en la voz—. ¿Malos?

—Humanos —replicó él—. Todos acabamos descubriendo que la gente que se supone que debe cuidarnos es humana; que comete errores. —Se apartó el pelo de los ojos—. Vivo con el miedo constante al día en que los niños descubran eso de mí.

—Julian —repuso Emma—. Lamento tener que decírtelo, pero creo que ya se han dado cuenta.

Él sonrió y bajó de la cama.

—Ironía —dijo—. Supongo que eso significa que estás bien.

Fue hacia la puerta.

—No podemos decirle a Diana que vamos a ver a Rook —recordó Emma—. Cree que es un mangante.

—Y no se equivoca. —La tenue luz del cuarto destelló sobre el brazalete de Julian—. Emma, ¿quieres que me...?

Vaciló, sin embargo Emma ya había oído las palabras no dichas: «¿... quede contigo?».

«Quédate conmigo —quería decir—. Quédate y hazme olvidar las pesadillas. Quédate y duerme a mi lado. Quédate y aleja los malos sueños, el recuerdo de la sangre».

Pero solo pudo forzar una sonrisa.

—Debería irme a dormir, Jules.

No pudo ver su expresión, porque Julian se volvió para salir del cuarto.

—Buenas noches, Emma.

Al día siguiente, Emma se despertó tarde y con dolor de cabeza. En algún momento de la noche, la tormenta había limpiado el cielo de nubes y el sol del mediodía brillaba con fuerza. Saltó de la cama, se duchó, se puso unos vaqueros y una camiseta, y casi chocó con Cristina al salir del dormitorio.

—Has dormido tanto que me tenías preocupada —la riñó Cristina—. ¿Estás bien?

—Lo estaré en cuanto desayune. Quizá algo con chocolate.

—Es demasiado tarde para desayunar. Ya ha pasado la hora de comer. Julian me ha enviado a buscarte; dice que tiene bebida y unos bocadillos en el coche, pero que os tenéis que ir ya.

—¿Crees que serán bocadillos de chocolate? —preguntó Emma mientras caminaba junto a Cristina hacia la escalera.

—¿Qué es un bocadillo de chocolate?

—Ya sabes: pan, un trozo de chocolate, mantequilla.

—Qué asco. —Cristina negó con la cabeza. Las perlas de las orejas destellaron.

—No tan asqueroso como el café. ¿Vas a ver a Malcolm?

Cristina sonrió.

—Le haré un millón de preguntas a vuestro brujo de ojos violeta para que Diana no pueda pensar en Julian y en ti, y en si podéis estar en casa del señor Rook.

—No estoy segura de que sea un señor —repuso Emma conteniendo un bostezo—. Nunca he oído que nadie lo llame nada que no sea: «Eh, Rook», o a veces, «Ese cabrón».

—¡Qué grosería! —exclamó Cristina. Había algo juguetón en sus ojos oscuros—. Creo que a Mark lo pone nervioso quedarse solo con los pequeños. Va a ser muy divertido. —Le tiró de una de las húmedas trenzas—. Julian te espera abajo.

—Buena suerte distrayendo a Malcolm —le deseó Emma a Cristina mientras esta se alejaba por el pasillo hacia la cocina, donde, seguramente, se hallaría Diana, esperándola.

Cristina el guiñó un ojo.

—Y buena suerte consiguiendo información, *cuata*.

Emma asintió con la cabeza mientras se dirigía al aparcamiento, donde encontró a Julian junto al coche, examinando el contenido del maletero. A su lado estaba Mark.

—Pensaba que Cristina también estaría aquí —estaba diciendo Mark mientras Emma se acercaba—. No sabía que se iba a ver a Malcolm. No creí que fueras a dejarme solo con los niños.

—Ya no son niños —repuso Julian, y saludó a Emma con la cabeza—. Ty y Livvy ya tienen quince años; ya se han ocupado de los más pequeños antes.

—Tiberius está enfadado porque no lo dejáis ir con vosotros a ver a Rook —comentó Mark—. Ha dicho que iba a encerrarse en su habitación.

—Fantástico —exclamó Julian. Tenía la voz áspera; parecía no haber dormido. Emma se preguntó qué lo habría mantenido despierto. ¿La investigación?—. Supongo que así sabrás dónde está. Mira, al único que hay que vigilar es a Tavvy.

Mark parecía enfermo de terror.

—Lo sé.

—Es un niño, no una bomba —bromeó Emma mientras se abrochaba el cinturón de armas. Había varios cuchillos serafines y una estela en él. No llevaba el equipo de combate, solo unos vaqueros y una chaqueta que le ocultaría la espada en la espalda. No era que esperara problemas, pero no le gustaba salir sin *Cortana*, que en ese momento dormía en el maletero—. Todo irá bien. Dru y Livvy pueden ayudarte.

—Quizá esta misión vuestra sea demasiado peligrosa —repuso Mark mientras Julian cerraba el maletero—. Cualquier hada os diría que un *rook* es un cuervo negro, un pájaro de mal agüero.

—Lo sé —contestó Julian, mientras metía un último estilete en la vaina que llevaba alrededor de la muñeca—. También se usa para denominar a un estafador o un timador. Fue la palabra del día que me puso Diana el año pasado.

—Johnny Rook es un timador, no hay duda —aceptó Emma—. Pero solo embauca a los mundanos. Nosotros no tendremos ningún problema.

—Los niños podrían prenderse fuego —insistió Mark. No parecía estar bromeando.

—Ty y Livvy tienen quince años, quince —repitió Emma—. Casi la misma edad que tenías tú cuando te metieron en la Cacería. Y a ti...

—Y a mí ¿qué? —Mark volvió hacia ella sus extraños ojos—. ¿No me pasó nada?

Emma notó que se sonrojaba.

—Una tarde en casa no es exactamente lo mismo que ser raptado por depredadores hada caníbales.

—No nos comíamos a las personas —soltó Mark indignado—. Al menos no que yo sepa.

Julian abrió la puerta del conductor y entró en el coche. Emma se subió al asiento del copiloto mientras Julian se asomaba por la ventanilla y miraba a su hermano con compasión y algo de sorna.

—Mark, tenemos que irnos. Si pasa algo, haz que Livvy nos envíe un mensaje, pero por ahora Rook es lo mejor que tenemos. ¿De acuerdo?

Mark se cuadró como si estuviera preparándose para la batalla.

—De acuerdo.

—Y si consiguen prenderse fuego...

—¿Qué?

—Pues será bueno que encuentres una manera de apagarlos.

Johnny Rook vivía en Victoria Heights, en una casita que parecía hecha artesanalmente, con ventanas polvorientas, encajada entre dos grandes casas unifamiliares de una sola planta. Tenía un aire abandonado que, supuso Emma, estaba cuidadosamente estudiado. Parecía la clase de sitio que los niños del barrio se saltan cuando van pidiendo caramelos en Halloween.

Por lo demás, la calle era bonita. Había niños jugando a la rayuela unas cuantas casas más abajo, y un anciano leía el periódico en su cenador rodeado de gnomos de jardín. Cuando Julian pensaba en la vida mundana, solía imaginarse algo como eso. A veces se le ocurría que no era tan mala.

Emma se estaba colgando a *Cortana* a la espalda. Ya se habían envuelto en un *glamour*, así que no tenían que preocuparse de que los niños de la calle la vieran ajustándose la cincha, con un ligero ceño mientras conseguía la colocación perfecta. El cabello le resplandecía bajo el sol de California, más brillante que el oro del puño de la espada. Las blancas cicatrices de las manos también brillaban, tenues, como un entramado de encaje.

No, la vida mundana no era una opción.

Emma alzó la cabeza y le sonrió. La fácil sonrisa de siempre. Era como si la noche anterior, que aún le parecía un sueño febril con el baile y la música, no hubiera existido.

—¿Preparado? —preguntó ella.

El sendero pavimentado que llevaba a la puerta de la casa estaba resquebrajado por donde las raíces de los árboles habían crecido buscando la humedad exterior, su fuerza inexorable rajando el pavimento. La persistencia de las cosas que crecían, pensó Julian, y deseó tener una tela y óleos. Estaba sacando el móvil para hacer una foto cuando sonó el timbre apagado que lo avisaba de la llegada de un mensaje.

Miró a la pantalla. Era de Mark.

No encuentro a Ty.

Julian frunció el cejo y tecleó una respuesta con el pulgar mientras subía rápidamente los escalones detrás de Emma.

¿Has mirado en su cuarto?

Había una elaborada aldaba sobre la puerta delantera con la forma de un duendecillo de pelo alborotado y ojos enloquecidos. Emma la levantó y la dejó caer mientras el móvil de Julian volvía a sonar.

¿Me tomas por un bufón? Claro que sí.

—¿Jules? —preguntó Emma—. ¿Va todo bien?

—¿Bufón? —masculló Julian para sí mientras sus dedos volaban sobre la pantalla.

¿Qué dice Livvy?

—¿Acabas de mascullar «bufón»? —preguntó Emma. Julian oyó pasos acercándose al otro lado de la puerta—. Julian, intenta no comportarte como un bicho raro, ¿vale?

La puerta se abrió. El hombre que apareció al otro lado era alto y desgarbado, vestido con unos vaqueros y una chaqueta de cuero. Llevaba el cabello tan corto que resultaba difícil ver de qué color era, y unas gafas oscuras le ocultaban los ojos.

Se apoyó contra el marco de la puerta en cuanto vio a Emma.

—Carstairs —dijo. Fue un sonido entre un ruego y un lamento.

El móvil de Julian sonó de nuevo.

Livvy dice que no sabe.

El hombre alzó una ceja.

—¿Ocupado? —soltó sardónico, y se volvió hacia Emma—. Tu otro novio era más educado.

Emma se sonrojó.

—No es mi novio. Es Jules.

—Claro. Debería haber reconocido los ojos de los Blackthorn. —La voz de Rook se tornó sedosa—. Eres igual que tu padre, Julian.

A este no le gustó demasiado la sonrisita de aquel hombre. Pero claro, nunca le había gustado nada que Emma tuviera trato con Rook. Los mundanos que tonteaban con la magia, incluso los que tenían la Visión, eran un asunto peliagudo para la Clave; no había una Ley en sí, pero se suponía que no se debía tratar con ellos. Si se necesitaba magia para algo, se contrataba a un agradable mago con el beneplácito de la Clave.

Aunque a Emma nunca le había importado mucho la aprobación de la Clave.

Livvy miente. Siempre sabe dónde está Ty. Haz que te lo diga.

Julian se guardó el móvil en el bolsillo. No era raro que Ty desapareciera; se metía en rincones de la biblioteca o en lugares de las colinas donde podía hacer salir a los lagartos de debajo de las rocas. Y estaba enfadado, lo que aún hacía más probable que se escondiera.

El hombre abrió la puerta del todo.

—Entrad —dijo con tono de resignación—. Ya conoces las reglas. Nada de sacar armas, Carstairs. Y nada de replicar.

—Define «replicar» —repuso Emma mientras entraba en la casa.

Julian la siguió. Una ola de magia espesa como el humo de un edificio en llamas le dio de lleno. Colgaba del aire del pequeño salón, casi visible bajo la tenue luz que se filtraba por las cortinas amarillentas. Altas estanterías, también construidas artesanalmente, contenían libros de hechizos y grimorios, copias del *Malleus Maleficarum*, el *Pseudomonarchia Daemonum* y *La clave de Salomón*, junto con un volumen rojo con las palabras *Dragon Rouge* en el lomo. Una alfombra amarillenta, a juego con las cortinas, cubría el suelo de cualquier manera; Rook la apartó de una patada con una sonrisa desagradable.

Bajo ella había un círculo mágico dibujado con tiza sobre las maderas del suelo. Era el tipo de círculo en el que se metían los brujos cuando invocaban demonios; creaba un muro protector. En realidad eran dos circunferencias concéntricas que formaban una especie de marco, y dentro de este estaban dibujados los sigilos de los setenta Señores del Infierno. Julian frunció el cejo cuando Rook se puso dentro del círculo y se cruzó de brazos.

—Un círculo de protección —explicó Rook aunque no había necesidad—. No podéis entrar.

—Y tú no puedes salir —observó Julian—. Al menos, no fácilmente.

Rook se encogió de hombros.

—¿Y para qué querría salir?

—Porque estás jugando con una magia muy poderosa.

—No me juzgues —replicó Rook—. Los que no podemos emplear la magia del cielo debemos usar lo que tenemos a mano.

—¿Los sigilos del Infierno? —respondió Julian—. Sin duda, debe de haber un término medio entre el cielo y el infierno.

Rook sonrió un instante.

—Está el mundo —contestó Rook—. Es un lugar complicado, cazador de sombras, y no todos podemos mantener las manos limpias.

—Existe una diferencia entre la suciedad y la sangre —replicó Julian.

Emma le lanzó una mirada para que se calmara, una mirada que decía: «Estamos aquí porque necesitamos algo». No siempre tenía que escribirle sobre la piel para que él supiera lo que estaba pensando.

Las cortinas se agitaron, aunque no soplaba ninguna brisa.

—Mira, no hemos venido para molestarte —comenzó Emma—. Solo queremos información, y luego nos iremos.

—La información no es gratis —repuso Rook.

—Esta vez tengo algo que te gustará mucho. Mejor que el dinero —dijo Emma.

Evitando los ojos de Julian, sacó del bolsillo de la chaqueta una barra de piedra de color blanco plateado. Se sonrojó un poco al notar la mirada de su *parabatai* sobre ella cuando este se dio cuenta de lo que estaba sujetando: un cuchillo serafín sin nombre.

—¿Qué va a hacer él con el *adamas*? —preguntó Julian.

—El *adamas* trabajado por las Hermanas de Hierro alcanza un alto precio en el Mercado de Sombras —dijo Rook, sin apartar los ojos de lo que le mostraba Emma—. Pero aún depende de lo que queráis saber.

—El Midnight Theater y los Seguidores —contestó Emma—. Queremos información sobre ellos.

Rook entrecerró los ojos.

—¿Qué queréis saber?

Emma le hizo un breve resumen de lo ocurrido la noche anterior, sin mencionar a Mark ni cómo se habían enterado de la existencia de la Lotería. Cuando acabó, Rook soltó un largo silbido.

—Casper Sterling. Siempre he pensado que ese tío era un mierda. Fardando siempre de que era mejor que los licántropos y también que los humanos. No puedo decir que lamente que saliera su número.

—Johnny —dijo Emma con severidad—. Van a matarlo.

Una extraña expresión cruzó el rostro de Rook, pero desapareció enseguida.

—¿Y qué quieres que haga yo? Son toda una organización, Carstairs.

—Queremos saber quién es su líder —dijo Julian—. Belinda lo llamó el Guardián. A él es al que tenemos que encontrar.

—No lo sé —repuso Rook—. Y no estoy seguro de que ni por *adamas* valga la pena cabrear a los Seguidores. —Pero sus ojos seguían pegados a la piedra blanca plateada, anhelantes.

Emma aprovechó la ventaja.

—Nunca sabrán que tú has tenido nada que ver con esto —le aseguró—. Pero te vi flirteando con Belinda en el Mercado de Sombras. Ella seguro que conoce al líder.

Rook negó con la cabeza.

—No lo conoce.

—Mmm —murmuró Emma—. Bien, ¿y cuál de ellos lo conoce?

—Ninguno. La identidad del líder es un absoluto secreto. Ni siquiera sé si es un hombre o una mujer. El Guardián podría ser lo uno o lo otro, ¿sabes?

—Si descubro que me estás ocultando algo, Johnny —lo amenazó Emma con frialdad—, habrá consecuencias. Diana sabe que estoy aquí. No podrás buscarme problemas con la Clave, pero yo sí podría buscártelos a ti. Problemas graves.

—Emma, olvídale —sugirió Julian con voz aburrida—. No sabe nada. Coge el *adamas* y vámonos.

—Les dan dos días —comenzó Rook con una voz cortante y enfadada—. Cuando sale su número tienen dos días antes de que los maten. —Los miró furioso a ambos, como si de algún modo todo eso fuera culpa de ellos—. Es magia simpática. La energía de la muerte de una criatura sobrenatural da fuerza al hechizo que los hace más poderosos a todos. Y el líder... aparece para la ejecución. Eso es todo lo que sé. Si estáis ahí cuando lo maten, lo veréis. O la veréis. Sea lo que sea.

—¿El Guardián aparece para el asesinato? —repitió Emma—. ¿Para recoger la energía?

—Y si seguimos a Sterling, si esperamos a que alguien lo ataque, ¿veremos al Guardián? —preguntó Julian.

—Sí. Eso tendría que funcionar. Es decir, estáis locos si queréis meteros en una gran fiesta de magia negra, pero supongo que eso es asunto vuestro.

—Supongo que sí —concluyó Julian. Su móvil volvió a zumbiar.

Livvy no quiere decirme nada. Se ha encerrado en su cuarto. Ayuda.

Un hilillo de preocupación comenzó a desenroscarse en el estómago de Julian. Se dijo que estaba siendo estúpido. Sabía que se preocupaba demasiado por sus hermanos. Seguramente Ty se habría ido detrás de algún animal, estaría acariciando una ardilla o acunando a un gato perdido. O podría haberse encerrado con un libro sin querer hablar con nadie.

Julian escribió una respuesta:

Sal afuera y búscalos en el patio trasero.

—¿Sigues con los mensajitos? —soltó Rook en tono burlón—. Supongo que tienes una vida social muy intensa.

—Yo no me preocuparía —replicó Julian—. Me estoy quedando sin batería. El móvil zumbó de nuevo.

Voy para allá.

Luego la pantalla se puso negra. Julian se metió el móvil en el bolsillo justo cuando se oyó un fuerte golpe procedente de abajo, y luego el sonido de un llanto ahogado.

—¿Qué demonios...? —exclamó Rook.

La sorpresa en su voz era auténtica. Emma debía de haberlo oído también, porque ya estaba moviéndose hacia la escalera que llevaba al piso de abajo. Rook les gritó algo, pero Julian sabía que tardaría un momento en poder salir de su círculo protector. Sin volverse para mirar a Rook, siguió a Emma.

Kit Rook se apretaba contra las sombras del fondo de la escalera. Le llegaban voces desde arriba, junto a un poco de luz del día. Su padre siempre lo enviaba al sótano cuando tenía visitas. Sobre todo la clase de visitas que lo hacían correr a por su tiza para dibujar un círculo protector.

Kit solo veía sombras moviéndose arriba, pero oía dos voces. Voces jóvenes, reconoció sorprendido. Un chico y una chica.

Tenía una idea bastante exacta de lo que eran, y no eran subterráneos. Había visto la cara de su padre cuando habían llamado a la puerta. Rook no había comentado nada, pero solo había una cosa que le hacía poner esa cara: los cazadores de sombras.

Nefilim. Kit comenzó a notar el lento ardor de la rabia en el estómago. Había estado sentado cómodamente en el sofá viendo la tele y ahora tenía que estar agazapado en el sótano como un ladrón en su propia casa, porque los cazadores de sombras creían que tenían derecho a legislar la magia, a decirle a todo el mundo lo que debía hacer, a...

Algo fue hacia él desde las sombras. Lo golpeó con fuerza en el pecho e hizo que se tambalease hasta darse con la pared, luchando por respirar. Ahogó un grito cuando la luz lo rodeó, una luz pálida y blanca, sujeta por una mano humana.

Algo agudo le raspó la base del cuello. Kit tragó saliva y alzó los ojos.

Estaba mirando directamente a un chico de su misma edad. Pelo negro y ojos del color del filo de una navaja, que se apartaron de él mientras el chico fruncía el cejo. Tenía el cuerpo esbelto, alto y vestido de negro, y la clara piel marcada por todas partes con las runas de los nefilim.

Kit nunca había estado tan cerca de un cazador de sombras. El chico tenía en una mano la luz (no era una linterna ni nada electrónico, Kit reconocía la magia cuando la veía), y con la otra empuñaba una daga cuya punta reposaba sobre el cuello de Kit.

Kit había imaginado muchas veces qué haría si alguna vez lo agarraba un nefilim. Cómo le daría un fuerte pisotón, le rompería los huesos, le quebraría la muñeca, le escupiría a la cara. No hizo nada de eso; no pensó en nada de eso. Miró al chico con el cuchillo, el chico cuyas pestañas negras aletearon sobre los pómulos cuando apartó la mirada de Kit, y notó algo como un inesperado reconocimiento.

Pensó: «Qué hermoso».

Kit parpadeó. Aunque el otro chico no lo miraba directamente, pareció notar el movimiento.

—¿Quién eres? —le preguntó el nefilim en un seco susurro—. ¿Qué estás haciendo aquí? Eres demasiado pequeño para ser Johnny Rook.

Su voz era encantadora. Clara y baja, con cierta aspereza que lo hacía parecer mayor de lo que era. La voz de un niño rico.

—No —contestó Kit. Se sintió deslumbrado y perplejo, como si le hubieran disparado el flash de una cámara a los ojos—. No lo soy.

El chico no lo miraba directamente. Era como si no valiera la pena posar los ojos en Kit. Comenzó a sentirse menos deslumbrado y más furioso.

—Va —soltó Kit desafiante—. Averigua quién soy.

La expresión del chico se oscureció y luego se aclaró.

—Eres su hijo —concluyó—. El hijo de Johnny Rook.

Y entonces sus labios se curvaron en una levísima sonrisa despectiva, y la furia bulló dentro de Kit. Se apartó de golpe, alejándose de la daga, y lanzó una patada. El otro chico se apartó, pero Kit lo alcanzó de refilón. Oyó un gemido de dolor. La luz cayó de la mano del chico y se apagó. Entonces lo empujaron de nuevo contra la pared, con una mano agarrándole la camisa, y la daga volvió a pegarse a su cuello.

—Silencio, silencio, silencio —le susurró el otro chico.

Y entonces la sala se iluminó por completo.

El otro chico se quedó inmóvil. Kit alzó la mirada y vio a otros dos cazadores de sombras en la escalera del sótano: un chico con brillantes ojos verde azulado y la chica rubia a la que había visto en el Mercado de Sombras la semana anterior. Ambos tenían los ojos clavados, aunque no en él, sino en quien lo agarraba por la camisa.

Hizo una mueca de dolor, pero aguantó el tipo, con una expresión de desafío que hizo desaparecer la de alarma en su rostro.

«Vaya —pensó Kit, dándose cuenta de la situación—. Tú no deberías estar aquí abajo, ¿verdad?».

—Tiberius Blackthorn —dijo el chico de los ojos verde azulado—. ¿Qué se supone que estás haciendo?

Emma se quedó mirando a Ty boquiabierta, totalmente perpleja. Era como si de repente el Instituto hubiera aparecido en medio del sótano de Johnny Rook: la visión de Ty era algo familiar, pero del todo incongruente a la vez.

Ty estaba desaliñado y parecía más cansado de lo que lo había visto en años, aunque sujetaba la daga con firmeza. Diana habría estado satisfecha. Aunque era probable que no lo hubiera estado tanto al verlo apuntar al cuello de un mundano, un chico de unos quince años que a Emma le resultaba curiosamente familiar. De repente cayó en que lo había visto antes, en el Mercado de Sombras. Su cabello era una masa de enredos rubios; su camisa estaba limpia pero gastada; los vaqueros, tan usados que eran casi blancos. Y parecía estar a punto de darle un puñetazo a Ty en toda la cara, lo que era raro para un humano en su situación. La mayoría de ellos se asustaban mucho con una daga en el cuello.

—Ty —repitió Julian. Parecía furioso; aunque con un toque de pánico—. Ty, suelta al hijo de Johnny Rook.

El chico rubio abrió los ojos sorprendido.

—¿Cómo... cómo sabes quién soy? —preguntó.

Julian se encogió de hombros.

—¿Y quién ibas a ser si no? —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Quizá tú sepas algo sobre la Lotería del Midnight Theater.

—Jules —lo reconvino Emma—. Solo es un niño.

—¡No soy un niño! —protestó el chico—. Y me llamo Kit.

—Estamos tratando de ayudar —explicó Julian. El chico rubio, Kit, frunció las cejas. Julian suavizó la voz—. Tratamos de salvar vidas.

—Mi padre me ha explicado que eso es lo que dicen siempre los cazadores de sombras.

—¿Y tú te crees todo lo que te dice tu padre?

—Esta vez tenía razón, ¿no? —observó Kit. Su mirada pasó a Emma. Esta recordó haberse dado cuenta de que el chico tenía la Visión. Pero había pensado que era el ayudante de Rook, no su hijo. No se parecían en nada—. Es lo que acabas de decir.

—Lo que quería decir... —comenzó Julian.

—No sé nada de la Lotería —soltó Kit.

Miró a Tiberius. Lo que quizá fuera más extraño era que Ty lo estaba mirando a él. Emma recordó a Ty, años atrás, diciendo: «¿Por qué la gente dice “mírame” cuando quieren decir “mírame a los ojos”? Podrías estar mirando a cualquier otra parte de la persona y en realidad estarías mirándola». Pero observaba con curiosidad los ojos de Kit como si le recordaran algo.

—¡Kit! —Sonó como un rugido. Emma oyó apresurados pasos por la escalera, y a continuación apareció Johnny Rook. Tenía una manga chamuscada. Emma nunca lo

había visto tan furioso—. ¡Dejad a mi hijo en paz!

Ty sujetó mejor el cuchillo e irguió la espalda. Miró a Johnny Rook sin el más mínimo miedo.

—Háblanos de la Lotería —le dijo.

Kit hizo una mueca de miedo. Emma lo vio, incluso en la penumbra. A ella no le parecía que Ty diera miedo, pero claro, ella lo había llevado en brazos cuando tenía tres años. Sin embargo, el miedo era evidente en el rostro de Johnny Rook: por lo que él suponía, los nefilim habían colado a un cazador de sombras en su sótano para asesinar a su hijo.

—Os daré la dirección de Caspar Sterling —ofreció Rook mientras Kit lo miraba sorprendido. Era evidente que pocas veces había visto a su padre tan asustado—. Tiene un montón de identidades diferentes y no es fácil de encontrar, pero sé dónde vive. ¿Vale? ¿Os basta eso? ¡Soltad a mi hijo!

Ty bajó el cuchillo y se apartó. Lo mantuvo en la mano, con los ojos clavados en Kit, mientras el otro niño se frotaba preocupado la marca del cuello.

—Papá, yo... —comenzó este.

—Cállate, Kit —le ordenó Johnny Rook—. Ya te lo he dicho. Ni una palabra delante de los nefilim.

—Estamos del mismo lado —dijo Julian con su voz más tranquila.

Johnny Rook se volvió hacia él. Tenía el rostro enrojecido y tragaba saliva con indignación.

—No te atrevas a decirme de qué lado estoy; tú no sabes nada, nada...

—¡Basta! —gritó Emma—. Por el Ángel, ¿qué es lo que te asusta tanto?

Johnny cerró la boca de golpe.

—No estoy asustado —dijo con los dientes apretados—. Marchaos. Salid y no volváis nunca. Os enviaré un mensaje con la dirección, pero después de eso, no volváis por aquí, no me llaméis, no me pidáis favores. Hemos acabado, nefilim.

—De acuerdo —repuso Emma, e hizo un gesto a Ty para que se fuera con Julian y con ella—. Nos vamos. Ty...

Este se colgó la daga del cinturón y subió corriendo la escalera. Julian fue tras él. El chico no miró cómo se marchaban; tenía los ojos fijos en su padre.

No era mucho más joven que Emma, quizá un año o dos, pero de repente esta sintió un inexplicable instinto de protección hacia el chico. Si tenía la Visión, entonces todo el Inframundo estaba abierto a él: terrorífico e inexplicable. A su manera, era como Tiberius, viviendo en un mundo que veía de un modo diferente a los demás.

—Muy bien, Johnny —repitió Emma en voz muy alta—. Pero si cambias de opinión, tienes mi número en tu teléfono. Por Carstairs.

Johnny la miró furioso.

—Llámame —repitió Emma, y esta vez miró directamente a Kit—. Si necesitas cualquier cosa.

—¡FUERA DE AQUÍ! —Rook parecía a punto de estallar o de sufrir un ataque al corazón, así que después de echar un último vistazo hacia atrás, Emma se marchó.

Encontró a Ty junto al coche. Las nubes se habían espesado y daban cortas carreras por el cielo. Ty estaba apoyado contra el maletero, con el viento alborotándole el negro cabello.

—¿Dónde está Jules? —preguntó Emma cuando llegó a su lado.

—Allí. —Señaló—. He entrado en la casa con una runa de apertura. He roto la cerradura del sótano. La está arreglando.

Emma miró hacia la casa de Johnny Rook y vio la alta y esbelta silueta de Jules recortada contra la pared de estuco. Abrió el maletero del coche y se desabrochó el cinturón de armas.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—Me he escondido en el asiento trasero. Bajo esa manta. —Emma vio la punta de un par de auriculares que salían de debajo del borde de la manta—. ¿Crees que Julian está furioso conmigo? —Sin el cuchillo en la mano parecía muy joven, sus ojos claros fijos en las nubes.

—Ty. —Emma suspiró—. Te va a *muertear*.

Julian ya iba hacia ellos.

—Eso es un neologismo —dijo Ty.

Emma parpadeó sorprendida.

—¿Un qué?

—Una palabra inventada. Shakespeare se inventaba palabras todo el rato.

Emma le sonrió, curiosamente enternecida.

—Bueno, *muertear* no es muy de Shakespeare, que digamos.

Ty se preparó mientras Julian iba directamente hacia él, sin cambiar de paso, con la mandíbula apretada, sus ojos verde azulado tan oscuros como lo más profundo del océano.

Llegó hasta Ty, lo cogió y lo envolvió en un feroz abrazo. Apretó el rostro contra el cabello negro de su hermanito mientras Ty se quedaba inmóvil, helado y atónito ante la falta de enfado de Julian.

—¿Jules? —dijo—. ¿Estás bien?

A Julian le temblaron los hombros. Abrazó con más fuerza a su hermano, como si pudiera aplastar a Ty contra sí y absorberlo hacia un lugar donde siempre estuviera a salvo. Puso la mejilla sobre los rizos de Ty y cerró los ojos con fuerza.

—He pensado que te había pasado algo —dijo—. He pensado que Johnny Rook podría...

No acabó la frase. Ty rodeó con los brazos a Julian, cuidadosamente. Le palmeó la espalda, con suavidad, con sus finas manos. Era la primera vez que Emma había visto a Ty consolar a su hermano mayor; casi la primera vez que había visto a Julian

dejar que alguien cuidara de él.

Guardaron silencio todo el largo camino de vuelta al Instituto mientras las nubes aclaraban, empujadas hacia el interior por el aire del océano. El sol casi tocaba el agua mientras recorrían la autovía del Pacífico. Siguieron en silencio hasta que bajaron del coche, y entonces, por fin, Julian habló:

—No deberías haberlo hecho —dijo, mirando a Tiberius. Había dejado de temblar (por suerte, ya que iba al volante) y su voz era firme y suave—. Ha sido muy peligroso que vinieras con nosotros.

Ty metió las manos en los bolsillos.

—Sé lo que piensas. Pero también formo parte de la investigación.

—Mark me ha enviado un mensaje diciéndome que no te encontraba —repuso Julian, y Emma se sorprendió; debería haber supuesto que a eso venía todo el jaleo de Jules con el móvil—. Casi me marché de casa de Rook. Y no creo que nos hubiera dejado volver a entrar.

—Siento que te preocuparas —contestó Ty—. Por eso te he abrazado, porque lamentaba que te hubieras preocupado. Pero no soy Tavvy, no soy un niño. No tengo por qué estar siempre ahí para que Mark o tú podáis encontrarme.

—Y tampoco deberías haberte colado en casa de Rook. —Julian alzó la voz—. No era seguro.

—No tenía pensado entrar. Solo mirar la casa. Observarla. —La suave boca de Ty se endureció—. Luego os he visto entrar y que había alguien moviéndose por abajo. Pensé que podía subir y atacaros sin que os lo esperarais. Sabía que no os habíais dado cuenta de que había alguien allí.

—Jules —intervino Emma—. Tú habrías hecho lo mismo.

Jules le lanzó una mirada exasperada.

—Ty solo tiene quince años.

—No digas que es peligroso porque tengo quince años —replicó Ty—. Cuando tú tenías mi edad hiciste cosas igual de peligrosas. Y Rook no nos habría dado la dirección de Sterling si yo no hubiera tenido un cuchillo contra el cuello de su hijo.

—Eso es cierto —admitió Emma—. Se ha metido muy rápido en el círculo protector.

—No podías saber que tenía un hijo escondido abajo —dijo Julian—. No podías predecir lo que iba a pasar, Ty. Ha sido pura suerte.

—La predicción es magia —replicó Ty—. No ha sido eso, y tampoco ha sido suerte. He oído a Emma hablar de Rook. Y a Diana también. Parecía alguien que ocultaría cosas, alguien de quien no te puedes fiar. Y no me equivocaba. —Miró a Jules con dureza, no a los ojos, pero su mirada era directa—. Tú siempre quieres protegerme —continuó—. Pero nunca me dices nada cuando no me equivoco. Si me dejaras tomar decisiones por mí mismo, quizá tendrías que preocuparte menos por

mí.

Julian parecía atónito.

—Puede ayudarnos saber que Rook tiene un hijo —prosiguió Ty, y hablaba con gran seguridad—. No puedes estar seguro de que no. Y te he conseguido la dirección de Sterling. He ayudado, aunque tú no quisieras que fuese.

En la tenue luz que salía del Instituto, Julian parecía más vulnerable de lo que nunca lo había visto Emma.

—Lo siento —dijo—. No pretendía hacerte creer que no nos has ayudado.

—Conozco la Ley —repuso Ty—. Ya sé que a los quince no se es adulto. Sé que necesitamos al tío Arthur y que te necesitamos a ti. —Frunció el cejo—. No sé cocinar, y Livvy tampoco. Y no sabría cómo acostar a Tavvy. No digo que tengas que ponerme al mando o dejarme hacer todo lo que quiera. Sé que hay reglas, pero algunas cosas... quizá las podría hacer Mark.

—Pero Mark... —comenzó Julian, y Emma se dio cuenta de su temor. «Mark quizá no se quede. Quizá no quiera quedarse»—. Mark está empezando a conoceros de nuevo y a saber cómo es estar por aquí —optó por decir—. No sé si podemos pedirle mucho.

—No le importará —aseguró Ty—. Le caigo bien. Todos le caemos bien.

—Te quiere —lo corrigió Julian—. Y yo también te quiero. Pero, Ty, Mark quizá no... Si no encontramos al asesino, quizá Mark no pueda quedarse aquí.

—Por eso quiero ayudar a resolver este misterio —dijo Ty—. Para que Mark pueda quedarse. Él podría ocuparse de nosotros y tú podrías descansar. —Se cerró la chaqueta, temblando; el viento del océano era intensamente fresco—. Voy a ir adentro a buscar a Livvy. Y a Mark también. Seguramente estará preocupado.

Julian contempló a Ty mientras este iba hacia la casa. La expresión de su rostro... fue como si Emma estuviera mirando uno de sus cuadros, pero arrugado y roto, con los colores y las líneas revueltos.

—Todos lo creen, ¿verdad? —dijo Julian lentamente—. Todos creen que Mark se va a quedar.

Emma vaciló. Unos días antes le habría dicho a Julian que no fuera ridículo, que Mark se iba a quedar con la familia, pasara lo que pasase. Pero había visto el cielo nocturno en los ojos de Mark cuando este hablaba de la Cacería, había oído la fría libertad de su voz. A veces pensaba que había dos Mark: el humano y el hada. El Mark humano querría quedarse. El Mark hada era impredecible.

—¿Y cómo no iban a pensarlo? —contestó Emma finalmente—. Si de alguna manera recuperara a uno de mis padres y luego pensara que iba a volver a irse... voluntariamente...

Julian tenía el rostro ceniciento.

—Vivimos en un mundo de demonios y monstruos, y lo que más me asusta es la idea de que Mark pueda decidir que su lugar está con la Cacería Salvaje y marcharse. Incluso si resolviéramos este misterio y los seres mágicos quedaran satisfechos, si él

quisiera podría irse. Y les rompería el corazón a todos. Nunca se recuperarían.

Emma se acercó más a Julian y le puso la mano en el hombro.

—No puedes proteger a los niños de todo —le dijo—. Tienen que vivir en el mundo y enfrentarse a lo que ocurre en él. Y eso, a veces, significa perder a alguien. Si Mark decide marcharse, será terrible. Pero los chicos son fuertes. Sobrevivirán.

Hubo un largo silencio.

—A veces, casi preferiría que Mark no hubiera vuelto —dijo Julian finalmente, con una voz seca y tensa—. ¿En qué me convierte eso?

«E-N-H-U-M-A-N-O», le escribió Emma en la espalda, y por un momento él se apoyó en ella, pareció reconfortarse con su presencia, como se suponía que debía pasar entre *parabatai*. Los ruidos del desierto se amortiguaron a su alrededor; era algo que los *parabatai* podían hacer: crear un espacio tranquilo con nada, aparte de ellos mismos y la conexión de magia viva que los unía.

Un fuerte estruendo rompió el silencio. Julian se apartó de Emma sobresaltado. Se oyó otro golpe, sin duda proveniente del interior del Instituto. Julian se volvió en redondo y subió a la carrera los escalones de la casa.

Emma lo siguió. Se oyeron más ruidos. Los podía oír incluso en la escalera: entrechocar de vajilla, voces riendo. Corrieron hacia arriba, hombro con hombro. Emma llegó primero a la cocina y abrió la puerta.

Y se tragó un grito.

LOS DEMONIOS DEL PROFUNDO MAR

Parecía que la cocina hubiera estallado.

El refrigerador estaba vacío. El ketchup decoraba su superficie, antes blanca, con remolinos escarlata. Una de las puertas de la alacena colgaba de una sola bisagra. El tubo de sirope de arce estaba aplastado y el sirope cubría casi cualquier superficie disponible. Una enorme bolsa de azúcar en polvo estaba rasgada y Tavvy se hallaba sentado dentro, completamente cubierto de polvo blanco. Parecía un diminuto abominable hombre de las nieves.

Al parecer, Mark había intentado cocinar, porque había cazuelas sobre la cocina, llenas de sustancias quemadas que lanzaban humo al aire. Las llamas seguían vivas en su interior. Julian corrió a apagarlas mientras Emma seguía mirando boquiabierta.

La cocina de Julian, la que había tenido siempre bien provista y mantenido limpia durante cinco años, en la que había cocinado y preparado tortitas, estaba hecha un caos. Bolsas de caramelos rasgadas cubrían el suelo. Dru estaba sentada en la encimera, apurando un vaso de algo de aspecto asqueroso mientras tarareaba alegremente para sí. Livvy estaba acurrucada en uno de los bancos, riendo, con un palo de regaliz en la mano. Ty estaba junto a ella, y se lamía una mota de azúcar del dorso de la muñeca.

Mark salió de la alacena cubierto con un delantal blanco con corazones rojos y con dos trozos de pan requemado en la mano.

—¡Tostadas! —anunció alegremente, antes de ver a Julian y a Emma.

Se hizo el silencio. A Julian parecía estar costándole encontrar las palabras; Emma se vio retrocediendo hacia la puerta. De repente recordó las peleas que Mark y Julian solían tener cuando eran niños. Eran ensañadas y sangrientas, y Julian había dado tanto como recibido.

De hecho, a veces había dado incluso antes de recibir.

Mark alzó una ceja.

—¿Tostadas?

—Esa es mi tostada —puntualizó Ty.

—Vale. —Mark cruzó la cocina mirando a Julian de reojo. Este seguía sin poder hablar, apoyado contra la encimera—. ¿Y qué quieres en tu tostada?

—Pudin —contestó Ty al instante.

—¿Pudin? —repitió Julian. Emma tuvo que admitir que, de haberse imaginado la primera palabra que Julian diría en esa situación, nunca se le hubiera ocurrido que pudiera ser «pudin».

—¿Y por qué no pudin? —repuso Livvy con ecuanimidad, mientras localizaba un bote de pudin de tapioca y se lo pasaba a su mellizo, que comenzó a untarlo sobre el pan en dosis medidas.

Julian se volvió hacia Mark.

—Pensaba que habías dicho que Livvy estaba encerrada en su cuarto.

—Ha salido en cuanto habéis enviado el mensaje diciendo que habíais encontrado a Ty —explicó Mark.

—No parecía haber ninguna razón para no hacerlo —concluyó Livvy.

—¿Y por qué está la tostadora en la alacena? —preguntó Julian.

—No he podido encontrar otros... —Mark pareció buscar las palabras—. Enchufes eléctricos.

—¿Y por qué está Tavvy en una bolsa de azúcar?

Mark se encogió de hombros.

—Quería estar en una bolsa de azúcar.

—Eso no quiere decir que tú debas meterlo en una bolsa de azúcar. —Julian fue alzando la voz—. O que destroces la cocina. O que dejes beber a Drusilla... ¿qué tienes en ese vaso, Dru?

—Batido de chocolate —contestó Dru enseguida—, con nata y Pepsi.

Julian suspiró.

—No debería estar bebiendo eso.

—¿Por qué no? —Mark se desabrochó el delantal y lo tiró a un lado—. No entiendo la razón de tu furia, hermano. Están todos vivos, ¿no es cierto?

—Eso sí que es poner bajo el listón —exclamó Julian—. Si hubiera pensado que tú creías que lo único que debías hacer era mantenerlos con vida...

—Eso fue lo que dijiste —replicó Mark, entre enfadado y anonadado—. Bromeaste sobre ello, dijiste que eran capaces de cuidar de sí mismos...

—¡Y lo son! —Julian se había erguido cuan alto era. De repente pareció alzarse por encima de Mark, más alto, más ancho y más adulto que su hermano—. ¡Tú eres el que ha causado este caos! Eres su hermano mayor, ¿es que no sabes lo que eso significa? ¡Significa que debes cuidarlos mejor que esto!

—Jules, no pasa nada —intervino Livvy—. Estamos bien.

—¿Bien? —repitió Julian—. Ty se ha escabullido, y de eso hablaremos tú y yo más tarde, Livia; se ha metido en casa de Johnny Rook y le ha puesto un cuchillo a su hijo en la garganta; tú te has encerrado en tu cuarto, y Tavvy quizá quede permanentemente rebozado de azúcar. En cuanto a Dru, nos quedan unos cinco minutos para que empiece a vomitar.

—No vomitaré —replicó Dru enfurruñada.

—Yo lo limpiaré —dijo Mark.

—Pero ¡si no sabes cómo! —Julian estaba blanco de furia. Emma pocas veces lo había visto tan enfadado—. Tú —continuó, mirando aún a Mark—, tú solías cuidarlos, pero supongo que lo habrás olvidado. Supongo que has olvidado cómo

hacer cualquier cosa normal.

Mark se encogió de hombros. Tiberius se puso en pie; sus ojos grises lanzaban llamas. Movía las manos a los costados, como aleteando; alas de polilla; alas que podían sujetar un cuchillo y cortar un cuello.

—Para —dijo.

Emma no supo decir si le estaba hablando a Julian, a Mark o a la sala en general, pero vio a Julian quedarse inmóvil. Notó que se le encogía el corazón al verlo mirar a sus hermanos. Dru estaba sentada inmóvil; Tavvy había salido de la bolsa de azúcar y miraba a Julian fijamente con sus grandes ojos verde azulado.

Mark no se movía; pálido, el color de los altos pómulos que delataban su herencia de hada.

Había cariño en los ojos de la familia cuando miraron a Julian, y preocupación y temor, pero Emma si preguntó si Jules podría ver algo de eso. Si lo único que veía era a los niños por los que había sacrificado tanto en su vida felices con otra persona. Si, al igual que ella, habría mirado la cocina y recordado cómo había aprendido por sí solo a limpiarla cuando tenía doce años. Cómo había aprendido por sí solo a cocinar: al principio, cosas sencillas como espaguetis con mantequilla o bocadillos de queso. Un millón de sándwiches, un millón de quemaduras en las manos y las muñecas por las salpicaduras. Cómo, antes de que supiera conducir, todos los días recorría a pie el sendero hasta la autopista para recoger el pedido de comestibles. Cómo había cargado con toda la comida colina arriba. Julian de rodillas, esquelético en sus vaqueros y sudadera, fregando el suelo. Su madre había diseñado la cocina, era una parte de ella, pero también era una parte de todo lo que él había dado a su familia durante esos años.

Y volvería a hacerlo, pensó Emma. Claro que sí: los quería de un modo así de fiero. Lo único que hacía enfadar a Julian era el miedo, el miedo por sus hermanos.

Y en ese momento estaba asustado, aunque Emma no estaba segura de por qué. Solo veía la expresión de su rostro mientras captaba el resentimiento que sentían hacia él, su decepción. El furor pareció abandonarlo. Se dejó caer resbalando por delante de la encimera hasta sentarse en el suelo.

—¿Jules? —lo llamó Tavvy, con el pelo cubierto de azúcar. Se acercó más y le rodeó el cuello con los brazos.

Julian dejó escapar un ruido raro, y luego cogió a su hermano y lo abrazó con fuerza. Le cayó azúcar sobre la chaqueta de combate negra, salpicándolo de polvo blanco.

La puerta de la cocina se abrió y Emma oyó un grito ahogado de sorpresa. Se volvió y vio a Cristina observando el caos boquiabierta.

—*¡Qué desastre!*

No hacía falta decir nada más. Mark carraspeó y comenzó a apilar los platos sucios en el fregadero. Aunque más que apilarlos, los estaba lanzando. Livvy fue a ayudarlo mientras Cristina seguía mirándolos.

—¿Dónde está Diana? —preguntó Emma.

—Está en su casa. Malcolm nos abrió un Portal hasta allí y de vuelta —respondió Cristina sin apartar los ojos de las ollas chamuscadas—. Diana dijo que necesitaba recuperar sueño.

Aún abrazando a Tavvy, Julian se puso en pie. Tenía azúcar en polvo en la camisa y en el pelo, pero su rostro estaba tranquilo e inexpresivo.

—Perdona por el desorden, Cristina.

—No pasa nada —repuso ella, mirando incrédula a su alrededor—. No es mi cocina. Aunque —se apresuró a añadir— puedo ayudar a limpiar.

—Lo limpiará Mark —dijo Julian sin mirar a su hermano—. ¿Habéis averiguado algo a través de Malcolm?

—Había ido a visitar a unos brujos que pensó que podrían ayudarnos —explicó Cristina—. Hablamos de Catarina Loss. He oído hablar de ella; a veces da clases en la Academia: Estudios Subterráneos. Al parecer, Malcolm y Diana eran amigos de Catarina, así que se han estado contando un montón de historias que no he acabado de entender.

—Bueno, pues esto es lo que hemos averiguado en nuestra visita a Johnny Rook —dijo Emma, y comenzó a explicar toda la historia, excepto la parte en la que Ty había estado a punto de cortarle el cuello a Kit Rook.

—Así que necesitamos que alguien siga a Sterling —dijo Livvy entusiasmada una vez Emma hubo acabado—. Ty y yo podríamos hacerlo.

—No tenéis carnet de conducir —señaló Emma—. Y os necesitamos aquí para que investiguéis.

Livvy hizo una mueca.

—¿Así que tenemos que quedarnos aquí leyendo «Hace muchos muchos años» nueve mil veces?

—Podríamos aprender a conducir —indicó Ty con gesto obstinado—. Mark lo estaba diciendo. No importa que no tengamos dieciséis años, porque tampoco es que debamos obedecer las leyes mundanas...

—¿Eso ha dicho Mark? —preguntó Julian con voz tranquila—. Muy bien. Mark puede enseñaros a conducir.

Mark soltó un plato en el fregadero con estruendo.

—Julian...

—¿Qué pasa? —inquirió Jules—. Ah, claro, que tú tampoco sabes conducir. Y enseñar a alguien lleva su tiempo, y tú podrías no estar por aquí. Porque no hay ninguna garantía de que te quedes.

—Eso no es cierto —replicó Livvy—. Prácticamente casi hemos resuelto el caso...

—Pero Mark puede elegir. —Julian miraba a su hermano mayor por encima de la cabeza de su hermano pequeño. En sus ojos verde azulado brillaba un persistente fuego—. Díselo, Mark. Diles que no estás seguro de elegirnos a nosotros.

«Prométeselo —decía su mirada—. Promételes que no los harás sufrir».

Mark no dijo nada.

Emma recordó lo que Julian le había dicho fuera. Eso era lo que temía: que ya quisieran a Mark demasiado. Él renunciaría a los niños sin rechistar si eso era lo que deseaban, si, como había dicho Ty, preferían que Mark cuidara de ellos. Renunciaría a ellos porque los quería, porque la felicidad de los niños era la suya, porque eran su aliento y su sangre.

Pero Mark también era su hermano y también lo quería. ¿Qué se puede hacer cuando lo que amenaza a lo que más se quiere es algo a lo que se quiere por igual?

—Julian. —El tío Arthur, para la sorpresa de todos, estaba en la puerta. Lanzó un rápido vistazo sin interés al caos de la cocina antes de centrarse en su sobrino—. Julian, tengo que hablar contigo de algo. En privado.

Una leve preocupación destelló en el fondo de los ojos de Julian. Asintió con un gesto de la cabeza a su tío justo cuando Emma notó que algo zumbaba en su bolsillo: su móvil.

Emma sintió que se le retorció el estómago. Eran solo dos palabras. No llegaban desde un número, sino desde una serie de ceros:

La convergencia.

Algo había disparado la alarma. Pensó a toda prisa. El sol casi se había puesto. La puerta de la convergencia estaría abriéndose, pero los Mantid también estarían despertando. Tenía que salir de inmediato para llegar allí en el momento más seguro.

—¿Te ha llamado alguien? —preguntó Julian, mirándola. Estaba dejando a Tavvy en el suelo; le alborotó el pelo y lo empujó suavemente hacia Dru, que tenía pinta de estar a punto de vomitar.

¿Acaso Julian no tendría que haber recibido también el mensaje? O quizá no. Recordó que en casa de Johnny Rook dijo que se había quedado sin batería. Y Dios sabría dónde podría estar Diana. Emma se dio cuenta de que podía ser la única persona que había recibido el aviso.

—Solo era Cameron —mintió, usando el primer nombre que se le ocurrió.

Jules cerró los ojos; quizá aún le preocupara que Emma pudiera decirle a Cameron lo de Mark. Se lo veía pálido. Su expresión era tranquila, pero Emma notaba una intensa desesperación emanando de él a oleadas. Pensó en el modo en que se había abrazado a Ty ante la casa de Johnny Rook, en el modo en que había mirado a Mark. Y a Arthur.

Su entrenamiento le decía que Julian debía acompañarlo a la convergencia. Era su *parabatai*. Pero en ese momento no podía alejarlo de su familia. De ninguna manera. Su mente se rebelaba ante esa idea de un modo que no quería examinar con demasiado detalle.

—Cristina. —Emma se volvió hacia su amiga—. ¿Puedo hablar contigo un

momento en el pasillo?

Preocupada, Cristina siguió a Emma al corredor.

—¿Es sobre Cameron? —preguntó Cristina en cuanto cerraron la puerta de la cocina—. No creo estar de humor para dar ningún consejo romántico en ese momento...

—Tengo que ir a ver a Cameron —contestó Emma pensando con rapidez.

Podría llevar a Cristina con ella a la convergencia. Era de fiar; no se lo mencionaría a nadie. Pero Julian se había sentido tan dolido, y aún más, profundamente herido, cuando ella había ido a la cueva con Mark sin decírselo... Y había tantas cosas que complicaban su relación de *parabatai*... No podía hacerle daño de nuevo llevando a otra persona con ella.

—Pero no es sobre eso. Mira, alguien tiene que seguir a Sterling. No creo que le vaya a pasar nada, aún estamos dentro de los dos días de margen, pero por si acaso.

Cristina asintió.

—Puedo hacerlo yo. Diana ha dejado aquí la camioneta. La cogeré. Pero necesitaré la dirección.

—La tiene Julian. Y te daré una nota para él.

—Bien, porque va a preguntar —repuso Cristina con gesto de preocupación.

De repente les llegó un horrible ruido desde la cocina: el sonido de Dru corriendo para vomitar ruidosamente en el fregadero.

—Oh, pobrecilla —exclamó Emma—. Pero eso que se bebía era una asquerosidad...

—Emma, sé que no me estás diciendo la verdad. Sé que no vas a ver a Cameron Ashdown. —Cristina alzó una mano para acallar las protestas de su amiga—. Y no pasa nada. No me mentirías sin una buena razón. Pero es que...

—¿Sí? —repuso Emma. Y trató de que su mirada fuera inocente. Era mejor así, se dijo a sí misma. Si Diana la pillaba, si se metía en problemas, sería la única: Cristina y Julian no se merecían eso. Ella podría capearlo sola.

—Ten cuidado —concluyó Cristina—. No hagas que me arrepienta de mentir por ti, Emma Carstairs.

El sol era una brillante bola de fuego sobre el océano cuando Emma enfiló el coche por la pista de tierra que llevaba a la convergencia. El cielo se estaba oscureciendo con rapidez. El coche traqueteó los últimos metros sobre el campo, a punto de caer en una zanja poco profunda antes de que Emma frenara y apagara el motor.

Salió del coche y fue al maletero a sacar las armas. Había dejado a *Cortana* en el Instituto. Le había costado, pero salir con la espada atada a la espalda habría suscitado preguntas. Al menos tenía cuchillos serafines. Se colgó uno del cinturón y sacó la luz mágica del bolsillo, mirando a su alrededor. Todo estaba extrañamente silencioso, no se oían ruidos de insectos, ni de animalillos, ni canto de pájaros. Solo

el viento sobre la hierba.

Era probable que los demonios Mantid salieran por la noche y se comieran cualquier cosa viva. Se estremeció y avanzó decidida hacia la cueva. La entrada de la convergencia estaba abierta: una gruesa línea negra contra el granito.

Miró hacia atrás una vez con preocupación; el sol estaba más bajo de lo que le habría gustado y teñía el océano del color de la sangre. Había aparcado lo más cerca que había podido de la entrada de la cueva, para poder volver al coche rápidamente. Sin embargo, cada vez estaba más segura de que tendría que matar unos cuantos Mantid por el camino.

Mientras avanzaba hacia la entrada, la línea negra se fue ampliando un poco, como recibéndola. Se apoyó en la roca con una mano y miró por la abertura. Curiosamente, olía a algas marinas.

Pensó en sus padres.

«Por favor, que encuentre algo —rogó—. Por favor, que encuentre una pista, algo que me permita descubrir cómo se relaciona esto con lo que os hicieron. Por favor, dejad que os vengue.

»Y así podré dormir por la noche».

Dentro de la abertura, Emma vio el tenue resplandor del corredor de roca que llevaba al corazón de la caverna.

Agarró con fuerza la luz mágica y entró en la convergencia.

Casi había caído la noche. El color del cielo estaba pasando del azul al añil y las primeras estrellas titilaban sobre las lejanas montañas. Cristina estaba sentada con los pies sobre el salpicadero de la camioneta, con los ojos fijos en la casa de dos pisos de Casper Sterling.

El Jeep que ya conocía estaba aparcado delante de la casa, bajo un viejo olivo. Un muro no demasiado alto rodeaba la propiedad; el barrio, al lado de Hancock Park, estaba lleno de casas caras aunque no especialmente vistosas. La de Sterling estaba cerrada, con las persianas bajadas y a oscuras. La única prueba de que él estaba en casa era el coche aparcado fuera.

Pensó en Mark, y luego deseó no haberlo hecho. Últimamente lo hacía continuamente: pensar en Mark y luego lamentarlo. Se había esforzado mucho para volver a su vida normal después de dejar México. No más idilios con hombres problemáticos y taciturnos, por muy atractivos que fueran.

Mark Blackthorn no era exactamente taciturno ni problemático. Pero pertenecía a Kieran y a la Cacería Salvaje. Mark Blackthorn tenía el corazón dividido.

También tenía una voz dulce y profunda, unos ojos sorprendentes y la costumbre de decir cosas que le ponían el mundo patas arriba. Y era un bailarín excelente, por lo que había visto. Cristina valoraba mucho el baile. Los chicos que bailan bien, besan bien: eso era lo que siempre decía su madre.

Una sombra oscura corrió por el techo de la casa de Sterling.

En segundos, Cristina estaba fuera del coche con un cuchillo serafín en la mano.

—*Miguel* —susurró, y el cuchillo se encendió. Se había rodeado de un espeso *glamour*, por lo que estaba segura de que ningún mundano podría verla, y la hoja brillante le proporcionaba una valiosa luz.

Avanzó cautelosamente, con el corazón latiéndole con fuerza. Recordó lo que Emma le había contado sobre la noche que habían disparado a Julian: la sombra en el tejado, el hombre de negro. Se pegó a la casa. Las ventanas estaban oscuras; las cortinas, inmóviles. Todo estaba quieto y en silencio.

Fue hacia el Jeep. Iba a sacar la estela del bolsillo justo en el momento en que una sombra aterrizó a su lado. Cristina se apartó de un salto mientras la sombra se erguía. Era Sterling, vestido con lo que ella imaginaba que los mundanos pensaban que era la ropa de combate de los nefilim: pantalones negros, botas negras y una chaqueta del mismo color hecha a medida.

Sterling la miró, y su rostro fue congestionándose de ira.

—Tú —gruñó.

—Puedo ayudarte —dijo Cristina, manteniendo la voz y el cuchillo firmes—. Por favor, déjame ayudarte.

El odio que vio en sus ojos la sorprendió.

—Lárgate —murmuró con los dientes apretados, y sacó algo del bolsillo.

Una pistola de pequeño calibre, pero suficiente para hacer que Cristina retrocediera. Las armas de fuego muy pocas veces entraban en el mundo de los cazadores de sombras; eran algo de los mundanos, de su mundo de crimen humano corriente.

Pero aun así podían derramar sangre y romper huesos de cazador de sombras. Sterling retrocedió apuntándola hasta que llegó al final del camino de entrada a su casa. Luego se volvió y salió corriendo.

Cristina se lanzó tras él, pero cuando llegó al final del camino, Sterling había desaparecido por la esquina de la calle. Al parecer no había exagerado: los licántropos eran mucho más veloces que los humanos. Más, incluso, que los cazadores de sombras.

Cristina masculló un taco y volvió al Jeep. Sacó la estela del cinturón con la mano libre, se agachó y, con cuidado, dibujó una runa de rastreo en el lateral del vehículo, justo sobre la rueda.

No había sido un desastre total, pensó mientras regresaba lentamente a la camioneta. Como había dicho Emma, aún estaban dentro del período de dos días antes de que diera comienzo la cacería. Y la runa de rastreo que le había puesto al Jeep de Sterling seguro que los ayudaba. Si no se acercaban a su casa, si le hacían pensar que se habían rendido, con suerte cometería el descuido de volver a conducirlo.

Solo después de subir a la camioneta y cerrar la puerta se fijó en que la pantalla

del móvil destellaba. Había una llamada perdida. Lo cogió y el corazón se le cayó a los pies.

Diego Rocio Rosales.

Soltó el móvil como si se hubiera convertido en un escorpión. ¿Por qué, por qué, por qué la llamaría Diego? Le había dicho que no le volviera a hablar jamás.

La mano se le fue al amuleto que le colgaba del cuello y lo agarró mientras movía los labios en una silenciosa plegaria: «Dame la fuerza necesaria para no devolverle la llamada».

—¿Te encuentras mejor, tío? —preguntó Julian.

Arthur, tirado sobre el asiento del escritorio de su despacho, alzó unos ojos apagados y distantes.

—Julian —contestó—. Tengo que hablar contigo.

—Lo sé. Me lo has dicho. —Julian se apoyó en la pared—. ¿Recuerdas sobre qué?

Se sentía agotado, hueco como un hueso viejo. Sabía que debería lamentar lo que había dicho en la cocina sobre Mark. Sabía que debería ser más compasivo con su tío. Pero no podía encontrar en su interior ese sentimiento.

No recordaba exactamente cómo había salido de la cocina: recordaba haber dejado a Tavvy en el suelo; recordaba que todos le habían prometido que limpiarían la cena de queso, chocolate, *brownies* y cosas quemadas. Incluso Dru, cuando acabó de vomitar en el fregadero, le aseguró que fregaría el suelo y limpiaría el ketchup de las ventanas.

Aunque Julian ni se había dado cuenta hasta ese momento de que había ketchup en las ventanas.

Había asentido y salido de la cocina; luego se había detenido para ver dónde estaba Emma. En algún momento, Emma había salido con Cristina. Seguramente estarían en alguna parte hablando de Cameron Ashdown. Y no había nada que le apeteciera menos que unírseles en semejante asunto.

No sabía cuándo le había empezado a suceder, pero pensar en Cameron le hacía no querer ver a Emma. A su Emma. Se suponía que siempre querías ver a tu *parabatai*. Era el rostro que más agradecías ver en el mundo. Había algo incorrecto en no querer verlo, como si, de repente, la Tierra hubiera comenzado a girar en la otra dirección.

—Creo que no —contestó Arthur al cabo de un momento—. Quería ayudar en algo. Algo sobre la investigación. Aún estáis investigando, ¿verdad?

—¿Los asesinatos? ¿Por los que vino la legación de las hadas? Sí.

—Creo que era sobre el poema —continuó Arthur—. El que Livia estaba recitando en la cocina. —Se frotó los ojos con evidente cansancio—. Pasaba por delante y lo oí.

—¿El poema? —repitió Julian, confuso—. ¿«Annabel Lee»?

Arthur habló con su profunda voz resonante y pronunció los versos del poema como si fueran las palabras de un hechizo.

*Pero nuestro amor era más fuerte que el amor
de los que eran mayores que nosotros,
de los muchos más sabios que nosotros.
Y ni los ángeles del alto Cielo
ni los demonios del profundo el mar
podrán desunir jamás mi alma del alma
de la hermosa Annabel Lee.*

—Lo conozco —lo interrumpió Julian—. Pero no...

—«Aquellos que eran más viejos» —repitió Arthur—. He oído esa frase antes. En Londres. No recuerdo en relación con qué. —Cogió una pluma del escritorio y tamborileó con ella sobre la mesa—. Lo siento. No... puedo recordarlo.

—«Aquellos que eran más viejos» —repitió Julian. De repente recordó a Belinda, en el teatro, sonriendo con sus labios rojo sangre. «Que Los Que Son Más Viejos os concedan buena fortuna».

Una idea floreció en la mente de Julian, pero, esquivada, desapareció en cuanto trató de perseguirla.

Tenía que ir a su estudio. Quería estar solo, y pintar le abriría las ideas. Se volvió para irse y se detuvo cuando la voz del tío Arthur cortó el polvoriento aire.

—¿Te he ayudado, chico? —preguntó.

—Sí —contestó Julian—. Me has ayudado.

Cuando Cristina regresó al Instituto lo encontró oscuro y en silencio. Las luces del camino de entrada estaban apagadas y solo estaban iluminadas unas pocas ventanas: la del estudio de Julian, el punto brillante del desván y el cuadrado que correspondía a la cocina.

Ceñuda, Cristina fue directamente allí, preguntándose si Emma habría regresado ya de su misteriosa misión y si los demás habrían conseguido limpiar el caos que habían organizado.

A primera vista, la cocina parecía desierta, solo con una luz encendida. Había platos apilados en el fregadero, y aunque era evidente que alguien había fregado las paredes y las encimeras, aún había comida pegada en los fogones, y dos grandes bolsas de basura, llenas hasta arriba y a punto de derramar su contenido, se encontraban apoyadas contra la pared.

—¿Cristina?

Parpadeó mirando hacia la penumbra, aunque la voz era inconfundible.

Mark.

Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Tavvy dormía a su lado, sobre él; en realidad, con la cabeza apoyada en el hueco del codo de Mark, y las piernecitas y los brazos aovillados como un gusanito. La camiseta y los pantalones de Mark estaban cubiertos de azúcar en polvo.

Lentamente, Cristina se desenrolló la bufanda y la dejó sobre la mesa.

—¿Ha regresado ya Emma?

—No lo sé —contestó Mark mientras le acariciaba el pelo a Tavvy—. Pero si lo ha hecho, seguramente se habrá ido a dormir.

Cristina suspiró. Probablemente tendría que esperar al día siguiente para ver a Emma, averiguar lo que había estado haciendo y contarle lo de la llamada de Diego, si reunía el valor suficiente.

—¿Podrías, si no te importa, pasarme un vaso de agua? —le pidió Mark. Miró al niño que tenía en el regazo como disculpándose—. No quiero despertarlo.

—Claro. —Cristina fue al fregadero, llenó un vaso y regresó; luego se sentó con las piernas cruzadas frente a Mark. Este cogió el vaso con una expresión agradecida—. Estoy segura de que Julian no está enfadado contigo.

Mark hizo un ruido nada elegante, se acabó el agua y dejó el vaso en el suelo.

—Podrías llevar a Tavvy a la cama —sugirió Cristina—. Si quieres que duerma.

—Me gusta que esté aquí —repuso Mark, y miró sus largos dedos pálidos enredados en los rizos castaños del niño—. Se ha... Se han marchado todos y se ha quedado dormido sobre mi regazo. —Parecía asombrado.

—Claro que sí —dijo Cristina—. Es tu hermano. Confía en ti.

—Nadie confía en uno de la Cacería —replicó Mark.

—En esta casa no eres uno de la Cacería. Eres un Blackthorn.

—Ojalá Julian opinara lo mismo que tú. Pensaba que estaba haciendo que los niños se lo pasaran bien. Pensaba que era eso lo que Julian quería.

Tavvy se removió entre los brazos de Mark y este también se movió, y el borde de su bota quedó tocando la punta de la de Cristina. Ella percibió ese contacto como un pequeño calambre.

—Tienes que entenderlo —le explicó—. Julian lo hace todo por estos niños. Todo. Nunca he visto a un hermano que actúe más como un padre. No solo les dice siempre que sí, también tiene que decirles que no. Debe ocuparse de la disciplina, de los castigos y de las prohibiciones. Mientras que tú, tú puedes dárselo todo. Tú puedes divertirte con ellos.

—Julian también puede divertirse con ellos —replicó Mark un poco enfurruñado.

—No —lo contradujo Cristina—. Te tiene envidia porque los ama pero no puede ser su hermano. Debe ser su padre. En su cabeza, ellos lo temen, y a ti te adoran.

—¿Julian tiene celos? —Mark la miró atónito—. ¿De mí?

—Creo que sí. —Cristina lo miró a los ojos.

En algún momento, al irlo conociendo, la diferencia entre el azul y el dorado de

sus ojos había dejado de parecerle rara. Del mismo modo, había dejado de parecerle raro estar en la cocina de los Blackthorn, hablando en otro idioma, en vez de en su casa, donde las cosas eran cálidas y familiares.

—Sé bueno con él. Tiene un alma sensible. Lo aterroriza que te marches y les rompas el corazón a todos esos niños a los que tanto quiere.

Mark miró a Tavvy.

—No sé lo que haré —contestó—. No consideré cómo me iba a partir a mí el corazón volver a estar con ellos. Fue el pensar en ellos, en mi familia, lo que me ayudó durante los primeros años que estuve en la Cacería. Todos los días cabalgábamos y robábamos a los muertos. Era una vida muy muy fría. Y por la noche, me tumbaba y conjuraba sus rostros para que me ayudaran a dormir. Eran todo lo que tenía hasta que...

Se calló. Tavvy se sentó, frotándose el enredado pelo con las manitas.

—¿Jules? —bostezó.

—No —dijo su hermano en voz baja—. Soy Mark.

—Ah, vale. —Tavvy le sonrió parpadeando—. Creo que me he quedado dormido por todo ese azúcar.

—Bueno, te has metido dentro de una bolsa llena hasta arriba —repuso Mark—. Eso le haría efecto a cualquiera.

Tavvy se puso en pie y se desperezó, un estirón de niño, con los brazos extendidos. Mark lo observó con una mirada melancólica. Cristina se preguntó si estaría pensando en todos los años y momentos importantes de la vida de Tavvy que se había perdido. De todos sus hermanos, el más pequeño era quien más había cambiado.

—Me voy a la cama —dijo Tavvy, y se marchó de la cocina, no sin antes detenerse un instante junto a la puerta—. Buenas noches, Cristina —dijo con timidez al salir.

Cristina volvió junto a Mark. Este seguía sentado con la espalda apoyada en la nevera. Parecía agotado, y no solo físicamente, sino como si su alma estuviera cansada.

Cristina pensó que debería levantarse e irse a dormir. Sin duda, eso era lo que habría debido hacer. No había ningún motivo para quedarse allí sentada en el suelo con un chico al que casi no conocía, que era muy probable que desapareciera de su vida en unos meses y que con toda seguridad estaba enamorado de otra persona.

Sin embargo, pensó, podía ser exactamente eso lo que la atraía de él. Sabía lo que era dejar atrás a alguien a quien se amaba.

—Hasta... —lo animó a seguir.

Mark alzó los párpados lentamente, mostrándole el fuego que guardaba en sus ojos azul y oro.

—¿Qué?

—Estabas diciendo que tu familia, que el recuerdo de tu familia, era todo lo que

tenías hasta algo. ¿Hasta Kieran?

—Sí —contestó Mark.

—¿Y fue el único que era bueno contigo?

—¿En la Cacería? —preguntó Mark—. No hay bondad en la Cacería. Hay respeto, y una especie de camaradería de hermanos. Temían a Kieran, claro. Kieran es de la nobleza, un príncipe de Feéra. Su padre, el rey, lo entregó a la Cacería como una señal de buena voluntad hacia Gwyn, pero también le exigió que lo tratase bien. Ese buen trato me incluyó a mí, pero incluso antes habían llegado poco a poco a respetarme. —Encorvó los hombros—. Lo peor era cuando asistíamos a las fiestas. Había hadas de todas partes y no les gustaba la presencia de un cazador de sombras. Hacían todo lo que podían para darme de lado, burlarse de mí y atormentarme.

—¿Y nadie intervenía?

Mark soltó una corta carcajada.

—Las costumbres de Feéra son brutales —explicó—. También para los más grandes. La reina de la corte seelie puede perder sus poderes si le roban la corona. Incluso Gwyn, que lidera la Cacería Salvaje, debería ceder su autoridad a quien le robara la capa. No te extrañará que no mostrasen clemencia hacia un chico medio cazador de sombras. —Frunció el labio—. Hasta tenían un verso para burlarse de mí.

—¿Un verso? —Cristina alzó la mano—. No importa, no tienes que decírmelo si no quieres.

—Ya me da igual —repuso Mark—. Era un poco como una copla extraña. «Antes gran fuego, luego gran caudal, pero es la sangre Blackthorn al final».

Cristina se irguió de golpe.

—¿Qué?

—Decían que significaba que la sangre de los Blackthorn era destructiva, como el fuego o el caudal de las riadas. Quien fuera que hizo la rima estaba diciendo que los Blackthorn portaban la mala suerte. Aunque no importa. Es solo una tontería.

—No es ninguna tontería —dijo Cristina—. Significa algo. La palabras escritas en los cadáveres... —Frunció el cejo, concentrándose—. Dicen lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—«Fuego al agua» —citó—. Es lo mismo; solo son traducciones diferentes. Cuando no es tu lengua nativa, entiendes el sentido de las palabras de forma diferente. Créeme, «Fuego al agua» y «antes fuego y luego caudal» pueden ser la misma cosa.

—Pero ¿qué significa?

—No estoy segura. —Cristina se hundió los dedos en el cabello, frustrada—. Por favor, prométeme que se lo mencionarás a Emma y a Jules en cuanto puedas. Podría equivocarme, pero...

Mark la miraba perplejo.

—Sí, claro...

—Prométemelo.

—Mañana, te lo prometo. —Su sonrisa era divertida—. Se me ocurre pensar que sabes mucho sobre mí, Cristina, y que yo sé muy poco de ti. Conozco tus apellidos: Mendoza Rosales. Sé que dejaste algo en México. ¿Qué era?

—No era algo —contestó ella—. Sino alguien.

—¿Diego *el Perfecto*?

—Y su hermano Jaime. —Agitó la mano como para borrar las cejas alzadas de Mark—. De uno estaba enamorada y el otro era mi mejor amigo. Ambos me rompieron el corazón. —Estaba casi asombrada de oír las palabras que le salían de la boca.

—Por tu corazón doblemente roto, te expreso mi pesar —repuso Mark—. Pero ¿está mal que me alegre de que ello te trajera a mi vida? Si no hubieras estado aquí a mi llegada no sé cómo habría podido sobrellevarlo. Cuando vi a Julian por primera vez pensé que era mi padre. No reconocí a mis hermanos tan crecidos. Los dejé siendo niños y ahora ya no lo son. Cuando supe lo que me había perdido, incluso con Emma..., todo esos años de sus vidas... Tú eres la única de la que no me he perdido nada, sino que he ganado una nueva amistad.

—Amistad —aceptó Cristina.

Mark le tendió la mano y ella lo miró divertida.

—Es tradicional —explicó él— entre las hadas que a una declaración de amistad la acompañe un apretón de manos.

Cristina puso la mano en la de él, que cerró los dedos alrededor de la suya; eran ásperos donde tenía callosidades, pero ágiles y fuertes. Y no fríos, como ella había imaginado que serían, sino cálidos. Cristina intentó contener el escalofrío que amenazaba con subirle por el brazo al darse cuenta del mucho tiempo que había pasado desde que había cogido la mano de alguien de ese modo.

—Cristina —dijo Mark, y en labios de él, su nombre le sonó como música.

Ninguno de los dos se fijó en el movimiento visible a través de la ventana, en el destello de un pálido rostro mirando hacia el interior o en el sonido de una bellota al ser aplastada con saña por unos finos dedos.

La gran cámara en el interior de la cueva no había cambiado desde que Emma había estado allí. Las mismas paredes de bronce, el mismo círculo de tiza en el suelo. Las mismas puertas de vidrio fijadas a las paredes y la oscuridad tras ellas.

La energía le crepitó en la piel cuando entró en el círculo. La magia del *glamour*. Desde dentro del círculo la cámara se mostraba diferente: las paredes parecían deslucidas e imprecisas, como si se tratase de una fotografía antigua. Las puertas estaban oscuras.

El propio círculo estaba vacío, aunque se notaba un extraño olor, una mezcla de azufre y azúcar quemado. Con una mueca, Emma salió del círculo y se acercó a la cristalera de la izquierda.

De cerca ya no parecía oscura. Había luz tras ella. Estaba iluminada desde dentro, como la vitrina de un museo. Se acercó aún más y miró por el cristal.

Más allá de la puerta de vidrio había un espacio pequeño y cuadrado, como un armario.

En el interior vio un gran candelabro de bronce, aunque no había velas clavadas en las puntas de los brazos. Habría sido un arma muy peligrosa, pensó Emma, con sus largos pinchos que se hundían en la cera blanda. También vio un pequeño montón de lo que a Emma le parecieron ropas ceremoniales: un hábito de terciopelo rojo, un par de largos pendientes en los que destellaban rubíes, unas delicadas sandalias doradas.

¿El nigromante sería una mujer?

Emma fue rápidamente a la segunda puerta. Con la nariz pegada al vidrio vio lo que parecía agua. Se movía formando pequeñas olas y unas oscuras siluetas se deslizaban por ella: una golpeó el cristal, y Emma pegó un grito y dio un brinco hacia atrás antes de darse cuenta de que solo era un pececito a rayas con ojos de color naranja. La miró durante un momento antes de volver a desaparecer en la oscura agua.

Emma acercó la luz mágica al cristal, y entonces el agua fue realmente visible: era radiante, de un profundo verde azul, el color de los ojos Blackthorn. Vio peces, algas flotantes y extrañas luces y colores detrás del cristal. Al parecer, se trataba de un nigromante al que le gustaban los acuarios y los peces. Quizá hasta las tortugas. Emma se apartó, sacudiendo la cabeza.

Sus ojos cayeron sobre el objeto de metal colocado entre las puertas. Al principio pensó que parecía un cuchillo tallado saliendo de la pared, pero se dio cuenta de que era una palanca. La rodeó con la mano, y la notó fría bajo sus dedos.

Y la empujó hacia abajo.

Por un momento no pasó nada. Luego ambas puertas se abrieron de par en par.

Un aullido sobrenatural recorrió la sala. Emma se quedó mirando horrorizada. La segunda puerta brillaba con un azul intenso, y Emma descubrió que no era un acuario: era una puerta al océano. Y al otro lado había un universo de agua, extenso y profundo; lleno de algas azotadoras y corrientes ondulantes, y de las formas oscuras y borrosas de cosas mucho mayores que los peces.

El hedor a sal marina estaba por todas partes.

«Inundación», pensó Emma, y sintió que se alzaba del suelo y que el océano tiraba de ella, como si la estuviera tragando un sumidero. Solo tuvo tiempo de gritar antes de ser arrastrada al otro lado de la puerta y de que el agua le cubriera la cabeza.

«Cameron Ashdown».

Julian estaba pintando. Cristina le había dado el mensaje de Emma después de que bajara del desván: una nota escueta, directa al grano, donde solo le decía que iba a casa de Cameron y que no la esperara levantado.

Julian la estrujó y le mascolló algo a Cristina. Un segundo después, estaba corriendo por la escalera en dirección a su estudio. Abrió con brusquedad el armarito del material y tiró fuera las pinturas. Se desabrochó la cremallera de la chaqueta de combate, la echó a un lado, arrancó los tapones de los tubos de óleo y los apretó para llenar la paleta de colores hasta que el penetrante olor a pintura inundó la habitación y atravesó la niebla de su cabeza.

Atacó el lienzo, sujetando los pinceles como un arma, y la pintura pareció surgir de él como la sangre.

Pintaba en negro, rojo y dorado, dejando que lo ocurrido en los últimos días saliera de él como si fuera un veneno ponzoñoso. El pincel cortaba el lienzo, negro, y ahí estaba Mark en la playa, la luz de la luna reluciendo sobre las crueles cicatrices de su espalda. Ahí estaba Ty con su cuchillo sobre el cuello de Kit Rook. Tavvy gritando en medio de sus pesadillas. Mark apartándose temeroso de la estela de Julian.

Sabía que estaba sudando, que el cabello se le pegaba a la frente. Notaba el sabor de la sal y la pintura en la boca. Sabía que no debía estar ahí, que debería estar haciendo lo que siempre hacía: cuidar a Tavvy, buscar nuevos libros para alimentar la curiosidad de Ty, dibujarle a Livvy runas curativas cuando se cortaba practicando con la espada, sentarse con Dru mientras esta veía películas de terror.

Debería estar con Emma. Pero Emma no estaba allí; estaba por ahí, viviendo su propia vida, y así debía ser, así debían ser los *parabatai*. El lazo de *parabatai* no era un matrimonio. Era algo para lo que los idiomas mundanos no tenían palabras. Se suponía que debía desear la felicidad de Emma más que la suya propia, y así era. Así era.

Entonces ¿por qué se sentía como si lo estuvieran apuñalando desde dentro?

Buscó la pintura dorada, porque el anhelo se estaba apoderando de él, latiéndole en las venas, y solo pintarla podía calmarlo. Y no la podía pintar sin dorado. Cogió el tubo y...

Ahogo. El pincel se le resbaló de la mano, rebotando en el suelo, y cayó de rodillas. Estaba tratando de tragar aire, el pecho se le cerraba. No podía llenar los pulmones. Los ojos y la garganta le ardían.

Sal. Se estaba ahogando en sal. No la sal de la sangre, sino la del océano. Notó el sabor salado en la boca y tosió, y el cuerpo se le tensó mientras escupía agua de mar en el suelo.

¿Agua de mar? Se pasó el dorso de la mano por la boca; el corazón le golpeaba dentro del pecho. Aquel día no se había acercado al océano. Le dolía el cuerpo, la runa de *parabatai* le palpataba.

Sorprendido y mareado, puso la mano sobre la runa. Y lo supo. Lo supo sin saber cómo, lo supo en lo más profundo de su alma, donde su conexión con Emma se había forjado a sangre y fuego. Lo supo porque ella era parte de él, porque el aliento de ella era el suyo, y sus sueños los de él, y su sangre la de él, y cuando el corazón de Emma se parara sabía que el de él también se pararía, y se alegraría, porque no quería vivir

ni un segundo en un mundo donde no estuviera ella.

Cerró los ojos y vio el océano alzarse tras sus párpados, azul oscuro e insondable, cargado con la fuerza de la primera ola que rompió contra la primera playa solitaria. Y lo supo.

«Allí adonde tú vayas, yo iré».

—Emma —susurró, y echó a correr.

Emma no estaba segura de qué la aterrorizaba más del océano. Estaba la furia de las olas: azul oscuro y bordeadas de blanco, como el encaje; su belleza engañaba, ya que al acercarse a la orilla se cerraban como puños. Una vez la había atrapado una ola al romper y recordaba la sensación de caer, como si se precipitara por el hueco del ascensor, y luego la fuerza del agua clavándola contra la arena. Había tenido que luchar, ahogándose, para liberarse, para encontrar su camino de vuelta al aire.

También estaba la profundidad. Había leído sobre personas abandonadas en el mar, sobre cómo se habían vuelto locas pensando en lo que había bajo ellas: los kilómetros y kilómetros de agua, oscuridad y cosas resbaladizas y con dientes que vivían en él.

Mientras la puerta hacia el océano se la tragaba, el agua marina la envolvió y le llenó los ojos y las orejas. Estaba rodeada de agua, y la oscuridad se abría bajo ella como un pozo sin fondo. Veía el pálido cuadrado de la cristalera alejarse en la distancia, pero por mucho que se esforzara no podía nadar hacia ella. La corriente era demasiado fuerte.

Desesperada, miró hacia arriba. Había perdido la luz mágica, que se había hundido hacia lo más profundo. La luz que entraba por la cristalera aún iluminaba una zona a su alrededor, pero Emma solo podía ver oscuridad en lo alto. Le pitaban los oídos. Solo Raziel sabía a qué profundidad se hallaba. El agua cercana a la puerta era de un color verde claro, del color del jade, pero todo lo demás era negro como la muerte.

Cogió la estela. Los pulmones ya empezaban a dolerle. Flotando en el agua, pateando contra la corriente, se clavó la punta de la estela en el brazo y se dibujó una runa de respirar.

El dolor de los pulmones disminuyó. Y entonces llegó el miedo, cegándola con su intensidad. La runa de respirar evitaba que tuviera que luchar por tomar aire, pero el horror de lo que podía estar rodeándola era muy intenso. Cogió el cuchillo serafín que le colgaba del cinturón y lo desenvainó.

«*Manukel*», pensó.

La hoja cobró vida en su mano, derramando luz, y el agua a su alrededor se volvió de un dorado sucio. Por un momento, Emma se quedó deslumbrada; luego se le aclaró la visión, y ahí estaban.

Demonios.

Gritó, y las burbujas se alzaron desde su boca en silencio. Estaban debajo de ella, alzándose como pesadillas: criaturas resbaladizas y deformes. Tentáculos oscilantes coronados de dientes serrados se agitaron hacia ella. Blandió a *Manukel* y segó el miembro espinoso que iba a por su pierna. Un chorro de sangre negra salió disparado en el agua y fue formando nubes.

Una cosa escarlata parecida a una serpiente nadó hacia ella cortando el agua. Emma lanzó una patada y chocó contra algo carnoso y blando. El asco le produjo arcadas y lanzó una puñalada hacia abajo; más sangre derramada. El mar a su alrededor se estaba volviendo del color del carbón.

Pataleó hacia la superficie, empujada por una nube de sangre de demonio. Mientras subía, vio la luna blanca, una perla borrosa en la superficie del agua. La runa de respirar se había borrado de su piel y notaba como si se le estuvieran colapsando los pulmones. Sentía batir el agua bajo sus pies, pero no se atrevió a mirar hacia abajo. Fue subiendo hacia donde acababa el agua, y notó que su mano cortaba la superficie, el frío del aire en los dedos.

Algo la cogió por la muñeca. Se le cayó el cuchillo serafín de la mano, un punto de luz brillante que se hundía, alejándose de ella mientras la alzaban hasta la superficie. Quiso tragar aire, pero era demasiado pronto. El agua le llenó los pulmones y la oscuridad la golpeó con la fuerza de un camión.

IDRIS, 2009

En la ceremonia de parabatai de Emma y Julian ella aprendió dos cosas importantes. La primera, que no era la única Carstairs que quedaba en el mundo.

Su ceremonia de parabatai se realizó en Idris, porque habían luchado en la Guerra Oscura y se les reconocía su valor. Al menos, dijo Julian, lo reconocían algunas veces, pero no cuando querían algo importante, como que su hermana regresara de la isla de Wrangel; sin embargo, cuando los nefilim querían hacer una fiesta para celebrar lo fantásticos que eran, ese aspecto siempre estaba presente.

Cuando llegaron, contemplaron las calles de Alacante asombrados. La última vez que habían estado en Idris la capital se hallaba destrozada por la Guerra Oscura: las calles levantadas, clavos por todas las paredes para alejar a las hadas, la puerta de la Sala de los Acuerdos arrancada. En ese momento volvía a estar immaculada, los adoquines de nuevo en su sitio, los canales serpenteando ante las casas y las torres de los demonios reluciendo sobre todo ello.

—Parece más pequeña —comentó Julian, mirando a su alrededor desde los escalones que daban a la Sala de los Acuerdos.

—No es que sea más pequeña. —La voz era de un joven con cabello y ojos negros que les sonreía—. Es que has crecido.

Se lo quedaron mirando.

—¿No me recordáis? —preguntó—. Emma Cordelia Carstairs. Quédate con tu parabatai. A veces lo más valiente es no luchar. Protégelos y guarda tu venganza para otro día.

—¿Hermano Zachariah? —Emma estaba atónita—. Nos ayudaste durante la Guerra Oscura...

—Ya no soy un Hermano Silencioso —explicó él—. Solo un hombre corriente. Me llamo James. James Carstairs. Pero todo el mundo me llama Jem.

Hubo cierta perplejidad y luego hablaron, y Julian le dio a Emma espacio para su sorpresa y para bombardear al antiguo hermano Zachariah con preguntas. Jem le explicó que se había convertido en un Hermano Silencioso en 1878, pero que había abandonado esa función para poder casarse con la mujer a la que amaba, la bruja Tessa Gray. Julian le preguntó si eso significaba que tenía ciento cincuenta años, y Jem admitió que casi, aunque no lo pareciera. No le habrían echado más de veintitrés.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces? —preguntó Emma mientras iban entrando en la Ciudad Silenciosa por la larga escalera de piedra—. ¿Por qué no me dijiste que

eras un Carstairs?

—Pensé que iba a morir —contestó con franqueza—. Estábamos en medio de una batalla. Parecía cruel decírtelo si no iba a vivir ni un día más. Y después de eso, Tessa me aconsejó que te diera tiempo para llorar a tus padres, para adaptarte a tu nueva vida. —Se volvió y la miró, y su expresión era triste y afectuosa—. Eres cazadora de sombras, Emma. Y ni Tessa ni yo somos nefilim, ya no. Para venir a vivir conmigo, aunque serías bienvenida, tendrías que dejar de ser una cazadora de sombras. Y esa es una elección muy cruel que plantearte.

—¿Ir a vivir contigo? —Era Julian, con un tono de seca advertencia—. ¿Y por qué haría eso? Tiene un hogar. Tiene una familia.

—Exacto —repuso Jem—. Y aún hay más. ¿Te importa dejarme un momento a solas con Emma?

Julian lo consultó con Emma con una mirada, y ella asintió. Fue bajando por la escalera, aunque se volvió un par de veces para comprobar que ella estuviera bien.

Jem le tocó el brazo con dedos ligeros. Emma iba vestida con el uniforme ceremonial, pero notó la cicatriz que se había hecho con Cortana cuando él la tocó, como si reconociera su sangre común.

—He querido estar aquí contigo para la ceremonia —dijo él— porque una vez yo también tuve un parabatai, y ese lazo me es muy preciado.

Emma no preguntó qué le había pasado al parabatai de Jem. Los Hermanos Silenciosos tenían prohibido tener parabatai, y además, ciento cincuenta años era mucho tiempo.

—Pero no sé cuándo podré estar contigo de nuevo —continuó él—. Tessa y yo tenemos que encontrar algo. Algo importante. —Vaciló un instante—. Será peligroso buscarlo, pero cuando lo encontremos, me gustaría volver a formar parte de tu vida. Como una especie de tío. —Esbozó una media sonrisa—. Quizá no te lo parezca, pero tengo mucha experiencia en ser tío.

Su mirada estaba fija en la de ella, y aunque no se parecían físicamente, en ese momento a Emma le recordó a su padre: la mirada clara y el rostro amable.

—Me gustaría —contestó ella—. ¿Puedo preguntarte algo más?

Él asintió con cara seria. Era fácil imaginárselo como su tío: se lo veía muy joven, pero había en él una tranquila certeza que lo hacía parecer atemporal, como un hada o un brujo.

—¿Sí?

—¿Me enviaste a tu gato?

—¿Iglesia? —Se echó a reír—. Sí. ¿Ha cuidado de ti? ¿Te llevó los regalos que le di?

—¿Las conchas y los vidrios marinos? —Emma asintió—. El brazalete que lleva Julian está hecho de los vidrios marinos que me trajo Iglesia.

Su risa se transformó en una sonrisa un poco triste.

—Como debe ser —dijo—. Lo que pertenece a un parabatai le pertenece al otro.

Porque ahora sois un solo corazón. Una sola alma.

Jem se quedó con Emma durante toda la ceremonia. Actuaron de testigos Simon y Clary, de los que Emma sospechaba que algún día también se convertirían en parabatai.

Después de la ceremonia, a Julian y a Emma se los condujo por las calles hasta la Sala de los Acuerdos, donde tuvo lugar una cena especial en su honor. Tessa, una chica bonita de cabello castaño que parecía de la misma edad que Clary, se había unido a ellos; había abrazado a Emma con fuerza y soltó una exclamación al ver a Cortana; dijo que la había visto antes, hacía mucho tiempo. Otros parabatai se pusieron en pie para hablar de su lazo y sus experiencias. Las parejas de amigos parecían emanar ondas de felicidad mientras hablaban. Jace y Alec hablaron, sonriendo, de haber estado a punto de morir juntos en los reinos demoníacos, y Emma sintió una gran alegría al pensar que algún día Jules y ella estarían ahí, sonriéndose tontamente el uno a la otra y hablando de cómo su lazo los había ayudado a superar situaciones en las que creyeron que iban a morir.

En algún momento durante los discursos, Jem se había levantado silenciosamente de la silla y había desaparecido por la puerta hacia la plaza del Ángel. Tessa había dejado caer su servilleta y se había apresurado a seguirlo. Mientras las puertas se cerraban, Emma los vio abrazarse en los escalones bajo la tenue luz.

Quiso ir tras ellos, pero Clary ya se la estaba llevando al frente de la sala para hacerle dar algún tipo de discurso, y Julian estaba con ella, sonriendo con esa sonrisa tranquila que ocultaba un millón de ideas. Y Emma fue feliz. Se había puesto uno de sus primeros grandes hallazgos en las tiendas de segunda mano: un vestido de verdad, y no los gastados vaqueros que solía usar hasta que se le caían a pedazos. En vez de eso, llevaba un vestido marrón Paraphernalia salpicado de pequeñas flores de color dorado claro, como girasoles creciendo en un campo, y se había soltado el pelo, que le llegaba hasta la cintura. Había crecido como una mala hierba durante el último año, y casi le llegaba a Jace al hombro cuando este fue a felicitarlos a los dos.

A los doce años se había colado perdidamente por Jace, y aún se sentía un poco rara a su lado. Él ya tenía casi diecinueve, y era aún más guapo que antes: más alto, más fornido, bronceado y con el cabello aclarado por el sol, pero sobre todo se lo veía mucho más feliz. Recordaba a un muchacho tenso, hermoso, que había ardido de deseo de venganza y de fuego celestial, pero que ahora parecía en paz consigo mismo.

Y eso era bueno. Se alegraba por él, y por Clary, que le sonreía y la saludaba desde la otra punta de la sala. Pero Emma ya no experimentaba una sensación rara en el estómago cuando Jace le sonreía, ni quiso esconderse debajo de algo y morir cuando él la abrazó y le dijo que estaba muy guapa con su vestido nuevo.

—Ahora tienes una gran responsabilidad —le dijo este a Julian—. Tendrás que

asegurarte de que acabe con un tipo que la merezca.

Julian estaba extrañamente pálido. Quizá estuviera sintiendo los efectos de la ceremonia, pensó Emma. La magia había sido muy intensa y ella aún la notaba bulléndole en las venas como burbujas de champán. Pero Jules parecía estar a punto de vomitar.

—¿Y yo qué? —replicó Emma enseguida—. ¿No tengo que asegurarme de que Jules acabe con una tipa que se lo merezca?

—Sin duda. Yo lo hice por Alec, Alec lo hizo por mí; bueno, lo cierto es que al principio odiaba a Clary, pero luego se le pasó.

Que era como debía ser, pensó Emma. Tu parabatai debía ser amigo de la persona que amabas, de tu cónyuge, de tu novio o tu novia, porque así era como iba la cosa. Aunque cuando trataba de imaginar a la persona con la que acabaría, alguien con quien quisiera casarse y vivir para siempre, solo veía una especie de espacio borroso. No era capaz de imaginarse a esa persona en absoluto.

—Y apuesto a que a ti tampoco te gustaba mucho Magnus —dijo Julian, aún con la misma expresión rara y tensa en el rostro.

—Quizá no —contestó Jace—, pero nunca lo habría mencionado.

—¿Porque le habrías hecho daño a Alec? —preguntó Emma.

—No —respondió Jace—, porque Magnus me habría convertido en un perchero. —Y se fue hacia Clary, que se reía con Alec, ambos felices.

—Tengo que salir —dijo Julian—. Necesito un poco de aire. —Rozó la mejilla de Emma con el dorso de la mano antes de ir hacia la puerta de la sala. Fue una caricia áspera; tenía las uñas mordidas hasta la raíz.

Más tarde esa noche, Emma se despertó de un sueño de círculos ardientes, con la piel caliente y las sábanas enrolladas en las piernas. Los habían alojado en la vieja mansión de los Blackthorn, y Julian estaba lejos, por corredores que ella no conocía como los pasillos del Instituto. Se acercó a la ventana. Había una corta caída hasta el sendero del jardín. Se puso unas zapatillas y subió al alféizar.

El sendero se curvaba entre los jardines. Emma lo recorrió respirando el aire limpio y fresco de Idris, intocado por la contaminación. En lo alto del cielo brillaban un millón de estrellas, totalmente libres de contaminación lumínica, y deseó que Julian estuviera con ella. De repente, oyó voces.

La mansión de los Blackthorn había ardido hasta los cimientos hacía mucho tiempo y la habían reconstruido cerca de la de los Herondale. Emma paseó por unos cuantos bonitos senderos hasta encontrarse con una pared.

Había una verja en el muro. Mientras Emma se acercaba a ella, oyó el murmullo de voces con mayor claridad. Se acercó sigilosamente hasta el costado de la reja y miró hacia el otro lado.

Al otro lado, un jardín descendía hasta la casa Herondale, una construcción de piedra blanca. Bajo la luz de las estrellas, la hierba relucía mojada de rocío y salpicada de las flores blancas que solo crecían en Idris.

—Y aquella constelación de allí es el Conejo. ¿Ves que tiene orejas? —Era la voz de Jace.

Clary y él estaban sentados sobre la hierba, hombro contra hombro. Él llevaba unos vaqueros y una camiseta, y Clary estaba en camión, con la chaqueta de Jace sobre los hombros. Este señalaba al cielo.

—Estoy bastante segura de que no hay ninguna constelación que se llame el Conejo —dijo Clary.

En esos años no había cambiado tanto como Jace: seguía siendo menuda, con el cabello pelirrojo y brillante como la Navidad, el rostro lleno de pecas y pensativo. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Jace.

—Claro que sí —repuso él, y cuando la luz de las estrellas hizo que brillaran sus claros rizos, Emma sintió un leve aleteo de su antiguo enamoramiento—. Y esa otra de ahí es el Tapacubos. Y también está la Gran Tortita.

—Me vuelvo adentro —dijo Clary—. Se me había prometido una lección de astronomía.

—¿Qué? ¡Pero si los marineros solían navegar guiándose por la Gran Tortita! —exclamó Jace, y Clary negó con la cabeza y comenzó a levantarse.

Jace la agarró por el tobillo y ella se lanzó sobre él riendo, y luego se besaron, y Emma se quedó totalmente inmóvil, porque lo que había sido un momento cualquiera, que podía haber interrumpido con un saludo amistoso, se había convertido de repente en otra cosa.

Jace rodó sobre Clary en la hierba. Ella lo había rodeado con los brazos y le hundía las manos en el cabello. La chaqueta se le había caído de los hombros y los tirantes del camión se le deslizaban por los brazos.

Clary reía y lo llamó por su nombre, diciendo que quizá deberían volver adentro, y Jace la besó en el cuello. Clary soltó un grito ahogado y Emma oyó que él decía:

—¿Te acuerdas de la mansión Wayland? ¿Te acuerdas de aquella vez, fuera?

—Lo recuerdo. —La voz de Clary era baja y gutural.

—No creía que pudiera estar contigo —confesó Jace. Estaba tendido sobre Clary, apoyado en los codos, y ella le recorría el perfil de la mejilla con el dedo—. Fue como estar en el infierno. Habría hecho cualquier cosa por ti. Aún lo haría.

Clary le puso la mano abierta en el pecho, sobre el corazón.

—Te amo —le dijo.

Jace hizo un ruido, un ruido muy poco característico de él, y Emma se apartó de la verja y salió corriendo hacia la casa de los Blackthorn.

Llegó a la ventana y escaló hasta ella, jadeando. La luna brillaba como un foco e iluminaba su habitación. Se quitó las zapatillas de una patada y se sentó en la cama. El corazón le martilleaba dentro del pecho.

La forma en que Jace había mirado a Clary, el modo en que ella le había acariciado el rostro... Se preguntó si alguien la miraría así alguna vez. No parecía posible. No podía imaginarse amar tanto a alguien.

A alguien que no fuera Jules.

Pero eso era diferente, ¿no? No podía imaginarse a Julian tendido sobre ella, besándola de esa manera. Ellos eran diferentes, eran otra cosa, ¿verdad?

Se tumbó en la cama mirando hacia la puerta. Por una parte esperaba que Jules apareciera, que fuera allí porque ella se sentía mal, como tantas veces había hecho. Parecía saberlo sin que tuviera que decírselo. Pero ¿por qué iba a pensar que ella no se sentiría feliz? Ese día habían celebrado su ceremonia de parabatai; debería haber sido el día más feliz de su vida, excepto quizá el de su boda. Pero en vez de eso, se sentía agitada y rara, y con unas extrañas ganas de llorar.

«Jules», pensó, pero la puerta no se abrió y él no acudió. Emma se acurrucó alrededor de la almohada y permaneció despierta hasta el amanecer.

Después de la oscuridad llegó la luz. Blanco brillante y plata; luz de estrellas por encima del agua y la arena. Y Emma volaba. Sobre la superficie del agua, no por ella; podía ver la arena de la playa más abajo, y un charco de fuego donde se reflejaba la luna.

Notaba un dolor en el pecho. Se revolvió para librarse de él y se dio cuenta de que no volaba: la estaban llevando. Se apoyaba sobre un duro pecho, y unos brazos la rodeaban. Vio un destello de ojos verde azulado.

Julian. Julian la llevaba. Rizos mojados y oscuros le coronaban la cabeza.

Emma trató de tomar aire para hablar y se atragantó. Sufrió un espasmo en el pecho; el agua, amarga y salada como la sangre, le llenó la boca. Vio que el rostro de Julian se contorsionaba de pánico, y luego él corría por la playa y se dejaba caer de rodillas y la depositaba sobre la arena. Ella seguía tosiendo, ahogándose, mirándolo con ojos asustados. Vio el mismo miedo reflejado en el rostro de Julian; deseó decirle que todo iría bien, que todo acabaría bien, pero no podía hablar por el agua que le llenaba la garganta.

Julian sacó torpemente la estela del cinturón y ella notó la punta quemándole la piel. La cabeza se le fue hacia atrás mientras se formaba la runa. Vio la luna sobre ella, detrás de la cabeza de Julian, como un halo. Quiso decirle que tenía un halo. Quizá a él le pareciera divertido. Pero las palabras se le ahogaban en el pecho. Se estaba ahogando. Muriendo en tierra.

La runa estaba acabada. Julian apartó la estela y el pecho de Emma pareció hundírsele. Gritó, y el agua le salió a chorro de los pulmones. Se hizo un ovillo, sacudida por una profunda tos. Le dolió cuando su cuerpo expulsó las algas, como si la estuvieran poniendo del revés como un guante. Notó la mano de Julian en la espalda, los dedos entre los omóplatos, sujetándola con fuerza.

Finalmente, la tos fue parando. Rodó para quedar boca arriba, y miró a Julian y el cielo tras él. Podía ver un millón de estrellas, y él seguía teniendo su halo, pero ya no era nada divertido. Julian temblaba, la camiseta negra y los vaqueros pegados al cuerpo, el rostro más pálido que la luna.

—¿Emma? —susurró.

—Jules —contestó ella. Su propia voz le sonó débil y áspera—. Es... estoy bien.

—¿Qué diablos ha pasado? ¿Qué estabas haciendo en el agua?

—He ido a la convergencia —susurró ella—. Había algún tipo de hechizo. Me engulló el océano...

—¿Has ido a la convergencia sola? —Alzó la voz—. ¿Cómo has podido ser tan estúpida?

—Tenía que intentar...

—¡No tenías que intentarlo sola! —Su voz pareció despertar un eco en el agua. Tenía los puños apretados a los costados. Emma se dio cuenta de que Jules no temblaba de frío: era furia—. ¿De qué diablos sirve ser *parabatai* si te vas y te arriesgas sin mí?

—No quería ponerte en peligro...

—¡Casi me ahogo dentro del Instituto! ¡Me salió agua por la boca al toser! ¡El agua que tú tragabas!

Emma lo miró sorprendida. Comenzó a incorporarse para apoyarse en los codos. El cabello, apelmazado y empapado, le colgaba como un peso.

—No es posible.

—¡Claro que es posible! —Su voz pareció estallar hacia fuera de su cuerpo—. Estamos unidos, Emma, unidos; respiro cuando respiras, sangro cuando sangras, ¡soy tuyo y tú eres mía, siempre has sido mía, y yo siempre siempre te he pertenecido!

Nunca lo había oído decir nada parecido, nunca lo había oído hablar así, nunca lo había visto tan a punto de perder el control.

—No pretendía hacerte daño —repuso ella.

Intentó incorporarse, y tendió el brazo hacia él. Julian la cogió por la muñeca.

—¿Estás de broma? —Incluso en la oscuridad, sus ojos verde azulado seguían mostrando su color—. ¿Todo esto es una broma para ti, Emma? ¿Es que no lo entiendes? —Su voz se convirtió en un susurro—. Yo no podría sobrevivir si tú mueres.

Ella le escrutó el rostro con la mirada.

—Jules, lo siento mucho, Jules...

El muro que solía ocultar la verdad en lo profundo de los ojos de Julian se había derrumbado; Emma pudo ver el pánico en ellos, la desesperación, el alivio que había atravesado sus defensas.

Seguía cogiéndola de la muñeca. Emma no supo si fue ella quien se había acercado primero a él o si Julian la había atraído hacia sí. Quizá ambas cosas. Chocaron el uno contra la otra como una colisión de estrellas, y entonces él la besó.

Jules. ¡Julian! Besándola.

La boca de él se movió sobre la suya, ardiente e inquieta, y el cuerpo de Emma se convirtió en fuego líquido. Le arañó la espalda acercándolo más. La ropa de Julian estaba mojada, pero su piel ardía allí donde ella la tocaba. Cuando le puso las manos sobre la cintura, él ahogó un grito en su boca, un sonido en parte de incredulidad y en parte de deseo.

—Emma —dijo, una palabra a medio camino entre una plegaria y un gemido.

Su boca se volvió salvaje sobre la de ella, se besaban como si estuvieran tratando de arrancar las barras que los retenían dentro de una prisión. Como si ambos se

estuvieran ahogando y solo pudieran respirar a través del otro.

Emma creyó que los huesos se le habían vuelto de cristal. Parecieron quebrársele por todo el cuerpo; se desmoronó hacia atrás y arrastró a Julian con ella, permitiendo que el peso de su cuerpo los hundiera a ambos en la arena. Lo agarró por los hombros, pensó en el momento de desorientación cuando él la había sacado del agua, el momento en que todavía no sabía quién era. Era más fuerte y más grande de lo que ella recordaba. Más adulto de lo que Emma se había permitido aceptar, aunque cada beso estaba destruyendo entre las llamas los recuerdos del niño que él había sido.

Cuando se acercó más a ella, Emma pegó un respingo, sorprendida por la fría humedad de su camiseta. Julian se la quitó tirando del cuello. Cuando volvió a acercarse a ella, la extensión de su piel desnuda la anonadó, y le subió las manos por los costados, sobre las alas de los omóplatos, como si estuviera articulando su contorno, creándolo con el toque de sus manos y dedos. La pálidas cicatrices de las viejas Marcas; el calor de su piel cubierta de una fina capa de la salada agua del océano; la sensación de su suave brazalete de vidrio marino; todo eso era tan Julian que la dejó sin aliento. No podía ser nadie más. Emma lo reconocía por el tacto, por la forma de respirar, por el latido de su corazón contra el de ella.

Las caricias de Emma lo estaban deshaciendo. Lo veía ir cayendo, pieza a pieza. Alzó las rodillas para apretarle las caderas; le cubrió con las manos la piel sobre la cintura de los vaqueros, suave como el océano en bajamar, y él se estremeció contra ella como si estuviera muriendo. Nunca lo había visto así, ni siquiera cuando pintaba.

Sin aliento, él apartó la boca, obligándose a detenerse, forzando a su cuerpo a dejar de moverse. Ella vio el esfuerzo en sus ojos, negros de ansia e impaciencia. Lo vio en el modo en que, al apartar las manos de ella, las hundía en la arena a ambos lados, arañando el suelo con los dedos.

—Emma —susurró—. ¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza y le tendió los brazos. Julian hizo un ruido de desesperado alivio y gratitud, y la apretó contra sí, y ya no hubo más vacilación. Se dejó ir entre los brazos abiertos de Emma y la agarró con fuerza, temblando hasta los huesos, mientras ella lo atrapaba con los tobillos sobre las pantorrillas, clavándolo contra sí. Abrió su cuerpo como una cuna en la que él pudiera acurrucarse.

Julian le buscó la boca con la suya, y como si sus labios estuvieran conectados con todos los nervios del cuerpo, todo su ser pareció chispear y danzar. Así que esto era lo que se suponía que debía ser; así era como debía ser besar. Así.

Él le delineó la boca, la mejilla, la curva cubierta de arena de la mandíbula con sus besos. La besó por el cuello, su aliento cálido sobre la piel. Ella le enredó las manos en los húmedos rizos y miró maravillada al cielo que los cubría, repleto de estrellas, ondeante y frío, y pensó que eso no podía estar pasando, que la gente no lograba lo que quería de esa manera.

—Jules —susurró—. Mi Julian.

—Siempre —susurró él, volviendo a su boca—. Siempre.

Y se precipitaron el uno en la otra con la inevitabilidad de una ola rompiendo en la playa. El fuego corría por las venas de Emma mientras las barreras entre ellos se desvanecían; trató de grabarse cada instante, cada gesto, en la memoria: la sensación de las manos de él cerrándose sobre sus hombros, el ahogado jadeo que dejaba escapar, la forma en que se disolvía en ella perdiéndose en su cuerpo. Hasta el último momento de su vida, pensó, recordaría el modo en que él le enterraba el rostro en el cuello y repetía su nombre una y otra vez, como si todas las otras palabras hubieran quedado olvidadas para siempre en las profundidades del océano. Hasta la hora final.

Cuando las estrellas dejaron de dar vueltas, Emma se encontró tendida en la arena, rodeada por el brazo de Julian, mirando hacia lo alto. La chaqueta de Julian, seca, estaba abierta sobre ellos. Él la miraba, con la cabeza apoyada en una mano. Parecía deslumbrado, con los ojos entrecerrados. Le trazaba lentos círculos con los dedos sobre el hombro desnudo. El corazón aún le latía muy rápido, golpeando contra el de ella. Emma lo amaba tanto que sentía como si se le estuviera abriendo el pecho.

Quería decírselo, pero las palabras se le encallaban en la garganta.

—¿Ha sido...? —comenzó Emma—. ¿Ha sido tu primer beso?

—No, he estado practicando con desconocidas al azar. —Sonrió, salvaje y hermoso bajo la luz de la luna—. Sí. Ha sido mi primer beso.

Un escalofrío recorrió a Emma.

«Te amo, Julian Blackthorn —pensó—. Te amo más que a la luz de las estrellas».

—Pues no ha estado tan mal —dijo sonriéndole.

Él rio y la acercó más a él. Emma se relajó contra la curva de su cuerpo. El aire era frío, pero allí sentía calidez, en ese pequeño círculo con Julian, ocultos por los salientes de roca, envueltos en la chaqueta de franela que olía a él. Él le acarició el pelo.

—Shhh. Emma, duérmete.

Ella cerró los ojos.

Emma dormía al lado del océano. Y no tenía pesadillas.

—Emma. —Una mano sobre el hombro la sacudía suavemente—. Emma, despierta.

Se dio la vuelta y parpadeó, y luego se quedó parada por la sorpresa. No había un techo sobre ella, solo el brillante cielo azul. Se sentía agarrotada y dolorida, con la piel irritada por la arena.

Julian estaba a su lado. Estaba vestido y tenía el rostro de un pálido grisáceo, como la ceniza lanzada al viento. Sus manos se agitaban alrededor de ella, sin llegar a tocarla, como las mariposas de Ty.

—Alguien ha estado aquí.

Eso la hizo sentarse de golpe. Estaban en la playa, en un pequeño y desnudo semicírculo de arena, rodeado por dedos de piedra que llegaban hasta el océano. La arena a su alrededor estaba muy revuelta, y Emma se sonrojó cuando los recuerdos rompieron en ella como una ola. Parecía ser mediodía, como mínimo, pero, por suerte, la playa estaba desierta. También le resultaba conocida. Estaban cerca del Instituto, más de lo que había pensado. Aunque tampoco había pensado demasiado.

Llenó los pulmones de aire.

—Ay —exclamó—. Ay, Dios mío.

Julian no dijo nada. Tenía la ropa mojada, con arena adherida a los pliegues. Emma se dio cuenta finalmente de que también llevaba la ropa puesta. Julian debía de haberla vestido. Solo sus pies estaban desnudos.

La marea estaba baja, y las algas quedaban expuestas sobre la línea del mar. Sus pisadas del día anterior hacía mucho que se habrían borrado, pero había otras marcadas en la arena. Parecía como si alguien hubiese subido por una de las paredes rocosas, se hubiera acercado hasta ellos y luego se hubiera vuelto por donde había llegado. Dos hileras de pisadas. Emma las miró horrorizada.

—¿Nos ha visto alguien? —preguntó.

—Mientras dormíamos —contestó Julian—. Yo tampoco me he despertado. —Apretó las manos a los lados—. Algún mundano, espero, que habrá supuesto que éramos un par de tontos adolescentes. —Soltó aire—. Espero —repitió.

Destellos de recuerdos de la noche anterior le pasaron a Emma por la cabeza: el agua fría, los demonios, Julian cargando con ella, Julian besándola. Julian y ella yaciendo unidos sobre la arena.

Julian. No creía poder volver a pensar en él como Jules. Jules era un nombre de infancia para él. Y ya habían dejado atrás la niñez.

Él la miró y Emma vio la angustia en sus ojos del color del mar.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho.

—¿Y por qué lo sientes? —preguntó ella.

—No pensé... —Iba de aquí para allí, con los pies pateando la arena—. En... la seguridad. Protección. No lo pensé.

—Estoy protegida —repuso ella.

Él se volvió en redondo.

—¿Qué?

—Tengo la runa —explicó Emma—. Y no tengo ninguna enfermedad, y tú tampoco, ¿verdad?

—Yo... no. —El alivio era palpable en su rostro, y por alguna razón eso provocó a Emma un dolor en el estómago—. Ha sido mi primera vez, Emma.

—Lo sé —repuso ella en un susurro—. De todas formas, no hace falta que te disculpes.

—Sí que hace falta —replicó él—. Quiero decir, esto es bueno. Somos

afortunados. Pero debería haberlo pensado. No tengo ninguna excusa. Perdí la cabeza.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Debo de haberla perdido para hacer eso —continuó él.

—¿Hacer qué? —Emma se quedó impresionada por lo claras y tranquilas que le salían cada una de las palabras. La ansiedad batía en su interior como un tambor.

—Lo que hicimos. —Exhaló—. Ya sabes a qué me refiero.

—Estás diciendo que lo que hicimos no es correcto.

—Lo que quiero decir... —Parecía estar tratando de contener algo que deseaba abrirse camino desde su interior—. Moralmente no tiene nada de malo. Es una Ley estúpida. Pero es la Ley. Y no podemos incumplirla. Es una de las leyes más antiguas que hay.

—Pero no tiene sentido.

La miró sin verla.

—La Ley es dura, pero es la Ley.

Emma se puso en pie.

—No. Ninguna ley puede controlar nuestros sentimientos.

—No he dicho nada de sentimientos —dijo Julian.

Emma notó que se le secaba la garganta.

—¿Qué quieres decir?

—No deberíamos habernos acostado —sentenció él—. Sé que para mí ha significado algo; estaría mintiendo si dijera que no, pero la Ley no prohíbe el sexo, prohíbe el amor. Estar enamorados.

—Estoy bastante segura de que acostarnos juntos también va contra las normas.

—Sí, pero ¡por eso no te exilian! ¡Por eso no te arrancan las Marcas! —Se pasó los dedos por el alborotado cabello—. Va contra las normas porque... tener ese tipo de intimidad, esa intimidad física, te conduce a ser emocionalmente íntimo, y eso es lo que les importa.

—Somos emocionalmente íntimos.

—Ya sabes a lo que me refiero. No finjas que no. Quieren que seamos íntimos, pero no quieren esto. —Hizo un gesto indicando la playa, como para abarcar toda la noche anterior.

Emma temblaba.

—*Eros* —dijo—. En vez de *philia* o *agape*.

Julian pareció aliviado, como si la respuesta de Emma significara que entendía su posición, que la compartía. Como si hubieran tomado juntos alguna decisión. Emma tuvo ganas de gritar.

—*Philia* —continuó él—. Eso es lo que tenemos..., amor de amigos, y perdóname si he hecho algo para fastidiarlo...

—Yo también participé —replicó Emma, y su voz era más fría que el agua.

Él la miró directamente.

—Nos queremos —repuso—. Somos *parabatai*, el amor es parte de ese lazo. Y me atraes. ¿Cómo no? Eres hermosa. Y no es que...

Se interrumpió, pero Emma podía rellenar el resto por él, con palabras tan dolorosas que casi parecieron clavársele dentro de la cabeza: «No es que no pueda conocer otras chicas, que pueda salir con ellas, tú eres lo que hay, tú eres lo que tengo a mano. Cristina probablemente sigue enamorada de alguien en México; no hay nadie para mí. Solo tú».

—No estoy ciego —continuó Julian—. Puedo verte, y te deseo, pero... no podemos. Si lo hacemos, acabaremos enamorándonos, y eso sería un desastre.

—Enamorándonos —repitió Emma. ¿Cómo podía no ver que ella ya estaba enamorada, en todos los sentidos en los que se podía estar?—. ¿Anoche no te dije que te amaba?

Él negó con la cabeza.

—Nunca dijimos que nos amáramos —respondió él—. Ni una sola vez.

Eso no podía ser cierto. Emma hurgó en sus recuerdos, como si rebuscara desesperadamente en los bolsillos una llave perdida. Lo había pensado: «Julian Blackthorn, te amo más que a la luz de las estrellas». Lo había pensado, pero no lo había dicho. Y él tampoco.

«Estamos unidos», había dicho él, pero no «te amo».

Esperó a que dijera: «Perdí la cabeza porque te jugaste la vida» o «Casi mueres y eso me volvió loco» o cualquier variación de «Fue tu culpa». Pensó que si lo hacía, la haría estallar como una mina de tierra activada.

Pero no lo hizo. Se quedó mirándola, con la chaqueta de franela subida hasta los codos, con la piel enrojecida por el agua fría y el roce de la arena.

Nunca lo había visto tan triste.

Emma alzó la barbilla, desafiante.

—Tienes razón. Será mejor que lo olvidemos.

Al oírla, él hizo una mueca de dolor.

—Te quiero, Emma.

Ella se frotó las manos para calentárselas, y pensó en que el océano desgastaba hasta los muros de piedra con el paso de los años, arrancando fragmentos de lo que antes había sido invulnerable.

—Ya lo sé —repuso—. Pero no de esa manera.

Lo primero que Emma vio al llegar al Instituto, después de haberle contado a Julian su experiencia en la convergencia mientras regresaban desde la playa, fue que el coche, que la noche anterior había dejado aparcado ante la cueva, estaba ahora al pie de la escalera de entrada. Lo segundo fue a Diana sentada en el capó, más furiosa que un abejorro.

—¿En qué estabais pensando? —exigió saber, y Emma y Julian se detuvieron de

golpe—. De verdad, Emma, ¿es que habéis perdido la cabeza?

Por un momento Emma sintió como un mareo; Diana no podía estar refiriéndose a Julian y a ella, ¿o sí? ¿No sería Diana quien los había visto en la playa? Miró a Julian de reojo, pero él se había quedado tan blanco como lo creía estar ella.

Los oscuros ojos de Diana se clavaron en Emma.

—Estoy esperando una explicación —dijo—. ¿Qué os hizo pensar que era una buena idea ir solos a la convergencia?

Emma estaba demasiado sorprendida para pensar alguna réplica cínica.

—¿Qué?

Diana pasó la mirada de Julian a Emma, y luego de vuelta.

—No he recibido el mensaje de la convergencia hasta esta mañana —explicó—. He ido corriendo y me he encontrado el coche, vacío. Abandonado. He pensado... No sabes lo que he pensado, pero...

Emma sintió una punzada de culpa. Diana había estado preocupada por ella. Y por Julian, que no había ido a la convergencia.

—Perdona, lo siento muchísimo —se disculpó Emma de corazón. Su convicción de la noche anterior, su decisión de que estaba haciendo lo correcto al ir a la convergencia, se había evaporado. Solo se sentía agotada, y no más cerca de una respuesta—. Recibí el mensaje y fui; no quise esperar. Y por favor, no te enfades con Julian. No vino conmigo. Me encontró después.

—¿Te encontró? —Diana la miró confusa—. ¿Te encontró dónde?

—En la playa —contestó Emma—. Hay unas puertas en la cueva, una especie de Portales, y una de ellas da directamente al océano.

La preocupación había aumentado en el rostro de Diana.

—Emma, ¿acabaste en el agua? Pero si tú odias el océano. ¿Cómo has...?

—Apareció Julian y me sacó de allí —explicó Emma—. Pudo sentir mi terror cuando estaba en el agua. Cosas de *parabatai*. —Miró de reojo a Julian, cuya mirada era clara y directa. Limpia. Sin esconder nada—. Hemos tardado mucho en regresar andando.

—Bueno, resulta interesante haber encontrado el agua de mar —repuso Diana mientras bajaba del capó—. Supongo que será la misma encontrada en los cadáveres.

—¿Cómo has podido regresar con el coche? —preguntó Emma mientras comenzaban a subir la escalera.

—Lo que quieres decir, sin duda, es: «Gracias, Diana, por haber traído el coche de vuelta» —replicó Diana entrando en el Instituto. Recorrió con una mirada crítica las ropas húmedas y llenas de arena de Julian y Emma, la piel irritada y el cabello revuelto—. ¿Os parece si los reúno a todos en la biblioteca? Creo que ya es hora de que intercambiamos información.

Julian se aclaró la garganta.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Diana y Emma lo miraron confusas.

—¿Por qué no ha hecho qué quién?

—¿Por qué no has recibido el mensaje de la convergencia hasta esta mañana? Mi móvil estaba sin batería, lo que es una estupidez por mi parte, pero... ¿y tú qué?

—Nada de lo que tengas que preocuparte —replicó Diana seca—. Bueno, id a ducharos. Imagino que tenéis información importante, pero hasta que os saquéis toda la arena de encima no creo que pueda concentrarme en nada excepto en pensar en lo que os debe de estar picando.

Emma tenía la intención de cambiarse al llegar a la habitación. La tenía de verdad. Pero a pesar de las horas que había dormido en la playa, estaba tan agotada que en cuanto se sentó en la cama se quedó dormida.

Mucho más tarde, después de una rápida ducha, se puso unos vaqueros limpios y un top y salió corriendo al pasillo, sintiéndose como un mundano que llega tarde a clase.

Voló por el vestíbulo hacia la biblioteca, donde se encontró a todos los demás; lo cierto era que parecían llevar allí un buen rato. Ty estaba sentado a uno de los extremos de la mesa más larga de la biblioteca, bajo un chorro de sol de principio de la tarde, con un montón de papeles ante sí. Mark estaba a su lado. Livvy se hallaba sobre la mesa, descalza, bailando de un lado a otro con su sable. Diana y Dru estaban entreteniendo a Tavvy con un libro.

—Diana nos ha contado que fuiste a la convergencia —dijo Livvy agitando el sable cuando entró Emma.

Cristina, que estaba junto a una estantería, le lanzó una fría mirada, muy poco normal en ella.

—Luchando contra los Mantid sin mí —soltó Mark—. No es justo.

—No había ningún Mantid —respondió Emma.

Se acercó a la mesa frente a Ty, que seguía escribiendo, y comenzó a explicar lo que había encontrado en la cueva. A mitad de su explicación entró Julian, con el pelo tan húmedo como el de Emma. Llevaba puesta una camiseta de color jade que hacía que los ojos se le volvieran de un color verde oscuro. Se miraron, y Emma se olvidó de lo que estaba diciendo.

—¿Emma? —la animó Cristina después de un momento—. Estabas diciendo que encontraste ropa...

—Eso no parece muy probable —dijo Livvy—. ¿Quién guarda ropa en una cueva?

—Podía ser un atuendo ceremonial —aventuró Emma—. Era una túnica muy elaborada..., con joyas también muy elaboradas.

—Así que tal vez el nigromante sea una mujer —sugirió Cristina—. Quizá se trate de Belinda.

—No me pareció tan poderosa —intervino Mark.

—¿Puedes notar el poder? —preguntó Emma—. ¿Es una característica de las hadas?

Mark negó con la cabeza, pero la media sonrisa que le dedicó le pareció a Emma recién llegada de la tierra de las hadas.

—Es solo una sensación.

—Hablando de cosas de hadas, Mark nos ha dado la clave para traducir otra parte de los escritos —informó Livvy.

—¿De verdad? —inquirió Emma—. ¿Qué dicen?

Ty alzó la mirada de los papeles.

—Nos ha dado la segunda línea, y después de eso ha sido fácil. Livvy y yo hemos descifrado la mayor parte de la tercera. Mirando las formas de las marcas, parece que son cinco o seis líneas que se repiten.

—¿Es un hechizo? —preguntó Emma—. Malcolm dijo que probablemente fuese un hechizo de invocación.

Ty se frotó la cara y se dejó una mancha de tinta en el pómulos.

—No parece una invocación. Quizá Malcolm se haya equivocado. Hemos avanzado mucho más que él en la traducción —añadió orgulloso mientras Livvy dejaba el sable y se acuclillaba sobre la mesa, junto a él. Le limpió la mancha de tinta de la mejilla con la manga.

—Malcolm no tiene a Mark —dijo Julian, y Mark le lanzó una rápida mirada de gratitud, sorprendido.

—Ni a Cristina —añadió Mark—. Nunca habría pensado en relacionarlo si Cristina no se hubiera dado cuenta de que era una cuestión de traducción.

Cristina se sonrojó.

—Y ¿qué dice la tercera línea, Tiberius?

Ty le apartó la mano a Livvy y comenzó a recitar.

—«Antes gran fuego y luego gran caudal, pero es la sangre Blackthorn al final. Si quieres lo que es pasado olvidar...». Y ya está —concluyó Ty—. Esto es lo que tenemos hasta ahora.

—¿La sangre Blackthorn? —repitió Diana. Se había subido a una de las escalerillas de la biblioteca para pasarle un libro a Tavvy.

Emma frunció el cejo.

—No me gusta nada cómo suena eso.

—No hay ninguna indicación de la magia de sangre tradicional —observó Julian—. Ninguno de los cadáveres tenía esa clase de cortes o heridas.

—Esa mención del pasado me da que pensar —intervino Mark—. Ese tipo de versos, en Feéra, a menudo esconde un hechizo en clave, como la balada escocesa de *Thomas el Rimador*. Es tanto una historia como un manual de instrucciones para conseguir escapar de la tierra de las hadas.

Por un momento, la expresión de Diana se quedó congelada, como si de repente se hubiera dado cuenta de algo o hubiera recordado alguna cosa.

—¿Diana? —preguntó Julian—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, muy bien. —Bajó de la escalerilla y se sacudió el polvo de la ropa—. Tengo que hacer una llamada.

—¿A quién vas a llamar? —inquirió Julian, pero Diana solo negó con la cabeza, con el pelo rozándole los hombros.

—Ahora vuelvo —dijo, y salió por la puerta.

—Pero ¿qué significa? —preguntó Emma a la sala en general—. La sangre Blackthorn al final, ¿qué?

—Y si es un verso de las hadas, ¿no deberían ellas saber cómo sigue? —preguntó Dru desde la esquina en la que se ocupaba de distraer a Tavvy—. Me refiero a los seres mágicos. Se supone que están de nuestra parte en esto.

—He enviado un mensaje —dijo Mark sin mucha convicción—. Pero te aseguro que yo solo he oído las dos primeras líneas.

—Lo más importante que nos indica es que, de algún modo, esta situación: los asesinatos, los cadáveres, los Seguidores, tiene que ver con nuestra familia. —Julian miró a su alrededor—. De algún modo está relacionada con nosotros, con los Blackthorn.

—Y eso explicaría por qué todo está ocurriendo en Los Ángeles —añadió Mark—. Es nuestro hogar.

Emma vio la expresión de Julian cambiar ligeramente, y supo lo que estaba pensando: que Mark había hablado de Los Ángeles como el lugar donde vivían todos, no como el sitio donde todos vivían menos él; que se había referido a la ciudad como su hogar.

Se oyó un zumbido. El mapa de Los Ángeles que había en la mesa comenzó a vibrar. Lo que parecía un puntito rojo se estaba moviendo por él.

—Sterling ha salido de su casa —dijo Cristina mientras cogía el mapa.

—Belinda Belle dijo que tenía dos días —recordó Julian—. Eso podría significar que la caza comienza mañana, o podría referirse a esta noche, dependiendo de cómo cuenten. De todas formas, no podemos dar nada por sentado.

—Cristina y yo lo seguiremos —propuso Emma.

De repente, estaba desesperada por salir de la casa, desesperada por aclararse las ideas, desesperada por alejarse de Julian.

Mark frunció el cejo.

—Deberíamos ir con vosotras...

—¡No! —exclamó Emma saltando de la mesa. Todos se volvieron para mirarla sorprendidos; había alzado la voz más de lo que pretendía, pero lo cierto era que quería hablar con Cristina a solas—. Tendremos que hacerlo por turnos —explicó—. Debemos seguir a Sterling las veinticuatro horas hasta que ocurra algo, y si vamos juntos, acabaremos todos agotados. Cristina y yo iremos primero, y nos pueden relevar Julian y Mark, o Diana.

—O Ty y yo —sugirió Livvy con dulzura.

Los ojos de Julian parecían preocupados.

—Emma, ¿estás segura...?

—Emma tiene razón —intervino Cristina inesperadamente—. Hacer turnos es lo más cauto.

Cautos. Emma no podía recordar que hubiera utilizado esa palabra en los últimos tiempos. Julian apartó la mirada, ocultando su expresión.

—Muy bien —dijo al final—. Tú ganas. Id vosotras dos. Pero si necesitáis apoyo, prometedme que llamaréis enseguida.

Miró a los ojos a Emma mientras hablaba. Los otros charlaban sobre rebuscar en la biblioteca y volver a revisar los libros para localizar diferentes tipos de hechizo, sobre cuánto tardarían en completar la traducción, sobre si Malcolm debería ir a ayudarlos, sobre si debían pedir una pizza vampiro.

—Vamos, Emma —dijo Cristina; se puso en pie y se metió el mapa doblado en el bolsillo de la chaqueta—. Debemos irnos. Tenemos que ponernos el traje de combate y alcanzar a Sterling. Se dirige a la autopista.

Emma asintió y se volvió para seguir a Cristina. Notaba la mirada de Julian sobre ella como un pinchazo entre los hombros.

«No te vuelvas para mirarlo», se dijo, pero no pudo evitarlo; al llegar a la puerta se dio la vuelta y la mirada de Julian casi hizo que se derritiera.

Parecían sentirse igual. Vacíos y sin sangre en las venas. Pensó que no se estaba alejando del chico al que amaba sin haberse dicho las miles de palabras que tendrían que haberse dicho, pero la realidad era que lo estaba haciendo. La aterrizzaba que se hubiera abierto un abismo entre la persona que había sido su mejor amigo desde que le alcanzaba la memoria y ella. Y por lo que parecía, Julian tenía el mismo temor.

—Perdona —dijo Emma después de dar un volantazo para enderezar el coche.

Llevaban conduciendo varias horas mientras Sterling se paseaba por toda la ciudad, y le comenzaban a doler las manos de aferrarse al volante.

Cristina suspiró.

—¿Vas a decirme lo que te preocupa?

Emma se removió inquieta. Llevaba puesta la chaqueta de combate y tenía calor dentro del coche. Notaba como si le picara toda la piel.

—Lo siento mucho, mucho, Tina —dijo—. No lo pensé; no debí pedirte que me encubrieras cuando fui a la convergencia. No estuvo bien.

Cristina guardó silencio durante un momento.

—Lo habría hecho —contestó—, si me hubieras dicho de qué iba.

Emma sintió un nudo en la garganta.

—No estoy acostumbrada a confiar en la gente. Pero debería haber confiado en ti. Cuando te vayas, no sé qué haré. Te voy a echar mucho de menos.

Cristina le sonrió.

—Ven al D. F. —le dijo—. Ven a ver cómo hacemos las cosas allí. Puedes pasar tu año de viaje en mi ciudad. —Calló un instante—. Y te perdono.

Emma notó que se le quitaba un pequeño peso del pecho.

—Me encantaría ir a México —repuso—. Y Julian podría...

Se interrumpió. Claro que la mayoría de los cazadores iban con su *parabatai* durante su año de viaje. Pero pensar en Julian le dolía, le producía una aguda punzada de dolor, como la de una aguja.

—¿Vas a contarme lo que te preocupa? —insistió Cristina.

—No —contestó Emma.

—Bien. Entonces gira a la derecha en «Entrada» —dijo Cristina.

—Es como tener un GPS sobrenatural —comentó Emma.

Veía a Cristina mirando ceñuda el mapa que tenía sobre las rodillas.

—Nos dirigimos a Santa Mónica —informó Cristina mientras pasaba un dedo por el mapa—. Ve por la Séptima.

—Sterling es idiota —comentó Emma—. Sabe que están tratando de matarlo. No debería estar rondando por la ciudad.

—Probablemente crea que su casa no es segura —sugirió Cristina—. Yo lo embosqué allí.

—Cierto —repuso Emma.

No podía dejar de preocuparse por el roto que tenía en la rodilla del traje. El recuerdo de Julian en la playa, lo que le había dicho, no la dejaba. Por ahora se permitió tener esos pensamientos. Cuando llegara el momento, tendría que apartarlos y concentrarse en la lucha.

—Y claro, hay enormes conejitos —dijo Cristina.

—¿Qué?! —exclamó Emma, volviendo a la realidad.

—¡Llevo más de tres minutos hablándote! ¿Dónde tienes la cabeza, Emma?

—Me he acostado con Julian —soltó Emma.

Cristina lanzó un chillido. Luego se cubrió la boca con las manos y se quedó mirando a Emma como si esta le acabara de anunciar que había una granada a punto de estallar pegada al techo del coche.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó Emma.

—Sí —contestó después de apartarse las manos de la boca—. Te has acostado con Julian Blackthorn.

A Emma se le escapó una bocanada de aire de golpe. Oírlo decir le había hecho sentir como si le acabaran de asestar un puñetazo en el estómago.

—¡Pensaba que no me ibas a decir lo que te pasaba! —exclamó Cristina.

—He cambiado de idea.

—¿Por qué?

Iban doblando esquinas flanqueadas por palmeras y casas de estuco apartadas de la calle. Emma sabía que estaba conduciendo demasiado deprisa, pero no le importaba.

—Es que... estaba en el mar, y él me sacó, y las cosas se salieron de madre...

—No —repuso Cristina—. No te pregunto por qué lo hiciste, sino ¿por qué has cambiado de idea y me lo cuentas?

—Porque miento muy mal —contestó Emma—. Ya te lo habrás imaginado.

—Quizá sí. Quizá no. —Cristina respiró hondo—. Supongo que debo hacer la pregunta importante. ¿Lo amas?

Emma no contestó. Mantuvo los ojos fijos en la línea amarilla discontinua del centro de la carretera. El sol era una feroz esfera naranja poniéndose por el oeste.

Cristina soltó aire lentamente.

—Lo amas.

—No he dicho eso.

—Se te ve en la cara —indicó Cristina—. Sé cómo reconocerlo. —Había tristeza en su voz.

—No me tengas lástima, Tina —repuso Emma—. No, por favor.

—Solo tengo miedo por ti. La Ley es muy clara, y los castigos muy severos.

—Bueno, no me importa —replicó Emma con una voz cargada de amargura—. Él no me ama. Y no ser correspondida por tu *parabatai* no es ilegal, así que no te preocupes.

—¿Que él qué? —exclamó Cristina.

—No me ama —contestó Emma—. Lo ha dejado muy claro.

Cristina abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—Supongo que es muy halagador que te sorprenda —manifestó Emma.

—No sé qué decir. —Cristina se puso la mano sobre el corazón—. Hay cosas que normalmente diría en esta situación. Si fuera cualquier otro, te diría que tiene mucha suerte de que alguien tan valiente e inteligente como tú esté enamorada de él. Estaría maquinando contigo cómo hacer ver a ese tonto algo tan evidente. Pero se trata de Julian, y vuestra relación sería ilegal. No debes hacer nada más, Emma. Prométemelo.

—No me quiere de esa manera —insistió Emma—. Así que no importa. Pero...

—Se calló. No sabía qué más decir o cómo decirlo. Nunca habría otro Julian para ella.

«No pienses así. Solo porque no puedas imaginarte amando a otra persona no quiere decir que no vaya a ocurrir». Pero la suave voz interior de su padre no consiguió tranquilizarla en esta ocasión.

—No sé por qué tiene que ser ilegal —concluyó, aunque no era exactamente eso lo que había pretendido decir—. No tiene sentido. Hace años que Julian y yo lo hacemos todo juntos. Hemos vivido y casi hemos muerto el uno por el otro; ¿cómo puede haber alguien mejor para mí que él? Cualquier otro mejor...

—Emma, por favor, no pienses así. No importa el motivo por el que sea ilegal. Lo que importa es que lo es. La Ley es dura, pero es la Ley.

—Una mala ley no es ley —replicó Emma mientras giraba bruscamente en Pico

Boulevard.

Pico recorría casi toda la longitud de Los Ángeles metropolitano; era pijo, duro, peligroso, abandonado e industrial, dependiendo del tramo. Allí, entre la autovía y el océano, había montones de pequeños negocios y restaurantes.

—Esa divisa no les ha servido de mucho a los Blackthorn —murmuró Cristina, y Emma estaba a punto de preguntarle qué quería decir cuando Cristina se incorporó tensa—. Aquí —dijo señalando—. Sterling está aquí. Acabo de verlo entrar en ese edificio.

Al lado sur de la carretera había un edificio bajo pintado de marrón, sin ventanas, con una única puerta y un cartel sobre la misma que decía: «PROHIBIDA LA ENTRADA A LOS MENORES DE VEINTIÚN AÑOS».

—Parece muy acogedor —masculló Emma, y se dirigió allí para aparcar.

Salieron del coche y fueron a coger las armas. Ya llevaban runas de *glamour*, y los pocos peatones que pasaban (casi nadie caminaba en Los Ángeles, y aunque había muchos coches, siempre se veía poca gente) miraban a través de ellas como si no estuvieran allí. Una chica con el pelo verde brillante pareció mirar a Emma al pasar, pero no se detuvo.

—Tienes razón —dijo Emma mientras se colgaba los cuchillos serafines. Cada uno tenía un pequeño gancho que permitía sujetarlo al cinturón y soltarlo con un rápido tirón hacia abajo—. Sobre Julian. Sé que la tienes.

Cristina le dio un rápido abrazo.

—Y tú harás lo que debes hacer. Sé que lo harás.

Emma ya estaba observando el edificio, buscando entradas. No había ventanas, por lo que podía ver, pero un estrecho callejón serpenteaba por detrás del bar, bloqueado parcialmente por un matojo de esparto. Hizo un gesto hacia allí, y Cristina y ella se metieron en silencio entre la vegetación, baja y polvorienta, que crecía a duras penas en el aire contaminado.

El sol se estaba poniendo y el callejón estaba sumido en sombras. Una fila de cubos de basura encadenados entre sí se apoyaba contra la pared debajo de una ventana cubierta con una reja.

—Puedo arrancar la reja si me subo ahí —susurró Emma señalando los cubos de basura.

—Vale, espera. —Cristina sacó su estela—. Runas.

Las runas que Cristina dibujaba eran cuidadosas, precisas y muy bonitas. Emma notó el poder de una runa de fuerza atravesarla como un chute de cafeína. Aunque no era como las de Julian, con las que sentía como si la fuerza de él se uniera a la suya, duplicándola.

Cristina se volvió, se quitó la chaqueta y le ofreció el hombro desnudo a Emma. Le pasó la estela, y Emma comenzó a dibujarle unas runas sobrepuestas de silencio, puntería y flexibilidad.

—Por favor, no pienses que estoy enfadada —dijo Cristina, que miraba hacia la

otra pared—. Solo es que me preocupas. Eres tan fuerte, Emma... Eres fuerte hasta la médula. La gente sobrevive a los corazones rotos, y tú eres lo bastante resistente como para soportarlo muchas veces. Pero Julian no es solo alguien que puede llegarte al corazón. Puede llegarte al alma. Y hay una diferencia entre que te rompan el corazón o que te destrocen el alma.

La estela vaciló en la mano de Emma.

—Creía que el Ángel tenía un plan.

—Lo tiene. Pero, por favor, no lo ames, Emma. —A Cristina se le quebró la voz—. Por favor.

—¿Quién te rompió el corazón? —preguntó Emma con un nudo en la garganta.

Cristina se volvió mientras se acababa de poner la chaqueta. Sus ojos estaban muy serios.

—Me has confiado un secreto, así que te confiaré yo otro. Estaba enamorada de Diego, y creía que él sentía lo mismo. Pero era mentira. Creía que su hermano era mi mejor amigo, pero eso también era mentira. Por eso me marché. Por eso vine aquí. —Apartó la mirada—. Los perdí a ambos. Mi mejor amigo y mi mejor amor, el mismo día. En ese momento me costó mucho creer que Raziel tuviera un plan.

«Mi mejor amigo y mi mejor amor».

Cristina cogió la estela y se la colgó del cinturón.

—La fuerte no soy yo, Tina. Eres tú.

Cristina esbozó una breve sonrisa y le tendió la mano.

—Vamos.

Emma le cogió la mano y se apoyó en ella para subir. Con las botas golpeó la tapa de los cubos de basura y la cadena tintineó. Agarró las barras de la ventana y tiró, disfrutando del roce del metal en las palmas. Las barras se soltaron del blando estuco con una lluvia de piedrecitas. Le pasó la reja de metal a Cristina, que la dejó sobre los matojos.

Emma bajó la mano, y un segundo después Cristina estaba a su lado y ambas miraban a través de un vidrio pringoso hacia una sucia cocina. El agua corría desde el grifo de un enorme fregadero de metal lleno de vasos.

Emma echó el pie hacia atrás, dispuesta a romper el vidrio con la punta metálica de la bota. Cristina la agarró por el hombro.

—Espera. —Se inclinó y agarró el marco de la ventana. La runa de fuerza que llevaba en el cuello se hinchó y resplandeció cuando arrancó de la pared el podrido marco de madera y lo depositó encima de los cubos de basura sobre los que estaban encaramadas—. Es más silencioso así.

Emma sonrió. Saltó por la ventana y aterrizó sobre una caja llena de botellas de vodka. Luego saltó al suelo y Cristina la siguió. En el momento en que las botas de esta tocaron el piso, se abrió la puerta de la cocina y entró un hombre bajo con un delantal de camarero y el pelo de punta. En cuanto las vio, dejó escapar un gritito de sobresalto.

«Vaya», pensó Emma. El tipo tenía la Visión.

—Buenas —dijo—. Somos del Departamento de Sanidad. ¿Sabía que no queda gel antibacteriano en ninguno de esos dispensadores?

Eso no pareció impresionar al camarero. Su mirada pasó de Emma y Cristina a la ventana abierta.

—¿Qué diablos creéis que estáis haciendo aquí, zorras? Voy a llamar a...

Emma cogió una cuchara de madera del sitio donde se estaba secando y la lanzó. Golpeó al camarero en la sien y este cayó como un peso muerto. Emma se acercó tranquilamente y le comprobó el pulso: era normal. Miró a Cristina.

—No soporto que me llamen «zorra».

Cristina fue hasta la puerta y la entreabrió para mirar afuera, mientras Emma arrastraba al camarero hasta un rincón y lo apoyaba con cuidado detrás de las pilas de cajas de botellas.

Cristina arrugó la nariz.

—Aggg.

Emma soltó los pies del camarero, que rebotaron sobre el suelo.

—¿Qué? ¿Está pasando algo horrible ahí fuera?

—No, solo es un bar asqueroso —contestó Cristina—. ¿Por qué iba alguien a querer beber aquí?

Emma se acercó a la puerta y ambas miraron hacia fuera.

—Los bares del D. F. son mucho más bonitos —comentó Cristina—. Me parece que alguien ha vomitado en ese rincón.

Señaló. Emma no miró, pero la creyó. La luz del bar no solo era tenue, era casi inexistente. El suelo era de hormigón y estaba lleno de colillas. Había una barra de zinc y un espejo detrás, donde habían escrito con rotulador los precios de las bebidas. Hombres con camisas de franela y vaqueros se apiñaban alrededor de una mesa de billar con el tapete medio pelado. Otros bebían en silencio en la barra. Todo el lugar apestaba a cerveza rancia y a tabaco.

Encorvado en el extremo más alejado de la barra había un hombre con una chaqueta de tela de espiga: Sterling.

—Ahí está —dijo Emma.

—La runa de seguimiento no miente.

Cristina pasó por debajo del brazo de Emma y entró en la sala. Emma la siguió. Notó una leve presión en la piel procedente de las miradas de muchos ojos mundanos, pero sus runas de *glamour* continuaron funcionando.

Mientras Emma y Cristina se acercaban, una curiosa expresión cruzó el rostro de Sterling. Una mezcla de sorpresa, seguida de desesperación y de una especie de hilaridad. Había un vaso en la barra ante él, medio lleno de un líquido dorado; lo cogió y lo apuró de un trago. Luego lo dejó sonoramente sobre la barra, con los ojos destellantes.

—Nefilim —gruñó.

El camarero lo miró sorprendido. Varios clientes se removieron en sus asientos.

—Es cierto —soltó Sterling—. Creen que estoy loco. —Movi6 los brazos para abarcar a los otros clientes—. Estoy hablando solo. Al aire. Pero a vosotras no os importa. Est6is aqu6 para torturarme.

Se puso en pie, tambale6ndose.

—Vaya —exclam6 Emma—. Est6s borracho.

Sterling la apunt6 con ambas manos formando una pistola con los dedos.

—¡Muy observadora, rubita!

—¡T6o! —El camarero dej6 con fuerza un vaso sobre la barra—. Si vas a hablar solo, hazlo fuera. Est6s fastidiando el ambiente.

—¿Este sitio tiene ambiente? —exclam6 Emma.

—Emma, c6ntrate —la advirti6 Cristina. Se volvi6 hacia Sterling—. No estamos aqu6 para torturarte. Estamos aqu6 para ayudarte. Ya te lo hemos dicho.

—Por m6 puedes seguir dici6ndolo —sise6; sac6 un pu6ado de billetes del bolsillo y los puso sobre la barra—. Adi6s, Jimmy —le dijo al camarero—. Hasta nunca.

Fue hasta la puerta y la abri6 de par en par. Emma y Cristina lo siguieron.

Emma estuvo encantada de volver a estar al aire libre. Sterling ya se apresuraba calle abajo, con la cabeza gacha. El sol se hab6a ocultado y las farolas llenaban el aire de un resplandor amarillo de sodio. Los coches pasaban veloces por Pico.

Sterling avanzaba muy deprisa. Cristina lo llam6, pero 6l no se volvi6, sino que encogi6 m6s los hombros bajo la chaqueta del traje y aceler6 el paso. De repente torci6 a la izquierda, entre dos edificios, y desapareci6.

Emma maldijo entre dientes y ech6 a correr. La excitaci6n le cosquilleaba las venas. Le encantaba correr, el modo en que le dejaba la mente en blanco, el modo en que la hac6a olvidarse de todo excepto el aire que le entraba en los pulmones para salir despu6s.

La entrada del callej6n se abri6 a su izquierda. No era un callej6n de basura; era casi tan ancho como una calle y corr6a por la parte trasera de una fila de edificios de apartamentos baratos con balcones de estuco que daban al callej6n. Un gran desag6e de hormig6n pasaba por el centro.

A medio callej6n estaba aparcado el Jeep de Sterling. Este se hab6a inclinado sobre la puerta del conductor, y trataba de abrirla. Emma salt6 a su espalda y lo apart6 del coche. 6l gir6 en redondo, trastabill6 y fue a parar al suelo.

—¡Maldita sea! —solt6 mientras se pon6a de rodillas—. ¡Cre6a que hab6ais dicho que estabais aqu6 para ayudarme!

—En un sentido amplio de la palabra, s6 —repuso Emma—. Porque es nuestro trabajo. Pero nadie me llama «rubita» y conserva las r6tulas intactas.

—Emma —la advirti6 Cristina.

—Lev6ntate —le orden6 Emma, tendi6ndole una mano a Sterling—. Ven con nosotras. Pero si vuelves a llamarme «rubita», te arranco las r6tulas y las convierto en

pequeños tapacubos, ¿vale?

—Deja de gritarle, Emma —dijo Cristina—. Casper... Señor Sterling, tenemos que quedarnos con usted, ¿de acuerdo? Sabemos que está en peligro y queremos ayudarlo.

—¡Si queréis ayudarme, os largaréis de aquí! —gritó Sterling—. ¡Necesito que me dejéis en paz!

—¿Para que puedas acabar ahogado y quemado, cubierto de marcas y con las huellas digitales limadas? —preguntó Emma—. ¿Eso es lo que quieres?

Sterling se la quedó mirando boquiabierto.

—¿Qué?

—¡Emma!

Esta se dio cuenta de que Cristina estaba mirando hacia arriba. Una silueta se deslizaba por el tejado; un hombre en ropa oscura, una sombra peligrosa y conocida. El corazón de Emma la golpeó dentro del pecho.

—¡Levanta!

Agarró a Sterling por la mano y tiró de él para ponerlo en pie. Él se resistió, luego se dejó caer sobre ella, con la boca abierta, mientras la oscura forma del tejado saltaba y aterrizaba sobre uno de los balcones. Emma pudo verlo con mayor claridad: un hombre vestido de negro, con la capucha ocultándole el rostro.

Tenía una ballesta en la mano derecha. La alzó. Emma le dio un empujón a Sterling que casi lo hizo caer.

—¡Corre! —gritó.

Sterling no se movió. Miraba boquiabierto al hombre de negro, con una expresión de absoluta incredulidad en el rostro.

Algo zumbó junto al oído de Emma: un dardo de la ballesta. Se le agudizaron los sentidos y oyó el fuerte clic de la navaja mariposa de Cristina al abrirse y el susurro que hacía al cortar el aire. Oyó gritar al hombre de negro, y la ballesta se le cayó de la mano. Se estrelló contra el suelo del callejón, y un momento después la siguió él, que aterrizó con un golpe seco sobre la espalda de Sterling.

Este cayó cuan largo era. El hombre de negro, agazapado sobre él, alzó la mano; algo plateado le destelló entre los dedos. Un puñal. Lo llevó con fuerza hacia abajo...

Y Cristina se lanzó sobre él, derribándolo hacia un lado. Sterling se puso en pie y salió corriendo hacia el coche. Medio cayó dentro de él, jadeando. Emma corrió en su persecución, pero el coche ya ganaba velocidad por el callejón.

Emma se volvió justo cuando el hombre de negro se ponía en pie de un salto. En segundos, estuvo sobre él y lo empujó contra la roñosa pared del edificio de apartamentos.

El de negro trató de escapar, pero Emma lo tenía agarrado por la sudadera.

—Tú disparaste a Julian —le dijo—. Debería matarte aquí mismo.

—Emma. —Cristina estaba en pie, con los ojos clavados en el hombre de negro—. Primero veamos quién es.

Agarró la capucha con la mano libre y la bajó de golpe, dejando ver a...

Un chico. No un hombre, pensó sorprendida, sino solo un muchacho, quizá un año mayor que ella, con el cabello negro alborotado. Apretaba la mandíbula y los negros ojos le brillaban de furia.

Cristina ahogó un grito.

—Dios mío, ¡no puedo creer que seas tú!

—¿Qué? —preguntó Emma, mirando al chico y a Cristina alternativamente—. ¿Qué está pasando?

—Emma. —Cristina parecía estupefacta, como si se hubiera quedado sin respiración—. Este es Diego. Diego Rocio Rosales, te presento a Emma Carstairs.

El viento que soplaba fuera del Instituto era fuerte y tonificante, con olor a salvia y a sal. Julian oía el fuerte chirrido de las cigarras en el aire, que amortiguó el ruido de Diana al cerrar la puerta de la camioneta. Esta rodeó el vehículo y se detuvo al ver a Julian en la escalera de entrada.

—Jules —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo te podría preguntar lo mismo a ti —repuso él—. ¿Te vas? ¿Otra vez?

Ella se acomodó el pelo detrás de la oreja, pero el viento hizo que se le escaparan unos mechones. Iba vestida de negro, pero no con el traje de combate, sino con vaqueros, guantes y botas.

—Tengo que irme.

Julian bajó otro escalón.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé.

—Así que no deberíamos contar contigo.

Julian notaba en el pecho un peso mayor del que podía soportar. Quería pegar y darle patadas a algo. Necesitaba a Emma, para hablar con ella, para que lo reconfortara. Pero no podía pensar en Emma.

—Lo creas o no —repuso Diana—, estoy haciendo todo lo que puedo por vosotros.

Julian se miró las manos. El brazalete de vidrios marinos le brillaba en la muñeca. Recordó cómo había relucido bajo el agua la noche anterior, mientras se sumergía en busca de Emma.

—¿Qué quieres que les diga? —preguntó—. Si me preguntan dónde estás.

—Invéntate algo —contestó Diana—. Se te da bien.

La furia se apoderó de él. Sí, era un mentiroso, pero era porque nunca había tenido otra opción.

—Sé cosas de ti —dijo Julian—. Sé que te fuiste a Tailandia durante tu año de viaje y no volviste hasta después de la muerte de tu padre.

Diana se detuvo con una mano en la puerta de la camioneta.

—¿Me has estado investigando, Julian?

—Sé cosas porque tengo que saberlas —contestó este—. Tengo que ir con cuidado.

Diana abrió la puerta de golpe.

—Vine aquí —repuso ella a media voz— sabiendo que era una mala idea. Sabiendo que cuidaros era atarme a un destino que no podía controlar. Lo hice porque vi lo mucho que os queríais los unos a los otros, y eso significaba algo para mí. Intenta creerme, Julian.

—Sé que tienes experiencia con hermanos —replicó Julian—. Tuviste uno. Murió en Tailandia. Nunca hablas de él.

Diana entró en la camioneta y cerró la puerta, con la ventanilla aún abierta.

—No tengo por qué darte ninguna respuesta, Julian —dijo—. Volveré en cuanto pueda.

—Muy bien. —De repente, Julian se sintió terriblemente cansado—. De todas formas, no van a preguntar por ti. Ya no esperan que estés siempre por aquí.

Vio que Diana se cubría el rostro con las manos. Un momento después, puso en marcha el motor de la camioneta. Los faros iluminaron la fachada del Instituto, y luego barrieron la arenosa hierba mientras el vehículo bajaba la colina.

Julian se quedó allí mucho rato. No estaba seguro de cuánto. Lo suficiente para que el sol se pusiera por completo, para que su resplandor se apagara en las colinas. Lo suficiente para volver al interior, cuadrando los hombros y preparándose para lo que le esperaba.

Entonces lo oyó. Se dio la vuelta y los vio: una gran multitud subiendo por el camino del Instituto.

HELANDO Y MATANDO

—*Cristina* —susurró Diego mirando más allá de Emma—. *Me había parecido que eras tú, pero no estaba seguro. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué estabas tratando de proteger a ese hombre?*

—¿Diego? —Sin entender ni una palabra de lo que había dicho, Emma volvió a observar al muchacho, y notó las Marcas que le decoraban el cuello y desaparecían bajo la camisa. Era cazador de sombras, sin duda—. *¿Este es Diego el Perfecto?*

—Emma —dijo Cristina sonrojándose—. Suéltalo.

—No lo voy a soltar. —Emma miró furiosa a *Diego el Perfecto*, que le devolvió una mirada con fuego en los ojos—. Disparó a Julian.

—No sabía que erais nefilim —replicó *Diego el Perfecto*—. Llevabais manga larga y chaqueta. No pude ver las runas. —Su inglés era perfecto, lo que quizá no fuera sorprendente, teniendo en cuenta su apodo.

—¿No llevabais el traje de combate? —preguntó Cristina. Seguía mirando a *Diego el Perfecto* con incredulidad.

—Solo las chaquetas. —Emma empujó con fuerza a *Diego el Perfecto* contra la pared; este hizo una mueca de dolor—. Supongo que de lejos pueden parecer chaquetas normales. Pero eso no es una excusa.

—Llevabais vaqueros. Nunca os había visto antes. Estabais registrando el bolso de la chica muerta. ¿Por qué no iba a pensar que erais los asesinos?

Emma, sin querer reconocer que algo de razón tenía, volvió a empujarlo contra la pared, con más fuerza aún.

—¿Sabes quién soy?

Diego esbozó media sonrisa.

—Oh, sin duda, Emma Carstairs.

—Así que sabes que podría arrancarte todos los órganos internos de golpe, colgarlos de un hilo y convertirlos en decoraciones para el árbol de Navidad sin inmutarme, ¿verdad?

Le destellaron los ojos.

—Podrías intentarlo.

—Parad, los dos —exclamó Cristina—. No tenemos tiempo para estas tonterías. Debemos encontrar a Sterling.

—Tiene razón —dijo Diego—. Ahora, o me sueltas o me matas, porque estamos perdiendo el tiempo. Sé dónde estará Sterling. Va a encontrarse con una bruja del Mercado de Sombras. Debemos llegar allí enseguida. Sterling es rápido, como todos

los medio lobos.

—¿Lo va a matar esa bruja? —Emma soltó a Diego, que fue a recoger su ballesta.

La navaja mariposa de Cristina estaba clavada en un costado de su arma. Diego soltó un bufido y la arrancó. Se la devolvió y ella la cogió en silencio.

Diego se dio la vuelta y comenzó a caminar a grandes pasos por el callejón.

—Si esto es una broma, no tiene ninguna gracia —refunfuñó.

—No es ninguna broma —repuso Cristina—. Estamos intentando protegerlo.

Diego torció la esquina hacia un callejón donde una valla de alambre les cortaba el paso hacia la siguiente calle. La subió con habilidad y saltó ágilmente al otro lado. Emma subió tras él, y luego Cristina. Diego parecía estar trasteando con su cinturón de armas, pero Emma notó que observaba a Cristina de reojo, para asegurarse de que aterrizaba sin problemas.

—¿Y por qué ibais a proteger a un asesino?

—No es un asesino —respondió Cristina—. Es la víctima. Y aunque sea un tipo muy desagradable, ese es nuestro trabajo.

Habían entrado en un callejón sin salida flanqueado de casas. Césped sin cortar y algunos cactus crecían en los descuidados jardines. Diego fue hacia el fondo de la calle.

—¿Es que no lo entendéis? —Diego negó con la cabeza haciendo ondear el oscuro pelo—. ¿No sabéis por qué todo el mundo debe alejarse de él? No me lo puedo creer. No puedo creer todo lo que habéis hecho. ¿Visteis que sacaron su número en la Lotería? ¿Visteis que lo escogieron?

—Sí —contestó Emma, y una fría sensación comenzó a extenderse por las venas—. Sí, por eso sabemos que tenemos que protegerlo...

Un repentino reguero de luz cegadora estalló como fuegos artificiales desde el fondo de la calle. Un torbellino de fuego verde y azul bordeado de rojo. Cristina se quedó pasmada mientras las chispas le teñían el cabello de escarlata.

Diego soltó una maldición y salió corriendo. Después de un segundo, Emma y Cristina lo siguieron.

Emma nunca había conocido a un cazador de sombras al que no pudiera aguantarle el paso, pero Diego era rápido. Muy rápido. Estaba jadeando pesadamente cuando se detuvieron derrapando al final de la calle.

Esta terminaba ante una fila de casas abandonadas. El coche de Sterling se había empotrado contra una farola apagada; el capó estaba abollado y la puerta del conductor colgaba de las bisagras. Uno de los airbags había saltado, pero Sterling estaba ileso.

Se hallaba en medio de la calzada, peleando con alguien: la chica del pelo verde a la que Emma había visto antes en la calle delante del bar. Ella estaba intentando apartarse, pero él la tenía agarrada por la parte trasera del abrigo y la expresión de su rostro era casi demencial.

—¡Suéltala! —gritó Diego.

Los tres echaron a correr. Emma desenvainó a *Cortana*. Al verlos, Sterling comenzó a arrastrar a la chica hacia el otro lado del coche. Emma se lanzó hacia el Jeep, brincó sobre el capó, subió al techo y saltó al otro lado.

Y se encontró con una cortina de fuego verdiazul. Sterling se hallaba tras él, aún agarrando a la chica. Esta intercambió una mirada con Emma. Tenía un rostro delgado y élfico, y a Emma le pareció recordar vagamente haberla visto en el Midnight Theater.

Emma saltó hacia delante. El fuego verdiazul estalló y la mandó varios pasos hacia atrás. Sterling alzó una mano. Algo destelló en ella: un puñal.

—¡Detenlo! —gritó Diego.

Cristina y él habían aparecido al otro lado de la cortina de fuego. Emma la cruzó como pudo, aunque era como caminar contra un tifón, justo cuando Sterling bajaba el puñal y se lo clavaba en el pecho a la chica.

Cristina gritó.

«No —pensó Emma, de puro horror—. No, no, no».

El trabajo de los cazadores de sombras era salvar a la gente, protegerla. Sterling no podía hacerle daño a esa chica, no podía...

Por un momento, vio la oscuridad dentro del fuego, y vislumbró brevemente el interior de la cueva de la convergencia, con sus muros grabados con versos y símbolos, y luego unas manos salieron de la oscuridad y le arrebataron la chica a Sterling. Emma solo las vio un instante, en medio de las llamas y la confusión, pero parecían ser unas manos largas y blancas, extrañamente abultadas, como si fueran solo los huesos.

Ahogándose en su propia sangre, inerte y agonizante, la chica fue arrastrada hacia la oscuridad. Sterling se volvió y sonrió irónico a Emma. Tenía la camisa llena de marcas de manos ensangrentadas, y la hoja del puñal relucía escarlata.

—¡Habéis llegado tarde! —gritó—. ¡Demasiado tarde, nefilim! ¡Ella era la decimotercera, la última!

Diego maldijo y se lanzó hacia delante, pero la cortina de fuego aumentó de intensidad y tuvo que retroceder tambaleándose hasta caer de rodillas. Apretó los dientes, se puso de nuevo en pie y avanzó.

Sterling había dejado de sonreír. El miedo destellaba en sus ojos amarillentos. Extendió un brazo hacia delante, y la mano esquelética salió del fuego, le cogió la suya y lo arrastró tras la chica.

—¡No!

Emma saltó y rodó bajo una oleada de fuego, como si estuviera sumergiéndose en una ola en la playa. Agarró a Sterling por la pierna y le clavó los dedos en la pantorrilla.

—¡Suéltame! —gritó este—. Suéltame, suéltame. Guardián, llévame, llévame lejos de aquí...

La mano de hueso tiró de la de Sterling. Emma notó que se le escapaba la presa.

Miró a lo alto, los ojos le ardían, y vio a Cristina lanzando su navaja mariposa. Esta se clavó en la mano esquelética; los huesos crujieron y la huesuda extremidad se retiró con rapidez, soltando a Sterling, que cayó pesadamente al suelo.

—¡No! —Sterling se puso de rodillas, con los brazos estirados hacia delante, mientras el fuego iba desapareciendo—. ¡Por favor! Llévame contigo...

Los tres cazadores de sombras lo rodearon. Diego lo agarró sin ceremonias y lo hizo ponerse en pie. Sterling rio de forma dolorosa.

—No habéis podido detenerme —dijo—. Niñas estúpidas, siguiéndome a todos lados, protegiéndome...

Diego lo empujó con fuerza, pero Emma negaba con la cabeza.

—Cuando te eligieron en la Lotería —se dirigió a Sterling con la garganta seca, y le hizo una pregunta de la cual ya conocía la respuesta—, no te eligieron para ser asesinado; te eligieron para que cometieras el asesinato, ¿no es cierto?

—Oh, Raziel —susurró Cristina. Tenía la mano en el cuello, aferrando el colgante; parecía perdida.

Sterling escupió al suelo.

—Cierto —contestó—. Si sale tu número, o matas o te matan. Igual que vosotras, Wren no sabía cómo iba la cosa. Aceptó reunirse aquí conmigo. Zorra estúpida. —Tenía los ojos enloquecidos—. La he matado, y el Guardián se la ha llevado, y ahora viviré para siempre. En cuanto el Guardián me encuentre de nuevo, tendré riquezas, la inmortalidad, todo lo que quiera.

—¿Has matado por eso? —quiso saber Cristina—. ¿Te has convertido en un asesino?

—Fui un asesino desde el instante que sacaron mi número en la Lotería —contestó Sterling—. No tuve elección.

El sonido de las sirenas de la policía resonó en la distancia.

—Tenemos que irnos de aquí —advirtió Cristina, mirando el coche chafado de Sterling y la sangre en la calle. Emma alzó a *Cortana*, y fue recompensada con una mueca de estremecido terror por parte de Sterling.

—No —gimió—. No lo...

—No podemos matarlo —protestó Diego—. Lo necesitamos. Nunca antes he atrapado a uno de ellos vivo. Tenemos que interrogarlo.

—Relájate, Diego *el Perfecto* —dijo Emma, y golpeó a Sterling en la sien con la empuñadura de *Cortana*. Este cayó como una piedra, inconsciente.

Llevar a Sterling hasta el coche fue complicado, porque él no estaba cubierto por un *glamour*; le pasaron uno de los brazos por encima de los hombros de Diego y este hizo lo que pudo para parecer que estaba ayudando a un amigo borracho a volver a casa. Cuando llegaron al coche, le ataron las muñecas y los tobillos con cable de electrum antes de colocarlo en el asiento trasero, con el cuerpo inerte y la cabeza

balanceándose de un lado al otro.

Debatieron sobre si ir directamente a la convergencia, pero decidieron dirigirse primero al Instituto para coger más armas y consultar con los otros. Emma estaba especialmente ansiosa por hablar con Julian; lo había llamado varias veces, pero él no había cogido el teléfono. Se dijo que era probable que estuviera cuidando de los niños, pero una vaga preocupación le rondaba por la cabeza mientras se subía al asiento del conductor, con Cristina a su lado. Diego *el Perfecto* se subió junto a Sterling, con la daga apoyada sobre el cuello de este.

Emma arrancó con un doloroso chirrido de los neumáticos. Estaba rabiosa, y al menos la mitad de su furia iba dirigida contra sí misma. ¿Cómo no se había imaginado que Sterling no era la víctima sino el asesino? ¿Cómo era que no lo habían considerado?

—No es culpa tuya —dijo Diego *el Perfecto* desde el asiento de atrás, como si le hubiera leído el pensamiento—. Era lógico suponer que la Lotería elegía a las víctimas, no a los encargados de matar.

—Y Johnny Rook nos mintió —gruñó Emma—. O al menos nos dejó creer que estábamos protegiendo a alguien.

—Estábamos protegiendo a un asesino —repuso Cristina. Se la veía abatida, agarrándose el colgante con la mano.

—No os culpéis —insistió Diego *el Perfecto*—. Habéis estado investigando sin información. Sin la ayuda de los Hermanos Silenciosos ni... la de nadie.

Cristina volvió la cabeza atrás y lo miró fijamente.

—¿Y cómo sabes todo esto?

—¿Qué te hace pensar que estamos investigando? —le preguntó Emma—. ¿Que nos viste a Julian y a mí en casa de Wells?

—Esa fue mi primera pista —contestó Diego *el Perfecto*—. Después de eso pregunté por ahí. Hablé con un tipo en el Mercado de Sombras...

—Otra vez Johnny Rook —exclamó Emma cada vez más enfadada—. ¿Es que hay alguien al que ese tipo no le cuente sus rollos?

—Me lo explicó todo —continuó Diego *el Perfecto*—. Que estabais investigando los asesinatos sin que lo supiera la Clave, que era un secreto. Tuve miedo por ti, Cristina.

Esta soltó un bufido sin volverse.

—Tina —la llamó Diego *el Perfecto* con una voz cargada de añoranza—. Tina, por favor.

Emma miraba hacia delante a través del parabrisas, incómoda. Ya casi se veía el océano. Trató de concentrarse en eso y no en la tensión que había entre los otros dos ocupantes conscientes del vehículo.

Cristina apretó el medallón con más fuerza, pero no dijo nada.

—Rook me contó que estabais investigando porque creíais que los asesinatos estaban relacionados con la muerte de tus padres —le explicó Diego *el Perfecto* a

Emma—. Lo siento, lamento tu pérdida.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Emma podía ver a Diego *el Perfecto* por el espejo retrovisor. Tenía una delicada cadena de runas alrededor del cuello, como un torque. Su pelo era rizado, pero no con las ondas de Julian, sino con tirabuzones que le caían sobre las orejas.

Estaba bueno. Y parecía muy agradable. Y tenía algunos ademanes de tipo realmente duro. En verdad era Diego *el Perfecto*, pensó con ironía. No resultaba sorprendente que Cristina lo hubiera pasado tan mal.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Cristina—. Emma tiene una razón para investigar los asesinatos, pero ¿tú?

—Ya sabes que estaba en el Escolamántico —respondió Diego *el Perfecto*—. Y sabes que a menudo envían centuriones para investigar asuntos que no acaban de caer bajo la jurisdicción de los cazadores de sombras...

Se oyó un gemido áspero. Sterling se había despertado y se estaba sacudiendo en el asiento. La daga de Diego *el Perfecto* destelló en la oscuridad. Los coches pitaron cuando Emma torció bruscamente hacia la derecha y se dirigió hacia Ocean Avenue.

—¡Soltadme! —Sterling tiró de los cables que lo sujetaban, sacudiéndose de un lado al otro—. ¡Soltadme!

Soltó un gruñido de dolor cuando Diego *el Perfecto* lo lanzó con fuerza contra el asiento del coche y le puso la daga en la yugular.

—¡Apártate! —gritó Sterling—. ¡Maldita sea, apártate de mí...!

Sterling chilló cuando Diego *el Perfecto* la clavó un rodillazo en el muslo.

—Estate quieto —lo amenazó con una voz plana y letal.

Aún avanzaban por Ocean Avenue. Las palmeras bordeaban ambos lados de la calle como pestañas. Emma atravesó a lo loco el carril izquierdo y se lanzó por la rampa hacia la autovía de la costa en medio de un furioso coro de bocinas.

—¡Dios bendito! —gritó Sterling—. ¿Dónde aprendiste a conducir?

—¡Nadie te ha pedido tu opinión! —le respondió Emma mientras se metían en el tráfico. Por suerte, era tarde y la carretera estaba casi vacía.

—¡No quiero morir en la autovía del Pacífico! —gimoteó Sterling.

—Oh, perdona. —La voz de Emma derramaba ácido—. ¿Hay alguna otra autovía en la que prefieras morir? ¡Porque podemos arreglarlo!

—Zorra —masculló Sterling.

Cristina se volvió en su asiento. Se oyó un sonido seco como el de un disparo, y un segundo después, mientras pasaban a un grupo de surfistas que caminaban por el borde de la autovía, Emma se dio cuenta de que Cristina le había pegado un tortazo a Sterling en toda la cara.

—No te atrevas a llamar «zorra» a mi amiga —lo amenazó Cristina—. ¿Queda claro?

Sterling se frotó el mentón. Sus ojos eran dos rendijas.

—No tienes ningún derecho a tocarme —gimoteó—. Los nefilim solo se ocupan

de asuntos que incumplen los Acuerdos.

—Error —replicó Diego *el Perfecto*—. Nos ocupamos de los asuntos que nos da la gana.

—Pero Belinda nos dijo...

—Sí, hablando de eso —lo interrumpió Cristina—. ¿Cómo acabaste uniéndote a ese culto, o lo que sea, del Midnight Theater?

Sterling soltó un tembloroso suspiro.

—Hemos jurado guardar el secreto —contestó por último—. Si os digo todo lo que sé, ¿me protegeréis?

—Quizá —respondió Emma—. Pero estás atado, y nosotros llevamos muchas armas. ¿De verdad quieres jugártela y no decírnoslo?

Sterling miró a Diego *el Perfecto*, que sujetaba la daga tranquilamente, como si fuera un lápiz. Sin embargo, había un aire de poder contenido en él, como si fuera capaz de pasar a la acción en menos de un segundo. Si Sterling tenía dos dedos de frente, debería estar aterrorizado.

—Me metí por un productor amigo mío. Me dijo que había encontrado una manera de garantizar que se volviera de oro todo lo que tocabas. No literalmente, claro —se apresuró a añadir.

—Ninguno de nosotros ha pensado que era literalmente, idiota —le soltó Emma.

Sterling hizo un amago de réplica, que cortó enseguida en cuanto Diego le presionó la daga contra el cuello.

—¿Quién es el Guardián? —quiso saber Cristina—. ¿Quién lidera a los Seguidores del cine?

—No tengo ni idea —contestó Sterling enfurruñado—. Nadie lo sabe. Ni siquiera Belinda.

—Vi a Belinda en el Mercado de Sombras, promocionando vuestra pequeña secta —explicó Emma—. Supongo que os prometían dinero y suerte si asistíais a sus reuniones. Solo teníais que arriesgaros con las Loterías. ¿Me equivoco?

—No parecía ser un riesgo tan grande —contestó Sterling—. Solo se hacían de vez en cuando. Si te elegían, nadie podía tocarte. Nadie podía meterse por medio hasta que arrebataras una vida.

Cristina hizo una mueca de asco.

—Y a los que arrebataban vidas, ¿qué les pasaba?

—Tenían todo lo que querían —respondió Sterling—. Serían ricos, hermosos. Después de un sacrificio, todos somos más fuertes, pero el que lo lleva a cabo gana más fuerza que nadie.

—¿Y cómo lo sabes? —inquirió Cristina—. ¿Alguien de los que había en el cine había sido elegido antes?

—Belinda —contestó Sterling rápidamente—. Ella fue la primera. La mayoría de los otros no se quedaron. Con toda probabilidad están por ahí, lejos, viviendo a lo grande. Bueno, excepto Ava.

—¿Ava Leigh había ganado la Lotería? —preguntó Emma—. ¿La que vivía con Stanley Wells?

Diego *el Perfecto* volvió a apretar la daga contra el cuello de Sterling.

—¿Qué sabes de Ava?

Sterling hizo una mueca de dolor.

—Sí, también ganó la Lotería. Mira, no importaba a quién escogieran como víctima los ganadores; nada de subterráneos excepto las hadas, esa era la única regla. Algunos de los ganadores escogieron a gente que conocían. Ava decidió matar a su novio. Estaba harta de él. Pero se volvió loca. Después se suicidó. Se ahogó en la piscina de la casa de Wells. Una estupidez. Podría haber tenido todo lo que quisiera.

—No se suicidó —corrigió Emma—. La asesinaron.

Sterling se encogió de hombros.

—No, se mató ella. Eso es lo que dijo todo el mundo.

Cristina parecía estar esforzándose por mantener la calma.

—La conocías —dijo—. ¿No te importa? ¿No sientes nada? ¿Tienes remordimientos por haber matado a esa chica?

—Una chica del Mercado de Sombras —repuso Sterling quitándole importancia—. Solía vender joyas por allí. Le dije que yo podría llevar sus diseños a los grandes almacenes, que la haría rica, si se reunía conmigo. —Bufó—. Todo el mundo tiene ambición.

Había pasado el denso tráfico inicial de la autovía y habían llegado a la parte de la playa, salpicada de torres de salvavidas.

—Ese fuego azul —comenzó Emma, pensando en voz alta—. El Guardián estaba dentro. Se han llevado el cadáver a la convergencia. La apuñalaste, pero el Guardián la cogió antes de que estuviera muerta. Así que las muertes ocurren en la convergencia, y también todo lo demás, las quemaduras, sumergir el cuerpo en agua de mar, grabar las runas, todo el ritual, ¿no?

—Sí. Y se suponía que también me llevaría a la convergencia —explicó Sterling con la voz cargada de resentimiento—. Es allí donde el Guardián me habría recompensado, donde me iba a dar todo lo que yo quisiera. Podría haber visto el ritual. Una muerte nos fortalece a todos.

Emma y Cristina intercambiaron una mirada. Sterling no estaba aclarándoles las cosas; las estaba haciendo más confusas.

—Has dicho que era la última —continuó Diego—. ¿Qué pasa después de esto? ¿Cuál es la recompensa?

Sterling gruñó.

—No tengo ni idea. No he llegado a donde estoy en la vida haciendo preguntas de las que no necesito la respuesta.

—¿Llegar a donde estás en la vida? —bufó Emma—. ¿Te refieres a atado en el asiento trasero de un coche?

Emma ya veía las luces del muelle de Malibú más adelante. Brillaban contra la

oscura agua.

—Nada de esto importa. El Guardián me encontrará —aseguró Sterling.

—Yo no contaría con ello —replicó Diego *el Perfecto* con su voz grave.

Emma salió de la autovía hacia su camino habitual. Vio las luces del Instituto en la distancia, iluminando la pista.

—Y cuando te encuentre el Guardián —preguntó—, ¿qué crees que hará: darte la bienvenida después de todo lo que nos has contado? ¿No crees que te lo hará pagar?

—Hay algo más que le puedo ofrecer —respondió Sterling—. Belinda lo hizo. Incluso Ava lo hizo. Una última cosa. Y luego...

Sterling se interrumpió lanzando un alarido de terror. El Instituto se alzaba ante ellos. Diego *el Perfecto* maldijo entre dientes.

—¡Emma! —exclamó Cristina—. ¡Emma, para!

Emma vio la familiar silueta del Instituto, el camino de entrada, el cañón y las colinas detrás. Había sombras por todas partes, un círculo que rodeaba el Instituto, pero solo cuando el coche alcanzó la última cresta y los faros barrieron el edificio, Emma sintió el impacto de lo que estaba ante sus ojos.

El Instituto estaba rodeado.

Siluetas oscuras de forma humana rodeaban el Instituto formando un cuadrado irregular. Estaban hombro con hombro, en absoluto silencio e inmóviles, como los viejos dibujos de los guerreros griegos que Emma había visto.

Sterling gritó algo incomprensible. Emma clavó los frenos mientras los faros recorrían los matorrales pisoteados de delante del edificio. Las siluetas quedaron iluminadas como si fuera de día. Algunas le resultaron familiares. Reconoció al chico de pelo rizado de la banda del Midnight Theater, su rostro congelado en un gruñido. Junto a él había una mujer de pelo oscuro y labios rojos, que alzó la mano con la que sujetaba una pistola...

—¡Belinda! —Sterling sonaba estupefacto—. Va a...

La mano de Belinda saltó hacia atrás con el retroceso del arma. Una explosión hirió los oídos de Emma mientras la rueda derecha del coche estallaba, destrozada por una bala. El vehículo derrapó violentamente hacia el lado y cayó en una zanja.

Oscuridad y ruido de cristales rotos. El volante golpeó a Emma en el pecho, dejándola sin respiración; los faros se apagaron. Oyó gritar a Cristina y ruidos de movimiento en el asiento trasero. Tiró del cinturón para soltarse, luego se volvió hacia Cristina.

Esta ya no estaba. El asiento trasero también estaba vacío. Emma abrió la puerta de una patada y casi cayó sobre la tierra apisonada. Se puso en pie como pudo y se volvió.

El coche tenía el morro aplastado dentro de la zanja y salía humo del neumático reventado. Diego estaba rodeando el vehículo desde el lado del pasajero, y sus botas aplastaban la tierra seca. Cargaba con Cristina, con el brazo izquierdo por debajo de sus rodillas; una de las piernas de Cristina colgaba en un ángulo extraño. Tenía una

mano en el hombro de Diego, y se agarraba a la manga de su sudadera.

Bajo la luz de la luna, Diego parecía muy heroico. Un poco como Superman. *Diego el Perfecto*. Emma tuvo ganas de tirarle algo, pero temió alcanzar a Cristina. Él movió su masculina barbilla indicando el Instituto.

—¡Emma!

Ella se volvió. Los que rodeaban el Instituto se habían dado la vuelta; ahora estaban de cara a ella, a Diego y al coche destrozado.

Bajo la luz de la luna resultaban fantasmales. Figuras en negro y gris, caras desenfocadas. Licántropos, medio hadas, nocturnales de vampiros e ifrits: los Seguidores.

—¡Emma! —*Diego el Perfecto* la volvió a llamar. Había sacado la estela y estaba dibujándole a Cristina una runa curativa en el brazo—. Sterling ha escapado... Tiene tu espada...

Emma se volvió en redondo mientras Sterling pasaba ante ella, corriendo a una velocidad imposible para un humano. Se había soltado las muñecas y los tobillos, pero tenía sangre en los bajos de los pantalones.

—¡Belinda! —gritó—. ¡Estoy aquí! ¡Ayúdame! —Sujetaba algo mientras corría, algo que resplandecía dorado en la oscuridad.

Cortana.

La furia estalló en el pecho de Emma. Le corrió por la venas como pólvora y la hizo lanzarse tras él, pisoteando la hierba. Saltó sobre piedras, pasó a toda velocidad ante unas siluetas borrosas. Sterling era rápido, pero ella lo era un poco más. Lo alcanzó cerca de la escalera del Instituto. Él casi había llegado junto a Belinda.

Se lanzó sobre él, lo agarró por la chaqueta y lo hizo volverse. Sterling tenía la cara sucia, con manchas de sangre, pálida de terror. Le cogió la muñeca de la mano con la que sujetaba a *Cortana*. Su espada. La espada de su padre. Su única conexión con una familia que parecía haberse disuelto en un pasado como polvo bajo la lluvia.

Se oyó un crujido. Sterling lanzó un grito y cayó de rodillas. *Cortana* chocó contra el suelo. Emma se agachó para recogerla, y cuando se incorporó, ya estaba rodeada por un pequeño grupo de Seguidores dirigido por Belinda.

—¿Qué le has contado, Sterling? —preguntó Belinda, mostrando unos dientecillos blancos tras los rojos labios.

—Na... nada. —Sterling se apretaba la muñeca. Parecía una mala rotura—. He cogido la espada para traértela, como prueba de buena voluntad...

—¿Y para qué querría yo una espada? —Se volvió hacia Emma—. Hemos venido a buscarlo a él —dijo, señalando a Sterling—. Dánoslo y nos iremos. —Sonrió a Emma de medio lado—. Si te preguntas cómo sabíamos que debíamos venir aquí, te diré que el Guardián tiene ojos en todas partes.

—¡Emma! —Era la voz de Cristina.

Emma se volvió y vio a Cristina fuera del círculo, con *Diego el Perfecto* a su lado. Se fijó, aliviada, en que Cristina solo cojeaba un poco.

—Dejadlos pasar —ordenó Belinda, y la masa se apartó para que Diego *el Perfecto* y Cristina ocuparan su lugar junto a Emma. El círculo volvió a cerrarse a su alrededor.

—¿Qué está pasando? —preguntó Diego *el Perfecto*. Su mirada se clavó en Belinda; tenía los ojos entrecerrados—. ¿Eres el Guardián?

Ella se echó a reír. Pasado un momento, otros Seguidores, entre ellos el chico del pelo rizado, comenzaron a reír con ella.

—¿Yo? Eres la bomba, guapo. —Le guiñó un ojo a Diego *el Perfecto*, como si reconociera su perfección—. No soy el Guardián, pero sé lo que quiere. En este momento, el Guardián quiere a Sterling. Los Seguidores lo necesitan.

Sterling gimió, y su sollozó se perdió entre las risas de los Seguidores. Emma miró a su alrededor y calculó la distancia que los separaba de las puertas del Instituto; si conseguían entrar, los Seguidores no podrían ir tras ellos. Pero entonces estarían atrapados, y no podían llamar a la Clave para pedir ayuda.

Sterling cerró una mano alrededor del tobillo de Diego *el Perfecto*. Al parecer, había decidido que, en esas circunstancias, él era quien estaría más dispuesto a mostrarle clemencia.

—No dejes que se me lleven —le rogó—. Me matarán. La he cagado. Me matarán.

—No puedo permitir que os lo llevéis —contestó Diego *el Perfecto* a Belinda. Emma estaba casi segura de que se imaginaba el tono renuente en sus palabras—. Nuestra obligación es proteger a los mundanos a no ser que representen un peligro para nuestra integridad física.

—No lo sé —repuso Emma, pensando en la chica del pelo verde desangrándose—. Este parece *matable*.

Belinda les dedicó una sonrisa con sus labios rojos.

—No es un mundano. Ninguno de nosotros lo somos.

—De todos modos, nuestra obligación es protegerlo —repuso Diego *el Perfecto*.

Emma intercambió una mirada con Cristina, pero vio que esta estaba de acuerdo con él. La clemencia era una cualidad que el Ángel esperaba de los cazadores de sombras. La piedad era la Ley. A veces, a Emma le preocupaba pensar que su capacidad para la piedad se había agotado durante la Guerra Oscura.

—Lo necesitamos para conseguir información —le dijo Cristina en voz baja, pero Belinda la oyó y apretó los labios.

—Nosotros lo necesitamos más —repuso—. Ahora, entregádnoslo y nos iremos. Vosotros sois tres y nosotros trescientos. Pensáoslo bien.

Emma desenvainó a *Cortana*.

Esta salió disparada con tal velocidad que Belinda no tuvo ninguna oportunidad de reaccionar; recorrió el círculo de Seguidores como la aguja de una brújula, destellando dorada, y enseguida volvió a estar en poder de Emma, encajada sólidamente en su mano.

Belinda miró a su alrededor realmente atónita. La punta de *Cortana* había rasgado las camisas del círculo de Seguidores; algunos sangraban, otros solo tenían cortes en la ropa. Pero todos se habían llevado las manos al pecho, sorprendidos y asustados.

Cristina parecía encantada. Diego *el Perfecto*, solo pensativo.

—Superados en número no significa derrotados —dijo Emma.

—Matadla —ordenó Belinda; alzó la pistola y apretó el gatillo.

Emma casi no tuvo tiempo de verlo llegar antes de que algo entrara volando en su campo de visión, algo brillante y plateado, y se oyera un fuerte crujido. Una daga cayó a sus pies, con una bala clavada en la empuñadura.

Diego *el Perfecto* la miraba, con la mano aún abierta. Él había lanzado la daga, había detenido la bala. Tal vez no le hubiera salvado la vida, porque el traje de combate repelía las balas, pero sin duda había evitado que el impacto la derribara, donde quizá sí que hubiera muerto de un segundo disparo a la cabeza.

No tuvo tiempo de darle las gracias. Los otros Seguidores se lanzaron hacia ella, y esta vez el frío de la batalla le recorrió las venas. Alrededor, el mundo comenzó a moverse más despacio. El chico medio hada con el cabello rizado saltó en el aire y se lanzó contra ella. Emma lo ensartó antes de que llegara al suelo, atravesándole el pecho. La sangre salió a chorro mientras sacaba la espada, y luego una lluvia de gotitas, lenta y caliente.

El chico del pelo rizado cayó al suelo. La hoja de *Cortana* estaba manchada de sangre cuando Emma volvió a blandirla, una y otra vez, mientras la espada se convertía en una mancha dorada en torno a ella. Oía gritos. Sterling estaba agazapado en el suelo, con los brazos sobre la cabeza.

Rebanó piernas y brazos; segó manos que sostenían pistolas. Diego y Cristina estaban haciendo lo mismo, repartiendo mandobles con sus armas. Cristina lanzó su navaja mariposa y se la clavó a Belinda en el hombro, enviándola hacia atrás. Soltó una maldición, se arrancó la navaja y la tiró a un lado. Aunque su jersey blanco tenía un agujero, no había sangre que lo manchara.

Emma fue retrocediendo hasta quedar ante Sterling.

—¡Ve al Instituto! —le gritó a Cristina—. ¡Trae a los otros!

Cristina asintió y corrió hacia la escalera. Estaba a mitad de camino cuando un nocturnal grisáceo y de ojos rojos se lanzó contra ella y le clavó los dientes en la pierna herida.

Cristina gritó. Emma y Diego se volvieron a la vez y vieron a Cristina apuñalar al nocturnal con una daga; este cayó hacia atrás, ahogándose en su propia sangre. Cristina tenía un desgarrón en la pernera de los pantalones.

Diego se abrió paso hacia ella. Ese momento le costó a Emma su concentración. Vio un destello de movimiento con el rabillo del ojo y se encontró con Belinda casi encima, con la mano izquierda extendida. La cerró alrededor del cuello de Emma.

No podía respirar. Cogió a Belinda por el otro brazo y le dio un fuerte tirón. Esta se tambaleó y el guante se le cayó al suelo.

Su brazo derecho acababa en un muñón. Belinda hizo una fea mueca, y Emma oyó a Cristina soltar una exclamación. Tenía la daga en la mano, y la pernera del pantalón empapada en sangre. Diego se hallaba a su lado, una gran sombra proyectada sobre la silueta del Instituto.

—Te falta una mano —jadeó Emma, con *Cortana* interpuesta entre Belinda y ella—. Igual que a Ava...

Las puertas del Instituto se abrieron de golpe. Una luz cegadora lo iluminó todo y Emma se quedó helada, con la ensangrentada espada en la mano. Miró y vio a Julian en la puerta.

Tenía un cuchillo serafín alzado sobre la cabeza, ardiendo como una estrella. Su luz ocultaba el cielo y la luna. Los Seguidores retrocedieron ante ella, como si fuera la luz de un artefacto volador a punto de estrellarse.

En ese momento de quietud, Emma miró directamente a Jules y vio que este la miraba a ella. Una fiera sensación de orgullo se alzó en su interior. Ese era su Julian. Un chico bueno con un alma buena, pero toda alma contenía su opuesto, y el opuesto de la bondad era la maldad, la crueldad, el hermoso afán destructor de la piedad.

Lo vio en su rostro. Para salvarla mataría a cualquiera que estuviera cerca. No lo pensaría dos veces hasta que todo hubiera acabado, y entonces se lavaría la sangre en el fregadero como si fuera pintura escarlata. Y no se arrepentiría.

—Deteneos —dijo Julian, y aunque no gritó, los Seguidores que aún se movían se detuvieron de golpe, como si pudieran interpretar la expresión de su rostro como lo había hecho Emma; como si tuvieran miedo.

Emma cogió a Sterling por el cuello de la camisa y tiró de él para ponerlo en pie.

—Vamos —dijo, y comenzó a empujarlo.

Pero de repente, Belinda apartó a los otros Seguidores de su camino para acercarse a la escalera del Instituto. Seguía sin haber sangre alrededor del agujero del jersey. El guante volvía a ocupar su lugar al final del brazo. Su oscuro cabello se escapaba de su elaborado peinado años cuarenta, y parecía furiosa.

Corrió hacia delante y se colocó entre Emma y la escalera. Cristina y Diego estaban justo detrás de ellos; ella estaba pálida y con cara de dolor.

—¡Julian Blackthorn! —gritó Belinda—. ¡Te exijo que nos permitas llevarnos a este hombre lejos de aquí! —Señaló a Sterling—. ¡Y que ceséis de interferir en nuestros asuntos! ¡Los Seguidores del Guardián no tienen nada que ver con vosotros ni con vuestras leyes!

Julian bajó un escalón. El brillo del cuchillo serafín daba a sus ojos un inquietante tono verde submarino.

—¡¿Cómo osas presentarte aquí?! —le espetó con sequedad—. ¿Cómo te atreves a invadir el espacio de los nefilim, a venir con exigencias? Tu estúpido culto no era asunto nuestro hasta que comenzasteis a asesinar. Ahora sí es asunto nuestro impedirlos matar. Y lo haremos.

Belinda soltó una áspera carcajada.

—Somos trescientos, y vosotros solo un puñado... de niños.

—No todos somos niños —dijo otra voz, y Malcolm Fade salió a la escalera y se puso junto a Julian.

Los Seguidores se quedaron boquiabiertos. Era evidente que la mayor parte de ellos no tenían ni idea de quién era. Pero estaba claro que el que lo rodeara un halo de chispeante fuego violeta estaba poniendo nerviosos a unos cuantos.

—Soy Malcolm Fade. Brujo Supremo de Los Ángeles. Sabéis lo que son los brujos, ¿verdad?

Emma no pudo reprimir una risita enloquecida. Diego *el Perfecto* lo miraba fijamente. Sterling estaba pálido de terror.

—Uno de nosotros —continuó Malcolm— vale por quinientos de vosotros. Puedo reducirlos a cenizas en seis segundos y emplearlas para rellenar un peluche y regalárselo a mi novia. Aunque en este momento no tengo pareja —añadió—, pero no hay que perder la esperanza.

—¿Eres un brujo y sirves a los nefilim? —preguntó Belinda—. ¿Después de lo que nos han hecho a todos los subterráneos?

—No intentes emplear tu pobre conocimiento de mil años de política conmigo, niña. No te servirá de nada. —Malcolm se miró el reloj—. Os doy un minuto —informó—. Cualquiera que siga aquí después de ese tiempo, arderá en llamas.

Nadie se movió.

Suspirando, Malcolm señaló a un arbusto de salvia californiana que crecía al final de la escalera. Estalló en llamas. Se alzó un espeso humo con olor a salvia. Pequeñas llamitas bailaban entre los dedos de Malcolm.

Los Seguidores comenzaron a correr hacia la carretera. Emma permaneció quieta mientras pasaban a su lado, como si estuviera plantada en medio de una avalancha. Al cabo de un momento, todos se habían marchado menos Belinda.

Su rostro mostraba una terrible furia y una desesperación aún mayor. Una expresión que los dejó a todos clavados en el sitio.

Belinda alzó sus oscuros ojos hacia Julian.

—Tú —dijo—. Ahora puedes pensar que nos habéis derrotado, con vuestro brujo mascota, pero lo que sabemos sobre ti... Ay, lo que podríamos contarle a la Clave... La verdad sobre tu tío. La verdad sobre quién dirige este Instituto. La verdad...

Julian palideció, pero antes de que pudiera decir algo o moverse, un chillido de agonía cortó el aire. Era Sterling. Se agarraba el pecho, y cuando todos, incluida Belinda, se volvieron para mirarlo, se desplomó sobre la hierba. Los ojos se le salían de las órbitas de pánico mientras le cedían las rodillas; arañó el suelo, el escarabajo de su anillo destelló en el dedo, y luego se quedó inerte.

—Está muerto —dijo Cristina sin podersele creer. Se volvió hacia Belinda—. ¿Qué le has hecho?

Por un momento, Belinda la miró atónita, como si estuviera igual de sorprendida que el resto.

—Ya te gustaría saberlo —dijo, y se acercó al cuerpo. Se agachó como si fuera a examinarlo.

Al instante, un cuchillo destelló entre los dedos de su mano izquierda. Se oyeron dos desagradables ruidos, y las manos de Sterling se separaron de las muñecas. Belinda las cogió sonriendo y dijo:

—Gracias. El Guardián se alegrará de saber que está muerto.

Por un momento, Emma recordó a Ava, en la piscina, con la piel rasgada del muñón de su brazo. ¿Acaso el Guardián exigía siempre esa macabra prueba de la muerte de aquellos a los que quería muertos? Pero ¿y Belinda? Seguía viva. ¿Podría ser solo un tributo?

Belinda esbozó una desagradable sonrisa que interrumpió los pensamientos de Emma.

—Hasta luego, pequeños cazadores de sombras —se burló. Y se marchó hacia la carretera con sus sangrientos trofeos en alto.

Emma dio un paso, con la intención de subir la escalera hacia el Instituto, pero Malcolm alzó una mano para detenerla.

—Emma, quédate donde estás —indicó—. Cristina, apártate del cadáver.

Cristina hizo lo que le decía, con la mano en el cuello, cerrada sobre el medallón. El cuerpo de Sterling yacía a sus pies, hecho un ovillo. Ya no manaba sangre de las muñecas cortadas, pero el suelo a su alrededor estaba empapado en ella.

Al apartarse hacia atrás, Cristina chocó con Diego *el Perfecto*. Este le cogió una mano para estabilizarla, y para sorpresa de Emma, ella se lo permitió. En el rostro tenía una mueca de dolor. La sangre le había salpicado la bota.

Malcolm bajó la mano y cerró los dedos apuntando hacia abajo. El cuerpo de Sterling estalló en llamas. Fuego mágico, que quemaba rápido, fuerte y limpio. El cadáver pareció brillar intensamente durante un momento antes de convertirse en cenizas. El fuego se apagó y solo quedó un trozo de suelo chamuscado y manchado de sangre.

Emma se dio cuenta de que seguía con *Cortana* en la mano. Se arrodilló, limpió de forma mecánica la hoja sobre la hierba y la enfundó. Al ponerse en pie, buscó a Julian con la mirada. Este se hallaba apoyado contra unos de los pilares de la puerta principal, con el cuchillo serafín, ya apagado, todavía en la mano. Sus miradas se encontraron solo un instante; la de él era sombría.

Julian apartó la mirada cuando se abrió la puerta del Instituto y salió Mark.

—¿Ya está? —preguntó.

—Ya está —contestó Julian en tono cansado—. Al menos por ahora.

Mark pasó la mirada por los demás: Emma, luego Cristina, y entonces vio a Diego. Este pareció sorprenderse ante la intensidad de esa mirada.

—¿Quién es? —preguntó Mark.

—Es Diego —contestó Emma—. Diego Rocio Rosales.

—¿Diego *el Perfecto*? —exclamó Mark con incredulidad.

Diego parecía aún más confuso. Antes de que pudiera decir algo, Cristina se sentó en el suelo agarrándose la pierna.

—Necesito otro *iratze* —dijo, con un breve jadeo.

Diego la cogió en brazos y corrió escaleras arriba, sin hacer caso de sus protestas de que podía caminar.

—Tengo que ayudarla a entrar —dijo al apartar a Julian y luego a Mark—. ¿Tenéis enfermería?

—Claro —contestó Julian—. En el primer piso...

—¡Cristina! —gritó Emma, y se dispuso a subir la escalera corriendo tras ellos.

—Se pondrá bien —dijo Malcolm—. No vayas corriendo y asustes a los niños.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Emma, ansiosa—. Ty, Dru...

—Están todos bien —contestó Mark—. Yo los estaba cuidando.

—¿Y Arthur?

—No parece ni haberse enterado de que algo pasaba —respondió Mark con una expresión de incredulidad dibujada en el rostro—. Ha sido raro...

Emma se volvió hacia Julian.

—Es raro —repitió—. Julian, ¿qué quería decir Belinda cuando ha comentado que sabía quién dirigía en realidad el Instituto?

Julian negó con la cabeza.

—No lo sé.

Malcolm exhaló exasperado.

—Jules —le pidió—. Díselo.

Julian lo miró. Parecía exhausto, más que exhausto. Emma había leído en algún lado que la gente se ahogaba cuando estaban demasiado cansados para mantenerse a flote. Se rendían y el mar se los llevaba. Julian parecía así de cansado.

—Malcolm, no —susurró Julian.

—¿Puedes recordar todas las mentiras que has dicho? —le preguntó Malcolm, y en su mirada no había nada de su acostumbrada despreocupación. Sus ojos eran duros como la amatista—. No me habías dicho nada sobre el regreso de tu hermano...

—Ah... ¡Mark! —exclamó Emma, al darse cuenta de repente de que Malcolm no se había enterado hasta esa noche de que Mark estaba en el Instituto. Rápidamente se cubrió la boca con la mano. Mark la miró alzando una ceja. Parecía muy tranquilo.

—Me lo ocultaste —continuó Malcolm— porque sabías que me daría cuenta de que eso representa que las hadas tienen alguna relación con los asesinatos, y que eso significaría que, al ayudarlos, estaría infringiendo la Paz Fría.

—No podías infringirla si no lo sabías —repuso Julian—. También te estaba protegiendo a ti.

—Tal vez —contestó Malcolm—. Pero ya estoy harto. Diles la verdad. O aquí acabará mi ayuda.

Julian asintió.

—Se la diré a Emma y a Mark —repuso—. No es justo para los otros.

—Probablemente tu tío podrá explicarte quién dijo esto —replicó Malcolm—: «No hagas nada en secreto, porque el tiempo lo ve todo y lo oye todo, y lo revela todo».

—Yo mismo puedo decirte de quién es la frase. —Los ojos de Julian ardían con un lento fuego—. Sófocles.

—Chico listo —dijo Malcolm con afecto en la voz, pero también con cansancio.

Se volvió y bajó la escalera. Se detuvo al llegar al final y miró más allá de Emma, con unos ojos que eran demasiado oscuros para que ella pudiera interpretar qué decían. Parecía estar viendo algo en la distancia que ella no veía, quizá porque estaba demasiado lejos en el futuro o en el pasado.

—¿Nos seguirás ayudando? —le preguntó Julian—. Malcolm, ¿no nos... —no acabó la frase antes de que Malcolm desapareciese entre las sombras de la noche— abandonarás? —concluyó, como sabiendo que nadie lo estaba escuchando.

Julian seguía apoyado en el pilar, como eso si fuera lo único que lo mantuviera en pie, y Emma no pudo evitar recordar los pilares de la Sala de los Acuerdos, a Julian a los doce años, acurrucado contra uno de ellos y sollozando con el rostro entre las manos.

Desde entonces había llorado, pero no a menudo. Supuso que no había mucho que se pudiera comparar con haber matado a su padre.

El cuchillo serafín que tenía en las manos se había apagado. Lo dejó caer cuando Emma se le acercó. Ella le cogió la mano, ahora vacía. No había pasión en ese gesto, nada que recordara a la noche en la playa. Solo la absoluta solidez de la amistad que habían compartido durante más de una década.

Entonces él la miró, y Emma vio la gratitud en sus ojos. Por un momento no hubo nada en el mundo salvo ellos dos, y los dedos de Julian se movieron sobre la desnuda muñeca de ella.

«G-R-A-C-I-A-S».

—Malcolm ha dicho que tenías que explicarnos algo —declaró Mark—. Y tú parecías estar de acuerdo. ¿Qué es? Si dejamos más rato a los niños esperando se van a rebelar.

Julian asintió, se enderezó y se apartó del pilar. De nuevo era el tranquilo hermano mayor, el buen soldado, el chico con un plan.

—Voy a decirles lo que está pasando. Vosotros dos esperadme en el comedor —dijo—. Malcolm tenía razón. Tenemos que hablar.

LOS ÁNGELES, 2008

Julian siempre recordaría el día en que su tío Arthur llegó al Instituto de Los Ángeles.

Era solo la tercera vez que iba, aunque su hermano, Andrew, el padre de Julian, llevaba casi quince años dirigiendo el mayor Instituto de la costa Oeste. La relación entre Andrew y el resto de los Blackthorn había sido tirante desde que una mujer hada había aparecido en su puerta con dos pequeños durmiendo, había asegurado que eran el hijo y la hija que Andrew había tenido con lady Nerissa de la corte seelie y los había dejado allí para que se hiciera cargo de ellos.

Ni siquiera el hecho de que su esposa los hubiera adoptado rápidamente, los hubiera adorado y los hubiera tratado igual que a los hijos que había tenido con Andrew reparó del todo la brecha. Julian siempre había pensado que había algo más aparte de lo que admitía su padre. Arthur también parecía pensarlo, pero ninguno de ellos hablaba de lo que sabía, y una vez muerto Andrew, Julian sospechó que la historia había muerto con él.

Julian se hallaba en lo alto de la escalera de la entrada del Instituto, observando a su tío salir del coche con el que Diana había ido a recogerlo al aeropuerto. Arthur podría haber viajado a través de un Portal, pero había elegido hacerlo al modo mundano. Mientras se dirigía hacia la escalera, se lo veía desarreglado y cansado del viaje. Diana iba tras él. Julian vio que ella tenía una expresión dura en la boca, y se preguntó si Arthur habría hecho algo que la hubiera molestado. Esperaba que no; Diana solo llevaba un mes en el Instituto de Los Ángeles y a Julian ya le caía muy bien. Sería mejor para todos si Arthur y ella se entendían.

Arthur entró en el vestíbulo del Instituto, parpadeando mientras sus ojos, deslumbrados por el sol, se adaptaban a la tenue luz del interior. Los otros Blackthorn estaban allí, arreglados con su mejor ropa: Dru llevaba un vestido de terciopelo y Tiberius se había puesto corbata. Livvy sujetaba en brazos a Tavvy y sonreía esperanzada. Emma estaba al pie de la escalera, recelosa, claramente consciente de su situación como parte de la familia pero sin llegar aún a ser de uno de ellos.

Llevaba las trenzas recogidas a cada lado de la cabeza. Julian aún recordaba eso.

Diana hizo las presentaciones. Julian le tendió la mano a su tío, que, de cerca, no se parecía tanto al padre de Julian. Quizá eso fuera bueno. El último recuerdo que tenía de su padre no era nada agradable.

Julian lo miró mientras le estrechaba la mano con firmeza. Arthur tenía el cabello castaño de los Blackthorn, aunque con muchas canas, y ojos verde azulado detrás de las gafas. Sus rasgos eran gruesos y ásperos, y aún cojeaba un poco por la herida que había recibido durante la Guerra Oscura.

Arthur fue a saludar al resto de los niños, y Julian sintió que algo le recorría las venas. Vio el rostro esperanzado de Dru, la mirada tímida y huidiza de Ty, y pensó: «Quiérelos. Quiérelos. Por el amor del Ángel, quiérelos».

No importaba si nadie lo quería a él. Tenía doce años. Ya era mayor. Tenía las Marcas, era un cazador de sombras. Y tenía a Emma. Pero los otros aún necesitaban a alguien que les diera un beso de buenas noches, les espantara las pesadillas, les curara las rodillas rascadas y les calmara los sentimientos heridos. Alguien que les enseñara a ser adultos.

Arthur se acercó a Drusilla y le estrechó la mano con torpeza. La sonrisa se desvaneció del rostro de la niña cuando Arthur fue directamente hacia Livvy, sin prestar ninguna atención a Tavvy, y luego se agachó ante Tiberius con la mano extendida.

Ty no se la estrechó.

—Mírame, Tiberius —dijo Arthur con una voz ligeramente ronca. Carraspeó para aclararse la garganta—. ¡Tiberius! —Se irguió y se volvió hacia Julian—. ¿Por qué no me mira?

—No siempre le gusta mirar a los ojos —contestó Julian.

—¿Por qué? —preguntó Arthur—. ¿Qué le pasa?

Julian vio a Livvy cogerle la mano a Ty. Fue lo único que le impidió apartar a su tío a un lado para aproximarse a su hermano.

—Nada. Él es así.

—Qué raro —dijo Arthur, y se alejó de Ty, olvidándose de él para siempre. Miró a Diana—. ¿Dónde está mi despacho?

Los labios de Diana se apretaron aún más. Julian sintió como si se ahogara.

—Diana no vive aquí ni trabaja para nosotros —dijo—. Es nuestra instructora; trabaja para la Clave. Yo te ayudaré a encontrar el despacho.

—Bien. —Tío Arthur cogió su maleta—. Tengo mucho trabajo que hacer.

Julian subió la escalera sintiendo pequeñas explosiones en la cabeza que acallaban la perorata de tío Arthur acerca de la importante monografía sobre la Ilíada que estaba escribiendo. Al parecer, la Guerra Oscura había interrumpido su trabajo, y parte de este había sido destruido durante el ataque al Instituto de Londres.

—Una guerra muy molesta —dijo Arthur mientras entraba en el despacho que había sido del padre de Julian. Las paredes estaban forradas de madera, y un gran número de ventanas daban al cielo y al océano.

«Sobre todo para la gente que murió en ella», pensó Julian.

Su tío estaba negando vehementemente con la cabeza, los nudillos blancos

alrededor del asa de su maletín.

—Oh, no, no —dijo—. Esto no sirve. —Cuando se apartó de las ventanas, Julian vio que estaba pálido y sudoroso—. Demasiado vidrio —masculló en voz baja—. Luz... demasiado fuerte. Demasiada. —Carraspeó—. ¿Hay un desván?

Julian no había subido al desván del Instituto desde hacía años, pero recordaba dónde estaba: en lo alto de una estrecha escalera que salía del cuarto piso. Subió allí con su tío, que tosía a causa del polvo. La estancia tenía las maderas del suelo ennegrecidas de moho, pilas de viejos baúles y un enorme escritorio con una pata rota apoyado en una esquina.

Tío Arthur dejó su maletín en el suelo.

—Perfecto —exclamó.

Julian no volvió a verlo hasta la noche siguiente, cuando el hambre debió de obligarlo bajar. Arthur se sentó a la mesa en silencio y comió furtivamente. Emma intentó hablar con él esa noche, y luego la siguiente. Por último, hasta ella se rindió.

—No me gusta —dijo Drusilla un día, con el cejo fruncido mientras lo veía alejarse por el pasillo—. ¿No puede la Clave enviarnos otro tío?

Julian la rodeó con el brazo.

—Me temo que no. Es el único que tenemos.

Arthur se fue volviendo más y más reservado. A veces hablaba con trozos de poemas o con unas cuantas palabras en latín; una vez le pidió a Julian que le pasara la sal en griego clásico. Una noche, Diana se quedó a cenar. Después de que Arthur se retirara a dormir, ella llevó a Julian a un lado.

—Quizá sería mejor que no comiera con la familia —dijo en voz baja—. Le podrías subir una bandeja por las noches.

Julian asintió. La rabia y el miedo que habían sido como estallidos en su cabeza se habían reducido un sordo palpito de decepción. El tío Arthur no iba a querer a sus hermanos. No iba a arroparlos por las noches ni a darles ningún beso en las rodillas peladas. Ni iba a ser de ninguna ayuda.

Julian decidió que él los iba a querer el doble, con tanta fuerza como cualquier adulto. Lo haría todo por ellos, pensó una noche mientras le subía la cena al tío Arthur (espaguetis fríos, tostadas y té) en una bandeja, cuando este ya llevaba varios meses en el Instituto. Se aseguraría de que tuvieran todo lo que quisieran. Se aseguraría de que nunca echaran de menos lo que no tenían; los querría tanto como para compensarlos por todo lo que habían perdido.

—¿Andrew? —La voz le llegó desde el suelo.

Ahí estaba el tío Arthur, agachado, con la espalda contra el enorme escritorio. Parecía estar sentado en un charco de oscuridad. Julian tardó un momento en darse cuenta de que era sangre; negra bajo la tenue luz, charcos pegajosos por todas partes, secándose en el suelo, engancho las hojas sueltas de papel. Arthur tenía arremangada la camisa, que estaba muy salpicada de sangre. Sujetaba un cuchillo en la mano derecha.

—Andrew —dijo arrastrando la palabra y volviendo la cabeza hacia Julian—. Perdóname. He tenido que hacerlo. Tenía... demasiados pensamientos. Sueños. Sus voces vienen a mí en sangre, ¿ves? Cuando derramo la sangre, dejo de oírlos.

De algún modo, Julian consiguió hablar.

—¿Qué voces?

—Los ángeles en el alto cielo —contestó Arthur—. Y los demonios del profundo mar. —Apretó la yema de un dedo contra la punta del cuchillo y observó formarse la gota de sangre.

Pero Julian apenas lo oía. Aún estaba agarrando la bandeja, contemplando el peso de los años, de la Clave y de la Ley.

«Lunático», llamaban a un cazador de sombras que oía voces que nadie más podía oír, que veía cosas que nadie más podía ver. Había otras palabras, aún más feas, pero no residía en ellas ninguna comprensión, ninguna tolerancia, ninguna compasión. El lunatismo era una mácula, una señal de que un cerebro rechazaba la perfección de la sangre del Ángel. A los considerados lunáticos se los encerraba en el Basilia y nunca se les permitía volver a salir.

Y, sobre todo, no se les permitía dirigir Institutos.

Al parecer, el asunto de no ser queridos lo suficiente no era la única fea posibilidad a la que los niños Blackthorn tendrían que enfrentarse, después de todo.

20

HACE TIEMPO

El comedor oficial del Instituto se usaba muy poco; la familia comía en la cocina excepto en las raras ocasiones en las que el tío Arthur estaba con ellos. En la estancia estaban colgados los retratos enmarcados de los Blackthorn, trasladados desde Inglaterra, con los nombres escritos al pie de los mismos: Rupert. John. Tristan. Adelaide. Jesse. Tatiana. Desde su inmovilidad contemplaban inexpresivos la larga mesa de roble rodeada de sillas de alto respaldo.

Mark se sentó sobre la mesa y miró las paredes.

—Me gustan los retratos —dijo—. Siempre me han gustado.

—¿Te resultan simpáticos? —Emma se apoyaba en el marco de la puerta. Esta se hallaba un poco abierta y por la rendija podía ver el vestíbulo y a Julian hablando con sus hermanos.

Livvy agarraba el sable y parecía furiosa. Ty, a su lado, se mostraba inexpresivo, pero sus manos no paraban de enredar y desenredar algo.

—Tavvy está arriba despierto, jugando —decía Drusilla. Iba en pijama, con el cabello castaño alborotado—. Con suerte, se quedará dormido. Por lo general no lo despierta ni una guerra. Quiero decir...

—Esto no ha sido una guerra —repuso Julian—. Aunque ha habido un par de malos momentos antes de que Malcolm apareciera.

—Julian ha llamado a Malcolm, ¿eh? —preguntó Emma, entrando del todo en el comedor—. A pesar de que tú estabas aquí y Malcolm no sabía que habías vuelto.

—Ha tenido que hacerlo —contestó Mark, y Emma se sorprendió de lo humano que sonaba. Y también tenía aspecto humano, vestido con unos vaqueros y jersey, sentado tranquilamente sobre la mesa—. Había trescientos Seguidores rodeando el edificio, y no podíamos llamar al Cónclave.

—Debería haberte pedido que te escondieras —replicó Emma. Tenía la chaqueta manchada de tierra y de sangre. La dejó sobre el respaldo de una silla cercana.

—Me lo ha pedido —contestó Mark—. Pero me he negado.

—¿Qué? ¿Por qué lo has hecho?

Mark no respondió, solo la miró.

—Tu mano —dijo—. Estás sangrando.

Emma se miró. Mark tenía razón: tenía un corte sobre los nudillos.

—No es nada.

Él le cogió la mano entre las suyas y observó con mirada experta la herida.

—Te podría dibujar un *iratze* —propuso—. Que no los quiera sobre mi piel no

significa que me niegue a dibujárselos a otra persona.

Emma retiró la mano.

—No te preocupes —repuso, y volvió a mirar por la puerta.

—¿Y la próxima vez? —estaba preguntando Ty—. Tendremos que llamar al Cónclave. No podemos enfrentarnos a ellos nosotros solos o esperar que Malcolm siempre esté aquí.

—El Cónclave no puede enterarse —replicó Julian.

—Jules —comenzó Livvy—, lo entendemos, pero ¿no hay alguna manera...? El Cónclave tendrá que entender lo de Mark; es nuestro hermano...

—Yo me ocuparé —dijo Julian.

—¿Y si vuelven? —inquirió Dru con un hilillo de voz.

—¿Confías en mí? —le preguntó Julian cariñosamente. Ella asintió—. Entonces no te preocupes. No volverán.

Emma suspiró para sí mientras Julian enviaba a sus hermanos arriba. Se quedó viéndolos marchar y luego se dirigió hacia el comedor. Emma se apartó de la puerta y se sentó en una de las sillas de respaldo alto. En ese momento entró Julian.

La araña de luz mágica que colgaba del techo relucía con un intenso brillo. Julian cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella. Sus ojos verde azulado parecían arderle en la pálida cara. Cuando alzó la mano para apartarse el cabello del rostro, Emma vio que le sangraban los dedos de haberse mordido las uñas hasta dejárselas en carne viva.

En carne viva. Había aprendido esa expresión de Diana observando a Julian morderse las uñas hasta hacerse sangre, mientras Ty y Livvy practicaban en la sala de entrenamiento. «Morderse las uñas hasta dejárselas en carne viva no lo ayudará a aprender a sujetar una espada», había dicho Diana, y Emma había consultado el significado: «Carne viva: carne sana con que se va cerrando una herida». También había encontrado otra acepción: «En carne viva: se aplica a una porción del cuerpo que está, por lesión, desprovista de piel».

Después de eso no podía evitar pensar en ello como si Julian estuviera tratando de arrancar la materia sangrienta de su vida, desproveerla de protección para que una piel sana le cicatrizara de algún modo todo lo desagradable. Sabía que lo hacía cuando estaba alterado y ansioso: cuando Ty no estaba contento, cuando el tío Arthur tenía una reunión con la Clave, cuando Helen llamaba y él le decía que todo iba bien, que Aline y ella no tenían por qué preocuparse, y que sí, que entendía por qué no podían volver de la isla de Wrangel.

Y lo estaba haciendo en ese momento.

—Julian —dijo Emma—. No tienes por qué hacer esto si no quieres. No tienes que decirnos nada...

—Lo verdad es que sí —repuso él—. Tengo que hablar un momento sin que me interrumpáis. Después de eso, os responderé a cualquier pregunta que queráis hacerme, ¿de acuerdo?

Mark y Emma asintieron.

—Después de la Guerra Oscura, fue gracias al tío Arthur que nos dejaron regresar aquí, a nuestra casa —comenzó—. Solo se nos permitió quedarnos juntos porque teníamos un tutor. Un tutor que era pariente nuestro, ni muy joven ni muy viejo, alguien dispuesto a prometer que cuidaría de seis niños, que se aseguraría de que estudiaran y entrenaran. Nadie más habría podido hacerlo excepto Helen, y a ella la habían exiliado...

—Y yo no estaba —apuntó Mark con amargura.

—Tú no tenías la culpa... —Julian calló un instante, respiró hondo y sacudió la cabeza con vehemencia—. Si habláis —dijo—, si decís cualquier cosa, no seré capaz de hacer esto.

—Mis disculpas —se excusó Mark.

—Incluso si no se te hubieran llevado, Mark, habrías sido demasiado joven. Solo alguien mayor de edad puede dirigir un Instituto y ser el tutor de unos niños. —Julian se miró las manos, como si estuviera librando una batalla interior, y luego continuó —: La Clave consideró que tío Arthur podía ser ese tutor. Nosotros también. Lo pensé cuando vino aquí, e incluso unas cuantas semanas después. Quizá hasta meses. No lo recuerdo. Sé que él nunca se molestó en tratar de conocernos, a ninguno de nosotros, pero me dije que eso no importaba. Me dije que no necesitábamos un tutor que nos quisiera, solo a alguien que nos permitiera seguir juntos.

Miró a Emma a los ojos, y sus siguientes palabras parecieron ser solo para ella.

—Nos queríamos lo suficiente, pensé. Así que eso no importaba. Quizá tío Arthur no pudiese mostrarnos afecto, pero sí que podía ser un buen custodio del Instituto. Luego comenzó a bajar cada vez menos, y las cartas de los otros Institutos y las llamadas de la Clave se fueron quedando sin responder. Yo subía al desván, le llevaba comida y le rogaba que contestara las cartas y las llamadas. Le suplicaba que hiciera lo que debía para que la Clave no interfiriera. Porque sabía lo que pasaría si lo hacía. Nos quedaríamos sin tutor, y entonces ya no tendríamos casa. Y luego...

Respiró hondo.

—Enviarían a Emma a la nueva Academia de Idris. Era lo que querían hacer al principio. Al resto nos enviarían a Londres, seguramente. Tavvy solo era un bebé. Lo colocarían con otra familia. A Drusilla también. En cuanto a Ty..., imaginaos lo que habrían hecho con él. En cuanto no se comportara como lo que ellos consideran normal, lo meterían en el programa para «tontos» de la Academia. Separado de Livvy. Eso los mataría a ambos.

Julian avanzó hasta el retrato de Jesse Blackthorn y miró a los ojos verdes de su ancestro.

—Así que le rogué a Arthur que respondiera a la Clave, que hiciera lo que fuese para mostrarles que era el director del Instituto. Las cartas se estaban apilando. Y también los mensajes urgentes. No teníamos armas, y él no quería pedir las. Se nos estaban acabando los cuchillos serafines. Una noche subí para preguntarle... —se le

quebró la voz— si firmaría las cartas si yo se las escribía, que quizá eso lo ayudara, y lo encontré en el suelo con un cuchillo. Se estaba cortando, dijo, para dejar salir el mal.

Miró fijamente el cuadro.

—Lo vendé. Pero después hablé con él y lo comprendí. La realidad del tío Arthur no es la nuestra. Vive en un mundo de fantasía donde a veces soy Julian y a veces Andrew. Habla con gente que no está ahí. En ocasiones tiene muy claro quién es y dónde está. Pero le va y le viene. Hay épocas malas en las que no nos reconoce durante semanas. Luego otras de claridad en las que se podría pensar que está mejorando. Pero lo cierto es que nunca mejorará.

—O sea, que está enajenado —intervino Mark.

«Enajenación» era el término de las hadas para ello; de hecho, uno de los castigos de las hadas era causar la enajenación, destrozarle la mente a alguien. Los cazadores de sombras lo llamaban «lunatismo». Emma tenía la sensación de que había palabras diferentes entre los humanos; una vaga sensación formada por trozos de películas que había visto y libros que había leído, de que había una manera menos cruel y absoluta de pensar en esos cuyas mentes funcionaban de una forma diferente de la de la mayoría, cuyos pensamientos les causaban dolor y miedo. Pero la Clave era cruel y absoluta. Se hacía evidente en las palabras del código por el que se regían: «La Ley es dura, pero es la Ley».

—«Lunático», supongo que diría la Clave —afirmó Julian con un gesto amargo en la boca—. Es sorprendente que sigas siendo un cazador de sombras si tienes una enfermedad del cuerpo, pero aparentemente no si tienes una enfermedad de la mente. A los doce años ya sabía que si la Clave averiguaba el estado de Arthur se quedaría con el Instituto. Rompería nuestra familia y nos separaría. Y no iba a permitir que eso sucediera.

Miró a Mark y a Emma con fuego en los ojos.

—Ya había perdido suficiente familia durante la guerra —prosiguió—. Todos nosotros habíamos perdido mucho. Madre, padre, Helen, Mark. Nos separarían hasta que fuéramos adultos, y para entonces ya no seríamos una familia. Eran mis niños. Livvy, Ty, Dru, Tavvy. Yo los criaría. Yo me convertí en el tío Arthur. Yo me encargué de la correspondencia. Yo organicé los turnos de patrulla. Nunca dejé que nadie supiera que Arthur está enfermo. Decía que era un excéntrico, un genio, trabajando duramente en su desván. La verdad... —Apartó la mirada—. Antes lo odiaba. No quería que saliera nunca de su desván, pero a veces debía hacerlo. Había reuniones que no se podían evitar, y nadie iba a mantener una reunión importante con un niño de doce años. Así que acudí a Malcolm. Él consiguió crear una droga que le inducía períodos de claridad al tío Arthur. Pero solo duraban unas horas, y después Arthur sufría fuertes dolores de cabeza.

Emma pensó en el modo en que Arthur se había agarrado la cabeza después de la reunión con la legación de las hadas en el Santuario. El recuerdo de la agonía que

expresaba su rostro... continuaba ahí por mucho que quisiera hacerlo desaparecer.

—A veces intentaba mantenerlo apartado por otros métodos —dijo Julian, con una voz cargada de desprecio hacia sí mismo—. En ocasiones, como esta noche, Malcolm le daba pociones para dormir. Sé que no está bien. Creedme, he llegado a pensar que iré al infierno por ello. Si es que hay un infierno. Sabía que lo que hacía estaba mal. Malcolm guardó el secreto, no dijo nada a nadie, pero me di cuenta de que no estaba muy convencido. Quería que yo dijera la verdad. Pero la verdad habría destruido a nuestra familia.

Mark se inclinó hacia delante con una expresión inescrutable.

—¿Y qué hay de Diana?

—Nunca se lo he contado exactamente —contestó Julian—. Pero creo que se lo imagina, al menos en parte.

—¿Y por qué no podía ser ella quien dirigiera el Instituto en vez de dejarlo en las manos de un niño de doce años?

—Se lo pedí. Me dijo que no. Que era imposible. Que lo lamentaba de verdad y que haría todo lo que pudiera por ayudarnos. Diana tiene... sus propios secretos. —Se alejó del cuadro de Jesse—. Una última cosa: he dicho que odiaba a Arthur. Pero eso fue hace tiempo. Ya no lo odio. Odio a la Clave por lo que le haría a él y a nosotros si lo supieran.

Inclinó la cabeza. El extraordinario brillo de la luz mágica le teñía de oro la punta de los cabellos y de plata las cicatrices de la piel.

—Pues ya lo sabéis —dijo. Agarró con fuerza el respaldo de la silla—. Si me odiáis, lo entenderé. No se me ocurre qué otra cosa podría haber hecho. Pero lo entenderé.

Emma se levantó de la silla.

—Creo que todos lo sabíamos —dijo—. No lo sabíamos..., pero lo sabíamos. —Miró a Julian—. Es cierto, ¿verdad? Sabíamos que alguien se estaba ocupando de todo y que no era Arthur. Si nos permitimos creer que era él quien dirigía el Instituto fue porque era lo más fácil. Era lo que queríamos que fuera verdad.

Julian cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, los clavó en su hermano.

—¿Mark? —dijo, y la pregunta quedó implícita en esa única palabra: «Mark, ¿tú me odias?».

Este bajó de la mesa. A él, la luz mágica le teñía el cabello de blanco.

—No tengo ningún derecho a juzgarte, hermano. Hubo un tiempo en el que yo era el mayor, pero ahora tú eres mayor que yo. Cuando estaba en el país de las hadas, todas las noches pensaba en cada uno de vosotros: en ti, en Helen, en Livvy y Ty, en Dru y Tavvy. Les ponía vuestros nombres a las estrellas, para que al verlas aparecer en el cielo sintiera que estabais conmigo. Era lo único que podía hacer para calmar el temor a que estuvierais heridos o muertos sin que yo llegara a enterarme nunca. Pero he vuelto a una familia que no solo está viva y sana, sino también en la que los lazos no se han roto. Aquí hay amor, amor entre vosotros. Tanto amor que me roba el

aliento del cuerpo. Hasta ha habido amor reservado para mí.

Julian miraba a Mark con un asombro vacilante. Emma notaba el sabor de las lágrimas en la garganta. Deseaba correr hasta Julian y abrazarlo, pero mil cosas la retenían.

—Si queréis que se lo cuente a los otros —dijo Julian con voz ronca—, lo haré.

—Ahora no es el momento de decidirlo —repuso Mark, y en esa sola frase y en el modo en que miraba a Julian, por primera vez desde su regreso, Emma pudo ver un mundo en el que Mark y Julian habrían estado juntos. Habrían criado juntos a sus hermanos y juntos habrían llegado a acuerdos sobre lo que se debía hacer. Por primera vez pudo ver la armonía que habían perdido al estar separados—. No cuando hay enemigos rodeándonos a nosotros y al Instituto, no cuando nuestras vidas y nuestra sangre están en peligro.

—Este secreto es una pesada carga, y si los Seguidores cumplen sus amenazas... —dijo Julian, y había un tono de advertencia en su voz, pero también de esperanza.

A Emma le dolía el corazón por tantas cosas que no estaban bien: por las decisiones dolorosas y desesperadas que un niño de doce años había tenido que tomar para mantener a su familia junto a él; por la oscuridad que rodeaba a Arthur Blackthorn, que él no había creado, pero que, si se descubría, solo le acarrearía castigos de su propio gobierno; por el peso de mil mentiras, porque aunque dichas con buena fe seguían siendo mentiras.

—Pero ¿cómo lo saben? —preguntó Emma—. ¿Cómo saben lo de Arthur?

Julian negó con la cabeza.

—Ni idea —contestó—. Pero creo que vamos a tener que averiguarlo.

Cristina observó a Diego, que después de tenderla en una de las camas de la enfermería se había dado cuenta de que no podía sentarse a su lado con una espada y una ballesta colgando, y había comenzado a librarse torpemente de esas armas.

Diego pocas veces era torpe. En sus recuerdos era grácil, el más grácil de los dos hermanos Rocio Rosales, aunque Jaime era más dado a la guerra y más feroz. Una gran runa de valor en la batalla le bajaba desde el omóplato derecho, y un hilillo que formaba parte de ella le subía más allá del cuello de la camisa. Parecía haberse ensanchado; la cintura, los hombros y la dura espalda parecían cubiertos por una nueva capa de músculo. El pelo le había crecido y le llegaba casi a los hombros. Le rozó la mejilla cuando se volvió para mirarla.

Cristina había sido capaz de olvidar la impresión de ver a Diego en medio del torbellino de acontecimientos ocurridos desde que le había visto el rostro en el callejón. Pero en ese momento únicamente estaban los dos, solos en la enfermería, y ella lo miraba y veía el pasado. El pasado del que había huido y que había intentado olvidar. Estaba allí en el modo en que él puso la silla junto a la cama y se inclinó para desabrocharle las botas con cuidado, quitárselas y subirle la pernera izquierda del

pantalón. Estaba allí en el modo en que sus pestañas le rozaban la mejilla cuando se concentraba y le pasaba la punta de la estela sobre la pierna, junto a la herida, rodeándola de runas curativas. Estaba allí en el lunar en la comisura de la boca y en el modo en que fruncía el cejo mientras se echaba hacia atrás y contemplaba su runa con ojo crítico.

—Cristina —dijo—. ¿Estás mejor?

El dolor había cedido. Asintió y él se apoyó en el respaldo de la silla con la estela en la mano. La agarraba con tanta fuerza que las viejas cicatrices resaltaban, pálidas, en el dorso de su mano, y ella recordó esas mismas cicatrices y los dedos desabrochando la camisa en su dormitorio de San Miguel de Allende mientras las campanas de la parroquia repicaban a través de las ventanas.

—Mejor —contestó ella.

—Bien. —Diego guardó la estela—. *Tenemos que hablar.*

—En inglés, por favor —repuso ella—. Estoy tratando de practicar lo más posible.

Una expresión de irritación cruzó el rostro de Diego *el Perfecto*.

—No necesitas práctica. Tu inglés es perfecto, como el mío.

—Modesto como siempre.

Él esbozó una rápida sonrisa.

—He echado en falta que me dieras la paliza.

—Diego... —Cristina negó con la cabeza—. No deberías estar aquí. Y no deberías decir que me echas de menos.

El rostro del joven era completamente anguloso: los pómulos, el mentón y las sienes. Solo la boca era suave, en ese momento con las comisuras hacia abajo en gesto de disgusto. Cristina recordó la primera vez que lo había besado, en el jardín del Instituto, y luego apartó rabiosa ese recuerdo.

—Pero es la verdad —dijo él—. Cristina, ¿por qué te marchaste así? ¿Por qué no has respondido a mis mensajes ni a mis llamadas?

Ella alzó una mano.

—Primero tú. ¿Qué estás haciendo en Los Ángeles?

Él apoyó la barbilla sobre los brazos cruzados.

—Después de que te fueras, no me pude quedar. Todo me recordaba a ti. Estaba de permiso del Escolamántico. Íbamos a pasar el verano juntos. Y de repente ya no estabas. En un instante pasé de tenerte en mi vida a estar apartado de ti. Estaba perdido. Volví a estudiar, pero solo pensaba en ti.

—Tenías a Jaime —replicó ella con voz dura.

—Nadie tiene a Jaime —dijo él—. ¿Crees que no se asustó cuando te fuiste? Se suponía que ibais a ser *parabatai*.

—Creo que sobrevivirá. —Cristina oía su propia voz, que parecía haberse quedado reducida a un mínimo tímpano de hielo.

Diego guardó silencio durante un momento.

—Al Escolamántico llegaban informes desde Los Ángeles —explicó él—. Destellos de magia negra. Los esfuerzos que realizaba tu amiga Emma por investigar la muerte de sus padres. La Clave pensó que ella estaba haciendo una montaña de un grano de arena, que era evidente que Sebastian había matado a sus padres, pero que Emma se resistía a aceptarlo. Sin embargo se me ocurrió que Emma podría estar en lo cierto. Vine aquí a investigarlo, y mi primer día me dirigí al Mercado de Sombras. Mira, es una larga historia... Llegué a casa de Wells...

—¿Y decidiste que era buena idea disparar a tus compañeros nefilim con una ballesta?

—¡No sabía que eran cazadores de sombras! Pensé que eran asesinos... No disparaba a matar...

—¡No mientas! —soltó Cristina—. Deberías haberte quedado y decirles que eras nefilim. Esas flechas estaban envenenadas. Julian estuvo a punto de morir.

—Y lo lamento. —Diego parecía realmente afectado—. No los envenené yo. De haber tenido la más remota idea, me habría quedado para ayudarlos. Las armas que compré en el Mercado de Sombras debían de estar contaminadas y yo no lo sabía.

—Bueno, y de todas formas, ¿qué haces tú comprando armas? ¿Por qué no viniste al Instituto? —quiso saber Cristina.

—Lo hice —respondió Diego, dejándola pasmada por la sorpresa—. Vine buscando a Arthur Blackthorn. Lo encontré en el Santuario. Intenté decirle quién era yo y por qué estaba aquí. Me dijo que la maldición de los Blackthorn era un asunto privado, que no quería ninguna interferencia, y que si sabía lo que me convenía, me largaría de la ciudad antes de que todo estallara en llamas.

—¿Eso dijo? —Cristina se incorporó hasta quedarse sentada, atónita.

—Me di cuenta de que aquí no era bienvenido. Incluso pensé que los Blackthorn podían estar involucrados de algún modo en la nigromancia.

—¡Ellos nunca...!

—Bueno, para ti es fácil asegurarlo. Tú los conoces; yo no. Lo único que sabía era que el director del Instituto me había dicho que me largara, pero no pude hacerlo porque tú estabas aquí. Quizá en peligro, tal vez incluso por culpa de los Blackthorn. Tuve que conseguir armas en el Mercado de Sombras porque tenía miedo de que si iba a cualquiera de los escondrijos de armas habituales se descubriría que aún estaba aquí. Mira, Cristina, no soy un mentiroso...

—¿Ah, no? —le espetó Cristina—. ¿Quieres saber por qué me marché de casa, Diego? En mayo estábamos en San Miguel de Allende. Yo había ido a la plaza, y cuando regresé, Jaime y tú estabais sentados en la terraza. Iba a cruzar el patio y oí vuestras voces con toda claridad. No sabíais que me encontraba allí.

Diego parecía confuso.

—Yo no...

—Le oí decirte que la familia Rosales que estaba en el poder era la que no debía. Que deberías haber sido tú. Estaba hablando de un plan que tenía. Seguramente lo

recordarás. El plan en el que te casabas conmigo y él se convertía en mi *parabatai*, y juntos usabais vuestra influencia sobre mi madre y sobre mí para expulsarla a ella de su posición de directora del Instituto del D. F., y luego tú te harías con el cargo. Dijo que tu trabajo era el más fácil: casarte conmigo, porque algún día podrías dejarme. Convertirse en *parabatai* significa que estás atado al otro para siempre. Lo recuerdo perfectamente.

—Cristina... —Diego había palidecido—. Por eso te fuiste esa noche. No fue porque tu madre estuviera enferma y te necesitara en el Instituto de la ciudad.

—Yo era la que estaba enferma —le soltó Cristina—. Me rompisteis el corazón, Diego, tú y tu hermano. No sé qué es peor, si perder a tu mejor amigo o al chico del que estás enamorada, pero te puedo decir que fue como si ambos hubierais muerto para mí ese día. Por eso no respondo a tus llamadas o a tus mensajes. No contestas las llamadas de un muerto.

—¿Y qué pasa con Jaime? —Algo destelló en sus ojos—. ¿Qué pasa con sus llamadas?

—Nunca me ha llamado —contestó Cristina, y casi disfrutó de la expresión de perplejidad en el rostro de Diego—. Quizá sea más listo que tú.

—¿Jaime? ¿Jaime? —Diego se había puesto en pie. Le palpitaba una vena en la sien—. Recuerdo ese día, Cristina. Jaime estaba borracho y decía tonterías. ¿Me oíste decir algo o solo lo escuchaste a él?

Cristina se obligó a pensarlo. En el recuerdo parecía una cacofonía de voces, pero...

—Solo escuché a Jaime —contestó—. No te oí decir ni una palabra. Ni para defenderme. Te quedaste callado.

—No tenía ningún sentido intentar razonar con Jaime cuando estaba así —explicó Diego con amargura—. Lo dejé hablar. No debería haberlo hecho. No tenía ningún interés en su plan. Yo te quería. Quería irme lejos contigo. Es mi hermano, pero es... Me parece que desde que nació le faltaba algo, el trozo del corazón donde habita la compasión.

—Iba a ser mi *parabatai* —exclamó Cristina—. Iba a atarme a él para siempre. ¿Y tú no pensabas decírmelo ni hacer nada para evitarlo?

—Iba a hacerlo —protestó Diego—. Jaime tenía planeado ir a Idris. Estaba esperando a que se marchara. Tenía que hablar contigo cuando él no estuviera allí.

Ella negó con la cabeza.

—No debiste haber esperado.

—Cristina. —Se acercó a ella con las manos tendidas—. Por favor, si no crees nada de lo que te he contado, créeme al menos cuando te digo que siempre te he amado. ¿De verdad piensas que te he mentado desde que éramos niños? ¿Desde la primera vez que te besé y tú te escapaste riendo? Tenía diez años; ¿en serio crees que era alguna especie de plan?

Ella no le cogió las manos.

—Pero Jaime... —repuso—. Lo conozco desde hace el mismo tiempo que a ti. Siempre había sido mi amigo. Aunque no lo era, ¿verdad? Dijo cosas que ningún amigo diría, y tú sabías que me estaba utilizando, y no dijiste nada.

—Iba a contártelo...

—Las intenciones no son nada —replicó Cristina.

Había pensado que sentiría algún alivio al decirle finalmente a Diego por qué lo odiaba, quitándose de encima al fin la carga de lo que había oído. Cortando de forma definitiva el lazo. Pero no lo sentía cortado. Notaba que los conectaba, como cuando se desmayó al estrellarse el coche fuera del Instituto y se despertó con Diego sujetándola. Le había susurrado que se pondría bien, que era su Cristina, que era fuerte. Y por un momento le pareció que los últimos meses habían sido un sueño, que estaba en casa.

—Debo quedarme aquí —continuó Diego—. Esos asesinatos, los Seguidores... son demasiado importantes. Soy un centurión; no puedo abandonar una misión. Pero no tengo por qué quedarme en el Instituto. Si quieres que me vaya, me iré.

Cristina abrió la boca. Pero antes de que pudiera hablar, su móvil vibró. Era un mensaje de Emma.

Deja de enrollarte con Diego *el Perfecto* y ven a la sala del ordenador, te necesitamos.

Cristina puso los ojos en blanco y volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

—Será mejor que vayamos.

El cielo fuera del Instituto se había vuelto del color de lo que era o muy tarde por la noche o muy temprano por la mañana, dependiendo del punto de vista. Siempre le había recordado a Julian el color del papel de celofán azul o de las acuarelas: el intenso azul de finales de la noche vuelto translúcido por la inminente llegada del sol.

Los residentes del Instituto, todos menos Arthur, que dormía profundamente en su desván, se habían reunido en la sala del ordenador. Ty había llevado papeles y libros de la biblioteca, y los otros los estaban mirando. Tavvy estaba dormido en un rincón. Montones de cajas vacías de pizzas de Nightshade se apilaban sobre la mesa. Emma no recordaba haberlas recibido, pero se habían comido la mayoría. Mark estaba muy ocupado mirando fijamente a Cristina y a Diego, aunque este último no parecía darse cuenta. Y tampoco parecía haberse dado cuenta de que Drusilla lo miraba con ojos como platos. No parecía darse cuenta de muchas cosas, pensó Julian sin piedad. Quizá ser ridículamente guapo ocupaba más tiempo del que pensaba.

Emma acababa de contarles la historia de cómo Cristina y ella habían seguido a Sterling y todo lo que este les había explicado en el coche de camino a casa. Ty tomaba notas con un lápiz, y tenía otro de repuesto metido tras la oreja. El negro cabello alborotado se le había quedado de punta, como el de un gato asustado. Julian recordaba cuando Ty tenía la edad en que todavía él podía ir y alisárselo con la mano si se le alborotaba demasiado. Sintió una punzada de dolor por dentro ante ese recuerdo.

—Bien —dijo Ty, volviéndose hacia Diego y Cristina, que estaban sentados juntos—. ¿Así que eres un centurión?

Cristina iba descalza, con una de las perneras arremangada y la pantorrilla vendada. De vez en cuando le lanzaba a Diego una mirada de reojo que era medio suspicaz medio aliviada... ¿de que él la hubiera ayudado? ¿De que estuviera allí? Julian no estaba seguro.

—He estudiado en el Escolamántico —contestó Diego—. Fui el aspirante más joven en convertirse en centurión.

Todos parecieron impresionados excepto Mark. Incluso Ty.

—Eso es como ser detective, ¿verdad? —preguntó—. ¿Investigas para la Clave?

—Esa es una de las cosas que hacemos —respondió Diego—. No estamos ligados por la Ley que impide a los cazadores de sombras involucrarse en asuntos relativos a las hadas.

—La Clave puede hacer una excepción con cualquier cazador de sombras, si el

caso lo requiere —dijo Julian—. ¿Por qué le dijeron a Diana que no podíamos investigar? ¿Por qué te han enviado?

—Se consideró que tu familia, por su conexión con los seres mágicos, no sería capaz de investigar objetivamente una serie de asesinatos de los que varias víctimas son hadas.

—Eso es totalmente ridículo —exclamó Mark con la mirada ardiente.

—¿Lo es? —Diego observó a su alrededor—. Por lo que he oído y visto, parece que habéis organizado una investigación secreta de ese asunto sin decirle nada a la Clave. Habéis recogido pruebas que no compartís. Habéis descubierto un culto asesino que opera en secreto...

—Haces que todo suene muy turbio —repuso Emma—. Por ahora, lo único que tú has hecho es aparecer en Los Ángeles y dispararle a otro cazador de sombras.

Diego miró a Julian.

—Estoy casi curado —le aseguró Jules—. Casi.

—Apuesto a que no has informado de eso al Escolamántico —continuó Emma—. ¿No es así, Diego *el Perfecto*?

—No he informado al Escolamántico de nada —contestó este—. No desde que descubrí que Cristina también estaba involucrada. Nunca le haría daño.

Cristina se sonrojó con violencia.

—Eres un centurión —dijo Ty—. Has hecho votos...

—Los votos de amistad y amor son más fuertes —repuso Diego.

Drusilla lo miró como con corazoncitos dibujados en los ojos.

—Eso es muy bonito.

Mark puso los ojos en blanco. Sin duda, él no era miembro de la Sociedad de Agradecimiento a Diego *el Perfecto*.

—Muy emotivo —soltó Emma—. Y ahora, habla. ¿Qué es lo que sabes?

Julian la miró. Parecía Emma, la Emma de siempre, aguda, dispuesta, dura y normal. Incluso le sonrió rápidamente antes de volver su atención de nuevo hacia Diego. Julian escuchó, y una mitad de su cerebro fue registrando la historia de Diego; la otra mitad estaba sumida en el caos.

Durante los últimos cinco años había estado avanzando por una estrecha pasarela de roca que caía a ambos lados hacia un caldero hirviente. Había conseguido mantener el equilibrio guardando secretos.

Mark lo había perdonado. Pero no solo le había mentido a Mark. Mentir al *parabatai*... no es que estuviera prohibido, pero la mayoría no lo hacían. Ni necesitaban ni querían ocultarse cosas. Que le hubiera ocultado tantas cosas a Emma debía de haberla impresionado. La miró disimuladamente, intentando captar señales de alteración o enfado. Pero no pudo ver nada: el rostro de Emma era enloquecedoramente inescrutable mientras escuchaba la historia de Diego.

Cuando este les explicó que había ido al Instituto al llegar a Los Ángeles y que el tío Arthur lo había echado, diciéndole que no quería que nadie que no fuera

Blackthorn interfiriera en los asuntos de esa familia, Livvy alzó una mano para preguntar:

—¿Y por qué iba a hacer eso? —dijo—. Al tío Arthur no le gustan los desconocidos, pero no miente.

Emma apartó la vista de ella. Julian notó que se le hacía un nudo en el estómago. Sus secretos seguían siendo una carga.

—Muchos cazadores de sombras de esa generación no confían en los centuriones —explicó—. El Escolamántico se cerró en 1872, y ya no se entrenaban centuriones. Ya sabes cómo son los adultos con las cosas que no existían cuando ellos eran pequeños.

Livvy se encogió de hombros y pareció más o menos convencida. Ty escribía en su libreta.

—¿Adónde fuiste después de eso, Diego?

—Se encontró con Johnny Rook —contestó Cristina por él—. Y Rook le pasó la pista de Sepulcro, igual que hizo con Emma.

—Fui allí inmediatamente —explicó Diego—. Llevaba días esperando en los callejones detrás del bar. —Sus ojos se detuvieron en Cristina. Julian se preguntó, con una especie de distante cinismo, si sería tan evidente para todos como lo era para él que Diego había hecho todo aquello por Cristina, que si no hubiera estado sufriendo por su bienestar, no era probable que hubiera corrido a Sepulcro y se hubiera pasado días allí para ver qué pasaba—. Y entonces oí gritar a una chica.

Emma se irguió en el asiento.

—Nosotros no lo oímos.

—Creo que fue antes de que llegarais —puntualizó Diego—. Seguí el ruido y vi a un grupo de Seguidores, aunque en aquel momento aún no sabía quiénes eran. Belinda estaba entre ellos, y estaban atacando a una chica. La abofeteaban, le escupían. Había círculos protectores dibujados con tiza en el suelo. Vi ese símbolo: las líneas de agua bajo el signo del fuego. Lo había visto en el mercado. Un símbolo muy muy antiguo, del Renacimiento.

—Renacimiento —repitió Ty—. ¿Nigromancia?

Diego asintió.

—Hice huir a los Seguidores, pero la chica escapó.

—¿Era Ava? —aventuró Emma.

—Sí. Me vio y salió corriendo. La seguí hasta su casa y conseguí que me explicara todo lo que sabía sobre el Midnight Theater, los Seguidores y la Lotería. No era mucho, pero me enteré de que la Lotería la había elegido. Que ella había matado a Stanley Wells, sabiendo que si no lo hacía, la torturarían y la matarían a ella.

—¿Te lo contó todo? —preguntó Livvy asombrada—. Pero han jurado secreto.

Él se encogió de hombros.

—No sé por qué decidió confiar en mí...

—¿De verdad, tío? —soltó Emma—. ¿Es que no tienes espejos en tu casa?

—¡Emma! —exclamó Cristina.

—Lo había asesinado unos días antes. Estaba destrozada por la culpa. Había ido al callejón porque quería ver su cuerpo. Dijo una cosa rara sobre los círculos de tiza: que eran inútiles, que estaban para despistar. Muy poco de lo que me contó tenía sentido. —Frunció el cejo—. Le prometí que la protegería. Dormí en su porche. Al día siguiente me exigió que me fuera. Dijo que quería estar con el Guardián y los otros Seguidores, que ese era su lugar. Insistió en que me fuera, y obedecí. Regresé al mercado y le compré armas a Johnny Rook. Cuando volví a casa de Ava esa noche, ya estaba muerta. La habían estrangulado y luego ahogado en la piscina, después de cortarle la mano.

—No entiendo lo que pasa con las manos —dijo Emma—. A Ava le faltaba una mano y la habían matado; a Belinda le falta una mano, pero la han dejado vivir, y ella le cortó las dos a Sterling después de muerto.

—Quizá sean una prueba para demostrarle al Guardián que alguien está muerto —sugirió Livvy—. Como el cazador que regresa con el corazón de Blancanieves en una caja.

—O tal vez formen parte del hechizo —aportó Diego ceñudo—. A Ava y a Belinda les faltaba la mano dominante; quizá Belinda no supiera cuál era la de Sterling, así que se llevó las dos.

—¿Un trozo del asesino para acompañar el sacrificio? —preguntó Julian—. Vamos a tener que profundizar más en la sección de nigromancia de la biblioteca.

—Sí —asintió Diego—. Ojalá hubiera tenido acceso a vuestra biblioteca después de encontrar muerta a Ava. Había fallado en mi obligación de proteger a una mundana que necesitaba ayuda. Juré que encontraría a quien lo hubiera hecho. Me quedé en el tejado, esperando...

—Sí, y ya sabemos lo que pasó después —lo interrumpió Julian—. Lo recordaré cada vez que tenga un pinchazo en el costado durante el invierno.

Diego bajó la cabeza.

—Lo siento muchísimo.

—Quiero saber qué pasó luego —dijo Ty, que seguía escribiendo con su letra elegante e incomprensible. Julian siempre había pensado que parecía como pisadas de gato bailando por la página. Los largos y delgados dedos de Ty ya estaban manchados con carbonilla del lápiz—. ¿Descubriste que Sterling había sido el siguiente elegido y lo seguiste?

—Sí —contestó Diego—. Y vi que estabais tratando de protegerlo. No entendía por qué. Lo siento, pero después de lo que Arthur me había dicho, sospechaba de todos vosotros. Sabía que os debía delatar a la Clave, pero no podía hacerlo. —Miró a Cristina, y luego apartó la mirada—. Esta noche estaba fuera del bar, esperando poder detener a Sterling, pero admito que también me interesaba vuestro lado de la historia. Ahora ya lo conozco. Me alegro de haberme equivocado en lo referente a vuestra participación.

—Claro que te alegras —masculló Mark.

Diego se recostó en el asiento.

—Así que quizá podríais contarme qué sabéis vosotros. Sería lo justo.

Julian se sintió aliviado cuando Mark comenzó a ocuparse del resumen. Era escrupuloso con los detalles, incluso con el trato establecido con las hadas sobre su propio destino y los resultados de su presencia en el Instituto.

—Sangre Blackthorn —repitió Diego, pensativo, cuando Mark acabó—. Muy interesante. Debería haber supuesto que los Carstairs serían más importantes para esos hechizos, dadas las muertes de hace cinco años.

—Te refieres a los padres de Emma —dijo Julian. Los recordó, con sus ojos risueños y su cariño por Emma. Para él nunca podrían ser simplemente «las muertes».

Con el rabillo del ojo vio a Tavvy bajarse del sillón en el que había estado durmiendo; luego, en silencio, fue hacia la puerta y salió de la estancia. Debía de estar agotado; y seguramente había estado esperando que Julian lo llevara a la cama. Julian sintió una punzada de dolor por su hermano pequeño, tan a menudo atrapado en salas llenas de gente mayor que él hablando de sangre y muertos.

—Sí —repuso Diego—. Una de las cosas que me chocan es que a ellos los mataron hace cinco años y luego no ha habido más asesinatos hasta este año. ¿Por qué ese lapso de tiempo?

—Se nos ocurrió que quizá lo requiriera el hechizo —contestó Livvy en un bostezo. Parecía exhausta, con marcadas ojeras. Todos estaban agotados.

—Y otra cosa: en el coche, Sterling dijo que no importaba qué clase de criatura mataran, humano o hada... Incluso nefilim, si contamos el asesinato de los Carstairs.

—Pero dijo que no podían matar a licántropos ni a brujos... —apostilló Cristina.

—Supongo que prefieren no tocar a las criaturas protegidas por los Acuerdos —aventuró Julian—. Llamaría la atención. Nuestra atención.

—Sí —estuvo de acuerdo Diego—. Pero, de todas formas, ¿no importa la clase de víctima? ¿Humano o hada, hombre o mujer, viejo o joven? Toda la magia tiene temas, por decirlo así. La magia sacrificial requiere ciertas características comunes en las víctimas: que todas tengan la Visión, que todas sean vírgenes o que todas tengan cierto tipo de sangre. Aquí parece aleatorio.

Ty miraba a Diego con admiración no disimulada.

—El Escolamántico parece guay —dijo—. No tenía ni idea de que te dejaran aprender tanto sobre hechizos y magia.

Diego sonrió. Drusilla parecía estar a punto de caer redonda. Livvy daba la impresión de que seguramente estaría deslumbrada si no fuera por lo cansada que se encontraba. Y Mark parecía cada vez más cabreado.

—¿Puedo ver las fotos de la convergencia? —preguntó Diego—. Parece muy importante. Estoy muy impresionado de que la hayáis encontrado.

—Cuando fuimos, estaba rodeada de demonios Mantid, así que tenemos fotos del interior, pero no de fuera —explicó Mark mientras Ty iba a buscar las fotos—. En

cuanto a los demonios, Emma y yo nos encargamos de ellos.

Le guiñó un ojo a Emma. Esta sonrió, y Julian notó la breve y aguda punzada de celos que sentía siempre que Mark flirteaba con Emma. Sabía que no significaba nada. Mark coqueteaba como lo hacían las hadas, con una especie de humor cortés que no tenía ninguna consistencia real.

Pero Mark podía flirtear con Emma si quería. Tenía esa elección, y las hadas eran notoriamente caprichosas..., y si Mark estuviera interesado de verdad, entonces él, Julian, no tendría ningún derecho o razón para objetar. Debería apoyar a su hermano... Además, ¿no sería una suerte, después de todo, que su hermano y su *parabatai* se enamoraran? ¿Acaso la gente no soñaba con que aquellos a los que amaba se amaran entre sí?

Diego arqueó una ceja mirando a Mark, pero no dijo nada mientras Tiberius extendía las fotos sobre la mesita de café.

—Es magia de energía —dijo Ty—. Eso lo sabemos.

—Sí —repuso Diego—. La energía se puede almacenar, sobre todo la de la muerte, y luego se puede usar para la nigromancia. Pero no sabemos para qué se necesitaría tanta energía.

—Para un hechizo de invocación —sugirió Livvy, y volvió a bostezar—. Al menos eso es lo que dijo Malcolm.

Una pequeña arruga apareció entre las cejas de Diego.

—No es muy probable que sea un hechizo de invocación —dijo—. La energía de la muerte permite realizar magia de muerte. Este mago está tratando de hacer volver a alguien de entre los muertos.

—Pero ¿a quién? —preguntó Ty, después de un silencio—. ¿A alguien poderoso?

—No —intervino Drusilla—. Está tratando de resucitar a Annabel Lee.

Todos se sorprendieron de que Drusilla hubiera hablado, tanto que la niña pareció hacerse más pequeña ante sus miradas. Sin embargo, Diego le dedicó una sonrisa de ánimo.

—El... poema escrito dentro de la cueva de la convergencia, ¿no? —continuó Dru, mirando a su alrededor inquieta. Todos estaban tratando de averiguar si era un código o un hechizo, pero ¿y si fuera solo un recordatorio?—. Esa persona, ese mago, perdió a alguien a quien amaba, y está intentando resucitarla.

—¿Alguien tan loco por recuperar a su amor perdido que funda un culto, mata a más de una docena de personas, crea esa cueva en la convergencia, graba el poema en la pared, crea un Portal al océano...? —Livvy sonaba poco convencida.

—Yo lo haría —afirmó Dru—, si fuera alguien a quien amara de verdad. Podría no haber sido siquiera su novia; quizá fuera una madre, o una hermana, o lo que sea. Quiero decir, tú lo harías por Emma si muriera, ¿verdad, Jules?

El negro horror que era pensar en la muerte de Emma se alzó en la mente de Julian.

—No seas macabra, Dru —le dijo con una voz que sonaba distante incluso a sus

propios oídos.

—¿Julian? —preguntó Emma—. ¿Estás bien?

Por suerte, él no contestó. Una voz solemne habló desde la puerta.

—Dru tiene razón —dijo Tavvy.

No se había ido a dormir, después de todo. Estaba junto a la puerta, con los ojos bien abiertos y el cabello alborotado. Siempre había sido pequeño para su edad, y sus ojos eran grandes platos verde azulado en su pálido rostro. Sujetaba algo a la espalda.

—¡Tavvy! —exclamó Julian—. Tavvy, ¿qué tienes ahí?

Tavvy sacó la mano de la espalda. Llevaba un libro infantil, muy grande, con la cubierta ilustrada. El título estaba impreso en pan de oro: *Tesoro de cuentos para nefilim*.

Un libro para niños cazadores de sombras. Existían, pero no había muchos. Las imprentas de Idris eran pequeñas.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Emma con auténtica curiosidad. De niña había tenido algo parecido, pero se había perdido como tantas otras cosas de sus padres.

—La tía abuela Marjorie me lo dio —contestó Tavvy—. Me gustan casi todos los cuentos. El de los primeros *parabatai* es muy bueno, pero algunos son tristes y dan miedo, como el de Tobias Herondale. Y el de lady Midnight es el más triste.

—¿Lady qué? —preguntó Cristina, inclinándose hacia delante.

—Midnight —contestó Tavvy—. Como el cine al que fuisteis. He oído a Mark recitar el verso y acabo de recordar que lo había leído antes.

Tavvy abrió el libro.

—Era una dama cazadora de sombras —explicó—. Se enamoró de alguien de quien se suponía que no podía enamorarse. Sus padres la encerraron en un castillo de hierro en el que él no podía entrar. Murió de tristeza, y el hombre que la amaba fue a ver al rey de las hadas y le pidió que la trajera de vuelta. Dijo que había un poema:

*Antes gran fuego y luego gran caudal,
pero es la sangre Blackthorn al final.
Si quieres lo que es pasado olvidar
trece primero y luego uno más.
No busques el libro de ángeles gris,
rojo o blanco te han de engañar.
Para recuperar lo que has perdido,
como sea, el libro negro has de hallar.*

—¿Y qué le pasó? —preguntó Emma—. ¿Al hombre que fue a la tierra de las hadas?

—Comió y bebió alimentos de las hadas —contestó Tavvy—. Quedó atrapado allí. La leyenda dice que el ruido de las olas rompiendo en la playa son sus gritos

pidiendo que ella regrese.

Julian soltó un bufido.

—¿Y cómo es que no hemos encontrado esto antes?

—Porque es un libro para niños —contestó Emma—. Probablemente no estaba en la biblioteca.

—Eso es una tontería —afirmó Tavvy con rostro serio—. Es un libro muy bueno.

—Pero ¿por qué? —preguntó Julian—. ¿Por qué la sangre de los Blackthorn?

—Porque era una Blackthorn —contestó Tavvy—. Lady Midnight. La llamaban así porque tenía el cabello muy largo y negro, y los mismos ojos que nosotros. Mirad.

Le dio la vuelta al libro para mostrarles una ilustración inquietante. Una mujer cuyo pelo oscuro le caía sobre los hombros tendía los brazos hacia la imagen de un hombre que se alejaba; tenía los ojos muy abiertos... y eran verde azulados como el mar.

Livvy ahogó un grito y fue a coger el libro. Tavvy dejó que lo hiciera.

—Cuidado, no rompas las páginas —le advirtió.

—Así que esta es la poesía completa —dijo—. Esto es lo que está escrito en los cadáveres.

—Son instrucciones —aclaró Mark—. Si es un auténtico verso de hadas, entonces, para la persona adecuada, es una clara lista de instrucciones. Cómo resucitar a los muertos, pero no a cualquier muerto, sino a ella. A esa mujer Blackthorn.

—Trece —dijo Emma. A pesar del cansancio, el corazón se le había acelerado de excitación. Miró a Cristina.

—Sí —asintió esta—. Lo que dijo Sterling... después de que lo cogiéramos, después de matar a la chica. Dijo que era la decimotercera.

—«Trece primero y luego uno más». Ya ha matado a trece. Le falta uno más y habrá acabado. Tendrán magia suficiente para resucitar a lady Midnight.

—Entonces habrá uno más —afirmó Julian—. Uno que puede ser diferente del último.

—Tiene que haber más instrucciones —dijo Ty—. Nadie podría saber exactamente cómo completar este hechizo solo con este verso. —Miró a su alrededor, con un destello de incerteza en sus ojos grises. Era una mirada que tenía pocas veces, solo en algunas ocasiones, cuando pensaba que había algo en el mundo que todos entendían menos él—. ¿O sí?

—No —contestó Mark con firmeza—. Pero el verso te dice dónde debes buscar el resto de las instrucciones. «No busques el libro de ángeles gris», la respuesta no está en el *Libro Gris*. Ni en el *Libro del Blanco* ni en los *Textos Rojos*.

—Está en el *Libro Negro de los Muertos* —concluyó Diego—. He oído hablar de ese libro en el Escolamántico.

—¿Qué es? —preguntó Emma—. ¿Existen copias? ¿Es algo que podamos conseguir?

Diego negó con la cabeza.

—Es un libro de magia muy negra. Casi legendario. Incluso les está prohibido a los brujos poseerlo. Si hay copias, no sé dónde estarán. Pero deberíamos tratar de averiguarlo mañana.

—Sí —repuso Livvy con la voz cargada de sueño—. Mañana.

—¿Tienes que irte a la cama, Livvy? —preguntó Julian. Era una pregunta retórica: Livvy se estaba cayendo como un diente de león marchito. Al oírlo, se obligó a sentarse muy erguida.

—No, estoy bien, puedo seguir levantada...

El rostro de Ty cambió sutilmente mientras miraba a su hermana melliza.

—Estoy agotado —dijo—. Creo que todos deberíamos acostarnos. Por la mañana podremos concentrarnos mejor.

Julian dudaba de que Ty estuviera cansado: cuando estaba enfrascado en un acertijo podía mantenerse días seguidos despierto. Pero Livvy asintió agradecida.

—Tienes razón —dijo. Bajó de la silla en la que estaba sentada, cogió a Tavvy en brazos y le devolvió el libro—. Vamos. Tú sí que tendrías que estar en la cama.

—Os he ayudado, ¿verdad? —preguntó Tavvy mientras su hermana lo llevaba hacia la puerta. Miraba a Julian al decirlo, y este se acordó de sí mismo de niño, mirando a Andrew Blackthorn de la misma manera. Un niño mirando a su padre, buscando su aprobación.

—No solo nos has ayudado —contestó Julian—. Creo que lo has resuelto, Tavvy.

—Sí —dijo Tavvy soñoliento, y apoyó la cabeza en el hombro de Livvy.

Los otros no tardaron en seguir a Ty y a Livvy a la cama, pero Emma no podía dormir. Así que se encontró sentada en los escalones delante del Instituto antes de que saliera el sol.

Llevaba chanclas, una camiseta de tirantes y los pantalones del pijama. Del océano subía un aire fresco, pero ella no lo notaba. Estaba con los ojos clavados en el agua.

Desde todos los ángulos de los escalones se podía ver el océano, de un color negro azulado a primera hora de esa mañana, como tinta, cruzado por crestas de espuma blanca allí donde las olas rompían en medio del mar. La luna se estaba poniendo y proyectaba una sombra irregular sobre el agua. Un amanecer azul y plata.

Recordó el frío del océano azul rodeándola. El sabor del agua salada y de la sangre de demonio. La sensación de que el agua la presionaba hacia abajo, aplastándole los huesos.

Y lo peor: el temor de que una vez sus padres hubieran sentido el mismo dolor, el mismo pánico.

Luego pensó en Julian. En cómo lo había visto en el comedor. La tensión en la voz mientras les explicaba a Mark y a ella lo que había estado haciendo durante los

últimos cinco años.

—¿Emma?

Se volvió a medias y vio a Diego *el Perfecto* bajando los escalones. Su aspecto era imaculado, a pesar de la noche que habían pasado; hasta las botas le relucían. Su cabello castaño oscuro era espeso y le caía de un modo encantador sobre uno de los ojos. Se parecía un poco a un príncipe de cuento de hadas.

Emma volvió a pensar en Julian: el pelo revuelto, las uñas mordidas, las botas polvorientas, la pintura manchándole las manos.

—Hola, Diego *el Perfecto* —lo saludó.

—Preferiría que no me llamaras así.

—Sería en vano —repuso Emma—. ¿Adónde vas? ¿Está bien Cristina?

—Está durmiendo. —Diego *el Perfecto* miró hacia el océano—. Es muy bonito todo esto. Debes de encontrarlo relajante.

—Y tú debes de estar de broma.

Él le lanzó una sonrisa bastante perfecta.

—Cuando no hay asesinatos ni lo rodean pequeños ejércitos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Emma de nuevo—. Ni siquiera ha amanecido.

—Sé que la cueva no estará abierta, pero voy a la convergencia a ver el lugar por mí mismo. Los demonios ya deben de haberse dispersado. Quiero echar otro vistazo a la zona, y ver si se os ha pasado algo por alto.

—Eres todo tacto, ¿verdad? —replicó Emma—. Muy bien. Ve. Ve a ver todo lo que se nos pasó por alto mientras casi nos hacían pedazos unos saltamontes gigantes.

—Técnicamente, los Mantid no son saltamontes...

Emma le lanzó una mirada asesina. Diego se encogió de hombros y bajó saltando hasta el pie de la escalera. Se detuvo allí y volvió la cabeza para mirarla.

—¿Hay alguien más de la Clave que esté al corriente de vuestra investigación? —preguntó—. ¿Alguien que no sea de la familia?

—Solo Diana.

—¿Diana es vuestra instructora? —Cuando Emma asintió, él frunció el cejo—. ¿A Jace Herondale y a los Lightwood no los traicionó su propio instructor?

—Ella nunca nos traicionaría —saltó Emma ofendida—. Ni por la Clave ni por nadie. Hodge Starkweather era diferente.

—¿Diferente en qué?

—Starkweather no era Diana. Era un esbirro de Valentine. Diana es una buena persona.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Diego—. Me gustaría conocerla.

Emma vaciló.

—Está...

—Está en Tailandia —dijo una voz a su espalda. Julian. Se había puesto una chaqueta militar con capucha sobre unos vaqueros y una camiseta de manga corta—. Hay una bruja allí a la que quería preguntarle sobre los hechizos de energía. Alguien

a quien conoció cuando era más joven. —Permaneció en silencio un momento—. Podemos confiar en ella.

Diego asintió con la cabeza.

—No pretendía insinuar otra cosa.

Julian se apoyó en uno de los pilares, y Emma y él observaron a Diego alejarse por la hierba pisoteada y dirigirse hacia la carretera. La luna había desaparecido totalmente y el cielo comenzaba a pintarse de color rosa por el este.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? —le preguntó Julian finalmente, a media voz.

—No podía dormir —respondió Emma.

Julian tenía la cabeza echada hacia atrás, como si se estuviera bañando en la tenue luz del amanecer. La extraña luz lo transformaba en otra persona, en alguien hecho de mármol y plata, alguien cuyos rizos de brea se le pegaban a las sienes y al cuello como las hojas de acanto del arte griego.

No era perfecto como Diego, pero para Emma no había habido nunca nadie más hermoso.

—Acabaremos teniendo que hablar —dijo ella.

—Lo sé. —Julian se miró las largas piernas, los desgastados bajos de los vaqueros, las botas—. Esperaba... Supongo que esperaba que nunca ocurriera, o que al menos ya fuéramos adultos cuando pasara.

—Pues hablemos como adultos. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Crees que me gusta ocultarte cosas? ¿Crees que no quería explicártelo?

—Si querías, podrías haberlo hecho.

—No, no podía —replicó en un tono de callada desesperación.

—¿No confiabas en mí? ¿Creías que te iba a denunciar?

Julian negó con la cabeza.

—No era eso. —Ya había suficiente luz sobre el paisaje para que el color de sus ojos fuera visible. Eran como agua iluminada artificialmente.

Emma pensó en la noche en que había muerto la madre de Julian. Estaba enferma, y los Hermanos Silenciosos la habían cuidado hasta el final. Había algunas enfermedades que ni siquiera la magia de los nefilim podía curar. Tenía cáncer de huesos, y eso la había matado.

Andrew Blackthorn, recién enviudado, estaba demasiado destrozado para ser él quien acudiera al lado de Tavvy cuando el bebé lloraba por la noche. Helen fue quien se ocupó de él: calentaba los biberones, le cambiaba los pañales, lo vestía. Cuando Mark y Helen se entrenaban, Julian se quedaba en la habitación de Tavvy y dibujaba o pintaba mientras lo vigilaba. Emma también lo acompañaba algunas veces, y jugaban como lo hacían normalmente, con el bebé gorjeando en su cuna a unos cuantos pasos.

Entonces a Emma no le había parecido nada especial. Como Julian, solo tenía diez años. Pero lo recordó en ese momento.

—Recuerdo cuando murió tu madre —dijo— y te ocupabas de Tavvy durante el

día. Te pregunté por qué, y me acuerdo perfectamente de lo que me respondiste. ¿Y tú?

—Dije que lo hacía porque nadie más podía hacerse cargo —contestó Julian, mirándola burlón—. Mark y Helen tenían que entrenar... Mi padre estaba... Bueno, ya sabes cómo estaba.

—Todo lo que has hecho es porque nadie más quería o podía hacerlo. Si no hubieses encubierto a Arthur, a nadie más se le habría ocurrido hacerlo. Si no hubieras estado tan decidido a mantenerlo todo a flote, nadie más lo habría hecho. Quizá empezó entonces, cuando te ocupaste de Tavvy. Tal vez eso te diera la idea.

Julian suspiró.

—Quizá. Ni yo mismo lo sé muy bien.

—Sigo pensando que ojalá me lo hubieras dicho. Sé que creías que estabas siendo generoso...

—No —la interrumpió él.

Emma lo miró sorprendida.

—Lo hice por razones totalmente egoístas —replicó—. Tú eras mi válvula de escape, Emma. Eras mi manera de olvidarme de todo lo terrible. Cuando estaba contigo, era feliz.

Emma se puso en pie.

—Pero no pueden haber sido los únicos momentos en que eras feliz...

—Claro que soy feliz con mi familia —repuso él—. Pero soy responsable de ellos; en cambio, tú nunca fuiste responsabilidad mía, somos responsables el uno del otro; eso es lo que significa ser *parabatai*. ¿No lo entiendes, Emma?, tú eres la única persona que ha querido cuidarme.

—Entonces te he fallado —dijo ella, y notó una profunda sensación de decepción consigo misma—. Debería haber sabido por lo que estabas pasando, y no...

—¡Nunca vuelvas a decir eso!

Despegó de un brinco la espalda del pilar; el sol naciente, a su espalda, volvía de cobre las puntas de su cabello. Emma no podía ver su expresión, pero sabía que estaba furioso.

Se puso en pie.

—¿El qué, que debería haberlo sabido? Debería...

—Que me has fallado —replicó él con pasión—. Si supieras... Tú has sido lo único que me ha ayudado a seguir, a veces durante semanas, meses. Incluso cuando estaba en Inglaterra, pensar en ti me ayudaba a seguir adelante. Por eso quise ser tu *parabatai*; fue por puro egoísmo. Quería atarte a mí fuera como fuese, aunque sabía que era una mala idea, incluso sabiendo...

Se calló, y una expresión de pánico le destelló en el rostro.

—¿Incluso sabiendo qué? —preguntó Emma. Se le había disparado el corazón—. ¿Incluso sabiendo qué, Julian?

Él negó con la cabeza. A Emma se le habían escapado unos mechones de la coleta

y el viento se los sacudía por la cara, dorados al viento. Él le colocó uno de ellos detrás de la oreja: parecía perdido en un sueño, tratando de despertar.

—No importa —contestó.

—¿Me amas? —Su voz era un susurro.

Julian se enredó otro mechón de cabello de Emma en el dedo, un anillo de oro y plata.

—¿Y qué diferencia habría? —preguntó—. No cambiaría nada.

—Cambia cosas —susurró ella—. Lo cambia todo para mí.

—Emma, será mejor que vuelvas adentro. Vete a dormir. Ambos deberíamos...

Ella apretó los dientes.

—Si quieres alejarte de mí, vas a tener que hacerlo tú.

Julian vaciló. Emma vio la tensión en él, en su cuerpo, alzarse como una ola a punto de romper.

—Aléjate de mí —le dijo con aspereza—. Vete.

La tensión de Julian llegó a lo más alto y cayó; algo en él pareció desplomarse: agua rompiendo contra las rocas.

—No puedo —dijo, y su voz sonó baja y quebrada—. Dios, no puedo. —Y entrecerró los ojos mientras alzaba la mano y se la ponía sobre la mejilla. Le hundió la mano en la melena y la acercó a él. Emma inhaló una bocanada de aire frío y luego notó los labios de él sobre los suyos, y todos sus sentidos estallaron.

En algún lugar de su mente se había preguntado si lo que había ocurrido en la playa entre ellos solo habría sido una casualidad debida a la adrenalina compartida. Porque seguro que no era así como se suponía que debían ser los besos, abarcándolo todo de tal modo que rasgaban como el rayo y absorbían toda la fuerza, hasta que lo único que se podía hacer era colgarse de la otra persona.

Al parecer sus dudas eran infundadas.

Agarró los puños de la chaqueta de tela de Julian, tiró de él hacia sí, más y más cerca. Tenía azúcar y cafeína en los labios. Sabía a energía. Le metió las manos por debajo de la camiseta y le acarició la piel desnuda de la espalda, y él se apartó para inspirar hondo. Tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos.

—Emma —susurró, y el deseo que había en su voz abrió un ardiente camino en ella.

Cuando fue a cogerla, Emma casi cayó sobre él. La envolvió con su cuerpo, empujándola hacia el pilar, apretándose fogosamente contra ella...

Un penetrante ruido se abrió paso a través la ofuscada cabeza de Emma.

Ella y Julian se separaron y miraron. Ambos habían estado en la Sala de los Acuerdos de Idris cuando la Cacería Salvaje apareció, aullando alrededor de los muros, derribando el techo. Emma recordaba el sonido del cuerno de Gwyn estallando en el aire, haciendo vibrar todos y cada uno de los nervios de su cuerpo. Un sonido agudo, hueco y solitario.

Y ahí estaba de nuevo, resonando en la mañana.

El sol se había alzado mientras Emma se abrazaba con Julian, y el camino que llevaba a la autovía estaba iluminado por sus primeros rayos. Tres jinetes ascendían por él: uno en un caballo negro, otro en uno blanco y el tercero en uno gris.

Emma reconoció inmediatamente a dos de los jinetes: Kieran, sentado en su caballo como un bailarín, su cabello casi negro bajo el sol, y junto a él, Iarlath, envuelto en túnicas oscuras.

El tercer jinete le resultó conocido a Emma por haberlo visto en cientos de ilustraciones en los libros. Era un hombre grande y ancho, con barba, vestido con una armadura oscura que parecía hecha de capas superpuestas de corteza de árbol. Se había colocado el cuerno bajo el brazo; era un objeto enorme, grabado en toda su superficie con dibujos de ciervos.

Gwyn *el Cazador*, el líder de la Cacería Salvaje, se acercaba al Instituto. Y no parecía contento.

Mark se hallaba en la ventana de su dormitorio y miraba al sol alzarse sobre el desierto. Las montañas parecían recortadas en papel oscuro, afiladas y claras contra el cielo. Por un momento se imaginó que podía alargar la mano y tocarlas, que podía volar desde la ventana y alcanzar la cima del pico más alto.

Ese momento pasó, y de nuevo vio la distancia que había entre las montañas y él. Desde que había regresado al Instituto se había sentido como si todo estuviera cubierto por una fina capa de *glamour* y él tuviera que esforzarse para verlo. A veces veía el Instituto como era; otras, se desvanecía de su vista y en su lugar aparecía un paisaje vacío y las hogueras de la Cacería Salvaje ardiendo en pequeños campamentos.

En ocasiones se volvía para decirle algo a Kieran antes de recordar que él no estaba allí. Durante años, Kieran había estado allí todas las mañanas cuando Mark se despertaba.

Kieran tendría que haber acudido para verse la noche que Mark se había quedado con los niños en la cocina. Pero no apareció. Tampoco tuvo ningún tipo de comunicación con él, y Mark ya estaba preocupado. Se decía que, probablemente, el príncipe hada solo estaba siendo cauto, pero se descubría llevando la mano hacia la punta de flecha de su cuello mucho más a menudo que de costumbre.

Era un gesto que le recordaba a Cristina, el modo en que ella se tocaba el medallón cuando estaba nerviosa. Cristina. Se preguntaba qué habría pasado entre Diego y ella.

Mark se estaba apartando de la ventana cuando lo oyó. Su oído se había aguzado durante los años en la Cacería, y dudaba de que nadie del Instituto lo hubiese oído o se habría despertado.

Fue una única nota, el sonido del cuerno de Gwyn *el Cazador*: agudo y seco, tan solitario como las montañas. A Mark se le heló la sangre en las venas. No era un saludo, ni siquiera una llamada de la Caza. Era la nota que Gwyn hacía sonar cuando buscaban a un desertor. Era el sonido de la traición.

Julian se irguió, se pasó las manos por el enredado cabello y puso una expresión seria.

—Emma —dijo—. Vete adentro.

Emma se volvió y caminó de vuelta al Instituto, pero solo estuvo dentro el tiempo

necesario para coger a *Cortana* de donde colgaba, cerca de la puerta. Volvió a salir y vio que la legación hada había desmontado de los caballos, que permanecían quietos de un modo antinatural, como si estuvieran clavados al suelo. Los ojos eran rojo sangre; las crines atadas con flores rojas. Corceles hada.

Gwyn se había acercado al pie de la escalera. Tenía una cara rara, un poco ajena a este mundo: grandes ojos, amplios pómulos, cejas muy pobladas. Un ojo negro y otro azul pálido.

Junto a él estaba Iarlath; sus ojos amarillos no parpadeaban. Y al otro lado, Kieran. Era tan hermoso como Emma recordaba, y parecía igual de frío. Su pálido rostro tenía unos ángulos tan marcados como el mármol blanco; sus ojos, negro y plateado, sorprendentes a la luz del día.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma—. ¿Ha ocurrido algo?

Gwyn la miró con desprecio.

—Esto no es de tu incumbencia, chica Carstairs —respondió—. Este asunto concierne a Mark Blackthorn. No al resto de vosotros.

Julian se cruzó de brazos.

—Cualquier cosa que concierna a mi hermano me concierne a mí. A todos nosotros, de hecho.

La boca de Kieran era una línea dura, inflexible.

—Somos Gwyn y Kieran, de la Cacería Salvaje, e Iarlath, de la corte noseelie; estamos aquí por un asunto de justicia. Y tú traerás aquí a tu hermano.

Emma se colocó en el centro del escalón más alto y desenvainó a *Cortana*, que lanzó brillantes chispas al aire.

—Tú no le dices lo que debe hacer —gruñó—. Aquí no. No en los escalones del Instituto.

Gwyn lanzó una inesperada y estruendosa carcajada.

—No seas estulta, chica Carstairs —repuso—. Ningún cazador de sombras puede frenar a tres de los seres mágicos, ni siquiera armado con una de las Grandes Espadas.

—Yo no subestimaría a Emma —apuntó Julian, su voz cortante como una navaja—. O acabaréis con la cabeza en el suelo al lado de vuestro cuerpo aún palpitante.

—Qué gráfico —exclamó Iarlath divertido.

—Estoy aquí —dijo una voz jadeante a sus espaldas, y Emma entrecerró los ojos mientras el temor la recorría dolorosamente.

Mark.

Parecía que se había vestido a toda prisa con unos vaqueros y un jersey y había metido los pies en unas zapatillas. Tenía el rubio cabello alborotado y parecía más joven que de costumbre, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y una evidente perplejidad.

—Sin embargo mi tiempo no ha acabado —dijo Mark. Le hablaba a Gwyn, pero miraba a Kieran. Tenía una curiosa expresión en el rostro, una que Emma no era

capaz de interpretar ni describir, una que parecía mezclar el ruego con el dolor y la alegría—. Aún estamos tratando de averiguar qué está pasando. Ya casi lo tenemos. Pero la fecha tope...

—¿Fecha tope? —repitió Kieran—. Escúchate. Suenas como uno de ellos.

Mark pareció sorprendido.

—Pero Kieran...

—Mark Blackthorn —dijo Iarlath—. Se te acusa de compartir uno de los secretos de Feéra con un cazador de sombras, a pesar de habérsete prohibido expresamente el hacerlo.

Mark dejó que la puerta del Instituto se cerrara tras él. Dio varios pasos adelante, hasta quedar junto a Julian. Se cogió las manos a la espalda para evitar que las vieran temblar.

—No... no sé qué quieres decir —contestó—. No le he dicho a mi familia nada prohibido.

—No a tu familia —dijo Kieran, con una fea inflexión en la voz—. A ella.

—¿A ella? —preguntó Julian mirando a Emma, pero esta negó con la cabeza.

—A mí no —explicó—. Se refiere a Cristina.

—No esperarías que te dejáramos inobservado, ¿verdad, Mark? —continuó Kieran. Sus ojos negros y plata eran como dos dagas grabadas—. Estaba fuera de la ventana cuando te oí hablar con ella. Le dijiste cómo se podía privar a Gwyn de su poder. Un secreto solo conocido por la Cacería, y prohibido de repetir.

Mark se había puesto del color de la ceniza.

—Yo no...

—No tiene sentido mentir —repuso Iarlath—. Kieran es un príncipe de las hadas y no puede mentir. Si dice que oyó eso, es que lo oyó.

Mark miró a Kieran. A Emma, la luz del sol ya no le parecía hermosa, sino despiadada al caer sobre el cabello dorado y la piel de Mark. El dolor se extendió por su rostro como la marca roja de una bofetada.

—Eso nunca significaría nada para Cristina. Nunca se lo diría a nadie. Nunca me dañaría a mí ni a la Cacería.

Kieran apartó la cara, su hermosa boca retorciéndose en la comisura.

—Basta.

Mark dio un paso adelante.

—Kieran. ¿Cómo puedes hacerme esto? ¿A mí?

El rostro de Kieran se tensó.

—La traición no es mía —respondió—. Habla con tu princesa de las promesas rotas.

—Gwyn. —Mark se volvió para apelar al líder de la Cacería—. Lo que hay entre Kieran y yo no es un asunto para las leyes de las Cortes o la Cacería. ¿Desde cuándo interfieren estas en los asuntos del corazón?

«Asuntos del corazón». Emma lo veía en el rostro de ambos. En el de Mark y en

el de Kieran, en la forma en que se miraban y en la forma en que no se miraban. Se preguntó cómo había podido escapársele antes, en el Santuario, que esas dos personas se amaban. Dos personas que se habían herido mutuamente como solo dos enamorados podían hacerlo.

Kieran miró a Mark como si este le hubiera arrebatado algo irremplazablemente valioso. Y Mark parecía...

Parecía destrozado. Emma pensó en sí misma en la playa, por la mañana, con Julian, y el solitario graznido de las gaviotas volando en lo alto.

—Criatura —dijo Gwyn, y Emma se sorprendió al notar la amabilidad de su tono—. Lamento la necesidad de esta visita más de lo que puedo expresar. Y créeme, la Cacería no interfiere, como dices, en los asuntos del corazón. Pero has quebrantado una de las leyes más antiguas de la Cacería, y con ello has puesto a todos sus miembros en peligro.

—Exactamente —exclamó Kieran—. Mark ha quebrantado la ley de Feéra, y por eso debe regresar con nosotros y no permanecer por más tiempo en el mundo humano.

—No —intervino Iarlath—. Ese no es el castigo.

—¿Qué? —Kieran se volvió hacia él, confuso. Su cabello pareció encenderse en las puntas, destellando de azul y blanco como escarcha.

—No te dije nada sobre castigos, principito —repuso Iarlath, dando un paso adelante—. Me informaste de las acciones de Mark Blackthorn y yo dije que nos ocuparíamos puntualmente. Si creíste que eso significaba que sería arrastrado de vuelta a Feéra para que siguiera siendo tu compañero, entonces quizá deberías recordar que la seguridad de los nobles de Feéra está muy por encima de los caprichos de un hijo del rey noseelie. —Miró a Mark con dureza, sus ojos inquietantes bajo el brillante sol—. El rey me ha concedido el poder de elegir tu castigo. Serán veinte latigazos en la espalda, y considérate afortunado de que no sea más.

—¡No! —La palabra sonó como una explosión. Emma se sorprendió al reconocer la voz de Julian. Julian, que nunca alzaba la voz. Julian, que nunca gritaba. Comenzó a bajar los escalones, y Emma lo siguió con *Cortana* preparada.

Kieran y Mark guardaban silencio, mirándose. La sangre había abandonado el rostro de Kieran y parecía enfermo. No se movió cuando Julian avanzó y le bloqueó la visión de Mark.

—Si alguno de vosotros toca a mi hermano para hacerle daño os mataré —amenazó Julian.

Gwyn negó con la cabeza.

—No creas que no admiro tu espíritu, Blackthorn —dijo—. Pero yo me lo pensaría dos veces antes de intentar infligir daño alguno a una legación de Feéra.

—Haz cualquier movimiento para impedir esto y nuestro acuerdo llegará a su fin —amenazó Iarlath—. La investigación se detendrá y nos llevaremos a Mark con

nosotros de vuelta a Feéra. Y allí será azotado, y será peor que cualquier flagelación que pueda recibir aquí. No ganarás nada y perderás mucho.

Julian apretó los puños.

—¿Creéis que solo vosotros entendéis de honor? ¿Vosotros, que no podéis comprender lo que podríamos perder al quedarnos aquí y dejar que humilléis y torturéis a Mark? Por eso se desprecia a las hadas, por esa crueldad sin sentido.

—Cuidado, muchacho —le advirtió la voz grave de Gwyn—. Vosotros tenéis vuestras leyes y nosotros las nuestras. La única diferencia es que nosotros no fingimos que las nuestras no son crueles.

—La Ley es dura —se burló Iarlath—, pero es la Ley.

Mark habló por primera vez desde que Iarlath había pronunciado su sentencia.

—Una mala ley no es ley. —Parecía aturdido.

Emma pensó en el chico que se había desplomado en el Santuario, que había gritado cuando lo tocaban y que hablaba de palizas que era evidente que aún lo aterrorizaban. Sintió que le arrancaban el corazón del pecho. ¿Azotar justamente a Mark? ¿A Mark, cuyo cuerpo podría sanar pero cuya alma jamás se recuperaría?

—Vosotros acudisteis a nosotros —dijo Julian. Había desesperación en su voz—. Vosotros acudisteis a nosotros; vosotros hicisteis un trato con nosotros. Necesitáis nuestra ayuda. Nosotros nos lo hemos jugado todo, lo hemos arriesgado todo para resolver esto. De acuerdo, Mark cometió un error, pero esta prueba de lealtad está fuera de lugar.

—No se trata de lealtad —replicó Iarlath—. Se trata de dar ejemplo. Esas son las leyes. Así es como funciona. Si dejamos que Mark nos traicione, otros pensarán que somos débiles. —Su mirada era complacida. Ambiciosa—. El trato es importante. Pero esto lo es aún más.

Mark avanzó y cogió a Julian por el hombro.

—No puedes cambiarlo, hermanito. Deja que ocurra. —Miró a Iarlath y luego a Gwyn. No a Kieran—. Aceptaré el castigo.

Emma oyó reír a Iarlath. Un sonido frío y cortante como los témpanos de hielo al quebrarse. Este metió la mano bajo su capa y sacó un puñado de piedras rojas. Las tiró al suelo. Mark, que sabía lo que Iarlath estaba haciendo, palideció.

En el lugar donde habían caído las piedras algo comenzó a crecer. Un árbol, inclinado, retorcido y nudoso, con el tronco y las hojas del color de la sangre. Mark lo contempló con horrorizada fascinación. Kieran parecía estar a punto de vomitar.

—Jules —susurró Emma. Era la primera vez que lo llamaba así desde la noche en la playa.

Durante un instante, Julian la miró sin verla, y luego acabó de bajar la escalera. Después de unos segundos sin poder reaccionar, Emma lo siguió. Iarlath se colocó ante ella para cortarle el camino.

—Deja tu espada —gruñó él—. No debe haber armas en presencia de las hadas. Sabemos bien que con ellas no sois de fiar.

Emma movió a *Cortana* con tal velocidad que la hoja pareció una mancha borrosa. La punta se detuvo junto a la barbilla de Iarlath, a un milímetro de la piel, describiendo el arco de una sonrisa letal. El hada hizo un ruido gutural mientras ella metía la espada en la vaina que llevaba a la espalda, con tanta fuerza que se oyó claramente el roce del metal. Se lo quedó mirando, y los ojos le ardían de furia.

Gwyn soltó una risita.

—Y yo que pensaba que los Carstairs solo servían para la música.

Iarlath le lanzó una sucia mirada a Emma antes de volverse hacia Mark. Había comenzado a desenrollar una cuerda que llevaba atada a la cintura.

—Pon las manos sobre el tronco del serbal —le ordenó. Emma supuso que se refería al árbol retorcido con ramas y hojas del color de la sangre.

—No. —Kieran, desesperado, se volvió hacia Iarlath. Se dejó caer de rodillas al suelo con las manos extendidas—. Te lo suplico. Como príncipe de la corte noseelie, te lo suplico. No maltrates a Mark. Hazme a mí lo que le tengas que hacer a él.

Iarlath soltó un bufido de desprecio.

—Azotarte a ti me acarrearía la furia de tu padre. Eso no ocurrirá. Levántate, niño príncipe. No te humilles más.

Kieran se puso en pie tambaleante.

—Por favor —rogó, y miraba a Mark, no a Iarlath.

Mark le lanzó una mirada tan cargada de odio que Emma casi se echó atrás. Kieran se puso aún más blanco.

—Deberías haber previsto esto, cachorro —dijo Iarlath, pero ya no miraba a Kieran; su mirada estaba sobre Mark, ansiosa, cargada de apetito, como si la idea de azotarlo le despertara el recuerdo de la comida.

Mark fue hacia el árbol...

Julian se interpuso.

—Azótame a mí en su lugar —dijo.

Por un instante, todos se quedaron parados. Emma sintió como si la hubieran golpeado en el pecho con un bate de béisbol.

«No», intentó decir, pero la palabra no quiso surgir de su boca.

Mark se volvió hacia su hermano.

—No puedes —contestó—. Mío es el crimen. Mío debe ser el castigo.

Julian casi apartó a Mark en su determinación por situarse ante Gwyn. Se plantó con los hombros firmes y la barbilla en alto.

—En una contienda de hadas se puede elegir un campeón que te represente —dijo—. Podría luchar en lugar de mi hermano; ¿por qué no ahora?

—¡Porque yo soy quien ha quebrantado la ley! —Mark parecía desesperado.

—Mi hermano nos fue arrebatado al inicio de la Guerra Oscura —continuó Julian—. Nunca ha luchado en batalla. Sus manos están limpias de sangre de hada. Mientras que en Alacante yo maté a seres mágicos.

—Te está provocando —intervino Mark—. No quiere decir...

—Sí que lo quiero decir —lo cortó Julian—. Es la verdad.

—Si alguien se ofrece voluntario para ocupar el puesto de un condenado, no podemos rehusarle su derecho. —Gwyn parecía preocupado—. ¿Estás seguro, Julian Blackthorn? Este castigo no es para ti.

Julian asintió con la cabeza.

—Estoy seguro.

—Dejad que sea él el azotado —dijo Kieran—. Si así lo quiere, dejadlo.

Después de eso, todo ocurrió muy deprisa. Mark se lanzó sobre Kieran con una mirada asesina en los ojos. Gritaba mientras agarraba al príncipe hada por la camisa y lo zarandeaba. Emma se fue hacia ellos y Gwyn la apartó de un golpe, luego los separó y agarró a Mark de un modo brutal.

—Bastardo —exclamó Mark. Le sangraba la boca. Escupió a los pies de Kieran—. Arrogante...

—Basta, Mark —lo cortó Gwyn—. Kieran es un príncipe de la corte noseelie.

—Es mi enemigo —replicó Mark—. Ahora y para siempre será mi enemigo. —Alzó una mano para golpear a Kieran, pero este no se movió, solo se lo quedó mirando con ojos derrotados. Mark bajó la mano y se apartó, como si no soportara más la visión de Kieran—. Jules —dijo—. Julian, por favor, no lo hagas. Déjame a mí.

Julian le dedicó una sonrisa lenta y dulce. Una sonrisa que condensaba todo el amor y el asombro de un niño que había perdido a su hermano y, contra todo pronóstico, lo había recuperado.

—No puedes ser tú, Mark...

—Cógelo —le dijo Iarlath a Gwyn, y este, con la reticencia escrita en el rostro, cogió a Mark y lo apartó de Julian.

Mark se debatió, pero Gwyn era un hombre enorme con brazos descomunales. Sujetó con fuerza a Mark, y su expresión pasó a ser impasible. Julian se quitó la chaqueta y luego la camisa.

Bajo la brillante luz del sol, su piel, un poco bronceada pero más blanca en la espalda y el pecho, se veía vulnerable. El cabello se le arremolinó sobre el cuello al quitarse la camisa, que dejó caer al suelo mientras miraba a Emma.

Esa mirada rompió la helada atadura de consternación que la sujetaba.

—Julian. —Le tembló la voz—. No puedes hacerlo. —Avanzó y se encontró con Iarlath bloqueándole el paso.

—Quieta —siseó este.

Se apartó de Emma, que quiso seguirlo pero se encontró con que tenía las piernas clavadas en el sitio. No podía moverse. El cosquilleo de un encantamiento le recorrió las extremidades y la columna, y la mantuvo atrapada como si de una trampa para osos se tratara. Intentó avanzar y tuvo que contener un grito de dolor cuando la magia feérica actuó y le rasgó la piel.

Julian puso las manos sobre el árbol e inclinó la cabeza. A Emma, la larga línea

de su columna le resultó incongruentemente hermosa. Parecía el arco de una ola justo antes de romper. Cicatrices blancas y Marcas negras formaban como una ilustración infantil dibujada con sangre y piel.

—¡Suéltame! —gritó Mark, debatiéndose entre los brazos de Gwyn.

Era como una pesadilla, pensó Emma, uno de esos sueños en los que corres y corres y nunca llegas a ninguna parte, solo que, en este caso, era real. Estaba luchando por mover los brazos y las piernas contra la invisible fuerza que la mantenía clavada como una mariposa en la caja.

Iarlath fue hacia Julian a grandes pasos. Algo le destelló en la mano, algo fino y plateado. Cuando lo sacudió hacia delante, probándolo en el aire, Emma vio que aferraba el mango de un látigo plateado. Iarlath echó el brazo hacia atrás.

—Estúpidos cazadores de sombras —dijo—. Demasiado ingenuos para saber en quién confiar.

El látigo bajó. Emma lo vio morder la piel de Julian, vio la sangre, lo vio a él arquearse hacia atrás curvando el cuerpo.

El dolor estalló en su interior. Fue como si una barra de fuego le hubiera caído sobre la espalda. Se estremeció y notó el sabor de la sangre en la boca.

—¡Detente! —aulló Mark—. ¿No ves que les estás haciendo daño a los dos? ¡Ese no era el castigo! ¡Suéltame! Yo no tengo *parabatai*, suéltame, azótame a mí...

Sus palabras le resonaron a Emma en la cabeza. El dolor aún le palpitaba por todo el cuerpo.

Gwyn, Iarlath y Kieran los miraron a ella y a Julian. Había un largo y sangriento verdugón en la espalda de Julian, y él se aferraba al tronco del árbol. El sudor le corría por la frente.

A Emma se le partió el corazón. Si el dolor que ella había sentido era una agonía, ¿qué habría sentido él? ¿El doble? ¿Cuatro veces más?

—Sacadla de aquí —oyó decir a Iarlath irritado—. Todos estos lamentos son ridículos.

—No es histerismo, Iarlath —replicó Kieran—. Es porque Julian es su *parabatai*. Su compañero guerrero; están unidos...

—¡Por la Dama, qué lío! —siseó Iarlath, e hizo descender el látigo de nuevo.

Esta vez Julian hizo un ruido. Un sonido ahogado, apenas audible. Se dejó caer de rodillas, aún agarrado al árbol. De nuevo, el dolor recorrió a Emma, pero en esta ocasión se lo esperaba, estaba preparada. Gritó, pero no fue un grito cualquiera, sino el eco del horror y la traición, un grito de rabia, dolor y furia.

Gwyn alzó la mano hacia Iarlath, pero estaba mirando a Emma.

—Detente —dijo.

Emma notó el peso de su mirada, y luego una extraña ligereza cuando el encantamiento que la mantenía clavada en el sitio se deshizo.

Corrió hacia Julian y se arrodilló junto a él mientras se arrancaba la estela del cinturón. Oyó protestar a Iarlath, y a Gwyn decirle bruscamente que parara. No prestó

atención. Solo veía a Julian, de rodillas, con los brazos alrededor del tronco del árbol y la frente apoyada sobre él. La sangre le corría sobre la piel desnuda. Los músculos de su espalda se contrajeron cuando ella fue a tocarlo, como si se preparara para un tercer golpe.

«Jules», pensó Emma, y como si la hubiera oído, este volvió la cabeza. Se había mordido el labio inferior. La sangre le caía por la barbilla. La miró como un ciego, un hombre contemplando un espejismo.

—¿Emma? —boqueó.

—Shhh —le susurró ella mientras le ponía la mano en la mejilla.

Julian estaba húmedo de sangre y sudor, las pupilas dilatadas. Emma se vio reflejada en ellas; vio su rostro, blanco y tenso.

Le puso la estela sobre la piel.

—Tengo que curarlo —dijo—. Dejádme curarlo.

—Esto es ridículo —protestó Iarlath—. El chico debe recibir los azotes...

—Déjalo, Iarlath —le ordenó Gwyn, que seguía sujetando a Mark.

Iarlath se quedó mascullando. Mark se debatía y jadeaba. Emma notaba la estela fría en la mano, y aún más fría cuando la bajó sobre la piel de Julian...

Dibujó la runa.

—Duerme, mi amor —susurró, tan bajo que solo Julian pudo oírla.

Por un momento, abrió mucho los ojos, claros y atónitos. Luego los cerró, y se desplomó sobre el suelo.

—¡Emma! —gritó Mark—. ¿Qué has hecho?

Emma se puso en pie y vio el rostro de Iarlath ardiendo de furia. En cambio, Gwyn... Le pareció ver un destello de diversión en sus ojos, como si se hubiera esperado lo que acababa de hacer.

—Lo he dormido —contestó Emma—. Está inconsciente. Nada de lo que hagáis lo despertará.

Iarlath curvó los labios en una mueca de desprecio.

—¿Crees que nos privarás de nuestro castigo privándolo a él de su capacidad de sentirlo? ¿Tan estúpida eres? —Se volvió hacia Gwyn—. Trae a Mark —gruñó—. Lo azotaremos a él, y entonces habremos azotado a dos Blackthorn.

—¡No! —gritó Kieran—. ¡No! Lo prohíbo... No puedo soportarlo...

—A nadie le importa lo que puedas soportar, principito, y menos a mí —replicó Iarlath. Sonrió con una expresión retorcida—. Sí, azotaremos a ambos hermanos —dijo—. Mark no se escapará. Y dudo que tu *parabatai* te perdone por ello —añadió, volviéndose hacia Emma.

—En vez de azotar a dos Blackthorn —repuso esta—, puedes azotar a un Blackthorn y a una Carstairs. ¿No sería mejor?

Gwyn abrió mucho los ojos, sorprendido.

Kieran tragó con fuerza.

—Julian te ha dicho que mató hadas durante la Guerra Oscura —continuó Emma

—. Pero yo maté muchas más. Les corté el cuello; me manché los dedos con su sangre. Y volvería a hacerlo.

—¡Silencio! —La voz de Iarlath estaba cargada de rabia—. ¿Cómo osas alardear de tales hechos?

Se quitó la camiseta. Mark la miró sorprendido mientras ella se dejaba caer de rodillas sobre el suelo. Estaba ante todos en sujetador y vaqueros, pero no le importaba. No se sentía desnuda, sino vestida de rabia y furia, como un guerrero de alguno de los cuentos de Arthur.

—Azótame a mí —dijo—. Acéptalo y esto acabará aquí. De otro modo, te juro que te daré caza por las tierras de Feéra durante toda la eternidad. Mark no puede, pero yo sí.

Iarlath, exasperado, dijo algo en un idioma que Emma desconocía, y se volvió para mirar al océano. Cuando lo hizo, Kieran fue hacia el cuerpo caído de Julian.

—¡No lo toques! —gritó Mark, pero Kieran no lo miró; le pasó las manos a Julian por debajo de los hombros y lo apartó del árbol. Lo dejó a unos cuantos metros y se quitó la túnica para envolver con ella el cuerpo inconsciente y sangrante de Julian.

Emma soltó aire aliviada. Notaba el calor del sol en la espalda desnuda.

—Hazlo —dijo—. A no ser que seas demasiado cobarde para azotar a una chica.

—Emma, para —exclamó Mark. Su voz estaba cargada de un terrible dolor—. Deja que sea yo.

Los ojos de Iarlath destellaron con una luz cruel.

—Muy bien, Carstairs —repuso—. Haz lo que ha hecho tu *parabatai*. Prepárate para el látigo.

Mientras iba hacia el árbol, Emma vio que la expresión de Gwyn pasaba a ser de pesar. La corteza, de cerca, era fina y de un rojo oscuro. La notó fría mientras la rodeaba con los brazos. Pudo ver cada una de las grietas que la recorrían.

Se aferró al tronco con las manos. Oyó a Mark gritar de nuevo su nombre, pero parecía llegarle desde muy lejos. Iarlath se había puesto tras ella.

El látigo silbó al alzarlo. Emma cerró los ojos. En la oscuridad vio a Julian rodeado de fuego. Fuego en las cámaras de la Ciudad Silenciosa. Oyó su voz susurrando las palabras, aquellas viejas palabras de la Biblia tomadas por los cazadores de sombras y retocadas para formar la promesa de *parabatai*.

«Allí adonde tú vayas, yo iré...».

El látigo cayó. Si antes sintió dolor, ahora fue mucho peor. Le pareció como si le hubieran abierto la espalda con fuego. Apretó los dientes para silenciar un grito.

«No me ruegues que te abandone...».

De nuevo. El dolor fue aún intenso. Clavó los dedos en la corteza del árbol.

«O que me abstenga de seguirte...».

Otra vez. Cayó de rodillas.

«El Ángel esto me hará, y más, si nada excepto la muerte nos aparta a ti y a mí».

Una vez más. El dolor creció como una ola, apagando el sol. Gritó, pero no pudo

oírse; sus oídos estaba tapados; el mundo se hundía, plegándose sobre sí mismo. El látigo bajó por quinta vez, por sexta, por séptima, pero ya casi ni lo notaba porque la oscuridad se la había tragado.

Cristina salió del dormitorio de Emma con cara sombría.

Mark captó un vistazo de la habitación antes de que se cerrara la puerta. Vio a Emma inmóvil, pequeña bajo un montón de pesados cobertores, y a Julian sentado en la cama junto a ella. Su hermano tenía la cabeza gacha, y el oscuro cabello le tapaba el rostro.

Mark nunca lo había visto tan desesperado.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó a Cristina. Estaban solos en el pasillo. Casi todos los niños dormían.

Mark no quería recordar el rostro de Julian cuando había despertado cerca del serbal y lo había visto arrodillado junto al cuerpo de Emma, con la estela de esta en la mano, dibujándole runas curativas en la lacerada piel con la mano temblorosa y carente de práctica de alguien que no había empleado la lengua de los ángeles en mucho tiempo.

No quería recordar el aspecto de Julian al entrar en el Instituto, Mark con *Cortana* en la mano y Julian con Emma en brazos, con el cabello pegajoso de sangre, sangre que también se le había extendido a él por toda la camisa. No quería recordar los gritos de Emma cuando el látigo caía sobre ella, y el modo en que había dejado de gritar al desmayarse.

No quería recordar el rostro de Kieran cuando su hermano y él corrían hacia el Instituto. Kieran había tratado de parar a Mark, le había puesto la mano en el brazo. Su rostro blanco como la tiza, su cabello un alboroto de negro y azul desesperado.

Mark se había soltado con un gesto brusco.

—¡Vuelve a ponerme una mano encima y la verás alejarse de la muñeca para siempre! —le había rugido, y Gwyn había apartado a Kieran de él, hablándole con una voz que contenía igual parte de firmeza que de remordimiento.

—Déjalo, Kieran —le había dicho—. Suficiente se ha hecho aquí este día.

Habían llevado a Emma a su dormitorio, y Julian la había tendido en la cama mientras Mark iba en busca de Cristina.

Cristina no había gritado cuando él la había despertado, y tampoco cuando había visto la ropa rota y empapada en sangre de Emma. Había empezado inmediatamente a ayudarlos: le había puesto ropa limpia, había ido a buscar vendas para Jules, le había lavado el pelo a Emma.

—Se pondrá bien —le dijo Cristina a Mark en ese momento—. Se curará.

Mark no quería recordar el modo en que la piel de Emma se había abierto con

cada latigazo, ni el chasquido del látigo. El olor de la sangre mezclada con la sal del océano.

—Mark. —Cristina le tocó la cara.

Él volvió la mejilla hacia su palma, de forma involuntaria. La mano le olía a café y a vendas. Se preguntó si Julian se lo habría contado todo: las sospechas que había tenido Kieran de ella, la incapacidad de Mark para proteger a su hermano o a Emma.

Notó la piel suave contra la suya; los ojos de Cristina eran amplios y oscuros. Mark pensó en los ojos de Kieran, como fragmentos de vidrio en el interior de un caleidoscopio, rotos y policromáticos. Los de Cristina eran firmes. Singulares.

Ella le bajó la mano hasta el mentón con expresión pensativa. Mark notó como si todo su cuerpo se estuviera convirtiendo en un gran nudo.

—¿Mark? —Era la voz de Julian, baja, desde el otro lado de la puerta.

—Deberías ir con tu hermano. —Cristina le rozó el hombro con la mano, como consolándolo—. Nada de esto es culpa tuya. No lo es. ¿Lo entiendes?

Él asintió, incapaz de hablar.

—Despertaré a los niños y se lo explicaré —dijo Cristina, y se fue por el pasillo, con paso tan decidido como si estuviera vestida para el combate, aunque solo llevaba una camiseta y los pantalones del pijama.

Mark respiró hondo y abrió la puerta del dormitorio de Emma.

Esta yacía inmóvil, con el cabello claro extendido sobre la almohada; el pecho le subía y bajaba con movimientos regulares. Habían usado runas para dormirla, y también runas contra el dolor, para detener las hemorragias y para cicatrizar.

Julian seguía sentado junto a ella. La mano de Emma estaba inerte sobre el cobertor, la palma hacia arriba. Julian había puesto una de las suyas muy cerca, con los dedos intercalados pero sin tocarse. Evitó mirar a Mark. Este solo le veía los hombros encorvados, cómo la vulnerable curva de la nuca se semejaba a la curva de la espalda de Emma cuando caía el látigo.

Parecía muy joven.

—Lo intenté —dijo Mark—. Intenté que me azotaran a mí. Gwyn no me lo permitió.

—Lo sé. Te vi intentarlo —repuso Julian con voz plana—. Pero Emma ha matado hadas. Tú no. No habrían querido azotarte a ti teniendo la oportunidad de azotarla a ella. No importaba lo que hubiera hecho.

Mark se maldijo en silencio. No tenía ni idea de las palabras humanas con las que podría consolar a su hermano.

—Si muere —continuó Julian en la misma voz inexpresiva—, querré morir. Sé que no es un pensamiento muy sano, pero es la pura verdad.

—No va a morir —le aseguró Mark—. Se va a poner bien. Solo necesita recuperarse. He visto el aspecto de los hombres... de la gente... cuando van a morir. Tienen un aire especial. No es el caso.

—No puedo evitar preguntarme... —repuso Julian—. Todo este asunto me

preocupa. Alguien está tratando de resucitar a la persona que ama, una persona que murió. Casi me hace sentir mal. Como si debiéramos dejar que lo hiciera.

—Jules —dijo Mark. Sentía los rasgados bordes de las emociones de su hermano como el roce de una cuchilla sobre la piel cubierta con vendajes durante mucho tiempo. Eso era lo que significaba ser familia, pensó, sufrir cuando los otros sufrían; querer protegerlos—. Está arrebatando vidas. No se puede pagar una tragedia con más tragedia, o sacar vida de la muerte.

—Lo único que sé es que si fuera ella, si fuera Emma, yo haría lo mismo. —La mirada de Julian tenía algo enloquecido—. Haría lo que tuviera que hacer, fuera lo que fuese.

—No lo harías. —Mark le puso la mano en el hombro y lo hizo volverse. A regañadientes, Julian se movió para quedar cara a cara con su hermano—. Tú harías lo correcto. Toda tu vida has hecho lo correcto.

—Lo siento —dijo Julian.

—¿Tú lo sientes? Todo esto, Jules, la legación... Si no le hubiera hablado a Cristina de la capa de Gwyn...

—Habrían encontrado alguna otra cosa por la que castigarte —lo interrumpió Julian—. Kieran quería hacerte daño. Tú lo heriste, así que él quería herirte. Lo siento... lo siento por Kieran, porque veo que era alguien que significaba mucho para ti. Lo siento porque no sabía que habías dejado atrás a alguien que te importaba. Lo siento por los años en los que pensé en que tú eras el que tenía libertad, que estabas disfrutando de tu vida en la tierra de las hadas mientras que yo me mataba aquí, tratando de criar a cuatro niños, dirigir el Instituto y guardar los secretos de Arthur. Quería creer que estabas bien, quería creer que uno de los dos estaba bien. Ya ves.

—Querías creer que yo era feliz, igual que yo quería creer eso mismo de vosotros —dijo Mark—. Pensé mucho en si seríais felices, si prosperaríais, si estaríais vivos. Nunca dejé de preguntarme en qué clase de hombre te habrías convertido. —Se calló un instante—. Estoy orgulloso de ti. He tenido muy poco que ver en cómo has llegado a ser, pero de todas formas estoy orgulloso de llamarte mi hermano; de llamaros a todos mis hermanos. Y no volveré a dejaros.

Julian abrió los ojos sorprendido. El brillante color de los Blackthorn destelló en la penumbra.

—¿No vas a volver a Feéra?

—Pase lo que pase —contestó Mark—, me quedaré aquí. Siempre siempre estaré aquí.

Abrazó a Julian y lo estrechó con fuerza. Julian dejó escapar el aire, como si se estuviera librando de algo pesado que llevara mucho tiempo cargando; se apoyó en el hombro de Mark, y permitió que su hermano mayor soportara algo de su peso.

Emma soñaba con sus padres.

Se hallaban en la pequeña casa blanca del barrio de Venice donde habían vivido cuando ella era niña. Veía el tenue destello de los canales desde la ventana. Su madre estaba sentada ante la isleta de la cocina con un trapo extendido delante de ella. En el trapo había un grupo de cuchillos, ordenados por longitud. El más largo era *Cortana*, y Emma la miraba anhelante, bebiendo de su suave color dorado, del agudo brillo de la hoja.

Comparado con el brillo de esa arma, su madre parecía una sombra. Le relucía el pelo y las manos mientras trabajaba, pero los bordes de su cuerpo parecían como difuminados, y Emma estaba aterrorizada pensando que si intentaba tocar a su madre esta desaparecería como una pompa de jabón.

La música las rodeaba. El padre de Emma, John, entró en la cocina con el violín apoyado en el hombro. Por lo general tocaba con una almohadilla, pero no esta vez. Del violín manaba música como agua y...

«El seco restallido de un látigo, dolor como fuego».

Emma ahogó un grito. Su madre alzó la cabeza.

—¿Pasa algo, Emma?

—No... no, nada. —Se volvió hacia su padre—. Sigue tocando, papá.

Su padre le sonrió con cariño.

—¿Estás segura de que no quieres probar?

Emma negó con la cabeza. Siempre que ponía el arco sobre las cuerdas parecía obtener el maullido de un gato siendo estrangulado.

—La música está en la sangre de los Carstairs —dijo él—. Este violín perteneció a Jem Carstairs.

Jem, pensó Emma, Jem, que la había ayudado durante la ceremonia de *parabatai* con sus manos amables y su mirada pensativa. Jem, que le había dado su gato para que la vigilara.

«Dolor que atravesaba la piel como una cuchilla. La voz de Cristina diciendo: “Emma, oh, Emma, ¿por qué te han hecho tanto daño?”».

Su madre alzó a *Cortana*.

—Emma, estás como a mil kilómetros de aquí.

—Quizá no tan lejos. —Su padre bajó el arco del violín.

«Emma. —Era la voz de Mark—. Emma, vuelve. Por Julian, por favor, regresa».

—Confía en él —le dijo John Carstairs—. Él vendrá a ti, y necesitará tu ayuda. Confía en James Carstairs.

—Pero me dijo que tenía que marcharse, papá. —Emma no había llamado «papá» a su padre desde que era muy pequeña—. Dijo que estaba buscando algo.

—Está a punto de encontrarlo —repuso John Carstairs—. Y entonces aún tendrás que hacer más.

«Jules, ven a comer algo...».

«Ahora no, Livvy. Tengo que estar con ella».

—Pero papá —susurró Emma—. Papá, estás muerto.

John Carstairs sonrió tristemente.

—Mientras haya amor y recuerdo, no hay muerte verdadera —replicó.

Puso el arco sobre las cuerdas y comenzó a tocar de nuevo. La música se alzó, serpenteando por la cocina como el humo.

Emma se levantó de la silla. El cielo se estaba oscureciendo; el sol poniente se reflejaba en el agua del canal.

—Tengo que irme.

—Ay, Emma. —Su madre rodeó la isleta de la cocina y fue hacia ella. Llevaba a *Cortana*—. Lo sé.

Sombras que se movían en el interior de su mente. Alguien le sujetaba la mano con tanta fuerza que le dolía. «Por favor, Emma —decía la voz que más amaba en el mundo—. Emma, regresa».

La madre de Emma le colocó la espada en la mano.

—Acero y temple, hija mía —dijo—. Y recuerda que una hoja forjada por Wayland *el Herrero* lo corta todo.

—Regresa. —Su padre la besó en la frente—. Regresa, Emma, regresa a donde te necesitan.

—Mamá. Papá —susurró.

Cerró la mano alrededor de la empuñadura de la espada. La cocina se desvaneció en un remolino y se cerró como doblándose sobre sí misma. Su madre y su padre habían desaparecido, como palabras escritas mucho tiempo atrás.

—*Cortana* —jadeó Emma.

Levantó las manos hacia arriba, como intentando coger algo, y gritó de dolor. Tenía sábanas enrolladas a la cintura. Estaba en la cama, en su dormitorio. Las lámparas brillaban con una luz tenue, la ventana estaba ligeramente abierta. En la mesilla junto a la cama había un montón de vendas y toallas dobladas. La habitación olía a sangre y a quemado.

—¿Emma? —Una voz incrédula. Cristina estaba sentada a los pies de la cama, con un rollo de vendaje y unas tijeras en la mano. Lo dejó caer al suelo al ver que Emma había abierto los ojos, y se lanzó sobre la cama—. ¡Ay, Emma!

Rodeó a Emma con los brazos por encima de sus hombros y por un momento Emma se aferró a ella. Se preguntó si sería así tener una hermana mayor, alguien que pudiera ser su amiga y también cuidar de ella.

—Mmm —gimió Emma sin soltarse—. Me duele.

Cristina se apartó. Tenía los ojos rojos.

—Emma, ¿estás bien? ¿Recuerdas todo lo que pasó?

Emma se llevó una mano a la cabeza.

—Por desgracia —susurró. Le dolía la garganta. Se preguntó si sería de gritar. Esperaba que no. Habría odiado darle a Iarlath esa satisfacción—. ¿Cu... cuánto

tiempo llevo desmayada?

—¿Desmayada? Bueno, más bien dormida. Desde esta mañana. Todo el día, en realidad. Julian ha estado todo el rato contigo. Se horrorizará al saber que te has despertado y él no estaba aquí. —Cristina le pasó la mano por el cabello enmarañado.

—Debería levantarme... Debería ir a ver... ¿Están todos bien? ¿Ha pasado algo? —De repente se le llenó la cabeza de imágenes de las hadas después de acabar con ella, yendo a por Mark, o Julian, o de algún modo, incluso a por los niños. Emma trató de sacar los pies de la cama.

—No ha pasado nada. —Cristina volvió a meterla dentro con dulzura—. Estás cansada y débil; necesitas comida y runas. Unos azotes como esos... Se puede matar a alguien a latigazos, ¿lo sabías, Emma?

—Sí —susurró ella—. ¿Me quedará la espalda marcada para siempre?

—Probablemente —contestó Cristina—. Aunque no te quedará muy mal; los *iratzes* te cerraron las heridas enseguida, pero no pudieron acabar de curarlas. Te quedarán marcas, pero serán leves. —Tenía los ojos rojos—. Emma, ¿por qué lo hiciste? ¿De verdad crees que tu cuerpo es más fuerte que el de Mark o el de Julian?

—No —contestó Emma—. Creo que todo el mundo es fuerte y débil de manera diferente. Hay cosas que me aterrorizan a mí y a Mark no. Como el océano. Pero él ya ha recibido suficientes torturas; no puedo ni imaginar qué le habría pasado. Y Julian... Lo sentí en mí misma cuando lo azotaron. En mi cuerpo, en mi corazón. Habría hecho cualquier cosa por detenerlo. Fui egoísta.

—No fue egoísmo. —Cristina le cogió la mano y se la apretó—. Desde hace un tiempo he decidido que no quiero tener nunca un *parabatai* —dijo—. Pero creo que me lo habría pensado si ese *parabatai* hubieras podido ser tú.

«Yo también desearía que tú fueras mi *parabatai*», pensó Emma, pero no podía decirlo; parecía una deslealtad hacia Julian, a pesar de todo.

—Te quiero mucho, Cristina —fue lo que dijo, y le apretó la mano—. Pero la investigación... Debería ir contigo...

—¿Adónde? ¿A la biblioteca? Todos han estado leyendo y buscando más información sobre lady Midnight. Encontraremos algo, pero ya tenemos suficiente gente para mirar páginas.

—Hay otras cosas que hacer aparte de mirar páginas...

Se abrió la puerta y Julian apareció en el umbral. Tenía los ojos muy abiertos, y por un momento fue lo único que Emma pudo ver, como puertas verde azuladas hacia otro mundo.

—Emma —susurró. Su voz sonaba áspera y rota.

Llevaba vaqueros y una camisa suelta, y por debajo se le veía la línea de un vendaje alrededor del pecho. También tenía los ojos rojos, el pelo revuelto y un rastro de rasposa barba en el mentón y las mejillas. Julian siempre iba afeitado, desde la primera vez que le había salido un poco de barba y Ty le había asegurado sin preámbulos: «No me gusta».

—Julian —dijo Emma—, ¿estás bi...?

Pero Julian se había lanzado desde la puerta. Sin ver a nadie más que a Emma, se dejó caer de rodillas, la rodeó con los brazos y le hundió el rostro en el regazo.

Ella le acarició los rizos con mano temblorosa y miró, alarmada, a Cristina. Pero esta ya se estaba poniendo en pie, murmurando que debía ir a decirles a los otros que Julian estaba cuidando de ella. Oyó el clic de la cerradura cuando Cristina cerró la puerta del dormitorio al salir.

—Julian —murmuró Emma, enredando la mano en su cabello.

Él no se movió; estaba totalmente quieto. Respiró tembloroso antes de alzar la cabeza.

—Por el Ángel, Emma —dijo en un susurro quebradizo—. ¿Por qué lo hiciste?

Ella dibujó una mueca de dolor y al instante Julian se puso en pie.

—Necesitas más runas curativas —dijo—. Claro, qué estúpido, claro que las necesitas.

Era cierto: le dolía. En algunos puntos era un dolor sordo; en otros, más intenso. Emma respiró hondo como Diana le había enseñado, lenta y continuamente, mientras Julian sacaba su estela.

—¿Cuándo... cuándo te despertaste? —le preguntó Emma.

Él estaba poniendo la estela sobre la mesa.

—Si a lo que te refieres es a si los vi azotarte, no, no los vi —contestó muy serio—. ¿Qué recuerdas?

—Recuerdo a Gwyn y los otros llegar... Iarlath... Kieran. —Pensó en el brillante sol, en un árbol con la corteza de color sangre. Ojos negros y plateados—. Kieran y Mark se aman.

—Así era —repuso Julian—. No estoy seguro de lo que siente ahora Mark.

Emma respiró de forma entrecortada.

—Se me cayó *Cortana*...

—Mark la trajo a casa —afirmó él con una voz que indicaba que *Cortana* era lo último que tenía en mente—. Dios, Emma, cuando recuperé la conciencia, la legación se había ido y tú estabas en el suelo, sangrando. Mark estaba tratando de levantarte, y creí que estabas muerta —dijo, y no había ninguna traza de lejanía en su voz, solo una salvaje fiereza que ella nunca antes había asociado con Julian—. Te azotaron a ti, Emma, tú recibiste los latigazos que eran para Mark y para mí... —La emoción crepitaba y ardía en su voz, como un incendio fuera de control—. ¿Cómo pudiste...?

—Mark no habría soportado los azotes —contestó ella—. Lo habrían destrozado. Y yo no habría soportado verlos azotarte a ti. Me habría destrozado a mí.

—¿No crees que yo siento lo mismo? —dijo Julian—. ¿Crees que no he estado aquí sentado durante todo el día hundido y roto por dentro? Prefiero cortarme un brazo a que tú pierdas una uña, Emma.

—No fue solo por ti —dijo ella—. Los niños... Mira, ellos esperan que yo luche, saben que a veces me hago daño. Piensan: «Ahí está Emma, otra vez con vendas y

cortes». Pero tú... A ti te miran de un modo diferente. Si te hirieran de gravedad se asustarían muchísimo. No podría soportar pensar en cuánto se asustarían.

Julian apretó los puños con fuerza. Emma veía el pulso latirle bajo la piel. Se acordó de repente de un grafiti que había visto en el muelle de Malibú: «Tu corazón es un arma del tamaño de tu puño».

—Dios, Emma —exclamó Julian—. ¿Qué te he hecho?

—También son mi familia —repuso ella. La emoción amenazaba con ahogarla. Se la tragó.

—A veces, desearía... he deseado... que estuviéramos casados y fueran nuestros hijos —dijo rápidamente, con la cabeza gacha.

—¿Casados? —repitió Emma sorprendida.

Julian alzó la cabeza. Le ardían los ojos.

—¿Por qué crees que yo...?

—Me amas menos que yo a ti —concluyó ella. Julian se encogió visiblemente al oír eso—. Porque lo dijiste. Cuando te dije en la playa lo que sentía, tú me contestaste: «No de ese modo, Emma».

—Yo no...

—Estoy cansada de mentirosos —dijo Emma—. ¿Lo entiendes? Estoy harta, Julian.

Él se pasó las manos por el pelo.

—No veo ninguna forma de que esto pueda acabar bien —repuso Jules—. No puedo ver más que una pesadilla en la que todo se hunde y en la que no te tengo.

—Ahora no me tienes —replicó ella—. No como realmente importa. No de verdad. —Trató de ponerse de rodillas sobre la cama. Le dolía la espalda y notaba cansados los brazos y las piernas, como si hubiera estado corriendo y escalando durante kilómetros.

Los ojos de Julian se oscurecieron.

—¿Aún te duele? —Rebuscó entre los objetos de la mesilla de noche y cogió un vial—. Malcolm ha preparado esto hace un rato. Bébetelo.

El vial estaba lleno de un líquido dorado y sabía un poco como el champán desbravado. En cuanto se lo tragó, sintió un adormecimiento por todo el cuerpo. El dolor de los miembros disminuyó y una fría energía fluida lo sustituyó.

Julian le cogió el vial ya vacío y lo dejó sobre la cama. Le pasó un brazo bajo las rodillas y el otro bajo los hombros y la levantó a peso de la cama. Por un momento, Emma se aferró a él sorprendida. Notaba cómo le latía el corazón, su olor a jabón, pintura y esencia de clavo. El suave cabello contra la mejilla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Tienes que venir conmigo. —Su voz era tensa, como si estuviera acumulando el valor para hacer algo terrible—. Quiero que veas una cosa.

—Haces que suene como si fueras un asesino en serie con una nevera llena de brazos —murmuró Emma mientras él abría la puerta empujándola con el hombro.

—A la Clave le gustaría más eso.

Emma deseó rozar su mejilla contra la de él, notar la aspereza de su incipiente barba. Estaba hecho una pena, con la camisa mitad dentro y la otra mitad fuera del pantalón, y descalzo. Emma sintió una oleada de afecto y deseo tan intenso que todo el cuerpo se le tensó.

—Puedes dejarme en el suelo —dijo—. Estoy bien. No necesito que me *princesees* en brazos.

Él soltó una carcajada corta y ahogada.

—No sabía que eso pudiera ser un verbo —dijo, pero la dejó en el suelo.

Lentamente y con mucho cuidado, y se apoyaron el uno en la otra, como si ninguno de ellos pudiera soportar la idea de que en un momento ya no podrían tocarse.

El corazón de Emma comenzó a desbocarse. Se le desbocaba mientras seguía a Julian por los pasillos vacíos, y se le desbocaba cuando subieron por la escalera trasera y entraron en el estudio. Se le desbocaba al apoyarse sobre la isleta cubierta de pintura mientras Julian cogía una llave de un cajón junto a la ventana.

Lo vio respirar hondo y cuadrar los hombros. Era igual que cuando había tensado los músculos de la espalda para soportar los azotes.

Después de reunir el valor necesario, Julian se dirigió a la puerta de la habitación cerrada, la que se reservaba solo para él. Giró la llave en la cerradura con un decisivo clic, y la puerta se abrió.

Él se hizo a un lado.

—Entra —dijo.

Años de arraigada costumbre y respeto por la intimidad de Julian la retuvieron.

—¿Estás seguro?

Él asintió. Estaba más que pálido. Tal vez escondiera allí cadáveres. Fuera lo que fuese, tenía que ser algo terrible. Nunca lo había visto con el aspecto que mostraba en ese momento.

Emma entró en la estancia. Por un momento pensó que había entrado en un laberinto de espejos. Reflejos de sí misma la miraban desde todas las superficies. Las paredes estaban cubiertas con esbozos y pinturas clavadas con chinchetas, y había también un caballete, colocado en un rincón junto a la única ventana, con un dibujo a medio acabar. Dos encimeras ocupaban de punta a punta las paredes este y oeste, y estas también estaban cubiertas de pinturas.

Todas las imágenes eran de ella.

Estaba entrenando, con *Cortana* en la mano, jugando con Tavvy, leyéndole a Dru. En una acuarela se la veía durmiendo en la playa, con la cabeza apoyada en una mano. El detalle de la curva del hombro y los granos de arena pegados a la piel como si fuera azúcar habían sido pintados con tanto amor que Emma notó como si se mareara. En otra, se alzaba sobre la ciudad de Los Ángeles. Estaba desnuda, pero su cuerpo era transparente; solo se le veía la silueta, y las estrellas de la noche brillaban

a través de ella mientras el pelo le caía como una luz radiante, iluminando el mundo.

Recordó lo que Julian le había dicho mientras estaban bailando: «Estaba pensando en pintarte. Pintar tu cabello. Tendría que emplear blanco de titanio para conseguir el color, la forma en que atrapa la luz y casi reluce. Pero no funcionaría, ¿verdad? No es de un solo color, tu pelo no solo es dorado: es ámbar y león y caramelo y trigo y miel».

Se tocó el cabello, que nunca había pensado que no fuera otra cosa que de un rubio corriente, y luego miró al cuadro colocado sobre el caballete. Estaba a medio acabar: una imagen de Emma saliendo del océano con *Cortana* colgándole de la cadera. Llevaba el pelo suelto, como en la mayoría de los cuadros, y él lo había hecho parecer como el rocío del océano en el atardecer, cuando los últimos rayos de la luz diurna teñían el agua de un dorado refulgente. Se la veía hermosa, feroz, tan temible como una diosa.

Emma se mordió el labio.

—Te gusta que lleve el pelo suelto —dijo.

Julian soltó una corta carcajada.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Ella se volvió para mirarlo directamente. Estaban muy cerca el uno de la otra.

—Son muy hermosos —dijo—. ¿Por qué no me los has enseñado nunca? ¿O a nadie?

Julian resopló y le dedicó una sonrisa lenta y triste.

—Emma, nadie podría mirar esos cuadros y no saber lo que siento por ti.

Ella puso la mano sobre una de las encimeras. De repente le pareció importantísimo tener algo en lo que apoyarse para no caer.

—¿Cuánto tiempo llevas dibujándome?

Julian suspiró. Un momento después le acarició la cabeza. Enredó los dedos entre los mechones de su cabello.

—Toda mi vida.

—Recuerdo que solías hacerlo, pero después lo dejaste.

—Nunca lo he dejado de hacer. Simplemente aprendí a esconderlo. —Su sonrisa se desvaneció—. Mi último secreto.

—Lo dudo mucho —replicó Emma.

—He mentido, y mentido, y mentido. —Julian hablaba lentamente—. Me he convertido en un experto en mentir. He dejado de pensar que las mentiras pueden ser destructivas. Incluso malignas. Hasta que en la playa te dije que no sentía eso por ti.

Emma estaba aferrándose a la encimera con tanta fuerza que le dolía la mano.

—¿Que no sentías qué?

—Ya lo sabes —contestó él, apartándose un poco.

De repente, Emma pensó que ya había hecho bastante, que ya lo había presionado demasiado, pero una feroz necesidad interior de saber superó todas esas reticencias.

—Necesito oírlo. Dímelo, Julian.

Él dio un paso hacia la puerta. Agarró el tirador... Por un momento, Emma pensó que se iba a marchar, pero cerró la puerta y echó la llave, encerrándolos dentro. Se volvió hacia ella. Sus ojos brillaban bajo la tenue luz.

—Te amo. He intentado no hacerlo —dijo él—. Por eso me fui a Inglaterra. Pensé que lejos de ti quizá dejara de sentir lo que sentía. Pero en cuanto regresé, en el instante en que te vi, supe que no había servido de nada. —Recorrió la habitación con la mirada, su expresión era casi resignada—. ¿Por qué he pintado todos estos cuadros de ti? Porque soy artista, Emma. Estos retratos son mi corazón. Y si mi corazón fuera un lienzo, cada centímetro cuadrado sería un dibujo tuyo.

Sus miradas se encontraron.

—Hablas en serio —dijo ella—. Lo dices de verdad.

—Sé que te mentí en la playa. Pero te juro por nuestros votos de *parabatai* que te estoy diciendo la verdad. —Hablaba con claridad, de un modo deliberado, como si no pudiera soportar que malinterpretara o se perdiera ni una sola de las palabras que le estaba diciendo—. Lo amo todo de ti, Emma. Te amo porque me dices la verdad. Amo el modo en que puedo reconocer tus pisadas en el pasillo fuera de mi cuarto aun cuando sé que no vas a entrar. Nadie camina o respira como tú. Amo el modo en que ahogas un grito por la noche justo antes de caer dormida, como si tus sueños te hubieran sorprendido. Amo que cuando estamos juntos en la playa nuestras sombras se unan en una única persona. Amo el modo en que escribes en mi piel con los dedos y yo puedo entenderte mejor que a cualquier otro gritándome al oído. No he querido amarte así. Es la peor idea del mundo, amarte así. Pero te amo y no puedo evitarlo. Créeme si te digo que lo he intentado.

Fue el dolor en su voz lo que la convenció. Era el mismo dolor que había latido en su corazón durante tanto tiempo que había dejado de saber cuál era su causa.

Se apartó de la encimera. Dio un paso hacia Julian y luego otro.

—¿Estás... enamorado de mí?

La sonrisa de Julian fue suave y triste.

—Y tanto.

Un instante después, ella estaba entre sus brazos, besándolo. No podría haber dicho cómo había ocurrido exactamente, solo que había sido inevitable. Y por mucho que la voz de Julian hubiera sido tranquila mientras hablaba, su boca sobre la de ella era ansiosa y su cuerpo anhelante y desesperado. La aferró contra sí, trazando con los labios el perfil de los suyos. Las manos de ella se hundieron con furia en su cabello; siempre había adorado su cabello, y ahora que podía tocárselo con libertad, sumergió las manos en las gruesas ondas y se las enredó en los dedos.

Julian bajó las manos hasta detrás de sus muslos y la alzó como si no pesara nada. Ella le rodeó el cuello con los brazos, colgándose, mientras él la sujetaba con un brazo contra sí. Emma notó que Julian manoteaba los papeles que cubrían la encimera, tirándolos al suelo junto con los tubos de pintura, hasta dejar libre un espacio donde poder colocarla.

Emma tiró de él, rodeándole la cintura con las piernas. En ese momento no había nada secreto en él, ni indiferente, ni remoto ni reticente, mientras sus besos se hacían más profundos, más salvajes, más apasionados.

—Dime que no la he fastidiado para siempre —jadeó Julian entre besos—. Me comporté como un imbécil en la playa... y cuando te vi con Mark en tu dormitorio...

Emma le pasó las manos por los hombros, anchos y fuertes. Se notaba como borracha de besos. Por eso era por lo que la gente libraba guerras, pensó; por lo que se mataban los unos a los otros y destrozaban sus vidas: por esa mezcla enervante de anhelo y placer.

—No estaba pasando nada...

Él le acarició el cabello.

—Sé que es ridículo, pero cuando te gustaba Mark, cuando tenías doce años, fue la primera vez que recuerdo haber sentido celos. No tiene sentido, lo sé, pero no conseguimos quitarle importancia a lo que más nos asusta. Si Mark y tú alguna vez... No creo que pudiera recuperarme.

Algo en la cruda franqueza de su voz le llegó al alma a Emma.

—Todo el mundo tiene miedo de algo —susurró, estrechándose aún más entre sus brazos. Le metió los dedos por debajo de la camisa—. Forma parte de ser humano.

Él entrecerró los ojos. Le pasó los dedos entre los mechones del cabello; le acarició suavemente la espalda; luego halló su cintura y la apretó contra sí con más fuerza. De repente, Emma entendió por qué la gente hablaba del fuego de la pasión: se sentía como si hubieran estallado en llamas y estuvieran ardiendo como las secas colinas de Malibú, a punto de convertirse en cenizas, que se mezclarían para siempre.

—Dime que me amas, Emma —le pidió él con la boca en su cuello—. Aunque no sea cierto.

Ella ahogó un grito. ¿Cómo podía pensar... cómo no se daba cuenta...?

Se oyó un ruido de pasos en el estudio.

—¿Julian? —La voz de Livvy sonó al otro lado de la puerta—. Eh, Jules, ¿dónde estás?

Emma y Julian se separaron, sobresaltados y asustados. Ambos estaban desarreglados, con el pelo alborotado, los labios hinchados a besos. Emma tampoco podía imaginarse cómo iban a explicar por qué se habían encerrado juntos en la habitación privada de Julian.

—¡Juuules! —gritaba Livvy, de evidente buen humor—. Estamos en la biblioteca, y Ty me ha enviado a buscarte... —Se calló, seguramente mirando por el estudio—. Julian, ¿dónde te has metido?

El pomo de la puerta giró.

Julian se quedó helado. El pomo giró de nuevo y Livvy sacudió la puerta.

Emma se tensó.

Se oyó un suspiro, y el pomo dejó de moverse. Los pasos se alejaron, y luego se oyó un portazo.

Emma miró a Julian. Sentía que la sangre se le había helado y luego descongelado de golpe; le corría por las venas como un torrente primaveral.

—No pasa nada —susurró.

Julian la cogió y la abrazó con fuerza, sus manos con las uñas mordidas se le clavaron en el hombro. La estrechó tanto que Emma casi no podía respirar.

Luego la soltó. Lo hizo como si estuviera obligándose a ello, como si estuviera muriendo de hambre y no tuviese más remedio que apartar el último trozo de pan que le quedaba. Pero lo hizo.

—Será mejor que vaya —dijo.

De vuelta en su dormitorio, Emma se duchó y se cambió tan rápido como le fue posible. Se enfundó unos vaqueros y no pudo evitar una mueca de dolor cuando, al ponerse la camiseta, le rozó las vendas de la espalda. Pronto iba a necesitar unas nuevas, y seguramente otro *iratze*.

Salió afuera y descubrió que el pasillo no estaba vacío.

—Emma —dijo Mark, despegándose de la pared en la que estaba apoyado. Sonaba cansado—. Julian dice que estás bien. Lo... siento muchísimo.

—No es culpa tuya, Mark.

—Lo es —replicó él—. Confiaba en Kieran.

—Confiabas en él porque lo amabas.

Él la miró sorprendido. Parecía un poco desconcertado, y no solo por los ojos: era como si alguien se hubiera metido dentro de él y hubiese sacudido las raíces de sus creencias. Aún podía oírlo gritar mientras Iarlath azotaba primero a Julian y luego a ella.

—¿Resultaba tan evidente?

—Lo mirabas como... —«Como yo miro a Julian»—. Como miras a alguien a quien amas —dijo—. Siento no haberme dado cuenta antes. Pensaba que... —«Te gustaba Cristina, ¿quizá? Kieran parecía muy celoso de ella»— te gustaban las chicas —concluyó—. Eso me enseñará a no hacer suposiciones.

—Y así es —repuso él, un poco burlón—. Me gustan las chicas.

—Ah. ¿Eres bisexual?

—La última vez que lo miré, así era como lo llamaban —contestó con una breve mirada divertida—. No hay palabras para eso en Feéra, así...

—Perdón doblemente por mis suposiciones.

—No pasa nada —contestó él—. Tienes razón en lo de Kieran. Durante mucho tiempo fue todo lo que tuve.

—Si te sirve de algo te diré que te quiere —repuso Emma—. Lo vi en su cara. No creo que se esperara que nos hicieran daño a nosotros. Creo que pensaba que se te llevarían de vuelta a la tierra de las hadas, donde podrías estar con él. Estoy segura de que nunca habría pensado...

Pero al decir eso, el recuerdo del látigo cayendo no solo sobre su espalda, sino también sobre la de Julian, le hizo un nudo en la garganta.

—Emma, el día que la Cacería se me llevó... lo último que le dije a Julian fue que debía quedarse contigo. Pensaba en ti, incluso cuando ya me había ido, como en una niña delicada, en esa cosita con trenzas doradas. Sabía que si algo te pasaba, incluso entonces, a Julian se le rompería el corazón.

Emma notó que el suyo le daba un brinco dentro del pecho, pero si Mark se refería a algo fuera de lo corriente con «se le rompería el corazón», no resultó evidente.

—Hoy me has protegido —continuó Mark—. Has soportado un castigo que era para mí. No ha sido fácil ver lo que te hacían. Ojalá hubiera sido yo. Lo he deseado mil veces, pero sé que mi hermano quería protegerme, y te agradezco que tú lo hayas protegido a él.

Emma respiró a través del nudo que tenía en la garganta.

—Tenía que hacerlo.

—Siempre estaré en deuda contigo —dijo Mark, y su voz era la voz de un príncipe de Feéra cuyas promesas eran más que promesas—. Cualquier cosa que quieras, la haré.

—Esa es toda una promesa. No tienes que...

—Pero quiero —concluyó él en un tono definitivo.

Al cabo de un instante, Emma asintió, y el cariz extraño que había tomado su encuentro se desvaneció. Mark el hada volvía a ser Mark Blackthorn, que le explicaba los progresos de la investigación mientras se dirigían a reunirse con los otros.

Para evitar que tío Arthur se enterara de lo sucedido con Emma y la legación hada, Julian lo había arreglado de forma que Arthur asistiera a una reunión con Anselm Nightshade en la pizzería de Cross Creek Road. Nightshade había enviado a buscar a Arthur antes, y había prometido que ambos regresarían a la caída de la noche.

El resto de la familia había pasado el día en la biblioteca revisando montones de libros a la búsqueda de información sobre lady Midnight.

—¿Y qué han averiguado? —preguntó Emma.

—No estoy seguro. Iba de camino allí cuando el señor Tío Bueno y Sexy ha aparecido diciendo que tenía información.

—¿Quién? —Emma lo miró extrañada—. ¿El señor Tío Bueno y Sexy?

—Diego *el Perfecto* —masculló Mark.

—Vale, mira, sé que no hace tanto que has vuelto de la tierra de las hadas, pero aquí, en el mundo humano, señor Tío Bueno y Sexy no es un insulto en absoluto.

Mark no tuvo oportunidad de replicar; habían llegado a la biblioteca. En cuanto entraron, alguien se le lanzó encima a Emma, casi tirándola al suelo, para abrazarla. Era Livvy, que no tardó en echarse a llorar.

—Auuu —exclamó Emma mirando a su alrededor. Toda la sala estaba cubierta de montones de papeles y pilas de libros—. Livvy, cuidado con los vendajes.

—No puedo creer que dejaras que esas hadas te azotaran. Los odio, odio las Cortes, los mataré a todos...

—«Dejaras» quizá no sea la palabra adecuada —repuso Emma—. Pero bueno, estoy bien. Y no me dolió tanto.

—¡Mentirosa! —exclamó Cristina surgiendo de detrás de una pila de libros con Diego al lado. «Interesante», pensó Emma—. Fue muy heroico lo que hiciste, pero también muy estúpido.

Diego miró a Emma con ojos serios.

—De haber sabido lo que iba a pasar, me habría quedado y me habría ofrecido a ser azotado en tu lugar. Soy más musculoso y grande que tú, y seguramente lo habría soportado mejor.

—Yo lo soporté bien —replicó Emma, un poco picada—. Pero gracias por recordarme que eres un enorme gigante, de otro modo podría haberlo olvidado.

—¡Aggg! ¡Parad! —Cristina soltó una retahíla de palabras en español.

Emma alzó las manos.

—Más despacio, Cristina.

—¿Serviría de algo? —preguntó Diego—. ¿Hablas español?

—No mucho —contestó Emma.

Diego esbozó una pequeña sonrisa.

—Ah, bueno, en ese caso, te diré que nos estaba alabando.

—Sé que eso no eran alabanzas —replicó Emma, pero entonces la puerta se abrió y entró Julian, y de repente todos se ocuparon de ordenar papeles y alinear libros sobre el lugar de trabajo.

Ty estaba sentado a la cabeza de la mesa, como si estuviera dirigiendo una reunión de empresa. No sonrió a Emma exactamente, pero le lanzó una mirada de soslayo que Emma sabía que era de afecto, y luego volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo.

Emma no miró a Julian más que con un breve vistazo. No pensaba poder hacerlo. Sin embargo, era consciente de su presencia mientras se dirigía a la larga mesa. Julian se acercó y se puso a la izquierda de Ty, mirando sus notas.

—¿Dónde están Tavvy y Dru? —preguntó Emma, alzando el primer volumen de una pila de libros.

—Tavvy se estaba poniendo imposible aquí encerrado. Dru se lo ha llevado un rato a la playa —explicó Livvy—. Ty cree que puede haber averiguado algo.

—Quién era nuestra lady Midnight —explicó Ty—. El libro de Tavvy me recordó una historia que leí en uno de los volúmenes de la historia de los Blackthorn...

—Pero hemos mirado todo lo referente a la historia de los Blackthorn —repuso Julian.

Ty le lanzó una mirada de superioridad.

—Lo hemos mirado todo hasta hace cien años —dijo—. Pero el libro de Tavvy decía que lady Midnight estaba enamorada de alguien a quien tenía prohibido amar.

—Así que pensamos: ¿qué es un amor prohibido? —continuó Livvy con ganas—. Entre personas familiares, es feo; y entre personas que son de edades muy diferentes también; luego está entre enemigos jurados, que no es feo pero es como triste...

—Gente a la que le gusta *La guerra de las galaxias* y gente a la que le gusta *Star Trek*... etcétera —soltó Emma—. ¿Adónde quieres ir a parar con esto, Livvy?

—O entre *parabatai*, como Silas Pangborn y Eloisa Ravenscar —continuó Livvy, y Emma lamentó al instante haber hecho un chiste. Notó que era muy y muy consciente de que Julian estaba de pie, a poca distancia de ella, y de lo mucho que se había tensado—. Pero eso no parece probable. Y entonces pensamos que antes de los Acuerdos probablemente estaba totalmente prohibido enamorarse de un subterráneo. Habría sido un gran escándalo.

—Así que rebuscamos en las historias más antiguas —prosiguió Ty—. Y hemos encontrado algo: había una rama de la familia Blackthorn que tuvo una hija que se enamoró de un brujo. Iban a escaparse juntos, pero la familia los pilló. A ella la enviaron a que se convirtiera en una Hermana de Hierro.

—Sus parientes la encerraron en un castillo de hierro. —Mark había cogido el libro de Tavvy—. Eso es lo que significa.

—Tú hablas el lenguaje de los cuentos de hadas —comentó Diego—. Supongo que no resulta sorprendente.

—Y luego ella murió —dijo Emma—. ¿Cómo se llamaba?

—Annabel —contestó Livvy—. Annabel Blackthorn.

Julian resopló.

—¿Y dónde pasó eso?

—En Inglaterra —respondió Ty—. Hace doscientos años. Antes de que se escribiera «Annabel Lee».

—Yo también he encontrado algo —dijo Diego. Del bolsillo interior de la chaqueta sacó un tallo con varias hojas, un poco ajado. Lo dejó sobre la mesa—. No lo toques —dijo, cuando Livvy tendió la mano. Rápidamente, esta se echó atrás—. Es belladona. Solo es fatal si se ingiere o va a parar a la corriente sanguínea, pero aun así es mejor ser precavido.

—¿De la convergencia? —preguntó Mark—. Me fijé en que allí había.

—Sí —respondió Diego—. Esta es mucho más letal que la belladona corriente. Sospecho que fue con lo que envenenaron las flechas que compré en el Mercado de Sombras. —Frunció el cejo—. Lo raro es que normalmente solo crece en Cornwall.

—¡La chica que se enamoró del brujo! —exclamó Ty—. Eso pasó en Cornwall.

De repente todo en la sala pareció claro, brillante y consistente, como una fotografía al enfocarse.

—Diego —dijo Emma—. ¿A quién le compraste las flechas en el Mercado de Sombras?

Diego frunció el cejo.

—A un humano con la Visión. Creo que se llamaba Rook...

—Johnny Rook —concluyó Julian. Sus ojos, que se encontraron con los de Emma, se habían vuelto oscuros por la sorprendente noticia—. Tú crees...

Emma tendió la mano.

—Pásame tu móvil.

Era consciente de que los otros la miraban con curiosidad mientras cogía el teléfono que Julian le pasaba e iba al otro lado de la sala marcando los números. Al otro lado de la línea, el teléfono sonó varias veces antes de que contestaran.

—¿Diga?

—Rook —dijo Emma—. Soy Emma Carstairs.

—Te dije que no me llamas. —Su voz era fría—. Después de lo que tu amigo le hizo a mi hijo...

—Si no hablas conmigo ahora, la siguiente visita que recibirás será la de los Hermanos Silenciosos —replicó ella. Su voz estaba cargada de rabia, aunque, en realidad, muy poca iba dirigida a él. Pero la furia crecía en su interior como la marea; la furia y la sensación de haber sido traicionada—. Mira, sé que le vendiste unas flechas a un amigo mío. Estaban envenenadas. Con un veneno al que solo los Seguidores del Guardián tienen acceso. —Se la estaba jugando, pero el silencio al otro lado del teléfono le dijo que su palo a ciegas no había errado—. Me dijiste que no sabías quién era. Me mentiste.

—No te mentí —replicó Rook después de un silencio—. No sé quién es.

—Pero sí que lo has visto. ¿Es hombre o mujer?

—Mira, siempre se ha presentado cubierto por una túnica, con guantes y la capucha subida, ¿vale? Totalmente cubierto. Pero es hombre. Me pidió que destilara esas hojas para hacer un compuesto que pudiera usar. Y lo hice.

—¿Así que envenenaste las flechas?

En la voz de Rook pudo notar una sonrisita irónica.

—Me quedó un resto y pensé en divertirme. Los centuriones no son muy populares por el Mercado de Sombras, y la belladona es ilegal.

Emma tuvo ganas de gritarle, quería chillarle que una de las flechas que había envenenado por diversión había estado a punto de matar a Julian. Se contuvo.

—¿Qué más has hecho para el Guardián?

—No tengo por qué decirte nada, Carstairs. No tienes ninguna prueba de que conozco al Guardián...

—¿De verdad? Entonces ¿cómo sabías que el cadáver iba a aparecer en Sepulcro?

—Rook guardó silencio—. ¿Sabes cómo son las prisiones de la Ciudad Silenciosa? ¿De verdad quieres conocerlas de primera mano?

—No...

—Entonces dime qué más has hecho para él. ¿Has empleado la nigromancia?

—¡No! Nada de eso. —Rook parecía haber sido presa del pánico—. He hecho

cosas para los Seguidores, asegurarme de que les cayera algo de dinero, el acceso a algunas fiestas, estrenos de películas, que hubiera gente que se enamorara de ellos. Arreglarles un par de tratos. No gran cosa, lo justo para tenerlos contentos y que creyeran que valía la pena quedarse en la secta. Hacerles creer que el Guardián se ocupaba de ellos y que iban a tener todo lo que quisieran.

—¿Y qué te dio como pago?

—Dinero —contestó Rook sin rodeos—. Protección. Puso salvaguardas contra los demonios en mi casa. Ese tipo tiene mucho poder mágico.

—Trabajas para un tipo que sacrifica a gente —le remarcó Emma.

—¡Es un culto! —Rook rugía casi todas sus palabras—. Siempre han existido y siempre existirán. La gente quiere dinero y poder, y hará cualquier cosa para conseguirlo. Yo no tengo la culpa.

—Claro, es evidente que la gente hace cualquier cosa por dinero. Tú eres la prueba. —Emma trató de controlar su enfado, pero el corazón le latía con fuerza—. Cuéntame algo más de ese tipo. Seguramente te habrás fijado en su voz, en el modo en que anda, en algo raro...

—Todo es raro en un tipo que se presenta envuelto en tela. Ni siquiera pude verle los zapatos, ¿vale? No parecía ser de aquí. Fue él quien me dijo que te informara sobre lo de Sepulcro. Farfullaba un montón de tonterías. Una vez dijo que había venido a Los Ángeles a recuperar el amor...

Emma cortó la comunicación. Miró a los otros con el corazón saliéndosele del pecho.

—Es Malcolm —dijo, y su voz le sonó pequeña y distante—. Malcolm es el Guardián.

Todos se la quedaron mirando silenciosos y anonadados.

—Malcolm es nuestro amigo —repuso Ty—. Eso no... Él nunca haría eso.

—Ty tiene razón —afirmó Livvy—. Solo porque Annabel Blackthorn estuviera enamorada de un brujo...

—Estaba enamorada de un brujo —repitió Emma—. En Cornwall. Magnus dijo que Malcolm había vivido en Cornwall. Una planta de Cornwall crece en la convergencia. Malcolm nos ha estado ayudando con la investigación, pero realmente no ha hecho nada. No ha traducido ni una palabra de lo que le dimos. Nos dijo que era un hechizo de invocación, y no lo es; es un hechizo de la peor magia negra. —Comenzó a ir de aquí para allá—. Tiene ese anillo con una piedra roja, y los pendientes que encontré en la convergencia eran rubíes. De acuerdo, eso no es muy concluyente, pero puede haber comprado ropa para ella, ¿no? Para Annabel. Cuando la resucite, no podrá ir por ahí con la ropa con la que fue enterrada. Tiene sentido que el nigromante guarde allí ropa para la persona que quiere arrebatarse de entre los muertos y no que sea ropa para él. —Se volvió y se encontró a los otros mirándola boquiabiertos—. Malcolm vino a Los Ángeles solo unos cinco meses antes de que atacaran el Instituto. Dice que no estaba aquí cuando sucedió, pero ¿qué más da si no

estaba? Es un Gran Brujo. No le habría costado averiguar dónde estaban mis padres ese día. Pudo haberlos matado. —Miró a los demás. Sus expresiones iban desde el asombro hasta la incredulidad.

—Es que no creo que Malcolm hiciera todo eso —dijo Livvy con un hilillo de voz.

—Rook me acaba de decir que el Guardián, al que sí ha visto, ocultaba su identidad —continuó Emma—. Pero también me ha dicho que le contó una vez que había venido a Los Ángeles a recuperar el amor. ¿Recordáis lo que explicó Malcolm cuando estábamos viendo las pelis? «Vine aquí para resucitar el amor verdadero de entre los muertos». —Agarraba el móvil con tal fuerza que tenía los nudillos blancos—. ¿Y si lo decía literalmente? Vino aquí para resucitar a su verdadero amor de entre los muertos. Annabel.

Hubo un largo silencio. Emma se sorprendió cuando fue Cristina quien lo rompió.

—No conozco a Malcolm muy bien, ni le tengo tanto cariño como vosotros —dijo con su dulce tono de voz—. Así que perdonadme si lo que voy a decir no os gusta, pero creo que Emma tiene razón. Una de esas cosas podría ser coincidencia. Todas juntas, no. Annabel Blackthorn se enamoró de un brujo en Cornwall. Malcolm es brujo y vivía en Cornwall. Solo eso sería suficiente para despertar sospechas y debería ser investigado. —Miró a su alrededor con decisión—. Lo siento, pero el siguiente paso para el Guardián es «la sangre Blackthorn» y por tanto no podemos esperar.

—No te disculpes, Cristina. Tienes razón —repuso Julian. Miró a Emma, y ella pudo ver las palabras no pronunciadas en sus ojos: «Por eso Belinda sabía lo de Arthur».

—Tenemos que encontrarlo. —La voz clara y práctica de Diego cortó el silencio—. Debemos actuar inmediatamente...

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe y Dru entró corriendo. Tenía el rostro de color rosado y el ondulado cabello castaño se le salía de las trenzas. Casi chocó con Diego, pero pegó un bote hacia atrás soltando un chillido.

—¿Dru? —preguntó Mark—. ¿Va todo bien?

Ella asintió mientras iba directa hacia Julian.

—¿Qué quieres que haga?

Julian la miró confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba en la playa con Tavvy —explicó mientras se apoyaba en la mesa para recuperar el aliento—. Y ha venido y me ha dicho que querías hablar conmigo. Así que he vuelto corriendo...

—¿Qué? —repitió Julian—. Yo no he enviado a nadie a buscarte, Dru.

—Pero ha dicho... —De repente Dru pareció alarmada—. Me ha dicho que me necesitabas enseguida.

Julian se puso en pie.

—¿Dónde está Tavvy?

A Dru comenzó a temblarle el labio inferior.

—Pero ha dicho... ha dicho que viniera corriendo, que él traería a Tavvy a casa. Le ha dado un juguete. Ya ha cuidado de Tavvy antes. No lo entiendo. ¿Qué pasa?

—Dru —dijo Julian con una voz cuidadosamente controlada—. ¿Quién es? ¿Quién está con Tavvy?

Dru tragó saliva con una expresión de miedo en su ovalado rostro.

—Malcolm —contestó—. Malcolm se ha quedado con él.

—No lo entiendo —repitió Dru—. ¿Qué está pasando?

Livvy abrazó a su hermana pequeña. Eran más o menos de la misma altura, y nadie habría sido capaz de decir que Livvy era la mayor sin saberlo, pero Dru se aferró a ella agradecida.

Diego y Cristina permanecían en silencio. Ty, en su silla, había sacado uno de sus juguetes del bolsillo y lo movía nerviosamente. Tenía la cabeza gacha, el pelo caído sobre la cara.

Julian... A Julian parecía habersele hundido el mundo.

—Pero ¿por qué? —susurró Dru—. ¿Por qué Malcolm querría llevarse a Tavvy? ¿Y por qué estáis todos tan preocupados?

—Dru, Malcolm es la persona que estábamos buscando —le dijo Emma con voz ahogada—. Es el Guardián. Es un asesino. Y se ha llevado a Tavvy...

—... por la sangre Blackthorn —concluyó Julian—. El último sacrificio. Sangre Blackthorn para traer de vuelta a una Blackthorn.

Dru apoyó la cabeza sobre el hombro de su hermana, sollozando. Mark temblaba... De repente, Cristina se apartó de Diego y se acercó a él. Le cogió la mano y se la apretó. Emma se agarró al borde de la mesa. Ya no sentía dolor en la espalda. Ya no sentía nada.

Solo veía a Tavvy, el más pequeño de los Blackthorn. A Tavvy teniendo pesadillas, a Tavvy en sus brazos mientras lo llevaba por el Instituto destrozado por la guerra, cinco años atrás. A Tavvy cubierto de pintura en el estudio de Julian. A Tavvy, el único entre ellos con una piel que no soportaba ni una runa protectora. A Tavvy, que no entendería lo que le estaba sucediendo ni por qué.

—Esperad —dijo Dru—. Malcolm me ha dado una nota. Me ha dicho que te la diera a ti, Jules. —Se apartó de Livvy, rebuscó en el bolsillo y sacó un trozo de papel—. Me ha dicho que no la leyera, que era algo privado.

Livvy, que se había puesto al lado de Ty, hizo un gemido de disgusto. Julian tenía el rostro blanco como el talco y le ardían los ojos.

—¿Privado? ¿Quiere que se respete su privacidad?

Le arrancó el papel de las manos a Dru y casi lo rompió al abrirlo. Emma captó un vistazo de unas grandes letras mayúsculas impresas en el papel. Julian cambió su expresión a una de confusión.

—¿Qué dice, Jules? —preguntó Mark.

Julian leyó las palabras en voz alta:

—«Te resucitaré, Annabel Lee».

La habitación estalló.

Un rayo de luz negra salió de la carta que Julian tenía en la mano. Fue disparado hacia el techo y escapó por la claraboya, rompiéndola con la fuerza de una bola de demolición.

Emma se cubrió la cabeza cuando trozos de argamasa y cristal comenzaron a caerles encima. Ty, que se hallaba justo bajo el agujero del techo, se lanzó sobre su hermana, la hizo caer al suelo y la cubrió con su propio cuerpo. La estancia pareció sacudirse de un lado a otro; una estantería se tambaleó y cayó, directa hacia Diego. Cristina se apartó rápidamente de Mark y empujó la estantería hacia un lado; se estrelló al lado de Diego, pero no lo aplastó por cuestión de centímetros. Dru chilló, y Julian la atrajo hacia sí y la protegió con el brazo.

La luz negra seguía saliendo, brillante, del papel. Julian tiró la nota al suelo y la aplastó con el pie.

Al instante se convirtió en polvo. La luz negra se desvaneció como si hubieran apagado un interruptor.

Se hizo el silencio. Livvy fue saliendo de debajo de su hermano y se puso en pie; luego le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Livvy parecía medio sorprendida medio preocupada.

—Ty, no tenías por qué hacer eso.

—Tú querías tener a alguien que te protegiera del peligro. Eso es lo que dijiste.

—Ya lo sé —repuso Livvy—. Pero...

Ty se puso en pie... y soltó un grito. Tenía un trozo de cristal clavado en la pantorrilla. La sangre ya había comenzado a empapar la tela alrededor del corte.

Ty se inclinó y, antes de que nadie pudiera reaccionar, se arrancó el cristal de la pierna. Lo tiró al suelo, donde se hizo añicos manchados de rojo.

—¡Ty! —exclamó Julian, yendo hacia él. Pero Ty negó con la cabeza.

Se estaba sentando en una silla con una expresión de dolor retorciéndole el rostro. La sangre había comenzado a encharcarse alrededor de su pie.

—Deja que lo haga Livvy —dijo—. Será mejor...

Esta ya estaba agachándose para dibujarle un *iratze*. Un pequeño fragmento de vidrio le había hecho un corte en la mejilla, y se veía la sangre correr sobre su pálida piel. Se la limpió con la manga mientras terminaba de dibujar la runa curativa.

—Déjame ver ese corte —le dijo Julian al tiempo que se arrodillaba a su lado.

Lentamente, Livvy subió la pernera de Ty. El corte le bajaba por el lado de la pantorrilla, tierno y rojo, pero ya cerrado, como si lo hubieran cosido. Desde el corte hacia abajo tenía la pierna manchada de sangre.

—Otro *iratze* acabará de arreglarlo —propuso Diego—. Y una runa de reemplazo de sangre.

Julian apretó los dientes. Nunca parecía haberlo incomodado Diego como le ocurría a Mark, pero Emma vio que en ese momento se estaba conteniendo.

—Sí —dijo—. Lo sabemos. Gracias, Diego.

Ty miró a su hermano.

—No sé qué ha pasado. —Parecía confundido—. No me lo esperaba... Debería habérmelo esperado.

—Ty, nadie podía haberse esperado esto —repuso Emma—. Julian solo ha dicho unas palabras y ¡bum!, un rayo proveniente del propio infierno.

—¿Hay alguien más herido?

Julian había cortado la pernera del pantalón de Ty, y Livvy, con el rostro del color de un periódico viejo, le estaba aplicando runas curativas y de reemplazo de sangre a su mellizo. Julian miró a su alrededor, y Emma supo que estaba haciendo un inventario mental de su familia: «Mark está bien, Livvy está bien, Dru está bien...». Vio el momento en que llegó a donde debería estar Tavvy y cómo palidecía, apretando los dientes.

—Malcolm debe de haber encantado el papel para que enviara esa señal en cuanto lo leyéramos.

—Sí que es una señal —afirmó Mark. Se lo veía preocupado—. He visto esto antes, en la corte noseelie, cuando se preparaban encantamientos oscuros. Eso era magia negra.

—Deberíamos ir directos a la Clave. —Julian se había quedado sin sangre en el rostro—. El secreto no importa, los castigos no importan, no cuando la vida de Tavvy está en peligro. Yo cargaré con toda la culpa.

—Tú no cargarás con ninguna culpa con la que yo no cargue también —dijo Mark.

Julian no respondió a eso, solo tendió la mano.

—Emma, el móvil.

Emma se había olvidado de que aún lo tenía. Lo sacó del bolsillo lentamente... y se sorprendió al mirarlo.

La pantalla estaba negra.

—Tú móvil. Ha muerto.

—Qué raro —repuso Julian—. Si lo he cargado esta mañana.

—Usa el mío —dijo Cristina, y lo sacó de la chaqueta—. Toma, aquí lo... —Puso cara de incredulidad—. También está muerto.

Ty se levantó de la silla. Dio un paso e hizo una leve mueca de dolor.

—Comprobaré el ordenador y el teléfono fijo.

Livvy y él se marcharon a toda prisa de la biblioteca. La sala quedó en silencio, excepto por el ruido de los escombros al asentarse. El suelo estaba cubierto de cristales rotos y trozos de madera destrozada. Parecía que la luz negra había salido atravesando el vidrio que cerraba la abertura central de la cúpula.

Drusilla soltó un grito ahogado.

—Mirad..., hay alguien en la claraboya.

Emma miró hacia arriba. La abertura se había convertido en un anillo de cristal quebrado abierto al cielo. Vio el destello de un rostro blanco en el círculo.

Mark salió corriendo por la rampa que llevaba hasta arriba. Se lanzó hacia la abertura; hubo un movimiento violento y volvió a saltar a la rampa. Tenía agarrado por el cuello de la camisa a alguien delgado de pelo oscuro. Mark gritaba; había cristales rotos por todas partes. Rodaron juntos por la rampa, golpeándose, hasta que llegaron al suelo de la biblioteca. El personaje de pelo oscuro era un chico delgado con ropa raída y ensangrentada; se había quedado inmóvil. Mark se arrodilló sobre él, y mientras buscaba una daga y la sacaba en medio de un destello, Emma se dio cuenta de que el intruso era Kieran.

Mark le puso la daga en el cuello. Kieran se tensó.

—Debería matarte aquí mismo —dijo apretando los dientes—. Debería cortarte el cuello.

Dru hizo un ruidito. Para sorpresa de Emma, fue Diego quien le puso una tranquilizadora mano en el hombro. Aquello le gustó.

Kieran mostró los dientes, y luego expuso el cuello echando la cabeza hacia atrás.

—Adelante —lo desafió—. Mátame.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Mark con la respiración entrecortada.

Julian dio un paso hacia ellos con la mano en la cadera, alrededor de la empuñadura de una daga. Emma sabía que, a esa distancia, podía acabar con Kieran. Y lo haría si Mark parecía estar en peligro.

Este seguía aferrando el cuchillo con mano firme, pero el rostro reflejaba su angustia.

—¿Por qué estás aquí? —repitió—. ¿Por qué vienes a este lugar donde sabes que se te odia? ¿Por qué quieres hacer que te mate?

—Mark —repuso Kieran. Lo agarró por la manga. Su rostro estaba cargado de anhelo, y el cabello que le caía sobre la frente tenía mechaz azul marino—. Mark, por favor.

Este apartó el brazo para que Kieran lo soltara.

—Te podría perdonar si hubiera sido yo a quien azotaron —repuso—. Pero tocaste a los que amo; y eso no lo puedo perdonar. Deberías sangrar como sangró Emma.

—No... Mark... —Emma se alarmó, pero no por Kieran, pues sí que había una parte de ella a la que le hubiera gustado verlo sangrar, sino por Mark. Por lo que herir, o incluso matar, a Kieran podría hacerle a él.

—He venido a ayudaros —dijo el príncipe hada.

Mark soltó una carcajada hueca.

—Aquí no queremos tu ayuda.

—Sé lo de Malcolm Fade —soltó Kieran—. Sé que se ha llevado a vuestro hermano.

Julian hizo un ruido gutural. La mano de Mark se puso blanca alrededor de la empuñadura.

—Suéltalo —dijo Emma—. Si sabe algo sobre Tavvy, tenemos que averiguar qué es. Suéltalo.

—Mark —lo llamó Cristina suavemente, y con un gesto violento se apartó de Kieran y se puso en pie; luego retrocedió hasta quedar junto a Julian, quien también parecía agarrar su puñal con gran fuerza.

Lenta y dolorosamente, Kieran se levantó y los miró.

Estaba muy lejos de ser el príncipe elegante que Emma había visto por primera vez en el Santuario. La camisa y los pantalones anchos estaban sucios y rotos; tenía moratones en el rostro. No se lo veía asustado, pero eso parecía menos un acto de valentía que uno de desesperación. Todo en él, desde su aspecto hasta su actitud o la manera en que miraba a Mark, indicaba que era alguien a quien no le importaba lo que le ocurriera.

La puerta de la biblioteca se abrió de par en par y entraron Ty y Livvy.

—Nada funciona —exclamó esta—. Ni los teléfonos, ni el ordenador, ni siquiera las radios...

Calló de golpe al darse cuenta de la escena que tenía delante: Kieran frente a los otros ocupantes de la sala.

El príncipe hada hizo una pequeña reverencia.

—Soy Kieran, de la Cacería Salvaje.

—¿Uno de los de la legación? —Livvy miró a Mark y luego a Julian—. ¿Uno de los que azotaron a Emma?

Julian asintió.

Ty miró a su hermano mayor y luego a los otros. Su rostro era blanco y frío.

—¿Por qué sigue vivo?

—Sabe algo sobre Tavvy —contestó Drusilla—. Julian, haz que nos lo diga...

Julian lanzó la daga. Voló rozándole el pelo a Kieran y se clavó en el marco de la ventana a su espalda.

—Y ahora nos explicas —comenzó Julian con una voz tranquila y letal— todo lo que sabes sobre dónde está Octavian, qué está pasando y cómo podemos rescatarlo. O tu sangre manchará el suelo de esta biblioteca. Ya he derramado sangre de hada antes. No creas que no volveré a hacerlo.

Kieran no bajó la mirada.

—No necesitas amenazarme —contestó—, aunque si te complace, hazlo; a mí no me importa. He venido a deciros todo lo que queréis saber. Por eso estoy aquí. La luz negra que acabáis de ver era magia feérica. Su intención era cortar todas las comunicaciones para que no podáis pedir ayuda a la Clave o al Cónclave para salvar a tu hermano.

—Podríamos buscar una cabina —sugirió Livvy, no muy segura—, o un bar con teléfono, por la autovía...

—Y descubriréis que los teléfonos no funcionan en varios kilómetros a la redonda —repuso Kieran. Y había urgencia en su voz—. Os ruego que no perdáis el tiempo. Fade se ha llevado a vuestro hermano hacia la convergencia de las líneas ley. Es ahí donde realiza sus sacrificios. El lugar donde planea matarlo. Si deseáis rescatar al muchacho, debéis coger vuestras armas e ir tras él ahora mismo.

Julian abrió la puerta de la sala de armas.

—Armaos rápido, todos. Si no lleváis ya el traje de combate, ponéoslo. Diego, Cristina, hay trajes colgando de la pared este. Cogedlos, será más rápido que regresar a vuestras habitaciones. Usad las armas que queráis. Kieran, tú te quedas aquí —señaló una mesa en medio de la sala—, donde pueda verte. No te muevas o la siguiente daga que lance no se clavará en la ventana.

Kieran le lanzó una mirada. Su visible desesperación parecía haber menguado un poco, y había arrogancia en esa rápida mirada.

—No lo dudo —repuso, y se fue hacia la mesa mientras todos corrían a armarse y a ponerse los trajes de combate. No eran trajes de patrullar, más ligeros, sino los pesados uniformes negros que llevaban cuando creían que tendrían que luchar.

Cuando sabían que tendrían que luchar.

Habían debatido un poco sobre si debían ir todos a la convergencia, o si al menos Dru debía quedarse en el Instituto. Ella había vociferado su protesta, y Julian no había insistido; el Instituto tampoco parecía seguro en ese momento, con la claraboya de la cúpula destrozada. Kieran había entrado, ¿quién más lo haría? Quería tener a su familia donde pudiera verlos a todos. Y no podía decir mucho sobre la edad de Dru: Emma y él habían luchado y matado durante la Guerra Oscura, y entonces eran más jóvenes que Dru ahora.

Había llevado a Ty a un lado, apartándolo de los demás, y le había dicho que si prefería quedarse fuera de la lucha, ya que estaba herido, no sería nada vergonzoso. Podría encerrarse en el coche mientras los demás entraban en la convergencia.

—¿Crees que no tengo nada con lo que contribuir en una batalla? —le preguntó Ty.

—No es eso —repuso Julian, y lo decía en serio—. Pero estás herido, y yo...

—Es una batalla. Todos podemos resultar heridos. —Ty miró a Julian directamente a los ojos. Este sabía que Ty lo hacía por él, porque recordaba que Julian le había dicho una vez que la gente solía mirarse directamente a los ojos para demostrar que estaba diciendo la verdad—. Quiero ir. Quiero ayudar a Tavvy, y quiero que me dejes hacerlo. Es lo que quiero, y eso debería importar.

Así que Ty estaba con ellos en la sala de armas. Era un espacio cavernoso sin ventanas. De cada centímetro de pared colgaban espadas, hachas y mazas. Los trajes de batalla, cinturones y botas se guardaban en estantes. Había un pequeño cuenco de cerámica lleno de estelas, y los cuchillos serafines descansaban sobre una larga mesa.

Julian los notaba a todos alrededor: sus amigos y su familia. Sabía que Mark estaba a su lado; se estaba cambiando los zapatos por las botas. Sabía que Emma estaba junto a la mesa, alineando los cuchillos serafines que ya habían sido nombrados y preparados; se metió varios en el cinturón y repartió el resto. Era consciente de ella mientras se movía por la sala, como si la siguiera con una brújula.

Pero sobre todo era consciente de que Tavvy, allí fuera, en algún sitio, lo necesitaba. Sentía un frío terror en su interior que amenazaba con quebrar su determinación y absorber su concentración. Alejar ese terror para centrarse en lo que estaba ocurriendo en ese momento resultó ser una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer. Deseó con amargura que todo fuera diferente, que pudieran contar con la colaboración de la Clave, que hubieran podido contactar con Magnus y pedirle un Portal.

Pero no servía de nada desear.

—Habla —le espetó a Kieran mientras bajaba un cinturón de armas de un estante—. La luz negra, has dicho que era magia feérica. ¿Te refieres a magia negra?

Como Mark ya no lo miraba directamente, Kieran parecía aburrido y molesto. Se apoyó en la mesa central, con cuidado de no entrar en contacto con ninguna de las armas, y no, como decía con claridad su expresión, porque estuvieran afiladas o lo asustaran, sino porque eran armas de nefilim y, por tanto, desagradables.

—La cuestión es si aparecerá en el mapa de la Clave —dijo Ty mientras se abrochaba unos guanteletes de protección. Ya se había puesto el traje de combate, y el vendaje de la pierna casi no se veía bajo el grueso material—. El que Magnus usa para rastrear la magia negra. ¿O está bloqueado igual que los móviles?

—Era magia noseelie, pero no negra por naturaleza —contestó Kieran—. No aparecerá en el mapa. Estaban seguros de eso.

Julian frunció el cejo.

—¿Quiénes? Es más, ¿cómo sabes tanto sobre Malcolm?

—Por Iarlath —contestó Kieran.

Mark se volvió para mirarlo.

—¿Iarlath? ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

—Pensaba que al menos estarías al corriente de eso —masculló Kieran—. Iarlath y Malcolm han estado juntos en esto desde el ataque al Instituto hace cinco años.

—¿Son aliados? —preguntó Mark—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace poco —respondió Kieran—. Comencé a sospechar cuando Iarlath se negó tan rotundamente a permitirte volver a Feéra. Deseaba que permanecieras aquí, hasta tal punto que montó toda esa farsa del castigo con los azotes para que no regresaras con nosotros. Después de eso me di cuenta de que el plan de tenerte en el Instituto iba más allá de hallar al asesino que había segado vidas de hadas. Se trataba de impedir que cualquiera de tu familia quisiera contactar con la Clave antes de que fuera demasiado tarde.

Emma tenía un cuchillo serafín en cada mano y *Cortana* a la espalda. Los miró

con el rostro tenso.

—Iarlath me dijo algo cuando estaba... azotándome —explicó—. Que los cazadores de sombras no saben en quién confían. Se refería a Malcolm, ¿verdad?

—Seguramente —respondió Kieran—. Malcolm es la mano en la sombra que ha dirigido a los Seguidores, y él mató a tus padres hace cinco años.

—¿Por qué? —Emma estaba rígida. Julian deseaba tanto acercarse a ella que era como un dolor—. ¿Por qué mató a mis padres?

—¿Según lo entiendo yo? —preguntó Kieran, y había un tono de lástima en su voz—. Fue un experimento. Para ver si el hechizo funcionaba.

Emma se quedó sin habla. Julian hizo la pregunta que ella no era capaz de formular:

—¿Qué quieres decir con un experimento?

—Hace años, Iarlath fue uno de los seres mágicos que se aliaron con Sebastian Morgenstern —explicó Kieran—. También era amigo de Malcolm. Como seguramente sepáis, hay ciertos libros que los brujos tienen prohibido poseer, pero que se pueden encontrar en algunas de las bibliotecas de los cazadores de sombras. Tomos de nigromancia y cosas así. Uno de ellos es el *Libro Negro de los Muertos*.

—Ese es el que se menciona en el poema —exclamó Dru. Aunque aún tenía la cara surcada de lágrimas, se había puesto su traje de combate y se estaba trenzando el cabello cuidadosamente para mantenerlo apartado de la cara. A Julian se le partió el corazón al verla así—. «Como sea, el libro negro has de hallar».

—Hay muchos libros negros —repuso Kieran—. Pero ese era el que Malcolm quería. Una vez el Instituto estuvo vacío de cazadores de sombras y Sebastian se hubo marchado, Malcolm aprovechó la oportunidad para colarse aquí y robar el libro de la biblioteca. Después de todo, ¿cuándo si no iba a estar el Instituto sin vigilar y con la puerta abierta? Lo cogió, encontró el hechizo que buscaba y vio que requería sacrificar a cazadores de sombras. Entonces fue cuando tus padres regresaron al Instituto, Emma.

—Y los mató —concluyó ella—. Por un hechizo. —Soltó una carcajada, corta y amarga—. ¿Y al menos funcionó?

—No —respondió Kieran—. Fracasó, así que dejó los cuerpos en el océano, sabiendo que achacarían los asesinatos a Sebastian.

—¿Iarlath te ha contado todo esto? —El rostro de Mark mostraba suspicacia.

—Seguí a Iarlath a la corte noseelie y oí lo que dijo allí. —Kieran trató de encontrarse con la mirada de Mark, pero este la apartó deliberadamente—. El resto es lo que le exigí que me contara a punta de cuchillo. Malcolm tenía que confundiros y engañaros para que no os dierais cuenta de lo que estaba haciendo, y para eso empleó a Johnny Rook. Quería que os embarcarais en una investigación que acabaría sin dar fruto. La presencia de Mark haría que no quisierais pedir ayuda a la Clave ni a los Hermanos Silenciosos, y por tanto el trabajo de Malcolm con los Seguidores quedaría protegido: su intento de arrebatarse de entre los muertos a su antiguo amor. Cuando

Malcolm hubiera hecho lo que necesitaba hacer, cogería a un Blackthorn, porque la muerte de un Blackthorn sería la última clave del hechizo.

—Pero Iarlath no tiene el poder de autorizar una legación de hadas que haga algo de esa magnitud —replicó Mark—. Solo es un cortesano, no alguien que pueda darle órdenes a Gwyn. ¿Quién dio el permiso para que ocurriera esto?

Kieran sacudió su oscura melena.

—No lo sé. Iarlath no me lo dijo. Podría haber sido mi padre, el rey, o podría haber sido incluso Gwyn...

—Gwyn no haría una cosa así —protestó Mark—. Gwyn tiene honor, y no es cruel.

—¿Y qué hay de Malcolm? —preguntó Livvy—. Pensaba que tenía honor; ¡creía que era nuestro amigo! Adora a Tavvy; se ha pasado horas jugando con él; le ha regalado juguetes. No podría matarlo. No podría.

—Es el responsable de la muerte de una docena de personas, Livvy —le recordó Julian—. Tal vez de más.

—La gente es más de una cosa —dijo Mark, y sus ojos pasaron por encima de Kieran mientras hablaba—. Los brujos también.

Emma seguía con los cuchillos serafines en las manos. Julian podía sentir lo que su *parabatai* estaba sintiendo, como siempre, como si su corazón fuera el espejo del de ella: el ardor de la furia alzándose por encima de la asfixiante sensación de desesperación y pérdida. Quería acercarse a Emma más que nada en el mundo, pero no confiaba en sí mismo lo suficiente para hacerlo delante de los otros.

Podrían ver claramente sus auténticos sentimientos en el momento en que la tocara. Y de ninguna manera iba a arriesgarse ahora, no cuando se lo estaba comiendo vivo el miedo que sentía por su hermano, un miedo que no podía mostrar para no desmoralizar al resto de su familia.

—Todos somos más de una cosa —dijo Kieran—. Somos más que las acciones individuales que realizamos, tanto buenas como malas. —Sus ojos resplandecieron, plata y negro, al mirar a Mark.

Incluso en esa sala llena de cosas de cazadores de sombras, el salvajismo de la Cacería y de Feéra emanaba de Kieran como el olor de la lluvia o de las hojas. Era el salvajismo que Julian a veces sentía en Mark, aunque había disminuido desde su regreso con ellos, pero que se mostraba en breves destellos, como fogonazos vistos desde la distancia. Por un momento le parecieron dos criaturas salvajes, incongruentes con lo que los rodeaba.

—El poema escrito en los cuerpos —dijo Cristina—. El que menciona el libro negro. La historia dice que se le dio a Malcolm en la corte noseelie.

—Lo mismo cuentan las historias de las hadas —afirmó Kieran—. Al principio se le dijo a Malcolm que su amor se había convertido en una Hermana de Hierro. Después descubrió que su familia la había asesinado. La emparedaron viva en una tumba. Eso le hizo buscar al rey de la corte noseelie y preguntarle si había alguna

manera de resucitar a los muertos. El rey le dio ese verso. Eran instrucciones; solo que tardó casi un siglo en saber cómo seguirlas y en encontrar el libro negro.

—Por eso la biblioteca quedó destrozada después del ataque —concluyó Emma—. Para que nadie notara que faltaba ese libro, si es que alguna vez alguien lo buscaba. Se perdieron tantos volúmenes...

»¿Por qué Iarlath permitió a Malcolm decirles a los Seguidores que podían asesinar hadas además de humanos? —inquirió Emma—. Si estaba realmente aliado con Malcolm...

—Eso era algo que quería Iarlath. Tiene muchos enemigos en las Cortes. Era un modo rápido de deshacerse de algunos de ellos. Malcolm hizo que los Seguidores los mataran y así los asesinatos no se podrían rastrear hasta Iarlath. Que un hada mate a otra de la nobleza es un crimen muy negro.

—¿Dónde se encuentra el cuerpo de Annabel? —preguntó Livvy—. ¿No lo enterrarían en Cornwall? ¿No la habrían emparedado allí, en «su tumba junto al fragoroso mar»?

—Las convergencias están fuera del espacio y el tiempo —explicó Kieran—. La propia convergencia no está aquí ni en Cornwall ni en ningún otro espacio real. Se halla entre lugares, como la propia Feéra.

—Probablemente se puede entrar también por Cornwall; por eso esas plantas crecen en la entrada —aventuró Mark.

—¿Y cuál es la conexión con el poema «Annabel Lee»? —quiso saber Ty—. El nombre de Annabel, la similitud de las historias... Parece más que simple coincidencia.

El príncipe hada solo negó con la cabeza.

—Únicamente sé lo que me dijo Iarlath y lo que pertenece al folclore de las hadas. Ni siquiera conocía el nombre de Annabel ni sabía nada sobre ese poema mundano.

Mark se volvió hacia Kieran.

—¿Dónde está ahora Iarlath?

Los ojos de Kieran parecían centellear cuando le devolvió la mirada.

—Estamos perdiendo el tiempo. Deberíamos dirigirnos a la convergencia.

—Tiene razón. —Diego estaba completamente equipado: traje de combate, varias espadas, un hacha, cuchillos arrojadizos en el cinturón. Llevaba una capa negra sobre el traje, abrochada en el hombro con el alfiler de los centuriones, un pequeño broche con un dibujo de un palo sin hojas y las palabras *Primi Ordines*. Hizo que Julian se sintiera mal vestido—. Debemos ir a la convergencia de las líneas ley y detener a Fade...

Julian miró a su alrededor, a Emma y a Mark, y luego a Ty y Livvy, y finalmente a Dru.

—Sé que a Malcolm lo conocemos de toda la vida. Pero es un asesino y un mentiroso. Los brujos son inmortales, pero no invulnerables. Cuando lo veáis,

clavadle la hoja en el corazón.

Se hizo el silencio.

—Mató a mis padres —dijo Emma—. Yo seré quien le arranque el corazón.

Kieran alzó las cejas, pero no dijo nada.

—Jules. —Mark se había puesto a su lado. El pelo, que Cristina le había cortado, estaba enmarañado y tenía ojeras. Pero había fuerza en la mano que le puso a Julian sobre el hombro—. ¿Me colocarás una runa, hermano? Porque es mi temor que sin ella, en esta batalla estaré en desventaja.

La mano de Julian fue automáticamente a la estela. Pero se detuvo.

—¿Estás seguro?

Mark asintió en silencio.

—Es hora de olvidarse de las pesadillas. —Se desabrochó el cuello de la camisa y dejó el hombro al descubierto—. Valor —dijo, nombrando la runa— y agilidad.

Los otros estaban discutiendo sobre el modo más rápido de llegar a la convergencia, pero Julian notó que tanto Emma como Kieran lo miraban mientras le ponía a Mark una mano en la espalda y con la otra comenzaba a dibujarle cuidadosamente las dos runas. Al primer pinchazo de la estela, Mark se tensó, pero se relajó inmediatamente y dejó escapar el aire con suavidad.

Cuando Julian hubo terminado, bajó las manos. Mark se irguió y se volvió para marcharse. Aunque no había derramado lágrimas, sus ojos de diferente color brillaban. Por un momento no hubo nadie más en el mundo que Julian y su hermano.

—¿Por qué? —preguntó Julian.

—Por Tavvy —contestó Mark, y de repente, en el gesto de su boca, en la curva de la decidida línea del mentón, Julian se vio a sí mismo—. Y —añadió Mark— porque soy un cazador de sombras. —Miró a Kieran, que los observaba como si la estela le hubiera quemado su propia piel. El amor y el odio tenían sus propios lenguajes secretos, pensó Julian, y Mark y Kieran se estaban hablando en alguno de ellos, en ese momento—. Porque soy cazador de sombras —repitió mientras se erguía y se abotonaba el cuello con los ojos desafiantes—. ¡Porque soy cazador de sombras!

Kieran se apartó de la mesa casi violentamente.

—Os he contado todo lo que sé —dijo—. No hay más secretos.

—Así que supongo que ya te vas —replicó Mark—. Gracias por tu ayuda, Kieran. Si regresas a la Cacería, dile a Gwyn que no voy a volver. Nunca, sin importar las reglas que decreten. Juro que...

—No lo jures —lo interrumpió Kieran—. No sabes cómo pueden cambiar las cosas.

—Basta. —Mark comenzó a alejarse.

—He traído mi corcel conmigo —dijo Kieran. Le hablaba a Mark, pero todos los demás escuchaban—. Un corcel hada de la Cacería puede alzarse en el aire. Los caminos no hacen más lento nuestro viaje. Cabalgaré por delante y retrasaré lo que está ocurriendo en la convergencia hasta que lleguéis.

—Iré contigo —dijo Mark secamente.

Todos lo miraron sorprendidos.

—Ummm —repuso Emma—. Intenta no acuchillarlo de camino, Mark. Podemos necesitarlo.

—Por muy agradable que suene eso, no es lo que tenía pensado —replicó Mark—. Dos guerreros son mejor que uno.

—Bien pensado —exclamó Cristina metiéndose sus dos navajas mariposa en el cinturón. Emma había acabado de colgarse el último de sus cuchillos serafines.

Julian notó el familiar frío anterior a la batalla en las venas.

—Vamos.

Mientras se dirigían hacia la planta baja, Julian se encontró al lado de Kieran. Se le erizó el pelo de la nuca. Kieran era algo extraño: magia salvaje, el abandono asesino de la Cacería. No consiguió imaginar qué habría visto Mark en él para amarlo.

—Tu hermano se equivocaba contigo —dijo Kieran mientras descendían la escalera de la entrada.

Julian miró a su alrededor, pero nadie parecía estar escuchándolos. Emma iba con Cristina; los mellizos, juntos como siempre, y Dru hablaba tímidamente con Diego.

—¿Qué quieres decir? —preguntó suspicaz. Había aprendido en el pasado a no fiarse de los seres mágicos, de sus trampas verbales y de sus falsas implicaciones.

—Dijo que eras bueno —contestó Kieran—. La persona más buena que conocía. —Sonrió, y había una fría belleza en su rostro al hacerlo, como la cristalina superficie de la escarcha—. No eres bueno. Tienes un corazón despiadado.

Julian guardó silencio durante un largo momento, oyendo solo los pasos sobre los escalones. Al llegar al último se volvió.

—Pues no lo olvides —le dijo, y se apartó de él.

«Porque soy cazador de sombras».

Mark se hallaba con Kieran en la extensión de hierba que llevaba al acantilado y luego al mar. El Instituto se alzaba tras ellos, oscuro y sin luces, aunque desde allí, por lo menos, el agujero del techo no era visible.

Kieran se llevó los dedos a la boca y silbó; un sonido dolorosamente familiar para Mark. Solo ver a Kieran era suficiente para que le palpitara el corazón; desde su porte, porque cada uno de los movimientos de su cuerpo hablaba de su formación temprana en la Corte, hasta el modo en que el cabello le había crecido desde que Mark no estaba allí para cortárselo, y los mechones azul oscuro que le caían sobre los ojos y se le enredaban con las largas pestañas. Mark recordó que le encantaban la curva y el movimiento de esas pestañas. Recordó la sensación que le producían en la piel.

—¿Por qué? —preguntó Kieran. Estaba un poco apartado de Mark, sin mirarlo

directamente, rígido, como si esperara que lo abofetearan—. ¿Por qué vienes conmigo?

—Porque tengo que vigilarte —contestó Mark—. Antes confiaba en ti. Ahora no puedo hacerlo.

—Esa no es la verdad —replicó Kieran—. Te conozco, Mark. Sé cuándo mientes.

Se volvió hacia él. Se dio cuenta de que siempre había tenido un poco de miedo de Kieran: del poder de su rango, de su inquebrantable seguridad en sí mismo. Ese miedo había desaparecido, y no sabía decir si era debido a la runa de valor que tenía en el hombro o porque ya no necesitaba con desesperación que Kieran viviera. Desearlo, amarlo..., esas eran cuestiones diferentes. Pero él podía sobrevivir tanto si Kieran vivía como si no. Era cazador de sombras.

—Vale —repuso Mark, y supo que debería haber dicho «muy bien», pero ese lenguaje, el elevado discurso de la tierra de las hadas, ya no estaba en él, no latía en su sangre—. Te diré por qué he querido venir contigo...

Hubo un destello blanco. *Windspear* se alzó por encima del pequeño promontorio y fue hacia ellos en respuesta a la llamada de su amo. Relinchó al ver a Mark y le tocó el hombro con el morro.

Mark le acarició el cuello. Cien veces los había llevado a Kieran y a él en la Cacería, cien veces habían compartido una única montura y cabalgado juntos, luchado juntos, y mientras Kieran subía a lomos del caballo, esa familiaridad fue como garfios bajo la piel de Mark.

Kieran lo miró desde arriba: un príncipe de pies a cabeza a pesar de sus ropas manchadas de sangre. Sus ojos entrecerrados destellaban en plata y negro.

—Pues dímelo.

Mark notó la runa de agilidad arderle en la espalda cuando se subió detrás de Kieran. Automáticamente, lo rodeó con los brazos y le puso las manos donde siempre las había puesto: sobre el cinturón de Kieran. Notó que este inhalaba con fuerza.

Deseó apoyar la cabeza sobre el hombro de Kieran. Deseo poner las manos sobre las de él y enlazar los dedos con los suyos. Deseó sentir lo que había sentido viviendo en la Cacería: que con Kieran estaba a salvo, que en Kieran tenía a alguien que nunca lo dejaría.

Pero había cosas peores que ser abandonado.

—Porque deseaba cabalgar contigo en la Cacería una última vez —respondió Mark.

Notó que Kieran se encogía. Luego el príncipe hada se inclinó hacia delante, y Mark le oyó decir unas cuantas palabras a *Windspear* en el idioma de las hadas. Cuando el caballo comenzó a galopar, Mark llevó la mano atrás para tocarse el lugar donde Julian le había colocado las runas. Había sentido un instante de pánico cuando la estela lo había tocado y luego una calma que fluía a través de él, sorprendiéndolo.

Quizá su piel sí fuera el lugar para las runas del cielo. Quizá había nacido para llevarlas, después de todo.

Se agarró con fuerza a Kieran mientras *Windspear* se alzaba hacia el cielo, los cascos pisoteando el aire. Y el Instituto iba quedando muy por debajo de ellos.

Cuando Emma y los otros llegaron a la convergencia, Mark y Kieran ya estaban allí. Salieron de entre las sombras sobre el lomo de un maravilloso corcel blanco que hizo que Emma pensara en todas las veces durante su infancia en las que había querido tener un caballo.

El coche se detuvo. El cielo estaba vacío de nubes, y la luz de la luna era afilada y plateada como un cuchillo. Recortaba las formas de Mark y Kieran, los transformaba en las siluetas brillantemente iluminadas de los caballeros hada. Ninguno de los dos parecía humano.

El camino que llegaba hasta el acantilado estaba engañosamente tranquilo bajo la luna. El amplio espacio de arbustos de hierba marina y salvia se agitaba en suaves ondas. Las colinas de granito se alzaban por encima de todo eso. El oscuro hueco en la pared parecía llamarlos para que se acercaran.

—Hemos matado muchos Mantid —dijo Mark. Sus ojos se encontraron con los de Emma—. Os hemos limpiado el camino.

Kieran tenía el cejo fruncido, el rostro medio escondido por el oscuro cabello. Mark se sujetaba con las manos del cinturón de Kieran. Como si de repente lo recordara, se soltó y se dejó caer al suelo.

—Será mejor que entremos —propuso Mark. Alzó el rostro hacia Kieran—. *Windspear* y tú quedaos a hacer guardia.

—Pero yo... —comenzó Kieran.

—Esto es un asunto de la familia Blackthorn —dijo Mark en un tono que no admitía réplica.

Kieran miró a Cristina y a Diego, abrió la boca como para protestar, y luego la volvió a cerrar.

—Revisad las armas, todos —indicó Julian—. Luego entramos.

Todos, incluso Diego, revisaron obedientemente sus cinturones y sus trajes. Ty sacó un cuchillo serafín más del maletero del coche. Mark revisó el traje de Dru, y le recordó de nuevo que su misión era ir detrás de los otros y mantenerse cerca.

Emma se desabrochó el protector del brazo y se remangó. Le tendió el brazo a Julian. Él le miró el brazo desnudo, luego a los ojos, y asintió.

—¿Cuál?

—Resistencia —contestó ella.

Ya llevaba runas de valor y puntería, también de precisión y curación. Sin embargo, el Ángel nunca había dado a los cazadores de sombras runas contra el dolor emocional; no había runas para curar un corazón roto.

La idea de que la muerte de sus padres hubiera sido un experimento fallido, un sinsentido inútil, le dolía más de lo que se hubiera podido imaginar. Todos esos años

pensando que habían muerto por alguna razón, pero no había ninguna en absoluto. Solo fueron los cazadores de sombras que estaban más a mano.

Julian la cogió del brazo con suavidad, y ella sintió la presión, bienvenida y familiar, de la punta de la estela sobre la piel. Mientras la runa se iba formando, parecía ir fluyendo directamente a sus venas, como un chorro de agua fría.

Resistencia. Tendría que resistir esa información, superarla. Lo haría por Tavvy, pensó. Por Julian. Por todos ellos. Y quizá, al final, conseguiría su venganza.

Julian bajó la mano. La miraba con los ojos muy abiertos por la sorpresa. La Marca le destacaba sobre la piel con un brillo que Emma nunca había visto antes, como si los bordes ardieran. Se bajó la manga rápidamente porque no quería que nadie más lo viera.

En el borde del acantilado, el caballo blanco de Kieran se encabritó recortado contra la luna. El mar rompía en la distancia. Emma se volvió y avanzó con decisión hacia la abertura de la roca.

TUMBA JUNTO AL FRAGOROSO MAR

Emma y Julian se pusieron al frente al entrar en la cueva, y Mark se ocupó de la retaguardia. Nada había variado, el túnel era estrecho al principio y el suelo estaba salpicado de guijarros irregulares. Pero ahora todas esas piedras estaban como removidas, muchas de ellas apartadas a los lados. Emma no se había atrevido a encender la luz mágica, pero incluso en las tinieblas veía puntos donde el musgo que crecía por las paredes de la cueva había sido arañado por dedos humanos.

—Ha pasado gente por aquí hace poco —murmuró Emma—. Mucha gente.

—¿Los Seguidores? —preguntó Julian en voz baja.

Emma hizo un gesto con la cabeza. No lo sabía. Notaba frío, la clase de frío bueno, el frío de la batalla, que partía del estómago y se extendía hacia fuera. El frío que le aguzaba la visión y parecía ralentizar el tiempo a su alrededor, de modo que tenía infinitas horas para corregir la trayectoria del cuchillo serafín, el ángulo de la espada...

Llegaron a la caverna de alto techo. Emma se detuvo de golpe y los otros la rodearon. Nadie dijo nada.

La cueva no era como Emma la recordaba. La iluminación era muy tenue y daba la impresión de ser un inmenso espacio que se perdía en la oscuridad. Las cristaleras habían desaparecido. Grabadas en las paredes de piedra de la caverna, cerca de ella, podían leerse las palabras del poema que tan bien conocían ya. Emma veía frases aquí y allá, destellando hacia ella.

*Yo era un niño y ella una niña,
en este reino junto al mar,
pero nos amábamos con un amor que era más que amor
mi Annabel Lee y yo,
con un amor que los alados serafines del cielo
nos envidiaban a ella y a mí.*

«Los alados serafines del cielo».

Cazadores de sombras.

La luz mágica de Julian se encendió e iluminó el espacio, y Emma ahogó un grito.

Ante ellos había una mesa de piedra. Se alzaba hasta la altura del pecho, áspera e irregular. Parecía haber sido tallada en lava. Un amplio círculo dibujado con tiza blanca la rodeaba.

Sobre la mesa se hallaba Tavvy. Parecía dormido, con el rostro tranquilo y relajado, los ojos cerrados. Estaba descalzo y tenía los tobillos y las muñecas sujetos con cadenas fijadas con unos aros de hierro a las patas de piedra de la mesa.

Un cuenco de metal, salpicado de inquietantes marcas, se hallaba a la altura de su corazón. Junto a él había un cuchillo de cobre con el filo serrado.

La luz mágica penetró en las sombras que parecían colgar en la caverna como algo vivo. Emma se preguntó qué tamaño tendría realmente la cueva, y cuánto de lo que veían era una ilusión cambiante.

Livvy susurró el nombre de su hermano y quiso correr hacia él. Julian la agarró y la hizo retroceder. Ella se debatió, incrédula, entre sus manos.

—Tenemos que salvarlo —dijo con voz tenue—. Tenemos que llegar a él...

—Hay un círculo de protección —le respondió Julian, también en un susurro—. Lo han dibujado en el suelo a su alrededor. Si lo traspasas, podría matarte.

Alguien murmuraba muy bajito una plegaria. Cristina.

Mark se había tensado.

—Silencio —dijo—. Viene alguien.

Hicieron lo que pudieron para fundirse con las sombras. La luz de Julian se apagó.

Una silueta salió de la oscuridad. Alguien cubierto con una larga túnica negra y una capucha que le ocultaba el rostro. De elevada estatura y con las manos enfundadas en guantes negros. «Siempre se ha presentado cubierto por una túnica, con guantes y la capucha subida, ¿vale? Totalmente cubierto».

A Emma se le aceleró el corazón.

Aquella persona se acercó a la mesa, y el círculo de protección se abrió como un candado; las runas se desvanecieron hasta dejar un espacio por el que poder pasar. Con la cabeza gacha, el encapuchado se acercó a Tavvy.

Y siguió acercándose. Emma sintió a los Blackthorn que lo rodeaban, su miedo, como si fuera algo vivo. Notó el sabor de la sangre en la boca. Se estaba mordiendo el labio con fuerza, deseando lanzarse, arriesgarse con el círculo, agarrar a Tavvy y salir corriendo.

Livvy se soltó de Julian y corrió al centro de la caverna.

—¡No! —gritó—. Aléjate de mi hermano o te mataré, te mataré...

El encapuchado se detuvo de golpe. Lentamente alzó la cabeza. La capucha cayó hacia atrás liberando un cabello largo y ondulado. El familiar tatuaje de un *koi* destelló sobre su piel oscura.

—¿Livvy?

—¿Diana? —exclamó Ty, expresando la misma incredulidad que sentía su hermana. Livvy se había quedado muda.

Diana se apartó de golpe de la mesa, mirándolo.

—¡Por el Ángel! —exclamó en voz baja—. ¿Cuántos habéis venido?

Fue Julian quien contestó. Su voz era tranquila, aunque Emma notaba el esfuerzo

que le estaba costando controlarla. Diego estaba inclinado hacia delante, con los ojos entrecerrados. «Jace Herondale y los Lightwood fueron traicionados por su propio profesor».

—Todos —contestó Julian.

—¿Incluso Dru? No sabéis lo peligroso que es... Julian, tienes que sacarlos a todos de aquí.

—No sin Tavvy —replicó Emma—. Diana, ¿qué demonios estás haciendo? Nos dijiste que estabas en Tailandia.

—Si estuvo allí, nadie del Instituto de Bangkok lo sabía —informó Diego—. Lo comprobé.

—Nos has mentido —dijo Emma. Y recordó a Iarlath diciendo: «Estúpidos cazadores de sombras, demasiado ingenuos para saber en quién confiar». ¿Se habría referido a Malcolm o a Diana?—. Y no has estado por aquí durante toda la investigación, como si estuvieras ocultándonos algo...

Diana se echó hacia atrás.

—Emma, no, no es eso.

—Entonces ¿qué es? Porque no consigo imaginar qué razón puedes tener para estar aquí...

Se oyó un ruido. Pasos que se acercaban desde las sombras. Diana agitó una mano.

—Rápido... ocultaos...

Julian agarró a Livvy y volvió a meterla entre las sombras justo cuando aparecía Malcolm.

Malcolm.

Tenía el mismo aspecto de siempre. Un poco descuidado, en vaqueros y una chaqueta blanca de lino que le hacía juego con el pelo. En la mano llevaba un libro negro grande atado con una cinta de cuero.

—Eres tú —susurró Diana.

Malcolm la miró con calma.

—Diana Wrayburn —dijo en un cantarín tono de sorpresa—. Vaya, vaya. No esperaba encontrarte aquí. Pensaba que habías huido.

Diana se puso ante él.

—Yo no huyo.

Malcolm pareció mirarla de nuevo, comprobar lo cerca que estaba de Tavvy.

—Apártate del niño.

Diana no se movió.

—Hazlo —insistió él mientras se metía el *Libro Negro* bajo la chaqueta—. De todas formas, no es nada tuyo. Tú no eres una Blackthorn.

—Soy su instructora. Ha crecido bajo mi tutela.

—¡Venga ya! —exclamó Malcolm—. Si esos niños te importaran, hace años que habrías aceptado dirigir el Instituto. Pero supongo que todos sabemos por qué no lo

has hecho.

Malcolm sonrió irónico. Esa sonrisa le transformó todo el rostro. Si Emma hubiera tenido aún alguna duda sobre su culpabilidad, sobre la historia que Kieran les había contado, se habría desvanecido en ese momento. Los rasgos de su rostro parecieron endurecerse. Había crueldad en esa sonrisa, enmarcada sobre un fondo de tristeza resonante e infinita.

Una llamarada surgió de la mesa, una ráfaga de fuego. Diana soltó un grito y se precipitó hacia atrás, fuera del círculo protector. Este volvió a sellarse tras ella. Se equilibró y se lanzó hacia Tavvy, pero esta vez el círculo se mantuvo cerrado; rebotó contra él como si hubiera una pantalla de cristal, y salió tambaleándose hacia atrás.

—Nada humano puede cruzar esta barrera —dijo Malcolm—. Supongo que tenías un amuleto que te ha permitido pasar la primera vez, pero no volverá a funcionar. No deberías haber vuelto.

—Es imposible que esperes tener éxito, Malcolm —jadeó Diana. Se cogía el brazo izquierdo con la mano derecha; parecía haber sufrido una quemadura—. Si matas a un cazador de sombras, los nefilim te perseguirán durante el resto de tus días.

—Ya me persiguieron hace doscientos años. Y la mataron a ella —replicó Malcolm—. No les tengo miedo, ni a su justicia injusta ni a sus leyes ilegales...

—Comprendo tu dolor, Malcolm —dijo Diana, midiendo las palabras—, pero...

—¿De verdad lo comprendes, Diana Wrayburn? —rugió él, y luego su voz se suavizó—. Tal vez sí. Tú también has sufrido la injusticia y la intolerancia de la Clave. Si no hubieras venido aquí... Desprecio a los Blackthorn, no a los Wrayburn. Siempre me has caído muy bien.

—Te caía bien porque pensabas que temía demasiado a la Clave para investigarte a fondo —replicó Diana dándole la espalda—, para sospechar de ti.

Por un momento quedó frente a Emma y los otros. Les dijo «huid» solo con los labios, y de nuevo se volvió hacia Malcolm.

Emma no se movió, pero oyó movimiento a su espalda. Era muy leve; de no haber llevado una runa que le agudizaba el oído le habría resultado inaudible. La sorprendió descubrir que el movimiento era de Julian, que desaparecía de su lado. Mark iba con él. En silencio, regresaron al túnel.

Emma quiso llamar a Julian, preguntarle qué estaba haciendo, pero no podía hablar sin alertar a Malcolm. Este seguía avanzando hacia Diana. En un momento llegaría a un punto desde el que podría verlos. Emma llevó la mano a la empuñadura de *Cortana*. Ty agarraba un cuchillo con fuerza; Livvy empuñaba su sable y mostraba una expresión de determinación en el rostro.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Malcolm—. ¿Ha sido Rook? No creía que hubiera supuesto mi identidad. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. No. No estabas segura cuando llegaste aquí. Solo lo sospechabas... —Su boca se curvó hacia abajo—. Fue Catarina, ¿no es cierto?

Diana estaba plantada con los pies separados y la cabeza hacia atrás. La postura

de un guerrero.

—Cuando se descifró la segunda línea del poema y oí lo de «la sangre Blackthorn» me di cuenta de que no estábamos buscando a un asesino de mundanos y hadas, sino que se trataba de la familia Blackthorn. Y es probable que nadie sepa más sobre antiguos rencores que Catarina. Fui a verla.

—Y no podías decirles a los Blackthorn adónde ibas porque tendrías que haberles explicado la razón por la que conoces a Catarina —siguió Malcolm—. Es enfermera, enfermera de mundanos. ¿Cómo crees que descubrí...?

—No te dije nada de mí, Malcolm —lo cortó Diana—. Sabe guardar secretos. Lo que me dijo de ti fue solo lo que se sabía: que habías amado a una joven nefilim y que ella se había convertido en una Hermana de Hierro. Nunca había dudado de esa historia porque, por lo que ella sabía, tú tampoco habías dudado nunca. Pero en cuanto me dijo eso, fui a comprobarlo con las Hermanas de Hierro. Ninguna chica nefilim con ese pasado había estado entre ellas. Recordé lo que Emma nos había dicho que había encontrado aquí: la ropa, el candelabro. Catarina fue al Laberinto Espiral y yo vine aquí...

—Y Catarina te dio el amuleto que te ha permitido atravesar el círculo —aventuró Malcolm—. Una pena que lo hayas malgastado. ¿Tenías un plan o solo has corrido hasta aquí dejándote llevar por el pánico?

Diana no dijo nada. Su rostro parecía tallado en piedra.

—Ten siempre un plan —dijo Malcolm—. Yo, por ejemplo, llevo años trazando mi plan actual. Y ahora aquí estás, la proverbial mosca en la sopa. Supongo que lo único que puedo hacer es matarte, aunque no lo tenía pensado. Denunciarte a la Clave habría sido tan divertido...

Algo plateado apareció en la mano de Diana. Una estrella arrojadiza de puntas afiladas. La lanzó contra Malcolm. En un instante este se hallaba en su trayectoria, pero al siguiente se encontraba al otro lado de la cueva. La estrella arrojadiza golpeó la pared de la cueva y cayó al suelo, donde se quedó brillando.

Malcolm soltó un siseo, como un gato enfadado. Le saltaron chispas de los dedos. Diana se vio en el aire y lanzada contra la pared. Luego cayó al suelo, donde los brazos se le quedaron pegados al cuerpo. Rodó para sentarse, pero cuando trató de levantarse las rodillas le cedieron, incapaces de sostener su peso. Se debatió, intentando deshacerse de las invisibles ataduras.

—No podrás moverte —dijo Malcolm con voz aburrida—. Estás paralizada. Podría haberte matado al instante, claro, pero bueno, estoy a punto de realizar un gran truco, y todo truco merece un público.

De repente, la caverna se inundó de luz. Las espesas sombras de detrás de la mesa de piedra se disolvieron, y Emma pudo ver que la caverna penetraba más y más adentro en la montaña; había largas filas de asientos, colocados pulcra y ordenadamente, como los bancos de una iglesia, y estaban llenos de gente.

—Seguidores —murmuró Ty.

Solo los había visto una vez, desde la ventana del Instituto, pensó Emma, y se preguntó qué opinaría de ellos viéndolos de cerca. Resultaba raro pensar que Malcolm había dirigido a esa gente, que había tenido tanto poder sobre ellos que habrían hecho cualquier cosa por él; Malcolm, al que todos consideraban un poco tonto, alguien que se ataba juntos los cordones de las botas.

Los Seguidores estaban sentados muy quietos, con los ojos abiertos como platos y las manos sobre el regazo, como filas de muñecas. Emma reconoció a Belinda y a algunos de los que habían ido a buscar a Sterling. Tenían la cabeza inclinada hacia un lado. Un gesto de interés, pensó Emma, hasta que se dio cuenta de que el ángulo era muy raro y supo que no era fascinación lo que los mantenía en tal silencio y quietud. Era que tenían el cuello roto.

Alguien avanzó y le puso una mano en el hombro. Era Cristina.

—Emma —le susurró—. Debemos atacar. Diego cree que podemos rodear a Malcolm, que somos los suficientes para derrotarlo...

Emma estaba como paralizada. Quería correr hacia delante, saltar sobre Malcolm. Pero notaba algo que le rondaba por la cabeza, como una voz insistente, diciéndole que esperara. No eran sus propias dudas. Si no hubiera sabido que era imposible, si no pensara que eso significaría que se estaba volviendo loca, habría dicho que era la voz de Julian.

«Emma, espera. Por favor, espera».

—Espera —susurró.

—¿Esperar? —La ansiedad de Cristina era palpable—. Emma, tenemos que...

Malcolm volvió a entrar en el círculo. Estaba cerca de los pies de Tavvy, que parecían desnudos y vulnerables bajo la luz. Cogió el objeto envuelto en una tela que se encontraba al final de la mesa y lo desenvolvió.

Era el candelabro que Emma recordaba, el de latón que no tenía velas. Se había convertido en algo mucho más macabro. Sobre la punta de cada brazo había clavada una mano cortada por la muñeca. Dedos rígidos y sin vida alzados hacia el techo.

Una de las manos llevaba un anillo con una deslumbrante piedra rosa. La de Sterling.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó Malcolm con un tono de regodeo en la voz—. ¿Lo sabes, Diana?

Esta alzó la mirada. Tenía el rostro hinchado y ensangrentado.

—Manos de Gloria —contestó con voz quebrada.

Malcolm pareció complacido.

—Tardé bastante en descubrir que era esto lo que necesitaba —explicó—. Por eso mi prueba con la familia Carstairs no funcionó. El hechizo requería mandrágora, y pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que la palabra «mandrágora» era una forma de decir *main de gloire*, Mano de Gloria. —Mostró una sonrisa complacida—. Lo más negro de la magia negra.

—Por el modo en que están hechas —dijo Diana—. Son manos de asesinos.

Manos que han matado. Solo una mano que ha arrebatado una vida humana puede ser una Mano de Gloria.

—Ah. —La susurrada exclamación en la oscuridad procedía de Ty, que miraba con los ojos muy abiertos de asombro—. Ahora lo entiendo. Lo entiendo.

Emma se volvió hacia él. Estaban apretándose contra paredes opuestas en el túnel, mirándose los unos a los otros. Livvy estaba junto a Ty. Diego a su otro lado.

Dru y Cristina se hallaban junto a Emma.

—Diego dijo que era raro —continuó Ty con un mínimo susurro— que las víctimas de los asesinatos fueran una mezcla de humanos y hadas. Es porque las víctimas nunca tuvieron importancia. Malcolm no quería víctimas, quería asesinos. Por eso los Seguidores necesitaban recuperar a Sterling, y por eso Belinda le cortó las manos y se las llevó. Y por eso mismo Malcolm le dejó hacerlo. Necesitaba las manos de los asesinos, la mano con la que habían matado, para poder hacer esto. Belinda se llevó las dos manos porque no sabía con cuál había matado y no se lo podía preguntar.

«Pero ¿por qué? —habría querido preguntar Emma—. ¿Por qué quemarlos, ahogarlos, las marcas, los rituales? ¿Por qué?». Pero tenía miedo de que si abría la boca se le escaparía un grito de furia.

—Esto está mal, Malcolm. —La voz de Diana era ahogada pero firme—. He pasado días hablando con los que te conocen desde hace años. Catarina Loss. Magnus Bane. Me dijeron que eras un hombre bueno y agradable. No pueden ser todo mentiras.

—¿Mentiras? —Malcolm alzó la voz—. ¡Tú quieres hablarme de mentiras! Me mintieron sobre Annabel. Dijeron que se había convertido en una Hermana de Hierro. Todos me dijeron la misma mentira: Magnus, Catarina, Tessa. Fue gracias a un hada que descubrí que todos me habían mentido. Supe por un hada lo que realmente le había pasado a Annabel. Para entonces ya llevaba mucho tiempo muerta. ¡Los propios Blackthorn asesinaron a los suyos!

—Eso pasó hace generaciones. El niño que tienes encadenado a la mesa nunca conoció a Annabel. No son esos Blackthorn los que te hicieron daño, Malcolm. No son ellos los que te arrebataron a Annabel. Son inocentes.

—¡Nadie es inocente! —gritó Malcolm—. ¡Era una Blackthorn! ¡Annabel Blackthorn! Me amaba y ellos se la llevaron; se la llevaron y la emparedaron, y ella murió allí, en la tumba. ¡Eso me hicieron, y no los perdono! ¡Nunca los perdonaré! —Respiró hondo, tratando de calmarse—. Trece Manos de Gloria y sangre Blackthorn. Eso la traerá de vuelta, y volverá a estar conmigo.

Se volvió hacia Tavvy, dando casi la espalda a Diana, y cogió el cuchillo que había sobre la mesa cerca de la cabeza del pequeño.

La tensión en el túnel fue repentina, silenciosa y explosiva. Las manos se dirigieron a las armas. Se agarraron empuñaduras. Diego alzó su hacha. Cinco pares de ojos se volvieron hacia Emma.

Diana se debatió con más desesperación aún mientras Malcolm alzaba el puñal. De este saltaron chispas luminosas, extrañamente hermosas, que iluminaron las líneas del poema de la pared.

«Pero amábamos con un amor que era más que el amor...».

«Julian —pensó Emma—. Julian. No tengo elección. No podemos esperaros».

—Adelante —susurró, y salieron en tromba del túnel: Ty y Livvy, Emma y Cristina, todos, con Diego corriendo directo hacia Malcolm.

Por un segundo, Malcolm pareció sorprendido. Dejó caer el puñal, que golpeó el suelo, y al estar hecho de cobre blando, la hoja se dobló. Malcolm se lo quedó mirando, luego miró a los Blackthorn y a sus amigos, y se echó a reír. Se quedó quieto, riendo, en el centro del círculo protector, mientras ellos corrían hacia él, y uno a uno fueron enviados hacia atrás por la fuerza de la invisible pared protectora. Diego lanzó su hacha, y esta rebotó en el aire, como si hubiera golpeado acero.

—¡Ríndete, Malcolm! —gritó Emma—. No podrás quedarte dentro del círculo protector eternamente. ¡Rodeadlo!

Se repartieron y rodearon las runas protectoras dibujadas en el suelo. Emma se encontró frente a Ty, que tenía un cuchillo en las manos. Estaba mirando a Malcolm con una expresión peculiar en el rostro: en parte incomprensión y en parte odio.

Ty comprendía lo que era actuar, fingir. Pero una traición de la magnitud de la de Malcolm era algo completamente diferente. Ni la propia Emma acababa de entenderlo, y eso que había sido testigo presencial de hasta dónde podía llegar la traición cuando vio a la Clave exiliar a Helen y abandonar a Mark a su suerte.

—Al final tendrás que salir —dijo Emma—. Y cuando lo...

Malcolm se agachó y recogió del suelo el cuchillo dañado. En cuanto se incorporó, Emma vio que sus ojos eran de color morado.

—Cuando lo haga, estaréis muertos —soltó con rabia, y se volvió para extender una mano hacia las filas de cadáveres—. ¡Alzaos! —gritó—. ¡Alzaos, mis Seguidores!

Se oyó una serie de gruñidos y crujidos y los Seguidores comenzaron a levantarse por toda la cueva.

No se movían ni inusualmente lentos ni inusualmente rápidos, pero los guiaba una firme determinación. No parecía que estuvieran armados, pero al llegar a la cámara principal, Belinda, con ojos vacíos e inexpresivos y la cabeza caída hacia un lado, se lanzó sobre Cristina. Arqueó los dedos como si fueran garras, y antes de que Cristina pudiera reaccionar, Belinda le había abierto dos profundos arañazos en la mejilla.

Con un grito de asco, Cristina apartó el cadáver de un empujón y le dio un tajo en el cuello con la navaja mariposa.

No sirvió de nada. Belinda volvió a levantarse. La herida del cuello no le sangraba, aunque se veía un colgajo de piel desgarrada. De nuevo se lanzó a atacar a Cristina. Antes de que pudiera dar dos pasos, se vio un destello plateado y el hacha de Diego la decapitó. El cuerpo sin cabeza se desplomó sobre el suelo. La herida seguía

sin sangrar como si estuviera cauterizada.

—¡A tu espalda! —gritó Cristina.

Diego se volvió. Detrás de él, dos Seguidores trataban de agarrarlo y arañarlo. Blandió el hacha en un amplio arco y se llevó ambas cabezas por delante.

Emma oyó ruido a su espalda. Al instante calculó la posición del Seguidor que estaba tras ella; saltó, giró en el aire, lanzó una patada y lo envió hacia atrás. Era el clarinetista de pelo rizado. Dio un tajo lateral con *Cortana* y le separó la cabeza del cuerpo.

Lo recordó guiñándole el ojo en el Midnight Theater.

«Ni siquiera he llegado a saber su nombre», pensó, y se volvió de nuevo.

La cavidad principal de la cueva era un caos. Como Malcolm pretendía, los cazadores de sombras habían abandonado el perímetro del círculo de protección para sacarse de encima a los Seguidores.

El brujo no estaba prestando atención a nada de lo que sucedía a su alrededor. Cogió el candelabro con las Manos de Gloria clavadas y lo llevó hacia el otro extremo de la mesa. Lo dejó junto a Tavvy, que seguía durmiendo con un rosado rubor en las mejillas.

Dru había corrido hacia donde se hallaba Diana y estaba ayudándola a ponerse en pie. Cuando una Seguidora se les acercó, Dru se volvió y atravesó a la mujer con su puñal. Emma la vio tragar saliva cuando la muerta se desplomó, y se dio cuenta de que era la primera vez que Dru mataba a alguien en combate, aunque ese alguien estuviera previamente muerto.

Livvy luchaba con gran habilidad, fintando y deteniendo golpes con su sable y empujando a los Seguidores hacia Ty, que tenía un cuchillo serafín brillando en la mano. Tan pronto como uno de los Seguidores, uno rubio, fue a por él, Ty le hundió la hoja en la nuca.

Se oyó un crepitar y un siseo cuando el cuchillo serafín encontró la carne, y el cadáver viviente comenzó a arder. Se tambaleó hacia atrás, arañándose su propia piel en llamas hasta caer al suelo.

—¡Cuchillos serafines! —gritó Emma—. ¡Todos! ¡Usad los cuchillos serafines!

Destellaron luces por toda la cueva, y Emma oyó el murmullo de las voces que pronunciaban nombres de ángeles: *Jophiel*, *Remiel*, *Duma*. En medio del resplandor vio a Malcolm con el cuchillo doblado en la mano. Pasó los dedos por la hoja y esta se enderezó, tan afilada como lo había sido originalmente. Le colocó la punta a Tavvy bajo el cuello y cortó hacia abajo, desgarrando por la mitad la camiseta de Batman del pequeño. El gastado algodón cayó hacia ambos lados y dejó ver el pecho, delgado y vulnerable, del niño.

A Emma se le cayó el mundo a los pies. En medio del caos de la cámara, ella seguía luchando; su cuchillo serafín llameó al clavárselo a uno de ellos, luego a otro y a otro más. Sus cuerpos fueron cayendo al suelo.

Intentó pasar por encima de los cadáveres para acercarse a Tavvy, y en ese

momento oyó la voz de Julian. Se volvió, pero no pudo verlo... Sin embargo, su voz había sonado muy clara, diciéndole: «Emma, Emma, hacia el lado, apártate del túnel».

Pegó un salto hacia un costado, evitando el cuerpo de un muerto, y entonces oyó un nuevo ruido: el trapaleo de cascos. Un sonido que atravesó el espacio, algo entre un aullido y el tañido de una enorme campana rebotó en las paredes con un eco brutal, e incluso Malcolm tuvo que alzar la cabeza.

Windspear apareció de golpe por la boca del túnel. Julian montado sobre su lomo, con las manos hundidas en la crin. Mark iba detrás, agarrado al cinturón de su hermano. Cuando *Windspear* saltó, ambos hermanos parecieron una única mancha borrosa.

Malcolm se quedó boquiabierto al ver cómo el caballo cortaba el aire, atravesando la barrera protectora. Mientras *Windspear* sobrevolaba la mesa, Julian se dejó caer de su lomo y aterrizó pesadamente sobre la plana superficie de piedra junto a Tavvy. Emma notó el dolor del violento impacto de Julian traspasar su propio cuerpo.

Mark se mantuvo montado mientras *Windspear* pasaba por encima de la mesa y caía al otro lado del círculo. Este, roto, carente de poder, comenzó a removerse como una serpiente destellante, y las runas fueron encendiéndose una a una y luego apagándose sucesivamente.

Julian se estaba poniendo de rodillas. Malcolm rugió y fue a coger a Tavvy, pero en ese momento alguien se dejó caer desde el techo y lo empujó a tierra.

Era Kieran. El cabello le brillaba con un color verde azulado y alzó una espada del mismo color marino. Fue a hundirla en el pecho de Malcolm, pero este levantó las manos. Un rayo de color púrpura oscuro saltó de sus manos y lanzó a Kieran hacia atrás. Malcolm se puso en pie, con el rostro retorcido en una mueca de odio. Alzó una mano para estrellar a Kieran contra el suelo.

Windspear lanzó un fuerte relincho. El caballo se volvió con las patas en alto y coceó a Malcolm en la espalda; de algún modo, Mark consiguió permanecer montado. El brujo salió disparado. El corcel, con los ojos inyectados en sangre, se encabritó y relinchó. Mark, agarrándose a la crin, se inclinó hacia abajo y le tendió la mano a Kieran.

—¡Cógeme! —le oyó decir Emma—. ¡Kieran, cógeme la mano!

Kieran lo hizo. Mark tiró de él y lo subió a lomos de *Windspear*. Dieron media vuelta y cargaron contra un nutrido grupo de Seguidores. Mark y Kieran fueron acabando con los muertos vivientes a golpe de espada.

Malcolm estaba tratando de ponerse en pie. Su chaqueta, antes blanca, estaba manchada de tierra y sangre. Comenzó a ir hacia la mesa, donde Julian estaba arrodillado junto a Tavvy, tirando de las cadenas que lo retenían. El círculo de protección que había rodeado la mesa aún parpadeaba. Emma respiró hondo, corrió hacia allí y saltó al aire.

Notó un calambrazo al pasar sobre el círculo casi desintegrado, se hizo una bola y luego se estiró hacia arriba. Aterrizó sobre la mesa, arrodillada junto a Julian.

—¡Apártate! —fue todo lo que tuvo tiempo de decir—. ¡Julian, muévete!

Julian se apartó rodando de su hermano, aunque Emma sabía que dejar a Tavvy era lo último que quería hacer. Se dirigió al borde de la mesa y se quedó de rodillas, echado hacia atrás. Confiaba en Emma. Le dejaba espacio.

«Una hoja forjada por Wayland *el Herrero* lo corta todo».

Lanzó un tajo con *Cortana* a unos centímetros de la muñeca de Tavvy. El filo de la hoja cortó la cadena, que cayó repicando al suelo. Emma oyó gritar a Malcolm, y una ráfaga de fuego violeta cortó el aire.

De nuevo, Emma blandió a *Cortana* y cercenó las otras cadenas que sujetaban a Tavvy a la mesa.

—¡Vete! —le gritó a Julian—. ¡Sácalo de aquí!

Julian cogió en brazos a su hermanito. Octavian colgaba inerte, con los ojos en blanco. Julian saltó de la mesa.

Emma no lo vio desaparecer por el túnel; ya se había vuelto hacia el otro lado. Dos grupos de Seguidores tenían atrapados a Mark y a Kieran en un extremo de la caverna, y a Diego y Cristina en el otro. Malcolm avanzaba hacia Ty y Livvy. Alzó la mano de nuevo cuando alguien pequeño voló hacia él con un ardiente cuchillo serafín en la mano.

Era Dru.

—¡Aléjate de ellos! —gritó, y el cuchillo brilló al blandirlo—. ¡Aléjate de mi hermano y mi hermana!

Malcolm gruñó despectivo y movió un dedo en su dirección. Una cuerda de luz violeta se enredó en las piernas de Dru y la hizo caer. El cuchillo serafín se le escapó de la mano y chisporroteó contra la piedra.

—Aún necesito sangre de Blackthorn —dijo Malcolm mientras se disponía a cogerla—. Y la tuya servirá tan bien como la de tu hermanito. De hecho, parece que tú tendrás bastante más...

—¡Suéltala! —gritó Emma.

Malcolm la miró... y se detuvo al instante. Emma estaba de pie sobre la mesa. En una mano tenía a *Cortana*. Con la otra sujetaba el candelabro de las Manos de Gloria.

—Tardaste mucho en reunir todas estas, ¿verdad? —dijo con una voz glacial—. Las manos de trece asesinos. No ha debido de ser fácil.

Malcolm soltó a Dru y esta corrió hacia el fondo de la cueva, buscando otra arma en su cinturón. El rostro de Malcolm se retorció de ira.

—Devuélvemelo —rugió.

—Detenlos —dijo Emma—. Detén a los Seguidores y te devolveré tus Manos de Gloria.

Malcolm la miró con ojos furiosos.

—Prívame de la oportunidad de recuperar a Annabel y lo pagarás con la agonía

—amenazó.

—No puede ser peor que la agonía de oírte hablar —replicó Emma—. Haz que paren o cortaré estas cosas asquerosas en trocitos repugnantes. —Cerró la mano con fuerza alrededor de la empuñadura de *Cortana*—. A ver si puedes hacer un hechizo mágico con eso.

Malcolm recorrió el espacio con la mirada. Los cadáveres de los Seguidores cubrían el suelo de la caverna, pero algunos seguían en pie y tenían atrapados a Diego y a Cristina en un rincón de la cueva. Mark y Kieran, montados sobre *Windspear*, combatían espalda contra espalda armados con espadas. Los cascos del caballo estaban rojos de sangre.

El brujo apretó los puños a los costados. Bramó unas cuantas palabras en griego y los Seguidores que quedaban comenzaron a caer como sacos. Diego y Cristina corrieron hacia Dru; Kieran frenó a *Windspear*, y el corcel hada se quedó quieto mientras los muertos volvían a morir otra vez.

Malcolm se lanzó hacia la mesa. Emma corrió por encima de ella, saltó al llegar al extremo y cayó suavemente sobre el suelo. Y siguió corriendo.

Fue hacia las filas de sillas colocadas para los Seguidores, por el pasillo que quedaba entre ellas, y luego se metió en las sombras. El tenue brillo de *Cortana* le proporcionaba luz suficiente para distinguir entre las rocas el oscuro pasillo que se hundía en la colina.

Se hundió con él. El resplandor del moho dejaba ver las paredes del túnel. Le pareció vislumbrar un destello en la distancia y apresuró el paso, aunque correr con el pesado candelabro hacía que le doliera el brazo.

El túnel se bifurcaba. Emma oyó pasos a su espalda y se decidió por la izquierda. Solo había cubierto unos cuantos metros cuando se encontró con un muro de cristal frente a ella.

La cristalera. Se había extendido y cubría casi toda la pared. La enorme palanca que Emma recordaba salía de la piedra, a su lado. La cristalera brillaba desde el interior, como un enorme acuario.

Tras el cristal vio el océano: radiante y de un profundo verde azul. Vio peces y algas llevadas por la corriente, y unos colores y luces extraños.

—Ay, Emma, Emma —dijo la voz de Malcolm a su espalda—. Te has equivocado de camino, ¿verdad? Pero se podría decir eso de tantas cosas en la vida...

Emma se volvió y movió el candelabro en dirección a Malcolm.

—Vete de aquí.

—¿Acaso tienes idea de lo valiosas que son esas manos? —preguntó él—. Para aprovechar su mayor potencial, deben cortarse justo después de que se cometa el asesinato. Preparar las muertes fue una proeza de habilidad, valor y precisión. No te creerías lo que me llegué a enfadar cuando os llevasteis a Sterling antes de que pudiera quedarme con su mano. Y luego Julian me llamó pidiéndome ayuda... Belinda consiguió traerme las dos, para que yo pudiera averiguar cuál de ellas había

sido el instrumento de la muerte. Un golpe de suerte, lo reconozco.

—No fue suerte. Confiábamos en ti.

—Y yo confié una vez en los cazadores de sombras —repuso Malcolm—. Todos cometemos errores.

«Sigue hablando —pensó Emma—. Los otros no tardarán en seguirme».

—Johnny Rook me explicó que le habías ordenado que me informara de que dejarían un cadáver en Sepulcro —dijo Emma—. ¿Por qué? ¿Por qué querías ponerme tras tu pista?

Malcolm avanzó un paso. Emma volvió a amenazarlo con el candelabro. Él alzó las manos para tranquilizarla.

—Tenía que desorientarte. Necesitaba que te centraras en las víctimas, no en los asesinos. Además, tenías que enterarte de la situación antes de que la legación de las hadas llegara a tu puerta.

—... y nos pidiera que investigáramos los asesinatos que estabas cometiendo. ¿Qué sacabas tú de eso?

—Conseguí la promesa absoluta de que la Clave se quedaría fuera —contestó Malcolm—. Los cazadores de sombras sueltos no me asustan, Emma. Pero todos juntos pueden ser un verdadero problema. Hace tiempo que conozco a Iarlath. Sabía que tenía contactos en la Cacería Salvaje, y que esta tenía algo que os haría mover cielo y tierra para ocultar información a la Clave y a los Hermanos Silenciosos. No tengo nada personal contra el chico; por lo menos su sangre Blackthorn está diluida en algo de buena y saludable sangre de subterráneo. Pero conozco a Julian. Sabía cuál sería su prioridad, y no iba a ser ni la Ley ni la Clave.

—Nos has subestimado —replicó Emma—. Lo hemos descubierto. Hemos sabido que eras tú.

—Supuse que podían enviar a un centurión, pero nunca me imaginé que sería alguien a quien conocíais. Alguien en quien confiaríais a pesar de Mark. Cuando vi al chico Rosales me di cuenta de que no tenía mucho tiempo. Sabía que debía llevarme a Tavvy de inmediato. Por suerte, contaba con la invaluable ayuda de Iarlath. Ya me he enterado de lo de los azotes —añadió—. Lo siento mucho. Iarlath tiene su propia manera de divertirse, pero no la comparto.

—¿Lo sientes? —Emma lo miró incrédula—. ¿Mataste a mis padres y te estás disculpando por esa tontería? Soportaría que me azotaran cien veces si con eso pudiera recuperarlos.

—Ya sé lo que estás pensando. Los cazadores de sombras pensáis todos igual. Pero necesito que lo entiendas... —Malcolm se calló un momento y cambió de expresión—. Si me entendieras, no me culparías.

—Entonces cuéntame todo lo que ocurrió —repuso Emma.

Miraba el corredor detrás de Malcolm, por encima de su hombro, y le pareció ver sombras moverse en la distancia. Si podía mantenerlo distraído para que los otros lo atacaran por detrás...

—Fuiste a Feéra —continuó Emma—. Y descubriste que Annabel no era una Hermana de Hierro. Que la habían asesinado. ¿Fue así como conociste a Iarlath?

—En aquel tiempo era la mano derecha del rey noseelie —explicó Malcolm—. Cuando fui allí, sabía que el rey podía hacer que me mataran. No les gustan mucho los brujos. Pero no me importaba. Y cuando el rey me pidió un favor, se lo hice. A cambio me dio los versos. Un hechizo hecho a medida para resucitar a mi Annabel. Sangre Blackthorn. Sangre por sangre, eso dijo el rey.

—¿Y por qué no la resucitaste entonces? ¿Por qué esperar?

—La magia de las hadas y la de los brujos es muy diferente —contestó Malcolm—. Era como traducir algo de otro idioma. Me costó años descifrar el poema. Y entonces me di cuenta de que me estaba diciendo que encontrara un libro. Casi me volví loco. Años intentando traducirlo y lo único que tenía era una adivinanza sobre un libro... —Le clavó la mirada, como si así pudiera hacérselo entender—. Fue solo casualidad que resultaran ser tus padres —continuó—. Regresaron al Instituto cuando yo todavía estaba allí. Pero no funcionó. Hice todo lo que decía el libro de hechizos, pero Annabel no se movió.

—Mis padres...

—El amor que sentías por ellos no era mayor que el mío por Annabel —dijo Malcolm—. Estaba intentando que las cosas fueran justas. No se trataba de hacerte daño a ti. No odio a los Carstairs. Tus padres fueron un sacrificio.

—Malcolm...

—Se habrían sacrificado ellos mismos, ¿no? —preguntó—. Por la Clave. Por ti. Una furia tan intensa que la insensibilizaba inundó a Emma.

—Así que esperaste cinco años —fue todo lo que pudo decir—. ¿Por qué cinco?

—Esperé hasta que creí que ya entendía bien el hechizo —respondió Malcolm—. Empléé ese tiempo para aprender, para construir. Trasladé el cuerpo de Annabel de su tumba a la convergencia. Creé los Seguidores del Guardián. Belinda fue el primer asesino. Seguí el ritual: quemé y empapé el cadáver, grabé marcas en él, y noté que Annabel se movía. —Le brillaban los ojos con un impío color azul violeta—. Sabía que la estaba resucitando. Después de eso, nada podría haberme detenido.

—Pero ¿por qué esas marcas? —Emma se apoyó contra la pared. El candelabro pesaba mucho y hacía que le temblara el brazo—. ¿Por qué el poema?

—¡Porque era un mensaje! —gritó Malcolm—. Emma, para alguien que habla tanto de la venganza, que ha vivido para ella, no pareces entenderla muy bien. Necesitaba que los cazadores de sombras se enteraran. Quería que los Blackthorn supieran, cuando el más joven de ellos yaciera muerto, de quién era la mano que les había asestado el golpe. Cuando alguien te ha hecho mucho daño no es suficiente con que sufra. Tiene que poder mirarte a la cara y saber por qué está sufriendo. Quería que la Clave descifrara el poema y averiguara exactamente quién sería el causante de su destrucción.

—¿Destrucción? —Emma no pudo evitar el tono de incredulidad—. Estás loco.

Matar a Tavvy no destruiría a los nefilim..., y ninguno de los que están vivos sabe nada sobre Annabel...

—¿Y cómo crees que me hace sentir eso?! —chilló—. Su nombre olvidado. Su destino enterrado. Los cazadores de sombras la convirtieron en un cuento. Creo que varios de sus parientes se volvieron locos; no pudieron soportar lo que le habían hecho, no pudieron soportar el peso de ese secreto.

«Que siga hablando», pensó Emma.

—Si era tan secreto, ¿cómo lo supo Poe? El poema «Annabel Lee»...

Algo destelló en el fondo de los ojos de Malcolm, algo oculto y siniestro.

—Cuando lo escuché por primera vez pensé que era una desagradable coincidencia —explicó Malcolm—. Pero me obsesionó. Quise hablar con el poeta, pero había muerto. «Annabel» fue lo último que escribió. —Su voz estaba cargada de sombríos recuerdos—. Pasaron los años y yo seguía creyendo que Annabel estaba en la Ciudadela de Infracta. Era lo único que me consolaba, que estuviera viva en algún lado.

»Cuando descubrí la verdad, quise negarla, pero el poema me demostró que era cierta. Poe se había enterado de la historia por algún subterráneo, supo la verdad antes que yo: que nos quisimos de pequeños, y luego, cuando crecimos, decididos a casarnos, ella habría abandonado a los nefilim por mí; sí, los habría abandonado, pero su familia se enteró y decidió que su muerte era preferible a que viviera con un brujo. La emparedaron en una tumba junto al mar de Cornwall, la emparedaron viva. Luego, cuando trasladé el cuerpo, la seguí dejando cerca del océano. Siempre le había encantado el mar.

Estaba sollozando. Emma, incapaz de moverse, lo miraba. Su dolor era auténtico y vivo, como si estuviera hablando de algo ocurrido el día anterior.

—Me dijeron que se había convertido en una Hermana de Hierro. Todos me mintieron: Magnus, Catarina, Ragnor, Tessa, corrompidos por los cazadores de sombras, ¡engañados por sus mentiras! Y yo, sin saber nada, lloraba por ella, hasta que descubrí la verdad...

De repente sonaron voces en el recinto. Emma oyó pasos corriendo. Malcolm chasqueó los dedos. Una luz violeta osciló en el túnel a su espalda; su iridiscencia se fue desvaneciendo mientras se hacía más opaca y perdía color, hasta solidificarse en forma de muro.

El sonido de voces y pasos dejó de oírse. Emma se hallaba con Malcolm dentro de una cueva sellada.

Retrocedió, aferrando el candelabro.

—Destruiré las manos —lo amenazó, con el corazón golpeándole dentro del pecho—. Destruiré las manos. Te aseguro que lo haré.

Un fuego negro chispeó entre los dedos de Malcolm.

—Podría dejarte marchar —dijo—. Dejarte vivir. Permitirte escapar nadando por el océano, como ya hiciste una vez. Podrías llevar un mensaje de mi parte. Mi

mensaje a la Clave.

—No necesito que me dejes marchar —replicó, con la respiración acelerada—. Prefiero luchar.

La sonrisa de Malcolm era retorcida, casi de pena.

—Tú y tu espada, por mucha historia que tenga, no podéis igualar a un mago, Emma.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Emma, alzando la voz, despertando los ecos de la cueva—. ¿Qué quieres, Malcolm?

—Quiero que lo entiendas —contestó él hablando con los dientes apretados—. Quiero que alguien le diga a la Clave que ellos son los responsables de esto, quiero que sepan qué sangre tienen en las manos, quiero que todos sepan por qué.

Emma miró fijamente a Malcolm, un hombre delgado y alto en una ajustada chaqueta blanca, con chispas bailándole entre las yemas de los dedos. La asustaba y le daba pena, todo al mismo tiempo.

—Tu porqué no importa —contestó Emma por último—. Quizá hayas hecho lo que has hecho por amor, pero si crees que eso cambia algo, entonces no eres mejor que la Clave.

Malcolm se acercó a ella. Emma le tiró el candelabro. Él se agachó. El candelabro le pasó por encima y golpeó el suelo de piedra con un fuerte sonido metálico. Los dedos de las manos cortadas parecieron cerrarse como para protegerse. Emma se plantó con los pies separados, recordando a Jace Herondale, años atrás en Idris, enseñándole a colocar los dos pies en el suelo de forma que no pudieran tirarla.

Empuñó a *Cortana* con ambas manos, y en ese momento se acordó de Clary Fairchild y de lo que le había dicho en Idris: «Los héroes no son siempre los que ganan. A veces son los que pierden. Pero siguen luchando y siguen volviendo a por más. No se rinden. Eso es lo que los hace héroes».

Emma saltó hacia Malcolm con *Cortana* en alto. Él reaccionó con un segundo de retraso; levantó las manos hacia ella y le lanzó un rayo dorado y violeta.

Ese retraso le dio tiempo a Emma para esquivarlo. Giró en redondo y alzó a *Cortana* por encima de la cabeza. La magia resbaló por la hoja. Emma se lanzó de nuevo sobre Malcolm y él se apartó hacia un lado, aunque no antes de recibir un corte en el brazo, justo por encima del codo. Malcolm casi ni pareció enterarse.

—La muerte de tus padres fue necesaria —insistió—. Tenía que asegurarme de que el libro funcionaba.

—No, no es cierto —rugió Emma, blandiendo a *Cortana*—. Tendrías que saber que no se debe intentar resucitar a los muertos.

—Si Julian muriese, ¿tú no intentarías hacer que volviera? —soltó Malcolm, alzando delicadamente las cejas, y Emma se echó para atrás como si la hubiera abofeteado—. ¿No harías volver a tu padre y a tu madre? Para ti es tan fácil como para todos los cazadores de sombras, aquí de pie, soltando tu discursito moral, como si fueras mejor que los demás...

—Soy mejor —replicó Emma—. ¡Soy mejor que tú! Porque no soy una asesina, Malcolm.

Este se echó atrás, sorprendido, como si nunca se hubiera imaginado que lo llamarían «asesino». Emma lanzó una estocada con *Cortana*. La espada penetró en el pecho de Malcolm, atravesándole la chaqueta, y se quedó parada, como si hubiera chocado contra una roca.

Emma chilló de dolor al notar lo que parecía una descarga eléctrica subirle por el brazo. Oyó reír a Malcolm, y una onda de energía salió de sus dedos extendidos, golpeándola con fuerza. Saltó por los aires hacia atrás, la magia atravesándola como una bala agujerearía una pantalla de papel. Cayó sobre la espalda, golpeándose contra el suelo irregular, con *Cortana* aún aferrada en la mano dormida.

Un dolor rojo le oscureció los ojos tras los párpados. A través de esa niebla, vio a Malcolm de pie junto a ella.

—Oh, qué adorable. —Sonrió burlón—. Ha sido increíble. ¡Ha sido la mano de Dios, Emma! —Se abrió la chaqueta y Emma vio lo que había golpeado *Cortana*: el *Libro Negro* que se había guardado en el bolsillo interior de la chaqueta.

Cortana se le cayó de la mano e hizo un ruido metálico al golpear la piedra. Con una mueca de dolor, Emma se alzó apoyada en los codos justo cuando Malcolm se agachaba para recoger el candelabro caído. Lo miró y luego la miró a ella, con su sonrisa burlona cortándole el rostro.

—Gracias —dijo—. Habría sido muy difícil reemplazar estas Manos de Gloria. Ahora, a por la sangre Blackthorn. Eso será más fácil.

—Ni te acerques a los Blackthorn —lo amenazó Emma, y se horrorizó al notar lo débil de su voz. ¿Qué le había hecho el *Libro Negro*? Notaba el pecho como si le hubieran metido dentro algo pesado, y el brazo le ardía dolorosamente.

—Tú no sabes nada —gruñó Malcolm—. No sabes lo monstruosos que son.

—¿Siempre... —preguntó Emma con un hilillo de voz— siempre los has odiado? ¿A Julian y a los demás?

—Siempre —contestó él—. Incluso cuando parecía quererlos.

El brazo le seguía ardiendo, una agonía que era como si le estuvieran abriendo la carne hasta el hueso. Intentó que no se le reflejara en el rostro.

—Eso es horrible. Ellos no tienen nada que ver. No los puedes culpar por los pecados de sus antepasados.

—La sangre es la sangre —replicó Malcolm—. Somos lo que hemos nacido para ser. Yo nací para amar a Annabel y eso se me arrebató. Ahora solo vivo para la venganza. Igual que tú, Emma. ¿Cuántas veces me has llegado a decir que lo único que quieres en esta vida es matar a quien asesinó a tus padres? ¿A qué renunciarías por conseguirlo? ¿Renunciarías a los Blackthorn? ¿Renunciarías a tu querido *parabatai*? ¿A la persona de la que estás enamorada? —Los ojos de Malcolm destellaron al verla negar con la cabeza—. Por favor, he visto el modo en que os miráis. Y luego Julian me dijo que tu runa le había curado el envenenamiento por

belladona. Ninguna de las runas normales de los cazadores de sombras lo habría logrado.

—Eso... no... prueba nada... —replicó Emma entrecortadamente.

—¿Pruebas? ¿Quieres pruebas? Os vi, a los dos, en la playa, durmiendo abrazados. Me quedé ante vosotros y os observé, y pensé lo fácil que habría sido mataros. Pero luego me di cuenta de que eso habría sido pura piedad, ¿no crees? Mataros a ambos mientras dormíais abrazados. Hay una razón por la que no puedes enamorarte de tu *parabatai*, Emma. Y cuando la descubras, también comprenderás la crueldad de los cazadores de sombras, igual que yo.

—Mientes —dijo con voz cada vez más débil, y la palabra acabó siendo un susurro.

Pensó en la gente que se desangraba hasta casi morir, en cómo decían que en los últimos momentos el dolor desaparecía.

Malcolm se arrodilló a su lado, sonriendo. Le palmeó la mano izquierda. Los dedos se le cerraron.

—Déjame decirte la verdad antes de que mueras, Emma —dijo él—. Es un secreto sobre los nefilim. Odian el amor, el amor humano. Porque nacieron de los ángeles. Y aunque Dios encargó a sus ángeles que cuidaran de los humanos, hizo primero a los ángeles, y estos siempre han odiado a la segunda creación de Dios. Por eso cayó Lucifer. Era un ángel que no quería inclinarse ante los humanos, los hijos preferidos de Dios. El amor es la debilidad de los humanos, y los ángeles los desprecian por ello. Y la Clave también desprecia el amor, y por tanto, lo castiga. ¿Sabes qué les pasa a los *parabatai* que se enamoran el uno del otro? ¿Sabes por qué está prohibido?

Emma negó con la cabeza.

Malcolm torció la boca en una sonrisa. Había algo en ella, tan leve y al mismo tiempo tan cargada de profundo odio, que la heló más que ninguna mueca de burla.

—Entonces no tienes ni idea de lo que tu muerte le va a evitar a tu querido Julian —dijo él—. Piensa en eso mientras la vida se te va escapando del cuerpo. De ese modo, tu muerte será una bendición. —Alzó la mano y un fuego violeta comenzó a crepitarle entre los dedos.

Lanzó su magia hacia ella. Y Emma alzó el brazo, el brazo en el que Julian le había grabado la runa de resistencia, el brazo que había estado ardiendo y doliéndole y gritándole que lo usara desde que le había dado al *Libro Negro*.

El fuego la alcanzó en el brazo. Lo notó como un fuerte golpe, pero nada más. La runa de resistencia palpitaba, transmitiéndole su poder por todo el cuerpo, y junto con ese poder fue creciendo su propia furia.

Furia porque Malcolm había matado a sus padres, furia por todos los años perdidos buscando a su asesino cuando lo tenía delante de las narices. Furia por todas las veces que este le había sonreído a Julian y jugado con Tavvy cuando tenía el corazón cargado de odio hacia ellos. Furia por otra cosa más que se les había

arrebatado a los Blackthorn.

Cogió a *Cortana* y logró ponerse de rodillas, con tal velocidad que el pelo le voló hacia atrás mientras le clavaba la espada a Malcolm en el vientre.

Esta vez no hubo ningún *Libro Negro* que parara su estocada. Notó que la hoja se hundía, la sintió rasgar la piel y romper el hueso. Vio la punta salirle a Malcolm por la espalda, y la chaqueta blanca empapada de sangre roja.

Se puso en pie de un salto y tiró de la espada para soltarla. Malcolm emitió un sonido ahogado. La sangre caía al suelo y corría por la piedra, salpicando las Manos de Gloria.

—Esto es por mis padres —dijo Emma, y lo empujó con todas sus fuerzas contra la pared de cristal.

Notó que a Malcolm se le quebraban las costillas mientras el cristal a su espalda se iba agrietando. El agua comenzó a manar por las fisuras. Emma notó que le salpicaba la cara, salada como las lágrimas.

—Te... contaré lo de... la maldición *parabatai* —soltó él entrecortadamente—. La Clave jamás te permitirá saberlo, está prohibido. Mátame y nunca sabrás...

Con la mano izquierda, Emma tiró de la palanca.

Se colocó detrás de la puerta de cristal mientras esta se abría y la corriente se volcaba en la cueva. Se movía como algo vivo, como una mano formada de agua, formada por el mar. Rodeó a Malcolm, y durante un instante el tiempo pareció detenerse. Emma pudo verlo con toda claridad, luchando con débiles gestos, en medio del torbellino de agua, que lo agarraba y lo rodeaba como una red indestructible.

Alzó a Malcolm del suelo. Este gritó de terror mientras la corriente retrocedía con igual violencia, llevándose con ella, tragado hacia el océano. La puerta de cristal se cerró.

El silencio que dejó el agua tras de sí fue ensordecedor. Exhausta, Emma se dejó caer contra el cristal. A través de él vio el océano, del color del cielo nocturno. El cuerpo de Malcolm era una estrella blanca en medio de la oscuridad, flotando entre las algas, y luego una garra negra y espinosa subió curvándose entre las ondas y agarró a Malcolm por el tobillo. Con un rápido tirón, su cuerpo se hundió y desapareció de la vista.

Se vio un brillante destello. Emma se volvió y vio que el muro de luz violeta que sellaba el corredor había desaparecido; los hechizos se esfumaban cuando moría el brujo que los había realizado.

—¡Emma! —Se oyeron resonantes pasos en el corredor. De las sombras apareció Julian. Emma le vio la aflicción en el rostro cuando la estrechó contra su cuerpo, las manos agarrando su traje empapado de agua y sangre—. Emma, Emma, no podía atravesar ese muro. Sabía que estabas aquí, pero no podía salvarte...

—Me has salvado —repuso ella con voz ronca, intentando mostrarle la runa de resistencia del brazo, pero él la apretaba tanto que no se podía mover—. Lo has

hecho. No lo sabes, pero me has salvado tú.

Y entonces oyó sus voces. Los otros que se acercaban por el corredor: Mark, Cristina, Diego, Diana.

—Tavvy —susurró—. ¿Está...?

—Se encuentra bien. Está fuera con Ty, Livvy y Dru. —Julian la besó en la sien—. Emma...

Los labios de él rozaron los suyos. Emma sintió el impacto del amor y el dolor atravesándola.

—Suéltame —susurró—. Tienes que soltarme. No pueden vernos así. Julian, suéltame.

Él alzó la cabeza con los ojos cargados de pesar y se apartó. Emma vio el esfuerzo que estaba llevando a cabo, le vio el temblor de las manos mientras las apretaba contra los costados. Sintió la distancia entre ellos como el espacio de una herida abierta en la carne.

Apartó la mirada de él y la bajó. El agua de mar y la sangre que cubrían el suelo les llegaban hasta el tobillo. En algún lugar, el candelabro de Malcolm flotaba cortando la superficie.

Emma se alegró. La sal disolvería el macabro monumento de Malcolm al asesinato, lo disolvería y lo limpiaría, y serían huesos blancos asentados sobre el suelo, igual que el cuerpo de Malcolm se asentaría en el fondo del océano. Y por primera vez en mucho tiempo, Emma se sintió agradecida al mar.

LOS ALADOS SERAFINES DEL CIELO

«La maldición *parabatai*. La Clave jamás te permitirá saberlo, está prohibido».

Las últimas palabras de Malcolm le resonaban en la cabeza mientras regresaba a la noche, siguiendo a los otros por los húmedos túneles de la convergencia. Julian y Emma caminaban aparte deliberadamente, manteniendo la distancia. El agotamiento y el dolor ralentizaban a Emma. *Cortana* volvía a estar en su vaina. Emma notaba la espada vibrando de energía, y se preguntó si habría absorbido algo de la magia de Malcolm.

Pero no quería pensar en Malcolm. En los rojos hilillos de su sangre ondeando en las oscuras aguas como estandartes.

Y no quería pensar en lo que le había dicho.

Emma fue la última en salir de la cueva a la oscuridad del mundo exterior. Ty, Livvy y Dru estaban sentados en el suelo con Tavvy; el pequeño estaba acurrucado en los brazos de Livvy, despierto aunque adormilado. Kieran se mantenía a cierta distancia, con un ceño que se relajó solo un poco cuando Mark salió de la cueva.

—¿Cómo está Tavvy? ¿Va todo bien? —Julian se acercó a ellos.

Dru pegó un salto y lo abrazó con fuerza, luego soltó un grito ahogado señalando a su espalda.

Un fuerte chirrido resonó en el aire. La abertura en la colina se estaba cerrando tras ellos como una herida al sanar. Diana se lanzó hacia allí, como si pudiera mantener el camino abierto, pero la piedra se cerró del todo. Apartó la mano justo antes de que se la aplastara.

—No puedes impedirlo —dijo Kieran—. La abertura y el camino interior los había creado Malcolm. La colina no contiene túneles o cuevas naturales. Ahora que ha muerto, sus encantamientos desaparecen con él. Puede que haya alguna otra entrada a ese lugar, en alguna otra convergencia de líneas ley, pero esta puerta no se volverá a abrir.

—¿Cómo sabes que está muerto? —le preguntó Emma.

—Las luces que se han encendido en la ciudad, allá abajo —explicó Kieran—. El... No sé cuál es la palabra mundana para ello...

—Apagón —dijo Mark—. Se ha acabado el apagón. Y Malcolm realizó el hechizo que lo había causado, así que... sí.

—¿Quiere eso decir que tendremos señal en los móviles? —preguntó Ty.

—Lo comprobaré —respondió Julian, y se separó para llevarse el móvil a la oreja.

A Emma le pareció oír que nombraba al tío Arthur, pero no estaba segura, y Julian se apartó del alcance de su oído antes de que pudiera oír nada más.

Diego y Cristina estaban con Livvy, Ty y Dru. Cristina se inclinaba sobre Tavvy y Diego buscaba algo dentro de su chaqueta. Emma fue hacia ellos. Al acercarse, vio que Diego tenía en la mano una petaca de plata.

—No le estarás dando alcohol, ¿verdad? —preguntó Emma—. Es un poco pequeño para eso.

Diego puso los ojos en blanco.

—Es una poción energética preparada por los Hermanos Silenciosos. Neutralizará cualquier cosa que le haya dado Malcolm para hacerlo dormir.

Livvy le cogió el frasco y probó el contenido. Asintiendo, le puso la petaca a su hermanito en la boca. Tavvy bebió mientras Emma se arrodillaba junto a él y le acariciaba la mejilla.

—Eh, cariño —le dijo—. ¿Estás bien?

Él le sonrió, parpadeando. Se parecía a Julian cuando Emma y él eran pequeños. Antes de que el mundo los cambiara. «Mi mejor amigo y mi mejor amor».

Pensó en Malcolm. La maldición *parabatai*. Con el corazón dolorido, besó a Tavvy en la mejilla y se puso en pie. Se encontró a Cristina junto a ella.

—El brazo izquierdo —dijo esta, e hizo que se apartaran unos metros—. Extiéndelo.

Emma obedeció y vio que tenía la piel de la mano y la muñeca roja y con ampollas, como si se hubiera quemado.

Cristina negó con la cabeza y sacó la estela de la chaqueta.

—Ha habido unos minutos allí, cuando estabas tras el muro que ha levantado Malcolm, en los que he pensado que no volverías a salir.

Emma dejó caer la cabeza sobre el hombro de Cristina.

—Perdona.

—Lo sé. —Cristina le levantó la manga a Emma—. Necesitas runas curativas.

Emma se apoyó en ella, reconfortándose con su presencia, mientras la estela le recorría la piel.

—Ha sido como raro estar atrapada allí con Malcolm —explicó—. Sobre todo quería hablarme de Annabel. Y la verdad es que... realmente he sentido pena por él.

—Eso no es raro —repuso Cristina—. Es una historia terrible. Ni él ni Annabel hicieron nada malo. Ver a alguien a quien quieres castigado y torturado de esa manera tan horrible..., pensar que te ha abandonado y acabar descubriendo que eras tú quien lo había abandonado... —Se estremeció.

—No lo había pensado de esa manera —dijo Emma—. ¿Crees que se sentía culpable?

—Seguro que sí. Cualquiera se sentiría culpable.

Emma pensó en Annabel con pena. Había sido una víctima inocente. Con suerte, no habría sido consciente de nada, nunca se habría llegado a enterar de los esfuerzos

de Malcolm por revivirla.

—Le dije que era tan malo como la Clave y pareció realmente sorprendido.

—Nadie es el malo de su propia historia. —Cristina soltó el brazo de Emma y le examinó las runas curativas que le había dibujado.

Emma empezó a notar que el dolor del brazo iba disminuyendo. Sabía que una runa de Julian seguramente habría funcionado con más rapidez, pero no se atrevía a permitir que le pusiera runas delante de todos los demás.

Julian. Lo veía por encima del hombro de Cristina, cerca del coche. Aún hablaba por el móvil. Mientras lo miraba, tocó la pantalla y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Así que ya vuelven a funcionar —exclamó Ty con alegría—. ¿A quién has llamado?

—Pizza —contestó Julian.

Todos se lo quedaron mirando. Como el resto, estaba sucio, tenía un largo arañazo en la mejilla y el cabello enmarañado. Bajo la luz de la luna, sus ojos tenían el color de un río subterráneo.

—He pensado que tendríamos hambre —dijo con la engañosa calma que Emma sabía que significaba que fuera lo que fuese que pasara en la superficie no coincidía con lo que estaba ocurriendo en el interior de su cabeza.

»Deberíamos irnos —añadió—. El cierre de la convergencia significa que la Clave va a poder ver en su mapa la magia negra que emana de este lugar. Cuando volvamos a casa, creo que no estaremos solos.

Se apresuraron a prepararse para regresar: Livvy llevaría a Octavian en el regazo en el asiento trasero del coche, Cristina y Diego irían con Diana en la camioneta, que había escondido entre unos matorrales. Kieran se ofreció a llevar a Mark de nuevo sobre *Windspear*, pero este declinó la oferta.

—Deseo ir con mis hermanos —dijo simplemente.

Julian miró a Kieran. Los ojos del hada eran inexpresivos, no reflejaban nada. Julian deseó ver lo que su hermano había amado en él: a un Kieran que había sido cariñoso y amable con Mark. Deseó poder darle las gracias por no dejar solo a Mark en la Cacería.

Deseó sentir menos odio en el corazón.

—No es necesario que regreses con nosotros —dijo Julian—. Ya no necesitamos tu ayuda.

—No me iré hasta que vea que Mark está a salvo.

Julian se encogió de hombros.

—Como quieras. Cuando regresemos, no entres en el Instituto hasta que te lo digamos. Nos meteríamos en problemas solo por haber luchado junto a ti.

La boca de Kieran se endureció.

—Sin mí, esta noche habríais sido derrotados.

—Seguramente —admitió Julian—. Recordaré estarte agradecido cada vez que vea las cicatrices en la espalda de Emma.

Kieran hizo una mueca de pesar. Julian fue hacia el coche. Diana se había puesto delante y alzaba una mano. Estaba envuelta en un pesado chal y tenía la cara salpicada de sangre, como si fueran pequeñas pecas.

—La Clave te estará esperando —dijo sin preámbulos—. Si quieres, yo cargaré con la culpa de todo y me acogeré a su indulgencia.

Julian la miró durante un momento. Había vivido con unas reglas estrictas durante tanto tiempo... «Proteger a Tavvy, proteger a Ty y a Livvy, proteger a Dru. Proteger a Emma». Y recientemente eso se había ampliado un poco más: protegería a Mark porque había vuelto, y protegería a Cristina porque Emma la quería.

Era una clase de amor que poca gente podía entender. Era total, era apabullante, y podía ser cruel. Destruiría una ciudad entera si creyera que esta representaba una amenaza para su familia.

Cuando a los doce años eres todo lo que se interpone entre tu familia y su aniquilación, no aprendes moderación precisamente.

En ese momento consideró, con toda la frialdad que pudo, qué sucedería si Diana intentaba cargar con toda la culpa. Le dio vueltas a la idea y la rechazó.

—No —dijo—. No es que quiera ser bueno, es que creo que no funcionará.

—Julian...

—Ocultas cosas —dijo—. El Ángel sabe que hay algo que sigues ocultando, alguna razón por la que no puedes hacerte cargo del Instituto. Algo que no quieres contar, sea lo que sea. Se te da bien ocultar cosas, pero no mentir. No te creerán. Pero a mí sí.

—¿Y ya tienes una historia preparada para ellos? —preguntó Diana abriendo mucho sus ojos oscuros.

Julian no contestó.

Ella suspiró y se arrebujó más en el chal.

—Eres de armas tomar, Julian Blackthorn.

—Me lo tomaré como un cumplido —repuso él, aunque dudó que Diana lo hubiera dicho como tal.

—¿Sabías que estaría aquí esta noche? —le preguntó Diana—. ¿Pensaste que estaba aliada con Malcolm?

—No creía que fuera probable —contestó Julian—. Pero claro, no confío en nadie del todo.

—Eso no es cierto —repuso Diana mirando hacia donde Mark estaba ayudando a Emma a subir al asiento trasero. El cabello rubio de Emma destellaba como chispas bajo la luz de las estrellas. Diana volvió a mirar a Julian—. Será mejor que vuelvas. Yo desapareceré hasta mañana.

—Y les diré que no sabías nada. Cómo si la gente no engañara a sus instructores

todo el tiempo. Y tú ni siquiera vives con nosotros. —Oyó ponerse en marcha el motor del coche. Los otros lo estaban esperando—. Entonces, ¿dejarás a Diego y a Cristina en el Instituto antes de irte a casa?

—Me iré a alguna otra parte —repuso ella.

Julian comenzó a caminar hacia el coche, pero se detuvo y se volvió para mirarla.

—¿Alguna vez lamentas haberte ofrecido a ser nuestra instructora? No tenías por qué hacerlo.

El viento le alborotó el cabello a Diana llevándolo hasta su cara.

—No —contestó—. Soy quien soy porque he formado parte de tu familia. Nunca lo olvides, Jules. Nuestras elecciones son lo que nos hace ser lo que somos.

El viaje de regreso lo hicieron en silencio y agotados. Ty estaba callado, mirando por la ventanilla del asiento delantero. Dru se había hecho un ovillo. Tavvy estaba adormilado, con la cabeza reposando en el hombro de Livvy. Emma estaba apoyada en la ventanilla del asiento trasero, con *Cortana* en las manos, el húmedo cabello caído sobre el rostro, los ojos cerrados. Mark se apretaba a su lado.

Julian quería coger a Emma, poner su mano en la de ella, pero no se atrevía a hacerlo delante de los otros. No pudo evitar llevar la mano hacia atrás desde el asiento del conductor para tocar a Tavvy en el brazo, para asegurarse de que su niño seguía vivo, seguía bien.

Todos seguían vivos, y eso era casi un milagro. Julian se sentía como si le hubieran arrancado cada uno de los nervios del cuerpo. Se imaginó las terminaciones nerviosas expuestas, cada una como si fuera un sensor que reaccionara ante la presencia de su familia.

Pensó en Diana diciéndole: «Vas a tener que dejarlos ir».

Y sabía que era cierto. Algún día tendría que abrir las manos, dejar que sus hermanos se marcharan libremente por el mundo, un mundo que los dañaría, los magullaría, los haría caer y no los ayudaría a levantarse. Algún día tendría que hacerlo.

Pero aún no. No, todavía no.

—Ty —dijo Julian. Habló en voz baja, para que los que iban en el asiento trasero no lo oyeran.

—¿Sí? —Ty lo miró. Las sombras bajo sus ojos eran tan grises como sus iris.

—Tenías razón —continuó Julian—. Y yo me equivocaba.

—¿Sí? —Ty pareció sorprendido—. ¿En qué?

—En venir con nosotros a la convergencia —contestó Julian—. Has luchado bien. Maravillosamente, de hecho. Si no hubieras estado allí... —Se le hizo un nudo en la garganta y pasó un momento antes de que pudiera seguir hablando—. Y también te pido perdón. Debería haberte escuchado. Tenías razón sobre lo que podías hacer.

—Gracias —dijo Ty—. Por disculparte.

Se quedó en silencio, y Julian supuso que eso significaba que la conversación había acabado. Sin embargo, al cabo de unos segundos, Ty se inclinó y tocó ligeramente el hombro de Julian con la cabeza; un cabezazo amistoso, como si fuera *Iglesia* buscando caricias. Julian le alborotó el pelo y casi sonrió.

Su incipiente sonrisa se borró enseguida cuando se detuvieron delante del Instituto. Estaba tan iluminado como un árbol de Navidad. Lo había dejado a oscuras al irse, y mientras salían del coche Julian captó tenues resplandores en el aire.

Intercambió una mirada con Emma. Luz en el aire significaba un Portal, y un Portal significaba la Clave.

La camioneta de Diana también se detuvo para que bajaran Diego y Cristina. Cerraron las puertas tras ellos y la camioneta se alejó, ganando velocidad. Todos los Blackthorn ya habían salido del coche: algunos parpadeando y medio dormidos (Dru, Mark), otros recelosos (Ty) y otros nerviosos (Livvy, que agarraba a Tavvy con fuerza). En la distancia, Julian creyó ver la tenue silueta de *Windspear*.

Avanzaron juntos hacia la escalera de entrada del Instituto. Una vez arriba, Julian vaciló un momento, con la mano ya en la puerta.

Dentro podía estar esperándolos cualquier cosa, desde todo el Consejo en pleno hasta unas cuantas docenas de guerreros de la Clave. Julian supo que ya no podía seguir escondiendo a Mark. Sabía cuáles eran sus planes. Sabía que se aguantaban en equilibrio como un millón de ángeles sobre la cabeza de un alfiler. Solo la suerte, las circunstancias y la determinación los mantenían en pie.

Se volvió y vio que Emma lo miraba. Aunque en su rostro, sucio y cansado, no se formó ninguna sonrisa, Julian vio la confianza en sus ojos.

Pensó que se había olvidado de algo: la suerte, las circunstancias, la determinación... y la fe.

Abrió la puerta.

El vestíbulo resplandecía deslumbrante. Las dos arañas de luz mágica estaban encendidas, y la galería de arriba estaba iluminada por filas de antorchas que la familia casi nunca usaba. También se veía luz por debajo de la puerta del Santuario.

En medio de la estancia se hallaba Magnus Bane, resplandeciente en un elegante atuendo: chaqueta y pantalones de brocado y los dedos adornados con docenas de anillos. Junto a él estaba Clary Fairchild, con el oscuro cabello rojo recogido en un moño hecho a toda prisa y un delicado vestido verde. Ambos parecían acabar de llegar de una fiesta.

Cuando Julian y los demás entraron en el vestíbulo, Magnus alzó una ceja.

—Bueno, bueno —dijo—. Sacrificad al cordero engordado y todo eso —bromeó—. Los hijos pródigos han regresado.

Clary se llevó la mano a la boca.

—Emma, Julian... —Palideció—. ¿Mark? ¿Mark Blackthorn?

Este guardó silencio. Todos lo hicieron. Julian se dio cuenta de que, de forma inconsciente, se habían agrupado en torno a Mark, como un círculo protector. Incluso

Diego, con una mueca de dolor y manchado de sangre, formaba parte de él.

Mark siguió en silencio, con su cabello rubio platino como un halo alrededor de la cabeza, las orejas puntiagudas y los ojos heterocromos claramente visibles bajo la brillante luz.

Magnus miró con fijeza a Mark antes de alzar la mirada hacia el primer piso.

—¡Jace! —llamó—. ¡Ven aquí!

Clary quiso ir hacia los Blackthorn, pero Magnus la retuvo con suavidad.

—¿Estáis bien? —preguntó, dirigiéndose a Emma pero refiriéndose a todos—. ¿Algún herido?

Antes de que nadie pudiera responder, se oyó ruido en lo alto de la escalera y apareció alguien de gran estatura.

Jace.

Cuando Julian había conocido en persona a Jace Herondale, que era famoso en todo el mundo de los cazadores de sombras, este debía de tener unos diecisiete años, y Julian doce. Emma, que entonces también tenía doce años, no se había avergonzado de pregonar ante el mundo entero que pensaba que Jace era la persona más atractiva y maravillosa que había agraciado al mundo con su presencia.

Julian no estaba de acuerdo con ella, pero de todos modos nadie se lo había preguntado.

Jace descendió la escalera de un modo que hizo pensar a Julian si creería que arrastraba una magnificente cola tras él: deliberadamente lento y como si fuera consciente de que era el centro de todas las miradas.

O quizá solo fuera que estaba acostumbrado a que lo contemplaran. En algún momento, Emma había dejado de hablar de Jace, pero el mundo de los cazadores de sombras en general consideraba que era extraordinariamente guapo. Tanto su cabello como sus ojos eran de un dorado sorprendente. Al igual que Magnus y Clary, parecía llegar de una fiesta: llevaba una americana de color vino y tenía un aire de elegancia desenfadada. Al pisar el último escalón miró a Julian, cubierto de sangre y polvo, y luego al resto, desastrados y sucios por igual.

—Bueno, o bien habéis estado luchando contra las fuerzas del mal o bien venís de una fiesta mucho más salvaje que la nuestra. ¡Hola, familia Blackthorn! —los saludó.

Livvy suspiró. Contemplaba a Jace del mismo modo que Emma a los doce años. Dru, fiel a su cuelgue de Diego, solo lo miró con malos ojos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Julian, aunque conocía de sobra la respuesta. Aun así, era mejor hacer creer que estaba sorprendido. La gente confiaba más en las respuestas cuando creían que no estaban ensayadas.

—Magia negra —respondió Magnus—. Una gran llamarada en el mapa. En el punto de convergencia. —Su mirada cayó sobre Emma—. Pensé que podrías hacer algo con la pequeña información que te di. Cuando se trata de líneas ley, la convergencia siempre es la clave.

—Entonces ¿por qué no habéis ido allí? —preguntó Emma—. ¿Por qué no habéis

ido a la convergencia?

—Magnus le echó una ojeada usando un hechizo —explicó Clary—. No había nada excepto algunos destrozos, así que usamos el Portal para venir aquí.

—Desde la fiesta de compromiso de mi hermana, para ser exactos —añadió Jace—. Había barra libre.

—¡Ah! —Una expresión de felicidad cruzó el rostro de Emma—. ¿Isabelle se va a casar con Simon?

En opinión de Julian, no había nacido ninguna chica que pudiera compararse con Emma, pero cuando Clary sonreía, era preciosa. Todo el rostro se le iluminaba. Era algo que ella y Emma tenían en común.

—Sí —contestó Clary—. Simon está muy feliz.

—¡*Mazel tov* por ellos! —exclamó Jace mientras se apoyaba en la barandilla de la escalera—. Bueno, pues estábamos en la fiesta y Magnus ha recibido una alerta sobre magia nigromántica cerca del Instituto de Los Ángeles. Ha intentado contactar con Malcolm, pero no ha habido suerte. Así que nos hemos escabullido, solo nosotros cuatro. Lo que es una gran pérdida para la fiesta, en mi opinión, porque yo estaba a punto de hacer un brindis e iba a ser glorioso. Simon nunca habría podido dejarse ver en público de nuevo.

—Lo que no es exactamente lo que se pretende en un brindis de compromiso, Jace —replicó Clary, que miraba a Diego con aire preocupado. Este estaba muy pálido.

—¿Los cuatro? —Emma miró a su alrededor—. ¿Alec también está aquí?

Magnus abrió la boca para responder, pero en ese momento se abrió la puerta del Santuario y salió un hombre alto y fornido de pelo negro: Robert Lightwood, el actual Inquisidor, segundo al mando del Cónsul de Idris y encargado de investigar a los cazadores de sombras que infringían la Ley.

Julian había visto al Inquisidor solamente una vez, cuando lo había obligado a presentarse ante el Consejo y explicar su versión del ataque de Sebastian al Instituto. Recordó haber sujetado la Espada Mortal con la mano, la sensación de que le estaban arrancando la verdad con cuchillos y ganchos, de que sus órganos internos estaban siendo destrozados.

No había mentido en nada cuando le habían preguntado sobre el ataque, ni había querido ni había planeado hacerlo. Pero de todas maneras le había dolido. Y sujetar la Espada Mortal, incluso durante tan poco tiempo, le había forjado en la mente una conexión indeleble entre la verdad y el dolor.

El Inquisidor avanzó hacia él a grandes pasos. Era un poco más viejo que el Robert Lightwood que Julian recordaba, con más canas. Pero la mirada de sus ojos azul oscuro era la misma: fría y dura.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. Ha habido una señal de magia negra localizada en este Instituto hace varias horas, y tu tío dice que no sabe nada al respecto. Y lo más preocupante: se ha negado a decirnos adónde habías ido. —Se

volvió y su mirada recorrió todo el grupo para acabar posándose sobre Mark.

»¿Mark Blackthorn? —preguntó incrédulo.

—Eso ya lo he dicho yo —replicó Clary.

Julian tuvo la sensación de que no le tenía demasiado cariño a su futuro suegro, suponiendo que fuera a convertirse en eso. Se dio cuenta de que no sabía si Jace y Clary tenían intención de casarse.

—Sí —contestó Mark.

Estaba erguido como si se enfrentara a un pelotón de fusilamiento. Miró a Robert Lightwood a los ojos, y Julian vio que el Inquisidor hacía una mueca al ver los ojos de la Cacería Salvaje en el rostro de un cazador de sombras.

Esos ojos eran una acusación contra la Clave. «Me abandonasteis. No me protegisteis. Me quedé solo», decían.

—He vuelto —dijo Mark.

—La Cacería Salvaje nunca te habría liberado —replicó el Inquisidor—. Eras demasiado valioso para ellos. Y las hadas no devuelven lo que se llevan.

—Robert... —comenzó Magnus.

—Decidme que me equivoco —insistió Robert Lightwood—. ¿Magnus? ¿Alguien?

Magnus guardó silencio, pero su descontento era evidente. Los ojos dorados de Jace no revelaban nada.

Dru hizo un sonido temeroso y apagado. Clary se volvió hacia Robert.

—No es justo interrogarlos —le dijo—. Solo son críos.

—¿Crees que me he olvidado de todos los líos en los que Jace y tú os metisteis cuando erais «solo críos»?

—No le falta razón. —Jace sonrió a Julian y a Emma, y esa sonrisa era como oro derretido sobre acero. Se veía que la suavidad era un disfraz, y cómo lo que había detrás le había hecho ganar a Jace el título del mejor cazador de sombras de su generación.

—No hemos empleado magia negra —afirmó Julian—. No nos ha hecho falta. Las hadas... siempre están dispuestas a hacer un trato.

Dos personas aparecieron en la puerta del Santuario: Anselm Nightshade, con una expresión de preocupación en su rostro afilado y huesudo, y junto a él, Arthur, que parecía cansado y sujetaba una copa de vino. Julian había dejado una botella en el Santuario aquella noche. Era de una excelente cosecha.

El espacio protegido del Santuario se extendía un poco más allá de la puerta. Anselm atravesó la línea con la punta del pie, hizo una mueca de dolor y lo apartó rápidamente.

—Arthur, ¿afirmas que te has pasado toda la noche hablando sobre Sófocles con Anselm Nightshade?

—«Si tratas de curar la maldad con maldad, sumarás más dolor a tu destino» —citó Arthur.

Robert alzó una ceja.

—Es una cita de *Antígona* —repuso Julian con cansancio—. Quiere decir que sí.

—Entra en la sala, Arthur —pidió Robert—. Por favor, no me hagas pensar que te escondes en el Santuario.

—Cuando empleas esa voz soy yo quien quiere esconderse en el Santuario —replicó Magnus.

Había estado paseándose por la estancia, cogiendo objetos, observándolos y dejándolos de nuevo en su sitio. Sus acciones parecía que no tenían sentido, pero Julian lo conocía demasiado bien. Magnus hacía muy pocas cosas sin premeditación.

Igual que Jace. Este se hallaba sentado en el último escalón, con su aguda mirada inalterada. Julian notó su peso, como una presión sobre el pecho. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Mis hermanos pequeños no tienen nada que ver con esto —dijo—. Y Tavvy está agotado. Esta noche han estado a punto de matarlo.

—¿Qué? —exclamó Clary, y la alarma le oscureció el verde de los ojos—. ¿Qué ha pasado?

—Os lo explicaré —contestó Julian—. Pero dejadlos marchar.

Robert dudó un momento antes de asentir con un seco movimiento de la cabeza.

—Pueden retirarse.

Julian sintió un gran alivio cuando Ty, Livvy y Dru se dirigieron hacia la escalera. Livvy seguía llevando a Octavian en brazos. En lo alto, Ty se detuvo un momento y miró hacia abajo. Su mirada se posó sobre Mark, y la expresión de su rostro era de temor.

—«Es la dolencia de la tiranía el no confiar ni en los amigos», Inquisidor —dijo Anselm Nightshade—. Esquilo.

—No he venido aquí dejando la fiesta de compromiso de mi hija para recibir una lección sobre los clásicos —replicó Robert—. Ni tampoco es este un asunto para subterráneos. Por favor, espéranos en el Santuario, Anselm.

Arthur le pasó la copa a Anselm, que la alzó en un irónico brindis, pero se marchó, aliviado de alejarse de la línea que marcaba el inicio de la tierra consagrada.

En cuanto hubo salido de la estancia, Robert se dirigió a Arthur.

—¿Qué sabes de todo esto, Blackthorn?

—Vino una legación desde Feéra —contestó Arthur—. Nos ofrecieron devolver a Mark a la familia, y a cambio tendríamos que ayudarlos a descubrir quién estaba matando hadas en Los Ángeles.

—¿Y no informasteis a la Clave? —preguntó Robert—. A pesar de saber que estabais infringiendo la Ley, la Paz Fría...

—Quería recuperar a mi sobrino —respondió Arthur—. ¿Acaso no habrías hecho tú lo mismo por tu familia?

—Eres cazador de sombras —replicó Robert—. Si debes elegir entre tu familia y la Ley, ¡eliges la Ley!

—*Lex malla, lex nulla* —replicó Arthur—. Ya conoces la divisa de nuestra familia.

Robert parecía exasperado.

—¿Y lo habéis averiguado? ¿Sabéis quién estaba matando hadas?

—Lo hemos descubierto esta noche —contestó Julian—. Era Malcolm Fade.

Magnus se tensó y sus ojos de gatos destellaron.

—¿Malcolm? —Se volvió rápidamente y dio dos pasos hacia Julian—. ¿Y por qué creéis que fue un brujo? ¿Porque conocemos la magia? ¿Acaso toda la magia negra tiene que ser culpa nuestra?

—Porque él confesó —replicó Julian.

Clary se quedó boquiabierta. Jace continuó sentado, su rostro tan inescrutable como el de un gato.

El semblante de Robert se oscureció.

—Arthur. Tú eres el director del Instituto. Habla. ¿O vas a dejar que lo haga tu sobrino?

—Hay cosas —comenzó Julian— que no le hemos dicho a Arthur. Cosas que él no sabe.

Arthur se llevó la mano a la cabeza, como si le doliera.

—Si me han engañado —dijo—, entonces permite que Julian lo explique.

La mirada de Robert pasó por el grupo y se detuvo en Diego.

—Centurión —dijo—. Da un paso adelante.

Julian se tensó. Diego. No había contado con él, pero era un centurión, y por lo tanto había jurado decirle la verdad a la Clave. Parecía lógico que Robert prefiriera hablar con Diego que con él.

Sabía que no había ninguna razón real por la que Robert quisiera hablar con él. Julian no dirigía el Instituto. Lo hacía Arthur. No importaba que hubiera sido él quien llevase años respondiendo a las cartas de Robert y conociera mejor que nadie el modo en que Robert hacía las cosas; no importaba que en la correspondencia oficial se conocieran bien. Él solo era un adolescente.

—¿Sí, Inquisidor? —dijo Diego.

—Háblanos de Malcolm Fade.

—Malcolm no era quien creíais que era —explicó Diego—. Fue el responsable de incontables muertes. Incluyendo la de los padres de Emma.

Robert negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible? A los Carstairs los asesinó Sebastian Morgenstern.

Al oír el nombre de Sebastian, Clary palideció. Al instante miró a Jace, que le devolvió la mirada, una mirada tejida durante años de historia compartida.

—No —replicó Clary—. No fue así. Sebastian era un asesino, pero Emma nunca ha creído que fuera el responsable de la muerte de sus padres. Jace y yo tampoco. —Se dirigió a Emma—. Tenías razón. Siempre he pensado que algún día se demostraría que estabas en lo cierto. Pero lamento que fuera Malcolm. Era tu amigo.

—Y el mío —dijo Magnus con voz tensa. Clary fue hacia él y le puso una mano en el brazo.

—También era el Gran Brujo —añadió Robert—. ¿Cómo ha ocurrido todo esto? ¿Qué quieres decir con lo de que había asesinado a gente?

—Una serie de crímenes en Los Ángeles —contestó Diego—. Había convencido a mundanos para que cometieran asesinatos y luego recogía partes de sus cuerpos para usarlas en magia negra.

—Deberíais haber llamado a la Clave. —Robert parecía furioso—. La Clave debería haber sido informada en cuanto la legación de las hadas llegó aquí...

—Inquisidor —comenzó Diego. Sonaba cansado. Todo el hombro derecho de su traje de combate estaba cubierto de sangre—. Soy un centurión. Respondo directamente ante el Consejo. Y tampoco informé de lo que estaba pasando porque una vez las cosas estaban en marcha informar habría significado ralentizar la investigación. —No miró a Cristina—. La Clave hubiera comenzado de nuevo desde el principio. No había tiempo, y la vida de un niño estaba en juego. —Se llevó la mano al pecho—. Si deseas que te entregue mi medallón, lo entenderé. Pero mantendré hasta el final que los Blackthorn hicieron lo correcto.

—No te voy a hacer entregar tu medallón, Diego Rocio Rosales —repuso Robert—. Tenemos muy pocos centuriones, y tú eres uno de los mejores. —Observó a Diego con ojo crítico, su brazo ensangrentado y su rostro exhausto—. El Consejo esperará tu informe mañana, pero por ahora puedes ir a curarte las heridas.

—Yo iré con él —dijo Cristina.

Ayudó a Diego a subir la escalera, el centurión apoyado en su delgado cuerpo. Mark los observó marcharse, y luego apartó la mirada cuando desaparecieron más allá del alcance de la luz mágica, entre las sombras.

—Robert —dijo Jace cuando se hubieron marchado—. Cuando Julian tenía doce años testificó delante del Consejo. Han pasado cinco años. Déjalo hablar ahora.

A pesar de la expresión renuente de su rostro, Robert asintió.

—Muy bien. Todos quieren oírte, Julian Blackthorn, así que habla.

Y Julian habló. Con calma y sin florituras comenzó a detallar la investigación, desde los primeros cadáveres encontrados hasta aquella misma tarde, cuando descubrieron que el culpable era Malcolm.

Emma observaba hablar a su *parabatai*, y se preguntó cómo habrían sido las cosas si Sebastian Morgenstern no hubiera atacado el Instituto de Los Ángeles cinco años antes.

Desde hacía mucho tiempo, Emma pensaba que había dos Julian. El de antes del ataque, que era como todo el mundo, que amaba a su familia pero también lo ponía nervioso; un hermano entre otros con los que se peleaba, discutía, bromeaba y reía.

Y el Julian de después: aún un niño, aprendiendo por sí mismo a alimentar y a

cambiar a un bebé, cocinando cuatro comidas diferentes para cuatro hermanos menores a los que les gustaban cosas distintas; ocultando la enfermedad de su tío a un montón de adultos que se habrían llevado lejos a sus niños. Un Julian que a veces se despertaba a gritos de pesadillas en las que algo les pasaba a Ty, a Livvy o a Dru.

Emma había estado con él para apoyarlo, pero nunca había acabado de entenderlo. ¿Cómo habría podido hacerlo si no sabía lo de Arthur, si no sabía hasta qué punto Julian estaba realmente solo? Lo único que sabía era que las pesadillas habían acabado y que Julian había adquirido una tranquila fuerza, una férrea determinación, antes de dejar de ser un niño.

Llevaba sin ser un niño mucho mucho tiempo. Había sido aquel niño del que Emma había pensado que podía ser su *parabatai*. Nunca se habría enamorado de aquel Julian. Pero sí de este, sin saberlo, porque ¿cómo podías enamorarte de alguien que solo suponías más o menos que existía?

Se preguntó si, de algún modo, Mark reconocía esa misma disonancia, si veía lo raro que resultaba el modo en que Julian estaba allí en ese momento, hablando con el Inquisidor, como si fueran dos adultos; si veía el tacto con el que Julian explicaba la historia de lo ocurrido: los detalles clave que no mencionaba, el modo en que hacía que pareciera natural e inevitable el no haberle explicado a la Clave lo que estaban haciendo, el modo en que se olvidaba de mencionar a Kit y a Johnny Rook. Tejió el relato de una serie de sucesos que no eran culpa de nadie, que nadie habría podido prever ni prevenir, y lo hizo sin que su rostro mostrara ni el más mínimo rastro de duplicidad.

Cuando acabó, Emma se estremeció por dentro. Amaba a Julian, siempre lo amaría, pero en ese momento también le daba un poco de miedo.

—¿Malcolm estaba creando asesinos? —repitió Robert cuando Julian dejó de hablar.

—Tiene sentido —apuntó Magnus. Estaba con la barbilla entre las manos, con uno de sus largos dedos tamborileando sobre la mejilla—. Una de las razones por las que está prohibida la nigromancia es que muchos de los ingredientes necesarios son cosas como la mano de un asesino a sangre fría, o el ojo de un ahorcado que aún retenga la imagen de lo último que vio. Conseguir esos ingredientes orquestando las situaciones que los crearían es muy ingenioso. —Pareció darse cuenta de que Robert lo estaba mirando con reprobación—. Y malvado, también —añadió—. Mucho.

—Tu sobrino nos ha contado una historia convincente, Arthur —dijo Robert—. Pero se nota tu ausencia. ¿Cómo no viste que estaba pasando todo eso?

Julian había tejido su historia de manera que la ausencia de Arthur pareciera normal. Pero Robert era como un perro detrás de un hueso. Emma supuso que esa era la razón por la que lo habían nombrado Inquisidor.

Emma se encontró con la mirada de Clary sobre ella. Pensó en Clary arrodillada frente a ella en Idris, cogiéndole las manos, alabando a *Cortana*. Pensó en que la bondad que se mostraba a los niños era algo que estos nunca olvidaban.

—Robert —dijo Clary—. Todo esto no es necesario. Tomaron decisiones difíciles, pero no fueron erróneas.

—Entonces déjame que le pregunte una cosa a Arthur, Clary —replicó Robert—: ¿Qué castigo escogería para unos nefilim, incluso jóvenes, que transgreden la Ley?

—Bueno, eso dependería —contestó Arthur— de si ya fueron castigados antes, cinco años atrás, perdiendo a su padre, a su hermano y a su hermana.

Robert se puso de un rojo violáceo.

—Fue la Guerra Oscura la que les arrebató a su familia...

—Fue la Clave quien les quitó a Mark y a Helen —aportó Magnus—. Esperamos que nuestros enemigos nos traicionen. No los que se supone que deben cuidarnos.

—Habríamos protegido a Mark —aseguró Robert Lightwood—. No hay por qué temer a la Clave.

Arthur estaba pálido y tenía las pupilas dilatadas. Sin embargo, Emma nunca lo había oído hablar con tanta elocuencia o claridad. Resultaba muy extraño.

—¿Lo habríais hecho? —preguntó—. En tal caso, ¿por qué sigue Helen en la isla de Wrangel?

—Está más segura allí —soltó Robert—. Hay algunos, entre los que no me cuento, que aún odian a las hadas por su traición en la Guerra Oscura. ¿Cómo crees que la tratarían si estuviera entre los cazadores de sombras?

—Por lo tanto, no podríais haber protegido a Mark —concluyó Arthur—. Acabas de admitirlo.

Antes de que Robert pudiera decir nada, intervino Julian:

—Tío Arthur, puedes contarle la verdad.

Arthur pareció confuso. Por muy clara que pareciera tener la cabeza, no parecía saber a qué se refería Julian. También tenía la respiración acelerada, como le había pasado en el Santuario cuando había empezado a dolerle la cabeza.

Julian miró a Robert.

—Arthur quería acudir al Consejo en cuanto los seres mágicos trajeron a Mark —explicó—. Le rogamos que no lo hiciera. Temíamos que nos volvieran a apartar de nuestro hermano. Pensamos que si podíamos resolver los asesinatos, si Mark nos ayudaba a hacerlo, quizá el Consejo lo miraría con buenos ojos. Quizá nos ayudaría a convencerlos de que se podía quedar.

—Pero ¿entiendes lo que habéis hecho? —preguntó el Inquisidor—. Si Malcolm estaba buscando un poder nigromántico, podría haber representado una amenaza para toda la Clave. —Aunque ni siquiera el propio Robert sonaba muy convencido.

—No buscaba poder —repuso Julian—. Quería resucitar a alguien a quien amaba. Lo que hizo fue diabólico, y ha muerto por ello, como debía ser. Pero ese era su único objetivo y su único plan. Nunca le importó la Clave ni los cazadores de sombras. Solo le importaba ella.

—Pobre Malcolm —dijo Magnus como para sí—. Perder a la persona amada, y de esa manera...

—Robert —comenzó Jace—, estos chicos no han hecho nada malo.

—Quizá no, pero soy el Inquisidor. Y esto no es algo que se pueda ocultar. Malcolm Fade está muerto, y se ha llevado el *Libro Negro* con él al fondo del océano, y todo eso ha ocurrido sin que el director del Instituto se haya enterado...

Julian avanzó un paso.

—Hay algo que el tío Arthur no te ha contado —dijo—. No es que nos estuviera dejando correr por ahí sin hacer nada. Estaba tratando de localizar otra fuente de magia negra diferente.

Julian miró a Magnus al hablar. Magnus, que ya los había ayudado en el pasado. Parecía estar tratando de influir mentalmente en él para que lo entendiera.

—No es una coincidencia que Anselm Nightshade esté en el Santuario —continuó Julian con voz dura—. Arthur lo ha hecho acudir porque sabía que vendríais.

Robert alzó una ceja.

—¿Es eso cierto, Arthur?

—Será mejor que se lo cuentes —dijo Julian, mirando a su tío con gran intensidad—. De todas formas se van a enterar.

—Eehh... —Arthur miraba a Julian. Había un vacío en su expresión que hizo que a Emma se le formara un nudo en el estómago. Julian parecía estar diciéndole a Arthur que le siguiera la corriente—. No quería mencionarlo porque no es nada en comparación con lo que hizo Malcolm.

—¿Mencionar qué?

—Nightshade ha estado empleando magia negra en provecho propio —explicó Julian. Mantuvo una expresión tranquila, si bien un poco triste—. Está ganando dinero a puñados empleando polvos adictivos en las pizzas que hace.

—¡Eso es... totalmente cierto! —exclamó Emma, interviniendo para tapan el silencio atónito de Arthur—. Hay gente por toda la ciudad tan enganchada que harían cualquier cosa por él para poder comer más.

—¿Esclavos de la pizza? —soltó Jace—. Sin duda es la cosa más rara... —Se calló cuando Clary le pegó un fuerte pisotón—. Parece grave —continuó—. Quiero decir, los polvos adictivos demoníacos y todo eso.

Julian fue hasta el armario del vestíbulo y lo abrió de golpe. Cayeron varias cajas de pizza.

—¿Magnus? —dijo Julian.

El brujo se colocó con un gesto ampuloso la punta del fular sobre el hombro y se acercó a Julian y las cajas. Alzó la tapa de una de ellas con tanta seriedad como si estuviera abriendo el cofre del tesoro.

Puso la mano sobre la caja y la movió de derecha a izquierda. Luego alzó la mirada.

—Arthur tiene razón —afirmó—. Magia negra.

Un grito resonó desde dentro del Santuario.

—¡Traición! —gritó Anselm—. *Et tu, Brute?*

—No puede salir —dijo Arthur, que parecía totalmente desconcertado—. Las puertas exteriores están cerradas.

Robert entró corriendo en el Santuario. Pasado un instante, Jace y Clary lo siguieron, dejando a Magnus en el vestíbulo con las manos en los bolsillos.

Magnus miró a Julian con ojos muy serios.

—Muy hábil —dijo—. No sé cómo más describirlo, pero ha sido muy hábil.

Julian miró a Arthur, que se apoyaba en la pared junto a la puerta del Santuario, con los ojos medio cerrados y el dolor reflejado en el rostro.

—Arderé en el infierno por esto —masculló en voz baja.

—No es ninguna vergüenza arder por tu familia —dijo Mark—. Con gusto arderé yo a tu lado.

Julian lo miró, con la sorpresa y la gratitud escritas en el rostro.

—Y yo también —lo secundó Emma. Entonces miró a Magnus—. Lo siento. Yo fui quien mató a Malcolm. Sé que era tu amigo, y me gustaría...

—Era mi amigo —asintió Magnus, y los ojos se le oscurecieron—. Sabía que había amado a alguien que había muerto. No conocía el resto de la historia. La Clave lo traicionó, igual que a vosotros. He vivido mucho tiempo, y he visto muchas traiciones y muchos corazones rotos. Hay algunos a los que el dolor los devora, que olvidan que los demás también sienten dolor. Si Alec muriera... —Se miró las manos—. Tengo que pensar que yo no sería así.

—Yo me alegro de saber por fin qué les pasó a mis padres —confesó Emma—. Finalmente lo sé.

Antes de que pudiera decir nada más, se oyó un gran estruendo en la entrada del Santuario. Jace apareció de repente, resbalando hacia atrás, con su elegante chaqueta rasgada y el rubio cabello alborotado. Sonrió a los demás, tan radiante que pareció iluminar la sala.

—Clary tiene a Nightshade atrapado en un rincón —explicó—. Es muy ágil para ser un vampiro tan viejo. Gracias por el ejercicio, por cierto... ¡Y yo que pensaba que esta noche iba a ser aburrida!

Después de arreglarlo todo con el Inquisidor, que se había llevado a Anselm Nightshade (aún jurando a grandes voces que se vengaría), y de que la mayoría de los ocupantes del Instituto se hubieran ido a la cama, Mark fue a la puerta principal y miró hacia fuera.

Se acercaba el amanecer. Vio el sol comenzar a alzarse en la distancia, en el borde occidental de la curva de la playa. Una iluminación perlada del agua, como si por una grieta en el cielo estuviera cayendo pintura blanca sobre el mundo.

—Mark —lo llamó una voz a su espalda.

Se volvió. Era Jace Herondale.

Le resultaba raro ver a Jace y a Clary, raro en un sentido que no creía que lo fuera para sus hermanos. Después de todo, la última vez que los había visto ellos tenían la edad de Julian. Fueron los últimos cazadores de sombras a los que vio antes de desaparecer con la Cacería.

Pero no estaban irreconocibles ni mucho menos, probablemente solo tenían veintiuno o veintidós años. Pero de cerca, Mark vio que Jace había adquirido un aura indefinible de decisión y madurez. Ya no era el chico que lo había mirado a los ojos y le había dicho con voz temblorosa: «La Cacería Salvaje. Ahora eres uno de ellos».

—Mark Blackthorn —repitió Jace—. Sería educado decir que has cambiado, pero no es cierto.

—He cambiado —replicó Mark—, pero no de un modo visible.

Jace asintió con la cabeza y miró hacia el océano.

—Un científico dijo que si el océano fuera tan claro como el cielo, si pudiéramos ver todo lo que hay en él, nadie se metería nunca en el agua. Tan horrible es lo que vive en su interior, a siete mil metros de profundidad.

—Así habla uno que no conoce los terrores del cielo —dijo Mark.

—Quizá no —repuso Jace—. ¿Aún tienes la luz mágica que te di?

Mark asintió.

—La he llevado conmigo por toda Feéra.

—Solo he dado piedras runas de luz mágica a dos personas en toda mi vida —comentó Jace—. A Clary y a ti. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Tenías algo, cuando te encontré en los túneles. Estabas asustado, pero no pensabas rendirte. Nunca he tenido ninguna duda de que volvería a verte.

—¿En serio? —Mark lo miró escéptico.

—En serio. —Jace esbozó su sonrisa fácil y encantadora—. Solo recuerda que el Instituto de Nueva York está de tu parte. Recuérdaselo a Julian si volvéis a tener problemas. No es fácil dirigir un Instituto. Yo debería saberlo.

Mark iba a protestar, pero Jace ya se estaba yendo hacia dentro para reunirse con Clary. De todos modos, Mark dudó que Jace hubiera prestado ninguna atención a sus protestas, de haber llegado a hacerlas. Jace veía la situación tal cual era, pero no estaba pensando en intervenir para alterar el equilibrio.

Mark recorrió de nuevo el horizonte con la mirada. El amanecer avanzaba. La carretera, la autovía, los árboles del desierto, todo se recortaba con un pronunciado relieve en la creciente luz. Y junto al borde de la carretera se hallaba Kieran, mirando hacia el mar. Mark solo veía como una sombra, pero incluso así, no habría podido ser nadie más.

Bajó los escalones y fue a donde se encontraba Kieran. Este no se había cambiado de ropa, y la hoja de su espada, que le colgaba del costado, estaba manchada.

—Kieran —dijo Mark.

—¿Te vas a quedar? —preguntó Kieran, y luego se contuvo, mirándolo tristemente—. Claro que te vas a quedar.

—Si me estás preguntando si voy a quedarme con mi familia o regresar a la Cacería Salvaje, entonces sí, ya tienes tu respuesta —dijo—. La investigación ha terminado. El asesino y sus cómplices están muertos.

—Esa no era la letra del trato —repuso Kieran—. Los cazadores de sombras tenían que entregar al asesino a la custodia de las hadas, y nosotros impartiríamos nuestra justicia.

—Dado que Malcolm está muerto y vista la magnitud de la traición de Iarlath, espero que tu gente considere con indulgencia mi elección —dijo Mark.

—Mi gente —repitió Kieran—. Ya sabes que no son indulgentes. No han sido indulgentes conmigo.

Mark pensó en la primera vez que vio los ojos negros de Kieran mirando desafiantes desde detrás del cabello negro alborotado. Pensó en el júbilo de los otros Cazadores al tener un príncipe al que atormentar y del que burlarse. En cómo Kieran lo había soportado, con una expresión arrogante en los labios y la barbilla alta. En cómo había soportado que su padre lo hubiera entregado a la Cacería del mismo modo que un hombre le tiraría un hueso a un perro. Kieran no tenía un hermano que lo quisiera y luchara por conseguir que regresara. No tenía a Julian.

—Pero lucharé por ti —declaró mirando a Mark a los ojos—. Les diré que te has ganado el derecho de quedarte. —Vaciló—. ¿Nos... volveremos a ver?

—No lo creo, Kieran —contestó Mark con tanta amabilidad como pudo—. No después de todo lo que ha pasado.

Una breve expresión de dolor, rápidamente ocultada, cruzó el rostro de Kieran. El color de su pelo era azul plata, no muy diferente del tono del océano al amanecer.

—No imaginaba una respuesta diferente —dijo—. Pero tenía esperanzas. Es difícil matar la esperanza. Pero supongo que te perdí hace mucho tiempo.

—No tanto —contestó Mark—. Me perdiste cuando viniste aquí con Gwyn y Iarlath y les dejaste que azotaran a mi hermano. Podría perdonarte cualquier dolor que me hubieran infligido a mí. Pero nunca te perdonaré lo que sufrieron Julian y Emma.

—¿Emma? —repuso Kieran enarcando las cejas—. Pensaba que la otra chica era la que había atraído tu interés. Tu princesa.

Mark soltó una carcajada ahogada.

—Por el Ángel —exclamó, y vio a Kieran hacer una mueca al oír esa expresión de cazador de sombras—. Tu imaginación está limitada por tus celos. Kieran..., todos los que vivimos bajo este techo, tanto si nos unen lazos de sangre como si no, estamos atados por una red invisible de cariño, deber, lealtad y honor. Eso es lo que significa ser cazador de sombras. La familia...

—¿Y qué sabré yo de la familia? Mi padre me vendió a la Cacería Salvaje. No conozco a mi madre. Tengo tres docenas de hermanos y todos se alegrarían de verme muerto. Mark, tú eres todo lo que tengo.

—Kieran...

—Y te amo —continuó Kieran—. Eres lo único que existe en esta tierra o bajo el sol a lo que amo.

Mark miró a Kieran a los ojos, y vio en ellos, como siempre, el cielo nocturno. Y notó un traicionero tirón bajo las costillas, que le decía que las nubes podían ser su camino. Que no necesitaba tener preocupaciones humanas: dinero, refugio, reglas y leyes. Podía cabalgar por el cielo sobre glaciares, sobre las copas de los árboles de bosques cuya existencia no conocía ningún humano. Podía dormir en las ruinas de ciudades perdidas hacía siglos. Su refugio sería una simple manta. Podía yacer en los brazos de Kieran y contar las estrellas.

Pero siempre había puesto a las estrellas los nombres de sus hermanos y hermanas. La idea de la libertad resultaba muy hermosa, pero era una fantasía. Todo corazón humano estaba encadenado por el amor.

Mark se sacó el colgante con la punta de flecha por la cabeza. Le cogió la mano a Kieran, le puso la palma hacia arriba y depositó el colgante en ella.

—No tensaré más arcos para la Cacería Salvaje —dijo—. Guarda esto y... recuérdame.

Kieran cerró la mano con fuerza sobre la punta de flecha; los nudillos le palidieron.

—Las estrellas se apagarán antes de que te olvide, Mark Blackthorn.

Suavemente, Mark le acarició la mejilla. Los ojos del príncipe hada estaban abiertos y sin lágrimas. Pero en ellos Mark vio una gran soledad. Mil noches oscuras cabalgando sin ningún hogar al que regresar.

—No te perdono —dijo Mark—. Pero al final viniste a ayudarnos. No sé qué hubiera pasado de no ser así. Por lo tanto, si me necesitas, si me necesitas de verdad, avísame e iré.

Kieran entrecerró los ojos.

—Mark...

Pero este ya había comenzado a alejarse. Kieran se quedó y lo observó marcharse, y aunque no se movió ni habló, en el borde del acantilado, *Windspear* se alzó sobre los cuartos traseros y relinchó, pateando el cielo con los cascos.

La ventana de Julian daba al desierto. En algún momento de los cinco años anteriores pudo haberse cambiado al dormitorio de Mark, desde el que se veía el océano, pero le habría dado la sensación de estar renunciando a la idea de que Mark podía regresar. Y además, la suya era la única habitación que tenía un asiento en el alféizar, cubierto de cojines ya algo deshilachados. Emma y él habían pasado muchas horas juntos ahí, leyendo y dibujando, el sol penetrando a través del vidrio para convertir en fuego el claro cabello de Emma.

En ese momento Julian estaba sentado frente a la ventana abierta para que el viento se llevara los olores que aún parecían rondarlo incluso después de la ducha:

sangre, piedra mojada, algas marinas y magia negra.

Al final todo acababa, pensó. Incluso la noche más extraña de su vida. Después de la captura de Anselm Nightshade, Clary los había llevado a Emma y a él a un lado, los había abrazado y les había recordado que siempre podían llamarla. Sabía que Clary, a su manera tranquila, les estaba diciendo a ambos que se ofrecía para que descargaran sus problemas en ella.

También sabía que nunca lo haría.

Sonó su móvil. Miró la pantalla: era Emma. Le enviaba una foto. Nada escrito, solo una foto de su armario: la puerta abierta, las fotografías, los mapas, las cuerdas y las notas recubriéndolo todo.

Se puso unos vaqueros y una camiseta y salió al pasillo. El Instituto estaba muy silencioso, envuelto en el sueño; el único sonido era el viento del desierto en el exterior, golpeando vidrio y piedra.

Emma estaba en su dormitorio, sentada en el suelo con la espalda apoyada en los pies de la cama y el móvil al lado. Llevaba un camisón largo con tirantes finos, de un blanco deslumbrante bajo la luz de la luna.

—Julian —dijo, sabiendo que era él sin siquiera mirar—. Estabas despierto, ¿verdad? He tenido la sensación de que estabas despierto.

Se levantó, aún mirando el armario.

—No sé qué hacer con él —continuó—. He pasado mucho tiempo recogiendo cualquier cosa que pudiera parecer una prueba, inventando teorías, pensando en esto y en nada más. Este era mi mayor secreto, el corazón de todo lo que he hecho. —Lo miró—. Ahora solo es un armario lleno de trastos.

—No puedo decirte qué debes hacer con todo eso —repuso Julian—. Pero sí puedo decirte que no tienes por qué pensar en ello ahora.

Emma llevaba el pelo suelto. Era como luz tejida alrededor de los hombros, con las puntas de los rizos rozándole la cara. Julian se clavó las uñas en las palmas para contenerse y no estrecharla contra su pecho y hundir el rostro y las manos en él.

En vez de eso, le miró los cortes ya curados de los brazos y las manos, el tenue color rojo de las quemaduras en las muñecas, la prueba de que esa noche no había sido fácil.

Aunque nada lo era nunca.

—Mark se queda, ¿verdad? La Clave no puede hacer nada para llevárselo, ¿no?

«Mark. Su primer pensamiento ha sido para Mark».

Julian apartó esa idea: era indigno, ridículo. Ya no tenían doce años.

—Nada —contestó Julian—. Nunca lo exiliaron. La regla era solo que no se lo podía ir a buscar. No lo hemos hecho. Él encontró el camino de vuelta a casa, y eso no lo pueden cambiar. Y me parece que, después de lo mucho que nos ha ayudado con Malcolm, sería muy poco apropiado que intentaran hacer algo.

Emma le dedicó una leve sonrisa antes de meterse en la cama, estirando las largas piernas bajo el cobertor.

—He ido a ver cómo están Diego y Cristina —dijo—. Él se ha quedado frito en su cama y ella se ha dormido sobre la colcha. Lo que me voy a burlar de ellos mañana...

—¿Cristina está enamorada de él? De Diego, quiero decir —preguntó Julian mientras se sentaba en la cama al lado de Emma.

—No estoy segura. —Emma movió los dedos—. Tienen, ya sabes, cosas pendientes.

—No, no lo sé. —Copió su gesto—. ¿Qué es lo que tienen?

—Asuntos románticos —contestó Emma subiéndose la manta.

—¿Mover los dedos así significa asuntos románticos pendientes? Tendré que recordarlo. —Julian notó que una sonrisa le tiraba de la comisura de la boca. Solo Emma podía hacerlo sonreír después de una noche como la que habían pasado.

Ella abrió una esquina del cobertor.

—¿Te quedas? —preguntó.

No había nada que deseara más que meterse en la cama junto a ella, trazar el contorno de su rostro con los dedos: amplios pómulos, barbilla puntiaguda, ojos medio cerrados, pestañas como encaje contra la yema de los dedos. Su cuerpo y su mente estaban más que agotados, demasiado exhaustos para sentir deseo, pero el anhelo de proximidad y compañerismo permanecía. El tacto de las manos de Emma, su piel, era un alivio que nada más podía proporcionarle.

Recordó la playa, recordó permanecer despierto durante horas, intentando memorizar cómo era tenerla entre los brazos. Habían dormido uno junto a la otra muchísimas veces, pero nunca se había dado cuenta de lo diferente que resultaba cuando podías acomodar la forma de otra persona entre tus brazos. Unir tu respiración a la de ella.

Se metió en la cama con la ropa puesta y se tapó. Ella estaba de lado, con la cabeza apoyada en la mano. Su expresión era seria, decidida.

—Pensaba en la forma en que lo has montado todo esa noche, Julian. Me has asustado un poco.

Julian le tocó las puntas del pelo antes de dejar caer la mano. Un inesperado dolor se le estaba extendiendo lentamente por el cuerpo, un profundo dolor que parecía provenirle de la propia médula.

—Nunca debes tener miedo de mí —dijo—. Nunca. Eres una de las personas a las que jamás haría daño.

Emma extendió la mano y se la puso a Julian sobre el corazón. La tela de la camiseta separaba la mano de su pecho, pero Julian sintió como si le tocara la piel desnuda.

—Cuéntame qué pasó con Arthur y Anselm cuando volvimos —le pidió—. Porque creo que ni yo lo entiendo.

Él se lo explicó. Le contó que durante meses había estado vertiendo los restos de los viales que Malcolm le daba para Arthur en una botella de vino, por si algún día

hacía falta. Había dejado ese vino, que contenía una gran dosis del compuesto, en el Santuario, sin saber cuándo lo podría necesitar. En la convergencia se había dado cuenta de que necesitarían que Arthur tuviera la cabeza clara cuando ellos regresaran, que su mente pudiera funcionar. Así que llamó a Arthur y le dijo que tenía que ofrecer ese vino a Anselm y beber él también, sabiendo que solo afectaría a su tío. Era consciente de que había hecho algo terrible al drogar a su tío sin su consentimiento. Le explicó que llevaba días guardando las cajas de pizza en el vestíbulo, por si acaso; que sabía que le había hecho algo terrible a Anselm, que no se merecía el castigo que iba a recibir. Le explicó que a veces ni se reconocía a sí mismo, que no sabía cómo era capaz de hacer lo que hacía, y sin embargo no podía dejar de hacerlo.

Cuando acabó, ella se le acercó y le acarició la mejilla. Olía un poco a jabón de rosas.

—Yo sí sé quién eres —le dijo—. Eres mi *parabatai*. Eres el chico que hace lo que tiene que hacerse porque nadie más lo hará.

Parabatai. Nunca hasta ese momento había pensado en esa palabra con amargura, incluso sintiendo lo que sentía y sabiendo lo que sabía. Y sin embargo, en aquel instante pensó en los años y años que les quedaban por delante, en los que no habría ningún momento en el que se pudieran sentir totalmente seguros estando juntos, ningún modo de tocarse, o besarse, o consolarse mutuamente sin temor a ser descubiertos. De repente, una súbita emoción se apoderó de él.

—¿Y si nos escapamos? —sugirió.

—¿Escaparnos? —repitió ella confusa—. ¿Y adónde iríamos?

—A algún lugar donde no pudieran encontrarnos. Yo podría hacerlo; podría encontrar ese lugar.

Vio la compasión en los ojos de Emma.

—Se imaginarían la razón de nuestra desaparición. No podríamos regresar nunca.

—Nos han perdonado por desobedecer la Paz Fría —dijo él, y sabía que sonaba desesperado. Era consciente de que las palabras le salían atropelladas, pero eran palabras que siempre quiso decir, sin atreverse a hacerlo, durante años; eran palabras que surgían de la parte de sí mismo que había permanecido tanto tiempo encerrada que incluso llegó a preguntarse si aún seguía viva—. Necesitan cazadores de sombras. No somos suficientes. Podrían perdonarnos esto también.

—Julian, no podrías vivir contigo mismo si dejaras a los chicos. Y a Mark, y a Helen. Y menos ahora, que acabas de recuperar a Mark. No podrías de ninguna manera.

Intentó no pensar en ellos, como si fuera Poseidón conteniendo la marea.

—¿Me estás diciendo esto porque no te quieres escapar conmigo? Porque si no quieres...

En la distancia, al fondo del pasillo, se oyó un tenue llanto: Tavvy.

En segundos Julian saltó fuera de la cama, con el frío suelo bajo los pies

descalzos.

—Será mejor que vaya.

Emma se incorporó apoyándose en el codo. Su rostro estaba serio, dominado por sus grandes ojos oscuros.

—Iré contigo.

Corrieron por el pasillo hasta el dormitorio de Tavvy. La puerta estaba abierta y una tenue luz mágica iluminaba el interior. Tavvy estaba acurrucado, medio dentro medio fuera de su tienda, agitándose en sueños.

Emma se puso de rodillas junto a él y le acarició el alborotado cabello.

—Mi niño —murmuró—. Pobre niño, por el Ángel, qué noche has pasado.

Se tumbó de lado, de cara a Tavvy, y Julian se tumbó al otro lado de su hermano pequeño. Tavvy lanzó un grito y se acurrucó contra Julian. Su respiración se fue relajando mientras se hundía en el sueño.

Julian miró a Emma por encima de los rizos de su hermanito.

—¿Te acuerdas? —preguntó.

Vio en sus ojos que Emma sí recordaba. Los años que habían tenido que cuidar de los otros, las noches que se habían quedado despiertos con Tavvy o con Dru, con Ty y Livvy.

—Me acuerdo —contestó ella—. Por eso he dicho que nunca podrías dejarlos. No podrías soportarlo. —Apoyó la cabeza en la mano, y la cicatriz de su antebrazo se vio como una línea blanca bajo la tenue luz—. No quiero que hagas algo que vas a lamentar el resto de tu vida.

—Ya he hecho algo de lo que me voy a arrepentir el resto de mi vida —repuso él, pensando en los círculos de fuego de la Ciudad Silenciosa y la runa en su clavícula—. Ahora estoy tratando de solucionarlo.

Ella apoyó la cabeza en el suelo, junto a Tavvy, con el claro cabello por almohada.

—Como has dicho sobre mi armario, ya pensaremos en ello mañana. ¿De acuerdo?

Julian asintió, y la observó cerrar los ojos mientras su respiración se volvía regular y se dejaba llevar por el sueño.

Antes del alba, Emma se despertó de una pesadilla, gritando los nombres de sus padres y el de Malcolm. Julian la cogió en brazos y la llevó por los pasillos hasta su dormitorio.

La última vez que Kit Rook vio a su padre había sido un día corriente y se hallaban sentados en el salón. Kit estaba tumbado en el suelo leyendo un libro sobre estafas y trapicheos. Según Johnny Rook, le había llegado la hora de «aprender de los clásicos», lo que para la mayoría de la gente hubieran sido Hemingway y Shakespeare, pero que para Kit significaba memorizar cosas como el timo del Prisionero Español y el truco del Melón Roto.

Johnny estaba sentado en su sillón favorito en su acostumbrada pose: dedos bajo la barbilla y piernas cruzadas. Era en momentos como ese, cuando el sol entraba por la ventana e iluminaba los finos y angulosos huesos del rostro de su padre, cuando Kit se preguntaba sobre todo lo que no sabía: quién habría sido su madre; si era cierto, como se rumoreaba en el mercado, que la familia de Johnny pertenecía a la aristocracia inglesa y que lo habían repudiado al descubrir que tenía la Visión. No era que Kit deseara ser un aristócrata, sino que se preguntaba cómo sería una familia con más de dos miembros.

De repente, el suelo se movió bajo él. El libro salió volando y Kit se deslizó varios metros por el suelo antes de golpearse contra la mesita de café. Se incorporó, con el corazón disparado, y vio a su padre ya asomado a la ventana.

Kit se puso en pie.

—¿Terremoto? —preguntó.

Cuando se vivía en el sur de California, uno se acostumbraba a los pequeños ajustes de las fallas de la tierra, y a despertarse en mitad de la noche con los vasos tintineando en los armarios de la cocina.

Johnny se apartó de la ventana con la cara blanca.

—Algo le ha pasado al Guardián —dijo—. Los hechizos de protección de la casa han desaparecido.

—¿Qué? —Kit estaba anonadado. Su casa había estado protegida desde que tenía uso de razón. Su padre siempre le había hablado de las salvaguardas como si fueran el techo o los cimientos: esenciales, necesarias, una parte fundamental de la casa.

Entonces recordó que el año anterior su padre había dicho algo sobre hechizos de protección contra demonios, unos más potentes...

Johnny se puso a maldecir. Soltó una fluida retahíla de tacos y se volvió hacia la estantería. Cogió un ajado libro de hechizos.

—Ve abajo, Kit —dijo mientras apartaba la alfombra del centro de la sala de una patada y dejaba al descubierto un círculo protector.

—Pero...

—¡He dicho que abajo! —Johnny dio un paso hacia su hijo, como si fuera a pegarle. Pero dejó caer el brazo—. Quédate en el sótano y no salgas pase lo que pase —le ladró, y volvió al círculo.

Kit comenzó a retroceder hacia la escalera. Bajó un escalón, luego otro, y se detuvo.

El móvil de Johnny estaba en uno de los estantes bajos de la librería, lo podía coger desde la escalera. Kit lo agarró y buscó un nombre, el de ella.

«Pero si cambias de opinión, tienes mi nombre en el móvil. En Carstairs».

Casi no tuvo tiempo de teclear un mensaje antes de que el suelo del salón saltara en pedazos. Unas cosas salieron del agujero que se abrió. Parecían enormes mantis religiosas, con el cuerpo del amargo verde del veneno. Tenían la cabeza triangular, con una boca ancha llena de dientes serrados; el cuerpo era largo y estaba recubierto de baba, y de él salían una especie de antebrazos quebrados y afilados.

El padre de Kit se quedó inmóvil en medio de su círculo. Un demonio se lanzó contra él, y rebotó contra el hechizo que rodeaba a Johnny. Otro demonio lo siguió, con la misma suerte. Los demonios comenzaron a emitir un fuerte gorjeo.

Kit no podía moverse. Sabía que existían los demonios, claro. Los había visto en dibujos, incluso había olido la magia demoníaca. Pero esto era diferente. Captó una mirada de su padre: Johnny lo miraba con una mezcla de pánico y furia.

—¡Vete abajo!

Kit trató de que sus pies lo llevaran. Pero no querían moverse. El pánico los había paralizado.

El demonio más grande pareció captar su olor y zumbó excitado. Comenzó a ir hacia él.

Kit miró a su padre. Pero Johnny no se movió. Se quedó en el círculo, con los ojos saliéndosele de las órbitas. El demonio se lanzó hacia Kit con las afiladas patas extendidas.

Y Kit saltó. No supo cómo lo hizo, ni cómo su cuerpo había sabido qué hacer. Se impulsó en la escalera, saltó sobre la barandilla y aterrizó agachado en el salón. El demonio que había ido a por él lanzó un fuerte chirrido mientras perdía el equilibrio y caía rodando hasta estrellarse contra la pared del sótano.

Kit se volvió. Dio una voltereta en el aire y cayó sin perder el equilibrio sobre el brazo de un sillón, justo a tiempo de ver a dos de los demonios agarrar a su padre y partirlo por la mitad.

Emma estaba en medio de un sueño muy confuso sobre Magnus y una *troupe* de payasos cuando la despertó una mano en el hombro. Masculló algo y se hundió más entre las sábanas, pero la mano era insistente. Le acarició el brazo, lo que en realidad era muy agradable. Una cálida boca le rozó el borde de los labios.

—¿Emma? —la llamó Julian.

Recuerdos vagos de él llevándola por el pasillo hasta su dormitorio y luego dejándose caer a su lado correteaban entre la niebla de su cerebro. «Mmm», pensó. No parecía haber ninguna razón para levantarse, especialmente cuando Julian estaba siendo tan afectuoso. Fingió dormir cuando él la besó en la mejilla, y luego por el mentón y luego...

Se sentó de golpe.

—¡Me has metido la lengua en la oreja!

—Sí. —Julian sonrió juguetón—. Te ha hecho levantarte, ¿a que sí?

—¡Aggg!

Le tiró un almohadón con las palabras «I LOVE CALI», que él esquivó ágilmente. Llevaba vaqueros y una camiseta gris que hacía que sus ojos se vieran de color lapislázuli. Estaba recién levantado y con el pelo alborotado, tan adorable que ella no pudo más que rendirse poniendo las manos a la espalda.

—¿Por qué te llevas las manos a la espalda? —preguntó él.

—Por nada. —Arrugó la nariz—. Eso de la oreja ha sido raro. No vuelvas a hacerlo.

—¿Y esto? —Se inclinó para besarle la base del cuello.

Las sensaciones se arremolinaban desde cualquier lugar que la tocaba con los labios: primero la clavícula, luego el cuello, la comisura de la boca.

Ella se soltó las manos a la espalda y lo cogió. Tenía la piel cálida del sol.

Sus rostros estaban tan próximos que Emma podía ver las pequeñas explosiones de color dentro de los ojos de Julian: dorado claro, azul aún más claro. Él no sonreía. Su expresión era demasiado intensa para eso. Había un deseo en sus ojos que hizo que se sintiera como si fuera a romperse.

Se les enredaron las piernas en las sábanas al abrazarse, buscándose con las bocas. Julian seguía sin ser un experto en besar, pero a ella le gustaba que fuera así porque le recordaba que él no había estado con nadie más. Que ella era la primera. Le gustaba que algo tan simple como un beso fuera aún una causa de asombro para él. Con la lengua, Emma le fue recorriendo los rincones de la boca, el perfil de los labios, hasta que él se dejó caer de espaldas sobre la cama, tirando de ella para que le quedara encima. Su cuerpo se estremecía, arqueándose hacia el de ella, y las manos descendieron para cerrarse en torno a las caderas.

—¿Emma? —Llamaron a la puerta. Se separaron de golpe y Julian saltó fuera de la cama. Emma se quedó sentada, erguida, con el corazón latiéndole a toda prisa—. Emma, soy Dru. ¿Has visto a Julian?

—No —respondió Emma con voz ronca—. No lo he visto.

La puerta comenzó a abrirse.

—Espera —dijo Emma—. Me... estoy vistiendo.

—Vale —soltó Dru sin darle importancia. La puerta dejó de abrirse. Decidida, Emma no miró a Julian. «Todo va bien. Calma. Cálmate», se dijo—. Si lo ves,

¿puedes decirle que Tavvy y los demás tenemos que comer? Livvy y Ty están dejando la cocina hecha una porquería.

Su voz tenía el tono satisfecho de un hermano chivándose de otro.

—Claro —contestó Emma—. ¿Has mirado en el estudio? Puede que esté allí.

Se oyó un roce.

—No, no he ido. Buena idea. ¡Hasta luego!

—Adiós —dijo Emma casi sin voz. Los pasos de Dru ya se alejaban por el pasillo.

Finalmente, se permitió mirar a Julian. Este estaba apoyado en la pared, con el pecho agitado, los ojos entrecerrados, mordiéndose el labio.

Resopló.

—Raziel —exclamó en un susurro—. Por los pelos.

Emma se puso en pie. El camisón susurraba al rozarle las rodillas. Temblaba.

—No podemos —comenzó—. No podemos... Nos pillarán...

Julian se apresuró hasta el otro lado de la habitación para abrazarla. Emma notó su corazón golpeándole dentro del pecho, pero habló con voz firme:

—Es una ley estúpida —dijo—. Es una mala ley, Emma.

«Hay una razón por la que no puedes enamorarte de tu *parabatai*, Emma. Y cuando la descubras, también descubrirás la crueldad de los cazadores de sombras, igual que la descubrí yo».

La voz de Malcolm, indeseada e inevitable, se abrió paso en la cabeza de Emma. Había hecho todo lo posible por olvidarla, por olvidar lo que le había dicho. Le había mentado... igual que en todo lo demás. Eso también tenía que ser una mentira.

Y sin embargo... Lo había postergado, pero sabía que tenía que explicárselo a Julian. Tenía el derecho de saberlo.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Sintió que el corazón de Julian pegaba un brinco.

—No digas eso. Sé que no es bueno. —La apretó más contra sí—. No tengas miedo, Emma —le susurró—. No nos separes porque tienes miedo.

—Tengo miedo, pero no por mí, sino por ti. Todo lo que has hecho, tanto ocultar y fingir para mantener juntos a los chicos... La situación ha cambiado, Julian. Si os hago daño a alguno...

Él la besó, deteniendo el torrente de palabras. Emma sintió el beso recorrerle todo el cuerpo.

—Solía leer libros de leyes —explicó Julian, apartándose un poco de ella—. Las partes sobre *parabatai*. Las he leído mil veces. Nunca ha habido un caso de *parabatai* que se enamoraran, los descubrieran y fueran perdonados. Solo hay historias de terror. Y no puedo perder a mi familia. Tenías razón. Eso me mataría. —Sus ojos estaban muy azules—. Si tenemos cuidado, no pasará.

Ella se preguntó si la noche anterior Julian se habría forzado hasta rebasar algún límite, un punto en el que las responsabilidades con las que cargaba le habían

parecido insoportables. No era nada habitual en Julian romper las normas, y aunque ella quería lo mismo que él, de todas formas la inquietaba.

—Tenemos que establecer unas reglas —continuó él—. Estrictas. Sobre cuándo podemos vernos. Tenemos que tener mucho cuidado a partir de ahora. Mucho más del que hemos tenido. No más playas, no más estudio. Tenemos que estar absolutamente seguros, cada vez, de que estamos en algún lugar donde nadie puede entrar sin avisar.

Ella asintió.

—De hecho, ni siquiera podemos hablar de esto —apuntó—. No en el Instituto. No donde alguien pueda oírnos.

Ahora fue Julian quien asintió. Tenía las pupilas un poco dilatadas, los ojos del color de una tormenta cerniéndose sobre el océano.

—Tienes razón —convino—. No podemos hablar aquí. Prepararé algo de comer para los chicos, para que no sigan buscándome. Luego nos reuniremos en la playa, ¿de acuerdo? Ya sabes dónde.

«Donde te saqué del agua. Donde comenzó todo esto».

—De acuerdo —contestó ella después de un instante de duda—. Tú vas primero y yo me reuniré allí contigo. Pero aún hay algo que tengo que decirte.

—Mientras no sea que no quieres seguir con esto...

Emma se puso de puntillas y lo besó. Un beso largo, lento, mareante, que hizo que Julian soltara un gemido gutural.

Cuando ella se apartó, él la estaba mirando.

—¿Cómo se las arregla la gente con estos sentimientos? —Parecía sinceramente perplejo—. ¿Cómo pueden evitar abrazarse y besarse todo el rato si están, ya sabes..., enamorados?

Emma tragó saliva para contener el repentino impulso de gritar. «Enamorados». Era la primera vez que lo decía.

«Te amo, Julian Blackthorn», pensó, viéndolo allí, en su dormitorio, como había estado un millón de veces antes, y, sin embargo, ahora de forma del todo diferente. ¿Cómo podía ser que algo tan seguro y conocido fuera al mismo tiempo tan terrorífico, abrumador y nuevo?

Emma podía ver las tenues señales hechas con un lápiz en el marco de la puerta, donde antes apuntaban su altura todos los años. Habían dejado de hacerlo cuando él comenzó a superarla y la más alta de sus marcas ya había quedado muy por debajo de la cabeza de Julian.

—Te veo en la playa —le susurró.

Él vaciló un momento, luego asintió y salió del dormitorio. Al verlo marchar, Emma sintió en el pecho una extraña y desagradable sensación premonitoria: ¿cómo reaccionaría ante lo que Malcolm le había dicho? Incluso si era una mentira, ¿cómo se podía planear una vida de esconderse e ir disimulando y pretender al mismo tiempo ser felices? Nunca antes había entendido el sentido de las fiestas de compromiso y cosas así (aunque se alegraba por Isabelle y Simon), pero acababa de

comprenderlo: cuando estabas enamorada querías decírselo a todo el mundo, y eso era exactamente lo que ellos no podían hacer.

Aunque al menos podía tranquilizarlo y asegurarle que lo amaba. Que siempre lo amaría. Que nadie podría ocupar su lugar.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un persistente zumbido. Su móvil. Tanteó sobre el escritorio para encontrarlo, lo cogió y con el pulgar pulsó el icono de inicio.

Había un mensaje de texto en gruesas letras rojas:

Emergencia
Por favor ven ya
Por favor
Kit Rook

—¿Cristina?

Ella se fue volviendo lentamente. Le dolían las piernas y la espalda. Se había quedado dormida en una silla junto a su cama. Supuso que podría haberse acostado en el suelo, pero de ese modo habría sido más difícil ocuparse de Diego.

La herida del hombro había resultado ser mucho peor de lo que había pensado: un profundo corte rodeado de las ampollas rojas de la quemadura que provocaba la magia negra. Le había cortado el ensangrentado traje de combate para sacárselo, y también la camisa que llevaba debajo, empapada de sudor y sangre.

Cogió toallas y las extendió sobre la cama para evitar manchar las sábanas, y mojó algunas para limpiarle la sangre de la cara y el cuello. Le dibujó una runa contra el dolor tras otra, una runa curativa tras otra. Aun así, Diego se pasó la mayor parte de la noche moviéndose inquieto, su cabello, oscuro como una tormenta, revuelto contra la almohada.

Desde que había salido de México nada le había recordado de una manera tan clara y dolorosa lo que habían sido el uno para el otro de más jóvenes. Cuánto lo había amado. El corazón se le hacía pedazos cada vez que Diego llamaba a su hermano, que le rogaba:

—*Jaime, Jaime, ayúdame. Ayúdame.*

Y luego también la había llamado a ella, y eso fue incluso peor:

—*Cristina, no me dejes. Regresa.*

—*Estoy aquí* —le había dicho, pero él no se había despertado, y con los dedos había arañado las sábanas hasta caer en un sueño inquieto.

No sabía cuánto rato había pasado hasta que se había quedado dormida. Había llegado a oír el ruido de voces procedentes de abajo, y luego pasos en el corredor. Emma había entrado un momento para ver cómo seguían Diego y ella, la había abrazado y se había ido a dormir después de que Cristina le asegurara que todo iba

bien.

Pero en ese momento entraba luz por la ventana, y Diego la miraba con unos ojos libres de dolor y fiebre.

—*¿Estás bien?* —le susurró ella con la garganta seca.

Él se sentó y la sábana se le resbaló. Cristina pensó que era un inesperado recordatorio de que él llevaba el torso desnudo. Se centró en que tenía una marca en el pecho, donde la magia de Malcolm lo había alcanzado. Estaba sobre el corazón, el lugar que debería ocupar la runa de matrimonio, y de un color más cercano al violeta intenso que al morado. Era casi del color de los ojos de Malcolm.

—Sí, lo estoy —contestó él, y parecía un poco sorprendido—. Estoy bien. ¿Has estado...? —Bajó la mirada, y por un momento fue el niño que Cristina recordaba, siguiendo la desastrosa estela de su hermano Jaime, capeando los líos y las reprimendas en silencio—. He soñado que te quedabas conmigo.

—Me he quedado contigo. —Resistió el impulso de echarle el pelo hacia atrás.

—¿Y va todo bien? —preguntó Diego—. No recuerdo casi nada desde que llegamos.

Cristina asintió.

—Ha ido sorprendentemente bien.

—¿Este es tu cuarto? —inquirió Diego mirando a su alrededor. Los ojos se le iluminaron al ver algo al fondo, a la izquierda de Cristina—. Me acuerdo de eso.

Cristina se dio la vuelta. En un estante junto a la cama había un árbol de la vida: un delicado marco de alfarería con flores, lunas, soles, leones, sirenas y flechas, todos de cerámica. El ángel Gabriel se hallaba debajo, con la espalda contra el árbol y un escudo sobre la rodilla. Era uno de los pocos recuerdos de su casa que se había llevado al marchar.

—Me lo hiciste tú —repuso ella—. Para mi cumpleaños. Tenía trece años.

Él se inclinó hacia delante apoyando las manos en las rodillas.

—¿Añoras tu casa, Cristina? —le preguntó—. ¿Aunque sea solo un poco?

—Claro que sí —respondió ella. La línea de la espalda de Diego era suave, sin huesos prominentes. Recordó que le clavaba las uñas en los hombros cuando se besaban—. Echo de menos a mi familia. Incluso añoro el tráfico del D. F., aunque aquí no es que sea mucho mejor. Echo de menos la comida. No te creerías a lo que llaman «comida mexicana» aquí. Echo de menos comer jicaletas en el parque contigo. —Recordó la lima y el chile en polvo en las manos, un poco ácido y un poco picante.

—Yo te echo de menos a ti —dijo él—. Todos los días.

—Diego... —Pasó de la silla a la cama y le cogió la mano derecha. La sintió ancha y cálida en la suya, y notó la presión de su anillo familiar contra la palma. Ambos llevaban el sello de la familia Rosales, pero el de ella tenía el escudo de los Mendoza dentro, y el de él, el de los Rocio—. Me salvaste la vida. Lamento haber sido tan implacable. Debería haberlo sabido. Debería haberte conocido mejor.

—Cristina...

Su mano libre le buscó el pelo, la mejilla. Le acarició la piel con la yema de los dedos, suavemente. Se inclinó hacia ella, dándole tiempo más que suficiente para echarse atrás. Ella no lo hizo. Cuando sus bocas se encontraron, Cristina inclinó la cabeza para recibir el beso, y su corazón se ensanchó con la extraña sensación de estar yendo al mismo tiempo hacia su futuro y hacia su pasado.

En alguna parte, pensó Mark. Estaba en alguna parte de la casa. Julian le había dicho que había metido en cajas todo lo de su habitación y lo había guardado en el almacén del lado este de la casa. Ya era hora de que recuperara sus pertenencias y arreglase su habitación para que pareciera que alguien vivía allí. Lo que significaba que tenía que encontrar el almacén.

Mark buscó a Julian para preguntarle dónde estaba ese almacén, pero había sido incapaz de encontrarlo. Quizá se estuviera escondiendo en algún lugar, ocupado en asuntos del Instituto. A Mark le parecía de lo más extraño que las cosas volvieran a ser como habían sido, con Julian dirigiendo el Instituto sin que la Clave pareciera haberse enterado.

Seguro que habría alguna manera de ayudar a su hermano con sus cargas. Sin duda, como Emma ya lo sabía, a Jules le sería más fácil. Seguramente también había llegado el momento de decírselo a los pequeños. En silencio, Mark se juró que apoyaría a su hermano en todo eso. Era más fácil vivir con la verdad que con una mentira, había dicho siempre Kieran.

Mark hizo una mueca de dolor al pensar en Kieran y abrió la puerta de golpe. Una sala de música. Sin duda un lugar que nadie usaba mucho; había un piano polvoriento, varios instrumentos de cuerda colgados de la pared y la caja de un violín. Esta, al menos, parecía limpia. El padre de Emma había tocado el violín, recordó Mark: la obsesión de las Cortes de las hadas por los que podían tocar algún instrumento lo había apartado de cualquier interés en la música.

—¿Mark?

Pegó un brinco y se volvió. Ty estaba tras él, descalzo, con un suéter negro y vaqueros del mismo color. Los tonos oscuros lo hacían parecer aún más delgado.

—Hola, Tiberius. —Mark prefería la versión larga del nombre de su hermano. Parecía ir mejor con él y con su conducta solemne—. ¿Estabas buscando algo?

—Te estaba buscando a ti —contestó Ty—. Lo intenté anoche, pero no pude encontrarte, y luego me dormí.

—Me estaba despidiendo de Kieran —explicó Mark.

—¿Despidiéndote? —Ty echó los hombros para atrás—. ¿Eso quiere decir que te quedas definitivamente?

Mark no pudo evitar sonreír.

—Sí, me quedo.

Ty soltó un largo suspiro, mitad de alivio y mitad de nervios.

—Bueno —dijo—. Eso es bueno.

—A mí me lo parece.

—Lo es —afirmó Ty, como si Mark estuviera siendo un poco lento de entendederas—, porque puedes sustituir a Julian.

—¿Sustituirlo? —Mark lo miró perplejo.

—Julian no es técnicamente el mayor —explicó Ty—. Y aunque nunca te pondrán al mando de forma oficial porque eres medio hada, podrías hacer lo que hace Julian. Cuidarnos, decirnos lo que debemos hacer. No tiene por qué ser él; puedes ser tú.

Mark se apoyó contra la puerta. Ty tenía una expresión abierta y se veía la esperanza en el fondo de sus ojos. Mark sintió una oleada de pánico que casi le provocó náuseas.

—¿Le has dicho algo de esto a Julian? —preguntó—. ¿Le has comentado que estabas pensando en preguntarme esto?

Ty, sin captar el tono medio furioso de Mark, enarcó sus delicadas cejas oscuras.

—Creo que se lo mencioné.

—Ty —exclamó Mark—. No puedes organizar la vida de la gente así. ¿Qué te ha hecho pensar que podía ser una buena idea?

Ty movió los ojos recorriendo la sala, pero evitó mirar a Mark.

—No quería hacerte enfadar. Pensaba que te lo habías pasado bien la otra noche, en la cocina, cuando Julian te dejó al mando...

—Me lo pasé muy bien. Todos nos lo pasamos bien. También incendié la cocina y rebocé al pequeño con azúcar. No es así como se supone que deben ser las cosas todo el tiempo. Así no es como... —Mark se calló y se apoyó contra la pared. Estaba temblando—. ¿Qué te ha hecho pensar que yo estoy cualificado para ser el tutor de Tavvy? ¿O de Dru? Livvy y tú sois mayores, pero eso no significa que no necesitéis un padre o una madre. Julian es vuestro padre.

—Julian es mi hermano —repuso Ty. La tensión se le notó en la voz—. Y tú también. Tú eres como yo —añadió—. Somos iguales.

—No —replicó Mark cortante—. No lo somos. Yo soy un desastre, Ty. Ni siquiera sé bien cómo vivir en este mundo. Tú eres capaz. Yo no. Tú eres una persona completa; te ha criado alguien que te quiere más que a su propia vida, y eso es algo de lo que hay que estar agradecido. Eso es lo que hacen los padres, pero durante años yo no lo he tenido. ¡Por el Ángel, pero si casi ni sé cuidarme a mí mismo! Te aseguro que no puedo cuidaros a vosotros.

A Ty le había desaparecido el color de los labios. Dio un paso atrás y luego salió disparado por el pasillo, y el ruido de sus pisadas se fue alejando.

«Dios —pensó Mark—. Qué desastre. Qué desastre más total».

Ya estaba comenzando a sentir pánico. ¿Qué le había dicho a Ty? ¿Lo habría hecho sentir como una carga? ¿Habría estropeado las cosas con su hermano? ¿Habría

herido a Ty de algún modo irreparable?

Era un cobarde, pensó, achicándose ante la responsabilidad que su hermano había cargado durante tantos años; asustado ante la idea de lo que podía pasarle a la familia en sus descuidadas e inexpertas manos.

Necesitaba hablar con alguien. No podía ser Julian; eso habría sido otra carga para él. Y Emma no podía ocultarle nada a Julian. Livvy lo mataría... y los otros eran demasiado pequeños...

Cristina. Ella siempre le había dado buenos consejos; la dulce sonrisa de Cristina le calmaba el corazón. Se apresuró a ir a su habitación.

Debería haber llamado, claro. Eso era lo que hacía la gente normal. Pero Mark, que había vivido durante mucho tiempo en un mundo sin puertas, puso la mano en la de Cristina y la abrió sin pensárselo dos veces.

El sol entraba por la ventana. Estaba sentada en la cama, apoyada en las almohadas, y Diego, arrodillado ante ella, la besaba. Le sujetaba la cabeza entre las manos, como si fuera algo muy valioso, y el cabello negro de Cristina le caía entre los dedos.

Ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de Mark, que se quedó clavado en el umbral. Tampoco se enteraron cuando cerró la puerta haciendo el menor ruido posible. Se apoyó contra la pared, ardiendo de vergüenza.

«Lo he entendido mal todo —pensó—, lo he estropeado todo».

Sus sentimientos hacia Cristina eran confusos y extraños, pero verla besar a Diego le había dolido más de lo que se esperaba. Parte de ese dolor eran celos. Otra parte surgía de darse cuenta de que llevaba tanto tiempo lejos de la gente normal que ya no la comprendía. Y quizá nunca podría volver a comprenderla.

«Debería haberme quedado en la Cacería». Se deslizó por la pared hasta llegar al suelo y hundió el rostro entre las manos.

Una nube de polvo, madera y yeso se alzaba del lugar donde el suelo de los Rook había quedado destruido. Una fina lluvia de sangre se unió a ella. Kit bajó de la silla a la que se había subido y se quedó anonadado. Tenía el rostro salpicado de sangre y podía oler en la sala el hedor a hierro caliente que emanaba de ella.

«La sangre de mi padre».

Los demonios estaban formando un círculo, destrozando algo que había en el suelo: el cuerpo de su padre. El sonido de la carne rasgada llenaba la habitación. Asqueado, Kit notó náuseas en el estómago, y en ese momento el demonio que se había caído por la escalera regresó chirriando por ella.

Sus ojos, bulbos lechosos en una cabeza esponjosa, parecían fijos en Kit. Avanzó hacia él, y el chico agarró la silla y la levantó como un escudo. Parte de su mente sabía que, probablemente, no podía ser posible que un chico de quince años sin entrenamiento blandiera un pesado mueble de roble como si fuera un juguete.

Pero a Kit no le importó; estaba medio loco de miedo y horror. Cuando el demonio se alzó ante él, le pegó con la silla y lo lanzó hacia atrás. El demonio se levantó y atacó de nuevo. Kit amagó un golpe, pero esta vez una afilada pata cortó la silla por la mitad. El demonio saltó hacia él con los dientes al descubierto, y Kit alzó el resto de la silla, que quedó destrozada en sus manos. Fue violentamente lanzado hacia atrás contra la pared.

Se golpeó la cabeza con fuerza y sintió que se mareaba. Vio, como a través de una neblina, a la monstruosa mantis alzándose sobre él.

«Que sea rápido —pensó—. Por el amor de Dios, mátame rápido».

El monstruo se inclinó hacia él, mostrando filas y filas de dientes y un gajnate negro que pareció cubrir todo su campo de visión. Kit alzó una mano para protegerse. El monstruo se fue acercando, y acercando..., y entonces pareció estallar. La cabeza salió despedida hacia un lado y el cuerpo hacia el opuesto. Asquerosa sangre de demonio de color negro verdoso lo salpicó.

Miró hacia arriba, y entre la neblina vio a dos personas. Una era la chica rubia cazadora de sombras del Instituto, Emma Carstairs. Blandía una espada dorada chorreante de icor. Junto a ella había otra mujer que parecía unos años mayor. Recordó vagamente haberla visto antes... ¿en el Mercado de Sombras? No estaba seguro.

—Tú ocúpate de Kit —dijo Emma—. Yo me encargo de los otros Mantid.

Emma desapareció del estrecho campo de visión de Kit. Solo podía ver a la otra mujer. Tenía un rostro dulce y amable, y lo miraba con sorprendente afecto.

—Soy Tessa Gray —dijo—. Levántate, Christopher.

Kit parpadeó sorprendido. Nadie lo llamaba Christopher. Solo su padre, y únicamente cuando estaba enfadado. Pensar en él fue como una puñalada, y miró hacia el lugar donde yacía su cuerpo destrozado.

Se sorprendió al ver a dos personas allí. Un hombre alto con el pelo negro blandiendo una espada con empuñadura de madera se había unido a Emma, y entre los dos estaban haciendo pedazos a los demonios. El verde icor pegajoso se alzaba en el aire como un géiser.

—Mi padre —dijo Kit. Se pasó la lengua por los labios resecaos y notó el sabor de la sangre—. Ha...

—Más tarde lo llorarás. Ahora estás en un grave peligro. Pueden venir más de esas cosas, y otras peores también.

La miró a través de la neblina. Tenía un sabor amargo en la boca.

—¿Eres cazadora de sombras?

—No —dijo Tessa Gray con sorprendente firmeza—. Pero tú sí. —Le tendió la mano—. Vamos. Ponte en pie, Christopher Herondale. Llevamos mucho tiempo buscándote.

—Di algo —le rogó Emma—. Por favor.

Pero el chico que iba sentado junto a ella no abrió la boca. Miraba por la ventanilla hacia el océano. Habían recorrido todo el camino hasta la autovía sin que Kit dijera ni una palabra.

—No pasa nada —dijo Tessa desde el asiento trasero del coche. Su voz era amable, pero, claro, su voz siempre era amable—. No tienes por qué hablar, Christopher.

—Ese no es mi nombre —replicó Kit.

Emma dio un pequeño brinco. Kit había hablado sin ninguna entonación, mirando por la ventanilla. Emma sabía que era un poco más joven que ella, pero más por su comportamiento que por otra cosa. Era bastante alto, y sus movimientos en la casa, luchando contra los demonios Mantid, la habían impresionado.

Llevaba unos vaqueros ensangrentados y una camiseta empapada en sangre que seguramente había sido azul en algún momento. Las puntas de su cabello rubio platino estaban pegajosas de icor y sangre.

Emma supo que había problemas nada más llegar a la casa de Johnny Rook. Aunque la vivienda parecía igual, con las ventanas cerradas y en silencio, percibió la falta de energía mágica que había notado la primera vez que estuvo allí. Miró de nuevo el mensaje de texto en el móvil y desenvainó a *Cortana*.

El interior de la casa parecía haber sufrido la explosión de una bomba. Era evidente que los Mantid habían llegado hasta debajo de la casa; los demonios a menudo viajaban bajo tierra para evitar la luz del día. Habían traspasado las maderas del suelo, y por todos lados se veía icor, sangre y serrín.

Y demonios Mantid. Parecían mucho más grotescos en el salón de Johnny Rook que en lo alto de los acantilados de las montañas de Santa Mónica. Más como insectos y menos monstruosos. Sus afilados brazos atravesaban las paredes de madera, segaban los muebles y destrozaban los libros.

Emma blandió a *Cortana*. Partió un Mantid por la mitad. Este desapareció con un chillido y le permitió ver el resto de la sala. Varios de ellos estaban manchados de rojo, de sangre humana. Rodeaban los restos de lo que había sido Johnny Rook, hecho pedazos en el suelo.

Kit. Emma miró a su alrededor frenética y vio al chico agazapado junto a la escalera. Iba desarmado. Emma lo estaba mirando justo cuando él agarró una silla y golpeó a un Mantid en la cabeza.

Solo el entrenamiento hizo que Emma no se parara de golpe. Los niños humanos no hacían eso. No sabían cómo luchar contra los demonios. No tenían el instinto...

La puerta que había a su espalda saltó por los aires, y de nuevo fue el entrenamiento lo que impidió que se quedara quieta por la sorpresa. Consiguió cortarle la cabeza a otro Mantid, manchando la hoja de *Cortana* de icor, en el

momento en que Jem Carstairs entraba corriendo en la sala seguido de Tessa.

Se habían lanzado a la batalla sin intercambiar ni una palabra entre ellos o con Emma, pero esta miró a Jem mientras luchaban y supo que no se había sorprendido al verla. Parecía mayor que en Idris, más cerca de los veintisiete, un hombre en vez de un muchacho, aunque Tessa estaba igual.

Tenía la misma expresión dulce que Emma recordaba, y la misma voz amable. Cuando fue hacia Kit y le tendió la mano, miró al chico con cariño y pena.

Christopher Herondale.

—Christopher Herondale es tu nombre —le estaba diciendo Tessa en ese momento—. Christopher Jonathan Herondale. Y tu padre también se llamaba Jonathan, ¿verdad?

Johnny. Jonathan.

Había miles de cazadores de sombras llamados Jonathan. Jonathan Cazador de Sombras había fundado la raza de los nefilim. También Jace se llamaba así.

Emma había oído lo que decía Tessa, claro, pero aún no acababa de creérselo. No solo un cazador de sombras escondido, sino todo un Herondale. Clary y Jace tendrían que ser informados. Sin duda llegarían corriendo.

—¿Es un Herondale? ¿Como Jace?

—Jace Herondale —masculló Kit—. Mi padre decía que era uno de los peores.

—¿Uno de los peores qué? —preguntó Jem.

—Cazadores de sombras. —Kit escupió las palabras—. Y yo no lo soy, por cierto. Lo sabría.

—¿Lo sabrías? —La voz de Jem era apacible—. ¿Cómo?

—¿Tienes una marca con forma de estrella? —preguntó Tessa—. En la piel. ¿La tenía tu padre?

Kit bajó los ojos a la muñeca, y Emma vio el borde de lo que parecía una pálida marca de nacimiento antes de que el chico volviera la mano hacia abajo, escondiéndola.

—No es asunto tuyo —replicó—. Sé lo que estáis haciendo. Mi padre me dijo que raptabais a cualquiera menor de diecinueve años que tuviera la Visión. A cualquiera que pensarais que podíais transformar en cazador de sombras. Después de la Guerra Oscura quedáis muy pocos.

Emma abrió la boca para protestar indignada, pero Tessa se le adelantó.

—Tu padre decía muchas cosas que no eran ciertas —replicó—. No quiero hablar mal de los muertos, Christopher, pero dudo que te esté contando algo que no sepas ya. Una cosa es tener la Visión, y otra muy diferente pelear contra un demonio Mantid sin ningún entrenamiento.

—¿Has dicho que lo habíais estado buscando? —preguntó Emma mientras pasaban rápidamente frente al destartalado Topanga Canyon Motel, con sus sucias ventanas de un marrón opaco bajo la luz del sol—. ¿Por qué?

—Porque es un Herondale —contestó Jem—. Y los Carstairs están en deuda con

ellos.

Emma sintió un leve estremecimiento. Su padre le había dicho las mismas palabras muchas veces.

—Hace años, Tobias Herondale fue condenado por desertor —explicó Jem—. Lo sentenciaron a muerte, pero no pudieron encontrarlo, así que la sentencia se cumplió haciendo que su mujer ocupara su lugar. Estaba embarazada. Una bruja, Catarina Loss, consiguió poner al bebé a salvo en el Nuevo Mundo.

—¿La sentencia se cumplió con su esposa embarazada?! —exclamó Kit—. Pero ¿qué os pasa a los cazadores de sombras?

—Es una mierda —refunfuñó Emma, de acuerdo con Kit por una vez—. ¿Así que Kit es descendiente de Tobias Herondale?

Tessa asintió.

—No hay defensa para las acciones de la Clave. Como sabes, yo fui una vez Tessa Herondale, y conocí a Tobias. Su historia es una leyenda de horror. Pero hace unos años me enteré por Catarina de que el niño había sobrevivido. Jem y yo vinimos aquí para averiguar qué había sido de la línea Herondale. Después de mucho buscar, la investigación nos llevó hasta tu padre, Kit.

—El apellido de mi padre era Rook —masculló él.

—Legalmente, tu familia ha tenido varios nombres —explicó Tessa—. Eso hizo que fuera difícil encontrarte. Supongo que tu padre sabía que tenía sangre de cazador de sombras y te escondía de nosotros. Sin duda, mostrarse como un mundano con la Visión fue muy inteligente por su parte. Pudo establecer relaciones, poner salvaguardas a su casa, enterrar su identidad. Enterrarte a ti.

—Solía decir que yo era su mayor secreto —dijo Kit con voz apagada.

Emma torció hacia la carretera del Instituto.

—Christopher —dijo Tessa—. Nosotros no somos cazadores de sombras, ni Jem ni yo. No somos parte de la Clave, dispuesta a obligarte a hacer algo que no quieres hacer. Pero tu padre tenía muchos enemigos. Ahora que ha muerto y no puede protegerte, irán a por ti. En el Instituto estarás a salvo.

Kit gruñó. No parecía impresionado ni confiado.

Era raro, pensó Emma mientras paraba el coche al final del camino. Lo único que tenía en común Kit con su padre eran la altura y la esbeltez. Sus ojos azul pálido y su cabello dorado claro eran puro Herondale. Y su rostro también: la finura de los huesos, lo agraciado de los rasgos. En ese momento estaba demasiado ensangrentado, sucio y entristecido para poder afirmarlo, pero algún día sería una belleza.

Kit miró el Instituto, todo hecho de cristal y madera, relumbrando bajo la luz de primeras horas de la tarde, con una expresión de repulsión.

—¿Los Institutos no son como cárceles?

Emma soltó un resoplido.

—Son como casas grandes. Cazadores de sombras de todo el mundo pueden quedarse en cualquiera de ellos. Tienen un millón de dormitorios. Yo vivo en este.

—Vale —Kit parecía hostil—, pero no quiero entrar.

—Podrías escaparte —dijo Tessa, y por primera vez Emma percibió la dureza bajo el tono amable de su voz. Eso le recordó que Jace y ella compartían algo de sangre—. Pero lo más seguro es que se te coma un demonio Mantid en cuanto se ponga el sol.

—No soy cazador de sombras —insistió Kit, apoyado en el coche—. Deja de hablarme como si lo fuera.

—Bueno, hay una prueba que podemos hacer enseguida —repuso Jem—. Solo un cazador de sombras puede abrir la puerta del Instituto.

—¿La puerta? —Kit la miró.

Emma se fijó en que se sujetaba un brazo pegado al cuerpo. Como *parabatai* de Julian, sabía reconocer la forma de actuar de los chicos cuando trataban de disimular una herida. Quizá parte de toda esa sangre fuera de él.

—Kit... —comenzó.

—Dejadme ver si lo he entendido —la interrumpió—. Si intento abrir la puerta y no puedo, ¿me dejaréis marchar?

Tessa asintió. Antes de que Emma pudiera decir nada más, Kit subió la escalera cojeando. Ella corrió tras él, Tessa y Jem la siguieron. Kit puso el hombro contra la puerta y empujó.

La hoja de madera se abrió de golpe y él cayó dentro, casi derribando a Tiberius, que estaba cruzando el vestíbulo. Ty se tambaleó hacia atrás y miró al chico que había en el suelo.

Kit estaba arrodillado y con la mano se sujetaba el brazo izquierdo. Con la respiración agitada, miró a su alrededor, examinando el vestíbulo: el suelo de mármol, las runas grabadas. Las espadas que colgaban de las paredes. El mural del Ángel con los Instrumentos Mortales.

—Es imposible —dijo—. Esto no puede ser.

La mirada de perplejidad de Ty se desvaneció.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Tú —exclamó Kit mirando a Ty. Los ojos azules se encontraron con los grises—. Tú me pusiste un cuchillo en el cuello.

Ty parecía incómodo. Se tiró de un rizo de su oscuro cabello.

—Solo era por trabajo; nada personal.

Kit se echó a reír. Aún riendo, se incorporó para quedar sentado en el suelo. Tessa se arrodilló junto a él y le puso las manos sobre los hombros. Emma no pudo evitar verse a sí misma durante la Guerra Oscura, destrozada al saber que sus padres habían muerto.

Kit la miró. Su expresión era indeterminada; la cara de alguien que está empleando toda su fuerza de voluntad para no llorar.

—Un millón de dormitorios —dijo.

—¿Qué? —preguntó Emma.

—Has dicho que había un millón de dormitorios —repitió, poniéndose en pie—. Voy a buscar uno vacío. Y luego me voy a encerrar en él. Y si alguien trata de tirar la puerta abajo, lo mataré.

—¿Crees que se pondrá bien? —preguntó Emma—. Me refiero a Kit.

Se hallaba en la escalera de entrada con Jem, que tenía a *Iglesia* en brazos. El gato había aparecido corriendo en cuanto había llegado Jem y había lanzado su cuerpecito peludo a sus brazos. Este lo acariciaba, rascándolo bajo la barbilla y detrás de las orejas. El gato se había quedado relajado bajo sus manos, como un trapo. El océano subía y bajaba en el horizonte. Tessa se había alejado del Instituto para hacer una llamada. Emma oía su voz en la distancia, aunque no podía entender lo que decía.

—Tú puedes ayudarlo —contestó Jem—. Tú también perdiste a tus padres. Sabes cómo es eso.

—Pero no creo... —Emma se sintió alarmada—. Si se queda, no sé... —Pensó en Julian, en el tío Arthur, en Diana, en los secretos que todos escondían—. ¿Te puedes quedar tú? —preguntó, y la sorprendió la tristeza de su propia voz.

Jem sonrió. Se acordaba de esa sonrisa de la primera vez que le había visto la cara, la sonrisa que le recordaba, de un modo que no sabría describir, a su padre, a la sangre Carstairs que compartían.

—Me gustaría quedarme —respondió él—. Desde que nos conocimos en Idris te he echado de menos y he pensado a menudo en ti. Me gustaría visitarte de vez en cuando, pasar un rato con mi viejo violín. Pero Tessa y yo debemos irnos. Tenemos que encontrar el cadáver de Malcolm y el *Libro Negro*, porque incluso a kilómetros bajo el mar, un libro como ese puede causarnos problemas.

—¿Te acuerdas de cuando nos vimos en mi ceremonia de *parabatai*? Me dijiste que te gustaría poder cuidar de mí, pero que había algo que Tessa y tú teníais que encontrar. ¿Era a Kit?

—Sí. —Jem metió las manos en los bolsillos. Aún parecía tan joven... A Emma le resultaba imposible pensar en él como su antepasado, incluso como su tío—. Llevamos años buscándolo. Fuimos estrechando la búsqueda hasta esta área, y luego finalmente el Mercado de Sombras. Pero Johnny Rook era un experto en esconderse. —Suspiró—. Ojalá no hubiera sido tan bueno. Si hubiese confiado en nosotros, seguramente seguiría vivo. —Se pasó una distraída mano por el cabello oscuro. Tenía un mechón plateado, del color del aluminio. Miraba a Tessa, y Emma vio la expresión en sus ojos: el amor que no había disminuido en un siglo.

«El amor es la debilidad de los humanos, y los ángeles los desprecian por ello. Y la Clave también desprecia el amor, y por tanto, lo castiga. ¿Sabes qué les pasa a los *parabatai* que se enamoran el uno del otro? ¿Sabes por qué está prohibido?».

—Malcolm... —comenzó Emma.

Jem la miró; en sus ojos brillaba la compasión.

—Magnus nos ha dicho que fuiste tú quien mató a Malcolm —dijo él—. Eso ha debido de ser duro. Lo conocías. No es lo mismo que matar demonios.

—Sí, lo conocía —repuso Emma—. Al menos, eso creía.

—Nosotros también lo conocíamos. A Tessa se le partió el corazón al oír que Malcolm creía que todos le habíamos mentado. Que lo habíamos engañado ocultándole que Annabel no era una Hermana de Hierro, sino que estaba muerta, asesinada por su familia. Nos creímos la historia que nos habían contado, pero él ha muerto pensando que sabíamos la verdad. Qué traicionado debió de haberse sentido.

—Se me hace raro pensar que era vuestro amigo. Aunque supongo que también era el nuestro.

—La gente es más de una cosa. Y los brujos también. No dudaría en decir que Malcolm, en un tiempo, hizo mucho bien, antes de comenzar a hacer el mal. Es una de las grandes lecciones de convertirse en adulto: aprender que la gente puede hacer ambas cosas.

—Su historia sobre Annabel, las cosas terribles que les sucedieron a ambos solo porque se enamoraron... Malcolm me dijo algo, y me pregunto si es cierto. Me pareció un poco raro.

Jem parecía confuso.

—¿Qué te dijo?

—Que la Clave desprecia el amor porque el amor es algo que sienten los seres humanos. Que por eso hacen esas leyes, sobre que la gente no se pueda enamorar de subterráneos o de su *parabatai*... Y esas leyes no tienen sentido... —Emma observaba a Jem con el rabillo del ojo. ¿Estaba dejando entrever demasiado?

—La Clave puede ser horrible —respondió él—. Inmovilista y cruel. Pero muchas de las cosas que hace tienen sus raíces en la historia. La ley *parabatai*, por ejemplo.

Emma notó que su temperatura corporal había descendido varios grados.

—¿Qué quieres decir?

—No sé si debería contártelo —contestó Jem mirando hacia el océano. Su expresión era tan sombría que Emma sintió que el corazón se le helaba dentro de pecho—. Es un secreto, un secreto hasta para los propios *parabatai*. Solo lo saben unos pocos: los Hermanos Silenciosos, el Cónsul... Yo hice un juramento.

—Pero ya no eres cazador de sombras —replicó Emma—. El juramento ya no tiene vigor. —Cuando vio que él no decía nada, lo presionó—: Me lo debes, ¿sabes? Por no haberte quedado a mi lado.

La comisura de la boca de Jem se tensó en una sonrisa.

—Eres dura negociando, Emma Carstairs —resopló. Emma oía la voz de Tessa, tenue, arrastrada por el viento. Estaba mencionando a Jace—. El ritual de *parabatai* se creó para que dos cazadores de sombras fueran más fuertes juntos de lo que lo eran por separado. Siempre ha sido una de nuestras armas más poderosas. No todos tienen un *parabatai*, pero que existan es parte de lo que hace a los nefilim lo que son. Sin

ellos seríamos infinitamente más débiles, de modos que tengo prohibido explicar. Idealmente, se aumenta el poder de cada *parabatai*, las runas que se dan entre ellos son las más potentes, y cuanto más fuerte es el vínculo personal, mayor es el poder.

Emma pensó en las runas curativas que le había dibujado a Julian después de que fuera envenenado con la flecha. El modo en que relucían.

—El ritual se venía empleando desde hacía algunas generaciones —continuó Jem, bajando la voz— cuando se descubrió que si el vínculo era demasiado íntimo, si pasaba a ser amor romántico, entonces comenzaba a cambiar el tipo de poder que generaba el hechizo. El amor no correspondido, incluso un breve enamoramiento, parecía no tener más efectos, pero el amor real, correspondido, físico... ese tenía un precio terrible.

—¿Perdían sus poderes de cazadores de sombras? —aventuró Emma.

—Su poder aumentaba —la corrigió Jem—. Las runas que creaban eran inigualables. Comenzaban a dominar la magia como los brujos. Pero los nefilim no están hechos para ser magos. El poder no tardaba en enloquecerlos hasta convertirlos en monstruos. Destruían a sus familias, a los seres que amaban. La muerte los rodeaba hasta que, finalmente, ellos mismos morían.

Emma se sintió como si se estuviera ahogando.

—¿Por qué no nos explican eso? ¿Por qué no advertírselo a los nefilim, para que lo sepan?

—Es poder, Emma —repuso Jem—. Algunos evitarían ese vínculo, pero muchos otros se apresurarían a aprovecharse de él por las peores razones. El poder siempre atrae a los ambiciosos y a los débiles.

—Yo no lo querría —dijo Emma en voz baja—. No esa clase de poder.

—También hay que tener en cuenta la naturaleza humana —continuó Jem, y le sonrió a Tessa, que había acabado de hablar por teléfono y se dirigía hacia ellos—. Que te digan que el amor está prohibido no lo mata, lo refuerza.

—¿De qué estáis hablando? —Tessa les sonrió desde el pie de la escalera.

—Del amor —contestó Jem—. De cómo acabar con él, supongo.

—Si pudiéramos dejar de amar con solo quererlo ¡la vida sería muy diferente! —Tessa rio—. Es más fácil acabar con el amor que alguien siente por ti que acabar con el que sientes tú por él. Convencerlo de que no lo amas, o de que eres alguien que no merece su respeto, o mejor las dos cosas. —Sus ojos eran grandes, grises y juveniles. Era difícil creer que tuviera más de diecinueve años—. Pero cambiar tu propio corazón, eso es casi imposible.

Se vio un brillo ondeante en el aire. Apareció un Portal, resplandeciendo como una puerta fantasma, justo sobre el suelo. Se abrió, y Emma pudo ver en su interior como si mirara por el ojo de la cerradura: Magnus Bane estaba al otro lado del Portal, y junto a él se hallaba Alec Lightwood, alto, moreno y llevando de la mano a un crío vestido con una camisa blanca y piel azul marino. Alec parecía desarreglado y feliz, y el modo en que sujetaba a Max le recordó a Emma el modo en que Julian solía llevar

a Tavvy. A medio levantar la mano para saludar a Emma, Alec se detuvo, volvió la cabeza y dijo algo que sonó como «Raphael».

«Qué raro», pensó Emma. Alec le pasó Max a Magnus y volvió a desaparecer entre las sombras.

—¡Tessa Gray! —gritó Magnus, sacando la cabeza por el Portal como si se asomara a un balcón—. ¡Jem Carstairs! ¡Es hora de marcharnos!

Alguien se acercaba por la carretera de la playa. Emma solo podía ver una silueta. Pero sabía que era Julian. Julian regresando de la playa donde la había estado esperando. Siempre sabría que era Julian.

Con los modales corteses de una generación de muchos años atrás, Jem le tomó la mano y se inclinó haciéndole una pequeña reverencia.

—Si me necesitas, díselo a *Iglesia* —le dijo mientras se volvía a erguir—. Él se asegurará de que yo lo sepa.

Luego se fue hacia el Portal. Tessa lo cogió de la mano y le sonrió; un momento después ambos habían atravesado la brillante puerta, que desapareció con un destello de luz dorada. Emma, parpadeando, dirigió la vista hacia donde se hallaba Julian, mirándola desde el pie de la escalera.

—¿Emma? —Julian corrió escaleras arriba hasta llegar a su lado—. Emma, ¿qué ha pasado? Te he esperado en la playa...

Ella se apartó de sus manos. Por un instante, el rostro de Julian mostró que se había sentido herido, luego miró a su alrededor, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba, y asintió.

—Ven conmigo —le dijo en voz baja.

Emma lo siguió, como en una nube, mientras rodeaban el Instituto hasta el aparcamiento. Julian se agachó para pasar entre las estatuas y el jardín hasta que estuvieron protegidos de la vista por filas de arbustos y cactus.

Se quedaron cara a cara. Emma vio la preocupación en los ojos de Julian. Él le cubrió la mejilla con la mano y sintió que el corazón le golpeaba dentro del pecho.

—Puedes decírmelo —comenzó Julian—. ¿Por qué no has venido?

Emma le explicó lo del mensaje de Kit. Le dijo que había ido inmediatamente en coche; que después de todo lo que el Instituto había soportado el día anterior no se sentía capaz de arrastrar a nadie con ella a casa de los Rook; que de alguna manera Rook era responsabilidad suya. Le explicó que había intentado llamarlo para decirle adónde había ido, pero que él no había contestado. Le habló de los demonios Mantid en casa de Rook, de la llegada de Jem y Tessa, de la verdad sobre Kit. Le dijo todo excepto lo que Jem le había contado sobre los *parabatai*.

—Me alegro de que estés bien —repuso Julian cuando ella hubo acabado. Le acarició el pómulo con el pulgar—. Aunque supongo que si te hubiera pasado algo, yo lo habría sabido.

Emma no alzó la mano para acariciarlo. Tenía los puños apretados a los costados. Había hecho cosas muy duras en su vida, pensó. Sus años de entrenamiento.

Sobrevivir a la muerte de sus padres. Matar a Malcolm.

Pero la mirada de Julian, abierta y confiada, le dijo que eso iba a ser lo más duro que hubiera hecho nunca.

Le cubrió la mano con la suya. Lentamente entrelazó los dedos con los de él. Más lentamente incluso, le apartó la mano de su rostro, tratando de acallar la voz que en su interior le decía: «Esta es la última vez que me tocará así, la última».

Aún seguían con las manos cogidas, pero la de ella estaba agarrotada, una cosa muerta. Julian la miró confuso.

—¿Emma...?

—No podemos hacer esto —respondió con voz plana y sin ningún tipo de inflexión—. Eso era lo que te quería decir antes. No podemos estar juntos. Así no.

Él apartó la mano de la suya.

—No lo entiendo. ¿Qué estás diciendo?

«Estoy diciendo que es demasiado tarde —habría querido decirle—. Estoy diciendo que la runa de resistencia que me dibujaste me salvó la vida cuando Malcolm me atacó. Y por muy agradecida que te esté, no debería haber tenido el poder de hacerlo. Estoy diciendo que ya nos estamos convirtiendo en lo que Jem me ha advertido que nos convertiríamos. Estoy diciendo que no es cuestión de detener el reloj, sino de hacerlo ir hacia atrás. Y para eso, el reloj tendrá que romperse».

—Nada de besos, nada de caricias, nada de estar enamorados, nada de quedar. ¿Está claro?

Julian no pareció que acabara de recibir un golpe. Era un guerrero. Podía soportar cualquier embate y levantarse para dar el doble.

Fue mucho peor que eso.

Emma deseaba desesperadamente retirar lo que había dicho, decirle la verdad, pero las palabras de Jem le resonaban en la cabeza.

«Que te digan que el amor está prohibido no lo mata, lo refuerza».

—No quiero esta clase de relación —continuó Emma—. Escondernos, mentir, disimular. ¿No lo ves? Acabaría envenenando todo lo que tenemos. Destruiría todo lo bueno de ser *parabatai* hasta que dejáramos de ser amigos.

—Eso no tiene por qué ser verdad. —Parecía a punto del colapso, pero insistió decidido—: Solo tenemos que escondernos un tiempo, hasta que los niños ya no me necesiten...

—Tavvy te va a necesitar ocho años más —replicó Emma con tanta frialdad como pudo—. No podemos disimular durante tanto tiempo.

—Podríamos dejar esto a la espera, permanecer en espera...

—No voy a esperar. —Notaba que él la observaba sin entender, notaba el peso de su dolor. Se alegraba de poder sentirlo. Se merecía sentirlo.

—No te creo.

—¿Y por qué iba a decirlo si no fuera cierto? Eso no me deja en muy buen lugar, Jules.

—¿Jules? —Se le atragantó la palabra—. ¿Vuelves a llamarme así? ¿Como cuando éramos niños? ¡Ya no somos niños, Emma!

—Claro que no —repuso ella—. Pero somos jóvenes. Cometemos errores. Esto que hay entre nosotros es un error. Es demasiado arriesgado. —Las palabras le sabían amargas en la boca—. La Ley...

—No hay nada más importante que el amor —insistió Julian, con una voz rara y distante, como si estuviera recordando algo que le habían dicho—. No hay ley más importante.

—Eso es muy fácil de decir —replicó Emma—. Pero si vamos a correr ese riesgo, debería ser por un amor real y que fuera para toda la vida. Y tú significas mucho para mí, Jules, claro que sí. Incluso te amo. Te he amado toda la vida. —Al menos esa parte era cierta—. Pero no te amo lo suficiente. No es suficiente.

«Es más fácil acabar con el amor que alguien siente por ti que acabar con el que sientes tú por él. Convencerlo de que no lo amas, o de que eres alguien que no merece su respeto».

Julian respiraba jadeante. Pero sus ojos, clavados en los de ella, se mostraban firmes.

—Te conozco —dijo—. Te conozco, Emma, y estás mintiendo. Estás tratando de hacer lo que crees que es lo correcto; tratando de alejarme para protegerme.

«No —pensó desesperada—. No me des el beneficio de la duda, Julian. Esto tiene que funcionar. Tiene que funcionar».

—Por favor, no sigas —replicó—. Tenías razón... Lo nuestro no tiene sentido... Con Mark tendría más sentido...

El dolor se extendió por el rostro de Julian como una herida abierta. Ella lo vio forzándolo a desaparecer. Mark, pensó Emma. El nombre de Mark era como el dardo élfico que este llevaba colgado, capaz de atravesar la armadura de Julian.

«Cerca —pensó Emma—. Estoy muy cerca. Casi me cree».

Pero Julian era un experto en mentiras. Y los mentirosos expertos sabían reconocer las mentiras de los demás.

—También estás intentando proteger a los niños —dijo—. ¿No lo entiendes, Emma? Sé lo que estás haciendo, y te amo por intentarlo. Te amo.

—Ay, Jules —exclamó ella desesperada—. ¿Es que no lo ves? Estamos hablando de huir para estar juntos, y acabo de volver de casa de Rook. Vi a Kit y lo que significa vivir escondido, el coste que implica, no solo para nosotros; pero ¿y si algún día tuviéramos hijos? Además tendremos que renunciar a todo lo que somos. Tendré que renunciar a ser cazadora de sombras. Y eso me mataría, Jules. Me haría pedazos.

—Entonces pensaremos alguna otra cosa —insistió Julian. Su voz era como papel de lija—. Algo que nos permita seguir siendo cazadores de sombras. Juntos se nos ocurrirá.

—No —susurró ella. Pero los ojos de Jules estaban muy abiertos, implorándole que cambiara de opinión, que renunciara a sus palabras, que volviera a unir lo que

estaba rompiendo.

—Emma —dijo cogiéndole la mano—. Nunca jamás renunciaré a ti.

El corazón de Emma se rompió.

Resultaba curiosamente irónico, pensó; una terrible ironía que, porque lo quería tanto y lo conocía tan bien, sabía exactamente lo que debía hacer para destruir todo lo que él sentía por ella de un solo golpe.

—Sí —replicó—. Lo harás.

Emma no sabía cuánto rato llevaba sentada en la cama. En la casa había ruido por todas partes. Había oído a Arthur gritar algo mientras ella entraba, y luego, silencio. Habían instalado a Kit en una de las habitaciones sobrantes, como les había pedido, y Ty estaba sentado frente a ella en el pasillo leyendo un libro. Emma le había preguntado qué estaba haciendo: ¿vigilando a Kit? ¿Protegiendo el Instituto de él? Pero Ty se limitó a encogerse de hombros.

Livvy estaba en la sala de entrenamiento con Dru. Emma podía oír sus voces apagadas a través del suelo.

Quería ir con Cristina. Quería estar con la única persona que sabía lo que sentía por Julian, para poder llorar en sus brazos y que ella le dijera que todo iría bien, y que estaba haciendo lo correcto.

Aunque tampoco estaba segura de que Cristina pensara realmente que lo que Emma estaba haciendo era lo correcto.

Pero en su corazón sabía que era necesario.

Oyó el ruidito del pomo al girar y cerró los ojos. No conseguía dejar de ver el rostro de Julian cuando se había alejado de él.

«Jules —pensó, con el corazón dolorido—. Si no creyeras en mí, todo esto no sería necesario».

—¿Emma? —Era la voz de Mark. Estaba en la puerta, con un aspecto muy humano vestido con una camisa y vaqueros—. Acabo de recibir tu mensaje. ¿Querías hablar?

Emma se levantó y se alisó el vestido que se había puesto. Uno bonito, con flores amarillas sobre un fondo marrón.

—Necesito un favor —le dijo.

Las pálidas cejas de Mark se alzaron.

—Los favores no son algo trivial entre las hadas.

—Tampoco entre los cazadores de sombras. —Irguió los hombros—. Dijiste que me debías una por cuidar de Julian. Por salvarle la vida. Dijiste que harías cualquier cosa.

Mark cruzó los brazos sobre el pecho. Emma vio marcas negras en su piel: en la base del cuello y en las muñecas. Estaba más bronceado que antes, y también tenía más músculo, por comer regularmente. Los cazadores de sombras ganaban músculo

muy rápido.

—Entonces continúa, por favor. —Asintió con la cabeza—. Y si está a mi alcance, te lo concederé.

—Si Julian pregunta... —Carraspeó para aclararse la voz—. No, tanto si pregunta como si no, necesito que finjas que estamos saliendo. Que nos estamos enamorando.

Mark dejó caer los brazos a los lados.

—¿Qué?

—Ya me has oído —repuso ella.

Deseó poder interpretar la expresión de Mark. Si se negaba, sabía que no tenía ningún modo de forzarlo. Nunca podría hacer eso. Irónicamente, le faltaba la implacabilidad de Julian.

—Ya sé que parece raro —añadió Emma.

—Parece muy raro —reconoció Mark—. Si quieres que Julian crea que tienes novio, ¿por qué no se lo pides a Cameron Ashdown?

«Si Mark y tú alguna vez... No creo que pueda recuperarme de eso».

—Tienes que ser tú.

—Cualquiera querría ser tu novio. Eres una chica muy guapa. No necesitas que nadie mienta al respecto.

—Esto no tiene nada que ver con mi ego —replicó Emma—. Y no quiero un novio. Quiero una mentira.

—¿Y quieres que le mienta solo a Julian, o a todos? —preguntó Mark. Tenía la mano en el cuello y se daba golpecitos donde se notaba el pulso. Buscando, quizá, su colgante con la punta de flecha, que, Emma se dio cuenta en ese momento, no llevaba.

—Supongo que todos tendrán que creerlo —dijo Emma sin ganas—. No podemos pedirles a todos que le mientan a Julian.

—No —repuso Mark, y frunció las comisuras de la boca—. Eso no sería nada práctico.

—Si no vas a ayudarme, dímelo —replicó Emma—. O explícame qué puedo hacer para convencerte. Esto no es por mí, Mark, es por Julian. Puede que le salve la vida. No puedo decirte más. Tengo que pedirte que confíes en mí. Lo he protegido todos estos años, y esto... forma parte de esa protección.

El sol se estaba poniendo. La habitación estaba coloreada por una luz rojiza que proyectaba un resplandor rosado sobre el cabello y la piel de Mark. Emma recordó que cuando tenía doce años pensaba que Mark era muy guapo. No había llegado a ser un cuelgue infantil, pero podría imaginarse otro pasado, un pasado en el que Mark no les había sido arrebatado; uno en el que hubiera estado siempre ahí y en el que ella estuviera enamorada de él y no de su hermano. Uno en el que habría sido *parabatai* de Julian y se habría casado con Mark, y habrían tenido una vida todos juntos, unidos permanentemente de todos los modos en que la gente podía unirse, y eso sería todo lo que hubieran deseado.

—Quieres que le diga a Julian, a todos, que nos estamos enamorando —dijo él—. ¿No que ya estamos enamorados?

Ella se sonrojó.

—Tiene que ser creíble.

—Me estás ocultando mucho. —Los ojos le brillaban. En ese momento parecía menos humano y más hada, pensó Emma, analizando la situación, colocándose en medio de la intrincada danza del engaño—. Supongo que querrás que todos sepan que nos hemos besado. Incluso quizá algo más.

Ella asintió. Notaba que le ardían las mejillas.

—Te juro que si accedes te explicaré todo lo que pueda —le aseguró ella—. Y te prometo que esto puede salvarle la vida a Julian. No me gusta nada pedirte que mientas, pero...

—... pero por la gente a la que amas harías cualquier cosa —concluyó él, y Emma no tuvo nada que contestarle a eso. Y en ese momento Mark empezó a sonreír, la boca curvada por la diversión. Emma no habría podido decir si era una diversión humana o de hada, que disfrutaba con el caos—. Ya veo por qué me has elegido a mí. Estoy aquí, cerca, y habría sido fácil que iniciáramos una relación. Tampoco a ninguno de los dos nos atrae nadie más. Y eres, como ya he dicho, una joven muy guapa, y espero que no me encuentres horroroso.

—No —contestó Emma. El alivio y mil emociones más le cantaban por las venas—. Horroroso no.

—Así que supongo que solo tengo una última pregunta —continuó Mark—, pero primero... —Se dio la vuelta y cerró deliberadamente la puerta.

Cuando se volvió hacia ella, Emma nunca lo había visto tanto como un ser mágico. Tenía los ojos cargados de una diversión salvaje, un descuido que hablaba de un mundo donde no había ninguna ley humana. Pareció llenar el dormitorio con el espíritu salvaje de Feéra, una magia dulce y fría que, sin embargo, era amarga en su raíz.

«La tormenta te llama como me llama a mí, ¿no es cierto?».

Le tendió la mano, medio llamándola, medio ofreciéndose.

—¿Por qué mentir? —preguntó.

Epílogo

ANNABEL

Durante años la tumba había permanecido seca. En ese momento, el agua de mar goteaba a través de los pequeños agujeros porosos de la piedra, y con el agua, la sangre.

Cayó sobre huesos resecos y tendones deshidratados, y empapó el envolvente sudario. Le humedeció los ajados labios. Con ella, el agua llevó la magia del océano, y con esa magia, la sangre del que la había amado, una magia aún más extraña.

En su tumba junto al fragoroso mar, Annabel abrió los ojos.

NOTAS SOBRE EL TEXTO

«El agua embiste, y altos veleros zozobran y una muerte profunda espera» es del *Himno a Proserpina*, de Swinburne.

«Toda la sangre que se derrama sobre la tierra corre por los arroyos de ese país» pertenece a *La balada de Tam Lin*.

«Tu corazón es un arma del tamaño de tu puño» es un grafiti real que se hizo famoso por haberse visto escrito por primera vez en una pared en Palestina. Ahora se puede encontrar por todas partes.

Muchos de los lugares a los que va Emma son reales o se basan en lugares reales de Los Ángeles, pero algunos son inventados. Canter's Deli existe, pero el Midnight Theater no. Poseidon's Trident está inspirado en el chiringuito de marisco Neptune's Net, pero este no tiene duchas en la parte trasera. Las casas de Malcolm y Wells están basadas en casas reales.

Me crié en Los Ángeles, y de muchas maneras, este es el Los Ángeles que siempre me imaginé de niña, cargado de magia.

AGRADECIMIENTOS

Hace falta casi un pueblo entero para que un libro no sea un desbarajuste. Sarah Rees Brennan, Holly Black, Leigh Bardugo, Gwenda Bond y Christopher Rowe, Stephanie Perkins, Morgan Matson, Kelly Link y Jon Skovron me ayudaron y aconsejaron. Maureen Johnson, Tessa Gratton, Natalie Parker, Ally Carter, Sarah Cross, Elka Cloke, Holly y Jeffrey Rowland y Marie Lu me animaron desde la banda. Vivienne Hebel hizo mis traducciones al español, por lo que siempre le estaré agradecida. Puedo haberme criado en L. A., pero mi español, como el de Emma, es terrible. Estoy en deuda con Emily Houk, Cassandra Pietra, Catrin Langer y Andrea Davenport.

Mi eterna gratitud a mi agente, Russell Galen; mi editora, Karen Wojtyla, y al equipo de Simon and Schuster por lograr que todo llegara a buen fin. Y finalmente, gracias a Josh, mi auténtico MVP (jugador más valioso).

Lady Midnight se escribió en Los Ángeles, California; San Miguel de Allende, México, y Menton, Francia.



CASSANDRA CLARE. Nació el 27 de Julio en Teherán, hija de padres estadounidenses. Antes de cumplir diez años de edad vivió en Suiza, Inglaterra y Francia. En sus años de instituto vivió en Los Ángeles y en Nueva York, donde trabajó en varias revistas de entretenimiento. Empezó a trabajar en su novela *Ciudad de hueso* en el año 2004, inspirada en el viaje urbano por Manhattan.

Antes de la publicación de *Ciudad de hueso*, Clare era conocida como escritora de *fanfiction* bajo el seudónimo de Cassandra Claire, muy parecido al que usa en la actualidad. Sus obras principales fueron *La trilogía de Draco*, que trata sobre una biografía del personaje ficticio de Draco Malfoy, perteneciente a la serie de libros *Harry Potter* y *El Diario muy secreto*, basada en la historia de *El señor de los anillos*. Claire fue considerada una gran fanática entre la comunidad de seguidores de *Harry Potter* y fue reconocida en varios periódicos, pero también ha sido acusada de plagio.

Clare adoptó el seudónimo de La bella Cassandra, en el que basó una novela épica durante el instituto.

NOTAS

[1] *Rook*: grajo, en inglés. (*N. de la t.*) <<